

Silvia Sancho

SOLO NOSOTROS

La fuerza de los elementos

I

Phoebe



Silvia Sancho

SOLO NOSOTROS

La fuerza de los elementos

I



Phoebe

Primera edición: marzo de 2020

Copyright © 2020 Silvia Hernández Sancho

© de esta edición: 2020, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

BIC: FV

ISBN: 978-84-17683-54-2

Ilustración y diseño de cubierta: CalderónStudio

Fotografía: Smiltena/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

AGUA

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

AIRE

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CONTENIDO EXTRA](#)

A los que ayudan a los demás a vivir con libertad.

AGUA

«Las personas normales no abundan. La autenticidad, la humildad, la espontaneidad son seres mitológicos en un mundo lleno de filtros de belleza, posturas ensayadas y exaltación del ego. Por eso, mi objetivo, y espero que también el vuestro, es descubrir la naturalidad, allá donde se encuentre, y convertirla en un sello personal. Estoy plenamente convencido de que la mejor carta de presentación es un golpe de realidad».

John Taylor.

CEO Taylor Group.

Discurso de apertura de la «Conferencia Internacional sobre Imagen y Representación».

Washington D. C.

1

LA NOCHE DE MI VIDA

Vivo de noche. No de forma licenciosa ni por azares de un turno laboral peculiar. Vivo a oscuras porque he perdido mi luz.

Es algo que no ha ocurrido de repente. No me he levantado esta mañana y he dicho: «Anda, se me ha ido todo a la mierda y no me he dado ni cuenta». Nada de eso. Durante los últimos años he sido consciente de que algo iba mal, de que el camino por el que me arrastro cada día no es el que debería haber elegido, de que así no soy feliz..., pero no hago nada por solucionarlo. No creo que pueda hacer nada. No me veo capaz de hacerlo. He intentado convencerme de que me quejo por vicio: tengo un trabajo estable, una vivienda acogedora, amistades, familia... Pero repetírmelo no ha provocado que me sienta mejor. Lo único en lo que encuentro consuelo es el agua.

De tres a cuatro veces por semana me dejo caer por la piscina municipal, me pongo un bañador y nado un buen rato. La sensación de aislamiento, la ingravidez, estar envuelta en litros y litros de agua tibia, en silencio, me resulta mucho menos asfixiante que lidiar con mi realidad. Mi burbuja artificial es pequeña y gris, pero segura.

El problema es que, poco a poco, me he ido convirtiendo en una especie de ermitaña. Prueba de ello es que hoy, cuando he salido del polideportivo municipal y he tenido que abrigarme hasta las cejas por el frío del febrero madrileño, he pensado: «Se está quedando una noche estupenda para encerrarme en casa». Y de camino voy, iluminada solamente por las farolas de la calle, los letreros de las tiendas y los faros de los coches. Solamente.

Suspiro al llegar al portal, subo el único tramo de escaleras que lo separan de mi planta, arrastrando las zapatillas por cada peldaño, y abro con cautela la puerta. El salón, de paso, también está en penumbra. Espero hasta que se me acostumbran los ojos y miro a mi derecha. No hay nadie en el sofá. A la izquierda, en el perchero que hay cerca de la puerta de la cocina, solo está colgado uno de los abrigos de Leticia. Menos mal. Temía encontrarme con otro espectáculo erótico-festivo como el del viernes pasado.

Sin entrar en discusiones sobre la culpabilidad del suceso, resumiré diciendo que mi querida compañera de piso y yo tuvimos un pequeño problema de comunicación. Vamos, que yo le dije que cenaría en casa esa noche y ella entendió que no, y le dio por convertir nuestro saloncito en la cueva del amo Logan. Con velas, látigos de cuero, columpio sexual y todo.

Sé que no podré borrar de mi cabeza la imagen de Leticia atada de pies y manos, amordazada y ofreciéndose con el culo en pompa, pero el columpio se ha quedado. Le da un toque muy *cool-underground* al piso.

Hace un año habría apostado mi primer hijo a que jamás de los jamases sería testigo de algo parecido, pero..., ya veis, la vida es así de impredecible. Leticia —la típica niña bien, ojito derecho de su padre, licenciada en Psicopedagogía en Deusto y católica practicante— un día se plantó frente al espejo y se aceptó tal como era: una brillante directora de un jardín de infancia muy exclusivo, ubicado en una de las zonas más caras de Madrid, y una sumisa sexual dispuesta a satisfacer todas y cada una de las necesidades de su amo. Mi respeto hacia ella creció bastante cuando me enteré de su salida del armario de las fustas, pero ahora no gano para sustos.

Y, hablando del rey de Roma, su rubia cabecita asoma por la puerta de la cocina.

—Hola. Llegas pronto —saluda, con una voz que me resulta sospechosa.

—Dime, por favor, que no estáis... haciendo eso... ¡en la cocina! Que ya lo hemos hablado: en tu dormitorio o, como mucho, en el baño. ¡Pero en las zonas comunes no, tía, que luego lo paso fatal cada vez que me acuerdo! No porque tenga nada en contra de lo que hacéis, que quede claro, pero es que no estoy acostumbrada y...

—Vega, para —me interrumpe—. Estoy sola.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Vaya, pues perdona. —Hago un mohín y dejo caer la mochila que llevo en el hombro—. Es que he tenido un día de perros en la oficina y salto a la mínima. No he podido ni desconectar en la piscina. Solo me apetece tumbarme en el sofá, taparme con la mantita y ver la tele hasta la hora de cenar.

—Yo he quedado con Iván. —Ilumina su bonita cara con una sonrisa—. Vamos a un club nuevo que han abierto en el centro; hoy hacen noche de impacto. —Da palmaditas, tan contenta.

—¿Noche de impacto? —Frunzo el ceño. ¿Eso no era un programa de la tele?

—Sí, de impacto. —Me mira con la boca abierta, suspira y, como si yo fuera uno de sus alumnos, me explica—: Los anglosajones llaman «juguetes de impacto» a las palas, *floggers*, látigos, *thuddies*...

—Vale, vale, ya me hago a la idea. —Le corto con un gesto de mano. Demasiada información que no necesito—. Pues nada, que te diviertas, pero, por favor, no traigas más mobiliario BDSM a casa —bromeo.

—Te sorprendería lo mucho que podría ayudarte un poco de BDSM, querida.

Me deja a cuadros, me guiña un ojo y se marcha expeliendo una estela de la colonia de bebé que siempre usa.

Toma ya. Ahí va Leticia —doña «no como comida a domicilio porque a saber lo que hacen los repartidores con ella»— camino a una cita de impacto. Lo dicho: vivir para ver.

Cojo la mochila, cruzo el salón hacia el pasillo y al fondo, a la derecha, me adentro en mi templo, lo más sagrado que poseo. Bueno, y lo único, porque, por no tener, no tengo ni coche —me saqué el carnet con veinte años, por hacer algo aquel verano, más que nada, pero apenas he conducido; entenderéis que, casi ocho años después, no vea muy seguro intentarlo de nuevo. Para el resto de conductores, sobre todo—. Por norma general, mi templo es una habitación bien iluminada, ordenada, decorada al gusto de Ikea, con muebles blancos funcionales, un par de lámparas y fotos. En la esquina de la derecha, debajo de la ventana, tengo una butaca clásica con orejeras y una mesita de madera al lado. Mi rinconcito zen. Ahí es donde me relajo, leo, escucho música y me escondo de la vida.

Pero hoy mi cuarto, en vez de un templo, es más bien un mercadillo. Mis complejos se han despertado antes que yo, y he tenido que probarme medio armario antes de poder salir a la calle. Estudié el desastre que hay a mi alrededor y me da pereza extrema ordenarlo, así que suelto la mochila, me doy media vuelta y me refugio en el salón.

Me encanta estar sola en casa. Me permite no sentirme culpable por no hacer nada. Leticia es puro nervio, siempre está liada con algo. Y no es que me queje, es que la veo y pienso que debería hacer lo mismo; me pongo a ello, pero enseguida la vagancia me puede, y termino por escaquearme ruinmente, aunque, eso sí, sintiéndome fatal. Lo bueno es que Leti no para mucho por casa, por eso vivo aquí. Bueno, por eso y porque ni de broma podría encontrar una habitación tan chula y tan cerca de Atocha por la miseria que le pago. El piso es suyo, regalito de graduación de papá.

En un principio, cuando el abismo se abrió ante mí después de terminar el grado de Traducción e Interpretación y comprendí que veintidós años en Soria habían sido suficientes, decidí venirme a Madrid e instalarme con Sara, que es de mi pueblo y mi mejor amiga y que ya llevaba en la capital un par de años con buenos resultados. Lo intentamos, de verdad, durante casi tres meses, pero todo nuestro amor no fue bastante, y decidimos que debíamos separar nuestros hogares por el bien de nuestra amistad.

Por aquel entonces, Marisa, de la oficina, me comentó que su prima Leticia buscaba compañera de piso; que no es que le hiciera falta el dinero, pero no le gustaba vivir sola, «y nunca está de más que te ayuden con los gastos». En fin, que quedamos esa misma semana, y, nada más entrar en el apartamento, me sentí como en casa. El olor a suavizante, el mullido sofá y la luz que entraba por la puerta del balcón del saloncito, iluminando el cuidado parque, terminaron de convencerme. Bueno, eso y la secadora y el aire acondicionado, para qué engañarnos.

Y aquí estoy, vegetando cual octogenaria en el mullido sofá, con mi adorada mantita —cortesía de Iberia— y tragando telebasura de forma obscena. ¡Soy casi feliz!

Suena mi móvil.

Abro los ojos, me limpio la babilla adherida a mi comisura derecha, estiro el brazo hasta la mesa y logro preguntar:

—¿Qué quieres?

—¿Estabas dormida?

—No, Sara —respondo con voz pastosa.

—¡Estabas dormida! Un viernes, a las nueve, ¡y estabas roncando! Cari, hay gallinas que se acuestan mucho más tarde. —Se ríe a carcajadas de su propia gracia.

—Eres imbécil.

—Prefiero imbécil que narcoléptica. —Sigue riéndose—. Bueno, que voy conduciendo...

—Pero ¿cuántas veces tengo que decírtelo? —Me enfado—. Cualquier día vamos a tener un disgusto. Para en doble fila si hace falta, pero no...

—¡Calla, pesada! Hay una fiesta de *GQ* en el Dark y he conseguido que nos cuelen. Ve desempolvando el disfraz de guarrilla.

—A ver, Sara. —Me sujeto el puente de la nariz—. Punto uno: no tengo ropa de ese estilo, y lo sabes. Punto dos: no voy a salir.

Ni muerta me muevo del sofá. ¡Ni por Matt Bomer en pelotas!

Bueno, por Matt Bomer, a lo mejor sí...

—Cari, o sales por tus propios medios o te saco yo de los pelos, pero a la fiesta vas a ir. En media hora estoy en tu casa con algo de ropa. Ve espabilándote.

—De verdad que no me apetece nada, y además...

Me cuelga. Muy de Sara eso de dejarme con la palabra en la boca.

Hala, ¡ya está! Por sus santos ovarios tengo que abandonar mi burbuja esta noche y arrastrar mi trasero hasta un garito para que mi querida amiga encuentre a cualquier pringado que le haga pasar un buen rato. Y quien dice «pringado» dice «Marcos», el gilipollas al que nunca le niega nada. De verdad que, aunque lo intento, no consigo entenderla. Sara es divertida, sincera, superinteligente y muy guapa, guapísima; pero no porque sea mi mejor amiga, no, porque lo es. Es una tía de bandera de esas por las que caerían imperios. Tiene un cuerpo impresionante, estilizado y definido: ni lorzas, ni celulitis ni una triste estría. Que su trabajo le ha costado, no os vayáis a creer, pero, vamos, que yo, ni con todo el ejercicio del mundo, conseguiría semejante tipazo. Por no hablar de sus... otras

cualidades; dos redondas, firmes y perfectas cualidades por las que yo mataría. Y para rematar el conjunto, una melena larga, morena, con un rizo natural que la hace parecer salvaje, y unos ojos verdes enmarcados en una cara de muñequita sexy que quita el hipo.

Sara podría hacer arrodillarse al hombre que quisiera, sin duda, pero siempre elige al más idiota. La vida sentimental de mi amiga es un desastre, justo lo contrario que su vida laboral: es la comercial más joven y con más contratos de todo su departamento. Cobrar los cheques con las mejores comisiones de su empresa es su nirvana particular, y otra de las cosas que le proporcionan felicidad mística a mi amiga es torturarme con sesiones de belleza. Me lleva utilizando como si fuera su Nancy desde que yo tenía seis años y ella ocho. Hoy llegará mosqueada, porque ya son casi las diez y no va a tener tiempo para recrearse a gusto. Sonríó malignamente y me acurruco en el sofá. Con un poco de suerte lo mismo me libro, pienso, y, justo entonces, suena el telefonillo.

Me levanto de mala gana, voy hasta el dichoso aparato, que está en la cocina, y pulso el botón de la llavecita. Antes de que pueda llegar a la puerta, mi amiga ya la está aporreando.

—¡Abre, que para cuando lleguemos ya no quedará ningún maromo decente! —dice a voces desde el descansillo.

—Voy... —Giro el pomo de la puerta y soy estampada literalmente contra la pared del recibidor—. ¡Pero bueno! ¿Estás tonta o qué? —Me froto la cabeza.

—Perdona, cari, han sido las prisas. ¡Vamos, vamos! ¡¡Que es tardísimo!!

Sale corriendo al cuarto de baño, cargada con su maletín de pintura de la señorita Pepis y una bolsa de deporte que, con seguridad, estará repleta de ropa muy pequeña que no me apetece nada ponerme.

—Si hubieras llegado cuando has dicho que lo harías, no sería tan tarde —refunfuño, arrastrando los pies por el salón.

—No seas gruñona y pasa, que te apaño en un momentito. —Sonríe.

Me peina la melena de lado, con unas suaves ondas, y me maquilla hábilmente, mientras me regaña por no hacerme limpieza de cutis más a menudo. Termina en un santiamén; me miro al espejo, y tengo que reconocérselo:

—Eres una artista. ¡Si no parezco yo!

—Anda, anda, con lo mona que tú eres...

—Mona, sí, pero de las que trabajan en el zoo. —Me río hasta que me arrea una señora colleja y me lleva a empujones a mi habitación.

Nunca me he considerado una belleza ni nada que se le acerque. Yo soy una mujer normal. Tirando a bajita. Más morena que castaña. Ojos marrones. Talla que oscila entre la treinta y ocho y la cuarenta. Tengo una cara bastante expresiva, eso sí, pero no siempre juega a mi favor, y terminaré llena de arrugas antes de los cuarenta..., cosa que no me quita el sueño. Lo único que me ha hecho pasar alguna noche en vela es pensar que, aunque no soy Quasimoda, no me gusto. Ni un poquito siquiera. Tengo la enfermiza inclinación de compararme con los demás, y yo me veo menos. ¿En qué exactamente? Pues ni idea, pero debe de ser lo que ha provocado que, a mis veintisiete años y medio, no haya encontrado a nadie dispuesto a quererme.

2

LA FIESTA

En contra de mi (escasa) voluntad voy montada en un taxi junto a Sara, camino de la avenida del Brasil, una zona de bares que frecuentamos poco porque somos de clase media, aunque mi amiga se empeñe en olvidarlo.

—Sonríe, cari, que ya estamos llegando.

—Si no sonrío, ¿nos prohibirán el paso?

—Nos van a dejar entrar te pongas como te pongas, pero, si no sonríes, voy a salir con una tía con cara de acelga en las fotos.

—¿Qué fotos?

El taxi se detiene. Sara paga con su Visa de empresa, pide el ticket y abre la puerta.

—¿Ves esas lucecitas? —pregunta señalando los flashes de las cámaras.

En la puerta del club hay un pequeño *photocall*. Un montón de caras conocidas hacen cola para posar. Parece que nadie ha querido perderse la fiesta de *GQ*.

—Pero ¿estás flipada o qué? —le digo a Sara—. Esos están fotografiando a famosos y gente así, no a dos sorianas a las que solo conocen en su pueblo.

Sara sale del taxi con mucho estilo y yo... solo salgo.

—Perdona, pero somos dos sorianas que están invitadas a esta fiesta.

—Porque una de ellas se acostó con el camarero que nos va a colar.

Me lanza un rayo letal con los ojos y resopla.

—Quién me mandaría a mí traerte...

—Oye —levanto las manos—, que yo me piro ahora mismo y asunto solucionado...

Sara estira el dedo el índice y lo pone delante de mi cara. Por suerte, uno de seguridad nos obliga a apartarnos para que pase alguien que sí es importante, y me libero de la regañina. Solo de la regañina, porque de entrar en la dichosa fiesta no hay manera de librarme.

El Dark Light Club no me disgusta: ya hemos estado otras veces y tengo un buen recuerdo del Long Island Ice Tea que preparan, pero habitualmente no está infestado de gente tan vip, cosa que agradece mi complejo de inferioridad.

El local es muy amplio, con una pista de baile central, unos reservados de precio prohibitivo al fondo, una barra de cristal azul a la izquierda, precedida por un ropero, y una zona a la derecha, ocupada por unas plataformas destinadas a los bailarines y los espontáneos de turno. Junto a la entrada, también a la derecha, están los cuartos de baño. Ay, los baños del Dark... Cuenta la leyenda que fue allí donde se acuñó la expresión «Si las paredes hablaran...». O, al menos, eso suele decir Sara.

Es ella la que se encarga de los abrigos y de arrastrarme hasta la barra de cristal, atestada de jóvenes vestidos de firma internacional. También es ella la que intenta desabrocharme un par de botones de la blusa, porque debo «dejar respirar a las pobrecitas», pero se lo impido con un manotazo. Ella va preciosa, como siempre. Lleva un vestido de encaje negro y manga francesa, indecentemente corto, que trajo de Hong Kong. Su trabajo de comercial mola hasta ese punto. Su empresa la lleva de ferias por el mundo continuamente, mientras mi jefe me saca solo cuando es imprescindible.

Envidio a Sara, no voy a engañaros, sobre todo porque yo tengo un carácter de mierda y ella es el

encanto personificado. Es una triunfadora, y prueba de ello es el carisma que va derramando siempre a su paso. Ella no desentona en ningún sitio, ni siquiera en una fiesta de alto *standing* como esta. Se mueve por el club como si fuera de su propiedad, segura, regalando sonrisas, atrayendo las miradas a su paso, meneando su pelazo y saludando a discreción, porque otra cosa no, pero Sara conoce a todo el mundo —o, al menos, «a los dignos de conocer», como ella dice—. Y yo la sigo, tirando del bajo de mis *minishorts* absurdamente, porque, por más que tiro, solo llegan a cubrirme la cachas del culo. No sabéis las ganas que tengo de sentarme...

En cuanto alcanzamos la barra, cantidad de gente se acerca a saludarla. Ella me presenta a gran parte de sus admiradores y yo me dedico a dar besos y a mantener una postura correcta hasta que empiezo a sentirme como el perrito de Paris Hilton, y, en un descuido, me escabullo hasta los baños.

Entro en una cabina libre, muy limpia, y me siento en el inodoro. Empiezo a cavilar sobre mi falta de voluntad, sobre esa insana manía mía de no saber decir que no, sobre lo bien que podría estar en casa con mi mantita, y no en un maldito aseo de un maldito club lleno de malditos pijos... Y un destello de determinación me ilumina: tengo que irme. Me tomaré una copa para contentar a Sara, saludaré con la patita otro rato más y, después, huiré hasta casa.

Me animo bastante al imaginarme con un pijama calentito y sin tacones.

Salgo del baño, cruzo con decisión la pista de baile y llego hasta el corrillo de admiradores. La sonrisa se me escurre cuando no encuentro a Sara en el centro. Pregunto por ella, pero nadie sabe decirme qué ha sido de mi amiga. Tampoco los veo demasiado preocupados...

Me recorro la barra de punta a punta, sin localizarla. Cerca del ropero, saco el móvil y veo que me ha escrito:

¿Te estás follando a alguien en el baño y por eso tardas tanto?

¡Sí, claro! Como si eso fuera típico de mí y no de ella.

*No me estoy tirando a nadie, ¿y tú?
¿Dónde te has metido?*

Espero la respuesta un cuarto de hora, cronometrado: quince minutos, de los cuales al menos catorce soy empujada, pisada, apretujada y manoseada. El club empieza a rozar el límite de su aforo. Me estoy agobiando un montón. Y Sara sin contestar... Pego un par de codazos para alcanzar el mostrador del ropero y recojo mi abrigo. Me voy. Mi amiga es perfectamente capaz de conseguir compañía, y yo no quiero seguir aquí ni un minuto más.

Vuelvo a sacar los codos y consigo llegar hasta la puerta. Lo de «antes de entrar dejen salir» entre la gente vip no se estila. Avanzo un paso y retrocedo dos. Y encima mi conciencia, que es muy mala, comienza a decirme que voy a dejar tirada a mi mejor amiga y, lo que es peor, que voy a tener que aguantar sus represalias por los siglos de los siglos.

Me estremezco ligeramente al imaginarme con la piel arrancada a tiras y me doy media vuelta. No se ve la barra, ni la pista ni los malditos reservados... ¿Cómo voy a encontrar a Sara? Las plataformas que se elevan a la derecha me resultan ideales para mi propósito. Es una buena idea..., y también la mejor forma de dar la nota. Cojo aire, unas diez veces, trago la bilis que me sube hasta la campanilla y saco los codos.

Recibo los primeros silbidos nada más erguirme sobre la tarima, pero los ignoro. Examino desde las alturas todo el local, inútilmente, porque no veo más que cabezas en movimiento mezcladas con los

colores de los focos que, a ritmo de Guetta, iluminan el club. Al otear los reservados, un grupo de hombres, que parecen sacados de un catálogo de Burberry, llama mi atención; gritan y me señalan, pero también los ignoro. Si quieren ese tipo de espectáculo, que esperen a que aparezca Sara primero. A mí sola no me sale.

Continúo revisando cada rincón del maldito club hasta que me desespero. Aquí arriba solo estoy haciendo el ridículo. Echo un último vistazo a la barra y... me quedo muy quieta. Siento cómo algo se agarra a mi pantorrilla y se desliza hacia arriba. Dirijo la mirada hacia mi pierna para descubrir a un hombre rubio y fornido sonriéndome con una mezcla de alcohol y deseo.

No reacciono.

Le observo con los ojos muy abiertos, y él debe de considerarlo un gesto positivo —el funcionamiento del cerebro del *pijus beodus* sigue siendo una incógnita para la comunidad científica—, porque se sube a la plataforma de un salto, me agarra las caderas y me aprieta contra su paquete, intentando que bailemos. Un calor extraño se apodera de mi cuerpo. Mi instinto toma el relevo a mi cerebro. En un solo movimiento le arreo un megasopapo en su cara bonita y le empujo tarima abajo.

Ken cae más de un metro de espaldas.

Me llevo las manos a la boca. Me lo he cargado. Y seguramente se lo tenía merecido, pero no sé si voy a adaptarme a vivir en Soto del Real...

La gente comienza a formar un corrillo alrededor del deslomado. Uno de los de Burberry tira de él, y le veo marcharse por su propio pie. Me entra tal descanso en el cuerpo que no me doy cuenta hasta unos segundos después de que los espectadores me están vitoreando. Me aplauden y me gritan cosas como «Tórrera». ¡Tórrera! ¡A mí, que quiero a los animales más que a la mayoría de las personas! No sé dónde meterme. Con lo poco que me gusta llamar la atención..., sobria, al menos. Me bajo lo más rápido que puedo de la plataforma y corro hacia la puerta.

Empujo con toda mi alma a la marabunta que todavía intenta entrar en la fiesta y consigo alcanzar la calle. Hace un frío de muerte. El viento se cuele por debajo de mi abrigo y mis finas medias de lycra no hacen nada para impedirse. Rescato el móvil del bolso. Sigo sin respuesta de Sara. Intento llamarla, pero lo tiene apagado. La busco en cada grupo, en cada esquina, me recorro toda la acera de punta a punta, pero no aparece ni su sombra. Estoy a punto de echarme a llorar. ¡Qué mierda de noche!

Guardo el móvil en el bolsillo del abrigo con rabia y me enciendo un cigarrillo. Le doy tres caladas seguidas que me llegan hasta el último alveolo pulmonar y que consiguen detener el temblor de mi barbilla.

Empiezo a caminar hacia el Santiago Bernabéu cuando se oye alboroto en la puerta del pub; me giro con discreción y veo al grupito Burberry de antes. Están discutiendo con los de seguridad del club, y, de pronto, uno de ellos dobla la cabeza en mi dirección, le dice algo a otro que está de espaldas y me señala.

¡Mierda! Lo que me faltaba...

Me doy la vuelta y, presa del pánico, comienzo a bajar la calle. Al llegar a la plaza del Palacio de Congresos escucho gritar a mi espalda:

—¡Oye! ¡Para, por favor!

¡Ni muerta me paro yo ahora! Este viene por lo del empujón, y yo no estoy para ir pagando indemnizaciones por lesiones medulares. Me hago la sorda y sigo andando, un poquito más deprisa, hacia el metro.

Le oigo correr detrás de mí, cada vez más cerca, hasta que me alcanza y me sujeta del brazo.

—Para, por favor —repite con voz grave.

No le miro, ni me molesto. Tiro de mi brazo con saña y sigo hacia delante. Mi perseguidor vuelve a la carga.

—Perdona, pero mi amigo necesita...

—¡Modales! —le grito sin darme la vuelta siquiera—. Lo que necesita tu amigo es un curso de buenos modales. Y un loquero, si piensa que va a sacarme un solo euro de todo esto.

—Estoy de acuerdo en que debería trabajar sus habilidades sociales, pero no entiendo una palabra acerca de... ¿loquero? ¿Qué es «loquero»?

Me giro lentamente con el ceño fruncido. ¿No sabe lo que es un loquero? ¿Está de broma?

Levanto la cabeza para mirarle a la cara y decirle cuatro verdades y lo que consigo es... alucinar. Literalmente. A-L-U-C-I-N-A-R.

3

LA ESTRELLA DE MI NOMBRE

Podría ser más poética y decir que el atractivo rostro del desconocido que tengo delante me ha impactado de tal manera que acabo de descubrir que mi vida jamás será la misma, pero lo cierto es que alucino. Pepinillos. En colores. Tan agilipollada me quedo que, si una manada de elefantes sale en estampida por el paseo de la Castellana justo ahora mismo, ni me voy a dar cuenta, estoy segura.

Nunca he visto un hombre tan guapo. Ni en la tele, ni en el cine ni en Instagram siquiera. Y este no lleva ningún filtro encima. Su aspecto de empotrador consumado y sus impresionantes ojos azules son reales. O eso creo...

Pestaño, por si todo es producto de una ensoñación. No funciona. Miro al cigarrillo que se consume en mi mano derecha, por si me he confundido y está aliñado... Nada, es Marlboro. Doy una calada, por si acaso, y el humo termina donde no debe.

Un par de convulsiones sacuden mi pecho; suelto una enorme bocanada gris y empiezo a toser. Como en mi vida. La garganta me arde, el oxígeno no entra... Tiro la colilla y me apoyo en las rodillas. El desconocido de ojos azules empieza a darme golpecitos rítmicamente en la espalda.

—Tranquila. No te vas a ahogar —me asegura con esa voz tan grave—. No intentes respirar por la boca. Solo relájate y el aire entrará por tu nariz.

La teoría parece fácil; la práctica ya es otra cosa. Termino hiperventilando agarrada a su jersey gris. Muy suave, por cierto.

—Ya está. —Me acaricia la espalda—. Ya respiras, ¿ves?

—Sí —musito, separando la cara de su pecho. En su jersey hay unos surcos negros que deben de proceder de mis pestañas—. Lo siento —digo, intentando limpiarlo con la mano. Solo consigo extender la mancha—. Creo que tengo un clínex...

—Úsalo tú, te hace más falta.

Da un paso hacia atrás mientras busco el pañuelo; me lo paso por debajo de los ojos, por las mejillas, y me sueno la nariz. Un pequeño hipo se me escapa antes de guardar el gurrño de mocos en el bolso.

—Ya me encuentro bien. —Señalo la calzada y doy un par de pasos hacia ella sin separar la vista del suelo—. Gracias por... Bueno, ya sabes... —Carraspeo. Me siento torpemente ridícula—. Voy a coger un taxi. Adiós.

—Puedo llevarte adonde quieras —dice.

—No hace falta.

—No estoy de acuerdo. Tú necesitas transporte y yo puedo aprovechar el viaje para explicarte por qué he salido a buscarte.

Le miro con el ceño fruncido.

—Espero que no pretendas que me disculpe por haber tirado a tu amigo de la tarima. Si se ha partido la espalda, es cosa suya. No tenía derecho a arrimárame así.

Sonríe, metiéndose las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón oscuro.

—Por eso he salido a buscarte. Es David el que debe disculparse contigo.

El nombre de su amigo le delata. Su timbre de voz es tan grave que disimula su acento natural,

pero al hablar en su idioma, al articular ese «Déivid» como lo ha hecho, me ha confirmado que es guiri. Angloparlante, seguro. De dónde exactamente, ya es un misterio. Estoy licenciada en Traducción e Interpretación, no en Ciencias Ocultas.

—¿Me esperas aquí un segundo? —me pregunta.

—¿Para qué?

—Para traerte a David.

Pongo cara de asco y me doy la vuelta con el brazo en alto, preparada para detener al primer taxi que pase. Él insiste:

—Déjame que te lleve.

—Soy capaz de llegar a casa por mis propios medios.

—Lo imagino, pero quiero llevarte. ¿Tan terrible te parece?

Bajo el brazo porque su maldita voz es hipnótica, en serio, pero consigo mantenerme firme.

—No me parece terrible. —Le miro—. Me parece... absurdo.

Arquea las cejas, espesas y castañas, como su pelo.

—¿Absurdo? Vaya... gracias. —Ladea la cabeza—. Lo recordaré la próxima vez que intente ayudar a alguien.

—Si necesitase ayuda, serías el último a quien acudiría.

En circunstancias normales no me habría acercado a un hombre como él a menos de cien metros. Su atractivo, su masculinidad y esa maldita voz grave me intimidan demasiado. Para colmo, él endurece su gesto. Sus mandíbulas angulosas se aprietan. El impresionante azul de sus ojos pierde espacio en favor del negro de sus pupilas.

—Entiendo que estés enfadada por lo que ha sucedido en el club. Siento que tu noche se haya echado a perder y que hayas pasado un mal rato, pero no me culpes a mí, ¿ok?

Miro hacia la calzada. Me cuesta unos segundos reconocerlo, pero tiene razón: él no es el culpable de mi noche de mierda. De hecho, él ha sido lo único mínimamente agradable. No es justo que lo pague con él.

—Perdona. —Devuelvo la vista a su cara—. Gracias por intentar ayudarme.

—Por eso y por llevarte. —Sonríe de medio lado.

Siento cosquillitas en varias partes de mi anatomía.

—En serio, no hace falta.

—Eso ya me lo has dicho. —Mete la mano derecha en el bolsillo trasero de su pantalón y saca el último modelo de iPhone—. Dame un segundo.

Desbloquea el teléfono, pulsa un par de veces sobre la pantalla y se lo lleva a la oreja. Mientras espera a que le contesten, echa los hombros atrás y se endereza. Qué alto es. Debe de pasar del metro noventa. Eso, para una gnoma como yo, es bastante impresionante, aunque no tanto como el volumen de sus pectorales. Y el de sus brazos. Joder. Qué bíceps... ¿Estarán tan duros como aparentan?

Alzo las cejas al darme cuenta de dónde me están llevando mis pensamientos, y él, guardando el móvil, me mira con intriga.

—Enseguida viene —me dice.

—¿Quién? —Me he perdido.

—El coche. —Sonríe.

—Ah, ¿sí? ¿Te lo traen y todo? ¿En qué parking lo has dejado?

—Ni idea —confiesa, y creo que también se había perdido. Nos sonreímos con algo de desconcierto. Él rompe el silencio—: No nos hemos presentado. Me llamo John.

—Yo, Vega.

—Vega —repite en voz baja—. Es el nombre de una estrella, ¿no? —Asiento con la cabeza—. ¿Te puedo dar dos besos sin terminar como David?

Me río y vuelvo a asentir, acercándome un poquito. Él se inclina sobre mí, nuestras mejillas se rozan un par de veces y me aparto inspirando hondo, atrapando una nube de su aroma. Refinado y penetrante. Solo puedo distinguir unas notas cítricas, pero creo que se me han grabado a fuego en la pituitaria.

Nos observamos en silencio. Yo a él, por el rabillo del ojo, y él a mí, sin disimular que me está dando un repaso. Pobre, cuando termine de evaluar me, se dará cuenta de que no debía haber abandonado la fiesta.

—Oye —musito—. ¿Y tu chaqueta?

No es que me queje de que esté a cuerpo, porque menudo cuerpo el suyo, pero me extraña que no vaya abrigado en pleno invierno.

—Espero que siga en el ropero.

—Si quieres, podemos volver a por ella... O mejor: vuelves tú y ya te quedas...

—¿Tan pesado estoy siendo? —Frunce el ceño.

—No, ¿por?

—Porque me estás sugiriendo que me largue.

—Es que... —Hago un mohín—. No quiero que te pierdas la fiesta por mí.

—¿La fiesta? —Señala calle arriba—. Te aseguro que eso no tenía nada de fiesta. Ni siquiera me apetecía salir —resopla—, pero como es mi cumpleaños...

—Anda, ¿sí? Pues felicidades. —Sonrío—. ¿Cuántos cumplés?

—Gracias. Treinta y tres. Pero te juro que antes de ayer tenía veinte.

Me río.

—Te entiendo.

—Imposible. Tú no tienes más de treinta.

—No, pero estoy cerca. Ya empiezo a notar en las rodillas los cambios de tiempo y esas cosas.

Reímos los dos. Su teléfono suena durante un par de tonos y él mira hacia la calzada. En doble fila hay parado un coche negro de alta gama.

—Ahí está, ¿vamos?

—¿Ese es tu coche? —pregunto asombrada.

Él asiente.

—¿No te gusta?

—Pse... —farfulto—. Mientras funcione...

Trato de no parecer impresionada con esa bromita y consigo parecer imbécil, algo muy habitual en mí.

Echamos a andar hacia el coche. Él me abre la puerta y me invita a entrar con un gesto de la mano.

—Buenas noches —le digo al señor conductor mientras deslizo mi trasero por el cuero beis de los asientos. Me coloco junto a la puerta contraria y me abrocho el cinturón de seguridad.

—Buenas noches, señorita —contesta mirando por el retrovisor central—. Señor Taylor...

—Hola, Esteban. —Cierra la puerta, observa lo bien atada que voy y disimula una sonrisa—. Danos un segundo, por favor.

—Claro, señor.

John aprieta un botoncito que hay junto a su puerta y una mampara de cristal opaco nos aísla de Esteban.

—¿Tienes que irte a casa por algo en concreto?

Frunzo el ceño y me revuelvo en el asiento.

—No entiendo tu pregunta.

Él se gira hacia mí y se inclina un poco.

—Me apetece, mucho, tomarme algo contigo. En el club no me estaba divirtiendo, pero contigo me da la sensación de que no voy a aburrirme. —Sonríe—. Si no tienes que madrugar mañana ni a nadie que te esté esperando en casa...

Deja la frase abierta, como mi boca, que está de par en par.

—Eh... Pues... —Intento tragar saliva. No puedo—. Pero ¿tú y yo... por ahí... de copas?

Sonríe abiertamente y ladea la cabeza.

—Es mi cumpleaños...

Me río. Es jodidamente encantador. Y guapo hasta reventar. ¿Cuántas ocasiones voy a tener de tomarme una copa con un tipo así?

La respuesta es tan obvia que me da la excusa. Acepto, fingiendo que es a regañadientes. Él baja el cristal oscuro sin dejar de sonreír y me pide que elija un bar, el más diferente del Dark que conozca.

En mi defensa alegaré que él solito se lo ha buscado.

4

HECHO EN HOLLYWOOD

El bar que elijo es angosto, oscuro, tremendamente ruidoso y está mal ventilado. Reconozco que no le he dado ni una pensada antes de decidirme. Estoy demasiado ocupada en intentar entender por qué John Taylor —tan guapo, tan alto, tan encantador y tan de todo— quiere tomarse algo conmigo, y total, que he soltado la dirección del primer antro que se me ha pasado por la cabeza, y aquí estamos. Encima, nada más entrar, le dejo solo. Tengo pis. Y el baño, una pinta repulsiva, pero habrá de servirme.

John se las apaña estupendamente en mi ausencia. Cuando salgo, me lo encuentro en un lateral de la barra ¡con dos taburetes!

—Ay, qué bien —digo sentándome—. Los tacones me están matando. —John mira hacia mis pies y yo estiro las piernas, mucho más largas y esbeltas con los tacones, de acuerdo, pero hace rato que no siento los gemelos.

—Parecen dolorosos. —Tuerce la boca—. Aunque no puedo ponerme en tu lugar: nunca he usado unos tan altos.

Me río.

—Yo tampoco. Ni creo que vuelva a repetir. Mi mejor amiga, Sara, tendrá que asumirlo como pueda.

—¿Estabas con ella en la fiesta? —pregunta, llamando con la mano al camarero.

—Solo al principio. Luego la he perdido. Por eso he terminado subiéndome a las malditas tarimas... Y encima para nada, porque no he conseguido encontrarla.

—¿Crees que puede haberse ido con alguien?

—No sería la primera vez —digo pensándolo—. Además, suele actuar así: se esfuma de golpe, apaga el móvil y aparece días después como si no hubiera pasado nada. A veces, no entiendo por qué sigo siendo su amiga.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco entiendo la mayor parte del tiempo por qué lo soy de David.

—Normal. Es gilipollas.

John suelta una carcajada que me cosquillea por dentro, tan ronca, tan sincera... Una cálida sensación de bienestar me llena las venas.

El camarero se acerca. John me mira, sonriendo, y yo echo un vistazo a las botellas.

—Un Jägermeister con Red Bull.

John frunce el ceño.

—¿Eso está bueno?

Me encojo de hombros.

—Sabe a jarabe, pero al tercero se te olvida hasta tu nombre.

—Entonces dos —le dice al camarero sin dejar de mirarme.

Empiezo a sudar, por su intimidante mirada azul y porque llevo puesto, y abrochado, el abrigo de lana negro, el único bueno que tengo. Me da vergüenza quitármelo, por el *minishort* de Sara, pero, si no lo hago, incubaré pollitos debajo.

Me bajo del taburete, me salgo del abrigo con rapidez y me lo coloco en los muslos cuando vuelvo

a sentarme. John se remanga un poquito el jersey.

—Siento habértelo manchado. —Señalo su pecho.

—No lo sientas. Casi te ahogas por mi culpa.

—Tendré que pensar en alguna manera cruel de vengarme.

—Me has traído aquí, ¿no es lo suficientemente cruel?

—Eso también ha sido culpa tuya. —Me río—. Me has pedido que te llevara al sitio más opuesto al Dark que se me ocurriera.

La comisura derecha de su boca se eleva un poquito, dejando asomar un hoyuelo supersexy. Apoya el codo en la barra.

—Tienes razón, pero pensaba en un lugar... distinto.

—¿Como cuál? —pregunto al tiempo que el camarero pone nuestras bebidas frente a nosotros.

Cojo la lata de Red Bull y la vacío dentro del vaso. John me imita respondiendo:

—Un sitio tranquilo, con asientos cómodos y música agradable.

—¿No te gusta el *heavy* español? Qué sorpresa —me burlo.

Es evidente que «Burberry» y «Reincidentes» no casan bien ni en la misma frase.

Los dos bebemos. John arquea las cejas.

—Está bueno. —Paladea la mezcla. —Y no, no me gusta esto a lo que tú llamas «*heavy* español».

—¿Tú lo llamarías «ruido» directamente?

—«Ruido insoportable».

—Si quieres, nos vamos.

Alza el vaso y niega con la cabeza.

—Pienso tomarme, por lo menos, otro más de estos. ¿Tienes prisa?

Me encojo de hombros.

—No, supongo...

—¿Supones?

Doy un par de sorbos con una incómoda pregunta dando vueltas en la cabeza. Suelto el vaso sobre la barra.

—No tengo prisa, pero... es que no sé muy bien qué hacemos aquí. —John va a replicarme, pero no le dejo—. Ya sé que solo estamos tomándonos una copa y todo eso, pero no paro de preguntarme por qué estoy tomándome una copa... contigo. —Le señalo—. No sé si me explico...

—¿Te refieres a que no nos conocemos de nada?

—Por ejemplo —me limito a responder.

Lo de que esté tan bueno que me extraña que me dirija la palabra prefiero callármelo por el momento.

—Bueno, es verdad que no nos conocemos —sonríe—, pero estamos poniéndole remedio, ¿no?

—Ya, ya... El caso es que...

Intento agarrar el vaso, pero John es más rápido. Lo aparta de mi mano y la suya termina en mi barbilla. No esperaba el contacto. Ni lo mucho que me impresiona. Quiero cerrar los ojos, pero él aparece en mi campo de visión con un ligero movimiento y acaricia mi mentón antes de alejar la mano.

—¿Qué pasa? ¿Estás incómoda? ¿Quieres irte?

Su voz grave no necesita elevarse para que se le oiga por encima de la música. El que estemos a escasos centímetros ayuda también. Tengo su boca a un estornudo de distancia. Sus ojos azules me urgen a contestarle.

—Estoy incómoda, pero me pasa casi siempre. No hace falta que nos vayamos.

—De no hacer falta a querer quedarte hay mucha diferencia...

Desliza mi vaso por la barra y yo lo rescato y bebo hasta que solo quedan los hielos tintineando contra el cristal.

—Quiero quedarme —admito—. Y, también, tomarme otra.

John sonrío y apura su copa. Le pide al camarero dos más y a mí, el abrigo.

—Déjame. Seguro que pueden guardarlo por ahí.

—Gracias. Es como una manta —digo doblándolo—. Y casi que también dejo el bolso.

Me lo descruzo y él se apoya en la barra para sacar de un bolsillo trasero una cartera de piel negra y lustrosa. Saca dos billetes de cincuenta euros; uno termina sobre la barra y el otro, sobre mi abrigo. Cuando vuelve el camarero con nuestras bebidas, John señala el billete de la barra.

—Cóbrate de aquí, por favor. —Coge mis cosas y se las enseña al camarero con el billete reluciendo sobre ellas—. ¿Me puedes guardar esto?

—Claro, tío.

De los cien euros, John solo recupera diez. Yo solo puedo cerrar la boca a base de Jägermeister. Y ni con esas...

—Alucino con que le hayas dado cincuenta euros por guardarme las cosas.

—¿Por qué? —pregunta, acercando su taburete.

A lo tonto, nuestras rodillas empiezan a rozarse.

—Porque es mucho dinero.

—No si queremos que lo guarde bien.

—No sé..., a mí me ha parecido un poco... peliculero.

John sonrío.

—Será porque ves mucho cine *made in* Hollywood.

—¿Eres estadounidense? —Asiente, bebiendo—. ¿De dónde?

—Vivo en Nueva York.

—Hala... —digo a lo cateto—. Qué envidia. Tiene que ser una pasada.

—Me gusta, pero Madrid también. Es una ciudad muy viva —me sonrío—, y siempre consigue sorprenderme.

—¿Vienes mucho?

—No tanto como me gustaría.

Apoya su mano en mi muslo. Abro los ojos de par en par. Entre su palma y mi piel solo hay unos hilillos de lycra. Noto perfectamente su tacto firme y el calor que despide su cuerpo. Aprieta ligeramente mi pierna. Se me van a salir los ojos de las órbitas. Se inclina sobre mí... lo justo para sacar el móvil del otro bolsillo trasero.

—Es David, perdona —murmura antes de soltar mi muslo. Se me escapa un mohín, pero no se da cuenta—. Dime —contesta. Frunce el ceño unos segundos y luego se tapa la cara con la mano libre—. *Fucking crazy man* —dice entre dientes. Deja caer la mano antes de negar un par de veces con la cabeza—. No cuentes conmigo, tengo un plan mejor. *Ill call you back tomorrow. Bye.*

Deja el móvil sobre la barra y coge su vaso. Me mira mientras bebe. Y no solo a la cara... No es nada excesivamente descarado, pero tampoco oculta unas intenciones que yo solo podría imaginar con un hombre como él en mis más calenturientos sueños. Me refugio en mi amigo Jäger para ignorar la vocecita que me dice que ha utilizado el *spanglisb* con la misma intención con la que me está mirando.

—Así que tus amigos van a seguir con la juerga... —digo por romper el silencio.

—Unas chicas que han conocido en el Dark los han invitado a una fiesta en su casa.

—Y tú aquí, perdiéndotelo. Yo me lo pensaría.

Me mira a turnos los ojos.

—No creo que me esté perdiendo nada.

—Hombre..., tú querías ir a un sitio tranquilo y cómodo.

—Ya, pero iba a fallarme la compañía, así que... —Da un trago.

—El Dark estaba lleno de bellezones; seguro que con alguna congeniabas.

—Ya lo estás haciendo otra vez.

—¿El qué?

—Sugerirme, muy poco sutilmente, que me largue.

—No, no... —Suelto el vaso—. Es que... A ver..., imagino a lo que habíais salido, y conmigo, pues... como que no.

Frunce mucho el ceño.

—Estoy intentando traducirte —murmura—. Dame un segundo.

Me revuelvo en el taburete, rozando sus piernas en el proceso, y me aparto el pelo a un lado.

—Si no he entendido mal, me estás diciendo que piensas que hemos salido a ligar y que contigo no tengo ninguna posibilidad, ¿es así?

—En realidad es justo lo contrario, pero el resultado es el mismo..., o sea..., que sí.

Me mira con desconcierto.

—Ahora sí que no te he entendido.

—No te preocupes. Me pasa mucho —digo apretándole el antebrazo. Cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, quito la mano como si quemara—. Tú no le des más vueltas. Nos tomamos lo que nos queda y luego ya... pues nos vamos, ¿no?

Me mira unos segundos y niega con la cabeza. Vuelve a acercar, lo poco que ya puede, su taburete. Mis piernas quedan entre las suyas y mis manos se unen sobre mi regazo. Levanto la vista despacio y, sí, está demasiado cerca. Joder. Voy a desmayarme, en serio.

—No quiero presionarte, pero necesito que me aclares lo que me acabas de decir. ¿Crees de verdad que no me interesas?

—Como entretenimiento no lo dudo, aunque sigo sorprendida.

—¿Y como algo más?

Niego con la cabeza con una sonrisa que intenta tranquilizarle.

—Tengo superclaro que entre nosotros no va a pasar nada. Vamos..., ni de coña.

—Porque tú no quieres...

—¡Porque no lo quiere el cosmos! —Me río—. La gente como tú y la gente como yo no suele mezclarse.

Bebo de mi combinado con dificultad. La conversación me está cerrando la glotis.

—Pues es una pena.

Mi ceja izquierda sale disparada hacia arriba y un borbotón de Jäger con Red Bull y babas, hacia delante. El viscoso combinado se escurre por mi barbilla y mi cuello y por la pechera de su jersey. El pobre va a tener que prenderle fuego después de esta noche. Me apresuro a coger un par de servilletas de la barra y le doy una sin mirarle a la cara.

—Joder, qué torpe soy. —Toso un par de veces, con los restos dulzones en mis vías respiratorias—. Lo siento mucho. Mira cómo te he puesto...

—No tiene importancia —dice pasando la servilleta por la lana, que se llena de partículas blancas—. Creo que lo estoy empeorando. —Arruga el papel y lo guarda en uno de los bolsillos de su pantalón, mientras yo me limpio entre tos y tos—. Tú solo trata de no volver a ahogarte, ¿ok?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. Ayudaría que dejaras de asustarme.

—Pero, *baby*..., si solo te he dicho que era una pena... Lo de que el cosmos no quiere que nos mezclemos —puntualiza, inclinándose sobre mí.

Que me llame «*baby*» y que prácticamente me roce los labios me desbarata entera. ¡Estas cosas no suceden! Una tía normal y corriente, tirando a rancia, no sale una noche cualquiera, conoce a un hombre de anuncio y se lo liga. A no ser que...

—Has hecho una apuesta con tu amigo el gilipollas, ¿verdad? —Pongo la mano en el centro de su pecho y le separo unos centímetros—. Habéis escogido a la más pringada del Dark y dentro de un rato os vais a estar riendo de lo lindo a mi costa.

John me mira con seriedad. Agarra la mano que tengo sobre su pecho y la aprieta contra él. Siento sus latidos, rápidos y fuertes.

—Si la deslizas hacia abajo, puedes comprobar tú misma que voy en serio.

Se me seca la boca.

—¿Te refieres a...?

—A que estoy tan duro que ya no sé cómo sentarme.

Parpadeo. Él no. Él me sigue taladrando con su mirada azul. No hay ninguna duda en ella, ni recodo o burla.

—De verdad que, aunque lo estoy intentando, me cuesta muchísimo creermelo que tú...

Hasta ahí llega mi confesión. John me impide continuar al atrapar mi labio inferior entre los suyos; lo suelta con un chasquido antes de buscar mi mirada. Me da un segundo para detenerle. Pero no puedo, estoy totalmente impactada. John se asegura de que no voy a apartarme y después... Después me enseña qué se siente cuando te besan con verdadero deseo.

Seduca a mis labios, se apodera de mis mejillas con sus manos, lame mi lengua, compartimos un jadeo. Ladea la cabeza para devorarme. Y yo me dejo. Joder..., no me dejo, me entrego entera. De perdidos al río. Si todo termina siendo una cruel apuesta, por lo menos me llevaré este beso. El mejor que me han dado en la vida.

5

UN BUEN CONSEJO

No sé cuánto tiempo llevamos enrollándonos en la barra de este antro. Mucho, supongo. Siento los labios entumecidos, pero no puedo parar de besarle. Joder... Es adictivo. Tanto como acariciar su espalda ancha, sus musculados brazos o los suaves mechones de su nuca. Tanto como sentir sus manos firmes en mis costados, en mis caderas, sobre mis nalgas, como ahora. Cada vez que me aprieta, le beso más hondo.

Percibo ligeramente que la música se silencia, pero no es hasta que el camarero nos dice que van a cerrar ya cuando nos separamos.

—Ahí tienes, tío. —Le da mis cosas—. Que terminéis bien la noche. —Me guiña un ojo.

Me sonrojaría, pero es imposible. Ya tengo los mofletes a reventar de rubor sexual. Miro a John de soslayo. Su boca está hinchada y los ojos le brillan mucho. Sonríe al devolverme la mirada y resopla antes de morderse el labio. Me río, porque tengo las emociones a flor de piel, y me escondo en su pecho, por si al encender las luces se arrepiente de haberme besado. Cosa que no sucede. Bajo los neones chillones vuelve a besarme, esta vez en el pelo. Salimos del local.

En la calle me ayuda a ponerme el abrigo y saca su teléfono sin inmutarse por el frío. Yo cambio el peso de un pie al otro para entrar en calor.

—Voy a pedir el coche —me dice.

—Y yo, un taxi.

—Me parece que no. —Sonríe antes de marcar.

Bueno, si sigue insistiendo en llevarme a casa, no voy decir que no. Después de saber lo bien que besa, me da que no voy a poder negarme a nada que me proponga.

Joder... No me creo la suerte que he tenido. Me he enrollado con un chulazo de portada de *Men's Health*. ¡Voy a publicarlo en Facebook! Bueno, mejor me limito a restregárselo a Sara... Ah, no, que estoy enfadada con ella porque me ha dejado tirada. La muy cabrona.

—Esteban está a un par de calles. —John guarda el iPhone y señala un paso de cebra que tenemos a unos metros—. ¿Vamos?

—Debe de molar lo de tener chófer. —Le sigo—. ¿Lo usas siempre o te has dado un capricho por ser tu cumpleaños?

—Lo uso a menudo. Odio buscar aparcamiento.

—Normal —asiento. Y me refiero a lo de aparcar, no a que se gaste el dineral que debe de costar alquilar un vehículo de alta gama con conductor a menudo.

Esteban y el cochazo aparecen. John y yo nos acomodamos en el asiento trasero.

—Vivo muy cerca de la estación de Atocha —digo como indicación.

John me lanza una sonrisa ladeada.

—¿Sola?

—No, con la dueña del piso.

—Entonces, vamos a mi hotel.

Alzo las cejas.

—¿Para qué?

John señala con la mirada a Esteban.

—¿Necesitas los detalles o...? —Me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—Alucino —farfallo.

—¿Por qué? ¿Prefieres que te pida tres o cuatro citas antes de que nos veamos desnudos?

Parpadeo.

—¿Me quieres ver desnuda?

—*Fuck, yeah.* —Sonríe.

Trago saliva.

—Esto roza lo surrealista.

Su cara sería asoma, como en el bar antes de besarme.

—¿Me permites un consejo?

—Vale —digo atónita.

—Dedícale un poquito de atención a tu autoestima. Tienes un concepto de ti misma que no se ajusta con la realidad.

Me quedo helada. Solo hace unas horas que me conoce y acaba de señalar mi punto más débil. Me dan ganas de salir del coche, echar a correr hasta mi casa y no volver a salir nunca más, pero ¿qué opinión tendré mañana de mí misma si huyo? ¿Seré capaz de mirarme al espejo sabiendo que he desperdiciado la oportunidad de sentirme diferente, deseada, especial, aunque sea por una noche?

—Vamos a tu hotel.

John me da un segundo para que me lo piense. No lo hago, porque me conozco. Esteban recibe la orden de dirigirnos al hotel Wellington y, después, John solo utiliza los labios para convencerme de que he tomado la decisión adecuada.

Joder... Qué bien besa este hombre. Como se le dé todo igual, me lo voy a pasar teta. ¿Qué sujetador llevo? Ah, el de encaje negro. Mierda, las bragas son las del Primark. Bueno, si le da por rompérmelas, no me va a importar. Joder, si me rompe las bragas, le hago la ola.

Sumida en unos pensamientos cada vez más calenturientos, me bajo del coche. Le doy las gracias al señor que me ha abierto la puerta y acompaño a John al interior del hotel, muy pijo: mármoles, alfombras, mobiliario isabelino, una araña de cristal en el techo del vestíbulo, un par de señoras vestidas con pieles esperando el ascensor... El trayecto hasta la última planta me resulta eterno. John me agarra de la mano en el interminable pasillo enmoquetado, mientras me repito que con inseguridades no se llega a ningún sitio: si tengo celulitis, ahora no es el momento de acordarme. Y, cuando quiero darme cuenta, estamos frente a su puerta.

—Adelante —me dice después de abrir con una tarjeta.

La *suite* es inmensa. Tiene una especie de recibidor que conduce a una sala enorme. Hay una zona de descanso a la derecha con sofás tapizados en verde, televisión y un montón de chismes con la marca de la manzana; a la izquierda, un comedor para seis; de frente, el acceso a la terraza. La decoración es suntuosa y elegante: maderas nobles, cortinas brocadas, adornos dorados y cristal de Murano.

—¿Te gusta? —pregunta John desde mi espalda, ayudándome a quitarme el abrigo; lo deja encima de la mesa del comedor, junto a mi bolso.

—Claro que me gusta.

¿Y a quién no? Pero yo no podría permitirme ni alquilarla por horas.

—A mí también. Siempre que vengo a Madrid me alojo aquí.

Doy un último vistazo alrededor.

—¿Has venido por negocios o por placer?

—Parece que por ambas cosas. —Se inclina sobre mi cuello. Contengo la respiración cuando empieza a acariciarme con la nariz la piel de detrás de mi oreja—. ¿Quieres una copa? —Tarareo una negación. Él me pellizca con los labios el lóbulo de mi oreja—. ¿Qué es lo que quieres?

—Sentarme no me vendría mal. Me siguen matando los tacones.

—Quítatelos. —Me muerde despacio el cuello.

Salgo de los zapatos en un santiamén. Nuestra diferencia de estatura se hace demasiado evidente hasta que tira de mí hacia el sofá más grande. Se sienta antes de agarrarme de los costados.

—Ven aquí —murmura con esa voz grave tan jodidamente erótica.

Ni me lo pienso: me monto a horcajadas sobre su regazo, me aprieto contra sus pectorales y le beso; no aguanto más sin hacerlo.

John gime, y esa es mi perdición: tengo que oír ese sonido celestial más veces, muchas más veces. Le muerdo el labio inferior. John vuelve a gemir, casi un gruñido. Me acaricia la espalda y los costados y se agarra a mis nalgas con firmeza, acercándose a su cuerpo. Me froto contra su erección, por puro instinto. Creo que voy a explotar. Lo siento tan duro, tan cerca, aun debajo de la ropa... Enredo los dedos en los mechones de su nuca y tiro un poco de él para comerme su boca a gusto. Mi iniciativa le complace, porque entre jadeos me dice:

—Me estás poniendo a mil, *baby*.

Y sigue besándome con exigencia, mordéndome los labios y marcando el ritmo del roce de nuestros cuerpos con el movimiento de sus brazos.

¿Él está a mil? Pues yo he perdido la cuenta, reventado el pulsómetro y calcinado mis bragas cuando ha vuelto a llamarme «*baby*», ¿me explico?

De pronto, abandona mi boca y me mira con los ojos ligeramente empañados. Me echa el pelo hacia atrás y recorre mi torso con la mirada, despacio, hasta que a sus ojos les siguen sus manos y comienza a desabrocharme la blusa. En un pestañeo la prenda cae sobre la alfombra.

—Me gustan tus tetas —dice, fijo en mi pecho.

Las aprisiona con ambas manos y suelta un gemido de aprobación. Con los pulgares baja las copas del sujetador, liberando mis pezones; los roza levemente y jadeo.

—Mmm, también me gusta cómo suenas...

Me quita el sujetador con destreza, coge mi pecho izquierdo y lame despacio mi pezón; se lo mete entero en la boca y succiona. Tengo la carne de gallina. Gimo y arqueo la espalda. Él me muerde con pericia mientras la mano que tiene libre me acaricia el centro del muslo, cada vez más cerca de mi sexo. Agarro sus hombros con fuerza cuando desliza sus dedos por el interior de mi *short*. Estoy tan mojada que seguro que puede notar la humedad por encima de la tela. Me toca con suavidad y, cuando hundo la lengua en su boca, con más firmeza, me pellizca. Cuela la punta de un dedo por la pequeña pernera.

—Me la pone muy dura que estés tan mojada... Mira.

Abandona mi pecho y se desabrocha el pantalón con una mano, sin dejar de acariciarme con la otra. Saca su miembro por la goma de los *baxers* y se me hace la boca agua. Joder. No puedo morirme sin probar algo de ese calibre.

Anticipándose a mis deseos, se levanta conmigo encima y avanza por la sala hasta el dormitorio. Solo abandona mi boca para tumbarme sobre la cama y desnudarme. Se queda de pie después. Me mira de arriba abajo, clava sus ojos azules en los míos y, muy morbosamente, se chupa el dedo que acaba de estar entre mis pliegues.

—*So sweet*. —Una sonrisa lobuna aparece en sus labios.

Bufo. Esto es demasiado.

Se deshace de su ropa sin miramientos, y apenas puedo disfrutar de las vistas, porque se coloca con rapidez entre mis piernas. Me sonrío con morbo antes de inclinarse sobre mi boca. Le beso, desenfrenada, desesperada, como si fuera la última vez que pudiera besarle —lo cual es muy probable—, y él me corresponde con una brutalidad que me desarma.

Sus manos recorren todo mi cuerpo, como si no se decidieran por dónde empezar. Están en mis pechos, en mi culo, en mi sexo, en todas partes. Noto su miembro presionarse contra mi abdomen cada vez más duro, más grande. Abandona mi boca y ataca ferozmente mis tetas, amasándolas, mordiéndolas. Toma lo que quiere de mi cuerpo, y yo estoy encantada de que lo haga.

—¡Oh, por favor! —grito, extasiada, una de las veces que muerde con insistencia mi pezón.

—Eso es, *baby*. Suéltate. Grita. No te reprimas.

Me gira con habilidad hasta colocarme boca abajo, se pone de pie y tira de mis piernas hasta sacarlas de la cama.

—Apóyate en las rodillas.

Su voz se ha vuelto tan ronca que me araña. Me coloco lo mejor que puedo como me ha indicado y giro la cabeza para poder verle.

Está increíble. El sudor cubre sus definidos músculos, tiene la respiración acelerada y los ojos casi negros por la excitación. Coge su miembro con la mano derecha y se acerca a mí mirándome a los ojos.

—Quiero follarte, fuerte..., ¿te apetece? —Una sonrisa diabólica asoma a sus labios. Asiento frenéticamente con la cabeza y se coloca detrás de mí, casi rozándome—. ¿Estás lista?

Sí, ¡por dios! ¿Cómo no voy a estar lista? Nací para este momento, John Taylor.

Un momento...

¿Y el condón?

—No lo hago sin preservativo —le aseguro.

Parpadea y se frota la cara.

—*Holy shit* —dice entre dientes—. Perdona. Dame un segundo.

Sale de la habitación a grandes zancadas y regresa, poco después, con un par de preservativos; los tira sobre la cama y vuelve a clavar su mirada en mí.

—Te has dado la vuelta —me reprocha con una sonrisa—. ¿Me echas una mano? —Gira la cabeza hacia los condones.

Aunque estoy casi segura de que no necesita mi ayuda, no me niego. Estoy deseando jugar con él... a lo que sea. Cojo un preservativo, rasgo el envoltorio y me acerco. Poso con delicadeza el preservativo en la punta de su erección y comienzo a desenrollarlo despacio. Cuando termino, levanto los ojos hacia él. John sonrío y dice en voz baja:

—Colócate como te he pedido.

Me doy la vuelta sin dudarle; acto seguido, me arrastra de las caderas. Se desliza por mi sexo, impregnándose de mi humedad, y se introduce dentro de mí de un solo empujón. Hasta el fondo. Muy, muy al fondo.

—¡Ah! —gimo, fuerte, sintiendo una mezcla de dolor y placer.

—Shhh, relájate, *baby*. Déjame entrar.

Se inclina sobre mí y me acaricia la espalda mientras efectúa un giro de cadera, abriéndose paso en mi interior. El dolor desaparece.

Gimo de nuevo, pero esta vez de placer puro, ansiosa por que vuelva a clavarse en mí con fuerza.

—¿Quieres más?

—¡Sí! —grito.

—*Great*. —Se incorpora, se retira sin ninguna prisa y vuelve a meterse de golpe, hincando los dedos en mis caderas—. *Fucking great* —gruñe entre dientes.

Repito las embestidas, profundas, brutales, pero ya no siento ni pizca de dolor. Mi cuerpo se ha dilatado y le acoge con gusto, haciendo que todas mis terminaciones nerviosas gocen a la vez. John acelera el ritmo y se agarra a mis pechos, torturando mis pezones con pellizcos y tironcitos. Me lame la espalda, el cuello, el lóbulo de mi oreja, mientras me penetra como un loco. Giro la cabeza buscando su boca y le muerdo el labio inferior. Él me responde con un delicioso azote y vuelve a clavarse en mí con fiereza.

No puedo parar de gemir, casi gritar, y eso a John parece encantarle, porque de vez en cuando abandona mis labios para mirar la expresión de mi cara y sonrío, ¡y qué sonrisa! Me dice que le gusta complacerme, que disfruta de mi placer y de lo que mi cuerpo le está ofreciendo.

—Joder. No puedo más —anuncio.

—Espera... —gime—. Espera, *baby*.

Sigue entrando y saliendo de mí, cada vez con más fuerza. Cierro los ojos e intento asimilar todas las sensaciones, procesarlas para retener el orgasmo, pero es imposible. El calor se va haciendo más intenso, la fricción dentro de mí es casi inaguantable; me falta oxígeno, empiezo a oír un zumbido fuerte y de repente... exploto. Desde las entrañas. Como creo que no lo había hecho en la vida. Me abandono y vuelo por el espacio sideral del placer, surcando galaxias de satisfacción desconocidas para mí.

—Joder, ¡sí! —aúllo, retorciendo el edredón con las manos.

—*Yes* —sisea antes de estamparse contra mis caderas—. *Oh, baby, fucking great*. —Noto cómo se vacía en mi interior.

¡Qué polvazo, por favor! He sentido más con John en un rato que con mi último novio en seis meses —y eso que no era de los malos—. Que está muy mal eso de comparar, pero es que... ¡John Taylor es un genio! Esa manera de hablarme, de tratarme, fuerte y experta, ha conectado con una parte morbosa de mí que tenía dormida. Me siento totalmente satisfecha, complacida y... agotada.

John sale despacio de mí y aprovecho para tumbarme, exhausta, sobre el colchón. Le oigo dar unos pasos y abrir una puerta, supongo que la del baño.

Repto por la cama y apoyo la cabeza en la almohada, que huele a lavandería y a la colonia cítrica de John. Inspiro hondo. Un ligero escalofrío me estremece y me tapo con el edredón antes de cerrar los ojos.

6

LOS PIES DEL GATO

La mañana siguiente me despierto de la mano de una inesperada euforia. Antes de abrir los ojos, en ese momento en el que deambulas todavía entre los límites del sueño y la consciencia, la imagen de John se cuela en mis pensamientos. Recuerdo su atractiva cara, su sonrisa incitante, su cuerpo pecaminoso y lo que sabe hacer con él. Vuelvo a escuchar su voz, tan profunda y sugerente, anunciándome que quiere follarme fuerte, llamándome «*baby*», gimiendo en mi nuca. Revivo el instante en que me hizo alcanzar el cielo y la corriente eléctrica que recorrió todo mi cuerpo cuando lo alcanzó él. Evoco cada momento que he pasado a su lado... y todo me parece tan sumamente surrealista que contemplo la posibilidad de haber sido drogada en el baño del Dark y haber tenido un viaje de lo más bestia.

Cuando por fin me atrevo a abrir los ojos, me doy cuenta de que no estoy en un baño público: estoy sola en el dormitorio de la *suite*. Ya es de día; uno bien bonito, por cierto. El sol brilla en todo lo alto. Debe de ser tarde. ¿Cuánto he dormido? Echo un vistazo alrededor, intentando localizar algún reloj.

El estilo del dormitorio es idéntico al del salón, y al de todo el hotel en general: un clasicismo ostentoso que roza lo barroco, pero el mobiliario es escaso. Cama, mesillas, lámparas, un descalzador y una gran cómoda con espejo. Hay dos puertas, una que debe de ser la del baño y otra que debe de ser... ni idea. Y la que da acceso al salón de la *suite*, donde, agudizando el oído, escucho de fondo a John, hablando en inglés. Neoyorkino, encantador y dios del sexo. Quién me lo iba a mí a decir anoche... Cuando se lo cuente a Sara no se lo va a creer. Ah, no, que sigo enfadada con ella por dejarme tirada por enésima vez.

Bueno, en realidad es la primera que me deja sola del todo; otras veces suele tener la deferencia de encasquetarme a alguien. Pero da lo mismo: la cosa es que salir con Sara es saber que en algún momento de la noche puede hacer «plof» y desaparecer, como en un truco de magia en el que la varita del mago es lo único que importa. Y si es tan egoísta, pierdebragas y malamiga, ¿por qué sigo aguantándola? Supongo que os lo preguntaréis. Pues porque es mi mejor amiga, porque la conozco desde siempre y porque ha estado conmigo en lo bueno y en lo malo —y también en lo muy malo—. Me entiende mejor que nadie, a veces incluso mejor que yo misma, y la quiero con locura. El amor es ciego, dicen, pero no solo el romántico; el amor que nace de la amistad también lo es, y sordo, y mudo, pero es el más leal que existe, porque ese sí que no espera nada a cambio.

—Buenos días —me dice John desde la puerta.

Se ha vestido con un pantalón de traje azul marino, una camisa blanca y un chaleco. Ojo. Cha-le-co. Me palparían las bragas si las llevara puestas, pero sigo en pelotas. Tiro del edredón y me cubro hasta el cuello. Es absurdo, pero, de pronto, estoy muerta de vergüenza.

—Buenos días —musito con voz nerviosa—. Enseguida me marchó.

—¿Siempre tienes tanta prisa?

Se acerca a la cama y se sienta en el borde.

—No, pero como tú ya te has vestido...

—Vuelo dentro de una hora. Estaré fuera del país durante toda la semana, pero puedo regresar el sábado. ¿Cenamos juntos?

—¿El sábado? —Dudo, hago que pienso y respondo—: Tengo un compromiso.

Mentira cochina, pero imagino que fingir que no estoy disponible aumenta mi atractivo. ¿A que soy un as ligando?

—Un compromiso... ¿ineludible? —Sonríe de medio lado.

Joder, qué guapo es. Solo con mirarle todo mi cuerpo se enciende. Una presión muy placentera se empieza a acumular en la parte baja de mi vientre cuando se humedece los labios.

—Podría intentar hacerte un hueco —susurro sin despegar la vista de su boca.

Quiero que me bese. Volver a disfrutar de su exigente lengua, de su sabor adictivo, de la frescura de su aliento... Un fuerte cosquilleo me recorre todo el cuerpo. El azul de sus ojos y la intención de su mirada me invitan a perderme, mucho, lejos, a no volver a salir de esta habitación jamás.

—Me encantaría quedarme aquí, mientras me comes con la mirada, o con lo que quieras..., pero tengo que irme. —Hace una mueca de fastidio. Yo me tapo las mejillas, que me arden—. ¿Te doy mi número personal y me llamas cuando encuentres ese hueco en tu agenda?

Aparto la mirada.

—Dámelo si quieres, pero no creo que vaya a llamarte.

—¿No?

No le veo, pero puedo notar su estupefacción. Me obligo a confesarle:

—No es que no quiera volver a verte, es que... me conozco y sé que no me voy a atrever a llamarte.

¿Para qué mentir? Los momentos de audacia en mi vida se miden con cuentagotas, y con el de anoche he debido de llenar el cupo hasta 2050, por lo menos.

John se recuesta sobre la cama, estira el brazo derecho y me destapa la cara con una caricia. Tira un poquito de mi barbilla para que le mire. Sus ojos brillan ¿divertidos? ¿Enternecidos?

—Te llamaré yo. —Sonríe.

Se incorpora para darme un beso intenso pero demasiado breve y se pone de pie. Descuelga el teléfono de la mesilla y marca el cero.

—Buenos días. Soy John Taylor. Necesito desayuno para uno en la *suite* para la señora Vega... —Me pregunta con la mirada.

—Rodríguez.

Repite mi apellido.

—¿Tipo de desayuno? —pregunta a quien hay al otro lado de la línea. Después, sonrío—. ¿Americano o continental, señora Rodríguez?

—Americano. —Le devuelvo la sonrisa.

Transmite el mensaje, da las gracias y cuelga. Saca su móvil.

—Tu número, por favor.

Se lo dicto despacio, no me vaya a equivocar. John lo almacena con rapidez mientras rodea la cama. Guarda el teléfono antes de besarme con tantas ganas, o más, que anoche. Me quiero morir cuando noto su lengua: no me he lavado los dientes. Pero a él no parece importarle. Su aliento es tan fresco como anoche. Sus besos, aún más adictivos. John suelta un gruñido antes de apartarse.

—Tengo que irme. —Me mira con frustración. Tras unos segundos perdido en mis ojos, sonrío—. Me alegro de haber salido anoche. Estuve a punto de no hacerlo. Tendré que darle las gracias a David. —Arrugo la nariz. Su sonrisa crece—. Después de matarle por lo del Dark, por supuesto. —Me besa despacio—. No tengas prisa por irte. Disfruta del desayuno. Vuelve a dormir si te apetece. En los cajones hay ropa cómoda. Y el hotel tiene *spa*...

—No quiero abusar —musito.

—Está todo incluido en la *suite*.

Me besa por última vez y se pone de pie.

—Te llamo en unos días. —Se dirige hacia la puerta que da al salón—. Para que no pienses que estoy desesperado por volver a verte.

—Sé que no es así.

—Y te equivocas.

Me regala una sonrisa, con hoyuelo y todo, antes de marcharse.

Me desplomo sobre el colchón. Cuando escucho pasos y otra puerta, pataleo y alzo los brazos. ¡Estoy tan contenta que no me lo creo! Y eso es preocupante... Mi escasa autoestima nunca me permite disfrutar de las cosas buenas que me pasan. No termino de creer que las merezco. Le busco tres pies al gato. O cuatro. O cinco. A veces, hasta me boicoteo a mí misma. Pero no, hoy no va a pasar. Hoy voy a hacer caso a John y a disfrutar del desayuno, de su ropa y... ¿ha dicho que había *spa*?

Vuelvo a preguntárselo al señor que me trae el desayuno. Me he vestido con una camiseta negra y unos pantalones de algodón que he tenido que remangarme dos veces. Había mucha ropa en la cómoda. Tanta que me ha hecho preguntarme por qué John no se la ha llevado. ¿Habría alquilado la *suite* hasta el fin de semana que viene?

—Tenemos *spa* con circuito termal y piscina —me confirma el señor—. Si le apetece un tratamiento o un masaje, solo tiene que decírnoslo.

Me ilumino como una guirnalda navideña.

—¿Y si quisiera un bañador?

Me ofrece una libreta.

—Apúnteme su talla. Podrá recogerlo en la recepción del *spa*.

—Muchísimas gracias. —Me contengo para no besarle. Hasta le doy cinco euros de propina. El señor mira el billete con diversión y me hace una reverencia con la cabeza antes de marcharse.

Desayuno en la terraza, pequeña, pero bonita y exclusiva. El ruido del tráfico apenas llega. Hace un poco de frío, pero con este sol en lo alto es un crimen encerrarse entre cuatro paredes. Después me voy a ir a El Retiro. Puedo comer tirada en el césped y acercarme cuando anochezca al museo Thyssen para visitar a mi amiga *La pelirroja*. En casa me espera una montaña de ropa para lavar, y debería plantearme, muy en serio, desalojar a la familia de borregas de polvo que viven debajo de mi cama —antes de que ellas me desalojen a mí—, pero mañana tengo todo el día para hacerlo. Los domingos se inventaron para eso, ¿no?

Dentro de la *suite* suena mi móvil. Me voy a por él y, de paso, a por tabaco. Es Sara quien me llama. No descuelgo. Quiero que sepa que estoy enfadada. Regreso a la terraza y enciendo un cigarrillo, antes de pulsar el contacto de Leticia.

—Hola, Vega —dice con voz apagada.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo estoy un poco dolorida por lo de anoche.

—Ah.

¿Qué decir a eso?

—Pero ha merecido la pena —prosigue—. Además, en invierno no hay problema. Lo malo es cuando llega el buen tiempo y toca ponerse el biquini. El verano siempre es largo y aburrido, y suelo llegar a septiembre tan frustrada que me dejaría hacer hasta un *fist*...

—No termines la frase, por favor. —Me tapo los ojos. No necesito más información que alimente a mi calenturienta cabeza.

—Te escandalizas con demasiada facilidad —se burla—. Bueno, ¿qué vas a hacer hoy?

Aliviada por el cambio de tema, le contesto muy alegre:

—¡Piscina, Retiro y Thyssen! —Y añadido por compromiso—: ¿Te apuntas?

—No puedo; tengo cita en la pelu y esta tarde he quedado con las compis de la facultad, ¿no te enfadas?

—Qué va, mujer. No te preocupes: yo, encantada de ir sola.

Me despido con la amargura de la última frase en la boca.

No quiero ser una ermitaña, pero es cierto que la soledad se ha convertido en mi mejor compañía. Años y años de dejadez me han ido aislando, separando de los que fueron mis amigos en Soria, de mis compañeros de estudios, de trabajo... Y lo peor es que no los añoro. Nada. Las personas cambian, evolucionan, o involucionan... Y yo... Yo ya no me siento en conexión con ellos, ni con apenas nadie. Es triste, ¿verdad? Sobre todo, porque así no consigo ser feliz. Si las cosas cambiaran, si la vida me diera una oportunidad, algo donde agarrarme, es muy probable que yo no pudiera estar a la altura. Ese es mi gran problema: en mi balance hay más errores que aciertos. Y, con esas credenciales, el único club que me admite es mi burbuja gris, la que se cierra a cal y canto en la terraza exclusiva de una *suite*, opacando el brillo de una noche especial, convirtiéndola en una mera anécdota que olvidaré.

7

AGUA

Sigo regodeándome en la autocompasión cuando mi móvil vuelve a sonar. Otra vez es Sara. Doy la última calada al cigarrillo y descuelgo.

—No sé cómo te atreves a llamarme —contesto lo más seca que puedo.

—Cari, no sabes cuánto lo siento, pero, verás, tardabas tanto en salir del baño que me puse a buscarte y, de casualidad, me encontré con... Marcos.

—De casualidad. Ya.

—Bueno... Pero de verdad que te busqué antes de irme, cari. Te lo prometo.

—Pues nada, entonces la culpa es mía por desaparecer. Supongo que por eso te follaste a Marcos, ¿no? Para quitarte el disgusto.

—Prefiero no hablar del tema —masculla entre dientes.

—¿Por qué no? Porque ya sabes que te voy a decir que ese gilipollas no te merece, ¿verdad? Pero, claro, como a ti te da igual lo que yo piense...

La chantajeo emocionalmente para ver si entra en razón y se deja las bragas puestas la próxima vez. Que la habrá. Me juego el cuello.

—No me da igual, Vega —dice arrepentida.

—Pues no lo hagas más.

—No es fácil, cari, no es fácil...

Marcos y Sara se conocieron hace más de tres años en la cola del supermercado —solo ella es capaz de ligar entre tampones y guisantes congelados— y al cabo de unas horas ya eran novios. Salieron, intermitentemente, un año y medio, con infidelidades, broncas en público y una agresión incluidas, hasta que «rompieron». El fatídico día, mi amiga salía de visitar a un cliente cuando vio a Marcos besando a una rubia en la puerta de un hotel. No dijo una sola palabra, solo se acercó y le metió tal puñetazo a Marcos que le rompió la nariz. Él no denunció; «la perdonó», y desde entonces utiliza el sentimiento de culpa que se instaló en Sara para hacer lo que le da la gana con ella. Marcos, desde hace aproximadamente un año, tiene novia. Ahora, Sara es «la otra».

—Tienes que superarlo de una puta vez —le digo.

—¿Te crees que no lo sé?

Lo sabe, pero creo que en el fondo no quiere superarlo. Se siente tan mal por lo que ocurrió que vuelve una y otra vez a Marcos como un penitente lo haría a un flagelo: para que el dolor la exculpe de su pecado. Cambio de tema, porque temo calentarme.

—Solo dime una cosa, Sara. ¿Por qué no me llamaste para decirme que te ibas?

No me contesta; sabe que estoy muy cabreada, y es mejor no echar leña al fuego. Chica lista.

—¿No me merecía ni un triste mensaje? ¿Te crees que puedes tratarme como te dé la gana?

—¡Joder, cari! Sé que no tengo perdón, pero...

—No, no lo tienes. Y aunque lo tuvieras, hoy no iba a escucharte, así que será mejor que hablemos otro día.

Esta vez soy yo quien la dejo con la palabra en la boca; no es habitual en mí, pero me estoy cabreando demasiado y temo decir alguna tontería que luego sea utilizada en mi contra y al final sea

yo quien deba pedir disculpas. Sara sabe muy bien cómo darle la vuelta a la tortilla.

Mi enfado, además de justificado, es una cuestión de principios, y ellos son de las pocas cosas que tengo. Los defendería hasta donde hiciera falta. Aunque... reconozco que estoy deseando hacer las paces con ella para contarle que me he acostado con el hombre más impresionante que he conocido. Seguro que Sara no se cree que sea tan perfecto como yo lo recuerdo, pero me animará a verle de nuevo, cosa que todavía me cuesta creer.

¿De verdad voy a verle de nuevo? ¿En una cita-cena? Dios... Qué estrés. ¡¿Qué voy a ponerme?!

Lo ideal para mí sería volvérmelo a encontrar casualmente. Esta misma tarde en el Thyssen, por ejemplo. Él también habría ido solo, tropezaríamos delante de *Mujer en el baño* —porque le encanta Liechtenstein, como a mí—, me invitaría a una copa en su *suite* para seguir hablando de arte y yo le diría que sí, pero que antes teníamos que despedirnos de *La pelirroja*. Pasearíamos sin prisa por las salas del museo, disfrutando de los cuadros y saludando a las bedeles —que rabiarian de envidia—, y nos detendríamos para hablar con Ana, mi preferida, porque sabe un montón de arte —de hecho, es licenciada— y porque es de ese tipo de personas que siempre ven el vaso medio lleno; curra en el museo desde hace más de tres años, todavía no le han hecho un contrato fijo y le pagan una miseria, pero, aun así, no la he oído nunca quejarse. Yo tuve la suerte, cosa rara en mí, de encontrar un trabajo «decente» con cierta facilidad. Necesitaban a alguien que hablara varios idiomas, que supiera redactar informes, que tuviera conocimientos informáticos y disposición para aprender... y encajé con el perfil. Creo que ha sido la única vez que mi cociente intelectual ligeramente superior a la media me ha servido de algo. El puesto de asistente de dirección terminó pareciéndose mucho al infierno de Dante, pero pagan bien y es estable —de malos horarios, jefes insufribles y compañeros reptilianos mejor no hablamos por ahora—. Se supone que debería sentirme afortunada, ¿verdad? Pues no es así. Creo, con firmeza, que nadie me ha regalado ni un céntimo de lo que he ganado y veo cómo, año tras año, los beneficios que hemos obtenido de nuestro esfuerzo —los tickets restaurante, por ejemplo, que nos asignaron cuando la empresa firmó un supercontrato para el que todos curramos como leones— se recortan. ¡Es indignante! Le dan ganas a una de liarse la manta a la cabeza y emigrar a... A... ¿A dónde quería llegar yo con todo esto? Ah, sí... a *La pelirroja con blusa blanca* de Toulouse-Lautrec. Un cuadro pequeño, con el fondo abocetado en color azul grisáceo; en el centro, sola, una mujer joven de piel clara agacha la cabeza, ocultando parcialmente su rostro; solo se puede ver con nitidez parte de su blusa blanca y su pelo anaranjado recogido en un moño despeinado. No sabría explicaros el motivo, pero ella me inspira. Resulta tan melancólica, tan desvalida y al mismo tiempo es tan enigmática que me intrigó desde la primera vez que la vi. Siempre que la observo con atención me pierdo en ella. O mejor dicho, con ella. Las dos estamos ahogadas en un marco gris. A veces le pregunto cosas: ¿Qué es lo que hago mal? ¿Por qué no soy capaz de encontrar algo que dé sentido a mi existencia? ¿Cómo puedo conseguir anular mi necesidad de aislarme de todos y de todo? Y mis ojos siempre se llenan de lágrimas. En *La pelirroja* me veo a mí. Y me doy tanta pena... que será mejor no llevar a John allí. De ninguna manera.

Aparto las ensoñaciones de mi cabeza y decido bajar a la piscina. Necesito poner en paz mi mente. Y lo necesito de forma urgente.

Meto la ropa de anoche en una bolsa de lavandería, cojo el abrigo y el bolso, salgo de la *suite* y correteo por el interminable pasillo. Voy vestida con ropa que me queda demasiado grande y en zapatillas con el logo del hotel. Si me ficha alguien de seguridad, me echan seguro.

Me meto en el ascensor, vacío, por suerte. Al mirarme en el espejo me asusto. ¡La leche! ¿Qué pelos son estos? Más me vale que me duche antes de meterme en la piscina.

En la planta baja, sigo los letreros hasta el *spa*. Una chica muy amable me entrega un bañador, un

albornoz y una bolsita de aseo solo con darle mi nombre. Reconozco que mola, pero no puedo parar de pensar que con lo que cuesta el servicio comería una semana. Incluso dos.

Trato de dejar la mente en blanco mientras me preparo para el baño. En mi cabeza, Dulce Pontes empieza a cantar *Canção do Mar*. Escucharla forma parte del rito: la necesito para conectar con el agua, conmigo, del todo.

Entro en el área de la piscina con visión túnel, concentrada únicamente en el olor a cloro y la humedad del ambiente. Me tiro de cabeza y de inmediato siento cómo cada centímetro de mi cuerpo se destensa. Toda la presión que acumulo se diluye en el agua, y, por fin, puedo respirar de verdad. Llenando mis pulmones del todo. Reviviendo.

Nado un buen rato. Chapoteo otro tanto. Y luego floto, solo floto, tranquila y en paz. Floto boca arriba, floto boca abajo, hago el pez boya un par de veces y, al tercer intento, me sumerjo hasta el fondo de la piscina.

Buceo todo lo que puedo hasta que me da un calambre. Grito por el dolor, tonta de mí: el trago de agua que me meto amenaza con ahogarme. Unas manos rodean mis hombros y... ¿Unas manos? ¿Pero qué coño...? Cuando quiero reaccionar, me han sacado de la piscina, me han tumbado en el suelo y me están dando palmaditas en la cara.

—¿Estás bien? ¿Puedes oírme? —me preguntan.

—Sí, creo... —contesto, sin saber ni cómo me llamo.

—Oh, *cazzo*... ¡Qué susto me has dado!

Enfoco cuanto puedo la mirada y diviso un rostro anguloso, una nariz grande, unos ojos oscuros bastante hipnóticos —puede ser por la falta de oxígeno, no digo que no—, una discreta melena peinada hacia atrás con los dedos...

Un momento.

Esta cara me suena. Mucho. No soy buena fisonomista, pero unas facciones tan marcadas no pueden olvidarse con facilidad...

¡Es Drago!

¡¡Hostia!!

¡Es FRANCESCO DRAGO!

El nuevo jugador del... Bueno, de un equipo de fútbol de la capital del reino, al cual no nombraré por posibles complicaciones legales.

—¿De verdad te encuentras bien? —pregunta muy serio.

—¿Qué?

Estoy realmente confusa.

—No te muevas, voy a buscar ayuda.

—No, tranquilo, si no es nada.

Me levanto, para demostrarle/demostrarme que estoy bien, pero lo hago demasiado rápido y me mareo un poco. Voy dando bandazos hasta una tumbona y me dejo caer. Drago se apresura a sujetarme. Y tiene unas manos muy fuertes. Por no hablar de sus abdominales... Esto me lleva a preguntarme: ¿en qué preciso momento se ha abierto un agujero espaciotemporal y he pasado a otra dimensión donde conozco cada diez minutos a hombres a los que solo se ve por la tele?

Ahora sí que estoy segura: anoche me drogaron en el Dark. Gracias, señor delincuente; me ha mandado de viaje al mismito paraíso.

—Estoy bien, de verdad —le sonrío al futbolista. Le miro a la cara, y mi sonrisa se convierte en carcajada nerviosa—. Qué fuerte. ¡Eres Francesco Drago!

Mi grito hace eco en las paredes. Me percató de que solo hay otra pareja en el área. Drago sonrío, el

orgullo le hincha el pecho.

—Pensaba que no me habías reconocido.

—¡Te conoce la galaxia entera! —Me río, porque estoy rozando la histeria. Y eso que el fútbol no me vuelve loca, pero, de verdad, ¿vosotras estáis viendo el panorama? ¡Que tengo al heredero de Beckham a un palmo y está semidesnudo! Casi me deja bizca cuando se inclina para coger una botella de agua de la mesita adyacente. Bebo sin ganas. Mis tripas rugen.

—Tal vez deberías comer algo —sonríe.

—He desayunado hace un par de horas.

—El agua desgasta.

—Será eso. —Cierro la botella—. Y que siempre tengo hambre, también.

—Eres de las mías. ¿Comemos juntos?

Parpadeo.

Vale, Drago sigue ahí, no me lo estoy inventando. O lo mismo sí, pero dura mucho el efecto de la droga.

—¿Tú y yo... comiendo... en un restaurante?

Drago vuelve a sonreír.

—A ser posible. No tengo habitación en el hotel.

Abro la botella y me bebo la mitad del contenido. Qué pena que no sea pacharán.

—Es todo tan extraño... —farfullo.

—No tanto. Vivo en un chalet que me ha proporcionado el club en La Finca, pero me gusta nadar en este hotel, y los masajes que dan...

—No, si soy yo la que no pinta nada aquí.

Drago me mira con intriga. Sus ojos negros son jodidamente intimidantes. Siento que me está leyendo entera. Me froto la cara. Esto no me está pasando. Despierta, Vega, ¡despierta!

—Me estoy enfriando —comenta—. Vamos a cambiarnos y me explicas por qué estás aquí mientras nos ponemos ciegos de *sushi*. El hotel tiene el mejor japonés de Madrid.

—Ni siquiera tengo ropa para comer contigo en un sitio público. He bajado con una especie de pijama siete tallas más grande que el mío y la ropa de anoche está superarrugada.

—¿Dónde está él?

Le miro de reojo. Qué bien ha leído entre líneas... O lo mismo es adivino. No lo sé.

—Se ha marchado del país.

—¿Tan mal se lo hiciste? —Se ríe.

Alzo las cejas, pero también me río.

—Me parece que no. Ha dicho que me llamará.

—¿Crees que lo hará?

Me encojo de hombros.

—En circunstancias normales te diría que no, ni de puta coña —Drago vuelve a reír. Una risa preciosa, por cierto—, pero después de hablarte a ti, ¡a ti!, de él, ya me creo cualquier cosa.

—El destino puede estar esperándonos detrás de cualquier esquina, *bella*. —Me aparta un mechón de pelo mojado de la cara. El gesto me deja tan fuera de juego que se me apaga el filtro cerebro-boca.

—Te advierto de que, si intentas acostarte conmigo, no voy a poder. Tengo agujetas hasta en el cuello.

Drago vuelve a reír.

—Una lástima.

Me dedica una mirada seductora que parece ensayada. Aun así, funciona: cuando vuelve a pedirme

que comamos juntos, se me olvida por qué debería negarme.

8

PAD THAI

Cuando Drago y yo entramos en el restaurante Kabuki, sigo dándole vueltas a la teoría de los universos paralelos, estoy nerviosita perdida y encima no hay ni un solo sitio donde sentarse. ¡Ah! Y voy vestida con la ropa arrugada de anoche debajo del abrigo, no he podido ponerme las braguitas porque estaban inservibles y llevo los zapatos torturadores y ni gota de maquillaje. Ideal todo. ¡Adoro mi vida!

—Cómo está esto, ¿no? —comenta Drago.

—Vamos a tener que dejar la comida para otro día.

—De eso nada. —Levanta la mano para llamar al *maître*. Infinidad de miradas se posan en él y, después, en mí. Retuerzo la correa del bolso.

—¿Por qué no pedimos para llevar? —propongo—. El *sushi* no se enfría y nos lo podemos comer, no sé..., dando un paseo o en El Retiro.

Drago niega con la cabeza con gesto serio. Empieza a estar molesto porque ningún empleado le presta atención.

—Hace demasiado frío.

—Hombre, calor no hace, pero tampoco es que estemos en Berlín.

Gira la cabeza hacia mí con una rapidez espeluznante.

—¿Por qué Berlín?

Me encojo de hombros.

—Porque es la primera comparación que se me ha ocurrido.

Drago me taladra con la mirada. No se cree mi explicación.

—¿Conoces a alguien allí?

—No, solo he estado una vez. —Su mirada inquisidora me acelera los nervios. Comienzo a soltar todo lo que pasa por mi cabeza—. Fui con Sara, que es de mi pueblo, mi mejor amiga y una chica muy maja. Menos cuando se enrolla con Marcos, como anoche, y me deja tirada... Pero, bueno, esa es otra historia. —Carraspeo—. En Berlín estuvimos solo un fin de semana. Vimos museos, un campo de concentración en las afueras...

—Sachsenhausen —apunta.

—Ese. Y poco más, porque el sábado por la noche descubrimos la *happy hour* de la calle Oranienburger y terminamos con tal melopea que estuvieron a punto de detenernos por intentar besar a un policía.

El recelo se borra de la cara de Drago. Sonríe con las cejas alzadas.

—¿En serio?

—Lo que oyes. Fue una apuesta de Sara. La típica tontería de «¿A que no tienes valor de darle un buen beso al primer tipo que aparezca por la calle?».

—Y el que apareció fue el policía.

—Sí, señor. De dos metros, orondo y con un bigote como el del barón de Münchhausen. —Drago abre los ojos como platos y yo asiento—. Es lo más cerca que he estado en mi vida de besar a una morsa. —Él se ríe a carcajadas; a mí no me resultó tan divertido en aquel momento—. El caso es que

le abordé sin pensarlo... Solo vi el bulto en la penumbra de la calle y me tiré a su cuello animada por los chupitos. Cuando quise darme cuenta, estaba tumbada en el suelo, con el policía encima de mi espalda, reduciéndome. Sara se puso histérica, pensó que iba a morir aplastada, y yo me llevé tal susto que al final el agente renunció a presentar cargos. Eso sí, nos metió una charla sobre orden público y consumo de alcohol que casi hubiera preferido que nos detuviese.

Drago todavía ríe cuando se acerca el *maître*.

—Siento mucho haberles hecho esperar —dice como saludo.

—Quiero una mesa junto a la ventana —le ordena Drago.

—Enseguida, señor.

El *maître* levanta a un par de comensales y un camarero nos prepara la mesa. Yo no sé dónde meterme. Si hubiera sido yo la levantada, me habría sentado regular, tirando a mal. Para remate, cuando pedimos, a Drago se le antoja *pad thai*, que no está en la carta, pero para él se lo cocinan.

—Merece la pena ponerse en plan gilipollas por comer esta delicia. —Se mete un montón de tallarines en la boca y gime. A mí no me saben tan ricos—. ¿No te gustan?

—Los he comido mejores.

—¿Dónde? —se burla.

—En la plaza del Rey.

—Pues a ver si me llevas algún día. —Me guiña un ojo.

—¿No conoces a nadie mejor para que te acompañe? Pensaba que los futbolistas teníais un séquito, como los cantantes de rap.

—Lo he tenido —asiente—, pero ya paso de esa mierda. Prefiero estar solo que pagar a la gente para que me lama el culo.

—Entonces, ¿qué hago aquí? —bromeo.

—A ti no pienso pagarte. —Sonríe antes de estirarse en la silla. Una mueca de dolor le cruza la cara—. La puta espalda...

—¿Te molesta?

—Estoy lesionado. —Se palpa los dorsales—. Me han dicho que no debería nadar.

—Y ¿por qué lo haces si no debes? —No puedo callármelo, soy una madrastrona en el fondo.

—Porque lo necesito —afirma, rotundo. Deja los palillos sobre el plato y, como si me revelara un secreto, baja la voz para contarme—: Nací en Isquia, una islita que hay frente a la costa de Nápoles. Allí no había mucho más pasatiempo que nadar, así que me pasé media infancia en remojo. Salado y feliz como una sardina. El agua para mí es mi estado natural; me da paz y alivio y me conecta conmigo mismo. —Me clava su mirada oscura—. Me entiendes, ¿verdad?

—Más de lo que imaginas —le confieso.

—Lo sabía. —Sonríe.

—¿Cómo?

—Te he estado observando en la piscina. La expresión de tu cara mientras flotabas en el agua me lo ha dicho —aclara como si tal cosa, cogiendo de nuevo los palillos.

—Vaya, pues no te falla el instinto. Has dado en el clavo —reconozco, impresionada.

—No es instinto, es aprendizaje —me corrige—. He vivido en un montón de países por mi profesión, y la mayoría de las veces, cuando llegaba, no entendía el idioma. Así que, mientras estudiaba las palabras, aprendía el lenguaje que se esconde detrás de ellas; ese suele ser universal.

—¿El lenguaje corporal? —pregunto, intentando entenderle.

—Sí, supongo que podemos llamarlo así, aunque a veces va más allá de lo que refleja el movimiento del cuerpo. Por ejemplo, una mirada puede decir mil cosas, y no se trata solo del gesto,

sino de la intensidad del acto. —Me observa, y debe de ver cómo los engranajes de mi cabeza echan humo, porque pregunta—: ¿Me estoy poniendo denso?

—No, no, es que me has hecho pensar. Eres un tipo... interesante —musito.

—Lo soy porque puedes verme *a mí*. —Se señala el pecho—. Por eso estás aquí.

¿Es por eso por lo que está interesado en mí, porque los demás no pueden ver al hombre que hay detrás de la estrella de fútbol? Eso puedo entenderlo: sé lo que es ser un incomprendido y necesitar más que nada encontrar a alguien que sepa descifrarte. Lo sé demasiado bien.

—¿Puedo hacerte una pregunta... delicada? —me dice.

Y me temo lo peor, pero accedo.

—Adelante.

—¿Por qué no te quitas el abrigo? —Sonríe.

Miro a la mesa de al lado y bajo la voz.

—Porque debajo voy disfrazada de guarrilla.

Drago se carcajea. Hasta se atraganta y tose. Ya no me siento la única torpe del mundo. Da un trago a su copa de vino antes de pedirme:

—Enséñame el disfraz.

—Ni loca. —Vuelvo a mi comida.

Él junta las manos sobre el pecho.

—Te lo suplico.

—Que no, Drago...

—Llámame por mi nombre, por favor.

Su repentina seriedad me indica que es importante para él. Aun sin saber el motivo, también accedo.

—Francesco, ni de puta coña me voy a quitar el abrigo.

—¿Y si te lo pido de rodillas?

—Venga, hombre...

Tira la servilleta sobre la mesa con un gesto muy teatral, empuja la silla hacia atrás, se levanta, hace crujir sus nudillos, se planta en medio del pasillo y...

—Vale, vale, me lo quito. —Alzo las manos.

Total, sentada no va a verme las patorras. Además, la camisa, aunque arrugada, es bastante recatada si el escote se porta. Cosa que no sucede cuando me siento. Mi canalillo asoma unos segundos antes de que me abroche de nuevo el botón.

—Estás buenísima —dice al sentarse. Yo me lanzo a por el último trago de vino que queda en mi copa—. Me he pasado, ¿verdad? A veces soy demasiado directo...

—No, tranquilo. —Suelto la copa e intento darle forma a mi pelo—. Es que... no estoy acostumbrada a que me piropeen.

—¡Venga ya! —se burla—. Seguro que tienes el Tinder que echa fuego.

—Pero ¡qué dices?! —Me río—. No he utilizado una aplicación de esas en la vida.

Me da demasiado miedo que ni dios quiera hacerme *match*.

—¿Porque el del hotel era tu pareja?

Niego con la cabeza.

—Hace tanto que no tengo novio que ni me acuerdo.

Bueno, vale, sí que me acuerdo, pero me da tal coraje que prefiero no acordarme.

Fue durante la primavera pasada. Se llamaba Darío y era cooperante de una asociación pro Sáhara del barrio con la que yo colaboraba. Estaba de vicio y follaba de la misma manera. Debí de ser por eso por lo que se encontró con el deber moral de dar amor a cada buena mujer que lo necesitara.

Resultado: me rompió el corazón y la colaboración con la ONG.

—Una soltera empedernida —comenta Francesco—. Me gusta tu estilo.

—No es por elección, es que, de verdad, no ligo casi nunca.

—Todas las guapas decís lo mismo: que si no ligo nada, que si tengo los pies feos...

—Pues no sé lo que dirán las guapas, pero yo —me señalo— no ligo casi nada, te lo aseguro. Tampoco es que lo intente desesperadamente, que conste. No voy por ahí exhibiendo la mercancía al mejor postor.

—¿Y por qué no? Eres un bombón, deberías poder hacerlo sin complejos.

Decido, de inmediato, ignorar su comentario y me centro en la respuesta. Que soy un bombón, dice... Lo que hay que oír...

—Supongo que prefiero que la gente me juzgue por mi personalidad y no por el tamaño de mis tetas.

—¿Qué tal si permites que te juzguen por ambas cosas? No son excluyentes, ¿no crees?

Como no tengo respuesta y estoy descolocada, me pongo impertinente.

—¿Quieres dejar de rayarme la puta cabeza, por favor?

Francesco se ríe de mi confusión. Pero no sé qué tiene de gracioso que parezca que quiera meterse en mis bragas. Es Drago, joder. ¡D-R-A-G-O! Y yo no soy una modelo rusa ni de cerca, ni aunque naciera de nuevo. ¿Cómo no voy a estar confundida? ¡Es la segunda vez que me pasa en dieciséis horas! Aunque debo reconocer que entre John y Francesco hay muchas diferencias. Con el americano ha sido todo agradable, íntimo, carnal, y con el italiano... Con el italiano hay algo distinto, difícil de explicar, una conexión que va más allá del cuerpo, que es mucho más personal...

Ay, dios, qué jaleo.

Un americano, un italiano y una soriana... Parece el principio de un chiste.

—¿Puedo decirte una última cosa sin que te enfades? —me pregunta Francesco.

—Di lo que quieras. Total, si ya... —Estoy asumiendo que se me ha ido del todo la cabeza.

—Cuando te has sentado, te he visto el escote. —Me taladra con su mirada—. Y tienes unas tetas impresionantes.

Me quedo a cuadros.

—No puedo creerme que acabes de decir eso.

—Es la verdad. ¿Acaso no podemos ser sinceros entre nosotros? —dice haciéndose el ofendido.

—Hombre, sinceros sí, pero...

—Pero... ¿qué? Dime que no te ha gustado oírlo —me reta, irguiéndose en la silla.

Cuando este hombre se estira es brutal. ¡Qué hechuras, por favor!

—Me ha encantado —admito ruborizada.

—Bene... —Sonríe—. Pues ya sabemos para qué me ha puesto el destino en tu camino. Ahora solo nos falta saber qué haces tú en el mío. ¿Lo descubrimos con un café?

—Vale.

Total, ¿qué más puede pasarme?

9

ALQUIMIA

Pues así, de pronto, lo primero que me pasa es que Francesco quiere tomarse el café con un cigarrillo. Cosa que me parece fenomenal. Salimos del restaurante, él busca en el móvil el Starbucks más cercano y, a dos calles de distancia, mis pies me dan un ultimátum: o me descalzo o me paro. ¿Y qué hace Francesco? Pues me pregunta mi número de pie, se mete en una *boutique* de esas superprohibitivas y me compra unas zapatillas que cuestan la mitad de mi sueldo mensual.

—Estás muy loco —digo mientras me pongo las zapatillas.

—No es nada —dice sin más, y se enciende otro cigarrillo.

—Es demasiado. Vamos a buscar un cajero y te lo pago.

No sé cómo voy a hacerlo sin tirar de ahorros, porque este mes ando más que justa, pero es una cuestión de principios. No puedo aceptar un regalo así porque sí.

—No digas tonterías. —Me pasa la bolsa con mis zapatos.

—No, Francesco. No admito discusión alguna...

—Gano mucho más dinero del que puedo gastar, créeme —dice con soberbia antes de dar una calada a su cigarrillo.

—¿Y qué? Pero es tu dinero...

—Vega, no lo entiendes —me corta, visiblemente irritado. Me clava su mirada, y veo en ella cómo el orgullo va cediendo a la tristeza—. No tengo a nadie en mi vida con quien de verdad me apetezca gastármelo. Contigo sí. Acéptalo, por favor —me ruega en voz baja.

No puedo negarme, y menos sabiendo sus motivos. Sigo sin entender por qué tiene tanto interés en mí, pero siento que así es, eso no puedo ignorarlo.

—¿Me permites por lo menos pagar el café?

—Claro, *bella*.

Después de la parada técnica en Starbucks, continuamos el paseo hacia Atocha. Dice que quiere acompañarme a casa. Y yo quiero conocerle un poco más. Hay algo en él que me grita que me acerque, que le ayude, como él lo hace conmigo cuando me engorda la autoestima con pipos.

Al llegar al paseo del Prado, por fin paro de preguntarme por qué demonios estoy caminando con Drago y empiezo a disfrutar de la conversación con Francesco. Caminamos sin prisa pese a que el frío es muy intenso. La helada brisa que se cuele a través de las rejas del Jardín Botánico ayuda a despejar mi cabeza. El café está riquísimo, por cierto, pero lo mejor del momento, sin lugar a dudas, es la compañía.

Tengo que reconocer que me extraña encontrar en Francesco a un hombre tan... completo. A ratos se muestra sencillo, gracioso, descarado y extrovertido; y luego, da un giro y se torna profundo, cruelmente sincero, incluso un poco críptico. Difícil de seguir el ritmo, pero estimulante, sin duda. Confieso, aun a riesgo de caer en estereotipos, que pensaba que Drago sería más superficial e incluso ególatra —vamos a ver, que este tipo ha ganado un Mundial con veinticinco años—, pero al contrario: el italiano ha resultado ser un descubrimiento muy agradable.

Hablamos mucho, muchísimo, de todo y de nada. Lo mismo divagamos sobre los orígenes del *trap* que revelamos los miedos que nos angustian. Él me cuenta que le encanta la comida india, sobre todo

el pollo *korma*, y que está deprimido porque se siente solo, no le gusta Madrid y encima se ha lesionado nada más llegar. Y yo, que odio lo gris que se está convirtiendo mi vida, que daría lo que fuera por encontrar mi camino y que estoy decidida a olvidarme de los vaqueros rectos porque me sientan fatal, me embalo y termino contándole mi vida en verso. Pero en el fondo de la conversación, más allá de las palabras, lo que fluye entre nosotros es alquimia. Una conexión difícil de explicar entre dos personas que vienen de mundos tan distintos pero que es tangible, real. No parecemos dos desconocidos. Estamos a gusto, cómodos. Creo que puedo afirmar que nos sentimos seguros. Charlamos, reímos y disfrutamos de nuestra mutua compañía hasta que empezamos a notar principio de congelación en la nariz y demás apéndices expuestos; nos damos los teléfonos y nos despedimos en el portal de mi casa.

—Te invitaría a subir, pero no sé si está Leticia...

—Paso de que me reciba su amo con el rabo en la mano. —Se parte de risa él solo.

—¡Oye! Si alguna vez la conoces, ni mu, ¿eh?

—Tranquila, pequeña: tendrían que azotarme para sacármelo. —Agita una fusta imaginaria en el aire.

—A eso me refiero, gracioso.

Le tiro el palito del café que llevaba en el bolsillo. Francesco lo esquiva con habilidad felina y me clava su mirada oscura.

—Entonces, me llamas para ir a nadar. ¿El miércoles?

—Venga, vale —accedo.

—¡Sabía que caerías! —Se acerca a mí con una gran sonrisa y besa con dulzura mi mano—. No te vas a arrepentir, te lo aseguro —murmura, con una voz tan serena y un acento tan italiano que siento que mi cuerpo, de repente, pesa menos.

—Ya me estoy arrepintiendo —miento, como una bellaca, con la boca seca. Si me suelta la mano salgo flotando, estoy segura.

Como si hubiera podido leer mis pensamientos, desliza con suavidad sus dedos hasta entrelazarlos con los míos y mira nuestras manos unidas.

—No sabes lo que le agradezco al destino haberte conocido.

Me estremezco de pies a cabeza al oír sus palabras y no puedo más que confesarle, con el corazón abierto:

—Eres un intensito de cojones, Francesco.

Sus carcajadas resuenan calle abajo mientras abro el portal. Nada más meter la llave en la cerradura de casa todo lo que me ha ocurrido en las últimas horas se me cae encima, como si alguien hubiera agitado la bola de nieve que es ahora mismo mi cabeza.

—Vaya pintas me traes —saluda Leticia desde el sofá—. ¿Esas zapatillas son Balenciaga? —Asiento, quitándome el abrigo—. Increíble —musita.

—Pues si te digo quién me las ha regalado...

Le cuento quién me ha comprado las Balenciaga, evidentemente, y también lo de John. Leti me recomienda que me acueste: cree que estoy incubando algún virus, incluso me palpa la frente.

—Que no tengo fiebre, coño, que es verdad.

—Si te has comprado las zapatillas en el *top* manta, yo no voy a juzgarte. Está fatal, pero...

—Me voy a la ducha —digo.

Y lo hago. Y después me encierro en mi cuarto y no vuelvo a salir hasta la mañana siguiente. Y porque me estoy meando.

El domingo se pasa, sin pena ni gloria, entre lavadoras, plancha, *zapping*, comida china con Coca-Cola, varios wasaps de Sara ignorados por mi parte, evocaciones de lo ocurrido el fin de semana mientras escucho los *Greatest Hits* de Janis Joplin y la correspondiente llamada de mi madre. Ella, fiel a sus costumbres, suele convertir mi descanso dominical en un calvario de reproches del tipo «No vuelvas a engordar, que te pones muy fea»; «Ya nunca vienes a verme»; «Con ese carácter no te va a aguantar nadie»... Me agota, es taaaan pesada... De lo que nunca me habla es de hombres, gracias a dios. No ha vuelto a mentarlos desde que él se fue.

Él es mi padre, o, mejor dicho, lo era; pero como no me apetece nada hablar del tema, solo añadiré que abandonarnos fue el mejor regalo que nos pudo hacer.

El lunes... El lunes empieza bien, pero termina siendo un sindiós.

Y el martes.

Y el miércoles.

Cuando llego a casa el jueves, estoy tan agotada que no me veo con fuerzas ni de cenar. ¡Yo! Me hago un triste sándwich de pavo y me lo como sin gana ninguna, apoyada en la nevera. Mi móvil suena en el recibidor; está en el bolso, colgado del perchero. Me da una pereza horrible ir a por él, pero voy de todas formas. Es un número que no tengo almacenado; paso de cogerlo, pero lo cojo, por seguir contradiciéndome a mí misma.

—¿Diga?

—Hola, soy John.

—Hola —farfullo.

De todo lo que me ha pasado esta semana esto es lo que menos me esperaba.

—He conseguido aguantar hasta el jueves para llamarte. ¿Solo me merezco ese saludo?

—Es que... —estoy flipando— he tenido un día muy loco.

—Cuéntamelo.

—No merece la pena. Tampoco es tan importante. Son cosas del trabajo.

—Me interesa todavía más. A ver qué es eso que llamas «un día muy loco» en el trabajo.

—Bueno, va, tú lo has querido...

Desahogarme no me va a venir mal. Apenas he podido hablar con nadie esta semana. Con Sara sigo de morros, a Leticia prácticamente no la he visto y con Francesco solo he cruzado un par de mensajes para cambiar la piscina del miércoles por una cena el sábado.

Me dirijo a mi habitación, dispuesta a contarle al hombre más impresionante que he conocido nunca mis problemas laborales, pero primero le advierto:

—Es muy probable que exagere un poquito, porque todavía estoy encendida con el tema...

—No es problema. Me gusta tu expresividad.

«Y a mí tus pectorales», pienso, pero no se lo digo. Del *contouring* se sale, pero del autoboicot no.

—Vale, pues verás... —Entro en mi templo y enciendo la luz—. La semana comenzó bien. El lunes no me quedé dormida, no perdí el metro de las siete y media, que suele ser habitual en mí, no tuve ningún *mail* problemático en la bandeja de entrada de mi cuenta de correo del trabajo y no se me cayó el café de las diez, que también me suele suceder. Soy así de torpe. Ya lo viste la otra noche...

—La otra noche te vi de muchas maneras.

Carraspeo y abro la ventana. Tengo mucho calor de repente.

—El caso es que... —me obligo a centrarme en lo que iba a contarle— estaba muy satisfecha con mi inicio de lunes cuando me puse a traducir los últimos informes mensuales para la sede central de la empresa; pero, en un abrir y cerrar de ojos, la oficina se convirtió en el infierno.

—¿El infierno?

—Sí, sí. Con hogueras y diablillos pinchándoles el culo a las almas en pena y todo.

Su risa se cuele en la línea. Grave. Sincera. El calor se apodera de mi garganta.

—Tú te reírás, pero te juro que el apocalipsis se materializó delante de mis narices cuando apareció el maligno. —Hago el sonido de un trueno. Sus carcajadas también retumban—. Nos visitó un auditor de Hacienda.

—*Ob, my godness!*—exclama.

Me río y sigo con la historia:

—Como soy de letras puras, en los casi cinco años que llevo en la empresa, trabajando como asistente de dirección, no he tocado, más allá de mi nómina mensual, ni un folio relacionado con el departamento financiero. Comprenderás que esa ignorancia contable me dio cierta tranquilidad de primeras.

—El problema no iba contigo.

—Efectivamente: el marrón era de mi jefe. —Sonrío malignamente—. He disfrutado como una enana viéndole perder los nervios. —Don Manuel García Montero, *a. k. a.* Manolito García Moreno, *a. k. a.* Manolito Gafotas, es un hombre generalmente calmado y pacífico, pero bastante hijoputa—. El lunes, a la vuelta de la comida, la cosa fue a peor. Mi jefe se había despojado de la corbata y de la americana y se había remangado la camisa. Mala señal. Su pelo, normalmente repeinado con gomina, se había convertido en un amasijo amorfo que le daba aspecto de psicópata. Muy mala señal. Colgado al teléfono, caminaba de un lado a otro de su despacho, haciendo aspavientos sin parar. Muy, muy mala señal.

—Estaba a punto de salpicarte el ¿marrón?

—El marronazo, sí. —Asiento con la cabeza, aunque no me vea—. A las seis menos diez, cuando empezaba a cerrar archivos y a pensar en lo poco que me faltaba para estar en la piscinita..., ¿adivinas qué pasó?

—Tu jefe te pidió que le ayudaras.

—¡Bingo! Manolito salió de su guarida y se dirigió hacia mi mesa. —Imposto el acento gallego de mi jefe, que destaca cuando quiere hacerse el simpático—. «Vega, bonita, tienes que quedarte un poco más hoy», me dijo. Y yo le contesté: «Pues no va a poder ser, Manuel. Hoy me viene fatal». Y empecé a recoger mis cosas para que no le quedaran dudas. Y él me replicó: «Es un asunto de vida o muerte, Vega. Los del departamento financiero no dan abasto, y hay que buscar facturas antiguas en el archivo». Le miré con cara de buena y expuse mi coartada perfecta: «Pero de esos temas yo no tengo ni idea». Y el muy cretino me soltó: «Ya, pero como a las mujeres se os da tan bien eso del orden, pensé que no te supondría un problema buscar en el archivo». Mujeres y orden, tócate los cojones. —Me enciendo—. Me habría encantado comentarle un par de cositas sobre su misoginia galopante, pero, en fin, es mi jefe.

—Es un idiota.

—Eso también. Y un inútil. Por su puta culpa tuve que ponerme a buscar las facturas de las narices. —Me dan escalofríos al recordarlas—. Ingenua de mí, pensaba que tampoco podía ser para tanto. A ver, que eran papeles, no el Santo Grial. Creía que, con todos los que éramos, en un par de horitas nos marcharíamos para casa con el tema resuelto. Pero ¡qué va! ¡Han aparecido esta mañana! A las diez y cuarenta y dos minutos, no se me olvidará en la vida. Te juro que he tenido que contenerme para no montar una fogata con ellas y bailar desnuda a su alrededor amorrándome a una botella de pacharán.

—Cuatro días buscando unos papeles... Menuda pérdida de tiempo.

—Ha sido horrible, de verdad. ¡Todo el mundo estaba histérico! Había montañas y montañas de

archivadores apilados por los pasillos. Los jefazos, que no vienen nunca a la delegación, tocando las narices hasta en la máquina de café. Hasta he visto llorar a Manuel. La cosa debe de ser grave porque, por lo que he podido ir pillando en los corrillos, las facturas que buscábamos ocultaban la contabilidad B de algunos de los incentivos que cobraban los socios. Huele a chivatazo a la legua, y se rumorea que van a rodar cabezas cuando el tema se resuelva.

—Espero que la de tu jefe sea la primera.

—Y yo, pero no creo en los milagros. Él siempre se libra. No sé cómo lo hace...

—¿No has pensado cambiar de trabajo?

—Buf, muchísimas veces, pero... soy muy de quejarme y poco de hacer.

—En cambio, no te da vergüenza reconocerlo.

—Sí que me da, pero prefiero que sepas a qué atenerme conmigo. No hay que pedir peras al olmo.

—No entiendo esa expresión.

—No importa. —Cambio de tema con rapidez—. Y, bueno, dime, ¿para qué me llamabas?

—Para empezar, porque dije que iba a hacerlo. Pero, principalmente, porque no voy a poder regresar a Madrid de momento.

—Ah.

Y yo como una gilipollas contándole mi vida en verso... A ver si aprendo a quitarme la manía.

—Sigo pensando que me lo pasé muy bien contigo —continúa—; sigo queriendo verte de nuevo, y me gustaría poder seguir escuchando tus historias, pero me están esperando.

—Sí, cuelga, no te preocupes: bastante te he dado ya la brasa.

—Brasa... —repite—. Otra palabra nueva para preguntarle a mi asistente. Ya sé lo que es un loquero. Y sí, David necesita uno.

Sonrío.

—Creo que yo también. Últimamente me pasan cosas rarísimas.

—Bienvenida a mi mundo.

10

EL SIRENO

El viernes, a la salida del trabajo, quedo con Sara. Antes o después tendríamos que reconciliarnos, y decido acelerarlo para que me ayude a encontrar un vestidito para mi cita con el futbolista. Le cuento todo lo que me ha ocurrido desde la noche del Dark y le cuesta un mundo creerse que no me lo estoy inventando. No se lo reprocho. A mí todavía no me cabe en la cabeza.

Después de saquear el H&M de Gran Vía con ayuda de una dependienta morena supersimpática, nos tomamos unas tapitas en la zona. El sábado, mi amiga viene a casa para ayudarme a vestirme. Leticia también se apunta. Las dos están emocionadísimas por que vaya a salir con Francesco Drago, el futbolista supercachas millonario, pero yo estoy tan tranquila. El otro día con él fue tan revelador, tan fluido, que no me cabe duda de que estoy preparada para seguir conociéndole y de que merecerá la pena.

Justo a las diez de la noche estoy lista; me detengo un instante en la puerta de casa y miro atrás. En medio del salón están ellas, las (autoproclamadas) artífices del milagro. Sara abraza a Leticia, que trata de no llorar. Ambas, cual progenitoras orgullosas el día del baile de graduación de su pequeña, se despiden de mí, emocionadas, haciendo fotos con el móvil. ¡Qué intensas son, por dios! Reconozco que han hecho un buen trabajo conmigo, pero normalmente tampoco voy tan mal..., ¿o sí?

Cuando salgo del portal y Francesco me ve, confirmo que debo arreglarme más a menudo. Percibo con claridad cómo se va transformando su cara: su sonrisa se ensancha y una luz especial crece en sus ojos oscuros. Si no lo viera tan extraño, pensaría que está orgulloso de mí. Abandona el lateral del Audi Rs8 plateado sobre el que estaba apoyado y endereza su postura recreándose en mí.

—*Mamma mia* —silba.

Me coge de la mano y me hace girar trescientos sesenta grados, pegándome un buen repaso.

—Gracias, han sido mis hadas madrinas —digo muerta de vergüenza.

—Pues dales mi más sincera enhorabuena.

—Son geniales, pero me siento un poco incómoda, la verdad. —Bajo la mirada.

—¿Qué te hace sentirte incómoda exactamente?

Ya estamos con las preguntitas con trasfondo, y no nos hemos ni sentado en el coche. En fin, la otra noche fue igual de directo y resultó bastante liberador, ¿por qué cortarme ahora?

—No sabría decirte qué en concreto. Es más la sensación de que voy disfrazada. Todo este volumen en mi pelo, el maquillaje tan marcado...

—Pues a mí me encanta —afirma echando un paso atrás para mirarme al completo—. No es que al natural no me parezcas preciosa, que me lo pareces, pero ahora... —Emite un sonoro resoplido—. Ahora, *bella*, con esa boquita burdeos y esa melena de leona, estás... para hacerte gritar toda la noche.

¿Qué ha dicho? ¿¿Que estoy para qué?? ¡Ay, señor! Adiós, noche. Ya no soy capaz de concentrarme ni en mis pasos. Me ha metido en la cabeza la imagen mental de él y yo gozando hasta gritar y ya no doy pie con bola. Encima en el restaurante va todavía más a saco. No podría jurarlo, pero creo que exagera el ligoteo cuando alguno de los clientes se acerca a la mesa para pedirle una foto. Los rechaza a todos. Y no son pocos. Me dice que no le conviene salir en redes sociales cenando en un restaurante mientras está de baja. Pero, cuando terminamos, se empeña en ir a una discoteca. Y se empeña mucho.

Y yo, que no sé decir que no, pues... aquí estoy, en la puerta de un sitio muy exclusivo.

En cuanto ponemos un pie en el local, la relaciones públicas, Lua —o Lia, o Luna, no he entendido muy bien cómo se llama, pero es un nombre muy guay seguro—, nos intercepta en la puerta y nos ofrece uno de los reservados de la zona vip, alegando que sería un honor poder invitar a Drago y a su acompañante a una botella de Möet & Chandon. Pues ni tan mal...

Camino tras ella ignorando a la cantidad de gente que se gira a nuestro paso. Francesco me agarra de la cintura y me habla al oído para hacerse entender por encima de la música:

—En movimiento tus tetas son mucho más impresionantes.

—¡Calla, enfermo!

Le pego en el hombro con un gesto nervioso y él se parte el culo.

Llegamos a unos saloncitos vip que están en línea y bastante animados y la relaciones nos acomoda en el tercero. Nos dice que enseguida vendrá alguien a atendernos y se despide efusivamente de Drago; de mí, no tanto.

Bebemos, fumamos furtivamente, Francesco va un par de veces al baño, bailamos juntos, al principio haciendo el tonto, después mucho más pegados. El alcohol sigue corriendo. La amistad se exalta. Después de cruzarnos una retahíla de cumplidos, terminamos abrazados.

Por un momento me miro en sus ojos y me veo especial, bella. Bajo el hechizo de Francesco creo poder ser la persona que ve en mí. Me infunde fuerza y atrevimiento. Me llena de energía y esperanza. Me encantaría sentirme siempre así, no abandonar el abrazo que me está dando, pero, muy a mi pesar, tengo que soltarle. La cosa se está poniendo rarita, y, como él no da el siguiente paso —que es, obviamente, besarme y declararme su amor eterno—, pues yo tampoco lo hago. Y así dejamos morir el momento: Drago buscando el móvil y yo fingiendo mirar la pista de baile.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

—Casi las dos.

—¿Nos vamos yendo?

—¿Tan pronto?

—Es que... —«Acabo de ponerme tontorrón contigo y no sé cómo encajarlo»—. Estoy un poco cansada.

—Venga... —Me empuja con la cadera—. Conozco un *after* de puta madre...

—Otro día mejor.

—No seas aguafiestas.

Intenta abrazarme de nuevo, pero me aparto.

—Estoy rayada, Francesco. Quiero irme a casa —le digo, más seria de lo que pretendía.

Alza los brazos y se aparta.

—Pues vete. Yo me quedo.

—No te enfades.

Me mira con cierta burla.

—No tienes ni idea de lo que es verme enfadado.

Frunzo el ceño. Él agarra el primer vaso que encuentra sobre la mesa del reservado. Nos despedimos con la misma tirantez antes de marcharme a casa en taxi.

Al día siguiente Francesco me llama como si no hubiera ocurrido nada. Hablo con él durante más de dos horas porque tampoco tengo nada mejor que hacer y porque, cuando Francesco quiere, puede ser jodidamente interesante. Su forma de entender el mundo, particular, extravagante, incluso mágica, colorea mi perspectiva gris. Él cree en el destino a pies juntillas, y ha convertido en misión interceptar las señales que alguien le envía. A mí me parece una buena manera de quitarse responsabilidad sobre

sus actos, pero su fe es tan contagiosa que me lleva a preguntarme si tendrá razón. ¿Cómo explicar, si no, que le haya conocido a él... y a John?

Esa duda me acompaña el resto del mes de febrero. Ir a nadar con Francesco y cenar en su casa empieza a convertirse en rutina. Una muy agradable. Tanto o más que recibir los mensajes de John por las mañanas. No sabía que un simple «Buenos días» podía encerrar tantas palabras. Tampoco que, fuera de mi burbuja, el mundo podía ser tan amable.

Me vengo un poco arriba. Lo suficiente para dejarme liar por Drago y visitar el primer sábado de marzo ese *after* de puta madre que conoce: la madrugada más extraña de mi vida. La culpa es de la pastillita que me suministra el italiano. Él dice que no son tan fuertes, que las toma a menudo por las lesiones, pero a mí me cae como un tiro. Y no me refiero a lo de terminar vomitándole en los pantalones, me refiero a haberme refrotado contra ellos las horas anteriores, en medio de un montón de gente que no nos quitaba la vista de encima. No imagináis cuánto me lo he gozado...

Me siento tan confundida que el domingo decido pasar olímpicamente de las tareas del hogar, y de mi santa madre, y convoco al consejo de crisis después de comer. Mi cabeza no da más de sí, y necesito que alguien me aclare por qué conocer a dos superhombres y recibir sus atenciones me está desequilibrando tanto. Sara opina, sentada en el columpio del salón, bebiéndose un pacharán, que me deje de tonterías y que aproveche la oportunidad de acostarme con dos dioses del sexo o que lo hará ella. Leticia, en cambio, con su profunda sabiduría, me da otro punto de vista desde el sofá, apurando su té verde: lo que menos le encaja de mi rocambolesca historia es que Drago solo me tire los trastos cuando estamos en público.

¿Entonces no le gusto al italiano?

Estoy confusa.

¿Y Francesco me gusta realmente o solo me gusta cómo me siento cuando estoy con él?

Estoy muy confusa.

En lo que parece haber consenso es en que John Taylor —que tiene bonito hasta el apellido— ha caído, aunque no nos ponemos de acuerdo en el porqué. Yo digo que es miope y ellas, que soy imbécil. De todas formas, con la suerte que tengo, seguro que no vuelvo a quedar con él, y, si lo hago, alguna catástrofe ocurrirá, o me atropellará un tranvía o yo qué sé. Lo que sí tengo claro es que él me atrae. Su imponente aspecto, su talante firme, su insinuante voz grave... Pero tengo dudas, porque ¿qué sé yo de este hombre? Podría ser un psicópata o, ¡peor!, un banquero, un político corrupto o un abogado sin escrúpulos que saca a violadores de la cárcel. Y, claro, eso le restaría algunos puntos a su innegable encanto.

Estoy muy, muy confusa.

Empiezo a sentir angustia.

Reconozco que soy una negada emocional. Nunca he sabido gestionar mis sentimientos. Cuando era más joven, era superenamorado. Me enganchaba obsesivamente de todos los chicos con los que me relacionaba y luego sufría, amargamente, cuando me abandonaban —por pesada, la mayoría de las veces—. Mudarme a Madrid supuso un punto de inflexión en mi promiscuidad. Me propuse con firmeza ser más selectiva, y lo hice tan bien que, en casi seis años, solo he tenido dos relaciones, no superiores a seis meses, y un rollo de una noche. Como suele ser habitual en mí, no tuve término medio, y de puta pasé a monja sin darme cuenta. Y ahora estoy en esta encrucijada entre dos superhombres que, en vez de llenarme de orgullo —y satisfacción—, me agobia a más no poder.

Trato de no hiperventilar, intento tranquilizarme y me centro en la respiración. «Qué bien me vendría la piscina ahora», pienso, y justo entonces suena mi móvil.

—¡Es Drago! —grita Sara—. Déjame contestar, porfa —suplica, arrastrándose de rodillas.

—Trae, lo que me faltaba. —Le quito el teléfono. Esta me monta una orgía antes de que me dé cuenta—. Hola, Francesco. Iba a llamarte ahora.

—No mientas; conmigo no te hace falta.

—Vale, espera un momento. —Me retiro a mi cuarto y cierro la puerta—. Ya estoy. Oye, siento lo de anoche; me reí en tu cara después de vomitarte y...

—Vega. —Le oigo suspirar, y calla un instante—. Te recojo en media hora. Y ponte el bañador, *bella*, nos hace falta... *Ciao*.

Cuelgo un poco alucinada. Nadar es justo lo que necesito, y Francesco también. Es increíble cómo conectamos, lo fácil que es todo con él... ¿Qué pasó anoche entonces? ¿Y la noche de la discoteca? Tengo que preguntárselo. Necesito respuestas. Necesito saber qué soy para él, qué espera de mí. Si lo tengo claro, quizá deje de sentirme regular por estremecerme hasta la médula cada vez que pienso en John.

Francesco me espera dentro del coche. Está lloviendo a cántaros. En el breve trayecto que va desde mi portal hasta la acera me da tiempo a calarme enterita. Entro en su Audi y, al segundo, me envuelve la melodía de *Ayo Technology* en la dulce voz de Milow.

—*Ciao, bella*. ¿Nos damos un bañito? —pregunta con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Yo ya estoy en ello —bromeo sacudiéndome el agua que resbala por mi anorak.

Drago hace rugir el motor y se incorpora con agilidad a la circulación. Le hago un par de comentarios acerca del tiempo y del espantoso tráfico y él contesta, pero está más callado que de costumbre. Será mejor que coja el toro por los cuernos antes de que esto empiece a estropearse de verdad.

—Creo que anoche pasó algo raro entre nosotros —Mi voz va perdiendo fuerza mientras observo las luces que centellean detrás del cristal de la ventanilla. Me retuerzo en el asiento, le miro y me obligo a preguntarle—: ¿De verdad quieres acostarte conmigo?

Él se aferra al volante como si le fuera la vida en ello, se muerde el labio inferior compulsivamente y calla durante un buen rato.

—Voy a explicártelo, te lo prometo —dice al fin, con los ojos fijos en la carretera. Creo que convenciéndose más a él mismo que a mí—. Pero primero necesitamos nadar, *bella*. Tenemos que limpiarnos antes de ofrecernos como realmente somos.

Al llegar al hotel Wellington, detiene el motor y un aparcacoches se hace cargo del Audi. Sale a recibirnos la responsable de relaciones con los clientes. Pierde el culo por Francesco en cuanto aparece, dándole las gracias mil veces por seguir eligiendo su hotel, elogiando sus logros deportivos y sobándole cada vez que tiene oportunidad, pero él la ignora por completo. Sigue bastante taciturno.

Doña Lagarta nos deja en el área de la piscina del *spa*, que está sospechosamente vacía. Solo hay unas toallas sobre las tumbonas y un par de botellas de agua en una mesita auxiliar. Ni personal ni clientes, nadie más que nosotros.

—No puedo creer que lo hayas reservado —digo, quitándome el chándal.

—Un caprichito —dice sin darle importancia. Se desnuda y se zambulle en la piscina sin apenas salpicar. Su atlético cuerpo surca el agua como si perteneciera al elemento, más allá de lo humano. Como un sireno o un tritón. Poderoso y elegante. Da gusto verle.

Nadamos un buen rato. Él, de forma disciplinada, describiendo líneas rectas en el agua, con movimientos sincronizados y precisos. Yo, más anárquica, combino el buceo con la espalda y floto a ratitos intentando encontrar serenidad en mis pensamientos. Una de las veces que salgo del fondo, en un intento de apnea fallido, me sorprende al ver que está apoyado en el borde de la piscina, con el torso fuera del agua y la mirada perdida.

—¿Ya te rindes? —pregunto nadando hacia él.

—Ha empezado a molestarme la espalda.

—Deberías operarte.

Niega con la cabeza

—Ya te lo he dicho más de una vez: con la edad que tengo, supondría el fin de mi carrera.

—Pero si solo tienes treinta... Es ridículo. —Me coloco a su lado.

—Para que veas lo ingrata que es la vida deportiva —se burla—. El dolor no es para tanto, solo es cuestión de acostumbrarse.

Se encoge de hombros y en sus ojos asoma un atisbo de amargura, como si hablara de algo más que del dolor físico. Me preocupo. Sé que hay una parte de él que no me está enseñando y que le perturba. ¿Podría yo ayudarle? ¿Qué es lo que necesita para calmar su dolor? ¿De dónde proviene?

Francesco entiende lo que siento, porque rodea mi hombro con un brazo atrayéndome hacia su pecho, me besa el pelo y comienza a describir espirales en mi brazo con sus dedos. Funciona. Me relaja.

—Siento haberme arrimado demasiado anoche —susurra junto a mi oído.

—¿Querías de verdad acostarte conmigo? —vuelvo a preguntarle.

—No —niega, tajante.

—Entonces, ¿por qué...?

Me separo para mirarle de frente.

—Soy gay —suelta a bocajarro.

Parpadeo.

—¿Que eres qué?

—Gay, homosexual, maricón, *checca*, *finocchio*...

—Ya, vale, lo he pillado. Pero... ¿por qué has tonteado tanto conmigo?

—¿Por qué? *Per favore!* Soy italiano —sonríe, seductor—. Estamos diseñados genéticamente para tontear con las mujeres. —Alzo una ceja advirtiéndole de que no cuela, y recula un poco—. Y también reconozco que es imagen; digamos que es lo que se espera de mí. No te olvides de que soy Drago el conquistador. —Me coge las manos—. Y en tu caso concreto te diré que deduje enseguida que te hacía falta ese empujoncito. —Acaricia con los pulgares mis nudillos—. Vi que necesitabas sentirte deseada, especial, *bella*...

—Me ha hecho mucho bien sentirme así, Fran —le digo de corazón, apretándole las manos—. De verdad que te lo agradezco.

—No seas boba: tú también me haces mucho bien. Me aportas normalidad y cariño. Justo lo que necesitaba. —Me mira con tiento—. ¿No te importa que me gusten los hombres?

—No, ¿por qué? Tú sabrás qué haces con tu pene.

Me da un abrazo que me deja sin aire.

—Gracias, *bella* —susurra emocionado.

Entre la bruma estupefacta que empaña mi cabeza, rescato las imágenes de varias portadas de la prensa rosa en las que él posaba con su novia de turno. Incluso me acuerdo de una italiana con la que estuvo a punto de casarse hace muchos años. Este hombre lleva demasiado tiempo viviendo una vida que no le corresponde porque eligió un trabajo donde la libertad sexual es solo para otros.

Se separa de mí y me mira, suplicante.

—Esto lo sabe muy poca gente...

—Tranquilo, no le diré nada a nadie.

—De eso estoy seguro, a lo que me refiero es a... que si te lo he contado a ti es porque me

importas de verdad. Sé que nos conocemos desde hace tan poco tiempo que es casi ridículo, pero siento un vínculo tan grande contigo... —Se interrumpe e inspira—. Te quiero en mi vida mucho tiempo, Vega. Todo el que puedas soportarme.

Me sonrío con timidez, y me provoca tanta ternura que temo montar un numerito.

—Al final lloro, ya verás —murmuro enternecida.

—¡No, no, no! De eso nada. —Mira a su alrededor con cara de pánico y pregunta—: ¿Te apetece un *espresso*?

—Mejor un *gin-tonic*. —Tiro de él hacia las duchas.

Y el combinado me sienta de maravilla, porque me lo tomo con Francesco y no con Drago y porque me doy cuenta de que él y John caben perfectamente en mi vida, si soy capaz de permitírmelo...

Francesco me deja en casa un buen rato después, y, en cuanto me encierro en mi cuarto, le mando un mensaje:

Mil gracias por el baño; es un recuerdo que alojaré en mi memoria para siempre.

Al instante me contesta.

Gracias a ti, bella, por hacerme confiar.

Hoy soy un poco más libre que ayer.

Se me llena el corazón de alegría al leer sus palabras. Ser especial para él me hace sentirme orgullosa de mí misma. Y eso no suele ocurrirme a menudo.

11

GINEBRA

El último lunes del invierno, quince días después del baño más especial de mi vida, llego a la oficina de buen humor. Es lunes, sí, y seguimos con mal tiempo y el metro estaba tan lleno como siempre, pero el color de mi burbuja ya no es tan gris. Eso lo cambia todo.

Mi jefe aún no ha llegado, así que, sin prisa ninguna, enciendo el ordenador. Coloco el bolso encima de la CPU, me recuesto en la silla y dudo si empezar por el correo o irme a por un cafetito cuando me suena el móvil. Es un wasap de John. Después de mes y medio de correspondencia 2.0 debería haberme acostumbrado, ¿verdad? Pues no. Cada vez que recibo un mensaje de él lo que vibra en mi interior se hace más fuerte.

*Buenas noticias.
Espero que para ti también.
Regreso a Madrid a final de mes.
Dime que tienes un hueco en tu agenda para mí.*

*Buenos días, John.
Veré qué puedo hacer con mi agenda...*

Arrugo la nariz y empiezo a mordisquearme las uñas. Quería parecer juguetona, pero no vulgar, y al final me ha quedado superrancio.

En fin, ya no hay nada que hacer.

*Antes de negarte, considera que lo de aquella noche fue solo un aperitivo.
Si no hubiera tenido que volar, te habría follado hasta el domingo.*

Intento tragar saliva, pero no puedo. Todos mis fluidos se están concentrando en mis braguitas. Una voz desagradable hace que me sobresalte.

—¡Vega, ven a mi despacho! —grita mi jefe sin levantarse de la silla.

Estaba tan absorta en el móvil que no me he dado ni cuenta de que había entrado. A ver qué marrón me enchufa ahora. Me levanto y entro en su guarida.

—Buenos días, Manuel —saludo sonriente. Voy de buen rollo, por si acaso.

—Buenos días. Toma asiento —ordena con solemnidad. Obedezco sin rechistar y me pongo mentalmente en lo peor, como viene siendo habitual en mí—. Verás, Vega; ya sabes que últimamente han estado las cosas un poco revueltas en la empresa y se esperan cambios sustanciales.

¡Ahí está! Me voy al paro, como si lo viera.

Manolito se endereza en su silla, coloca los codos sobre la mesa y se atusa el bigote.

—Mi gestión de la crisis ha sido muy bien recibida por los jefes, y me han propuesto ser uno de los oradores del próximo congreso en la central de Ginebra.

¿Su gestión? Y el resto qué estábamos, ¿dando palmas? Está claro que no hay nada mejor que saber venderse bien.

—Te felicito. —Por sus dotes de autobombo, más que nada.

—Gracias, Vega. El evento será la primera semana de abril. Te vienes conmigo.

¿Entonces no me despiden? ¿Y me voy a Ginebra?

—Vale —logro balbucir mientras intento procesar la información.

—Viajaremos el viernes 28 de marzo, después del trabajo; tengo que entrevistarme con un par de personas antes de que empiece el congreso. —Ya, claro. Lo de que no aguanta a su mujer y así no tiene que verla el fin de semana seguro que no está relacionado—. Tú puedes aprovechar ese tiempo para preparar mi discurso y para ir de tiendas, a la peluquería y demás cosas de mujeres. Te paso los detalles en un *mail* interno. Actualiza mi agenda y encárgate de los vuelos y el hotel y esas cosas. Puedes irte.

Me marcho a mi escritorio y, cuando me aseguro de que Manolito no me ve, sonrío de oreja a oreja. Llevo queriendo ir a Ginebra desde que entré en la empresa. Es el viaje estrella. Cuando van los comerciales, vuelven contando maravillas de la ciudad y de la sede central. Pero Manolito no habla ni gota de inglés, y siempre ha evitado viajar al extranjero. Valladolid, Toledo y Murcia me los conozco estupendamente, pero Ginebra... Ginebra mola mucho más, dónde va a parar.

De pronto, me doy cuenta de que soy una asistente que viaja a congresos por Europa y se me sube la tontería a la cabeza. Hoy paso de la piscina: necesito ir de tiendas. No puedo ir por el mundo vestida con vaqueros de Primark, hombre, por favor. Me voy a ir de compras a esas tiendas donde normalmente solo miro. A la Milla de Oro, ¡porque yo lo valgo!

A las nueve de la noche llego a casa agotada, escandalizada y arrepentida. He recorrido todas las tiendas de firma, habidas y por haber, y al final solo he comprado un pañuelo y una camiseta ultrarrebajada. ¡Qué precios, por dios! Vale que la ropa fuera preciosa, pero ¿esa gente sabe lo que gana un español medio? ¿Quién puede permitirse ese estilo de vida?

John seguro que puede. Solo hay que ver la *suite* en la que se hospedaba. Y Drago también puede, ¡más que de sobra!

—Hola, Vega —murmura Leticia desde el sofá, enfrascada en su Kindle.

—Hola, ¿qué haces? —pregunto absurdamente.

—Pues ya ves, de relax, ¿y tú? Traes carita de cansada —aprecia bajando sus gafas.

—Lo estoy, créeme. Ir de compras puede ser muy duro.

—¡Qué dices, mujer! —Me mira como si estuviera loca—. ¡Ir de compras es genial!

—Claro, para ti, que eres rica.

—Yo no soy rica, Vega.

—Lo eres. Solo tienes que mirar tu armario.

—Ya sabes que puedes coger lo que quieras.

—Te lo agradezco, pero creo que es evidente que tú y yo no tenemos la misma talla.

A veces he llegado a pensar que no somos ni de la misma especie.

—Anda, tonta, si cada día estás más buena. A ver, ¿qué caprichito te has regalado?

—Mira. —Hago un puchero y le paso las dos míseras bolsas que llevo en la mano.

Leticia saca el contenido como lo haría una niña el día de Navidad y exclama contentísima:

—¡Pero este pañuelo es supercuqui! ¿Me lo dejas?

—Vale, pero para ir a trabajar, ¿eh? —le advierto levantando una ceja. No quiero que me lo pervierta en antros sadomasoquistas.

—Claro, querida: para lo otro esta seda no aguanta lo suficiente —dice como si fuera evidente.

Joder con Leticia. Cualquier día la veo dando conferencias como Manolito.

—¿Cómo te ha dado por ir de compras? —pregunta doblando la camiseta. La mete en la bolsa con

la nariz arrugada. Se ve que no le ha gustado.

—¿Abrimos un vinito y te lo cuento?

Una botella y media después, estamos riendo como hienas, desparramadas en la alfombra del salón, cuando suena el telefonillo. Nos jugamos a piedra, papel o tijera quién se levanta, y pierdo, así que, tras un esfuerzo titánico, me pongo en pie, me tambaleo hasta la cocina y agarro el instrumento zumbante.

—¿Quién es?

—¿Vega?

—Chi —contesto, y empieza a entrarme la risa tonta.

—¿Has perdido el móvil?

—Nop.

—Abre.

—Vale.

Pulso el botoncito de la llave.

—¿Quién essss? —pregunta Leti, intentando incorporarse del suelo.

—No sé. —Me encojo de hombros y me parto yo sola. Cómo pega el Albariño...

Llaman a la puerta tres veces, con fuerza. Me recompongo un poco de mi histrionismo y abro.

—¡Has venido!

Me lanzo a sus brazos, haciéndole retroceder unos pasos.

—Y tú... has bebido. Cantidad, por lo que huelo.

Avanza a trompicones conmigo agarrada a su cuello y cierra la puerta con el pie.

—¡¡¡Draaaagooooo!!! —chilla Leticia desde el suelo. Ha conseguido sentarse con las piernas cruzadas, pero se ladea peligrosamente cada vez que se mueve—. ¡¡¡Qué gaaaanas tenía de conocerteeee!!! ¡¡¡Soy suuuuperfáááán tuuuuya!!!

—Leticia, supongo —dice con encanto él, soltándome en el sofá. Se acerca a Leti, le planta dos besazos que la dejan con cara de boba feliz y se sienta a mi lado.

—Quééé guaaapo eressss.

—¡Leticia! —le riño para que pare de acosarle.

—¿Cuánto habéis bebido? —pregunta Drago intentando no reírse.

—No *bucho*, en *sedia*. —¡Joder! ¿Y ahora por qué no vocalizo?—. Voy a hacer café. —Pronuncio con cuidado cada sílaba. Madre mía, qué pedal más tonto.

—Mejor estate quietecita. —Drago impide que me levante, cosa que le resulta muy fácil—. Ya lo hago yo. ¿Dónde está la cocina?

—Es esa puerta. —Señalo a mi espalda, a ningún lugar en concreto.

Francesco se levanta y se dirige a la cocina sonriendo.

—Qué guaaaapo essss —repite Leti en su trance etílico.

—Sí, está de miedo.

—Puedo oíros desde aquí —dice Drago, y otra vez nos entra la risa tonta. Eso me recuerda... ¡Tengo que ir al baño!

Mucho más liviana, y con la cara lavada con agua muy fría, regreso al salón y me encuentro con Leticia echa un ovillo dormida en el suelo. Francesco sale de la cocina con dos tazas de café y la mira con curiosidad.

—Se ha quedado frita —explico absurdamente.

—Ya lo veo, ya. Toma.

Me pasa las tazas y hago lo que puedo por no derramar su contenido al dejarlas en la mesa.

Francesco se agacha y recoge con cuidado a Leti del suelo. La carga en brazos y ella se revuelve y le abraza, encantada, sin despertarse siquiera.

—¿Dónde está su cama? —susurra.

—Al fondo del pasillo, a la izquierda.

Cuando le cuente mañana a Leticia que Drago la llevó en brazos a la cama, va a ser la bomba. Me la imagino dando saltitos de alegría y recriminándome no haber hecho una foto para subirla a su Instagram.

Me siento en el sofá y contengo una náusea al darle el primer trago al café. Está fuerte. Muy fuerte. Tan fuerte que no creo que duerma en un par de días, pero me sienta bien. De hecho, he conseguido enfocar la mirada y ver solo un televisor y no dos.

Oigo cerrar una puerta y unos pasos a mi espalda.

—¿Estamos de celebración o ahogamos las penas? —pregunta Drago dando un brinco sobre el respaldo del sofá para dejarse caer con contundencia a mi lado.

—De celebración —afirmo orgullosa.

—*Bene*, y ¿qué celebramos?

—Lo primero de todo, ¡que me mandan a Ginebra en el curro! —anuncio con alegría.

—¡Enhorabuena! —Me sonrío con sinceridad y me da un abrazo fuerte y reconfortante.

—Bueno, no me mandan a mí. Al que mandan es al inútil de mi jefe, y me necesita. —Me señalo con los pulgares.

—¿Y celebramos algo más?

—Igual un poquito también... ¡Que John vuelve a Madrid!

—¿Y sigue queriendo quedar contigo?

—Pues claro, idiota. —Me retiro el pelo de la cara con un aspaviento—. Me ha escrito esta mañana a primera hora para que le haga un hueco en mi agenda. Yo le he contestado con un mensaje un poco rancio. O eso creo. ¿Te lo leo?

—Venga.

Voy a buscar el móvil y me doy cuenta de que llevo toda la tarde sin hacerle caso. No estaba yo para telecomunicaciones cuando las arpías de las *boutiques* me miraban con desdén por preguntar los precios cada dos por tres. A ver, si no sé lo que cuesta, ¿cómo voy a saber si me puede gustar?

—¡¡Me ha escrito otra vez!! —grito como una posesa por el pasillo.

—A ver.

Por más que miro el teléfono, tu respuesta no aparece.

¿Te estás haciendo la dura o me has bloqueado por mi último mensaje?

—¡Joder! Es de hace tres horas; va a pensar que le he dado boleta.

—No exageres...

—Voy a llamarle —decide el Albariño por mí.

—Tampoco hace falta que pierdas el culo por él.

Ignoro a Drago, respiro hondo y pulso sobre el contacto de John.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos...

No lo va a coger. Seguro que le pilló durmiendo. O, como en realidad no sé en qué parte del mundo se encuentra, lo mismo está reunido. O comiendo. O con otra en la cama, diciéndole a ella lo *fucking great* que...

—Taylor —contesta bruscamente.

—¿Te pilló en mal momento? Siento llamarte tan tarde, pero no había visto tu mensaje y he pensado...

—Tranquila, solo dame un segundo.

—Vale.

—Vale —repite con cierta sorna, como si le hiciera gracia la palabra.

Francesco toca mi hombro y me dice adiós con la mano. Le hago gestos para que no se vaya, pero no me sirve de nada. Se marcha. Y creo que mosqueado...

—Vega, ¿sigues ahí?

—Sí.

—¿Cómo tienes el fin de semana del 29? ¿Has podido revisar tu agenda?

A ti sí que te voy a revisar, de cabo a rabo... Sonríó al pensar en su ra...

Un momento.

¡MIERDA!

Mierda, mierda, mierda, m-i-e-r-d-a.

¡¡¡El 28 me voy con Manolito a Ginebra!!!

¿¡Por qué, Señor, por qué!? ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Qué coño he hecho yo en otra vida para que lo tenga que pagar así?

—Estaré fuera ese fin de semana —contesto, y logro no lloriquear.

—¿Puedo preguntar dónde exactamente?

—En Ginebra.

—¿Placer?

—Negocios.

—¿En fin de semana?

—Estaremos varios días —respondo.

—¿Sigues queriendo volver a verme? —pregunta con seriedad.

—Sí, sí, de verdad que quiero. Sé que lo de Ginebra suena a excusa, pero...

—Bien, entonces cenamos juntos el sábado —afirma sin dejar opción a lo contrario—. El jueves tengo una reunión en Lyon: puedo alargar mi estancia y volar el viernes a Ginebra, está bastante cerca —musita, como pensando en voz alta.

¿Va a viajar hasta Suiza por mí? ¿De verdad?

—El viernes por la noche ya estaré allí, si quieres adelantar la cena...

—Hecho. Mándame el nombre de tu hotel y te recogeré a las nueve.

Huy, eso ha sido un poco tajante, ¿no? Me siento como su secretaria más que como su cita. En fin, haré lo que me dice: no voy a ponerme a protestar después de que vaya a coger un avión para verme.

—Vale—respondo finalmente.

Muy poco elocuente, lo sé, y seguro que él repite la palabrita.

—Vale.

¡Ahí está! Me empieza a hacer gracia la tontería, fíjate tú. Será mejor que cuelgue antes de que se me escape que él también empieza a hacerme más gracia de la que debería.

12

MIRAR PARA ADELANTE

Desde que Manolito se ha puesto a preparar su discurso para Ginebra, no he salido de trabajar ni un día a mi hora. Se ha empeñado en darlo en alemán y, evidentemente, le tengo que ayudar, porque, pese a sus amplias aptitudes (ejem), él solo habla castellano y gallego. Bueno, o eso dice, porque a mí me daría vergüenza afirmar que hablo un idioma que, en realidad, solo chapurreo para parecer graciosa.

Hoy me he visto obligada a retrasar mi cita con Sara. Dos veces. Aun así, cuando llego al Starbucks que hay junto al museo Reina Sofía, mi amiga todavía no ha aparecido. Pido un capuchino y una *muffin* de chocolate y me siento en un sillón que hay pegado a un ventanal. No hay mucha clientela, y no me extraña: caen chuzos de punta y son más de las nueve. La gente de bien está cenando en familia, no como yo, que no sé lo que eso.

Por suerte, Sara no tarda en llegar, despampanante. Moño alto, chaquetón de paño color canela entallado, falda con vuelo y Mary Janes de tacón. Me dice con señas que va a pedir algo y yo me abstraigo en su figura y sus gestos, tan coordinados, tan seductores... Cómo la envidio. Daría lo que fuera por sentirme tan a gusto con mi cuerpo como ella con el suyo.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —Se sienta a mi lado y pellizca mi magdalena.

—Pues verás...

Empiezo hablándole del curro y de la última serie a la que me he enganchado y termino comentándole que Francesco sigue un poco raro conmigo.

—Claro, porque te la quiere meter, pero tú solo le haces caso al americano.

—No es por eso. —Sara no sabe que Fran es homosexual, y a mí no me corresponde contárselo—. Francesco y yo solo somos amigos, buenos amigos —le repito por enésima vez—. Parece absurdo porque nos conocemos muy poco, pero es que, Sarita..., conectamos a unos niveles tan profundos que incluso a veces me dan mal rollo. Es como si me conociera mejor que yo misma. Es increíble, y a él también le pasa.

—Me está entrando pelusa —dice con un mohín.

La tranquilizo achuchándola un poco.

—No seas tonta, tú siempre serás mi mejor amiga.

—¿Aunque no conduzca un Audi Rs8 y no te regale zapatillas caras?

—¡Pues claro, tonta! Además, a mí tu Mini me gusta mucho más, y se debe de aparcar infinitamente mejor. —Sara asiente satisfecha, y cambio de tema—. Por cierto, necesito ir de compras para el viaje a Ginebra. Lo intenté en la Milla de Oro, pero fue imposible poder pillar nada con mi sueldo.

—Evidentemente, pequeña *padawan*. Empezar por los *outlets* y las tiendas multimarca debes tú. Yo te guiaré —dice, muy solemne—. Además, yo también tengo que hacer compritas, que a primeros de mayo me voy de feria a Dubái. —Sonríe de oreja a oreja.

—¿Dubái? ¡Qué bien, Sara! Llevas tanto esperándolo...

—Sí, Dubái es lo más, cari. La gente habla mucho de Abu Dabi, y de que Dubái es pasado, pero ¡qué va! Dubái puede proporcionarme los mejores contratos del sector, y yo voy a estar ahí para conseguirlos. Presiento que algo bueno me está esperando en los Emiratos. —Se abstrae en sus

pensamientos un instante y después me mira con los ojos llenos de emoción—. Vega, ¿te das cuenta? Estamos aquí tomando un café, hablando de futbolistas millonarios y atractivos hombres que se alojan en *suites* de lujo...

—Y que follan como dioses —apunto.

—Y que follan como putos dioses. —Asiente—. Y planeando ir de compras porque tú tienes un congreso en Ginebra y yo me voy a Dubái... ¿Te das cuenta, Vega?

—Sí —bromeo—, somos guays.

—¡¡Sí!! ¡¡¡Somos la hostia de guays!!!

El móvil de Sara nos interrumpe el subidón. Por la cara que pone, debe de ser Marcos. Aprieta los labios, pero le brillan los ojos.

—No lo cojas.

—Pero, cari...

Me levanto y cojo el abrigo. El móvil sigue sonando en la mano de Sara.

—Vamos, anda —le digo.

Rehúye mi mirada.

—Me termino el café y me marcho a casa.

Me está mintiendo, las dos lo sabemos. Al igual que sabemos que le va a devolver la llamada en cuanto me pierda de vista.

—De verdad que no te entiendo, Sara.

—Ya, cari, yo tampoco me entiendo.

Llego a casa intentando no pensar en mi amiga cayendo, otra vez, en la cama de Marcos. Me ducho, me lavo los dientes y me siento en la butaca de mi habitación. Debería reflexionar sobre todo lo que me está pasando, sobre lo que puede suponer volver a ver a John, sobre el extraño cambio de actitud de Francesco, sobre los cambios que han traído estos dos hombres a mi vida..., pero ¿sabéis qué? Que me niego. Me niego rotundamente a perder más tiempo obsesionándome con las cosas que me ocurren. Estoy harta de hacerlo. Llevo toda la vida analizando cada paso que doy, escrutando cada emoción que capturo, diseccionando cada sentimiento que nace en mí, y resulta agotador.

Me levanto de la butaca, pongo un CD de Bebe en el reproductor que tengo sobre la cómoda y mientras ella canta «Hoy vas a ser la mujer que te dé la gana de ser, hoy te vas a querer como nadie te ha sabido querer, hoy vas a mirar pa' delante, que pa' atrás ya te dolió bastante...», me miro en el espejo y me sonrío. Empieza a gustarme lo que veo.

Al cabo de seis canciones y un cigarrillo, me da por llamar a Francesco. Le oigo más contento. Me cuenta que ha tenido sesión con el fisioterapeuta y que parece que se recupera con rapidez. Con un poco de suerte, se incorporará a los entrenamientos con el equipo la próxima semana. No sabéis cuánto me alegro, de verdad. Estoy convencida de que su bajón anímico coincide con la falta de actividad: en cuanto vuelva a trabajar se encontrará mucho mejor. Quedamos para el jueves, y hasta se ofrece a ayudarme a hacer la maleta. Mañana tiene que rodar un anuncio de un nuevo artilugio deportivo, una especie de suspensorio para los pectorales y la espalda. Vamos, lo que en mi pueblo se llama un sostén, pero como es para hombres, lo denominan suspensorio.

Cuelgo con buen rollito en el cuerpo y me animo a escribir un mensaje.

*Buenas noches, John.
Te confirmo que me hospedaré en el hotel InterContinental.
Nos vemos el viernes. ¿A las 9?*

Envío el mensaje, apago la música y me meto en la cama dando brincos. Estoy tan contenta que me va a costar dormir, estoy segura. Lo mismo me toca hacerme un apaño...

Dejo el móvil en la mesilla y, cuando voy a apagar la luz, empieza a vibrar. El nombre de John Taylor aparece en la pantalla.

—Hola.

—Hola —saluda con voz cálida, y se oye, de fondo, cómo se cierra una puerta.

—¿Has recibido mi mensaje? —pregunto absurdamente.

—Sí, llamaba para confirmarte la cita. —Calla un segundo—. Y para escucharte un poco —añade, bajando un par de octavas el tono.

Se oye un sonido similar al chirriar del cuero, como si se hubiera sentado en un sofá o algo parecido, y da un pequeño suspiro.

—¿Un día duro? —pregunto.

—Mucho..., pero te aburriría con los detalles. ¿Y el tuyo?

—El mío ha sido largo y rutinario en la oficina, pero ha mejorado después.

El café con Sara ha estado bastante bien —si me obligo a olvidarme de la llamadita del imbécil—. La conversación con Francesco ha sido un chute de energía. Y ahora, para rematar la jornada, tengo al hombre más sexy que he conocido en mi vida al teléfono. No voy a quejarme.

—¿Qué lo ha hecho mejorar? —me pregunta, y casi puedo notar su sonrisa.

—Pues que he quedado con una amiga y me ha dado buenas noticias —resumo.

—Me alegra oírlo. Aunque reconozco que me decepciona un poco no ser parte de la mejora.

—Hombre... —¿Se lo digo? ¿Se lo digo?—. En cierto modo, sí que eres parte, no te voy a engañar. Me gusta hablar contigo.

¡Ya está! Se lo he dicho.

—A mí también. No entiendo del todo el porqué, pero consigues que olvide por un rato lo desagradable que puede llegar a ser este mundo. —Y para rematarme añade—: Tengo muchas ganas de volver a verte.

—Yo también —logro susurrar.

—No paro de pensar en tus labios —murmura con la voz cada vez más grave, evidenciando su acento americano—. En tu olor. En lo suave que es tu piel...

—Me estás matando, John.

Lo juro. «Muerte por calentón» creo que se llama.

—*Sorry not sorry, baby.* —Inspira sonoramente—. Nos vemos el viernes.

—Qué largo se me va a hacer...

La afirmación se escapa de mi boca traicioneramente, y cuelgo. No estoy preparada para recibir una respuesta.

El miércoles, respuesta no recibo, pero sí un par de mensajes, que apenas puedo contestar porque estoy a tope de trabajo. De hecho, vuelvo a salir tarde y me toca pagarme un taxi para poder llegar a tiempo a mi cita con Sara. Las guays se van de compras para sus megaviajes de negocios.

Somos unas flipadas, lo sé.

En el trayecto llamo a mi madre y le recuerdo lo del viaje —para que no se extrañe si no le cojo el teléfono el domingo porque estoy demasiado ocupada retozando con un semental americano—. Ella me dice que ya lo sabe y pasa a narrarme, con todo lujo de detalles, el último escándalo de la hija del marido de una que cantaba cuando reinaba Caroló. ¡Hay que joderse! Es muy triste pensar que a tu madre le importa más la vida de la gente que ve por la tele que la de su propia hija —única, para más inri—, pero estoy convencida de que así es.

Me apeo del taxi en Goya, calentita, y me encuentro con Sara en modo compras, o séase: espídica total.

—Mira. —Me pone una hoja delante de la cara con un montón de direcciones y notas—. Tenemos que ver todo esto en dos horas. Ya puedes apretar el culo.

—¿Estás así porque vamos de compras o porque te arrepientes de haber fornicado anoche con Marcos? —pregunto a bocajarro.

A Sara es la única manera de sacarle información.

—¿Y quién dice que yo anoche fornicué con Marcos?

—Tu cara de culpa. No me lo puedes negar.

—No, no puedo, así que ¿para qué vamos a discutir? Venga, vamos.

Me agarra del brazo y casi me arrastra hasta la primera tienda.

Os podrá parecer increíble, pero de las dos horas nos han sobrado diez minutos, ¡somos unas *cracks*! Bueno, ¡Sara es una *crack*! Ahora entiendo por qué es tan buena en su trabajo: es capaz de convencer a cualquiera de lo que sea. Hemos conseguido tanto descuento que ha habido un momento en el que no sabía si estábamos en una *boutique* o en un mercadillo de Marrakech, regateando. Me he gastado el sueldo de un mes, es cierto, pero ahora tengo cantidad de ropa que, si combino según los sabios consejos de mi amiga, me dará un aspecto elegante y profesional. De capricho, he comprado un mono negro —de vestir, no de los que copulan en la selva: no tengo gustos tan extravagantes— de manga larga, con un discreto escote en uve, y un conjuntito de encaje del mismo color de Agent Provocateur —de hace mil temporadas, eso sí— que espero que haga que el frío de Ginebra se recuerde solo como una anécdota.

—Cari, me lo he pasado genial, pero estoy reventada —me dice Sara saliendo de la última tienda.

—No me extraña: si pones tanto ímpetu en todo, llegarás a presidenta de Estados Unidos antes de los cuarenta.

Sonríe muy orgullosa de sí misma y para un taxi.

—Nos vemos a la vuelta. —Me da un abrazo —. Llámame, wasapéame, lo que quieras, pero mantenme informada, ¿vale? —Me agarra de los hombros—. Y pásatelo bien, cari. Te lo mereces.

—¡Ay, Sarita! —Le estampo un beso y la vuelvo a abrazar—. Te quiero tanto...

—Y yo a ti, Vega. Y yo a ti.

Adoro a esta mujer, de verdad. Sé que no le hace mucha gracia que mi cambio de actitud, por así llamarlo, se deba en gran medida a haber conocido a Francesco y a John. Más que nada porque ella lleva toda la vida animándome a salir del cascarón. De hecho, si no fuera por ella, mi existencia habría sido, sin ninguna duda, infinitamente más aburrida. Pero, pese a no poder atribuirse el mérito, Sara no me ha reprochado nada. Nada de nada. Solo ha seguido ofreciéndome su apoyo incondicional, como siempre. Es imposible no quererla. ¡Ni aunque se casara con Marcos dejaría de hacerlo!

Bueno, en ese supuesto, lo mismo sí...

El jueves empiezo a estar nerviosa. Desde por la mañana noto que ando desconcentrada, y decido que será mejor no realizar tareas delicadas o la cagada será terrible.

A las seis, salgo en estampida por la puerta de la oficina, y Drago ya me está esperando en la acera con su Rs8. Me tiro a sus brazos y suspiro. Qué falta me hacía. Este hombre me da una paz solo comparable con la que me proporciona el agua. Cada vez estoy más segura de que pertenece a ese elemento, incluso más que a la tierra. Él me separa un poco y me mira a la cara.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —pregunta con delicadeza.

Yo me separo del todo, inspiro hondo y empiezo a enumerar:

—No sé, ¿porque viajo por primera vez fuera del país a un congreso en la sede central de mi empresa? —Voy elevando el tono—. ¿Porque mañana he quedado con el tío más bueno que me he tirado y no sé ni qué coño voy a decirle? —Gesticulo más de lo debido, y veo por el rabillo del ojo cómo la gente empieza a detenerse a nuestro alrededor —. ¡¿Porque nos están haciendo fotos, y mira los pelos que llevo?! —grito, agobiada del todo.

Francesco empieza a reírse a carcajadas y me abraza más fuerte.

—Eres tan dramática, *bella*...

Ya en casa, con la maleta abierta encima de la cama y un par de cervezas, la cosa está menos tensa —véase que «la cosa» soy yo—. No tengo dudas de lo que voy a llevarme gracias a Sara, lo cual me tranquiliza bastante, y la conversación sobre la última cumbre climática con la que me está entreteniéndome Drago está consiguiendo que me relaje del todo. Pero cada vez que pienso en John se me encoge el estómago.

Mola mucho lo de tirarse a un semidiós y quedar para repetir en Ginebra, pero tengo mi corazoncito, y como me dé por llenarlo con sus increíbles besos, su aroma penetrante y el timbre grave de su voz, me voy a dar un hostión... John solo me quiere para repetir el buen rato que pasamos en su *suite*, estoy segura. No puedo permitirme ponerme sentimental.

Poco después de acabar con la maleta, llaman al portero. Debe de ser la pizza. La recibo, y nos disponemos a tirarnos en la alfombra para comérmola mientras vemos la tele. Creo que estoy arrastrando a Drago al lado oscuro.

Me pongo a hacer *zapping* mientras él coge unas cervezas de la nevera y encuentro un programa de esos de españoles (exiliados) por el mundo. Hoy están en Nápoles.

—¡Mira, tu pueblo! —le grito desde el salón.

—Ese no es mi pueblo, enana. Mi pueblo está en Isquía. Aunque viví más tiempo en Nápoles.

Me pasa una cerveza.

—¿Ah, sí?

Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, me quita el trozo de pizza que estaba a punto de meterme en la boca y le pega un buen mordisco.

—Sí, mi familia y yo nos mudamos cuando era pequeño porque mi padre encontró un trabajo mejor —farfulla con la boca llena—. Y, además, fue el primer equipo para el que jugué como profesional.

—Le tendrás cariño a la ciudad —comento cogiendo otro trozo de pizza. Como no me espabile, ni la cato. No veáis cómo come el italiano...

—No te creas, nunca llegué a sentirme integrado. Por suerte, un año después de debutar en el Nápoles ya me fichó la Juventus —dice con orgullo.

—¿Solo un año después? Eso es superbueno, ¿no? —No tengo ni pajolera idea de fútbol.

—¡Eso es la polla! Pegué tal pelotazo que fui seleccionado para jugar la Eurocopa con diecinueve años. —Abro mucho los ojos y asiento. Pues sí que debe de ser la polla, por lo entusiasmado que se le ve—. Los años siguientes batí un montón de récords de esos que le encantan a la prensa deportiva. Era uno de los jugadores más codiciados por todos los equipos. Fue una pasada. —Sonríe y bebe un trago de cerveza.

—¿Y qué pasó después?

Hace una mueca de disgusto y se entristece un poco.

—Pues que me fichó el Chelsea. —Frunzo el ceño. ¿Tan malo es ese equipo?—. Me pagaron una pasta. Mucha pasta, *bella*. Tanta que se me fue la cabeza en fiestas, viajes, compras absurdas, desfases..., toda esa mierda que me ha dado la fama que tengo.

—Joder. ¿Y no tenías a nadie entonces que te parara los pies? No sé, tu familia, o amigos o alguien...

—Qué va. Mi familia no se movió de Nápoles. Solo venían para acompañarme a alguna gala y poco más. El resto de relación era la transferencia que les ingresaba todos los meses. Y mis amigos —se ríe con burla— eran una panda de lameculos que solo aparecían cuando sacaba la Visa. Me convertí en un tío superpopular, que alternaba con modelos y cantantes y se follaba a quien quería con veintidós años. Me pillaba unas borracheras de impresión y al día siguiente marcaba tres goles. Me ponía lo que me daba la gana en vacaciones y, a la vuelta, seguía siendo un puto héroe. Me creía invencible. Todo el mundo me lo gritaba a diario, que era el mejor, un dios, y me lo creí —dice con amargura.

—¿Qué te hizo parar?

—Fichar por el Bayern de Múnich —dice sin dudar—. Cuando ganamos el mundial, me ficharon y, bueno..., conocí a alguien que me hizo centrarme. —Baja la mirada y sus cejas se unen, como si le doliera recordarlo—. Al final, volví a cagarla, como siempre. —Su voz se ha convertido en un susurro—. Hui a París cinco años después, a lo que conocía, a buscar refugio en un mundo artificial... He estado así hasta que vine a Madrid. Hasta que te encontré, Vega —murmura, visiblemente afectado.

—Yo voy a estar aquí siempre, Fran. A tu lado, créeme. —Le aprieta la mano con fuerza para que, además de oírlo, también lo sienta.

Me mira con ¿esperanza? ¿Ilusión? No sabría describirlo... Y, después, ahoga un sollozo.

—Te creo, *bella*.

13

LA GENTE GUAY

El viernes por la mañana estoy en la oficina, tomando mi descanso del café de las diez tan tranquila —por decir algo, porque en realidad estoy con los nervios de punta—, cuando suena mi móvil.

*Estoy embarcando para Ginebra.
Las horas no avanzan.
Te veo luego, baby.*

Me quedo con cara de lela mirando el teléfono y suspiro. Qué ñoña me estoy poniendo. A lo tonto llevamos casi dos meses así, que si un mensajito por aquí, que si te llamo para darte las buenas noches, que si te mando una foto con un beso... Sí, anoche me dio por ahí, ¿¡qué pasa!?

Perdón, son los nervios.

No quiero darle muchas vueltas, para no acojonarme, más que nada, pero ya me he reconocido a mí misma que John me gusta. Un poco más de la cuenta, tal vez... Y, aunque tengo claro que lo nuestro no llegará más allá de la cama, me asusta lo poco que sé de él. Así que esta noche tengo una misión —bueno, vale, dos, pero la otra ya está más que estudiada—: tengo que obtener información del hombre que no abandona mis pensamientos. Tengo que conocer a John Taylor, de una vez.

Nuestro vuelo sale a las cuatro. Manuel y yo (mal)comemos en el aeropuerto y deambulamos un rato por las tiendas *duty free* haciendo tiempo hasta el embarque. Compró tabaco, unos chicles y una revista de cotilleo y me acuerdo de mi madre. Pienso en llamarla para decirle que voy a coger ya el avión, pero me desanimo. Creo que en el fondo no le importa lo que ocurra en mi vida, así que ¿para qué molestarme?

Anuncian nuestro vuelo por megafonía y me dirijo a la puerta mientras escribo un mensajito para Sara, Leti y Drago; a ellos sí que siento que merece la pena hacerles parte de mi historia.

El vuelo resulta terrorífico. Nunca creí que se pudieran pillar tantas turbulencias juntas. Y el aterrizaje... Me he acordado de TODOS los difuntos del piloto. Me ha reventado los oídos con el descenso en picado. Además, estoy tan nerviosa que percibo las cosas como a cámara lenta, como si fuera metida dentro de un globo. Recojo el equipaje, paso por el control de policía y recorro media ciudad en taxi prácticamente como una zombi. Más vale que me ubique o lo de esta noche será una pena: no me voy ni a enterar.

Hago un esfuerzo por volver al ahora, mientras camino detrás de mi jefe por el *hall* del hotel. No puedo bloquearme en este preciso momento de mi vida. Cierro los ojos un instante y respiro.

Cuando llego al mostrador de recepción me siento un poco más segura. ¡Venga, mujer, que es solo una cita y ya te lo has tirado! Pero es que hace tanto tiempo que no tenía esta sensación de plenitud dentro de mí, esta alegría..., que tengo miedo. Mucho miedo. De que se me vaya la cabeza y me deje llevar. De empezar a ilusionarme con un hombre que está, claramente, fuera de mi liga.

Me despido de mi jefe en el rellano de nuestra planta. Él gira a la derecha y yo camino hacia la izquierda, apenas unos pasos.

La habitación es bastante cuca, con su baño completo, cama grande, tele grande, sofá grande y vistas a las montañas. Me gusta, pero, claro, si la comparo con la *suite* de John de Madrid, me parece

megacutre. En fin, habrá que ir a su hotel...

Deshago la maleta con cuidado, mi nueva ropa bien lo vale. Coloco encima de la colcha azulada el conjunto de lencería y el mono que voy a ponerme esta noche y me meto en el baño. El agua siempre es agua, aunque solo sea en una bañera.

A las nueve no estoy lista, ¡mierda! Me he liado intentando hacerme una trenza de raíz lateral, que había ensayado con un tutorial de YouTube anoche en casa, pero, claro, no había contado con el factor nervios y el resultado aquí ha sido un horror. Así que he perdido un montón de tiempo a lo tonto y ahora tengo los pelos como un jodido electroduende.

Le mando un mensaje para avisarle —de que voy a llegar tarde, no de que va a salir con una negada para la peluquería, eso no tiene por qué saberlo—.

*En diez minutos bajo, te lo prometo.
Siento la espera.*

Al momento recibo su respuesta.

*Te doy cinco y subo a por ti.
Y es posible que nos quedemos sin cena.*

¡Joder! Estoy por hacerme la trenza otra vez a ver si es verdad que sube..., pero, no. Acuérdate, Vega: primero tienes que saber más de él. A qué se dedica, dónde vive, qué música le gusta, y luego ya te lo follas tranquila.

Termino de peinarme lo mejor que puedo —habrá que conformarse con una coleta alta—, me repaso el rímel —con un kilo y medio en cada ojo no tenía suficiente—, cojo el bolso y el abrigo y salgo pitando hacia la recepción.

Nada más abrirse la puerta del ascensor le veo. Está justo enfrente. Solo a unos metros. Apoyado en una mesita, mirándome con esos ojos azules que consiguen que me palpite hasta el ombligo. Va vestido con un traje negro que huele a caro y una camisa blanca, sin corbata, con el primer botón desabrochado. Se ha cortado un poco el pelo y lo lleva peinado hacia un lado, aunque ha debido de manoseárselo mientras esperaba, porque está revuelto. Empiezo a salivar y trago.

John me tiende la mano sin separarse de la mesita y me acerco despacio, con la sonrisa estúpida que se ha instalado en mi cara.

—Hola.

—Hola. —Tira de mí hacia sus brazos, me sujeta por la cintura y me susurra al oído—: Estaba a punto de subir a por ti.

—Vaya, tenía que haber esperado un poquito más.

John sonrío con malicia, entornando los ojos, me agarra la cara y me besa como si no tuviera más remedio. Saborea mis labios sin prisa y conquista mi boca con su lengua, invadiéndome con su fresco sabor mientras gime de forma casi inaudible. Abre un poco las piernas y me coloca entre ellas. Sin dejar de besarme, baja las manos por mis costados, hasta mi trasero. Abre los dedos y lo abarca en toda su extensión, apretándome contra él. Noto su excitación clavándose en mi cadera y jadeo entre sus labios.

—Vamos a tu habitación. Ya cenaremos después... —murmura con voz ronca, pegado a mi boca.

—Me muero de hambre —acierto a decir.

Y no miento, que el bocadillo del aeropuerto me cabía en el hueco de una muela.

Recuperando la compostura, me alejo un poco, le sonrío y le tiendo la mano. John me mira con los ojos brillantes de deseo, suspira y dice un escueto:

—*Ok.*

Le doy un besito casto y rápido —sé que no es lo mejor para el dolor de huevos, pero de algo servirá—. Él coge mi mano, se endereza y me dedica una sonrisa un poco forzada.

Cruzamos el *hall* del hotel en silencio y empiezo a dudar de la eficacia de mi misión. También podía haberle preguntado después por su vida, ¿no? Ahora sé que me pasaré toda la cena pensando en el bulto de su pantalón clavado en mi cadera.

Un todoterreno negro con las lunas tintadas y un hombre enorme con uniforme oscuro nos esperan a la salida del hotel. En condiciones normales yo habría huido, gritando despavorida, para alejarme de los secuestradores/traficantes de órganos que vienen a raptarme. Pero consigo controlar mis instintos y me repito mentalmente que debo ser menos paleta y adaptarme. La gente guay viaja así, en tanque, con escolta y camuflados. Ellos sabrán por qué.

Nos acomodamos en el asiento trasero del vehículo, el olor a cuero y a madera nos arropa, y empezamos a movernos.

—¿Adónde vamos? —pregunto ilusionada.

—A un restaurante japonés que han abierto hace poco. Me han hablado muy bien de él.

Otro amante del *sushi*, del que empiezo a estar un poco hasta el moño..., pero, en fin, quejándome no voy a solucionar nada.

—¿Qué tal el vuelo? —me pregunta, supongo que por cortesía.

¿El vuelo? ¡Una mierda como un piano! Al piloto habría que fusilarle... No, no, por ahí no voy bien. Mejor comentarios positivos.

—Los he hecho mejores, pero han sido solo dos horas. —Le miro y me encojo de hombros—. ¿Y tú qué tal el día en Ginebra? ¿Te ha dado tiempo a ver algo?

—En realidad yo ya conocía la ciudad —dice casi disculpándose. Claro, ¡qué imbécil soy! La que apenas ha salido de su pueblo soy yo, no él—. Tengo una hermana viviendo aquí. —Me coge la mano y acaricia con el pulgar mis nudillos—. Nos vemos muy poco, así que he aprovechado el día para estar con ella y con los pequeños —murmura, y sus ojos se iluminan un instante.

—Les habrá encantado ver a su tío.

—Sí, son geniales. —Sonríe.

—¿Tienes más hermanos?

Vamos, Vega Fletcher, esta es la tuya.

— Sí, tengo muchos más hermanos. —Ladea la sonrisa.

—¿Muchos más?

Asiente con la cabeza.

—Éramos once.

—¡Once! —Alzo las cejas—. ¿En tu casa no había tele? —se me escapa sin querer, y me avergüenzo.

Él me mira con el ceño un poco fruncido —oh, mierda, mi bromita no ha caído bien— y de repente abre mucho los ojos y empieza a carcajearse, echando el cuerpo hacia atrás y tapándose la cara con la mano. Su risa es contagiosa, y yo también me carcajeo por lo bajo cuando el coche se detiene. John se quita la mano de la cara, la coloca en mi nuca y me acerca a su boca sin dejar de reír. Está para comérselo con esas arruguitas que se le han formado alrededor de sus ojos azules, mostrando abiertamente su dentadura perfecta y el pequeño hoyuelo que ha aparecido en su mejilla derecha... No me privo. ¡Qué coño! Le agarro por las solapas de la chaqueta y le doy un beso fuerte,

con la boca cerrada, sonoro. Un besazo que dice: «¡Pero qué guapo eres!».

Él profundiza el beso, muerde con delicadeza mi labio inferior y se separa unos centímetros.

—¿Cenamos?

—Vale.

—Vale —repite, y réimos como tontos los dos.

El restaurante es lo que esperaba: minimalismo asiático, poca luz y mucha niña mona, pero ninguna sola. El centro del local está dominado por una barra de *sushi* donde unos profesionales de la materia trastean con cuchillos y peces, dando un poco de espectáculo. Nos reciben enseguida y nos acompañan a una de las mesas del fondo, que están separadas por biombos. No sé yo si es buena idea estar tan aislados si lo que quiero es hablar con él, así que sujeto por el codo a John con discreción y le pregunto:

—¿Podemos sentarnos mejor allí? —Señalo hacia la barra.

Me mira extrañado un momento, pero se ve que su educación gana, porque asiente.

—Claro, adelante.

Nos acomodamos en unos taburetes muy modernos y giratorios, que molan un montón, y viene a atendernos un hombre asiático de mediana edad. John pide *sake* y el menú degustación para dos, en un perfecto francés, y, cuando el señor japo está a punto de retirarse, le indico, esmerándome en la pronunciación, que añade a la orden un poco de agua con gas.

—Hablas un francés francamente bueno —dice acariciándome el antebrazo, que reposa sobre la barra.

—¿Te sorprende?

—Un poco. Los españoles no tenéis fama de políglotas.

—Pues con fama o sin ella, yo hablo cinco idiomas, además de español —le aclaro.

—Vaya. —Alza las cejas—. Espero que uno de ellos sea el inglés.

—Sí, claro; de hecho, podemos cambiar de...

—No, está bien así. Me gusta oírte en tu lengua materna. Cuando uno traduce lo que piensa, se pierden muchos matices.

—Habrá que hablar en inglés entonces —le insinúo, y él ríe abiertamente.

—Puedes estar tranquila: yo tengo casi como lengua madre el español. Mi *nanny* era mexicana.

—Pues no te he notado el acento.

—Es que hablo un español muy correcto. Incluso disimulo el acento americano. —Se estira en el taburete.

—No siempre...

«Cuando te pones cachondo se te nota el deje, semental».

—Ah, ¿no?

Frunce el ceño, y un brillo juguetón asoma en sus ojos. Noto que empiezo a sonrojarme.

—Y tú, ¿cuántos idiomas hablas? —le pregunto.

—Unos... —murmura pensando— seis o siete, no sé... Pero algunos, nada bien. El portugués lo hablo regular y el árabe me cuesta mucho.

—Es que el portugués es muy distinto fonéticamente del inglés. Y el árabe nos es más fácil a los españoles que a los angloparlantes.

—¿Tú hablas árabe?

—Ya me gustaría, pero solo cursé algunas asignaturas en la facultad.

Nos traen los platos y la bebida. Todo tiene una pinta estupenda. Mis tripas se revuelven, locas de contentas, y cojo los palillos decidida. Voy a empezar atacando los *nigiri* de atún, que me están

llamando.

John sonrío y llena mi vaso con *sake* caliente. Me abstraigo en la fuerte mano que sujeta la botella y me deleito en recorrerla con detalle. Es grande, claro, acorde con el metro noventa que debe de medir él. Sus dedos son largos; su manicura, perfectamente cuidada, unas venas prominentes cubren el dorso... Pero lo que llama mi atención es la cantidad de pequeñas cicatrices que tiene en los nudillos. ¿De qué serán? Otra vez un mar de incógnitas colapsa mi cabeza, y me decido a empezar a despejarlas antes de que mi maquiavélica mente lo haga por su cuenta. Mi imaginación es peligrosísima, no tiene límites.

—Estoy pensando que todavía no sé a qué te dedicas exactamente...

«Que no sea banquero, por favor, por favor».

—¿Quieres la respuesta corta o la larga?

—Con la corta me vale. —No quiero parecer cotilla.

—Soy empresario —dice lacónicamente, y le da un trago a su *sake*.

—Vale, entonces quiero la larga.

John se ríe.

«Sí, venga, mucha risita, pero ¡desembucha!».

—Tengo una empresa que se encarga de la representación jurídica y la imagen pública de personalidades diversas.

—Vale, ahora la explicación para tontos, por favor. —No me he enterado de nada.

John se carcajea con ganas y suelta los palillos en el plato.

—Gestiono un grupo de profesionales de distintas áreas: abogados, periodistas, personal de seguridad... —hace un gesto con la mano como dando a entender que podría seguir media hora enumerando profesiones— que se ocupan de representar a políticos, miembros de cuerpos diplomáticos, jefes de Estado y de Gobierno, miembros de la realeza europea y de Oriente Medio...

—Claro, por eso viajas tanto; te pasas el día apagando fuegos —medito en voz alta.

John me mira fijamente un instante, creo que intentando entender la expresión, y asiente.

—Eso es, *baby*, exactamente a lo que me dedico. —Me sonrío, y me sirvo un poco de anguila y le sonrío también mientras pienso en su profesión. Banquero no es, por suerte, pero la gente para la que trabaja puede que no sean precisamente ejemplos morales...—. ¿Qué tal con tu jefe?

—Pues, básicamente, igual.

Se limpia la boca con la servilleta y la deja junto al plato.

—¿Sigue siendo idiota?

Asiento.

—Pero es muy listo cuando quiere y, además, uno de los que más repuestos para aviones vende, que es a lo que se dedica mi empresa. Y encima me ha traído a Ginebra. Por cierto —sonrío—, muchas gracias por venir hasta aquí para... quedar conmigo.

—No me diste más opciones.

—Hombre, podíamos no haber quedado.

—Esa no era una opción. —Hace un gesto al señor de cara amable que está en el otro extremo de la barra—. ¿Quieres algo de postre?

—No, gracias.

Estaba todo tan rico que he comido por encima de mis posibilidades.

—Pago y nos vamos, ¿vale?

—Vale.

Sonrientes y de la mano —ojo, de la mano— salimos del restaurante. Al sentarme en el coche,

empiezo a arrepentirme de haberme terminado la anguila. Me siento pesada y un poco somnolienta. Uno de los *espressos* de Francesco me vendría de perlas.

—¿Vamos a mi hotel? —me pregunta John después de sentarse a mi lado.

Asiento y noto cómo el cuero de los asientos empieza a atraparme. Le escucho decirle al chófer que vamos al Hotel D'Anglaterra y luego empieza a contarme algo sobre no sé qué festividad, que se celebra en la ciudad en primavera, pero yo lo único que consigo es seguir asintiendo y luchar por mantener mis párpados abiertos.

14

CREYENTE

Huele a café.

Noto cómo el delicioso aroma invade mis fosas nasales, estiro los brazos por encima de la cabeza y abro los ojos. Todo está oscuro. Muy oscuro. Me siento en la cama, confundida. Intento que mis neuronas se espabilen agitando la cabeza. ¿Dónde estoy?

Una explosión de imágenes sacude mi mente: el vuelo, Ginebra, mi hotel, John, la cena, el coche...

¡Mierda!

¿Dónde está John?

Enciendo la lamparita que encuentro en la mesilla y miro bajo la sábana de hilo gris. El conjunto de Agent Provocateur sigue en su sitio, pero nada más. La cama está bastante revuelta, demasiado para haber dormido sola. Huelo la funda de la almohada y el aroma de John todavía está presente. ¡Remierda! He dormido con él y me lo he perdido.

Inspecciono la habitación en busca de mi ropa y la encuentro en el respaldo de un butacón blanco. Me levanto de la cama, estudiando la estancia. Las paredes son marrón chocolate, hay varios cuadros abstractos, un secreter y dos butacones, el que sostiene mi ropa y otro gemelo que hace lo propio con la de John. Cojo el mono que llevaba anoche y, al ir a ponérmelo, me doy cuenta de que va a parecer que quiero irme si salgo tan vestida de la habitación, así que vuelvo a colocarlo donde estaba y busco el cuarto de baño.

Tras desmaquillarme y hacer mis cositas, me pongo un albornoz blanco, doblo las mangas hasta que mis manos aparecen y respiro hondo. Allá voy.

Abro la puerta —de lo que espero que sea un salón— y una luz intensamente cálida me ciega. Con los ojos entreabiertos solo puedo divisar un sofá estampado, una televisión plana gigante y un tío guapísimo sentado a la mesa ante un succulento desayuno, con un iPhone en la mano.

—Buenos días.

—Buenos días —murmuro avergonzada por ser una marmota.

—¿Un café? —me pregunta abandonando el teléfono junto a su taza.

—Sí, por favor.

Me hace un gesto con la mano para que me siente en una silla a su lado y me sirve un café. Doy unos pocos pasos, descalza, sobre la mullida moqueta y me siento.

—¿Leche?

—No, gracias.

Le sonrío con timidez, me pasa la taza, le pongo un poco de azúcar y le doy un trago. Mmm, sabe tan bien como huele. Y esos bollitos tienen una pinta estupenda...

—¿Has dormido bien? —me pregunta acercándose el plato que estaba mirando.

—Sí, gracias, y ¿tú?

Menuda conversación de besugos, pero es que ¿cómo se dice finamente «siento haberme dormido en tu coche como una ceporra y haber jodido la noche»?

—Yo también he dormido bien, aunque he recibido alguna patada. —Disimula una sonrisa.

¡Mierda! Vega Piernas Inquietas volvió anoche. Le dejo sin polvo y luego le pego. Soy una joyita,

está claro.

—Lo siento —susurro.

—No te disculpes: los cardenales desaparecerán antes o después —bromea.

Qué mono es. Después de todo, y aquí está, buscando mi sonrisa y sirviéndome el desayuno. Podría acostumbrarme..., y eso no es bueno. Nada bueno.

—John, respecto a lo de anoche, siento mucho...

—Shhhh. —Pone su dedo índice sobre mis labios—. No quiero oír ni una disculpa más. No hacen falta. —Me acaricia el labio inferior.

Beso su dedo por instinto, y, en ese mismo momento, veo cómo sus pupilas se dilatan. Mi pulso se acelera. Nuestras respiraciones se entrecortan. Juraría que los dos somos conscientes de lo que el contacto nos provoca. También juraría que voy a tener el mejor desayuno de mi vida...

John desliza su dedo índice por la comisura de mi boca y baja por mi barbilla y por mi cuello. Despacio, muy despacio. Prolonga su leve caricia hasta mi escote, entre mis pechos. Se muerde el labio inferior cuando su dedo se hunde entre ellos y me mira. Yo jadeo. Deshace el nudo de mi albornoz con sus hábiles dedos y lo abre hasta dejar una gran franja de piel desnuda. Su mirada se clava en mis pechos. Mis pezones se endurecen debajo del fino encaje del sujetador. Él inspira profundamente.

Su dedo regresa al centro de mis pechos y desciende sin prisa hasta mi ombligo. Espira pausadamente y acerca su cabeza hacia mi vientre. Me contraigo, no respiro.

Noto su lengua tomar el testigo de su dedo y deslizarse desde mi ombligo, tortuosamente lenta, hacia mi pubis. Al llegar al borde de la braguita dibuja una curva por mi cadera, mete su cabeza entre mis piernas y lame la parte interior de mi muslo. Suelto el aire que capturaba en mis pulmones de golpe emitiendo un sonoro gemido. Sonríe contra mi piel cuando tiemblo.

Me agarra de las caderas con firmeza y me recoloca a su antojo en la silla; acerca su nariz a mi sexo y lo huele. Me desmadejo. Él ronronea, casi gruñe. Me besa el pubis por encima del encaje negro, me mira a los ojos y se deshace de mi ropa interior mientras me dice:

—Llevo tantos días queriendo hacerte esto... ¿Te apetece?

Asiento sin dudarle y él sonríe. Dirige su mirada hacia mi sexo y traga saliva. Veo claramente cómo su nuez viaja arriba y abajo en su garganta. Me toca con las yemas de los dedos, despacio, separa mis labios y hunde su boca entre ellos.

Su boca es... es... es... el cielo.

Empieza a lamerme, sin prisa, casi degustándome. Roza con la punta de la lengua mi clítoris y un espasmo involuntario me recorre el vientre.

—Eres tan receptiva... *Feel it*. Quiero que lo sientas todo, *baby*. Todo.

Continúa torturándome con su lengua, dando pequeños lametones en mi centro de placer, y me introduce un dedo, lo que me arranca un largo gemido.

—Eso es... Suéltate.

Vuelve a hundir su boca en mi sexo y añade un segundo dedo. Su lengua empieza a ejercer más presión sobre mi clítoris y el ritmo de su mano se intensifica.

Mi cuerpo responde dilatándose y lubricando, pero mi mente está bloqueada. Es tal la cantidad de sensaciones, algunas completamente desconocidas, que soy incapaz de procesarlas. Solo puedo sentir. Es como cuando estoy debajo del agua. Me meto en mi burbuja y me centro en la calidez de su boca, en el olor a sexo, en la electricidad que se forma en mis entrañas y se va expandiendo por todo mi cuerpo. Me relajo, deslizo las manos hasta mis pechos y los aprieto. Los siento plenos y sensibles aun debajo del sujetador. Gimo. John levanta su mirada hacia mi cara y sonríe.

—*Fuck*. Sí, tócate... Tócate, Vega.

Y vuelve a enterrarse entre mis piernas, haciéndome perder la razón con su boca celestial. Bajo una de las manos hasta su cabeza y se la sujeto mientras empujo hacia arriba con las caderas. John recibe a la perfección el mensaje y succiona con insistencia mi clítoris y me masturba más rápido, más fuerte. Estoy llegando. Estoy a punto. Empiezo a despegar cuando noto cómo gruñe contra mi sexo. Abro los ojos y le descubro mirándome con lujuria, con ansia, y esa mirada es justo lo que detona mi éxtasis.

Grito, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados con fuerza. Grito para sacar de mi interior la bola de energía que está saturando mis sistemas. Grito para liberarme. Y lo consigo a través de un brutal orgasmo que me sacude entera y me deja fuera de combate unos segundos.

Poco a poco voy recuperando los sentidos, volviendo a la Tierra, y abro los ojos.

John sigue besándome, alimentándose de hasta la última gota de placer que sale de mi cuerpo. Destenso los dedos que se aferran al pelo de su nuca y le acaricio. Levanta la cabeza y, sonriendo, avanza por mi cuerpo dejando un camino de besos a través de mi vientre y de mi pecho que culmina en mi boca.

Me dan ganas de darle las gracias, lo prometo, pero por fortuna entro en razón y solo le digo:

—Ha sido increíble, John.

—*My pleasure*.

Se pone de pie y me tiende la mano. Está para comérselo, con su pelo castaño revuelto, una camiseta negra de algodón y unos pantalones del mismo color que no pueden ocultar su excitación. Su mirada me atraviesa, cargada de promesas obscenas, y siento cómo mis entrañas vuelven a contraerse. No me sacio de este hombre, es asombroso.

Le doy la mano y tira de mí hasta pegarme a su cuerpo. Inspiro profundamente sobre su pecho y me abrazo a su cintura. Su intenso aroma me invade y consigue que me relaje. John desliza su mano arriba y abajo por mi espalda y besa mi pelo.

Me estoy poniendo tontorrón, y eso no formaba parte del plan. Me arengo mentalmente para romper el rollo cursi y le propongo:

—¿Nos damos una ducha?

—Vale —dice con voz aguda, en una pésima imitación de mi persona.

Le pego un pequeño puñetazo en el pecho, al que él responde con un sonoro azote en el culo. Me carga sobre su hombro y cruza el salón en dirección al baño.

—¡Bájame! ¡Puedo andar, ¿sabes?! —le grito entre risas.

—Anoche no ponías tantas pegas cuando crucé medio hotel contigo en brazos. —Me suelta sobre la encimera del lavabo.

Siento cómo toda la sangre se concentra en mi cara y en mis orejas y bajo la mirada. John me agarra del mentón y me levanta la cabeza hasta ponerla a la altura de la suya, me acaricia la mejilla y sonrío con ternura.

—Estabas tan bonita... ¿Cómo iba a despertarte?

Se me forma tal nudo en la garganta al oírle que me bajo del lavabo huyendo de su caricia. Estoy preparada mentalmente para muchas cosas, pero no para que el sentimentalismo aparezca de la mano de John. Eso no formaba parte del plan. No sé cómo manejarlo. Será mejor que obvie el comentario y me centre en devolverle el favor que me ha hecho en el comedor.

John se acerca a la ducha doble que hay en la pared de enfrente y manipula los mandos hasta que el agua comienza a invadir el espacio. Me tiende la mano, en un gesto que empieza a ser muy familiar, y yo la acepto encantada. Agua y John: no se me ocurre mejor combinación.

La ducha es espléndida; las paredes son de mármol blanco y el suelo es de madera oscura laminada. Dos grandes alcahofas cuadradas dominan el techo. Al fondo hay estantes con cantidad de artículos de aseo y toallas.

Me coloco desnuda debajo de uno de los chorros y me concentro con la sensación que provoca el agua sobre mi piel. Está templada, incluso un poco fría para mi gusto, pero esa temperatura ayuda a que mis terminaciones nerviosas se aviven, mi piel se tense y la neblina de mi mente comience a dispersarse. Mientras tanto John se enjabona a mi lado, abstraído en sus pensamientos. Le observo deslizar las manos por sus fuertes muslos, por su perfecto abdomen, por su espectacular pecho y sus definidos brazos, frotando mecánicamente cada músculo y rincón de su cuerpo. Su expresión no dice nada, su mirada está perdida en algún punto del suelo de madera; sigue siendo tan azul y preciosa como siempre, pero ahora está vacía. No hay ningún brillo especial, ninguna arruga adorna sus ojos, ni asoma su bonito hoyuelo. Su boca es una dura línea, no la delicia hecha carne que suele ser. Se nota que está lejos, y yo le quiero de vuelta.

—¿Te ayudo con la espalda? —le pregunto.

John levanta la mirada hacia mí, me atraviesa con ella, y poco a poco su rictus cambia. Sus ojos se dulcifican, pero aparece una sonrisa diabólica en su boca.

—Mejor me ayudas con otra cosa.

El agua cae resbalando por todo su espléndido cuerpo. John posa su mano derecha encima de su trabajado pectoral y la desciende sin prisa hasta sus abdominales.

Si tuviera bragas, se me habrían caído.

Sigue deslizando la mano por su cuerpo torneado hasta que llega a su miembro, lo agarra con firmeza y empieza a masturbarse sin dejar de mirarme. Me acerco, hechizada por el erotismo de sus movimientos, y me arrodillo ante él. Físicamente, metafóricamente, espiritualmente y todos los «mentes» imaginables. Ahora creo en dios, y se llama John Taylor.

Miro hacia arriba, ofreciéndome, más que dispuesta a recibir en mi boca su gloriosa erección, y él me pide:

—Abre la boca.

Ni un nanosegundo tardo en hacerle caso. Me sonrío y desliza su miembro por mis labios, impregnándolos de su sabor. Me relamo y gimo. Esta sensación también es nueva. Nunca había apreciado en exceso el sexo oral, ni darlo ni siquiera recibirlo, pero con John se trata casi de una necesidad. Quiero degustarle, saborearle y, por supuesto, darle tanto placer que grite mi nombre hasta pasado mañana. Abro un poco la boca y me introduzco su glánde despacio, presionando con los labios. Noto un pequeño espasmo, y una minúscula gotita cae sobre mi lengua.

—*Yes* —sisea, mientras suelta su miembro y me coloca una mano en la parte posterior de la cabeza.

Me crezco ante su reacción y abro más la boca. La meto dentro de mi boca todo lo que puedo y empiezo a mover la cabeza hacia adelante y hacia atrás, despacio, recorriendo toda su extensión. Vuelvo a notar un palpito y abro los ojos. John me mira con lascivia, y agarra con más fuerza mi cabeza.

—Lo haces jodidamente bien, *baby*. Sigue, *please*, justo así.

Aumento el ritmo. Succiono con más intensidad, con más profundidad. La boca se me llena de saliva. Lamo su glánde. Cuando John echa la cabeza para atrás y jadea de la forma más erótica que he oído nunca, me la meto de golpe hasta el fondo de la garganta.

—*Fuck* —gruñe, y me agarra con las dos manos la cabeza, lo que me inmoviliza unos segundos.

Me sorprende.

Me ahogo.

Me asusto.

Me encanta.

Tira de mí hacia arriba y comienza a besarme frenéticamente. Invade mi boca con su lengua y muerde mis labios mientras sus manos bajan por mis costillas y mis caderas hasta mis nalgas; las amasa y aprieta con fiereza.

—Me vuelve loco tu culo.

Me da un azote que me pone como una moto. En un hábil movimiento me agarra por debajo de los muslos y me coloca alrededor de su cintura, sosteniéndome a pulso con los brazos. Me aferro a sus inmensos hombros y me muevo buscando algo de fricción. Acabo de correrme, pero con este hombre eso no cuenta. Quiero más. Necesito más.

—*Baby*... —murmura mientras muerde mi cuello—, aquí no tenemos condones.

Mierda. ¿Y ahora qué? ¿Uso el sentido común y cortamos el rollo buscando un puto preservativo? ¿O me sincero con lo de la píldora, me lo tiro a pelo y mando al carajo los principios del sexo seguro? ¿Adivináis?

—Tomo la píldora... ¿Puedo fiarme? —pregunto en un susurro, buscando sus ojos.

Me mira con seriedad, asiente y dice un escueto «*Clean*». Y yo le creo. ¿Por qué? Porque estoy loca por follármelo, seguramente, pero le creo, al fin y al cabo, así que le pido:

—*Fuck me, John. Fuck me hard.*

Él gruñe con satisfacción y agarra su miembro. Lo coloca en la entrada de mi sexo y de un solo empujón lo hunde hasta el fondo, muy al fondo, al igual que la primera vez. La marca de la casa. Jadeo, agradecida de tenerle dentro, y me abrazo a su cuello.

—*Hard enough?* —pregunta con voz ronca—. ¿O quieres más? —Sale despacio y repite la embestida. Profunda. Ligeramente dolorosa. Potente. Gimo con la boca pegada a su hombro—. Contéstame, Vega. —Se abre paso de nuevo con su firme erección, cada vez más fuerte, más adentro—. ¿Quieres más?

—Más —logro pedir, incapaz de centrarme en otra cosa que no sea en nuestros sexos en contacto directo.

—*Great.*

Avanza un par de pasos y mi espalda toca la fría pared de mármol. La sensación es deliciosa. Estoy entre dos bloques duros: uno frío que me mantiene alerta y otro cálido, de boca sucia, que me hace abandonarme.

Las embestidas empiezan a ser cada vez más rápidas, más duras. Me clava los dedos en las caderas y gruñe palabras incomprensibles en inglés enterrado en mi cuello. Trato de ahogar mis gritos contra su hombro y lo muerdo con desesperación. Estoy en el límite, la sensación es insoportable, no puedo atraparla en mi cuerpo y... ¡estalla! Siento un par de embestidas más y John también detona, con un grito animal, primitivo, que me lanza de nuevo a las alturas y me conecta con su placer más allá de los niveles de la consciencia.

Nos deslizamos por la pared hasta el suelo de la ducha. John me lleva hasta su pecho y me abraza. Y yo estoy en algún lugar que se parece mucho a este, pero donde los efectos de la gravedad no se sienten, porque sigo flotando.

—Eso ha sido... —dice John, y exhala una gran bocanada de aire—. *So intense, baby.*

—Mmmm —contesto, incapaz de articular palabra alguna.

Noto cómo su pecho se mueve arriba y abajo. Debe de haberle hecho gracia...

—¿Te vas a volver a dormir?

—Mmmm.

Ahora son mis oídos los que captan su risa. ¡Su risa! El mejor de los sonidos.

15

ME AND BOBBY MCGEE

Es más de mediodía cuando por fin abandonamos el cuarto de baño, limpios y satisfechos, pero muertos de hambre. Yo me habría conformado con el fabuloso servicio de habitaciones del hotel, pero John ha insistido en comer fuera y enseñarme un poco la ciudad antes de que salga su vuelo esta tarde.

Confieso que me decepciona un pelín que no quiera secuestrarme en la *suite* y seguir follándome hasta perder el sentido, pero, en el fondo, confieso que me ha gustado que no quiera centrarse solo en el sexo y plantee continuar disfrutando de nuestra mutua compañía en un ambiente más público. El único problema reside en que no sé muy bien cómo encajarlo dentro de la aventura pasional que esperaba que esto fuera. ¿Cuánto voy a tardar en rayarme? Pronto lo sabremos...

Pasamos por mi hotel antes de comer para que pueda cambiarme de ropa y respiro aliviada cuando John se disculpa por no acompañarme a la habitación porque tiene que hacer unas llamadas. Digamos que necesito cubrir unas necesidades básicas que prefiero solucionar en privado.

Nota: Si algún hombre lee este libro, que se prepare para la siguiente revelación. Nosotras también hacemos caca. ¿Cómo os quedáis?

Me visto lo más rápido que puedo y nos vamos a comer a un restaurante típico suizo con unas vistas espectaculares del lago Lemán. El sitio parece de cuento, todo revestido de madera, con los techos inclinados repletos de vigas, las mesas cubiertas con manteles de cuadros rojos y blancos... Vamos, que si el abuelo de Heidi apareciera por la puerta con Niebla, no me extrañaría ni un poquito.

John me indica que me siente en una de las mesas y se acerca a la barra, de donde sale una mujer rubia, bajita, entrada en años, que le abraza efusivamente en cuanto le ve. Charlan animadamente un rato, con miraditas en mi dirección incluidas, y al poco John se reúne conmigo, que trato de disimular leyendo la carta. Se quita la cazadora de cuero y se sienta en la silla que hay justo enfrente.

—No te preocupes, ya he pedido —me dice sonriendo, y me quita la carta de las manos. Ya estamos...

—¿Y no te has parado a pensar que puedo tener una alergia alimentaria que me impida disfrutar de tu elección? —le pregunto, sonriendo también. Estoy un poco molesta, pero no puedo evitar sonreírle a una cara tan bonita.

—Mmm, pues no —dice como pensándolo—. ¿Tienes alguna alergia alimentaria de la que deberías informarme?

—Mmm, pues no —repito, un poco repipi.

John suelta una carcajada, niega con la cabeza y me pregunta:

—¿Puedo confesarte algo?

—Claro.

—Me gusta mucho que no quieras que los demás decidan por ti, pero no lo he hecho para imponer mi criterio; solo esperaba sorprenderte. Creo que empiezo a saber lo que te gusta... —Sonríe de medio lado—. Confía en mí: lo que he pedido te encantará.

Estira su brazo izquierdo por encima de la mesa, y un precioso reloj con la correa de acero y la esfera negra asoma bajo el puño de su jersey. John atrapa mi mano y comienza a acariciarla. Mis ojos

vuelan hasta las pequeñas marcas de sus nudillos.

—Estas cicatrices... —murmuro, acariciándolas—. ¿Cómo te las has hecho?

—*Boxing*. —Frunzo el ceño y me aclara—. Boxeo a puños descubiertos.

—¿En plan *El club de la lucha*?

John sonrío y entrelaza nuestros dedos.

—No es tan bestia, pero sí, algo así.

—Pero en la cara no tienes cicatrices...

—No suelo desconcentrarme tanto como para permitir que me toquen la cara.

—Vaya, eres un tipo duro, ¿eh? —bromeo.

—¿Lo dudabas? —pregunta, y, aunque no lo demuestra, intuyo algo de ego herido en sus palabras.

Me quedo sin respuesta. Parece un tipo duro, pero conmigo se muestra tan amable...

Un camarero cargado con un hornillo y una cazuelita humeante nos interrumpe y nos prepara en un santiamén todo un banquete.

—Mmm, qué rica; me recuerda a la de la Fondue de Tell —digo al cabo de un rato, paladeando la deliciosa *fondue bourguignonne*. Que es mi preferida, por cierto. Si cuando yo os digo que este hombre es un genio...

—Conozco el restaurante, es muy bueno —asiente, sirviéndome un poco más de Pinot Noir.

—¿Pasas mucho tiempo en Madrid?

—No tanto como quisiera. Hay poco trabajo en España, aunque siempre me alojo allí cuando tengo que viajar por Europa. No es lo más cómodo, pero volver a Madrid es como volver a casa. Adoro esa ciudad.

—Yo también. Aunque a veces la odio. Pero es tan especial...

—Sí que lo es. ¿Es ese el motivo por el que te mudaste allí? —pregunta, interesado.

Un momento.

Yo no le he dicho que soy de Soria, estoy segura.

—¿Me has buscado en Facebook?

Me dedica una sonrisa encantadora.

—¿Y tú a mí?

—No, pero debería. Apenas sé nada de ti.

—Pregunta lo que quieras.

Suelto lo primero que se me ocurre.

—¿Dónde naciste?

—En Baton Rouge, Luisiana.

Al oír el nombre de su ciudad, de golpe se cuela en mi cabeza la desgarradora voz de Janis Joplin cantando *Me and Bobby McGee*.

«*Busted flat in Baton Rouge, waitin' for a train.*

And it's feelin' near as faded as my jeans...».

—¿Qué te hace sonreír de esa manera? —pregunta John estudiando mi cara.

—Nada, solo recordaba una canción de Janis Joplin.

—*Me and Bobby McGee*?

Asiento con la cabeza.

—Me encanta esa canción, aunque espero que nosotros tengamos un final mejor —bromea.

—No es un mal final, solo fue... que no pudieron estar juntos —pienso en voz alta. Y como no

quiero ser agorera, cambio de tercio y le pido—: Háblame de Baton Rouge. Cuéntame cómo es el Sur.

John deja los cubiertos sobre el plato y bebe un poco de vino. Sus ojos están fijos en mí, pero su mirada empieza a abandonarme. Parece como si intentara rescatar algún recuerdo lejano y tuviera que esforzarse para hacerlo. Poco a poco sus ojos se aclaran, volviéndose aún más azules, y, a media voz, me cuenta:

—El Sur es cálido y húmedo. Los días son largos y luminosos y las noches son casi mágicas. Recuerdo el sonido de las campanas de la iglesia y el de los ventiladores que había en el techo de mi cuarto. Y los ecos de la música y las risas que se colaban por la ventana de madrugada. —Cierra los ojos y sonrío con melancolía—. El Sur huele a tabaco..., a campos de arroz. Sabe a pastel de cangrejo y a budín de pan criollo. Es tradición, rancia, y música góspel... —Vuelve a mirarme y se encoge de hombros—. Siento no explicarme con más claridad.

—No, no, te has explicado genial. —Le sonrío, embelesada con la descripción de su tierra—. Parecen recuerdos muy lejanos...

—Lo son —afirma—. Me fui con trece años y no he vuelto jamás.

Y lo dice tan tajante, tan serio, que no me atrevo a preguntar a dónde fue o por qué no regresó.

—¿Lo echas de menos?

—A veces sí, pero es absurdo —dice reprobándose a sí mismo—. Es como echar de menos la infancia: puedes hacerlo, pero sabes que es inútil porque nunca va a volver. Para mí el Sur es eso, algo que no volverá, la inocencia, las ganas de descubrir lo que el mundo puede ofrecerte...

—Hablas como si estuvieras de vuelta de todo.

—Es que lo estoy, Vega —dice con una mirada gélida.

¡Vaya! ¿Qué intenta? ¿Asustarme? ¿Advertirme?

Respiro hondo, medito un momento bajo su gélida mirada y mi verborrea nerviosa hace acto de presencia:

—¿Pues sabes qué te digo? Que es posible que al final todo sea cuestión de perspectiva. —John frunce el ceño, y me obligo a explicarme—. Me refiero a que, si te empeñas en pensar que ahí fuera no hay nada para ti, efectivamente, no encontrarás nada. Pero si permites que la vida te sorprenda, solo es cuestión de tiempo que lo haga.

Me encojo de hombros y me meto un trozo de pan en la boca. Para callarme, más que nada. John me mira con atención durante unos segundos y sus ojos se iluminan.

—Lo cierto es que últimamente la vida me ha sorprendido. Mucho. —Sonrío y me coge de nuevo la mano por encima de la mesa. Fija la mirada en mis ojos y baja el tono de voz—. Lo que siento cuando estoy contigo es especial. Hace mucho que no me encontraba tan a gusto con alguien.

Me tenso de los pies a la cabeza al oír sus palabras. El oxígeno deja de llegar a mis pulmones, me siento mareada, el estómago se me retuerce, la *fondue* intenta abandonar mi cuerpo, las sienes me laten, los ojos me escuecen... Todo mi cuerpo se rebela ante su afirmación.

Esto no entraba en los planes. Definitivamente, esto no entraba en ninguno de los supuestos que tenía controlados. Me he dedicado a mantener a raya mis emociones, pero no he contado en ningún momento con que John también tuviera las suyas. Y el hecho de que John pueda sentir algo por mí... me aterra. Cuanto más le conozco, más interesante me parece, y yo..., en fin..., soy solo yo. Esa personita que va de casa a la oficina y nada de vez en cuando, ¿os acordáis? He querido creer que podía lanzarme, que solo me hacía falta la oportunidad para cambiar mi vida, pero ahora me doy cuenta de que también me hace falta el valor suficiente para pasar de la creencia al hecho.

El ambiente se enrarece. Supongo que John está esperando a que diga algo, pero estoy bloqueada.

Mi peor pesadilla, materializada. Al final, me vuelvo a boicotear a mí misma. Suspiro e intento controlar la angustia que se va apoderando de mi cuerpo. John frunce el ceño y suelta mi mano. Unos densos segundos discurren y finalmente toma aire y murmura:

—Voy a pagar a la barra, ¿me esperas fuera?

Asiento con la cabeza y salgo del restaurante por la puerta más cercana. El aire frío de Ginebra me golpea devolviéndome un poco a la realidad. Me cierro el abrigo con rapidez y busco el tabaco en el bolso. No sé si le hará gracia que fume, pero ya, de perdidos al río. Necesito que la nicotina ahogue la angustia.

Tres caladas más tarde John aparece por la puerta, poniéndose la chaqueta de cuero. De inmediato clava la mirada en mi mano.

—¿Me das uno?

—Claro —contesto, sorprendida. No esperaba que él fumase. Este vicio es para gente débil, como yo.

Saco un cigarrillo, lo enciendo y se lo ofrezco. John me sonríe como agradecimiento y le da una calada profunda.

—Mmm, ya casi ni me acordaba de lo bien que sabe —dice cerrando los ojos.

—Si llego a saber que lo habías dejado, no te lo habría dado —susurro.

—¿Te preocupas por mi salud? —me pregunta con ironía.

—Por supuesto —respondo sin pararme a pensarlo.

Se acerca hasta mí y empezamos a caminar, sin rumbo, por las orillas del lago Lemán. Seguimos hablando, de trivialidades más que nada, intentando llenar el silencio con palabras vacías de significado. Se nota que falta la química que ha estado presente entre nosotros, y sé que es por mi culpa. No estoy. Me he quedado clavada en «Hace mucho que no me encontraba tan a gusto con alguien» y no salgo de ahí ni a rastras.

No sabría decirlos el tiempo que llevamos caminando, ni por dónde lo hemos hecho, cuando aparecemos en una calle un poco más concurrida y reconozco su coche.

—Mi vuelo sale en dos horas. Tengo que irme.

Descubro horrorizada que siento alivio al oírle. Sé que me voy a estar dando bofetadas por esta tarde el resto de mi vida, pero, ahora mismo, solo pienso en estar sola. Necesito estar sola.

El trayecto en coche resulta incómodo. Me agobia tenerle tan cerca. Me supera el roce de su hombro contra el mío. Me angustia el silencio que no vamos a llenar. Por suerte, no tardamos mucho en llegar a mi hotel, y prometo que tengo que frenar el impulso de salir corriendo en cuanto el coche se detiene.

—Vega —susurra cogiéndome la mano—. Si lo que te he dicho en el restaurante ha sido demasiado...

—Olvidalo, John. Es mejor así, créeme.

Me suelto de su mano, le beso en la mejilla con rapidez y salgo del coche con un nudo enorme en la garganta. Avanzo como puedo por el *hall*, llamo al ascensor y, justo cuando las puertas se cierran, las de mis lágrimas se abren y en el cubículo con el peor hilo musical del mundo rompo a llorar. Llora con dolor y amargura. Con rabia e impotencia. Llora porque no tengo remedio. ¿Por qué coño seré tan cobarde?

16

MEA CULPA

Decir que me siento mal es poco. Muy poco. Poquísimo.

Para ponerlos en contexto os contaré que son las diez de la noche. Lo que significa que llevo más de cinco horas llorando a moco tendido. También me he bebido todo el contenido del minibar. T-o-d-o. Lo bueno es que mañana no trabajo; así podré seguir regodeándome en la autocompasión un poco más. ¡Qué gran día me espera!

Tengo unas cuantas llamadas perdidas de Drago y Sara, pero no puedo hablar con ellos. Bueno, ni con ellos ni con nadie, porque he intentado pedir más bebida al servicio de habitaciones y ni siquiera me han entendido. También tengo un mensaje de John.

De vuelta en casa.

Tienes razón, Madrid es especial.

Cuidate.

Es una despedida en toda regla, ¿verdad? Pero ¿qué esperaba? ¿Quién quiere aguantar a una perdedora que se acojona a la primera de cambio? Dos frases, dos malditas frases, y me he venido abajo. Soy lo peor.

Me revuelvo en la cama y busco entre la colcha azul el mando a distancia, apartando varias botellitas vacías que terminan cayendo al suelo. Hago *zapping* cerrando un ojo y me encuentro con una reposición de *Downton Abbey*. Si con esto no me duermo, no sé con qué.

Suena un teléfono. El tono no me resulta familiar. No debe de ser el mío.

Un momento.

¿Si no es el mío...?

Me despierto como Nosferatu en su ataúd y miro de un lado a otro por la habitación buscando la fuente del sonido. La mesilla. Es el teléfono del hotel.

¡Joder! Menudo despertar. Y qué dolor de cabeza más malo, por dios.

—Diga —contesto con voz ronca.

—*Mademoiselle Rodríguez?*

—*Oui, c'est moi.*

—*Monsieur Drago veut parler à vous, je lui passe.*

¿Cómo que el señor Drago quiere hablar conmigo? Y ¿por qué me llama al hotel?

—¿Vega?

—Sí.

—¿Estás bien?

Bueno, con la peor resaca de mi vida y emocionalmente destruida, pero bien, sí.

—Claro. Solo dormía...

—¿Y no eres capaz de mandar un puto mensaje para decir que estás en tu habitación sana y salva?

¡Joder! Que no sabía nada de ti desde que embarcaste el viernes en Madrid.

—A ver, Francesco. —Me sujeto el puente de la nariz—. No quiero ser borde contigo, pero con

una madre ya tengo bastante. No acostumbro a dar explicaciones sobre lo que hago y lo que dejo de hacer, soy mayorcita y sé cuidarme sola, ¿de acuerdo?

—Vega, ¿con quién coño te crees que estás hablando? Me preocupo por ti y me lo agradeces así. Sé que no estás bien, puedo sentirlo hasta por teléfono, pero yo no soy tu puto *sparring*. Cuando recuperes la sensatez, me llamas. —Y cuelga.

Las lágrimas vuelven a agolparse en mis ojos, pero no dejo que salgan. Aprieto las palmas de las manos sobre mi cara con fuerza. No, no. ¡No! No voy a llorar más. Ni por John, ni por Drago ni por ningún otro tío. Los hombres no dan más que problemas. Con lo tranquila que estaba yo antes de conocerlos... «Y amargada», me dice una vocecita dentro de mi cabeza. Si pudiera, la estrangularía. Una ducha y un café es todo lo que necesito.

Salgo del baño aseada y un poco más tranquila y llamo a Sara. Ella seguro que me entiende.

—Bueno, bueno, bueno, ya está bien, ¿no? Espero que hayas estado follando salvajemente y por eso no has podido llamarme...

—No empieces tú también, Sara —digo con voz derrotada.

—Cari, ¿qué pasa? —No puedo evitarlo; siento el cariño con el que me lo pregunta y comienzo a llorar otra vez—. ¡¡Me cagüen la estampa del americano!! ¡¿Qué te ha hecho?! ¡¡¿Eh?!!

—Él no ha hecho nada, Sara —digo entre sollozos—. He sido yo.

Se hace el silencio. Sara sabe perfectamente que tenemos entre manos mierda de la buena.

—Ay, cari..., ¿quieres hablar?

—Vale —susurro.

—Cuéntamelo todo, anda.

Me desahogo durante más de media hora con Sara —no hay mejor terapia en el mundo—, y cuando termino, emite su veredicto:

—Bueno, cari, no es para tanto. Al final solo es un hombre. Los hay a patadas.

Relativismo puro y duro. Esa es Sara. Ella sabe que esa parte de mí que se autoboicotea me está jodiendo la vida. El problema está identificado, clasificado y listo para ser eliminado, pero si yo no lo resuelvo, no sirve de nada darle vueltas. He tenido la ocasión y no la he aprovechado. Eso es todo.

Ni más ni menos.

—¿Qué harías tú? —le pregunto.

—¿Yo? Centrarme en el trabajo, cari. Olvídate de todo excepto de tu reunión de mañana y de que te quiero con locura, ¿vale?

—Vale. —Suspiro—. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué tal llevas el finde?

—Bien —dice escuetamente.

—¿Qué has hecho?

—Nada.

—Nada excepto fornicar con Marcos...

—Cari, llaman al portero.

Otra que me cuelga. Y con ganas de decirle que quien calla otorga...

Pese a su absurda vida sentimental, Sara es una máquina en el curro, así que me obligo a seguir sus consejos. Saco el portátil, me siento en el sofá y me pongo a repasar la documentación del congreso. Centrarme en el trabajo mantendrá mi mente ocupada. El dolor que siento un poco más abajo es harina de otro costal.

A las nueve tengo la cabeza como un bombo. La resaca no amaina, y estoy cansada de leer en alemán, así que me visto y me voy a dar una vuelta. El Parc de l'Ariana está bastante cerca; puedo pillarme un café por el camino y perderme un rato entre los árboles. Me resulta tentador ir hasta el

lago Lemán, pero me va a doler demasiado contemplar las aguas que han sido testigo de mi hundimiento.

Mientras camino por los senderos del parque intento disfrutar de mi soledad, la que nunca me abandona y en la que me he sentido reconfortada tantas veces, pero ahora no funciona. Antes me consolaba porque mi problema era la falta de oportunidades, el no saber qué hacer con mi vida. La causa de mis males no era yo. Pero ahora sí lo soy.

Me siento una impostora. Siempre pensando que si tuviera la ocasión mi historia sería distinta y cuando algo bueno aparece por fin, lo destruyo y aniquilo a la primera de cambio.

No me soporto.

En este preciso momento de mi nefasta existencia ni siquiera puedo contar conmigo misma.

Me desprecio.

Regreso al hotel cabizbaja y, al llegar a la habitación, miro el móvil. Lo había dejado a propósito porque no quería interrupciones, pero se me cae el alma a los pies al no encontrar ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Ahí lo tengo: comportándome así, lo único que consigo es espantar a la gente.

El lunes pongo el piloto automático nada más abrir el ojo. Solo me permito pensar en las palabras de Sara: «Olvídate de todo excepto de tu reunión de mañana». De modo que me ducho, me visto lo más profesional que puedo y bajo a desayunar con Manuel para ir juntos después en el mismo coche a la central.

Las oficinas centrales de la empresa, Global Maintenance Air Services, Ltd., se encuentran en el distrito financiero de la ciudad. Como voy con el piloto automático puesto, ni siquiera me fijo en la decoración ni en la gente que pulula por todas partes. Saludo como un robot cuando corresponde, acompaño del mismo modo a mi jefe hasta una sala de reuniones y, nada más sentarnos, llegan tres personas: dos hombres y una mujer.

La mesa es redonda, de eso sí me llevo a dar cuenta. El señor de mayor edad, pelo cano y traje con raya diplomática, se sienta junto a Manuel. El joven rubio, de ojos glaciales e idéntico gusto para los trajes, lo hace a continuación. A mi lado se sienta la mujer, de edad indeterminada por el bótox, con su melena platino ultralisa, su traje sastre y sus zapatos de escándalo; se presenta como Erika Köhler, supervisora y responsable del área de Europa Occidental, y nos mete una chapa de padre y muy señor mío sobre las mejoras para la productividad que quiere introducir en nuestra delegación. Manolito todavía no se ha dado cuenta, pero este es un congreso trampa. De comilonas y charlas distendidas, nada de nada. Los próximos días nos va a tocar currar hasta que nos sangren los dedos. ¡Qué bien! Me va a venir de lujo para no pensar en John.

Regresamos al hotel a horas intempestivas. Estoy muerta de cansancio, y me alegro: así no tendré que recurrir al alcohol para dormirme. Miro el móvil por primera vez en todo el día y nada, ni una sola llamada. El dolor se reaviva en mi pecho. Lo de John me parece normal; siento una irracional decepción, pero lo entiendo. Sara no va a llamarme, sabe que cuando necesite hablar, lo haré yo. Pero ¿y Drago? En fin, Drago debe de andar con un cabreo enorme, porque desde que le conozco no ha pasado un solo día sin noticias tuyas.

Un momento.

Hoy es lunes. Hoy por fin empezaba los entrenamientos con el equipo. Debo tragarme el orgullo y llamarle.

—Hola, Vega.

—Hola —digo con vocecita; no me sale nada mejor—. ¿Qué tal el entrenamiento?

—Bien... los primeros diez minutos. Luego he tenido que marcharme al fisio.

—Joder, cuánto lo siento, Fran. ¿Por qué no me has llamado?

—¿No puedes imaginarlo?

Bufo y me siento en la cama.

—Lo siento, ¿vale? Pagué contigo el cabreo que tengo conmigo misma, y sé que no es justo.

—¿Qué salió mal, *bella*?

Me tumbo sobre el colchón y me tapo los ojos con la mano.

—Pues ¿qué va a ser, Francesco? Yo, que lo jodí todo por bloquearme y salir corriendo.

—Entiendo —dice escuetamente.

—¿No vas a regañarme por ser tan imbécil?

—No, *bella*, eso seguro que ya lo has hecho tú. —Calla unos segundos y pregunta—: ¿Cuál fue el detonante?

Me incorporo.

—¿A qué te refieres?

—A qué ocurrió para que te bloquearas.

Inspiro hondo y recuerdo sus palabras.

—John me dijo que lo que sentía estando conmigo era especial... y que hace mucho tiempo que no estaba tan a gusto con alguien —susurro, y de nuevo tengo ganas de llorar.

Fue tan bonito...

—Entiendo.

—¿No vas a decirme nada más que eso, de verdad?

—No, solo quiero plantearte una pregunta: ¿has pensado en cómo debió de sentirse él después de tu reacción?

Mierda, no, no lo he hecho. Soy tan cretina que ni se me ha pasado por la cabeza. Si hubiera sido al revés, yo sé cómo me sentiría...

—Mierda, Drago... —digo con la voz entrecortada. No puedo aguantar más el llanto.

—No te martirices. Si tiene que ser, será, *bella*. Dalo por seguro.

17

INVICTUS

El jueves, primero de abril, Manuel y yo cogemos el último vuelo a Madrid. Llego tan molida a casa que me duermo con el abrigo puesto. Al día siguiente lo único que mejora mi ánimo es pensar en la cena con Sara y Francesco. Por fin van a conocerse. Y van a caerse superbién. Porque lo digo yo.

Por cierto, por si os lo habíais preguntado, de John no he vuelto a saber nada. Pero nada de nada. No le guardo rencor. De verdad. Le entiendo a la perfección.

Salgo tarde de trabajar —¡qué raro!— y no me da tiempo a pasarme por casa para cambiarme de ropa. En el fondo lo agradezco: con estas pintas no puedo alternar después de la cena —no me dejarían entrar ni en el peor antro—, así que tengo la coartada perfecta para irme prontito a casa y meterme en la cama, que es lo único que realmente me apetece.

Llego al restaurante veinte minutos tarde, y me encuentro a mis dos amigos ya sentados en una mesa, con una botella de vino, charlando y riendo como si se conocieran de toda la vida. Va a ser verdad lo de que dios los cría y ellos se juntan.

Me acerco a ellos y Drago, que está dándome la espalda, se gira como si me presintiera.

—*Bella, come stai?* —me pregunta, abriendo los brazos para recibirme.

—*Va bene, Fran* —le respondo sin muchas ganas, y me fundo en su abrazo. Qué falta me hacía.

—¿Pero qué coño llevas puesto?! —grita Sara, interrumpiendo el momento cursi.

—Pues lo primero que he pillado esta mañana, ¿qué más te da? —La beso en la mejilla y me siento.

—Lo primero que has pillado de un contenedor de ropa usada, te refieres.

—Déjala en paz, Sara. Ella está guapa con lo que se ponga.

—¿Habéis pedido ya? —pregunto cambiando de tema.

Nos entretenemos un rato en pedir la cena y más vino. Drago cuenta no sé qué sobre las uvas que se utilizan para hacer el rosado y Sara le responde que tiene intención de beber mucho, porque en una semana se va a Dubái y no va a poder catarlo. Y yo intento estar aquí, lo prometo, pero no lo consigo del todo.

—Habrá que hacerte una despedida en condiciones, ¿no? —oigo preguntar a Drago.

Huy, huy...

—¿Una fiesta pre Dubái? ¡Sí! —chilla Sara.

No esperaba menos. Vega, ve pensando en excusas para librarte...

—Un compañero del equipo, Fabio Souza, inaugura el sábado que viene un local en el centro. Si os apetece, podemos ir.

—¿Te refieres al Invictus? —pregunta Sara con los ojos como platos. Fran asiente divertido—. ¿Que si nos apetece ir a la inauguración del Invictus, el fiestón que lleva esperando la gente más guay de Madrid desde el verano? ¿Tú qué crees!?

¡Ay, dios! De esta es imposible librarse. Mañana toca sarao, y no hay excusas que valgan. Sara lleva intentando que la pongan en lista para esa fiesta desde que se enteró de que habían comprado el local el futbolista y sus socios.

Después de cenar, y de una extraña vista de Drago al cuarto de baño —o ha meado desde la puerta o no me explico cómo ha tardado tan poco—, Sara coge un taxi y él se ofrece a llevarme a casa, que

está bastante cerca, tanto que podría ir perfectamente andando, pero intuyo que quiere que hablemos, y creo que lo necesito.

Entramos en el coche, me lanza una mirada seria, que no había visto antes en el restaurante, y me pregunta:

—¿Te has disculpado con John?

—¿Perdona?

—Lo que has oído, Vega. Te pregunto que si te has disculpado con John.

—Drago, de verdad, ¿te medicas? Porque te sienta fatal. —Me entra la risa tonta.

Esto es de traca. Que si me he disculpado con John, dice. ¿Acaso me ha llamado él o se ha interesado mínimamente por mi existencia estos días?

—¡Vega, joder! —grita, y le da un puñetazo al volante—. No te comportes como si tuvieras quince años, ¡eres una adulta! Los adultos cometen errores, pero se disculpan por ellos y, si se puede, intentan arreglarlos.

Siento que el puñetazo, en vez de al volante, me lo ha dado a mí. Sé que tiene razón, que estoy comportándome como una niña, pero duele demasiado escucharlo de la boca de alguien a quien quieres. Me siento herida y, como el animal que soy, cuando estoy herida, ataco.

—¿Y tú, Francesco? ¿Eres tú un adulto? ¿O también escondes lo que te hace sentirte incómodo?

Me mira con desconfianza y se frota la nariz.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Lo siento, pero tu discursito también lo ha sido.

Resopla, se agarra al volante con fuerza y arranca el coche. Conduce el par de kilómetros que hay hasta mi casa en silencio y estaciona el Audi en doble fila.

—Solo necesito saber una cosa para quedarme tranquilo —dice en un tono de voz un poco más conciliador—. ¿Te ves capaz de superar lo de John sin hablar con él?

Sus dudas sobre mi fortaleza hacen que crezca mi maltrecha autodeterminación.

—El sábado que viene te lo demuestro —le aseguro.

Y espero no haberle mentado.

Me preparo mentalmente durante la semana para ello. El sábado me levanto decidida a enfrentar la jornada como se merece. La charla con Francesco ha hecho más mella en mí de lo que pensaba y ha conseguido sacarme el coraje que me estaba faltando. La he jodido, de acuerdo. He sido una cobarde, aceptado. Lo de John no tiene solución, asimilado. Y, ahora, a otra cosa, mariposa.

Activo el modo maruja y dejo la casa como los chorros del oro, mi ropa en perfecto orden de revista, e incluso picoteo un poco de arroz a la cubana a mediodía. Lo más que he llegado a comer estos días han sido yogures y ensaladas.

Me voy encontrando, solo tengo que darme tiempo y todo volverá a la normalidad... Y tengo que reconocer que esa idea es casi más deprimente que seguir como estoy.

Me ducho, me pongo el chándal encima de un conjunto de ropa interior de Marks & Spencer —los guays no creo que pueda volver a ponérmelos, me recuerdan demasiado a John— y me voy a casa de Sara. Para una noche como la de hoy teníamos que reunirnos en su piso: en el mío no hay suficientes artilugios de belleza, ni ropa ni pacharán.

El apartamento de Sara tiene más de cien metros cuadrados y veinte de terraza, y está en la calle Desengaño, al ladito de la Gran Vía. Es la zona más *cool* y ruidosa de Madrid. *Cool* porque todo lo decadente termina siendo absorbido por los modernos y ruidosa porque, históricamente, la zona ha sido territorio de prostitutas, camellos, chaperos y demás trabajadores de la noche.

Abro con la llave que nunca le devolví —no hacía falta— y voy directa hacia la zona del fondo a la

izquierda. El piso es totalmente diáfano, a excepción del baño. La distribución entre la cocina, el salón y la supermegahabitación con vestidor la organizan unas estanterías estratégicamente colocadas y decoradas. Por el hueco que forman un jarrón y un portafotos diviso a Sara. Está agachada enchufando las planchas del pelo, vestida con su batín de seda rojo. Al oír mis pasos se da la vuelta y me recibe con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja. Ya tiene el chiringuito montado, y va a disfrutar como una enana conmigo.

Esta noche no pienso quejarme por nada. Voy a dejarme hacer lo que ella quiera y a vestirme como le dé la gana a ella. Estoy decidida a disfrazarme de guarrilla, a pasármelo bien y a demostrarme que John Taylor es superable.

A las diez y media bajamos a la calle a esperar al taxi. Ni siquiera hemos cenado de la emoción. Bueno, yo por eso y porque se me iba a marcar demasiado la barriga en el vestidito de Sara. Es tan ceñido que he tenido que cambiar las bragas por un tanga, de esos sin costuras, para que no se me marcara. Otra característica llamativa del modelito es su color dorado. Sí, habéis leído bien, dorado. Y, claro, creeréis que Sara ha aprovechado mi sumisión para vengarse y disfrazarme de burbuja Freixenet, pero no —malpensadas—: el vestido es dorado oscuro, muy elegante, con escote en forma de corazón y largo hasta justo un palmo por encima de la rodilla. Llevo puestos los tacones negros, un *clutch* a juego y una cazadora de cuero entallada. Sara no para de repetirme que estoy para hacerme un favor o dos, pero es ella la que está altamente follable. Lleva un vestido negro muy corto que, visto por delante, es bastante discreto, pero que por detrás permite ver, no intuir, hasta los perfectos hoyuelos que tiene justo encima del culo. No tengo ni idea de cómo va a moverse sin que se le vea el susodicho, por arriba o por abajo, pero a ella no parece preocuparle.

Cuando nos metemos en el taxi, saco el móvil del bolso y le echo una mirada furtiva. Tengo un wasap. De Francesco. Siento una fuerte decepción que jamás reconoceré en público.

Ya estoy dentro.

Os esperan en la puerta para acompañaros a La Gloria (vip zone).

Te veo ahora, bella.

—Es Drago, mira. —Le enseñé el móvil a Sara. Su cara cambia al segundo, y sonrío como el gato de Alicia.

—¿Cari, te das cuenta?

—Claro —digo, petulante—. Somos guays —cantamos a coro.

Lo que somos es muy tontas, pero bueno...

El Invictus es la leche. ¿Qué digo la leche? ¡Es la releche! Es como si en una coctelera metieras a un montón de gente guapa, la mejor música electrónica del momento y luces estroboscópicas, sirvieras la mezcla en una copa de acero y, en vez de bebértelo, te lo chutases en vena. ¡El copón! Lo que yo os diga...

¡Ah! Y no hemos tenido que esperar cola porque, como somos guays, solo ha hecho falta decir nuestros nombres para que al minuto estuviéramos cruzando las puertas de La Gloria.

¡Y qué Gloria! ¡GLORIA BENDITA!

La zona vip no es una zona propiamente dicha. Es un espacio paralelo al Invictus con música independiente, pista de baile privada y un montón de camas balinesas con sus doseles blancos y todo. Las paredes son de espejo y el techo, abovedado, está pintado de azul celeste y repleto de pequeños *leds* blancos que simulan millones de estrellas. Debo de parecer Paco Martínez Soria recién llegado del pueblo, admirando con la boca abierta cuanto hay a mi alrededor, cuando alguien se acerca y me dice:

—Les ha quedado genial, ¿verdad? Fabio no lo va a reconocer, pero la idea fue mía.

Asiento como una tonta, aún absorta en la decoración de la sala, y Sara me da un codazo. La miro y me hace señas raras con los ojos, como tratando de advertirme... ¿de qué? ¿A quién tengo detrás?

«¿Es John? —pienso de inmediato—. ¿Qué hace John aquí?».

Me giro, muerta de miedo, y veo a Marcelo Vie... —bueno, vosotras ya imagináis qué Marcelo es—. Que en teoría está bueno, pero, claro, no es John.

—Es bonito —digo con evidente decepción.

—Es precioso —apunta Sara, que no entiende mi reacción. Me reprende con la mirada y le pone al futbolista su sonrisa pendiente de patente—. Soy Sara, y esta es mi amiga Vega.

—Encantado, lindas.

—¡Marcelo! Acaban de llegar y ¿ya me estás levantando a mis chicas? —bromea Francesco al acercarse, y le da un abrazo y un par de palmadas sonoras en la espalda a su compañero.

Nunca he sabido interpretar ese gesto tan de macho; ¿por qué los hombres, cuando se saludan, se agreden?

Un par de conversaciones triviales más tarde, nos despedimos del futbolista y nos acoplamos en una de las camas, que ya está de lo más surtida. Hay de todo: ron cubano, vodka ruso, dos jugadores del equipo de Drago que quitan el hipo, whisky escocés, *bourbon*, tres imitadoras de Barbie, un par de ceniceros y varias cajetillas de tabaco. La Barbie morena le acaba de pasar una cosita a la Barbie rubia y esta última se va al baño acompañada de la Barbie silicona. Absenta negra, vasos, hielo y refrescos de todos los colores.

—¿Se puede fumar aquí? —pregunto.

No sé por qué, pero, de todo lo que he visto, lo del tabaco es lo que más me ha llamado la atención.

—Aquí se puede hacer de todo, guapa —responde, un poco pedo, uno de los futbolistas.

¡Qué guay! Así no me tocará morir de frío cada vez que me quiera fumar un cigarrillo. Que suele ser cada vez que me pido una copa. Y esta noche voy a pedirme muchas copas. Pero muchas, muchas...

A ver si, con un poco de suerte, dejo de buscar a John en cada esquina.

ABSENTA NEGRA

Creo que fue Honoré de Balzac el que dijo: «La gloria es un veneno que hay que tomar en pequeñas dosis». Bueno, no lo creo, lo sé porque lo he buscado en Google. «¿Y a qué viene esto?», os preguntaréis. Pues esto viene a que el novelista francés no podía tener más razón; «pequeñas dosis», pero yo no le hice caso.

Lo de anoche fue brutal, bestial, descomunal, y eso solo de lo que me acuerdo. Que no es mucho. Casi nada de por sí. Fue una juerga como las de antes, las de antes de convertirme en monja, me refiero. Bailé encima de la barra, me bebí hasta el agua de los floreros, casi me enzarcé con la Barbie farlopera en el baño y me enrollé con Fabio. Sí, sí, Fabio Souza. El del equipo de Drago. El socio del Invictus. Ese Fabio. Brasileño, piel dorada, simpático, culo para partir nueces, muy sobón... Ese.

«¿Qué bien!», pensaréis. Un buen polvo con un chulazo carioca; seguro que ayuda con lo de John... Pues qué va. Os cuento.

Estaba yo tirada en la cama balinesa, intentando recuperar el resuello después de darlo todo con The Clash en la pista, cuando me apeteció un cigarrillo. Busqué y rebusqué entre las botellas y los vasos que tenía alrededor y no quedaba ni una de las cajetillas que había al principio de la noche. Aquello era un drama. Eran solo las dos de la mañana, iba ya peor que un Erasmus en Salou y se había acabado el tabaco. Dramón de los buenos.

Entiendo que las no fumadoras y abstemias —¿qué hacéis vosotras leyendo este libro?— no lleguen a imaginar mi grado de desesperación, pero las adictas, como yo, podréis comprender mi angustia seguro.

Me levanté muy decidida, aunque tambaleante, y me acerqué a la cama de al lado para preguntar si me daban un cigarrillo, pero no hubo suerte. Seguí mi búsqueda hasta la siguiente y tampoco hubo fortuna... ni Camel, y encima me miraron como si fuera una mendiga. Estupendo.

Cambié de rumbo y me acerqué a la barra desde la que surtían a las camas a ver si los trabajadores del local podían ayudarme. Trataba de concentrarme en mis pies, que me obedecían torpemente, cuando, a mitad del camino, un perfecto paquete de Marlboro apareció ante mis ojos. «Deja de beber absenta», pensé de inmediato. Había leído en algún sitio que los artistas la utilizaban para alucinar e inspirarse, y creí que me estaba pasando lo mismo. Estaba flipando. Cerré los ojos y los volví a abrir, para borrar la aparición, y oí a alguien reírse a mi lado.

—Es real, toma. ¿No era lo que estabas buscando? —preguntó una voz aterciopelada.

Cogí el paquete como si fuera el mapa de la Atlántida y me giré para dar las gracias hasta el infinito al hombre que me había regalado aquel precioso instrumento de tortura para mis pulmones.

Era Fabio, evidentemente.

Me acompañó de vuelta a la cama balinesa y compartimos copas y cigarrillos hasta que, no sé cómo, empezamos a besarnos y a meternos mano como unos desesperados. El brasileño tenía una boca de pecado —de eso sí me acuerdo—, carnosa y caliente, en la que yo estaba perdiéndome cuando, en un cambio de posición, vi por encima de su hombro a David, el gilipollas al que casi parto la espalda en el Dark.

Metí la cabeza en el cuello de mi acompañante carioca, que no paraba de sobarme el culo y decirme

cosas en portugués que no entendía, con la esperanza de que el amigo de John no me reconociera, pero fue inútil. No dejaba de mirarme con una sonrisita burlona en su cara de niño bonito. Incluso me hizo un gesto con la copa que sujetaba, una especie de brindis, un «¡que te aproveche!».

Me cortó el rollo, claro está.

Me disculpé lo mejor que pude con Fabio —ahora soy oficialmente una calientapollas—, les expliqué a Sara y a Drago lo que ocurría, los convencí de que se quedaran —cosa que fue bastante fácil, porque iban tan pedo que dudo que se enteraran de algo— y me vine en taxi a casa.

Fin de la historia.

Suena mi móvil.

¿Será John?

¡Joder! ¿¡Es que no me lo voy a quitar de la puta cabeza nunca!?! No le intereso más. Está clarísimo. Si no fuera así, me habría dicho algo ya por lo de anoche, ¿no? Que son las seis de la tarde y a David le ha dado tiempo de sobra para contárselo. ¡Digo yo!

Tengo que admitirlo. Me fui del Invictus porque no podía seguir enrollándome con Fabio, y menos después de pensar en John, pero en vez de irme cabreada conmigo misma, me fui un poco eufórica al pensar en la reacción que tendría al enterarse.

¿Se habrá puesto hecho una furia y habrá destrozado la habitación de algún hotel? ¿O le habrá importado cero porque ya ni siquiera se acuerda de cómo me llamo? Espero tener alguna respuesta pronto, porque estoy empezando a impacientarme, y soy capaz de hacer alguna tontería como llamarle y preguntárselo directamente. Así, ¡a lo loco!

El teléfono para de sonar. Claro, me quedo tan ensimismada pensando en el americano que agoto la paciencia de cualquiera.

Miro el móvil. Era Sara. Pulso el icono y enseguida me contesta atropelladamente:

—Cari, estoy embarcando. Casi no llego. Ya te contaré. Te mando un wasap cuando aterrice. *Ciao*.

—Cuidate y llam...

Ha colgado, típico en ella. Lo que no es tan típico es que casi pierda un vuelo relacionado con el trabajo. Voy a llamar a Francesco; lo mismo él sabe algo...

Lo intento un par de veces, pero no me lo coge, así que decido dejar el tema, por el momento, y me voy a por un ibuprofeno al baño. Los años no pasan en balde y las resacas son cada vez peores. No vuelvo a tomar absentia negra... Palabrita.

Enciendo la luz, abro el armario de la derecha, donde guardamos los inclasificables, localizo la pastilla y me la tomo bebiendo a morro del grifo del lavabo. Antes de salir me miro de refilón en el espejo y me deprimó. Lo que anoche era una preciosa melena ondulada esta tarde es una gran maraña de pelo estropajoso. Mi cara es una broma de mal gusto. Y mis dientes tienen restos del carmín imborrable —¡ja!— de Sara.

Después de un buen rato, salgo del baño como una persona, y no como un despojo humano, me meto en mi cuarto y me pongo las braguitas de los domingos —blancas y de algodón, un clásico—, unos *leggings* negros con bastantes pelotillas y la vieja sudadera de la facultad. Me encanta esta sudadera, aunque a veces creo que todavía huele a calimocho. Me voy al salón a apoltronarme en el sofá y llaman al telefonillo. Seguro que es Francesco, que viene a evaluar los daños tras haber pasado una noche en La Gloria. Me preparo mentalmente para el interrogatorio y abro el portal sin preguntar. Poco después llaman con delicadeza a la puerta de casa. Eso ya me extraña más. ¿Será John?

¡Ya estamos otra vez! «No, no es John. John se acabó», me repito.

Aun así, abro con el estómago encogido, presintiendo que algo raro está pasando.

—Hola, Vega —saluda, cantarina, Leticia.

—Hola —digo, decepcionada y aliviada a la vez. Estos sentimientos son muy confusos—. ¿Y tus llaves?

—Están secuestradas en La Mazmorra —dice dirigiéndose a su habitación.

—¿Estás de coña?

—¡No, anoche me olvidé el bolso! ¡He venido a por las de recambio! —grita desde su cuarto.

—Están en el baño.

—¿Sí? —pregunta, extrañada, asomándose al pasillo.

—Sí, las acabo de ver en el armarito de la derecha.

Me tumbo en el sofá, cojo el mando y enciendo la tele.

—¡Las tengo! —chilla muy alegre, saliendo del baño—. Me voy volando, que Iván me está esperando.

—Eso, date prisa. No vaya a ser que se enfade y te ponga el culo en carne viva —bromeo.

Leticia se detiene al llegar a la puerta, se da la vuelta y me dice, muy solemne:

—Que dios te oiga, Vega.

Muy contenta con haberme escandalizado, se despide y yo niego con la cabeza hasta que vuelven a sonar un par de golpes en la puerta.

—¿Qué se te ha olvidado ahora, Leti?! ¡¿Las pinzas para pezones o las esposas de cuero?! —grito desde el sofá.

Al ver que la puerta no se abre, me acerco y lo hago yo. Esta mujer es capaz de haber perdido las llaves de aquí al portal.

—Hola, Vega.

Es John.

Pero no puede ser, ¿verdad?

Vuelvo a culpar a la absenta, y, como la noche anterior ante el paquete de tabaco, cierro los ojos y los abro de nuevo, para ver si es verdad que está delante de mí el peor de mis vicios.

Y sí, lo es, completamente cierto. Está justo a un paso, vestido con unos vaqueros negros, una cazadora de cuero y unas gafas de aviador.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con el tono más neutral que encuentro.

—¿Puedo pasar? —pregunta John en un tono idéntico.

—Depende... —Clavo la mirada en sus gafas—. ¿También has averiguado en Facebook dónde vivo?

—Vengo dispuesto a aclararlo todo. Déjame pasar, por favor.

Me aparto del vano de la puerta y en cuestión de segundos John atraviesa el umbral, me rodea y se sienta en el sofá.

Inspiro hondo un par de veces y busco en mi interior un poco de templanza. No la encuentro.

—¿Qué haces aquí, John?

—No pienso irme hasta que lo sepas, pero antes necesito un vaso de agua, por favor. —Y me lo pide de tal manera que no puedo negarme. De verdad parece necesitarlo. Esto empieza a olerme mal.

Voy a la cocina, cojo el maldito vaso de agua y regreso con rapidez al salón. John está mirando fijamente el columpio. Bueno, o eso creo, porque tiene la cabeza en su dirección, pero todavía no se ha quitado las gafas de sol.

—Toma.

—Gracias. —Le da un trago largo y señala el juguetito de Leticia—. ¿Es tuyo?

—No, de mi compañera de piso.

—¿La de las pinzas para pezones y las esposas de cuero?

—La misma —respondo, cortante—. ¿Me cuentas ya a qué has venido?

—Sí, pero creo que es mejor que te sientes.

—Estoy bien así.

—Como quieras. —Deja el vaso sobre la mesa y coge aire, y yo ya me estoy arrepintiéndome de no haberme sentado: presiento que lo que va a decirme no me va a gustar—. Anoche te grabaron cuando te... —Calla un segundo y cierra los puños. Vuelve a coger aire—. Cuando estabas acompañada de Fabio Souza, y subieron el vídeo a una web. Acabo de arreglar el asunto.

Me siento de golpe. Me jode tener que darle la razón a John, pero esta noticia hubiera sido mejor recibirla con el culo en el sofá.

Un trillón de preguntas atosiga mi cabeza de sopetón: ¿qué se veía en el vídeo? ¿Cómo ha podido arreglar el tema? ¿Quién me ha hecho actriz porno por un día? Y, sobre todo: ¿por qué John no se quita las puñeteras gafas de sol?

—¿Cómo te has enterado? —elijo preguntar.

—Por David. Anoche estaba trabajando en la discoteca donde te grabaron.

—¿Trabajando?

—Es de Scotland Yard.

¡¿David el gilipollas es policía?!

Alucina, vecina...

—¿Estaba de misión secreta o algo así?

—No puedo darte detalles sobre eso, pero sí, lleva trabajando en Madrid unos meses.

—¿Por eso no saliste anoche con él?

—No. Yo estaba en Rabat.

—¿Y has venido solo para arreglar lo de mi vídeo? —Alzo las cejas. John no contesta. No hace falta—. ¿Cómo lo has solucionado? ¿Has tenido que pagar a alguien? Puedo darte...

—No me debes nada. En mi mano estaba arreglarlo y lo he hecho. El cómo también es cosa mía.

El silencio se cierne sobre nosotros, y no es un silencio cómodo, para nada. Sé que debería disculparme por muchas cosas y agradecerle muchas otras, pero las palabras se niegan a salir de mis labios. Me siento tan humillada...

John parece que va a decir algo, incluso llega a abrir la boca, pero se calla, inspira hondo y se levanta. «¡No, no, no te marches!», quiero gritarle, pero sigo muda. Ahogada en la vergüenza y la culpa.

Le veo dar los pocos pasos que le llevan hasta la puerta, cómo la abre con decisión y cómo desaparece tras ella.

Se ha ido.

El sonido del portazo me golpea tan fuerte que me levanto del sofá y corro hasta la puerta. Me quedo con la boca abierta cuando salgo al rellano. John está sentado en el primer peldaño de la escalera que baja al portal del edificio, con la cabeza entre las manos.

¿Pero qué coño estoy haciendo?

Me acerco sigilosamente y me siento a su lado. Oigo su respiración, acelerada, pero no hace signos de que le incomode mi presencia. No me ha tirado por las escaleras, por ejemplo.

—¿Por qué no te has quitado las gafas?

Mi absurda pregunta le hace levantar la cabeza y girarla en mi dirección. Al estar tan cerca, puedo ver con más claridad que hay algo raro debajo de las Ray Ban. Por impulso, se las quito, y me quedo sin aire. Tiene el párpado derecho hinchado, y un gran hematoma amenaza con aparecer debajo, pero

lo peor de todo es su mirada. Me está diciendo que se rinde.

—Ha sido por mi culpa —afirmo, no pregunto. John calla. Agradezco que no lo confirme en voz alta—. Me dijiste que nunca te desconcentrabas tanto como para que te tocaran la cara.

—Por lo visto, siempre hay una primera vez para todo.

Se pone en pie bruscamente con intención de irse, pero, en un acto reflejo, mi mano sale al encuentro de la suya y le sujeta con fuerza.

—Lo siento mucho, John.

—Tú no tienes que disculparte. No has hecho nada malo. Eres una mujer libre.

En este preciso momento, todos mis principios feministas huyen despavoridos, dando gritos y arrancándose la ropa, porque acabo de tener una revelación: quiero renunciar a parte de mi libertad y entregársela a John. ¿De qué me sirve poder acostarme con quien quiera si yo solo quiero estar con él?

—A mí también me pasa, ¿sabes? —digo con un hilo de voz. Él me mira, arrugando la frente, pero sin soltarse de mi mano. Trago saliva y le confieso—: Yo también siento que esto es especial. Con la diferencia de que a mí no es que haga mucho tiempo que no me ocurriera, es que nunca me había sucedido.

John frunce el ceño hasta casi unir sus cejas.

—¿Y por qué saliste corriendo?

Tira de mi mano y me levanta del suelo dejándome a pocos centímetros de su cuerpo. Sus ojos azules me urgen a responderle, pero la tensión, el deseo, esto denso como la miel que siento deslizándose por cada centímetro de mi piel me impiden verbalizar nada. Me disculpo con la mirada, por los errores cometidos y por los que cometeré si no se marcha. Con un suspiro sincero le cuento lo mucho que me alivia estar rozando sus dedos, los que aprieto para retenerle.

—¿Por qué me gustas tanto? —murmura.

Le agarro más fuerte. Me tiemblan las rodillas.

—No sabes dónde te estás metiendo —susurro con el corazón latiéndome, frenético, dentro del pecho.

—No saberlo es lo que más me gusta —asegura.

Y lo rubrica con un beso que hace que mis dudas se diluyan. Un beso sanador, cargado de promesas, de seguridad y confianza. Un beso que consigue que solo quede una pregunta por hacer: ¿pero en qué coño estaba pensando yo en Ginebra?

19

PACHARÁN

John y yo entramos en mi piso, cogidos de la mano, y me declaro culpable de sentir un profundo consuelo. Su ausencia me ha pesado más de lo que debiera reconocer, y, ahora mismo, el simple roce de sus dedos me reconforta.

—Ponte cómodo. —Señalo el sofá—. ¿Quieres tomar algo? ¿Café? ¿Cerveza? ¿Pacharán?

—Pacha... ¿qué? —pregunta con una mueca bastante graciosa.

—Pacharán. —Sonríó—. Es un licor dulce.

—Pues uno de esos, por favor.

Voy a la cocina y regreso, poco después, con dos vasos bajos llenos de hielo y del aromático licor. Le ofrezco uno y me siento a su lado un poco cohibida.

—Mmm.

—¿Te gusta?

—Sí, está muy bueno y es fuerte —dice, paladeándolo—. Creo que me hacía falta. Ha sido un día muy... ajetreado.

—Mierda, John. No sabes cuánto lo siento, de verdad.

—No voy a decirte que no tiene importancia, Vega. —Sus preciosos ojos azules se fijan en los míos—. Estoy enfadado. Mucho. Con el gilipollas que grabó el vídeo, con el baboso del futbolista, con David por no llamarme en cuanto te vio... —Resopla y le da otro trago al pacharán—. Pero sobre todo estoy enfadado contigo y conmigo.

—¿Por qué?

—Porque si lo hubiéramos solucionado antes, nada de esto habría ocurrido.

—Ya.

Bajo la mirada.

John deja el vaso sobre la mesita y me agarra de la barbilla con suavidad levantándome la cabeza.

—No te he llamado estas semanas porque no quería molestarte. —Me acaricia la mejilla—. No quería parecer el típico pesado que no acepta un no por respuesta. Pero sabía que lo nuestro no se había cerrado —afirma, convencido—. Estaba seguro de que volveríamos a vernos y de que todo se solucionaría.

Bufo. Quiero llorar. ¿Cómo he podido ser tan idiota? He estado convenciéndome de que él ya había pasado página, de que si no llamaba era porque ya no le importaba, y resulta que solo me estaba dando espacio. Solo estaba pensando en mí.

No estoy acostumbrada a que me traten tan bien, creo que ese es el gran problema. Soy desconfiada. Y no lo soy por naturaleza, no. Lo soy porque me la han jugado muchísimas veces en la vida y, lo que es peor, lo han hecho personas que han sido muy importantes para mí. Aunque insisto: no voy a hablar de mi padre. Puede sonar a excusa, pero, cuando llevas media vida protegiéndote de los demás, cambiar de rutina no es fácil. No es sencillo olvidar algo que se ha convertido en una herramienta básica de supervivencia. Pese a todo, tengo que intentar bloquear esa parte de mí. Si quiero que lo nuestro funcione, tengo que darle margen a John. Tengo que confiar en él.

—Yo creo que, en el fondo, también albergaba cierta esperanza de que esto pudiera solucionarse.

—¿Y por qué no me llamaste?

—¿Necesitas que responda a eso? —Asiente con la cabeza y suspiro—: Porque no podía ni mirarme al espejo después de haber salido corriendo aquella tarde.

—¿Qué pasó, Vega? Por más vueltas que le he dado, no he llegado a ninguna conclusión.

Ahí está. La pregunta más temida. ¿Cómo le cuento a este hombre tan perfecto que soy un saco de inseguridades con patas sin parecer patética? Me dan ganas de inventarme una rocambolesca historia sobre una nueva intolerancia a las *fondues*, pero John es demasiado listo para tragárselo, y yo no soy tan tonta como para mentirle y echar a perder lo nuestro otra vez.

—Es difícil de explicar, John. Es algo que tiene que ver conmigo, con mis inseguridades. Me incomoda hablar del tema...

—Comprendo que no es fácil, pero necesito entenderte. Para mí tampoco es fácil empezar algo con alguien que no sé si volverá a salir corriendo en cualquier momento.

Tiene razón; yo en su lugar también necesitaría saber a qué atenerme.

—De acuerdo, ahí voy. —Cojo aire y busco en mi cabeza las palabras adecuadas—. Me dio pánico que tú pudieras sentir algo por mí.

John me mira con incredulidad y, cuando por fin lo comprende, me da un beso cargado de emoción. No hay pasión, ni humedad ni lenguas desenfrenadas adornándolo; pero es un beso tan intenso, tan bonito, tan sincero, que me llega más que ningún otro.

Me relajo entre sus brazos y me doy cuenta de que me he liberado. Ya no tengo la obligación de ser perfecta ni parecerlo. John me acepta como soy. Aunque sigo sin entender por qué tengo la suerte de ser la elegida, no voy a cuestionar su criterio. Nunca más.

Me aprieto contra su torso y profundizo el beso. John gime, pero me aparta con cuidado.

—Quiero explicarte algo antes... —Su rictus se torna serio, casi profesional. Huy, huy, qué miedito me está dando.

—¿Necesitamos más pucharán? —pregunto medio en broma. Si él quiere otro, yo me apunto.

—No. —Sonríe levemente—. Pero a lo mejor necesitarías un abogado...

Pestañeo y cruzo los brazos bajo el pecho. Él se gira, alcanza la cazadora que ha dejado en el respaldo del sofá y saca de un bolsillo su iPhone. Trastea un rato con el aparatito y vuelve su pantalla hacia mí mostrándome una foto, un poco oscura, de una chica despanpanante.

—¿¡Estás casado!? —pregunto sobresaltada.

—¡No! —Rompe a reír. Pues yo no le veo la gracia—. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Pues... porque me enseñas la foto de la tía buena esa y, como no sé quién es, he pensado que podía ser tu mujer...

—Y te iba a enseñar una foto de ella ¿con qué propósito? —Arquea las cejas—. Mírala bien, por favor.

Me centro con más detalle en la imagen y me llama la atención la ropa que lleva puesta la chica. Esos *minishorts* negros, esa blusa... Pero... ¡Si soy yo!

¡YO SOY LA TÍA BUENA!

Estoy subida en la tarima del Dark, mirando de lado, con expresión altiva y muy favorecida por la luz. ¡Joder! No sabe el mundo del estilismo lo que ha perdido con Sara.

—¿Ya te has reconocido?

—Soy tonta de remate. —Le miro, ruborizada—. Es de la noche que nos conocimos. Estaba buscando a Sara, justo antes de ser acosada por tu amiguito David.

—Nuestro amiguito —me corrige—. Le debes una por lo de anoche. Y yo también.

—¿Tú?

Levanto una ceja como señal de escepticismo. John se inclina sobre mí y baja el tono de su voz.

—¿Qué habría pasado si no le hubieras visto anoche?

—Eso nunca lo sabremos. —Zanjo el tema.

—¿Te acordaste de mí? —pregunta buscando mi mirada—. Al ver a David, ¿pensaste en mí y ya no pudiste seguir?

¡Pues claro! ¿Cómo iba a seguir besando a aquel tipo con estos ojos azules en mi cabeza!?

—Podría haber seguido —le aseguro—, pero habría sido utilizar a Fabio. Habría intentado buscar en él lo que no podía tener contigo, y no habría resultado justo para nadie. —John sonrío con franqueza, y yo reflejo su gesto—. Pero nos estamos desviando del tema. ¿Para qué me has enseñado la foto?

—Esa parte es más... delicada. —Hace una mueca de disgusto—. Te he enseñado la foto para demostrarte que tu imagen me impactó tanto que tuve que guardarla en el móvil por miedo a que mi memoria me fallara. Y me gustaría aclarar que nunca hago fotos a mujeres desconocidas, pero contigo no tuve más remedio. Fue... un impulso.

—¿Voy llamando a mi abogado?

—Espera un poco, me temo que hay más.

—¡Voy a por el pacharán! —exclamo nerviosa. Intento levantarme, pero John es más rápido, y termino sentada a horcajadas sobre él. Mete las manos por debajo de mi sudadera y acaricia mi cintura. Levanta sus ojos hasta la altura de los míos y me dice a media voz:

—Cuando me fui del hotel la mañana siguiente, no podía dejar de pensar en ti.

Oh, qué bonito. Y no bromeo, es una de las cosas más bonitas que me han dicho nunca. Le doy un beso pequeñito en agradecimiento y él se sonroja. ¡John! El que curra de James Bond, el empotrador profesional, ese, ¡se sonroja! Me lo comería, pero él se recompone y prosigue con su confesión:

—Suenan muy cursi, pero es verdad. —Cursi, dice. Pues no opinan lo mismo mis braguitas—. No hacía más que pensar en la conversación que tuvimos en aquella plaza y, después, en aquel antro al que me llevaste, en lo diferente que me pareciste, en el beso de dos horas, en cómo temblabas cuando subíamos en el ascensor del hotel, en cada rincón de tu cuerpo que conocí y los que me quedan por descubrir, y aunque reconozco que está mal, te investigué. Necesitaba saber más de ti.

—¿Y no podías haberme preguntado? —Ladeo la cabeza. Estoy un poco enternecida, y me siento halagada, pero mis derechos siguen vulnerados.

—Yo no... No hago las cosas así. —Aparta la mirada. Cuando vuelve a fijarla en mí, ya no es tan expresiva—. Mi profesión es muy complicada. Mi vida, en general, lo es. Como medida de protección suelo ordenar informes de todo mi entorno. Pero en tu caso... eso es una excusa —me dice con sinceridad—. El único motivo que me movió a obtener información sobre ti fue que esa noche causaste un impacto sobre mí. Uno fuerte. Me removiste algo dentro... —Se señala el pecho—. Y los momentos que he vivido contigo después han sido idénticos. La sensación no desaparece, Vega.

Inspiro profundamente para contener el escalofrío que me baja por la espalda. Por supuesto que la sensación no desaparece, cada vez es más grande, más intensa. Y yo también la siento. Joder. La siento por todo el cuerpo.

—Pregúntame primero la próxima vez que quieras saber algo de mí, ¿ok?

John asiente. Hasta con un ojo morado sigue siendo el hombre más guapo. Acaricio su mejilla y la piel de su mandíbula, siempre tan suave. Él mueve las manos que tiene bajo mi sudadera, las aprieta en mi cintura. Toda mi piel se eriza. El corazón se me dispara. Por decisión propia, mis brazos vuelan hasta su cuello y mis dedos se enredan entre los mechones castaños de su nuca. Él ladea una sonrisa y se acerca a mi boca. Besa despacio mis labios, mi barbilla, mi cuello. Cuando jadeo, sube hasta mi

oído.

—Solo quiero saber una cosa más. —Pellizca con los labios el lóbulo de mi oreja—. Anoche... ¿te calentaba él así, *baby*?

Mi sexo palpita con la pregunta. Gimo una negación. Él acaricia mi cadera, mi espalda, y se aventura por debajo de mi ropa interior, hasta mi trasero; lo aprieta y me pega a su cuerpo. Noto su excitación presionando mi sexo. Vuelvo a gemir.

—No me estás contestando... —Me mueve sobre su regazo. La fricción es deliciosa—. ¿Te ponía él así?

Niego con la cabeza y abro más las piernas. Él desliza una mano bajo mi ropa interior, por la unión de mis nalgas, hasta mi sexo. Introduce un dedo gruñendo.

—Joder, John...

—¿Te mojabas así con él?

Tiro del pelo de su nuca para atraer su boca a la mía. No puedo hablar. Solo necesito besarle. Y que siga moviendo los dedos justo como lo está haciendo.

Nos besamos como animales. Todo lenguas y ganas. Meto una mano entre nosotros y palpo su definido abdomen buscando el cierre de su cinturón. Casi se lo arranco. John me ayuda a bajarse los pantalones lo justo para liberar a su erección, pero solo con su mano izquierda. La derecha sigue volviéndome loca, hundiéndose en mi sexo y apretando mi trasero. Noto un crujido de tela. Fuerte. Creo que ha sido la costura de mis mallas.

John sube mi pierna derecha hasta su costado, echa a un lado mis braguitas y su miembro toma el relevo de sus dedos. De una sola vez. Hasta el fondo. Chillo tan fuerte me duele la garganta. Pongo las palmas de las manos sobre sus hombros. John pega su frente a la mía. Nos falta el aire. Sus dedos se clavan en mi muslo y mi nalga.

—Contesta, Vega. ¿Sentías esto con él?

Retrocede despacio y vuelve a empotrarse en mí.

—¡No! —grito.

—No, claro que no.

Ataca mi boca, exigente, y le devuelvo el beso con todas mis ganas. Adelanto la cadera, acompasándome a su ritmo. No me lo pone fácil. Cada vez se mueve más deprisa. Ya apenas siento la carne que aprieta entre sus dedos. Me folla como un loco. Me maneja como si mi cuerpo fuera el suyo. Y yo le dejo. Encantada. Absorbo lo que tiene para darme y me lleno. Del todo.

John sube la pierna que tengo apoyada en su cadera, abriéndome para profundizar más la penetración. Y, pese a que los abductores me arden, estoy llegando. Le noto tan dentro...

—Te vas a correr —jadea.

Me agarro con fuerza a su nuca sudada y asiento. Su sonrisa crece tanto que aparece hasta su hoyuelo. Me lo como. Literalmente. Devoro sus labios, los muerdo, los lamo, hasta le tiro del pelo. Me siento arder. Necesito más, y a la vez necesito que pare. Todo empieza a ser demasiado intenso. John entra y sale de mí desatado. Me tenso. Tiemblo. Noto su miembro palpitar en mi interior y, con la primera descarga cálida, simplemente... revivo.

20

LOS TONTOS

¿Habéis comido alguna vez comida china en pelotas con un chulazo en la cama? Si la respuesta es negativa, no sabéis lo que os estáis perdiendo. Es una de las experiencias trascendentales que todas deberíamos realizar antes de casarla. Lo de plantar árboles o escribir libros está sobrevalorado.

Ha sido una pasada. Toda la noche en general. Hasta lo de que me rompiera las mallas ha tenido su punto. Y empiezo a creer que estoy bajo los influjos del subidón hormonal y no pienso con claridad, porque, en realidad, no hemos hecho nada del otro mundo. Solo cenar, follar y compartir cama abrazados. Pero se respiraba tal complicidad en el ambiente que, cuando John ha tenido que irse al aeropuerto, casi se me escapa una lagrimilla.

Vuelve a Nueva York. Sin fecha de retorno. Esa es la parte fea de la historia. Durante un tiempo indeterminado estará a casi seis mil kilómetros de distancia. Supongo que va ser duro, pero me queda el consuelo de haber arreglado lo nuestro antes de su partida.

La parte bonita ha sido la anterior, en la que no hemos sentado las bases de nuestra relación, ni hemos recorrido nuestras biografías al dedillo ni nos hemos declarado amor eterno, ni falta que nos ha hecho: en todas estas horas solo han cabido caricias, susurros, música de los 60 y la certeza de estar cocinando algo que puede ser tangible, real... Lo que pueden cambiar las cosas con solo echarle huevos a la vida, ¿verdad?

Y un par de ellos, bien puestos, me hacen falta hoy para continuar la jornada. Tengo dos horas para salir por la puerta, con mi disfraz de asistente eficiente, destino a las oficinas nacionales de Global Maintenance Air Services, Ltd. Y no he dormido absolutamente nada.

Prácticamente finjo que trabajo toda la mañana, evitando el cuarto de baño. La tentación de dormirme en uno de los inodoros es demasiado grande. Manuel me llama casi a las dos para que mueva el culo, literalmente, o llegaremos tarde al almuerzo con el nuevo delegado de Barcelona. Al ponerme el abrigo, me suena el móvil. Es un mensaje de John.

En tierra, sano y salvo.

Sonríó; es justo lo que le pedí: «Escríbeme para saber que has llegado sano y salvo». Mientras persigo a mi jefe por los pasillos y le oigo hablar de fondo, voy escribiendo.

*Me alegra saberlo.
¿Qué tal el vuelo?
¿Has descansado?*

Al llegar al ascensor, John aparece en línea.

«Escribiendo...».

*No he dormido ni un minuto por tu culpa.
¿Es demasiado pronto para decir que te echo de menos?*

Salgo del ascensor, por inercia, siguiendo la estela de Varon Dandy de mi jefe y floto, más que camino, por el *ball* del edificio hasta la calle.

Me echa de menos.

Buf... Creo que no me voy a acostumbrar nunca a esta sensación dentro del pecho. Es tan intensa...

Puede que sea demasiado pronto, pero...

Yo también te echo de menos.

Pulso «enviar» cuando el semáforo de la calle se pone en verde y cruzamos. El restaurante está a unos metros. Guardo el móvil en mi bolso, con una sonrisa de oreja a oreja, y descubro que mi jefe me mira con asombro.

—¿Te enamoraste, Veguita? —pregunta, sonriendo también. Hablar con mi jefe del tema no es lo que más me apetece precisamente, pero, bueno, es un detalle que se preocupe, hay que reconocérselo.

—No, solo estoy conociendo a alguien —murmuro.

—¡Enhorabuena! —exclama, y me da un abrazo.

¡Un abrazo! ¡¡Manuel!! Que en la vida había dado muestras de afecto. De ninguna clase. Ni los dos tristes besos que te das con los compañeros para felicitar el año cuando regresas de las vacaciones de Navidad. Nada. Nunca jamás. Y ahora va y me abraza tan contento. A ver si me estaba equivocando con este hombre...

Se separa de mí, me mira con cierto orgullo y me dice con tono paternal:

—Asegúrate de pescarle bien, que, si te andas con tonterías, se te pasará el arroz.

Tócate los cojones.

En fin, ¿qué esperaba? Lo bueno es que mi criterio sigue impoluto. No me equivocaba con Manuel: es tonto del culo, el pobrecito. Ni me molesto en contestarle, ¿para qué? ¿Para terminar en el paro?

—Manuel, llegamos tarde. Tú primero, por favor —le pido señalándole la puerta del restaurante.

Activo el modo asistente de nuevo y busco dentro de mí la calma necesaria para enfrentarme a la comida con Manolito de Atapuerca y con el nuevo delegado. Otro que me temo que es del club de los tontos. Por lo que se rumorea, el sucesor del antiguo delegado de Barcelona debía ser otro empleado, pero se han movido unos hilos... y el puesto lo ha ocupado un mocoso de veintipocos años, recién llegado del extranjero de estudiar un máster en informática aplicada a la dirección de empresas que debe de haber sido impartido por el mismísimo Steve Jobs a través del Ipad-Ouija, porque, si no, decidme cómo se explica que le hayan dado el puesto solo por eso.

Cómo me repatean estas cosas, de verdad. Cantidad de gente preparada engrosando las listas del paro y personas que lo único que han hecho en su vida es salir de la vagina de su madre a empujones, ocupando puestos de trabajo para los que no están cualificados. Me puedo hacer a la idea del retrato robot del nuevo delegado: Borjamari, repelente, incompetente, chulito, meacamas, pelota... Ya me cae mal y todavía no le conozco, no os digo más.

Entramos en el restaurante y soy capaz de identificarle al segundo, sin haberle visto antes ni en foto. Está sentado a una mesa de la derecha, con su megasmartphone —que es casi tan grande como su cabeza— hablando en inglés en un tono de voz bastante elevado mientras mira alrededor, quedando de guay, en plan «Mirad qué internacional soy, que mantengo conversaciones fluidas en inglés». ¿Y sabéis qué es lo peor de todo? Que está que cruje. Tiene una cara de capullo que no puede con ella, pero está para hacerle un favor —o dos—. Hay que reconocerlo: es guapísimo y lo sabe.

En cuanto nos ve, da por terminada su conversación, se pone de pie y se aproxima hacia nosotros

con unos movimientos que doblan los cuellos de gran parte de las comensales femeninas y alguno masculino. Antes de alcanzarnos se lleva la mano al pelo y hunde los dedos en sus mechones oscuros. Después del gesto de anuncio de champú anticaspa, me lanza una mirada intensa y sonrío con suficiencia mostrando sus blancos dientes.

Y llegados a este punto, yo siento la necesidad de sincerarme y entonar un *mea culpa*. Me he equivocado con este ~~maeizo~~ hombre. He pensado cosas horribles de él, sin apenas conocerle, y tengo que confesar que me arrepiento. Ya no siento aversión por él. Ahora lo que me provoca es pena.

Me mira creyendo que se me acaban de caer las bragas, pero, claro, él no sabe a quién tenía yo anoche en casa... ¡Ay, majo! Que mi John es mucho John, y tú... solo eres un vulgar mortal.

—Encantado de conocerte por fin —saluda el discípulo de Steve Jobs, estrechando la mano de Manuel.

—Lo mismo digo. Mira, te presento a mi asistente, Vega Rodríguez —dice el jefe señalando en mi dirección, y yo automáticamente adelanto la mano.

Este seguro que es de dar dos besos, pero a mí siempre me ha ofendido esa costumbre en los negocios. Si ellos se estrechan la mano, ¿por qué yo tengo que besar? ¿Porque tengo tetas?

—Un placer, Vega—dice con tonillo de donjuán trasnochado mientras estrecha mi mano y se la lleva a los labios.

¡Ya estamos con los besos! A ver, que soy tu compañera de trabajo, no tu posible ligue de madrugada discotequera.

Tiro de mi mano antes de que llegue a su boca.

—Perdona, pero no me han informado de tu nombre —digo, cortante.

—Se llama Arturo...

—Arturo Díez de Castro —aclara él.

Arturo Díez de Castro, ¿se puede ser más pijo? Y que me perdonen los Díez de Castro del mundo, pero es que soy incapaz de ver algo bueno en este hombre. Y lo peor es que tengo que trabajar estrechamente con él. Su delegación es una de las importantes en el ámbito nacional.

—Pues muy bien, hechas las presentaciones, ¡a comer! —exclama Manuel dando una palmada.

—Las señoras primero —dice, galante, Arturo, haciendo un gesto con la mano.

Me adelanto y escucho a mi espalda a mi jefe diciéndole en voz baja:

—No es señora, es señorita.

—¿No está casada?

—No, pero últimamente está tratando de pescar a uno.

Colérica perdida, me siento a la puta mesa y agarro la carta, por hacer algo con las manos, ¡porque como las deje sueltas...!

¿Por dónde empiezo...? ¡Ah, sí!

PUNTO UNO (en mayúsculas y subrayado, por si algún hombre llega a leer este libro): Una mujer recibe el título de señora por su edad y no por su estado civil, al igual que un hombre. Llamar a una mujer señorita por el mero hecho de estar soltera, aunque tenga noventa años, es un acto de MACHISMO absoluto y deleznable. He dicho.

PUNTO DOS: ¡¿Qué cojones es eso de que cuando una mujer liga es porque quiere pescar al hombre?!

Siento en el alma que me tengáis que leer de esta manera, tan alterada, pero es que esto me supera. El machismo es una lacra que limita, humilla e incluso mata a mujeres cada día, en todo el mundo. No es para tomárselo a la ligera.

La comida resulta de lo más desagradable, como os podéis imaginar. De Arturo solo añadiré que de todo lo que había pensado de él en un principio no me he equivocado en nada. Y encima estoy que

me caigo de sueño.

Me parece que tardo una vida entera en poder regresar a casa. En el portal, me encuentro con Leticia. Subo tras ella, arrastrando los pies por los peldaños de la escalera, que es la de siempre, pero hoy resulta más empinada. Al llegar al último escalón sonrío. Nunca volveré a mirarlo igual.

—¿Cenas en casa? —me pregunta Leti.

—Sí.

—Yo también: hoy Iván no puede quedar, le tocan las niñas. —Abre la puerta.

Entro siguiendo el aroma de colonia infantil de mi compañera, y aunque sé que no es de mi incumbencia, no puedo dejar de preguntarle:

—¿Las niñas?

—Sí, tiene dos hijas, una de once y otra de nueve.

Me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero de la entrada, junto al que se acaba de quitar Leticia, que ya se me ha escapado a la cocina.

—Qué mayores son, ¿no?

—Para él no; tiene cuarenta y tres —dice con la cabeza metida en la nevera.

—¡Joder! Pues no los aparenta. —A lo mejor el rollo *leather* rejuvenece. Habrá que pensarlo...—. ¿Por eso no vivís juntos? ¿Por las niñas? —me atrevo a preguntarle.

Mi compañera cierra de golpe la nevera, me mira y, como quitándose un peso de encima, me cuenta:

—Sí, su mujer es muy... especialita, y las niñas también —dice muy bajito, arrugando la nariz—. Es mejor así.

—Bueno, yo encantada, que conste. —No me apetece nada tener que andar buscando piso y preparando una mudanza.

Leticia sonrío, pero sus ojos no lo hacen; me temo que en el fondo quiere vivir con él, y no la culpo. A mí me pasaría lo mismo.

—¿Hago una tortillita de patatas? —pregunto para animarla.

—¡Ay, sí! —Da un par de palmadas.

Cenamos, Leti se queda viendo la tele y yo ya no aguanto más despierta y me voy a la cama.

A las once, cuando ya me hallaba en brazos de Morfeo, recibo una llamada.

—¿Te he despertado? —me pregunta John.

—No, sigo dormida —mascullo, y oigo su risa.

—Perdona. No he pensado que allí fuera tan tarde.

—No lo es, pero estaba destrozada. Anoche tampoco dormí.

—Yo estoy deseando meterme en la cama. Iba derecho a ella cuando he salido del trabajo, pero me ha llamado April y no me ha quedado más remedio que acudir a la cita. —Bufa—. Voy de camino.

Me tenso. Y yo no soy celosa. Y confío en John. Pero me tenso. Que te cagas.

—¿Quién es April? —murmuro.

—Es... la hija del senador Blunt. Ha organizado una gala para recaudar fondos para la campaña de su padre. Suelo colaborar con ellos.

Su explicación me suena vaga, pero no me atrevo a seguir interrogándole.

—Pues nada, que te lo pases bien...

—Me lo pasaría mejor si estuviera contigo.

Sonrío y me tranquilizo un poco. Pienso en una respuesta sugerente, pero John me corta:

—*I'm sorry, baby*. Acabo de llegar. Tengo que dejarte.

Después de despedirnos, me quedo mirando la pantalla del teléfono un rato largo, como si en ella fuera a encontrar la respuesta a la pregunta que va a dar vueltas en mi cabeza toda la noche. ¿Quién

coño es April Blunt en realidad?

21

EL MALETÍN

—¿Estás preparada?

—¡Sí!

—Pues... ¡adelante!

Flexiono las piernas, estiro los brazos, salto con todas mis ganas y me sumerjo en la templada y purificadora agua. Mi cuerpo se destensa, mis pulmones demandan más oxígeno y por fin respiro, del todo. Por muchas veces que se repita esta acción en mi vida, nunca dejaré de asombrarme por la emoción que me provoca. Es tan absoluta, tan trascendente, que consigue que me olvide del mundo.

Sigo nadando, sin rumbo, sin tiempo, sin propósito alguno. Con la única intención de abandonarme a las placenteras sensaciones que mi cuerpo captura.

Y me sumerjo. Lleno mis pulmones de aire y nado hasta el fondo de la piscina.

Y allí me encuentro.

Y me gusta lo que veo.

—¡Vamos ya! ¡Que me muero de hambre! —grita Francesco cuando salgo a la superficie.

—Un ratito más, porfa.

—Vega, llevas dos horas en el agua. Haz el favor de salir ahora mismo.

—Solo un minuto más, de verdad. Ve adelantándote.

Francesco me mira fijamente y sonrío.

—Solo uno, ¿entendido?

—Sí, papá.

La jornada laboral de hoy ha supuesto una prueba de resistencia para mis maltrechos nervios. Manuel me ha encasquetado la noble tarea de enseñarle cómo funciona la oficina al nuevo delegado de Barcelona. ¡A mí! Que no tengo ni puta idea de lo que hago la mayor parte del tiempo... En fin, una locura.

He salido en estampida del trabajo en cuanto he podido, huyendo cual cobarde y hasta el moño del delegado. He sacado el móvil para comunicarme con el mundo exterior y he visto un mensaje de Francesco con las palabras «piscina» y «tiramisú». Y, justo entonces, me he dado cuenta de que es mi jodida alma gemela. ¿Cómo sabía, si no, que era justo lo que necesitaba?

Salgo del agua y tardo un poco más de la cuenta en arreglarme en los vestuarios, porque estoy trabajando en eso de no parecer una indigente. Cuando por fin llego a la calle, no veo a Fran. Me pitan desde la acera de enfrente e identifico su cochazo. Hace una pirula digna del mejor alunicero y me recoge en mi lado de la calle.

—¡Menuda maniobra! —exclamo sentándome y abrochándome con fuerza el cinturón de seguridad.

—¿Eso? —Señala la calzada—. Eso en Italia es normal.

—Ya. Y saltarse los semáforos en rojo, pero no estamos en Italia, Fran —le digo buscando su mirada.

—Cualquier día de estos te rapto y te llevo —murmura con gesto travieso mientras se incorpora al tráfico.

—¿A Italia? No hace falta que me raptés: yo me apunto a un bombardeo.

—Pues decidido. Hace mucho que no voy a mi isla. Me encantaría que la conocieras.

—¡Y a mí! —Mi mente empieza a buscar en el calendario el próximo puente de inmediato—. Semana Santa es la semana que viene y la siguiente es primero de mayo...

—Tenemos que esperar un poco más. No puedo irme, estando de baja.

—Pues más adelante. No pasa nada. Tengo días de vacaciones acumulados —le digo, ilusionada—. ¿Me llevarás a pescar? ¿Y a comer las pastas esas de limón de la panadería que me contaste? ¿Fran?

No me contesta. Le miro y en su rotundo perfil encuentro toneladas de ternura.

—Ojalá llevaras más tiempo en mi vida —murmura—. Con alguien como tú cerca, todo habría sido distinto.

—Yo podría decirte lo mismo.

Sonríe.

—Nos complementamos. Tú necesitabas impulso y yo, freno.

Se entristece de nuevo. Esa cara la he visto antes. En mi casa. Cuando me habló de su etapa en el Bayern de Múnich.

—¿Estás pensando en Alemania? —pregunto con cautela.

—Aprendes rápido, enana.

Pega un volantazo, cruza dos carriles y llegamos a la calle del restaurante, que está hasta los topes. El Don Giovanni es un restaurante italiano estupendo y una elección segura, pero la zona es residencial, así que encontrar aparcamiento se convierte en un infierno. Drago, ni corto ni perezoso, deja el Audi en doble fila y me anima a salir del coche.

—¿Y si te multan?

—Pues pago —dice como si tal cosa mientras recorremos los pocos metros que hay hasta la entrada.

—¿Y si se lo lleva la grúa?

—Pues pago un taxi y a alguien mañana para que lo recoja.

—Eres asquerosamente rico y te gusta, ¿eh?

—¿Y a quién no?

Nada más entrar, el chef sale a recibirnos con los brazos abiertos, literalmente. El tipo es un gran hombre, italiano, muy efusivo y bromista, que nos hace sentirnos como en casa al minuto. Charlamos un rato —bueno, charlan ellos, porque yo de fútbol ya sabéis que no tengo ni idea— y antes de sentarnos nos pide:

—Podríais haceros una foto *per* la nuestra nueva galería de la fama. —Señala sonriente una pared de la entrada.

Hombre, entiendo lo de Drago, pero ¿qué pinto yo en esa pared?

—¡Claro! —exclama Francesco agarrándome de la cintura y posando como mil veces ha ensayado.

Yo intento parecer alegre y relajada, pero estoy tiesa como un palo. Fran empieza a hacerme cosquillas y al final la foto sale estupenda y todo.

Ocupamos una mesa del concurrido comedor y, después, solo gemimos. Qué delicia de comida.

—Oye, ¿qué sabes de Sara? —pregunta Drago, que después de un buen plato de lasaña ha decidido volver a comunicarse.

—Pues no mucho, la verdad. —Me limpio las comisuras de la boca y dejo la servilleta junto al plato—. Sé que ha llegado bien y que tiene mucho trabajo en la feria de muestras.

—¿Y nada más?

—No, ¿por? —Levanto una ceja.

—A ver, no debería ser yo quien te lo contara, pero... Sara se fue a casa de uno de mis compañeros

después de la inauguración del Invictus.

—¿Ah, sí? Pues sí que es raro que no me lo haya contado ya.

—A lo mejor es porque no se fueron solos...

—¿No?

La melena negra de Drago ondula cuando niega con la cabeza.

—Se fue con el dueño de la casa, con otro amigo y con tres chicas más. Las que estaban en nuestra cama cuando llegamos.

—¿¡Con la Barbie farlopera!?

Drago rompe en carcajadas y le da un trago a su cerveza.

—Buena descripción, sí, señora.

—¡Pero si casi me pego con ella en el baño! —Me mira con los ojos muy abiertos, y me siento en la obligación de explicarme—. La muy zorra no salía de la cabina ni a tiros, y yo me estaba meando y... Bueno, a lo que íbamos, ¿qué más sabes?

—Nada más. Me fui poco después —me asegura, y sé que no miente. Que mal me huele todo esto.

—Voy a llamarla —digo muy convencida agarrando el bolso.

—Quieta, loca. Allí es de madrugada, espera a mañana.

Lo pienso un instante y claudico. Vale, tiene razón. Vuelvo a acordarme de la noche en cuestión y viene a mi memoria el incidente del vídeo que me grabaron mientras me daba el lote con Fabio. Para una vez que me suelto la melena... ¡Hay que joderse!

—Ahora me vas a preguntar sobre el vídeo, ¿verdad?

—Joder, Fran. Deja de leerme la cabeza, que me das mal rollo, en serio. O por lo menos cómprate una bola de cristal, así no se me olvidará. —Drago se ríe, y aprovecho para preguntarle muy bajito—: ¿Sabes algo de él? ¿Era muy porno?

—A ver... Según lo que me han contado... Muy porno, no. Era... apasionado. Pero no se te veía gran cosa. Las bragas, si acaso. —Rehúye mi mirada.

—Fran, no llevaba bragas: era un tanga de esos sin costuras.

Levanta las manos rindiéndose.

—Sí, vale, era bastante explícito. Pero, oye, olvídate ya. Tu John lo ha solucionado.

—Él no es *mi* nada.

—Pero lo será —vaticina.

Y no es que yo comparta sus creencias, ni las de nadie, pero empiezo a pensar que tiene razón cuando unas semanas más tarde llego a casa, con la misión de apoltronarme en el sofá y vegetar como es debido, y me encuentro en el salón a Leticia sentada en el columpio, mirando una caja que hay sobre la mesa como si fuera el Arca de la Alianza.

—Hola, Leti. ¿Has pedido algo por Internet? —le pregunto colgando mis bártulos en el perchero.

Ella piensa que no me doy cuenta, pero sé perfectamente que recibe con periodicidad artículos que compra por Internet y que llegan a casa sin ningún tipo de etiqueta.

—Es para ti —contesta sin salir de su ensimismamiento—. El remite es de una empresa de Nueva York.

Y llega tres meses exactos después de que John y yo nos conociéramos. ¿Casualidad? No lo creo.

—¿No lo vas a abrir? —me pregunta mi compañera de piso.

—Sí, pero... —¿Cómo le digo que quiero hacerlo en privado?—. Leti, ¿te importaría...?

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Tienes que dejarme que vea cómo lo abres, Vega.

Me lo pienso porque sé que no es por cotilleo, es que Leti es románticófica perdida, la pobre.

—Bueno, vale.

Me aproximo a la caja misteriosa preguntándome qué será y, por una vez en mi vida, mi retorcida imaginación no me ofrece ninguna respuesta. No tengo ni pajolera idea. Abro con nervios la caja y en su interior hay un montón de bolas de poliespán blanco. Más nerviosa todavía, revuelvo entre las bolitas y palpo un maletín. ¿Un maletín? Ahora sí que se me ocurren un par de ideas, pero me parece extrañísimo lo de ser superespía internacional...

—Ábrelo ya, ¡por dios! —chilla Leticia.

Desbloqueo los dos cierres del maletín, levanto la tapa y aparece ante mí una colección de discos de vinilo originales de Janis Joplin. Me llevo las manos a la boca y después estiro los brazos. Venid con mami, bonitos. Están todos: *Pearl, I Got Dem Ol' Kozmic Blues Again Mama!, Cheap Thrills...* Y perfectamente conservados. ¡Hasta hay uno firmado! Los acaricio e idolatro, y decido al instante comprarme un tocadiscos y pasarme horas y horas disfrutando de ellos.

—Mira, Vega. Hay una nota.

Estaba tan emocionada con mis niños que ni me había dado cuenta. Abro el sobrecito que me tiende Leticia con manos temblorosas y saco la pequeña nota manuscrita.

*«She's mad but she's magic,
there's no lie in her fire.
I miss you.
John».*

Reconozco la cita de Bukowski en cuanto la leo y me derrito por dentro. Sé que el eco de estas palabras resonará en mi memoria para siempre. Me llevo la nota al pecho. Es tal la presión que siento dentro de mi caja torácica que temo explotar.

—¿Es bonita? —pregunta Leticia frotándome la espalda.

—Muy bonita. —Inspiro hondo—. Voy a mi habitación a llamarle.

—Corre, se lo merece —me anima, y llena de emoción añade—: Y tú también te lo mereces, Vega.

Le doy un superabrazo, me pongo en pie con decisión y me encamino hacia el pasillo. Y me toca darme la vuelta porque el móvil lo he dejado en el bolso, que está colgado en el perchero de la entrada. Le dedico una sonrisa nerviosa a Leticia al pasar y, por fin, me adentro en mi templo. Me hago un ovillo en la butaca y le llamo.

Lo tiene apagado.

Supero la pequeña decepción y decido darme una ducha, que falta me hace, y seguir con mi plan de octogenaria. Carbohidratos y *Equipo de Investigación* de la Sexta.

Cuando vuelvo a mi cuarto tengo una llamada perdida, pero no es de John —oh—, es de Sara. Interesante. No se ha dignado en cogerme el teléfono estas semanas y los pocos mensajes que ha enviado se componían de monosílabos. Ni mis amenazas textuales ni mis chantajes emocionales varios han conseguido sacarle más de un «Estoy ocupadísima, cari». De hecho, regresó ayer, pero todavía no había dado señales de vida. Me temo lo peor después de lo que me dijo Francesco.

Le devuelvo la llamada a Sara y tras un par de toques me contesta muy alegre.

—Pensaba que no me lo cogías porque estabas dándole lo suyo a cierto brasileño, cari. ¿Te he interrumpido?

«No, cari, pero te has perdido lo mejor de la historia», me dan ganas de replicarle, pero como no quiero desviar el tema, me uno a su tono frívolo y le digo:

—No, Sarita, al brasileño ya le di lo que tenía que darle en el *Invictus*. Y tú, ¿qué tal? Me ha contado Drago que te fuiste muy bien acompañada.

—Vaya, ya se ha ido de la lengua tu amiguito... —dice mosqueada.

—¿Tendría que habérmelo ocultado?

—Sí, no es de su incumbencia.

—¿Y de la mía?

Se oye un sonoro suspiro al otro lado de la línea.

—Vente a casa, porfa.

—Vale.

—Y trae costillas de cerdo y todo el vino que puedas cargar.

—Sara...

—¡Tengo mono!

—Vaaale, llego lo antes posible.

La tengo mimada, lo sé.

Llego a su casa una hora después, con los encargos y sin noticias de John. He vuelto a llamarle, pero sigue teniendo el teléfono apagado. Y juro por la salud de mi vecino de arriba —el que da golpes a todas horas, ese— que no he pensado en ningún momento en que estuviera junto a la tal April Blunt, y mucho menos, con poca ropa. Para nada. Palabrita.

Al abrir la puerta del piso de mi amiga puedo constatar que algo va francamente mal. Huele a porro que alimenta, y Sara solo fuma hierba cuando tiene que sobrellevar algo muy duro, que se suele llamar «bronca con Marcos».

—¡Estoy aquí! —grita desde el salón.

Cruzo la zona que hace de recibidor, giro hacia la derecha y dejo las bolsas sobre la barra de la cocina.

—¿Cenamos aquí o en la mesita del salón? —pregunto dándome la vuelta.

La cocina y el salón solo están separados por un espacio ocupado por un escritorio que hay pegado a la pared, así que solo con girarme puedo ver el despojo humano que antes solía ser mi amiga.

Sara se levanta torpemente del sofá y avanza los pocos metros que nos separan cabizbaja.

—¿Me das un abrazo? —me pregunta haciendo un puchero.

—Claro, tonta.

Sara me da un abrazo de oso en el que me aprieta con todas sus fuerzas y yo la mezo, intentando que se encuentre reconfortada.

—La he cagado —dice separándose.

—Venga, mujer. Que no ha podido ser para tanto...

—Vega, terminé en una orgía con dos tíos y tres tías más.

—Ya, y una de ellas, la Barbie farlopera, que ya te vale, Sarita... Pero, bueno, es sexo consentido y entre adultos, ¿no? —Ella solo asiente—. ¿Cuál es el problema entonces?

—Pues que iba puesta hasta el culo y no tomé precauciones.

Me quedo petrificada.

—¿¡No usaste condón!?

Sara rompe a llorar. ¡Sara! Que no lloró ni cuando se separaron sus padres. Se pilló el pedo del siglo, eso sí, pero ni una lagrima surcó sus mejillas. Bueno, pues esa Sara se abandona en un mar de lágrimas delante de mí. Vivir para ver.

—Va, tranquila. —La abrazo de nuevo—. Ya no sirve de nada atormentarse. Ahora hay que afrontar los hechos y sus posibles consecuencias. —Voy pensando en voz alta—. Con un poco de suerte no habrá pasado nada, pero, por si acaso, tienes que hacerte pruebas.

—Ya lo sé. Mañana voy a pedir cita —dice entre hipos apartándose un poco.

—Muy bien, esa es mi chica. —La achucho de nuevo y le estampo un besazo en la frente—. ¿Cenamos? He traído costillas a la barbacoa y un Ribera del Duero.

—Vega —me dice muy seria—, ¿te casas conmigo?

Un par de horas después, atiborradas de comida, narcotizadas por el vino y puestas al día de nuestras respectivas vidas, damos por concluida la velada y nos vamos a la cama. Esta noche duermo con ella, ni se me pasa por la cabeza dejarla sola. Está hecha polvo. Se está dando cuenta de que su vena autodestructiva demanda cada vez más atención, y no sabe cómo pararla. A mí se me ha ocurrido que puede aceptar el puesto que le ha ofrecido la jequesa en Dubái, aunque solo sea una temporada, por cambiar de aires. Podría pedir una excedencia e intentarlo...

Un momento.

Creo que no sabéis de qué jequesa hablo, ¿verdad? Bueno, pues resumo, que estoy muerta de sueño: Sara está en el *stand* de su empresa en la feria de Dubái. Llega un cliente con su mujer, la jequesa — que en realidad no tiene ese rango, pero es el mote que le hemos puesto. Somos de pueblo, hay que entenderlo—, y esta alucina tanto con el conjuntito de ropa que lleva mi amiga que le ofrece un puesto como asesora de moda en su negocio de *vente privéé*. Sara se lo agradece, pero lo rechaza, y la jequesa insiste y le da su tarjeta.

¿A que no es tan mala idea lo de la excedencia? Y que conste que mandar a mi amiga del alma a tropecientos mil kilómetros de distancia no me apetece ni un poquito, pero tengo la corazonada de que funcionaría, no sé... Cambiar de entorno puede ayudarla a romper con sus malos hábitos. En Dubái seguro que están prohibidas las orgías...

—Duérmete ya, Vega —gruñe Sara, dándose la vuelta en la cama—. Cuando estás rumiando algo no paras de dar patadas.

—Sí, eso dice John.

—Oye, al final no has hablado con él.

—No, pero tengo un plan.

22

DE PORTADA

A las cinco de la mañana me despierta la alarma del móvil. Como una zombi, me arrastro por el vestidor de Sara hasta que localizo mi bolso. Cojo el teléfono, lo silencio, me pongo el primer abrigo que encuentro y salgo a la terraza. Hace fresquete, pero mi amiga tiene un oído supersónico y no me apetece ser el blanco de sus burlas si se me escapa alguna cursilada.

—¿Vega? ¿Va todo bien? —pregunta preocupado.

—Estupendamente.

—Entonces es que has tenido una noche muy larga....

—No, he puesto el despertador para llamarte.

—*Baby*... Siento no haberte devuelto las llamadas, pero estaba reunido y acabo de llegar a...

—John —le interrumpo—. Sí, tenía que hacerlo. Tenía que agradecerte tu regalo. Es... —Oh, oh, me voy a emocionar. Respira, Vega, respira—. Me ha gustado tanto que no sé ni cómo calificarlo... Y la nota... es tan bonita... Muchas gracias, de verdad.

—No me las des. Me he acordado de que te gusta Janis Joplin y mi asistente ha hecho el resto.

—No te restes importancia. Me ha parecido un detalle precioso. Y demasiado caro... Que solo acepto porque no pienso soltar esos discos ni loca —digo con una sonrisa, y casi puedo sentir la suya—. Bueno, y ¿qué tal va todo por allí? ¿Alguna amenaza internacional desmantelada?

—Siento decepcionarte, Vega, pero no soy James Bond —dice entre risas.

—No, tú eres mucho más guapo. —Se me escapa—. Pero eso estarás harto de oírlo...

—¿Y si solo me interesa oírlo de tu boca?

Un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—John, una cosita... —Cierro los ojos—. Cuando bajas tu tono de voz, ya de por sí grave, provocas en mí... —Me humedezco los labios.

—¿Qué te provoco? —susurra.

—¿Conoces el término «combustión espontánea»? *¿Self-combustion?* —John se ríe, pero no era broma: cualquier día ya veréis...—. No te rías, hablo en serio. Algún día moriré de un calentón y tú tendrás que llevar ese peso sobre tu conciencia.

—¿Calentón?

—Sí, ya sabes... —¿Cómo traduzco yo esto?—. *A very hot moment*...

—Entiendo... Pues tendremos que encontrar la manera de solucionar tus... calentones. Y los míos, ya de paso...

—¿Qué propones? —pregunto con libidinosa rapidez.

—Pues, ya que no puedo llegar hasta ti en un tiempo razonable, arrancarte las bragas y follarte como un loco, supongo que tendremos que improvisar...

—Me gusta eso de improvisar. —Trago saliva—. Pero estoy en la terraza de Sara... ¿Lo dejamos para esta noche?

—Entonces ya no sería improvisado. Además, voy a estar reunido. ¿Qué tal el viernes?

—He quedado con Drago. Por fin le han convocado para el sábado y está de los nervios.

—¿Irás a verle jugar?

Asiento con la cabeza.

—No he podido negarme. Y tampoco a la cena de después con los de su equipo.

—Entiendo —dice un poco seco.

—¿Ese cambio de tono ha sido por... celos? —pregunto con una sonrisa estúpida.

—¿Estará Fabio Souza?

—Seguramente.

—¿Volverás a beber absenta negra?

—¿Y tú cómo sabes lo de la absenta?

—Tengo mis contactos.

—Ya. Y David, una gran capacidad de observación y la boca muy grande.

John se ríe y me advierte:

—Puedo enviarle de espía.

—Estoy segura, pero no es necesario. Yo misma puedo informarte de que cenaré con Fabio, pero estaré pensando en ti.

Un golpe de aire se oye al otro lado.

—Estoy haciendo todo lo posible por volver a Madrid cuanto antes. —En su voz hay un matiz de disculpa.

—Te creo.

Y lo digo a corazón abierto. Me cuesta confiar en las personas, pero, cuando lo hago, es con todas las consecuencias.

A las seis de la mañana, con el día recién estrenado, termino de hablar con él, me vuelvo a la cama y duermo como una bendita. No se me borra la sonrisa ni cuando, una hora después, me despierto con Rosalía pegando gritos desde el móvil de Sara. *Con altura*. Lo malo es que ya no se me va la cancioncilla de la cabeza en todo el día. Ni en el siguiente. Cuando llego a La Finca el viernes y el taxi se detiene en la garita de seguridad que hay a la entrada de la urbanización, me identifico como Vega Rodríguez, muy amiga de Francesco Drago, y tengo que reprimirme para no añadir: «Y si es mentira, que me maten». La mañana del sábado casi suplico que alguien acabe conmigo: Drago me deja en casa antes de irse a la concentración y se despide con flores azules y quilates. Solo por eso, me planteo no acudir al partido, pero termino yendo.

Llego al estadio con el tiempo justo de que me ubiquen en el palco de los familiares, que está bastante desierto. Todo es muy guay y muy vip, pero yo preferiría estar en cualquier otra parte. No me gusta el fútbol, y me siento sola y fuera de lugar. Encima, el partido dura una eternidad —bueno, dura lo de siempre, pero me aburro tanto que se me hace interminable—, y lo peor es que, cuando acaba, todo el mundo sale en estampida, pero yo no sé dónde ir. No lo he hablado con Fran, y ahora no puedo llamarle porque estará en los vestuarios o atendiendo a los medios o quién sabe dónde... De modo que decido salir del estadio y esperar en la calle, antes de que alguien de seguridad venga a echarme por la fuerza del palco, pensando que me he colado.

Me uno a la marabunta de forofos que salen en riada del recinto deportivo y la abandono junto a la Castellana. Mis ojos vuelan por decisión propia hacia la acera de enfrente y localizan el Palacio de Congresos. Ahí. Justo ahí. En esa misma plaza fue donde conocí a John.

Saco el móvil, hago una foto al iluminado edificio y se la envío con un simple, pero no por ello menos sincero, «Te echo de menos». Hace solo unos meses y parece que haya pasado un siglo desde entonces. Visualizo a la Vega que huía aquella noche presa de la ira y el abandono y ya casi no me reconozco. No sabría decir si he avanzado, digievolucionado o me he superado de algún modo, pero me sorprende de que sí puedo afirmar, con honestidad, que ahora soy más feliz. Me siento más

completa, más segura de mí misma. Ya no tengo ganas de salir corriendo a esconderme. Tengo ganas de hacerlo, pero solo para poder llegar más deprisa al siguiente destino, al siguiente paso del camino. De mi camino. Que ya no es gris.

Un rato largo después, cuando ya casi no hay forofos por los alrededores, unos fuertes pitidos me arrancan de mis pensamientos. Diviso, junto a la acera, el coche de Francesco. Corro hacia él y me meto en el asiento del copiloto.

—Me encantaría darte la enhorabuena, pero sois unos paquetes. Mira que perder con...

—Vega —me interrumpe—, Fabio viene con nosotros.

Hace un gesto con la cabeza hacia los asientos traseros del coche, sin dejar de mirarme a los ojos. Pero yo no puedo andar jugando a los médiums ahora, y menos cuando estoy en el mismo habitáculo que el carioca que me metió la lengua hasta la campanilla.

—Hola —acierto a decir.

—Hola, Vega, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. Oye, siento lo que he dicho.

—No te disculpes. Tienes razón: hemos jugado fatal. —Sonríe.

—Bueno, ¡basta de lamentos! Ahoguemnos las penas en vino y buey —sentencia Drago, el intensito, y se incorpora al tráfico.

Pone *Pretty Vacant*, de los Sex Pistols, a todo volumen y me dice sin que Fabio pueda oírlo:

—Quiere hablar contigo.

—¿De qué? —pregunto nerviosa.

—Tranquila, todo irá bien. —Me aprieta la rodilla—. Por cierto, tu cara mientras esperabas me ha encantado. John es muy afortunado, *bella*.

—Esta vez te equivocas, Francesco. Mi cara no era por John, era por mí.

—Eso me hace feliz. Muy, muy feliz —afirma orgulloso.

Al poco llegamos al restaurante. La calle está llena de fotógrafos haciendo guardia. Es típico que los jugadores vengan aquí a cenar después del partido, y, por lo visto, están esperándolos.

—Voy a aparcar detrás —murmura Drago.

Con una de sus maniobras temerarias se interna en la calle trasera y estaciona el coche entre las líneas de dos aparcamientos.

—Voy adelantándome, chicos. Ahora os veo. —Quita las llaves del contacto, se baja del coche y nos deja a solas. Fabio asoma su melena rizada entre los asientos delanteros.

—Quería hablar contigo de lo del vídeo. —No, mierda, ¡el vídeo! Me muero de vergüenza—. Aunque no fue cosa mía, me siento responsable porque ocurrió en mi local.

—Tranquilo, no te culpo.

Y es cierto: en ningún momento se me ha ocurrido pensar que él tuviera algo que ver.

—Te lo agradezco —dice con una sonrisa—. Como comprenderás, a mí tampoco me hizo ninguna gracia... Lo del vídeo —puntualiza—. El resto estuvo genial.

—Fabio...

—Ya, ya. Me lo ha contado Drago. Lo tuyo con el americano... —me aclara—, pero si alguna vez vuelves a enfadarte con él...

—Espero que no vuelva a pasar.

—Tendré que aprender a vivir con ello... —Da un profundo suspiro, claramente sobreactuado, y me pregunta—: ¿Amigos?

—Amigos —asiento sonriente.

Me da un beso tierno en la mejilla y salimos del coche.

Me gusta la gente como Fabio. Y no solo del modo que estáis pensando —cochinas—. Me refiero a que me gusta la gente que no es capaz de dejar las cosas a medias, que tiene la valentía de afrontar los hechos y aclararlos; solo por su conciencia, solo movidos por su idea de moral. Vamos a ver, Fabio no tenía ninguna necesidad de darme explicaciones, por lo que supongo que, si lo ha hecho, ha sido por su tranquilidad y por la mía, ¿verdad? Pues eso, en el mundo en que vivimos, es de agradecer, no me diréis que no.

La cena resulta tan entretenida como el partido, o séase, un coñazo. Ellos no hablan más que de fútbol y de coches y ellas directamente no me hablan: no deben de querer juntarse con la chusma. Afortunadamente Francesco se apiada de mí y nada más acabar los postres anuncia que nos vamos. Intentamos salir con discreción por la parte trasera del restaurante, pero los fotógrafos deben de haberse oído la tostada y nos están esperando junto al coche de Drago. En cuanto los veo me quedo paralizada. Soy consciente de que son solo luces lo que disparan, pero me resultan tan agresivos su trato y su manera de preguntar y de empujarse para conseguir la mejor instantánea que me siento atacada.

Francesco me pasa un brazo por los hombros y me obliga a moverme hacia el coche.

—¿Sois novios? ¿Desde cuándo salís?

—¿Cómo te llamas? ¿Qué es lo que más te gusta de Drago?

—¡Drago! ¿Es cierto que el hijo que espera Ania Yokorskaia es tuyo? ¿Te vas a hacer las pruebas de paternidad o te niegas a reconocerlo?

—¿Y tu lesión? ¿Vas a poder llegar al mundial? Dicen que el seleccionador ya está buscándote un sustituto...

Entre empujones llegamos al vehículo. Nos metemos en él como buenamente podemos y salimos, haciendo ruedas, a la calle principal.

—*Vaffanculo!* ¡¡Carroñeros!! —grita Drago.

—Joder, son muy agresivos. No sé cómo los aguantas.

—No tengo más remedio. —Bufa—. Si me doy media vuelta y les contesto como me apetece, que es lo que buscan, mañana estará en todas partes, el club me sancionará y mis contratos publicitarios se irán a tomar por culo.

—Menuda mierda, Fran.

—Pues sí, *bella*. Una mierda muy grande. —Bufa de nuevo—. Te insultan en la cara, te acosan, dicen de ti lo que les da la gana y tú no puedes hacer otra cosa que denunciarlos y esperar. Es muy frustrante. —Se agarra al volante con fuerza y comienza a morderse el labio inferior compulsivamente—. Siento que relacionarte conmigo traiga esto a tu vida...

—¿A mi vida? No, Fran, yo no soy nadie. —Intento tranquilizarle poniéndole una mano en el hombro—. A quien acosaban, por desgracia, era a ti.

—Vega —dice con cautela—, es muy probable que a partir de ahora no sea así. Van a querer saber quién eres. Hace mucho que no salgo en la prensa con nadie, y encima ahora con lo de la rusa... ¡Que no es verdad! —Busca mi mirada.

—Te creo, tranquilo. ¿Ha sido ella quien ha sacado el rumor?

—Eso parece.

—Qué puta —mascullo entre dientes.

—No, *bella*. Las putas solo alquilan su cuerpo; lo de esa tía es pura maldad.

Me deja en el portal de casa poco después. Subo al piso con cierto desasosiego, y, para variar, estoy sola. Me siento rara y un poco triste. Tengo miedo de que las sospechas de Francesco sean ciertas y me vea engullida, sin quererlo, en el mundo del papel cuché. Mi vida ya está bastante alterada

últimamente como para que tenga que preocuparme por los medios de comunicación. Y, además, es tan absurdo... ¿Quién se va a interesar por mí?

Me arrastro hasta mi dormitorio y pongo muy bajito a Bill Withers, a ver si él consigue apaciguarme. Me acurruco en la butaca y, sin querer evitarlo, me pongo a pensar en John. ¿Qué estará haciendo ahora? ¿Estará en su piso, relajándose? ¿En el gimnasio? ¿Habrá vuelto a quedar con la tal April?

Me levanto de la butaca, cojo el móvil y veo que tengo unos wasaps suyos en contestación al de mi foto del Palacio de Congresos.

*La mejor noche de cumpleaños.
Llámame luego, please.*

Pulso el icono de llamada y al tercer tono me responde una voz profunda y grave:

—John Taylor, agente especial.

Una carcajada se me escapa.

—¿Se te ha ido la mano con el pacharán?

—No, pero estoy a punto de volverme adicto. Ahora no bebo otra cosa.

—Seguro que sí.

—¿Dudas de que me haya enganchado a cualquier cosa que me recuerde a ti?

Su pregunta, aunque bonita, no es ninguna declaración de amor. Hasta utiliza un tono que sugiere más broma que confianza, pero... Un nudo enorme se me instala en la garganta y una emoción desconocida, en el pecho. La intensidad de lo que John me provoca crece con cada conversación, cada día que pasa, cada minuto. Lo que siento por él se está convirtiendo en algo más que interés y deseo. Lo veo tan claro que, por un instante, me paralizó por el miedo. Si dejara de cuidar lo que está sembrando en mí, el erial que provocaría su ausencia sería tan grande como el Sáhara.

—Vega... —me llama.

—No me hagas daño, por favor —susurro sumida en mis pensamientos.

Un silencio me responde. Y no me extraña. Si yo fuera él, estaría pensando que hay un cruce de líneas. O que mi pareja está mucho más trastornada de lo que me creía...

—Haría lo que fuera por que nada te pasase, por que nada te hiciera daño —dice con vehemencia —, pero no puedo prometerte que no vaya a cometer errores. Mi vida es muy complicada, Vega.

—No te estoy pidiendo nada. Si acaso, que seas sincero conmigo. Que, si en algún momento tus sentimientos hacia mí cambian o algo sucede, que seas capaz de contármelo sin mentiras ni omisiones.

—Te doy mi palabra. *No lies. Never.*

Suelto el aire que retenía despacio y, al instante, me relajo. Le creo. Sé que puedo confiar en él, y eso me causa un profundo alivio.

—Me encantaría quedarme en línea contigo. Aunque fuera sin decir nada, pero...

—Tienes que irte, lo entiendo: los agentes especiales siempre andan muy mal de tiempo. ¿Qué nueva aventura te requiere?

—De aventura, nada; es solo un acto benéfico con diplomáticos en el Plaza.

—¿Irá...? ¿Cómo se llamaba? ¿La hija del senador...?

—April.

—Esa.

—¿Por qué te interesa?

—Curiosidad.

—¿Mezclada con un poquito de celos?

—Yo no soy celosa.

—No, claro que no. —Le imagino sonreír—. Entonces no te importará que te cuelgue sin contestar.

—De verdad que era solo curiosidad...

—Está bien. Pues que descanses, *baby*.

Y me cuelga, el muy sinvergüenza.

23

LA PURGA

Aviso importante: la autora de este libro no se responsabiliza de las reacciones causadas por el presente capítulo. En él se pueden encontrar palabras malsonantes, agresiones, ataques de histeria, amenazas, incitación al consumo de sustancias estupefacientes y demás atrocidades. Las lectoras menores de dieciocho años —que, como se entere vuestra madre de lo que estáis leyendo, ya veréis— deberán saltar este capítulo y retomar la lectura en el siguiente. Disculpen las molestias.

¡¡¡Menuda putamieeerd de mes he pasado!!!

Es que ni os lo imagináis, de verdad.

¿Que qué ha ocurrido?

Pues nada, que yo vivía feliz y contenta —a ratos— hasta que a unos cuantos *paparazzi* muy mal follados les ha dado por convertir mi vida en un infierno.

¡EN UN JODIDO INFIERNO!

En el que no puedo salir a la calle sin encontrarme una cámara, un móvil o un teleobjetivo apuntándome. ¡A mí! ¡Que no soy nadie! Que mi vida no le interesa ni a mi madre —bueno, ahora sí, que salgo por la tele—, que no estoy ganando ni un puto duro con esto y... ¡Que me están amargando la existencia ya! ¡¡Joder!!

Estoy muy alterada, me disculpo de corazón y espero que podáis perdonarme. Al final voy a terminar haciéndole caso a Leticia y tirando de Trankimazin, o a Sara y fumarle un porro del tamaño de mi brazo. Lo que sea con tal de sosegarme un poco, porque esto no es vida. Así no llego a los cuarenta ni de coña.

¡QUÉ PUTO CALVARIO!

Y qué ganas de llorar de rabia e impotencia.

Solo puedo pensar que, si se dieran cuenta, durante un segundo, del daño que causan, dejarían de joderle la existencia a la gente como lo hacen. Quiero creer eso. Me agarro con los dientes a pensar que existe alma dentro las personas que están acosándome, porque como me dé por pensar lo contrario, me lo monto en plan *La purga* y me lío a matar *paparazzi* hasta que despunte el día.

John me ha ofrecido protección. ¡A mí! Me ha visto tan superada por los acontecimientos que ha creído, seriamente, que necesitaba un guardaespaldas. Y no es porque me haya tomado especialmente mal toda esta mierda, no, es porque hasta he llegado a recibir amenazas. ¡Amenazas! ¡A mí! Y no una ni dos, qué va. Han llegado decenas, y por todos los medios: cartas anónimas en el buzón, llamadas al fijo de casa, al móvil, mensajes intimidantes... Unas veces me ponen de puta para arriba y otras veces me advierten de que tenga cuidado. ¿Cuidado de qué? ¡Si ya tengo la vida hecha una porquería! ¿Qué más me puede pasar?

Francesco se ha liado a meter denuncias a diestro y siniestro y no ha parado de gritar que no va a dejar títere con cabeza. Ha llegado a tal punto de histerismo que he estado tentada de llamar a John y pedirle que en vez de un guardaespaldas me mande un exorcista. Y no bromeo, es que no se me ocurría nada mejor para que convirtiera a semejante amasijo de músculos y nervios en el que solía ser mi amigo. Sara, harta de no poder ni subir a mi casa a verme, la semana pasada se lió a tortazos con una reportera en el portal. Lo que le faltaba a la pobre, después del disgusto que le dieron en la

clínica. Resulta que hubo un problema con las muestras que le sacaron y ha tenido que repetirse los análisis, así que todavía está esperando saber si pilló la triquinosis la noche del Invictus. Hasta Leticia ha tenido problemas por los comemierda que están comerciando con mi vida privada. La han visitado varios padres pidiendo explicaciones sobre su relación conmigo e incluso un alumno ha causado baja en su jardín de infancia. Ella no le ha dado importancia, pero yo... yo ya no sé dónde meterme.

En mi trabajo ya ni os cuento. Durante el último mes, los de seguridad se han tenido que dedicar a echar a los fotógrafos que se colaban de las formas más dispares en el edificio. Mis compañeros con sus cuchicheos, mi jefe con sus bromitas —que no tienen ni puta gracia— y Arturo Díez de Pijolandia, intentando ligar conmigo hasta por *mail*, porque se la debe de poner dura eso de levantarle la novia a un futbolista de élite.

En Internet no he querido ni entrar. Sara me ha dicho que tengo las cuentas de Facebook y de Twitter colapsadas con mensajes de gente de la que ya ni me acuerdo y que ahora que soy... popular me manda mensajes de apoyo como si fueran íntimos amigos míos. Lo que Sara no me ha dicho es cuántos de esos mensajes no son de apoyo, sino todo lo contrario. En fin...

¿Que cómo se ha montado semejante follón solo por salir en los medios como la nueva novia de Drago? Pues porque la muy... la muy... ¿Cómo definirla? Porque ya no me quedan ni insultos para calificar a la tiparraca rusa. Bueno, uno sí: la pedazo de CABRONA que dice que está embarazada de Drago, Ania Yokorskaia, que nada más salir nuestras fotos a la luz se ha dedicado a conceder entrevistas y hasta ha dado una rueda de prensa —que ni que fuera el Papa— poniendo a Francesco de padre irresponsable y a mí de destrozahogares. ¡Tócate *to* lo negro!

¡PERO QUE NI SIQUIERA ESTÁ EMBARAZADA DE FRAN!

Incluso dudo mucho que sepa quién es el padre de su hijo.

¿Cómo es posible que haya gente que sea capaz de montar un espectáculo de tal calibre solo por dinero? «Por el maldito dinero», que cantaba Amparanoia. ¿Es que no tienen vergüenza, ni conciencia ni nada que se le parezca? ¿Es que todo vale? ¿Es que forrarse a costa del sufrimiento de los demás es acaso una opción? Pues debe de serlo, porque aquí estoy, el peor sábado de mi vida, con un bajón de mil demonios, porque, claro, por algún lado tenía que salir toda la ansiedad acumulada. Me he levantado con una angustia en el pecho que no recordaba desde el viaje a Ginebra. Me he sentido asfixiada, sitiada dentro de casa. He necesitado correr, escapar, huir. Me he intentado encontrar vistiéndome con mi antigua ropa. Los vaqueros rectos, una camiseta ancha, las Converse y una gorra calada hasta las cejas. Y me he sentido camuflada. Esa ya no era yo.

Pese a todo, el disfraz ha sido efectivo y he podido escabullirme del acoso de la prensa, meterme en el metro y llegar sin incidentes hasta el Thyssen. Tengo que ver a *La pelirroja*. Esta vez no me entretengo en disfrutar de las salas y sus tesoros, no he venido a eso. Saludo de lejos a Ana, la bedel, y dirijo mis pasos hasta el cuadro de Toulouse-Lautrec. Mis ojos recorren cada centímetro del lienzo, empapándose de la belleza de sus trazos, de la luminosidad de sus colores... Consigo abstraerme y me concentro en ella, en la mujer que me ha dado consuelo tantas veces. Es tan bonita... Su piel blanca, su gesto sereno... Es curioso, pero hoy no me resulta una mujer melancólica y desvalida. Hoy la veo en paz, tranquila, no tengo ganas de llorar cuando la miro...

—Vega.

Me doy un susto de muerte al oír mi nombre. O estoy teniendo alucinaciones sonoras o me han encontrado los *paparazzi*. Pero si fueran ellos no susurrarían mi nombre como lo han hecho...

Me giro temblorosa y mis rodillas me fallan cuando descubro quién me llamaba.

—Oh, joder —gimoteo.

John me abraza con fuerza.

—Shhh, *baby*. —Me acaricia la cabeza—. Tranquila, todo va a ir bien... Tranquila.

Hundo mi cabeza en su pecho y busco en su olor y en la calidez de su cuerpo el refugio que tanto he necesitado estos días. Y lo encuentro. Creo que nunca me he sentido más segura que entre sus brazos. Me aparto para mirarle. Él me sonríe con ternura y me regala un dulce beso en la frente.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. Me dijiste que no regresarías hasta la semana que viene.

—Así era, pero, con todo esto a tu alrededor, no he podido esperarme más.

—Te lo agradezco un montón. Necesitaba verte.

—Yo también. —Me abraza con más fuerza—. Cada vez que hablaba contigo, solo pensaba en la manera de llegar hasta ti lo antes posible. Ayer finalmente pude cerrarlo todo y cogí el primer vuelo a Madrid. Te he llamado en cuanto he aterrizado, pero...

—Me he dejado el móvil en casa. No paraba de sonar y quería desconectar un poco.

—Me lo ha dicho Leticia cuando he ido a tu piso. —Me mira y me acaricia la mejilla—. Así que es aquí donde vienes a esconderte del mundo...

Asiento y señalo a mi amiga imaginaria.

—Cuando estoy de bajón, visito a *La pelirroja*.

—Es un cuadro muy interesante. —Observa el lienzo.

—Sí —digo escuetamente. No pienso contarle nada acerca de mi relación metafísica con ella. No quiero que me ingrese en un sanatorio mental—. ¿Nos marchamos? —le pregunto.

—Vale —dice de forma estridente, robándome una carcajada—. Eso está mejor.

Salimos del museo por un acceso reservado para las autoridades, en un coche de alta gama negro, con las lunas tintadas y conducido por un chófer, por supuesto. Al estilo de John Taylor.

—Al hotel —ordena antes de elevar el cristal oscuro.

El vehículo empieza a moverse por el paseo del Prado. Me desabrocha el cinturón de seguridad, que yo, muy precavida, me había colocado nada más entrar, tira de mí con suavidad y me cobija junto a su cuerpo, pasando su brazo derecho por encima de mis hombros.

—Necesito hablar contigo de algo —me dice en voz baja.

—No estoy para muchos sustos...

—De eso quería hablarte precisamente. —Me mira con atención—. Creo que tengo la forma de que el acoso mediático acabe.

—¿Sí? —pregunto sorprendida.

—He contactado con una persona que me ha asegurado que puede conseguirlo —me dice con cautela—. Solo es cuestión de una llamada, pero quería hablarlo antes contigo.

—¿En serio? Solo una llamada y ¿ya está? ¿Todo resuelto? —pregunto con los ojos como platos. John asiente y yo... yo lo flipo. Me aparto unos centímetros, mientras intento entender el tema—. Supongo que si haces esa llamada estarás debiéndole un favor a alguien, por mi culpa, y no lo veo justo. Te mentiría si te digo que no estoy deseando que todo esto termine, pero no quiero que te veas involucrado. Además, Drago ya se está ocupando legalmente; solo es cuestión de tiempo...

—Que la justicia actúe tardará más de lo que puedas imaginarte. Además, con la legislación española, no hay mucho que hacer. Ellos tienen derecho a fotografiarte en la calle.

—Ya, es una vergüenza, ¿a que sí? —pregunto indignada perdida—. Me he informado y en Francia, por ejemplo, si alguien te saca una foto sin tu permiso, le puede caer un paquete de no te menees. Aquí, sin embargo, ese tipo de acoso no es un delito.

—Por eso es realmente necesaria esa llamada. No veo otro modo de pararlo, y, créeme, he intentado encontrarlo.

—Te creo. —Le miro a los ojos—. Y te agradezco mucho que quieras ayudarme, pero no me

gustan ni un pelo estas cosas, los tratos de favor, el tráfico de influencias y todas esas mierdas...

—No hay más opciones, Vega.

Muy a mi pesar, también le creo. Hago un puchero.

—Si me los cargo, ¿me sacarías de la cárcel?

—Sería un poco más difícil. —Sonríe.

—Gracias —susurro.

Niega con la cabeza.

—¿Todavía no has entendido que haría lo que fuera por ayudarte?

Me mira a los ojos con una intensidad demoledora y le beso. No encuentro una manera mejor para transmitirle cómo me hace sentir que me cuida, que se preocupe por mí, que me demuestre que soy importante para él.

—Te he echado mucho de menos —murmuro entre besos.

—Y yo a ti.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

Se separa unos centímetros y baja la mirada.

—Eso nunca lo sé con seguridad. En principio estoy en Madrid hasta final de mes, aunque iré unos días a Londres, y no sé si deberé regresar a Rabat. Pero, si ocurre algún imprevisto, tendré que ir a...

—Piensa un segundo y sonríe levemente al mirarme—. A apagar el fuego, donde sea necesario.

—Bueno... —digo, tragándome la decepción—, esperemos que no ocurra nada.

—Me encantaría poder quedarme sin límite de tiempo aquí, contigo. Pero esta es mi vida, Vega.

—Encontraremos la manera —susurro, intentando sonar convincente.

Al llegar al hotel Wellington, cruzamos el *hall* bajo las miradas de gran parte de la clientela y el *staff* —una gnoma disfrazada de guerrillera kurda acompañada de un adonis con traje de firma es para quedarse mirando, lo entiendo— y nos detenemos frente a la puerta del ascensor.

—Creo que no vas a poder alojarte aquí más.

—¿Por qué lo dices? —pregunta extrañado, apretando el botón de llamada.

—¿Has visto cómo nos miran? —Me quito la gorra e intento darle forma a mi melena—. Tu reputación acaba de caer en picado.

—¿Por tu ropa? —Me agarra de la cintura con las dos manos y me acerca su cuerpo—. A mí me gusta. Sobre todo, tu sudadera de la universidad —me lanza una mirada explícita—, aunque huela a colomocho.

—Calimocho. —Sonríe y me cuelgo de su cuello. Enredo los dedos en el pelo de su nuca y le doy un besito, mucho más casto de lo que me apetece.

—Como se diga... —Desliza las manos hasta mi trasero.

Después de entrar en el ascensor, me empuja suavemente contra la pared del fondo y presiona su cadera contra mi abdomen. Su paquete me confirma que está encantado con mi *look*. Hunde la cabeza en mi cuello para dejar una estela de besos húmedos. Me agarro de las solapas de su chaqueta y busco su boca, que me recibe abierta. Mi culo vuelve a ser el foco de sus caricias. Su lengua me está volviendo loca.

El timbre del ascensor nos saca de nuestro *very hot moment*. John me agarra con fuerza de la mano y camina con pasos largos y decididos por el pasillo, y yo correteo intentando seguirle el ritmo. ¿Tenemos prisa o solo me lo parece a mí?

En cuanto entramos en la *suite*, no me puedo aguantar más y me lanzo como una desesperada a sus brazos y a su boca. Me enrosco en su cuerpo y le sobo todo lo que pilla al paso.

—*Baby, please* —me ruega jugando con mis labios—, tengo que hacer esa llamada.

—¿Y no puede ser después, *please*? —suplico mientras me froto contra él.

—Vega... —me advierte.

Y acto seguido se separa, resoplando. Hago un puchero. Él sonrío levantando únicamente la comisura derecha de la boca, me acaricia con ternura la mejilla, se da media vuelta y se acerca al ventanal del salón, sacando el móvil del bolsillo interior de su chaqueta.

¡Hay que joderse! No contentos con destrozarme el mes, también me boicotean mi reencuentro con John. «Prensa del corazón» la llaman... Pues yo no le veo el corazón por ningún sitio.

LA PROMETIDA

Tomo aire varias veces, en un intento por bajar el megacalentón que tengo encima, y me acerco a la zona de los sofás del inmenso salón de la *suite*. Coloco mi bolso bandolera encima de la mesa de centro y me siento en el sofá más grande mientras oigo, de fondo, hablar a John en inglés:

—Soy John Taylor, de Taylor Group. Llamo en nombre del señor Lawrence. Le informo de que, desde este momento, la señora Vega Rodríguez es un sujeto de categoría cero. —Se hace un pequeño silencio—. Sí, categoría cero, lo ha oído perfectamente. —Vuelve a callarse—. Disculpe, pero creo que no ha entendido bien el motivo de mi llamada. No le estoy pidiendo que lo considere; le estoy dando instrucciones para que lo ejecute. —Otro silencio—. Eso es, de inmediato. —Mira en mi dirección y me sonrío levemente—. Bien, cuento con ello. Buenos días.

Me obligo a devolverle la sonrisa, aunque estoy muy consternada. Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero «sujeto de categoría cero», nunca. John abandona su Smartphone encima de la mesa del comedor, se quita la chaqueta, la coloca en el respaldo de una de las sillas contiguas y me mira con atención metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Todo bien?

—Sí. —Trago saliva y me obligo a centrarme en la llamada y no en cómo le queda la camisa a medida—. Es que no me gustan estas cosas.

—No le des más vueltas. Ya está resuelto.

Camina unos pocos pasos y señala el minibar.

—¿Te apetece tomar algo?

—Vale.

Me acerco al mueblecito y abro la nevera que tiene integrada.

—Anda, hay pacharán.

—Te dije que me había enganchado por tu culpa. —Se coloca a mi lado—. ¿Sirvo dos?

—Por favor.

John coge un par de vasos, los llena y me ofrece uno; lo choca contra el suyo antes de murmurar:

—Por las próximas horas.

Le doy un trago al pacharán y noto que empiezo a ponerme nerviosa; la expectación me está matando. Bueno, la expectación y el tener a John a escasos centímetros vestido con pantalones grises, camisa blanca y corbata azul —que no hace falta que os cuente cómo conjunta con sus ojos—, recordándome que se ha enganchado al pacharán por mi culpa y brindando educadamente por el polvo que estamos a punto de echar.

—Tengo que darme una ducha —susurra—. ¿Me consientes un capricho? —Trago saliva y asiento—. Espérame en la cama.

El sonido del agua en el baño me saca de mi desconcierto. Estoy plantada en medio del salón y no sé muy bien por dónde empezar. Me ha pedido que le espere en la cama, pero ¿cómo? ¿Me tumbo encima vestida, en plan la maja de Goya? No sé, no lo veo, la verdad. Por mucho que John diga que le gusta mi ropa, no veo yo muy erótico que te espere una mujer en la cama vestida con estas pintas. Y, además, si no me desnudo yo, lo tendrá que hacer él; con lo que volverá a ver mis bragas blancas de

algodón, que el primer día tenía excusa para llevarlas porque estaba en mi casa, pero que para salir a la calle no deberían estar permitidas...

Vale, decidido, me desnudo yo.

Me quito la ropa, la dejo debidamente doblada en el pie de cama, con las bragas antimorbo escondidas a buen recaudo en uno de los bolsillos de los vaqueros, y las dudas vuelven a aparecer. Y ahora, ¿qué? ¿Me tumbo encima del edredón con pose seductora a esperarle? No, ni pensarlo, me moriría de vergüenza. Mejor me meto debajo de las sábanas y me tapo hasta las cejas y ya, si eso, que John me busque.

—Espero que no te hayas dormido —dice al salir del baño.

Me incorporo, cubriéndome el pecho pudorosamente, y mi mandíbula se descuelga hasta el *ball* del hotel por la imponente presencia que tengo delante: John Taylor, mojado y cubriendo su escultural cuerpo con una escueta toalla blanca enrollada a su cintura. No os digo más.

—No, estoy despierta. Muy despierta —dice mi subconsciente, porque yo sigo babeando.

No se puede estar más bueno, es imposible. Ningún hombre sobre la faz de la Tierra debe de poseer esos abdominales tan definidos, esos brazos tan perfectamente cincelados, esos pectorales tan trabajados.

—¿Muy despierta? —Sonríe de medio lado y se acerca a la cama—. Vamos a ver si es verdad.

Tira de las sábanas blancas, y, por instinto, me pongo boca abajo intentando esconder las vergüenzas.

—No te des la vuelta, *please*.

Le obedezco sin mucha decisión y me coloco de lado, dirigiendo mi cuerpo desnudo hacia el lado de la cama donde él sigue de pie y con la toalla puesta.

—Mucho mejor —aprecia. Y me recorre entera con su mirada. De los pies a la cabeza. Tomándose todo el tiempo del mundo y deteniéndose finalmente en mis ojos—. *Absolutely gorgeous*. —Me sonrojo. Es ridículo, lo sé, pero me siento cohibida—. ¿No estás de acuerdo?

—John...

—Mira.

Su toalla cae al suelo. Su completa erección me saluda.

—¿Tú crees que estaría así si no me parecieras preciosa?

—Quizás tienes algún fetiche raro, no sé... —digo sin pensar, ensimismada en su cuerpazo.

John se sube a la cama antes de pedirme en voz baja:

—Tumbate boca arriba.

Obedezco, ahora sin dudarle. Necesito esa erección dentro de mi cuerpo y estoy dispuesta a lo que sea.

—Vamos a hacer algo para que me creas. Te vas a quedar así descansando, quietecita, y yo voy a disfrutar de tu precioso cuerpo hasta que te convenzas de que lo que te digo es cierto. ¿Vale?

—Vale.

Ahora mismo, como si me pide que me haga trapeicista. La respuesta es: sí a todo.

—*Well*, ¿por dónde empezar? —Desliza la lengua por su labio inferior y vuelve a recorrer todo mi cuerpo con la mirada. Me agarra el pie derecho. Lo coloca a la altura de su cara y lo examina—. ¿No te resulta bonito?

¿En serio? Vamos a ver, que es un pie. Bonito no puede ser, lo mires por donde lo mires.

—Pse... —siseo.

—No estamos de acuerdo. A mí me parece un pie realmente sexy. Pequeño, suave... —Lo acaricia, se lo lleva hasta la boca. Me lame despacio el empeine, lo que me provoca, para mi sorpresa, una

oleada de calor que conecta directamente con mi sexo—. ¿Sigues sin ver lo sexy que es este pie?

—Sí, sí, lo que tú digas...

John me sonrío y continúa con su misión. Acaricia mis piernas, desde los tobillos hasta las rodillas, palpando cada centímetro de piel.

—Tus piernas me vuelven loco. Firmes... Sedosas... Pienso a menudo en lo que siento cuando las cruzas en mi espalda, mientras me hundo dentro de ti. —Avanza con sus manos más allá de mis rodillas—. Tus muslos... Mmm... Los miro y no puedo contener las ganas de enterrar mi mano entre ellos. —Lo hace—. ¿Ves cómo se aprietan, cómo me atrapan? Tus piernas son un puto regalo del cielo.

Cierro los ojos con fuerza e intento controlar mi respiración. Necesito concentrarme, relajarme, o mis peores temores se materializarán: entraré en combustión espontánea en cualquier momento.

Noto cómo John se incorpora. Se coloca de rodillas entre mis piernas, con su erección casi rozando mi sexo, y empiezo a sentirme tan desesperada que no puedo hacer otra cosa que suplicarle:

—Por favor, John.

—Abre los ojos, *please*. —Le miro y me sonrío—: ¿Qué quieres?

«¿¡Tú qué crees!?» me dan ganas de gritarle, pero solo le digo:

—A ti.

—A mí ya me tienes. —¡Pam! Acabo de morirme—. Pídeme exactamente lo que quieres ahora.

Alzo las caderas, buscando su miembro.

—Quiero dejar el juegucito y que me folles.

No reconozco ni mi voz. John sonrío abiertamente. Agarra con firmeza su erección y la desliza por mi sexo mojado.

—No te imaginas cuánto me gusta sentirte tan mojada...

—Por fav...

No me da tiempo a terminar la palabra cuando John entra en mí de un golpe y hasta el fondo, muy al fondo.

¡Oh, señor! Cómo he podido estar sin esto tanto tiempo...

Ambos gemimos con la boca abierta, nos sonreímos y yo levanto las caderas buscando un segundo envite.

—Shhh, despacio... Hagamos que dure.

Le doy a John el momento que necesita, esperando que luego él me dé a mí lo que tanto ansío. Sexo del bueno, del que se entrega desinteresadamente, del que disfrutas hasta quedar afónica.

Tras unos segundos, un lento bamboleo de caderas me pone la carne de gallina. John entra y sale de mí, recreándose en toda la extensión de su miembro. Controlando. Empiezo aacompañarme con sus embestidas y un gruñido de su garganta indica el cambio el ritmo. El control se evapora a medida que nuestras pieles se humedecen. El ambiente se llena de olor a sexo, a sudor y a urgencia. John fija su mirada en mi cara e inicia una serie de estocadas deliciosamente brutales que me obligan a colgarme de su cuello con los brazos y a buscar con desesperación su boca. Si me folla de esa manera, solo puedo devorarlo.

John gime y empuja con más fuerza, con más ganas, mientras desliza sus manos por debajo de mis muslos. Me agarra con rabia el trasero y levanta mi cuerpo, pegándolo más al suyo, profundizando la penetración.

—¡Sí, John, sí! —jadeo entre sus labios.

—Dilo otra vez. —Me pide acelerando las embestidas—. Dilo, Vega. Di mi nombre.

Más que lo digo, lo gimo. Él emite un sonido oscuro y profundo y, con un giro de cadera, se queda

clavado en mi interior, llenándome por completo. Su respiración entrecortada me abanica la cara.

—Mi nombre en tu boca me hace más grande.

—John... —Me muerdo el labio.

Su miembro palpita en mi interior. Gemimos.

—Eres la única capaz de sacudirme con cuatro letras.

—John... —Cierro los ojos. Gimo de emoción y placer, arqueo la espalda y me acompaso al ritmo de su cuerpo, cadencioso, perfecto. Él me besa y me acaricia entre las piernas. Mi carne palpita. Pequeñas contracciones sacuden mi vientre. Mi cuerpo entero se tensa...

—Juntos —jadea.

Y juntos alcanzamos el cielo.

Y con «cielo» me refiero a un orgasmo delicioso y al abrazo de después, el que realmente me hace perder la noción del tiempo. Su respiración rítmica, el tacto de su piel caliente, sus manos fuertes, que se niegan a abandonarme, todo él se convierte en una nube donde descansar.

Por desgracia, la naturaleza nos reclama pasado un rato, y, mientras yo uso el aseo, John pide la comida. Cuando salgo del cuarto de baño, le encuentro junto a la puerta, apoyado en la cómoda, desnudo y con una camiseta negra doblada en su mano.

—Toma. Creo que puede servirte de pijama.

—Gracias. Tú puedes quedarte así si quieres, por mí no te cortes.

John se ríe, desdobra la camiseta y la introduce por mi cabeza.

—No tengo ninguna intención de no complacerte, pero al del servicio de habitaciones no creo que le causara una buena impresión.

Saco los brazos por las mangas, que son cortas, pero a mí me llegan hasta los codos. John da un paso atrás, admira mi cuerpo y murmura:

—No te pongas nada más, *please*.

Asiento, sonriente, de lo más conforme. Me muero del morbo y del alivio. Otra vez que me libro de enseñarle mis bragas de abuela.

John saca de la cómoda unos pantalones negros y una camiseta idéntica a la mía y, así mismo, sin calzoncillos ni nada, se va a recibir la comida.

¡Hay *sushi*! ¡Y *sashimi* de toro! ¡Y *nigiris* de atún! ¡Y *californian rolls*! Y todo con un aspecto tan delicioso que mis glándulas salivales se han vuelto locas y no paran de generar fluidos. La mesa del comedor se ha convertido en un festival de colores que da casi pena comérselo. Casi.

Cenamos en un silencio cómodo, de esos que solo tienes con la gente con la que de verdad congenias, y, cuando nos damos por satisfechos, John se recuesta sobre el respaldo de su silla y me interroga con su mirada azul.

—¿Qué? —pregunto.

—Necesito saber algo.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo te sientes acerca de lo que te he dicho antes en la cama.

Aparto la mirada y doblo la servilleta.

—Antes hemos dicho muchas cosas.

—Podemos seguir dando rodeos o podemos centrarnos en que me gustas. Mucho. Más que para sexo ocasional en alguna capital europea.

Le miro. Sus ojos azules son sinceros, están en calma, me dan confianza. No debo tener miedo.

—A ver, John... Lo que me has dicho de que soy la única y tal me asusta un poco, no te voy a engañar, pero no tanto como para volver a salir corriendo, si es eso lo que te preocupa. —Su

expresión me confirma que es justo lo que quería verificar—. Ahora creo que no sería capaz de alejarme, no con lo que siento por ti. —Bajo la mirada y me sonrojo—. Tu vida y la mía son demasiado diferentes, y sé tan poco sobre ti que tengo la sensación de ir a ciegas, pero...

—Yo tampoco sé tanto sobre de ti —me interrumpe.

—¿No? —Levanto una ceja.

—Claro que no, Vega. Solo averigüé lo básico.

Me sorprende. Mi imaginación había dado por sentado que, ya que se había puesto a investigarme, lo habría hecho en condiciones: habría contratado a alguien, que me habría estado siguiendo y que, al final, habría elaborado un dossier de muchas páginas con toda la información recabada; se lo habría entregado a John de forma clandestina, seguramente en un callejón solitario y de noche, dentro de un sobre de papel manila —que nunca he sabido lo que es, pero en las novelas de espías siempre aparece—, que John guardaría a buen recaudo en su caja fuerte. ¿Qué menos, no?

—Todavía no sé por qué te mudaste a Madrid, por ejemplo —comenta.

Cruzo las piernas y apoyo los codos en la mesa.

—Pues... porque, cuando terminé la carrera, en Soria no tenía muchas oportunidades laborales, mi madre me agobiaba, mi mejor amiga ya estaba aquí y le iba muy bien... y yo necesitaba cambiar de vida.

—¿Lo conseguiste? —pregunta con interés.

—Al principio sí. Encontré trabajo pronto; después, un buen piso, ahorré dinero para hacerme algún viajecillo..., pero luego me estancué. Supongo que me dejé llevar por la rutina y casi todo perdió el sentido.

—Hablas en pasado —murmura.

—Es verdad —digo sorprendida, y le sonrío—. ¿Y tú por qué no volviste al Sur?

Resopla.

—Eso es muy largo de contar, *baby*.

—Yo te he respondido...

—Y yo no me niego, pero es una parte de mi vida que tengo bastante olvidada. No sabría ni por dónde empezar.

Se toquetea la correa del reloj. Siempre lleva el mismo: un Omega de acero con la esfera negra.

—Puedes empezar por el principio... ¿Por qué te marchaste?

—No me marché, me echaron. —Aparta la mano del reloj—. Mi padre me envió a un internado en Canadá. Yo estaba en plena pubertad; me metí en par de líos de faldas y, sin que le temblara la mano, se deshizo de mí.

—Quizá creyó que era lo mejor para ti...

—Si le hubieras conocido, no pensarías así. Era una persona totalmente desprovista de afecto. Para él sus hijos solo éramos un activo más, como pequeñas empresas de las que obtener un beneficio o liquidarlas.

Joder, qué chungo. Aunque yo también entiendo un poco de padres disfuncionales...

—También hablas de él en pasado; ¿falleció?

Asiente.

—Yo tenía veintidós. Justo diez años más que cuando falleció mi madre.

Joder...

—Lo siento mucho, John.

—Gracias. —Me mira—. No te preocupes, *joke*? Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Ya, pero a veces el tiempo no cura las heridas familiares.

Trago saliva, intentando desliar el nudo que amenaza con cerrar mi garganta, y me obligo a cambiar de tema.

—Bueno, que nos estamos poniendo tristes... Cuéntame cosas más truculentas como: ¿has estado casado?

—No. —Fija su mirada azul en mis ojos—. Pero sí prometido.

Joder. Salgo de Guatemala y me meto en Guatepeor. Si lo llego a saber, le pregunto por su perro, pero, como soy masoca, continúo:

—¿Durante mucho tiempo?

—Casi cinco años.

—¡Cinco! —Se me escapa un gallo.

—Sí, pero mi compromiso con April se terminó hace más de dos años.

—¿April es tu prometida?!

—Lo fue. Aunque en realidad nosotros... —Se interrumpe y se echa hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa—. En realidad, no había un «nosotros». April y yo éramos más una relación comercial que sentimental. —Tuerce la boca—. Puede sonar frío, pero es la verdad. Teníamos intereses en común, estar prometidos era hasta lógico, pero no era real. No era... —Vuelve a interrumpirse y me mira de reajo—. No *era* —concluye. Mi cara debe de ser un poema, porque se rebulle en su asiento, algo nervioso—. No sé si ha sido buena idea contártelo tan pronto.

—No, no. Yo prefiero estar al tanto.

—Ya imagino. Pero, Vega... —Me mira con un atisbo de preocupación—. No me gustaría que te formasen una imagen de mí por lo que he sido.

Le sonrío.

—Todos tenemos pasado. El tuyo es lo que menos me interesa de ti.

Se relaja. Sus hombros se destensan, al igual que su mandíbula.

Me siento llena de algo extraño. Me reconforta poder relajarle. Es como si me volviera fuerte... por él, para nosotros... Oh, oh... Ya empiezo a fliparme. ¡Pero si hasta pienso en plural! Despacio, Vega, despacio. Paso a paso. No te embales o el patinazo será tremendo.

25

LO QUE HAY DETRÁS

¿Conocéis esa sensación de no necesitar nada más que a la persona que está a tu lado? No tener ni hambre, ni sueño, ni frío, ni cansancio ni temor alguno. Poseer la certeza de que puedes alimentarte solamente de la energía y del calor que emana del cuerpo del hombre que descansa junto a ti. ¿Sabéis a lo que me refiero? Pues así estoy yo, tontita perdida, cobijada en los brazos de John.

Nos hemos despertado hace unas cuantas horas, bastante animados. Por consiguiente, hemos follado, nos hemos duchado y nos hemos preparado para salir, pero nos hemos vuelto a la cama porque ha empezado a llover torrencialmente y la idea de El Rastro ha quedado descartada. No se puede andar por un mercadillo callejero con la que está cayendo a no ser que dispongas de un kayak. Que estoy segura de que si le pregunto a John conseguirá uno en menos que canta un gallo, pero, bueno, ya me habéis entendido... De modo que hemos decidido desayunar en la *suite* y volver a follar otro rato. Aquí sí hay tele, pero es mucho más entretenido entregarse al fornicio, para qué vamos a engañarnos.

Ahora mismo no sé qué hora es, ni me importa lo más mínimo. Después de las semanas tan angustiosas que he vivido, y de lo mucho que me ha pesado la ausencia de John, ahora ya nada parece importante.

Suena el teléfono de la *suite*.

—John, el teléfono —le digo, por si no lo había oído él solito.

—Mmmm, me da igual, no pienso moverme —ronronea, y se pega más a mí.

—Quizá sea algo importante...

John resopla, estira el brazo y descuelga.

—Es para ti —me dice.

—¿Quién...? —Frunzo el ceño. John me da el teléfono. El del hotel me pasa con Francesco—. ¿Qué ocurre?

—Que tienes el móvil en casa. Leticia me ha dicho que estabas con John y he probado suerte en el Wellington. Necesito hablar contigo.

Me siento con las piernas cruzadas. John se recuesta sobre el codo junto a mí y comienza a acariciarme la cadera.

—Un momento, Fran. —Tapo el teléfono—. John, si me tocas así, o de cualquier otra manera, no voy a ser capaz de hablar...

Deja de acariciarme. Vale, le doy a Drago veinte segundos.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto a Fran.

—Acaba de llamarme mi abogado. Ania Yokorskaia quiere reunirse con nosotros mañana.

—Yo no tengo nada que hablar con esa mujer. Y será mejor que no me la eche a la cara...

—Escucha... Nos ha presentado una oferta para cubrir los perjuicios morales causados por sus declaraciones.

—¿Eso te ha dicho?

—No, Vega, céntrate. —Sí, claro, qué fácil, con John en pelotas a mi lado...—. Me lo ha dicho mi abogado: ha recibido un *mail* del suyo hace un rato. No imagino lo que ha sucedido, pero la tipa se ha

acojonado. Puede que hayan sido las demandas que le he interpuesto, aunque lo dudo...

—Yo sé lo que ha sido. —Miro a mi derecha.

—¿Tu americano?

—El mismo.

—Pues bravo por él. Tráele a la reunión mañana. Seguro que le podemos sacar más pasta a la rusa.

—No pienso coger ni un solo euro de esa tía, Drago —le advierto muy seria.

—Pero, *bella*... No seas tonta. ¿No ves que...?

—Ni un puto céntimo —le corto—. Si no estás de acuerdo, ni me molesto en ir.

—Lo hablamos... ¿A qué hora quedo con ella?

—Por la tarde, sobre las siete o así.

—¿Por qué? ¿Porque por la mañana no vas a poder moverte todavía?

—No, gilipollas —digo entre risas—. Porque mañana trabajo. ¿Sabes lo que es eso?

La risa de Fran es lo último que escucho antes de que cuelgue. Le paso a John el teléfono, y él, dejándolo sobre la mesilla, me dice:

—Así que Ania Yokorskaia quiere indemnizaros.

—Sí —digo pensativa, buscando su mirada—. ¿Quién eres, John? Haces una simple llamada y todo el acoso de la prensa desaparece y la tiparraca esa, que ha dicho de mí lo más grande, me tira fajos de billetes a los pies... Eres de la mafia, ¿verdad?

John se parte de risa. Y me parece bien, se pone guapo a rabiar, pero no estaba de broma. Le miro con el ceño fruncido y él me explica:

—Esto funciona más o menos así: yo llamo al presidente de un consorcio de los *mass media* y te declaro intocable. La voz se corre y Ania Yokorskaia ya no tiene plataformas que utilizar, por lo que debe retractarse para seguir vendiendo, pero si se corrige públicamente, los abogados de Drago la destrozarán, así que previene el golpe haciendo una oferta. Sin mafia de por medio.

Sonríe, pero yo no. A mí se me ha revuelto el estómago con tanto chanchullo.

—Joder, qué feo me resulta todo.

A mi cabeza vuelven sus palabras, las que me susurró una noche después de un duro día de trabajo: «Consigues relajarme. Haces que olvide por un rato lo desagradable que puede llegar a ser este mundo». Y ahora empiezan a tener sentido.

—Lo es, a veces —dice colando su mano entre mi pelo para acariciarme la nuca—. En otras ocasiones, gracias a que todo está diseñado en red, puedes librar del acoso de la prensa a una persona que no lo se merecía.

Me abrazo a su torso y le beso en el pecho. John me estrecha contra él.

—¿Tienes abogado para la reunión de mañana?

—Los de Francesco, pero no creo que los necesite. No quiero nada de esa mujer.

Me sonrío.

—¿Puedo acompañarte?

—¿En calidad de...?

Se acerca para acariciar mis labios con los suyos, un sutil roce, que me pone la carne de gallina.

—Lo más ajustado a la realidad sería «novio», pero no me suena muy profesional.

—A mí me suena estupendamente.

Le beso para no vomitar un arcoíris y John me responde a su manera: devorándome.

Un par de horas más tarde —ya os podréis imaginar lo que hemos estado haciendo—, me propone salir a comer. Y, como es un genio, pues da en el clavo. Me apetece que me muero salir a la calle sin fotógrafos alrededor.

¡Ay, la leche! Si es que lo pienso y todavía me parece increíble ¡He sido acosada por la prensa! ¡Yo! Vamos a mi piso para que pueda cambiarme y coger el móvil, que está calentito. Antes de marcharnos me encierro en el baño y me paso diez minutos borrando estupideces.

Nota: a el/la que me ha llamado «robanovios» y «cazafortunas» en la misma frase le deseo una almorranas enorme y sangrante para el resto de su vida, besis.

Espero que, cuando se retracte la rusa, a la gente se le pase la tontería de que estoy liada con Drago. A John no le digo que sigo recibiendo amenazas porque no quiero preocuparle. Bueno, vale, y porque me da un palo tremendo que tenga que ayudarme otra vez. Yo creo que con lo del vídeo y lo de la prensa ya hemos cubierto el cupo. Las amenazas desaparecerán antes o después. Espero.

De vuelta en su coche, nos quedamos parados en doble fila porque no nos ponemos de acuerdo en adónde ir.

—John, no seas paleta. La Cava Baja es para turistas.

—Perdona, ¿me has llamado paleta? —Se ríe.

—Creo que sí... —contesto avergonzada; se me ha escapado.

—Paleta, ¿eh? Ya verás la que te va a dar luego este paleta cuando volvamos a la *suite*. —Entorna los ojos.

Mi centro de placer palpita y escuece a partes iguales, así que vuelvo al tema inicial antes de que me ataque en el coche. Este hombre no se cansa.

—¿Qué tal la calle Princesa? Hay muchos bares de pijos, seguro que te gusta.

—Ahora soy pijo... —resopla con una sonrisa.

—Me atrevería a asegurar que eres el que fundó la cofradía. Pero ¿sabes qué? —Me mira de soslayo—. Eres un pijo tremendamente guapo.

Su sonrisa se hace tan grande que hasta aparece su hoyuelo. Ataca mi boca, sediento, y no deja de besarme hasta que llegamos a Pintor Rosales.

Cenamos en una crepería donde casi ni podemos hablar por las voces del gentío que se agolpa en la barra y, al salir, decidimos dar un paseo por los alrededores del Templo de Debod.

—Cómo me gusta este sitio —comento abstraída.

La zona por el día es una maravilla. El templo egipcio, rodeado de fuentes y árboles, hace del lugar un sitio perfecto para tomar el sol y hacer cosas de *hippie* como dar patadas a un *hackie* o fumar un cigarrillo de la risa. Pero de noche es... otra dimensión. La ciudad ha invertido en su iluminación, sabiamente, y ha conseguido convertir este rincón en algo mágico.

—A mí también me gusta —afirma John—. ¿Has estado en Egipto?

—No, ¿y tú? —pregunto por cortesía, aunque creo que ya sé la respuesta.

—Sí, muchas veces. Siempre que a los jeques les da por reunirse, terminan haciéndolo en cumbres aburridísimas en El Cairo. En un par de ocasiones he tenido días libres para viajar por el país. Merece la pena, sobre todo Abu Simbel.

—Sí, Abu Simbel debe de ser la leche. —Busco el tabaco en mi bolso—. El lago Nasser, el desierto y los dos pedazo de templos gigantes, ahí, tan imponentes. —Enciendo un cigarrillo y le doy una profunda calada—. Los relieves de la batalla de Qadesh. Ramsés II montado en su cuadriga, tallado hace más de tres mil años... Es un privilegio tener este templo en Madrid, pero me parece una salvajada arrancar de un país elementos tan importantes de su patrimonio histórico.

—¿Siempre enfocas todo desde el punto de vista moral? —murmura.

Doy una última calada, pensándolo.

—Es posible. Me preocupa el fondo de las cosas. Yo tengo unos principios, lo único que tengo en realidad, y procuro ser consecuente con ellos.

—Entiendo. —Mira hacia el templo. Las sombras en su cara proyectan su mandíbula apretada—. Lo de limitarte a disfrutar de lo que ves no va contigo... Tú necesitas averiguar lo que hay detrás.

—Sí, pero... —Hago una mueca—. Soy bastante cobardica. —Y por contradecirme a mí misma, tiro de su brazo y le miro de frente—. A veces, veo algo que me gusta mucho y, por no atreverme a mirar detrás de... sus ojos azules, salgo corriendo. Como en Ginebra, por ejemplo...

John me acaricia el óvalo de la cara. Sus dedos están fríos, las palmas de sus manos queman. Me sonrío.

—¿Has dicho que cuando estuvimos en Ginebra ya te gustaba mucho? —Asiento con la cabeza. Me pellizca suavemente la barbilla—. ¿Y ahora?

—Mucho más —musito.

Cierra los ojos sin perder la sonrisa.

¿Me puedo enamorar de una expresión facial?

Puedo.

Regresamos al hotel en silencio y, de la misma manera, hacemos el amor. Así lo siento. Los únicos sonidos que nos acompañan son susurros al oído, nuestros nombres en forma de gemidos lánguidos y unas promesas que murmuramos en el umbral del sueño.

—Prométeme que no dejaremos que esto se apague —me pide—. Que por lejos que estemos, seremos capaces de recordar lo que sentimos en este momento.

—Te lo prometo —le digo muy segura.

Y lo digo de verdad.

Nunca en mi vida he querido algo con tantas ganas. Lo prometo.

NO ME DESPERTÉIS, POR FAVOR

A la mañana siguiente, John me deja en casa para que pueda prepararme e ir a trabajar. Me ha costado un horror —y una mamada— convencerle para que no me llevara también al trabajo. Así que tengo exactamente una hora para disfrazarme de asistente eficiente y presentarme en la sede nacional de Global Maintenance Air Services Ltd., que está a cuarenta minutos de trayecto en metro. Si lo hubiera pensado bien, no habría convencido a John —pero la mamada se la hubiera hecho igualmente—. Llego justita a la oficina y, bajo las miradas curiosas de mis compañeros, me pongo a trabajar. A media mañana, aprovecho la pausa del café para llamar a Sara. Estoy deseando contarle que ya no me acosa la prensa.

—¿Te pillo mal?

—No, cari. Voy a visitar a un cliente.

—¿Estás conduciendo?

—No, voy subida en un alfombra voladora. —Se ríe y cambia de tema—: Me has llamado para ponerme los dientes largos, ¿no? Ayer me dijo Leticia que habían ido a buscarte... ¿Qué tal el americano, sigue follando como un semental?

—Qué va, ¡mucho mejor! Pero no te llamaba para eso. —Para hablar de John necesito una noche entera y una botella de pacharán, por lo menos—. Te llamaba para informarte de que ya no me persigue la prensa y... ¿a que no sabes quién nos quiere indemnizar por injurias y calumnias a Francesco y a mí?

—¿La cerda? ¡No me jodas! Los abogados de Drago deben de ser la hostia.

—Ha sido John, pero ya te lo contaré tranquilamente.

—Vaya, vaya con el yanqui... Espero que se lo hayas agradecido en condiciones... —Un fuerte pitido se escucha de fondo—. ¡Mira tú por dónde vas, gilipollas! ¡A fregar se irá tu padre! Perdona, cari, un cromañón... Pues nada, ya sabes lo que tienes que hacer: sacarle hasta el último céntimo a la muy furcia.

—De eso nada, no quiero nada de esa tipa. Solo he aceptado reunirme con ella por Fran y por verle el careto, pidiendo disculpas.

—Vega, perdona, pero... ¿eres tonta o te pica el culo!? ¿Cómo que no quieres el dinero de la cerda? ¿Tan grande la tiene John que te ha perforado el cerebro o qué!?

—Sabes de sobra cómo soy. —Niego con la cabeza—. Miraría con asco cualquier cosa que me comprara con ese dinero.

—Pues inviértelo.

—Estaríamos en las mismas...

—¿Y si lo usas para lo del pueblo? —pregunta con cautela.

—Lo del pueblo está controlado —zanjo el tema.

—Pues dónalo. A esa asociación pro Sáhara con la que colaborabas, por ejemplo.

—No me apetece una mierda ver a Darío de nuevo, pero no es tan mala idea —pienso en voz alta. De hecho, es una idea estupenda: con los tiempos que corren, las donaciones son cada vez más escasas, y las asociaciones pequeñas son las más perjudicadas.

—¡Que le jodan a Darío! —grita Sara antes de colgar.

La idea se queda rondando mi cabeza. La verdad es que a veces Sara piensa y todo. Alucinante.

Al volver de la comida, recibo un wasap de Francesco con la cita con la ~~cerda~~ rusa y llamo a John para informarle.

—Hola, *baby* —responde al primer tono—. ¿Puedo ir ya a recogerte?

—Me encantaría, pero todavía me quedan un par de horas de tortura. ¿Tú qué tal?

—Regular, no he hecho gran cosa. Es culpa de la *suite*, que no me deja pensar en nada más que tu cuerpo paseándose por aquí. Te imagino en el sofá, encima de mí...; en la cama, debajo de mí, de lado, *on your knees*...

—Para —le suplico con las braguitas palpitantes.

—*Ok*. —Sé que sonrío—. ¿Tienes ya la hora de la reunión?

—Para eso te llamaba. Es a las siete, en el número cuarenta de la calle Serrano.

—Conozco el bufete; he trabajado con ellos en alguna ocasión. Será pan comido.

—¿Sabes? He llamado a Sara, y me ha animado a coger el dinero y donarlo a una ONG, y la verdad es que me lo estoy planteando en serio.

—Es una buena idea.

El teléfono de mi escritorio empieza a sonar.

—Debo colgarte, cariño —le digo distraída, mirando la pantalla. ¿Qué querrá ahora la delegación de Castellón? Lo mismo les ha dado por abrir el aeropuerto de una vez...—. Nos vemos en un ratito, ¿vale?

—Vale, cariño. —Carraspea—. Luego nos vemos.

A las seis y media entro en el coche de John. ¡A las seis y media! Que ya sé que es costumbre en mí salir tarde de trabajar, pero justo hoy me fastidia más.

—Recuérdame, por favor, que mañana contrate un sicario para que acabe con los informáticos de mi empresa. —Ocupo de mala leche el asiento trasero del coche, miro a mi izquierda y se me caen las bragas—. Estás guapísimo —babeo, pegándole un repaso a su traje gris antracita—. ¿Qué tal el día? —Sonrío.

Sé que parezco bipolar, pero John causa ese efecto en mí: me distrae de tal manera que ya no tengo instintos asesinos; ahora, con joderles el café a los informáticos, me conformo. ¿Cómo podría meter sal en el conducto del azúcar de la máquina? John se inclina sobre mí y me besa con fuerza. Y, después, más despacio, desde una comisura a la otra. Me pego a su torso vestido de Armani.

Llegamos al bufete con diez minutos de retraso, de modo que, al entrar en la sala de reuniones, ya está todo el mundo esperándonos —sal no: ¡laxante les pienso echar a esa panda de frikis!—. Alucino al ver a Francesco. Va impecable, con un traje superelegante, una camisa almidonada y la melena cuidadosamente peinada hacia atrás. A su lado hay dos abogadas con una pinta de arpías que impresionan cantidad. Y, junto a ellas, la arpía mayor del reino disfrazada de La Dolorosa, o séase, Ania Yokorskaia vestida de negro, sin gota de maquillaje adornando su cetrina piel y con cara de pena. ¿Pero a quién quiere engañar?

—Señora Rodríguez, tome asiento, por favor —me dice un señor de mediana edad, donante de pelo, que debe de ser el abogado de la rusa—. Señor Taylor... —Le hace a John un gesto que casi simula una reverencia, y no añade nada más.

¿Conoce a John? ¿De qué? ¿Tan famoso es en el mundillo?

Me siento, pensativa.

—Bien —dice el abogado—. Como ya sabrán por el *mail* que les envié, el motivo de esta reunión es la retractación firmada de las declaraciones de mi cliente aquí presente, Ania Yokorskaia, y la

negociación de la compensación económica. —Todos asentimos, y el abogado prosigue—: La señora Yokorskaia quiere manifestar sus disculpas por las desafortunadas declaraciones que realizó...

—No —dice John—. Esas disculpas las tiene que formular la señora Yokorskaia, no usted en su nombre.

Palabra de John Taylor; te alabamos, señor.

Henchida de orgullo, miro a John; luego a Francesco, que asiente convencido, y luego a la rusa, que ahora, en vez de blanca, está roja, no sé si de vergüenza o de rabia.

—Estoy totalmente de acuerdo —apostilla una de las arpías abogadas de Francesco.

—Está bien —dice la rusa. Nos mira intermitentemente a Fran y a mí y murmura como un autómeta—: Me retracto de las declaraciones que he hecho.

Un silencio incómodo se instala en la sala de reuniones. Todo el mundo espera que diga algo más, pero ella no se da por aludida.

—¿Y ya está? —le pregunto—. Nos difamas en todos los medios de comunicación que han querido escucharte, te lucras con ello, perjudicas el perfil público de Francesco, me robas el derecho de ser una persona anónima ¿y lo único que se te ocurre decir es «Me retracto de las declaraciones que he hecho»?

Y, claro, dadas las circunstancias y lo bien que me ha quedado el discursito, pienso que ella va a extender sus disculpas, pero ¡qué va! Ni se inmuta, la caradura. Solo se encoge de hombros y se pone a mirar su móvil.

—No tienes vergüenza —gruñe Francesco.

—Pasemos al siguiente punto —propone el abogado—: la compensación económica. Nuestra oferta es sesenta mil euros.

—¿Como suma total? —pregunta John.

—No nos corresponde a nosotros el reparto de la compensación. Tendrán ustedes que acordar quién ha sido más perjudicado.

Esto es de coña. ¿Cómo se mide eso? Hablan de nuestro honor como si fuera chorizo de Pamplona. Noto cómo la ira que vive en mí se está vistiendo de espartana, dispuesta a presentar batalla, y suelto en un tono tan frío que ni me reconozco:

—Queremos cien mil euros o no hay acuerdo.

Francesco me clava la mirada, sin entender mi cambio de postura acerca del dinero, pero le ignoro. Ya se lo explicaré más tarde. La rusa deja el móvil sobre la mesa y se dispone a levantarse, pero su abogado se lo impide y mirando a John pregunta:

—¿En un cheque o por transferencia bancaria?

Los abogados se quedan redactando los documentos, que nos harán llegar los próximos días. John, Drago y yo salimos a la calle, donde nos esperan los coches. Nada más pisar la acera, Fran y yo nos miramos y empezamos a reírnos.

—¡Le has sacado cien mil euros! —me dice entre carcajadas.

—¡Ya, qué fuerte, todavía no me lo creo! —Me llevo las manos a la cabeza—. ¿Has visto la cara que se le ha puesto cuando John le ha dicho que se disculpara? —Me giro hacia él—. Eres mi ídolo, ¿me firmas un autógrafo?

John se ríe con ganas, contagiado por nuestro buen humor, y me estrecha entre sus brazos.

—Luego te lo firmo en privado —me murmura al oído. Y me deja un mordisquito en el cuello.

—Bueno, pues yo me voy. Está visto que aquí sobro... —se oye decir a Drago.

—¡De eso nada! —exclamo, separándome de John—. ¡Esto hay que celebrarlo!

Media hora después estamos en la barra del Sí, Señor, uno de los restaurantes mexicanos más

divertidos de Madrid, tomando unos margaritas, cuando aparece Sara por la puerta. Que no es que sea adivina, como Drago, es que la he llamado cuando veníamos en el coche. Hago las presentaciones pertinentes. Sara me dice por lo bajini que soy una zorra afortunada, y en un abrir y cerrar de ojos ya estamos festejando, por todo lo alto, lo bien que ha salido la reunión. El tío José, El Cuervo, es nuestro anfitrión.

Francesco propone un brindis por la tierra que vio nacer a nuestra patrocinadora rusa y con el chupito en alto exclama:

—¡Por la ensaladilla!

—¡Por la revolución bolchevique! —brindo yo.

—¡Por el vodka! —brinda Sara.

—¡Por Zinaida Serebriakova! —brinda John.

Todos nos quedamos mirándole. Drago y Sara, con cara de vaca viendo pasar el tren, y yo, con auténtica devoción.

—¿Y quién coño es esa? —pregunta Drago, apurando otro chupito de tequila.

—Es una pintora rusa afincada en Francia. Murió en los 60, si no recuerdo mal —explico, embelesada en John. Es tan guapo y tan listo...—. Me encantan sus obras.

Le acaricio la mejilla, perfectamente afeitada, y le sonrío como una boba. John cierra los ojos inclinando su cara hacia mi mano y me devuelve la sonrisa.

—No os pongáis empalagosos, por favor... —dice Drago.

—Déjalos; se entienden y están a gusto. Es bonito —dice Sara.

Y, si no la conociera, pensaría que está un poco emocionada.

Miro a John y me encojo de hombros. Sara tiene razón: para qué añadir nada más. Pero John, que es más valiente, alza su voz, profunda y clara.

—Pero mírala, ¿cómo no iba a estar a gusto con ella?

—Ooooooh —canturrean a coro Sara y Drago.

—Su mesa ya está lista —nos dice un camarero, y nos acompaña hasta el lateral izquierdo del local.

Pedimos nuestra cena y un par de jarras de margarita, y Drago, que ya está en la fase de exaltación de la amistad, me dice muy serio:

—Quiero que te quedes con todo el dinero, Vega. Todo. Ya sé que no servirá para reparar el daño causado, pero mi conciencia estará más tranquila. Haz lo que quieras con él. Es tuyo.

—Vale —digo sin dudar.

—¿Así de fácil? —pregunta Drago. De repente, levanta las cejas y me advierte—: No se te ocurra quemarlo, ¿eh?

—Lo voy a donar —afirmo convencida, y miro a Sara.

—Claro que sí, cari. Así ese sucio dinero tendrá un buen fin. —Alza su copa—. ¡Que le jodan a Darío!

—¿Quién es Darío? —pregunta Drago.

—Nadie —digo—. Un tío que colabora en la ONG a la que voy a donar el dinero.

—Sí, eso. No es nadie importante —dice Sara.

—Ya —dice Drago, que se sirve otro margarita y deja vacía la jarra, que a mí me dan ganas de ponerle, inmediatamente, de sombrero.

—¿Estuviste con él? —murmura John.

—Solo unos meses, nada serio.

—Ya —vuelve a decir Drago, y esta vez añade—: Pues para no ser nada serio te has puesto un poco tensa, ¿no?

Le lanzo una mirada mortífera y él pide más bebida. Después, vuelve su atención al móvil.

Sara traga comida compulsivamente, avergonzada por haber soltado la liebre, y yo no sé dónde meterme, la verdad. Aunque, si lo pienso, es ridículo del todo. Vamos a ver, que John ha estado prometido con April, ¡cinco años!, y todavía tienen colaboraciones en común. En comparación, lo de Darío el cooperante no fue nada.

—Te acompañaré a hacer la donación —me dice John en voz baja—. Si te parece bien.

—Te lo agradecería mucho —le respondo sonriente—. No tengo ni idea de cómo funcionan los trámites con esas cantidades estratosféricas de dinero.

John me devuelve la sonrisa, desliza su mano por mi pierna hasta la mitad del muslo y aprieta ligeramente. Cierro las piernas por instinto y empiezo a notar un hormigueo familiar. Se inclina sobre mi oído y me dice con voz grave un escueto «*Thanks, baby*» que a mí me llega derecho a la entrepierna. ¿Pedimos los postres?

—Fabio te manda un beso, Vega.

—Hostia puta, Drago... —murmura Sara entre dientes.

—Pero, bueno, Francesco, ¿qué coño te pasa conmigo de repente?

—Nada, ¿por? —me pregunta con un tono que no me gusta un pelo—. Es verdad, le he contado que estaba cenando contigo y me ha dicho que te diera un beso de su parte. Míralo si quieres. —Tira el móvil encima de la mesa—. De todas formas, no sé de qué te extrañas. ¿No lo hablasteis cuando os quedasteis a solas en mi coche?

Abro los ojos como platos. ¡Será cabrón! Pero ¿qué cable se le ha cruzado a este hombre? Vale que haya estado todo el mes sometido a mucha presión y haya tenido incontables salidas de tono, pero esto me parece ya lo último. Vamos, soltarme lo de Fabio, delante de John...

Me voy calentando. El silencio de la mesa, la mirada chulesca de Francesco, que no entiendo en absoluto, la tensión del ambiente... No tengo por qué aguantar esto.

—Mira, Fran, te diría muchas cosas, pero voy a resumir para no aburrirte: ¡vete a la mierda!

Me levanto de la mesa y, sin pensarlo dos veces, me voy del restaurante.

¿NO OS HABÍA DICHO QUE NO ME DESPERTARAIIS?

Me enciendo un cigarro en cuanto salgo a la calle, y tengo que reprimirme para no emprenderla a patadas con los contenedores de la basura que hay junto a la acera. ¡¿Pero es que Drago se ha vuelto loco?!

John aparece, buscándome con la mirada.

—Estoy aquí —murmuro.

Acorta con un par de zancadas los pocos metros que nos separan, me quita el cigarrillo y se apoya en la pared.

—¿Estás bien? —Le da una calada honda.

«¡De puta madre! ¿No me ves?», me apetece contestarle, pero él no tiene la culpa de que Francesco haya sufrido un cortocircuito cerebral.

—Estoy que muerdo, John.

Da otra calada y suelta el humo con fuerza.

—Te confieso, *baby*, que es la primera vez en mi vida adulta que no sé cómo actuar. Lo que me pide el cuerpo es entrar en el restaurante y explicarle a tu amiguito un par de cosas sin palabras, pero, precisamente porque es tu amigo, no me resulta tan buena idea... ¿Suele comportarse siempre así?

—No lo sé. Le conozco menos de lo que pensaba... —Expulso el humo y le paso el cigarro—. Pero no. Conmigo es la primera vez que lo hace. No entiendo qué le ha podido pasar.

—¿Puede estar celoso?

—Hombre, pues... no sé. Le parecerás guapo, seguro, pero...

John me mira con los ojos muy abiertos y yo... Yo me quiero morir.

—John, no te he dicho nada, ¿vale?

—Claro que no, ¿de qué hablas? —pregunta con media sonrisa. Tira el cigarrillo al suelo, lo pisa con la punta del zapato y me tiende la mano—. Ven.

Me acerco a él sin dudarle y me cobijo entre sus brazos. Me quiero ir con él y olvidarme de todo, pero he dejado a Sara dentro y... ¡¡He dejado a Sara dentro con Drago!!

Me separo de John con cara de pánico, y ni tiempo me da a regresar al restaurante cuando Sara es acompañada a la puerta por uno de los camareros.

—¡Que me la pela que seas un tío! ¿Eh? ¡Que sé defensa personal y te rompo las pelotas en un solo movimiento!

—¡Sara!

—Suelte a la señora, nosotros nos encargamos —le dice John al camarero en un tono que no admite réplica.

—Yo, encantado de librarme de esta loca. Toma, toda tuya. —Empuja a Sara en medio de la acera.

—A mi amiga no la tratas tú así —me encaro con el empleado.

—Ya está bien. Vámonos —sentencia John.

Nos conduce hasta el coche, que nos espera junto a la acera. Nos acomoda a las dos en el asiento de atrás y él hace lo propio en el del copiloto.

—¿Dónde vives, Sara? —pregunta.

—En la calle Desengaño —responde ella.

John le pide al conductor que arranque y saca su móvil del bolsillo interior de la chaqueta.

Miro a mi amiga por el rabillo del ojo y ella a mí, y nos empieza a entrar la risa tonta. A ver, nos hemos visto en situaciones peores —si no, que pregunten a los seguratas de los cines Callao, pero, bueno, esa es otra historia—, aunque esta vez estamos avergonzadas, porque John ha tenido que ejercer de adulto responsable con nosotras. Si de esta no sale corriendo por las colinas, va a ser verdad que le gusto. Y mucho.

—¿Qué le has hecho a Drago? —le pregunto a Sara por lo bajini, pegándole codazos para que no se ría.

—Nada... Bueno, le he puesto la jarra de margarita de sombrero, ¿qué pasa? No se merecía menos.

—Ya, Sarita. A mí también me han dado ganas, pero vaya circo hemos montado... —digo mirando de reojo a John, que sigue enfrascado en su móvil—. ¿Qué coño le habrá ocurrido a Drago? Estaba tan contento y, de repente, le ha entrado el siroco y ha empezado a atacarme como un descosido... O por lo menos yo lo he sentido así...

—Ha sido así. No es cosa tuya, cari —asiente—. No sé, yo creo que son celos.

—A ver, Sara, que ya te lo he explicado, que Drago y yo no tenemos ese tipo de relación...

—No tienen que ser celos amorosos, cari.

Mmm, no es mala teoría.

Drago puede estar celosillo, porque desde que John ha vuelto no le he prestado mucha atención. Y las semanas anteriores tampoco, porque con toda la mierda de las amenazas y la prensa y la madre del cordero, no he podido dedicarle el tiempo que quizá necesitaba... En fin, tengo que hablar con él, está claro, pero no pienso ser yo la que dé el primer paso. El que se ha salido del tiesto ha sido él, ¿no? Pues ya sabe cuál es mi número de teléfono.

Dejamos en casa a Sara, que promete llamarme mañana, y John aprovecha para sentarse en la parte de atrás del vehículo. Esta vez soy yo quien se desabrocha el cinturón de seguridad en cuanto nos ponemos en marcha y me pego a él.

—¿Estás enfadado conmigo? —susurro.

—No.

—Vale —digo no muy convencida, y me acurruco bajo su brazo.

No tengo por qué dudar de su palabra, pero cualquiera diría que miente, viendo su semblante. Está serio. Muy serio. Lo mismo es cierto que no está enfadado y lo que le sucede es que se ha dado cuenta de que se ha encaprichado de una niñata que tiene unos amigos jodidos de la cabeza que van montando espectáculos circenses por el mundo. Y lo malo es que no le faltaría razón.

—Vega —dice al cabo de un rato—. Me voy a Londres mañana.

—Ah. —Mierda, mierda, mierda. No huye por las colinas, pero se aleja de mí en avión, que es peor—. ¿Tu viaje tiene algo que ver con lo de esta noche?

—En absoluto. ¿Por qué piensas eso? —Se gira hacia mí y me levanta la barbilla para que le mire.

—No sé, lo mismo te han dado ganas de salir corriendo después del numerito...

—Vega, nada ha sido culpa tuya, ¿de acuerdo? —Asiento—. Y yo no voy a salir corriendo para alejarme de ti, ¿vale?

—Vale. —Le doy un besito, pero sigo sin convencerme—. Entonces ¿qué es lo que te pasa, John? Suspira profundamente.

—Creo que no voy a poder quedarme mucho más en Madrid.

—¿No?

Niega con la cabeza.

—Lo de Londres es para preparar una cumbre en Israel. No está cerrado todavía, pero seguramente deba viajar a Oriente Medio en breve.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso nunca se sabe. Pueden ser un par de semanas... o alargarse y tener que establecerme allí unos meses, no lo sé.

¡Meses! Madre mía...

—Vaya...

—Sí, vaya. —Baja la mirada y murmura—: Intentaré venir todo lo que pueda, pero no quiero crearnos falsas esperanzas.

—Esto va a ser siempre así, ¿verdad? —pregunto, rezando a todos los santos para que diga algo como: «¡Qué val! Si este verano me jubilo».

—Seguramente —responde, y su abrazo se estrecha.

Creo que los dos pensamos lo mismo. Sabemos la verdad que subyace en sus palabras, pero, quizá, si no lo decimos en alto, no pase, ¿no? Cosas más raras se han visto...

Llegamos a la *suite* con el ánimo por los suelos. Nos desnudamos despacio y nos metemos en la cama sin decir una sola palabra. Nos tumbamos de lado, todo lo cerca que podemos para seguir mirándonos a los ojos. Enredamos nuestras piernas y las caricias empiezan a volar por nuestra piel. Trato de grabar en mi memoria el momento, formar un recuerdo sólido en el que abrigarme cuando no pueda sentir su calor.

—Vega, yo... —dice dubitativo—. No puedo pedirte que me esperes.

—¿Estás rompiendo conmigo? —pregunto aterrorizada.

—No, *baby*.—Me aprieta contra su cuerpo—. Es solo que... me siento egoísta.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Porque mi forma de vida está marcando el ritmo de nuestra relación. Porque no puedo ofrecerte una fecha de retorno. Porque nunca voy a ofrecerte la seguridad de un horario previsible... Me atormenta la idea de que vayas a malgastar tu tiempo esperándome.

Otra vez aparece esa angustia en John, y, otra vez, mi respuesta es la misma: me obligo a ser fuerte.

—Yo... quiero estar contigo, John. Claro que me encantaría tenerte en Madrid siempre, pero, si nuestra relación es así..., aprenderé a esperarte.

—Haré que merezca la pena. —Me abraza con fuerza.

No quiero que esta noche sea triste. Bastante feos serán ya las que nos quedan por pasar separados. Hay que aprovechar el momento.

Deslizo la nariz por su cuello. Acaricio los contornos de los músculos de su espalda y acerco mis caderas a las suyas. Siento sus manos resbalando por mis costados hasta que atrapan mis nalgas desnudas. Dejo pequeños mordiscos en su mandíbula y beso su mejilla y la comisura de sus jugosos labios. John intenta atrapar mi boca, pero me alejo, juguetona, y me subo a horcajadas sobre él. Coloco las palmas de las manos sobre sus duros pectorales y me froto contra su miembro, que empieza a despertar. Me inclino sobre su pecho y lamo y mordisqueo sus prominentes músculos, su cuello, sus suaves mejillas. Después, deslizo su erección dentro de mí. De una vez. Hasta el fondo. Como a John le gusta. Como a mí me gusta.

—*Baby* —gruñe entre dientes, cerrando los ojos con fuerza—. Estás tan mojada...

—Tú lo provocas, cariño.

John abre los ojos de golpe y levanta sus caderas, sujetando mi cintura para que no pueda moverme. Sale despacio de mí, casi al completo, y vuelve a entrar de un solo envite que me corta la respiración. Gimo fuerte:

—Me llenas.

—Tú me completas. Míralo. —Dirige su mirada a nuestros sexos unidos—. Así es como debe ser. Solo nosotros.

Sus ojos recorren mi vientre y mis pechos y, al llegar a mis ojos, comienza de nuevo a moverse. Agarrado a mi cintura, entra y sale de mí, sin prisa, alargando cada movimiento, haciendo arder cada centímetro de mi piel. Me acompasa a sus embestidas y él baja la mirada hasta mis pechos, que se mueven al compás de sus caderas.

—Nunca había deseado tanto a nadie —dice entre jadeos.

—Yo tampoco. —Busco su boca, necesito besarle.

John se incorpora, moviéndonos a los dos, y apoya su espalda en el cabecero de la cama. Muevo las piernas y las abrazo a su cintura. Le siento en el fondo de mi sexo y gimo complacida. John ataca mi boca y comienza a moverse más deprisa.

Y nos corremos, sin explosiones ni viajes siderales. Solo nos elevamos juntos más allá de nuestros cuerpos y conectamos como estoy segura de que nunca podría hacerlo con otra persona.

Como intuí la primera vez que le ví, mi vida ya nunca volverá a ser la misma.

Una hora más tarde, después de ducharnos, lavarnos los dientes y demás tareas de higiene personal, estoy sobre la cama secándome el pelo con una toalla y John está buscando ropa limpia para dormir. Todo es tan natural, tan normal, me siento tan cómoda..., que voy a echar de menos hasta la *suite*. Miro alrededor, intentando que todos los detalles se queden grabados a fuego en mi memoria. El verde y dorado de las cortinas, la madera de nogal de las puertas del baño y de...

—Oye —le digo a John—. La puerta misteriosa esa ¿qué es? ¿Donde ocultas tus reservas de uranio enriquecido?

—¿Qué puerta? —pregunta con una sonrisa, y me pasa una camiseta negra: mi nuevo camión preferido.

—Esa. —Le señalo la puerta que hay en la pared que tengo a la izquierda.

—Ah, esa —dice vistiéndose—. Es la puerta de mi cuarto *sado*. Hablando con Leticia el otro día, me recomendó un par de cosas... —Me río. Está de broma, evidentemente. ¿O no?—. Pero si no quieres probar, no pasa nada. Puedo devolverlo todo —dice, serio.

—Te estás quedando conmigo —afirmo, pero, como no termino de convencerme, me levanto de la cama y abro la puerta.

Madre..., ¡qué pedazo de vestidor!

Es más grande, si cabe, que el de Sara. Todo revestido de madera oscura y con millones de cajones, estantes, zapateros, repisitas y esas cucadas para tenerlo todo ordenado. Está lleno de la ropa de John, como es lógico, y huele a su delicioso aroma con notas cítricas.

—¿Puedo vivir aquí cuando te vayas? —bromeo, asomando la cabeza por la puerta.

—¿En la *suite*?

—No, aquí, en el vestidor.

—No puedes vivir en un vestidor. —Sonríe y niega con la cabeza mientras se mete en la cama.

—En este sí —le aseguro.

—Anda, loca, ven aquí. —Da unas palmaditas al colchón, y me subo a la cama de un brinco—. ¿Te gustaría vivir conmigo? —me pregunta.

—¿Y yo soy la loca?

Me apretujo debajo de su brazo y le doy un par de besitos en el pecho.

—Hablo en serio, Vega.

—Imposible.

—¿Por qué? —Tira de mi barbilla para que le mire.

—Porque tú no vives en ningún sitio, eres... un nómada. Y tiene su punto guay, no me malinterpretes, pero...

—¿Quieres ser mi compañera nómada? —me pregunta en voz baja, y en sus ojos aparece una luz que me deja fuera de juego.

—¿Te importaría no ser tan jodidamente tentador?

—¿Eso es un sí? —pregunta comiéndose una sonrisa.

Inspiro hondo.

—Eso es un «no sé ni por dónde empezar a plantear ese tema». —Suelto el aire de golpe—. ¿No te parece demasiado pronto para...? —No puedo terminar la frase por miedo.

—No me parece pronto, pero... —Él no puede terminar la frase porque alguien llama a la puerta de la *suite*—. ¿Has pedido algo? —me pregunta extrañado. Niego con la cabeza—. Qué raro. —Sale de la cama para abrir la puerta. Me incorporo y agudizo el oído. Se oyen voces de fondo. Creo que es un hombre con quien habla. Las voces se elevan. Sí, es un hombre, y me suena... De repente, escucho un golpe seco.

¡PAM!

Corro hacia el salón y... ¿Pero esto qué es?! John tiene agarrado a Drago por las solapas del traje. Le ha estampado contra la pared de la entrada. Le habla muy cerca de la cara, en un tono amenazador que nunca le había oído utilizar.

—Te he dicho que no me empujaras. No vas a verla. No estás en condiciones de ver a nadie.

—¡Suéltame, cabrón!

John se inclina sobre Drago.

—Suéltale, John, por favor.

John aprieta la mandíbula, pero me hace caso: abre las manos y da un paso atrás.

Drago se estira la ropa y se acerca a mí a trompicones.

—Muy bien, perrito —masculla.

John da un paso hacia él. Yo pego un grito:

—¡Ya está bien, joder! —Los dos se quedan quietos. Miro a Drago, profundamente decepcionada—. ¿Qué coño estás haciendo?

Los ojos oscuros de mi amigo deambulan por mi cara unos segundos. Después, agacha la cabeza y empieza a sollozar.

—No lo sé, *bella*. No lo sé...

Miro a John.

—Tengo que hablar con él.

Asiente con la cabeza.

—Te espero en el dormitorio.

—No, no te vayas.

No quiero que se sienta excluido después de haber sido tratado a empujones e insultado por mi amigo. Me acerco a Drago y le tiendo la mano. Él la agarra y se deja llevar hacia los sillones.

—¿Quieres un poco de agua? —le pregunto.

—Mejor un copazo.

—¿No entrenas mañana?

—No. Estoy de vacaciones —dice crípticamente.

—¿Desde cuándo? —pregunto sorprendida.

—Desde que acabó la liga.

—Pero te estabas preparando para el Mundial...

—No me van a seleccionar. —Rehúye mi mirada—. Bueno, ¿me pones esa copa?

—No. Ya has bebido demasiado. Tú no eres tan irresponsable.

—¿Estás segura? —pregunta con ironía.

—Mira, de lo que estoy segura es de que estoy haciendo un esfuerzo titánico para mantener la calma y hablar contigo y que tú no estás colaborando mucho. Haz el favor de sentarte en el puto sofá y contarme de una vez lo que te pasa.

Nos sentamos, Francesco en el que está de espaldas a la entrada y John y yo en el más grande, a la izquierda. Durante unos minutos no se oye ni una mosca. Mi amigo no arranca, solo se muerde las uñas, y yo no tengo ni idea de por dónde empezar, así que le pregunto:

—¿Por qué no dices nada?

—Es que... —Mira a John de refilón.

—Él lo sabe —murmuro avergonzada.

—¡Joder, Vega!

—Lo siento mucho, de verdad. Se me escapó al salir del restaurante. Estaba tan cabreada que no controlaba lo que soltaba.

—Lo que dice es cierto —murmura John.

Francesco me mira fijamente, suspira y deja caer los hombros.

—Bueno, supongo que no puedo culparte, después de la que te he montado...

—Sí que puedes, Fran. No tiene nada que ver. Aunque preferiría que no nos descentráramos.

—Ya. Bueno. A ver cómo te lo cuento... —Traga saliva—. Erik, el del Bayern de Múnich, me escribió para felicitarme cuando se enteró de que iba a recuperar la titularidad en mi equipo —dice nervioso. Su frente despejada está llena de gotitas de sudor—. Y, bueno, a partir de entonces empezamos a hablar y la cosa iba más o menos bien, con historias que quedaban pendientes entre nosotros, pero parecía que podíamos, no sé, arreglarlo y empezar de nuevo... —Se explica con dificultad, y vuelve a tragar saliva. Está rarísimo—. Y, de repente, ¡a tomar por culo todo! Salieron nuestras fotos y tuvimos una bronca. Y después, las declaraciones de Ania y la volvimos a tener, pero esta vez fue gordísima. —Se ríe nerviosamente—. Erik no me cree, y no le culpo: le he mentado tantas veces... Pero, ¡joder!, es que esta vez es cierto. Ni follo contigo ni me he follado a Ania. Ya no sé cómo decírselo...

—¿Por qué no me lo habías contado antes?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Empezamos de nuevo tan bien que me dio miedo crérmelo, y enseguida llegó lo de Ania y no sé... —Traga saliva de nuevo—. Esta noche, mientras cenábamos, estábamos escribiéndonos y hemos empezado a discutir otra vez...

Va a ponerse a llorar, y decido abreviar.

—Resumiendo, que estás jodido y lo has pagado conmigo, ¿no?

—No es solo eso. —Mira a John y me dice—: Desde que volvió apenas... apenas te he visto.

—A ver, Fran. —Me sujeto el puente de la nariz—. ¡Es que lleva en Madrid cinco putos minutos! Llegó el sábado y hoy es lunes...

—Si lo entiendo, pero... no sé. Supongo que me he sentido abandonado, no lo sé. —Se muerde las uñas. Está demasiado nervioso. Vale que se le haya juntado todo, pero hay algo que no termino de pillar—. Y luego ha pasado lo del dinero... Que ahora resulta que vas a donarlo porque Sara te ha convencido a la primera, no porque a mí me hayas hecho caso. Eso me ha sentado como una patada en los cojones.

—¿Y qué quieres que te diga, Drago? Sara es mi amiga desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo.

—Si ya lo sé..., ya lo sé. —Agacha la cabeza y se la sujeta con las manos—. Pero, de repente, he sentido que no pintaba nada en tu vida. Ni en la de nadie. —Me mira con los ojos enrojecidos—. Tú no me necesitas como yo a ti. Tú tienes a John, a Sara y a Leticia, y yo... Yo no tengo a nadie.

Drago rompe a llorar y yo contemplo cómo se hunde en la autocompasión.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dice John.

Drago levanta la cabeza con el ceño fruncido, pero asiente. John adopta un tono formalmente ensayado.

—¿Cuándo has vuelto a consumir cocaína?

Drago se aparta las lágrimas a manotazos y se yergue.

—Yo no...

—No me importa lo que hagas, solo necesito saberlo por ella. ¿Lo entiendes?

Mi amigo agacha la cabeza de nuevo. Se muerde las uñas. Me mira unos segundos y regresa la vista a sus manos.

—Ha sido solo esta semana.

¿¡Cómo!?

—Sigues mintiendo —dice John—. Te recomiendo que pidas ayuda profesional.

—Gracias, tío. Nunca se me habría ocurrido —se burla Drago antes de ponerse en pie—. No os molesto más.

Me mira de reojo y se marcha ante mi falta de reacción. Pero es que no puedo ni cerrar la boca, que tengo abierta de par en par, desde que he oído la palabra «cocaína».

John resopla cuando se cierra la puerta de la *suite*.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunto.

—Muchos de mis clientes tienen o han tenido problemas con esa mierda. —Me mira a los ojos—. ¿Tú consumes?

—¡No! Bueno, pacharán y algún porro en Nochevieja o así, pero me sientan fatal —bromeo, pero John está muy serio—. John, no pensarás que yo...

—No, Vega, confío en ti. Pero en Francesco no. Y no me gusta que ande a tu alrededor en ese estado.

—Hablaré con él. No tengo ni puta idea de lo que voy a decirle, pero tengo que hacer algo para que reaccione.

—Lo mejor que puedes hacer por él es convencerle para que entre en un centro de desintoxicación.

—Pero eso terminaría con su carrera...

—Mejor terminar con su carrera que con su vida, ¿no crees?

YO SOLO SÉ QUE YA NO SÉ NADA

John me ha dejado en casa esta mañana y se ha ido al aeropuerto. Me ha llamado desde Londres un par de horas después y, desde entonces, no he vuelto a tener noticias suyas. Despedirme de él ha sido difícil. Muy difícil. Y aunque he intentado disimular con mis tonterías, se me ha notado a la legua que me he quedado triste y sola, como Fonseca.

Ahora son las nueve de la noche y estoy en casa de Sara. Hoy duermo aquí y mañana, antes de irnos a trabajar, nos vamos a pasar a por los resultados de los análisis. Me estremezco al pensar que a mi Sarita pueda llegar a pasarle algo.

Ya le he contado lo de Drago y no le ha extrañado. Mi amiga, mucho más sabia que yo —dónde va a parar—, ya había asociado los cambios de humor de Francesco con algún tipo de adicción. Yo, como vivo en el mundo de las piruletas, por lo visto, los había asociado con una personalidad efervescente y dinámica y no con un hábito tan pernicioso.

No le he llamado, y él tampoco lo ha hecho. Tengo en mi cabeza las palabras de John acerca de lo del centro de desintoxicación, pero, por primera vez desde que conozco a Francesco, no me siento lo suficientemente cercana él como para recomendarle nada. O quizá es que no me apetece que me mande a hacer puñetas... , no sé.

En mi móvil empieza *Me and Bobby McGee*. Soy oficialmente una jodida cursi. Pego un salto desde el sofá de Sara y descuelgo sonriente.

—Hola, cariño.

—Mmmm, cómo me gusta que me llames eso...

Sara finge ayudarse del mando a distancia para vomitar.

—Espera un momentito, que estoy en casa de Sara y ella, en plan payasa.

—No tengo apenas tiempo. Hemos hecho un receso en la reunión para comer algo.

—¿Llevas reunido desde que has llegado esta mañana?

—Sí, y va para largo. El tema es más serio de lo que esperaba. —Se interrumpe e inspira hondo—. Todavía no está confirmado, pero es posible que vuele a Tel Aviv el jueves.

—¿Tan pronto?

Se me cae el alma a los pies. No voy a volver a verle hasta... Ni siquiera lo sé.

—Vega, yo... —murmura, y su tono de voz suena tan frágil de repente que me recompongo.

—Nos veremos pronto. Ya lo verás.

Y le miento a sabiendas, que conste, pero no puedo hacer otra cosa. Tengo que agarrarme a esa mentira. ¿Cómo soportarlo si no?

Cuelgo el teléfono con un nudo en la garganta y grazno un «Voy a mear». Me encierro en el cuarto de baño y me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo. Me abrazo las rodillas y escondo la cabeza entre ellas. Son solo unas semanas, me digo, y estás así porque ha sido un fin de semana muy intenso; según avancen los días y vuelvas a la rutina se hará más fácil... Y otra vez vuelvo a mentir.

Sara y yo amanecemos el miércoles mucho antes de que suene el despertador. Nos quedamos quietecitas entre las sábanas, en silencio, sin querer levantarnos. Cuando no nos queda más remedio, nos vestimos —curiosamente las dos de negro— y nos marchamos a por los resultados.

En la sala de espera de la clínica hacemos turnos para salir a fumar. Cuando llaman a Sara, nos cogemos de la mano con fuerza. Caminamos como si lo hiciéramos por la milla verde, camino del cadalso, hasta que llegamos a la puerta de la consulta. Respiramos y entramos.

—Buenos días —murmuramos casi a coro.

—Buenos días. Sentaos, por favor —nos dice la ginecóloga mientras lee algo en la pantalla del ordenador.

Nos sentamos con las rodillas bien apretadas. La joven doctora se pone a teclear y Sara y yo contenemos la respiración. El sonido brusco de una impresora nos hace dar un brinco. La ginecóloga le entrega a Sara unos papeles.

—En el informe consta el tratamiento que tienes que tomar —le dice muy seria—. Es importante que vuelvas a una revisión. Pide cita antes de irte.

Sara ha dejado de escucharla y mueve los papeles adelante y atrás buscando entre las líneas escritas. Y yo estoy por gritar que alguien me diga de una vez qué es lo que le pasa, porque ¡ya no puedo más!

—¿Es grave? —pregunto.

—¡Solo hongos! —chilla Sara.

—Aun así —le reprocha la doctora—, te recomendaría que tuvieras más cuidado en próximas ocasiones.

—Lo tendré —asiente Sara.

Pero tanto la doctora como yo sabemos que no va a ser así. Sara es una kamikaze sexual, sentimental, existencial. Lo único que va a poder frenar su descenso sin frenos al infierno que se está construyendo es un cambio de vida. Pero uno de verdad.

Cuadro los hombros en la calle, dispuesta a removerle la conciencia, pero ella se me adelanta. Me achucha hasta dejarme sin aire y se va tan contenta a trabajar.

—Pero, Sara, tenemos que hablar.

—Vale, cari, luego te llamo —me dice mientras se aleja.

Y es posible que cumpla con su palabra. Dentro de tres o cuatro días, cuando crea que se me ha olvidado el tema. Suspiro profundamente y también me marcho a mi trabajo. En un momento de descanso, le mando un mensaje larguísimo. Cuando salgo de la oficina a las seis de la tarde, todavía no lo ha leído. Ni lo hará. Me meto en el metro, maldiciéndola mentalmente y tratando de esconder la cara entre los mechones frontales de mi melena. Todavía siento que la gente me mira como si me conociera. Pienso en Francesco. Otro que parece que no vaya a darme explicaciones sobre su ruinosa vida...

Al llegar a casa, no hay nadie. Camino a oscuras por el salón y entro en mi cuarto. Pienso en darme una ducha, prepararme algo de cena y llamar a John, pero mis planes se ven frustrados por una llamada al hijo de casa.

—¿Diga?

—Vega, hija, ya está bien, ¿no? ¿Dónde estabas? Llevo todo el día llamándote.

Y yo evitándola. Que sé que no está bien hacerle eso a una madre, pero es que no estoy acostumbrada a hablar con ella todos los días. Yo era feliz con su llamada dominical. ¿Para qué más?

—Pues trabajando, mamá, ¿dónde voy a estar?

—No sé, como ahora eres famosa, pensaba que podías estar con Francesco Drago, por ahí.

Ya empezamos...

—A ver, mamá —me sujeto el puente de la nariz—, que ya te lo he explicado, que Francesco y yo no somos pareja, ni amantes ni nada.

—Pero en la tele han dicho que sí, pero que os escondéis para guardar la exclusiva de la boda. ¿No

te irás a casar sin tu madre?

—Te lo he repetido mil veces: no hagas caso a lo que dicen por la tele; la mitad de las cosas son mentira, y de la otra mitad tampoco te creas nada.

—¿Entonces no te casas?

—No, mamá. —Me río por no llorar—. No me caso.

Ni harta de pacharán, vamos. La única manera de verme en una boda es yendo como invitada.

—Pues no lo entiendo, con la buena pareja que hacéis.

«Ya, pero a él le gustan los rabos y a mí, John Taylor», me dan ganas de contestarle, pero solo le digo:

—Somos amigos. Nada más, mamá.

—Pues es una lástima.

De repente pienso en contarle lo de John. Explicarle que por fin he encontrado a alguien con quien que me siento a gusto de verdad. Con un poco de suerte, así se olvidará de lo de Drago.

—Mamá, verás, no te lo he dicho antes porque no sabía si íbamos en serio, pero... he conocido a alguien.

—¿Sí? ¿Y estás saliendo con él? ¿Es famoso?

—Sí, estoy saliendo con él. Y no, no es famoso.

—Pues si no es famoso, no entiendo por qué pierdes el tiempo con él en vez de estar con Francesco Drago. Hija, tú piénsalo: con lo que ibas a ganar en exclusivas podrías hasta dejar de trabajar. Por no hablar de lo de tu padre...

—¡Mamá! ¿Es que no escuchas?

—Bueno, no te pongas así. —Se calla un momento—. Oye, ¿te has enterado de lo de la Pantoja? No gana para disgustos, la pobre...

—Mamá, llaman al portero. Cuídate mucho y da recuerdos a la abuela.

Lo del portero es mentira, pero, como comprenderéis, no me apetecía escuchar información alguna sobre la Pantoja. Ni seguir hablando con mi madre.

El teléfono de casa vuelve a sonar.

—Diga.

Pasan unos segundos y apenas se oye nada al otro lado. Solo una respiración jadeante.

—¿Hola? ¿Quién es?

Más silencio jadeante. Empiezo a ponerme nerviosa. Soy fácilmente impresionable. Estoy a punto de colgar cuando una voz mecánica dice:

—Te lo advertí, puta.

La llamada finaliza. Me tiemblan las canillas. ¿Qué hago? ¿Cambio de móvil, de fijo, de casa y de nombre? Porque no se me ocurre otra manera de que paren de tocarme las narices. ¿Por qué no darán la cara? Seguro que no serían tan valientes frente a frente. Panda de mamones. Paso... ¡Paso de calentarme!

¡GENTUZA!

Regreso a mi habitación y empiezo a desnudarme de mala leche. Me voy a meter en la ducha y el agua se va llevar todo este mal rollo. No pienso dedicarles ni un segundo más a esos HIJOS DE LA GRAN... Respira, Vega, respira.

Estoy intentando encontrarme el diafragma y utilizarlo para coger aire como es debido cuando comienza a sonar dentro de mi bolso *Me and Bobby McGee*. Inspiro y espiro hondo varias veces y me animo a demostrarme lo poco que me importan las amenazas. Tengo un novio superinteresante y superbuenorro tratando de hablar conmigo. Eso es todo lo que tiene que importarme. Descuelgo.

—Vega —dice deprisa—. Sigo en el centro de convenciones. Lo de Tel Aviv está confirmado. No sé cuándo podré volver a llamarte.

—No te preocupes. —Ya lo haré yo por los dos.

Oigo un profundo suspiro al otro lado de la línea.

—Pensaré en ti. A cada momento.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Te creo.

John me escribe unas horas más tarde, apenas amanecido el jueves, para informarme de que va a embarcar en un vuelo que le alejará aún más de mí. Algo me dice que su ausencia será cada vez más difícil de soportar, pero me engaño respondiendo que ya hemos estado separados por miles de kilómetros antes y que esta vez solo tenemos una hora de diferencia, que podremos hablar con más regularidad... Pero la realidad es otra: las llamadas se vuelven más cortas, los mensajes, más concisos, y, poco a poco, el silencio se instala entre nosotros.

Aunque intento centrarme en el trabajo y en mis amigos, la nostalgia se me termina metiendo en los huesos, como la humedad en invierno. Siento frío dentro de mí. Creo que es por la falta de su abrazo: ahora solo el cuerpo de John consigue calentarme. Y eso me aterroriza. Tanto, tanto, que llego a cuestionarme si nuestra relación es o no viable.

Enamorarte de un nómada es como hacerlo del viento: te envuelve y te revuelve, pero luego se va y te deja desamparada, porque ahora ya sabes lo que es la felicidad, pero no puedes conservarla.

29

DECISIONES

El último viernes de julio, a mediodía, tengo la cabeza metida entre un montón de papeles, intentando traducir a tiempo las evaluaciones de las delegaciones para enviarlas a Ginebra, cuando en mi bolso empieza a sonar *Me and Bobby McGee*.

—Buenas noticias —anuncia en cuanto descuelgo—. Hemos terminado.

—¿Qué? ¿De verdad!?

¡Bien, bien, bien! Boto sobre la silla.

—Pero todavía no puedo regresar a Madrid.

—¿No? —Me sujeto al escritorio.

—Debo volver a Nueva York para cerrar unos asuntos. —Ahora, además de lejos, estará a seis horas de diferencia horaria. Voy a llorar—. Pero... ¿por qué no te vienes? Volamos mañana por la mañana, haremos escala en Londres para repostar; podrías unirme al vuelo allí.

¿Que me vaya? ¿A Nueva York? ¿Mañana?

—Pero, John. Yo no tengo vacaciones hasta el 15 de agosto...

—Piénsalo antes de decidirte. —Baja la voz—: No aguanto más sin verte.

—Ni yo. —Me enternezco.

Pero, cuando cuelgo, me doy cuenta de que este hombre se ha vuelto loco. Se piensa que puedo dejarlo todo y salir corriendo para irme con él a Nueva York, ¡nada más y nada menos! Aquí al ladito, vamos.

A la salida del trabajo sigo dándole vueltas a lo del viaje y me meto en el metro. Me pongo los auriculares y le doy al aleatorio de Spotify. *Like a Prayer* de Madonna me acompaña cuando me dispongo a sentarme para esperar, pero algo impacta en mis retinas y me paraliza. Es un cartel tamaño XXL que hay en el andén de enfrente. Francesco Drago va vestido solamente con un conjunto de dos piezas de ropa interior. Y digo bien, DOS piezas: unos ajustados *boxers* blancos y una especie de sujetador deportivo masculino.

Lo intento, lo prometo. Trato de aguantarme y hasta me muerdo los carrillos por dentro, pero estallo en carcajadas en medio del andén. La señora que tengo al lado me mira de reojo, agarra con fuerza su bolso y se aleja unos pasos. Un par de chavales se dan la vuelta; parece que me reconocen, y se unen a las risas. Saco el móvil, fotografío el cartel y se lo envío a Fran.

¡Eres mi ángel de Victoria's Secret preferido!

Apenas tarda en responder.

¿Dónde es?

En el intercambiador de avenida de América.

¿Vas a casa?

Cuando llego, me está esperando en el portal.

—Hola —murmuro acercándome a él.

—Hola —susurra cabizbajo.

Me duele verle de esa manera, tan decaído, así que me obligo a echar al olvido lo que pasó y le abrazo con fuerza. Francesco recibe mi gesto de paz con calidez, hunde su cabeza en mi cuello y empieza a sollozar.

—Lo siento mucho, *bella*.

—Ya está, venga. —Le froto la espalda—. Vamos arriba.

Subimos el tramo de escalera en silencio y entramos en el piso de la misma manera. Drago tira su cazadora encima del sofá y, pegando un salto sobre el respaldo, se deja caer en los cojines.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto, colgando el bolso y el abrigo en el perchero de la entrada.

—Un poco de agua, por favor.

—¿Agua?

—Sí, Vega. Agua.

Me encojo de hombros para quitarle importancia, pero me extraña un montón. Creo que nunca antes había visto a Drago beber agua.

Regreso al salón con su insípida bebida y un café para mí.

—Gracias —dice agarrando el vaso.

Me siento a su lado y le acaricio la rodilla.

—¿Cómo estás? —murmuro.

—Estoy.

—¿Por qué no me has llamado?

—No podía —dice negando con la cabeza—, no sabía qué decirte.

—¿Y qué hay de aquello de que los adultos cometen errores, pero los solucionan si se puede?

—Ya, sí, me quedó muy bonito el discurso, pero es más fácil opinar de la vida de los demás que de la de uno mismo.

—Bueno, pero... algo habrás pensado, no sé...

—He pensado tanto que me he pasado de vuelta, *bella*.

—A lo mejor no ha sido pensar lo que te ha pasado de vuelta...

—¿A qué te refieres? —Aparta la mirada.

—Pues a lo de la coca, Fran. ¿A qué me voy a referir? —Me atrevo por fin a decir—. Sabes que tienes un problema, que te estás jugando tu trabajo y tu prestigio y que estás poniendo en riesgo tu salud y tu relación.

—¿Pero qué relación, Vega? Erik ya no quiere saber nada de mí.

—¿Y te extraña?

Hunde los hombros.

—No.

—Algo tienes que hacer. No sé..., quizá lo que dijo John... Algo de ayuda profesional... —dejo caer.

Drago se tensa. Se agarra al vaso de agua como si su vida dependiera de ello. Lo sujeta con ambas manos y concentra su mirada oscura en su contenido. Apenas unos segundos después se endereza, y una sonrisa tímida aparece en su boca.

—Tengo que volver a casa.

—¿A Isquia?

—Sí. —Me mira—. Y necesito que vengas conmigo.

—Claro. Ya te dije que te acompañaría.

Francesco me sonríe abiertamente y parece recobrar el ánimo.

—Estoy seguro de que allí, junto a ti, conseguiré encontrar la manera de recuperar a Erik —dice ilusionado—. Eso sí, tiene que ser cuanto antes. En agosto empiezo los entrenamientos. Lo ideal sería irnos este fin de semana, pero no te va dar tiempo a arreglarlo en el trabajo. ¿El lunes podrías hablar con tu jefe? —Tuerzo la boca—. Es demasiado precipitado. Lo entiendo. No te preocupes. Conforme está el mercado laboral, no es para andar...

—No es solo por eso —digo con cautela—. Es que John me ha pedido que le acompañe a Nueva York...

—Ya veo —murmura, y otra vez la tristeza vuelve a su rostro.

Mierda. No soporto decepcionarle. Me cuesta un mundo decirle que no. ¿Quizá podría aplazar el viaje a Nueva York? Si adelanto unos días de las vacaciones de verano, tal vez pueda hacer las dos cosas...

—No te pongas así, Fran. Yo..., yo no he decidido nada todavía. Déjame pensarlo, por favor.

—No quiero agobiarte, Vega, pero es que... lo necesito. —Me agarra las manos—. Si no vienes, voy a hundirme mucho más.

Me lanza una mirada de gatito abandonado que no me gusta un pelo.

—Joder, Fran. Eso es un poco... chantaje, no sé...

—No es chantaje, *bella*, es la verdad. No te lo pediría si no fuera cierto.

Me levanto a por más agua. No tengo ni pizca de sed, pero necesito terminar la conversación de alguna manera, así que directamente huyo.

Entro en la cocina, me agarro con fuerza a la pila y bufo. Me estoy agobiando. Me siento presionada. Además, ¿qué pretende que solucionemos en Isquia? ¿Solo lo de Erik? Porque de su problema con la cocaína no ha dicho ni mu, lo elude totalmente...

El sonido de la puerta de casa me distrae. Oigo a Leticia saludar a Drago, y, enseguida, entra en la cocina.

—Hola, Vega —dice con voz apagada.

Me giro y la veo sin el brillo de siempre, con los hombros agachados y cara compungida. Pero, bueno, ¿es que hay un virus o qué?

—Hola, Leti. ¿Qué te pasa? —pregunto preocupada. Es rarísimo verla así.

—Nada... —Se encoge de hombros—. Que anoche discutí con Iván y... no sé si lo hemos dejado. —Hace un puchero y comienza a sollozar—. Pero ya se me pasará.

—No, no, nena. —Me acerco y la abrazo—. Venga, ve a tu habitación a cambiarte, que yo preparo una tortillita de patatas y mientras cenamos me lo cuentas, ¿vale?

—Vale —dice entre hipos—. Te quiero mucho, Vega. Sé que no te lo he dicho nunca, pero eres la mejor compañera de piso que se pueda tener.

Me enternece, y la achucho superfuerte.

—Mi Leti... Yo también te quiero un montón, aunque me tires los números atrasados de la *National Geographic*.

—Pero si te los sabes de memoria.

—No por eso dejan de gustarme.

Leticia se va a su cuarto y yo, al salón. Le comento a Francesco el panorama; parece que lo entiende, y me dice que se marcha, no sin antes recordarme, cogiéndome de las manos y mirándome con

intensidad, que necesita que me vaya con él a Italia lo antes posible. Así, sin presiones.

Decido no dedicarle más tiempo al asunto, me cambio de ropa, me pongo a hacer mi tortillita y cuando le estoy dando la última vuelta, llaman al telefonillo.

—¿Sí?

—Eh... hola, ¿está Leticia?

—¿Quién pregunta por ella?

Tengo casi claro que es Iván, pero me apetece tocar las narices.

—Soy su... —titubea— Iván.

—Espera un momento, por favor. —Me retiro escasos centímetros del telefonillo y sin tapar el micrófono grito—: ¡Leti, es para ti: un señor que dice que es TU Iván!

—¡No estoy! —chilla desde su habitación.

—Dice que no está.

—Ya...

Por el rabillo del ojo veo aparecer a Leticia en la cocina.

—Espera un momento, Iván.

Cuelgo el portero y le pregunto si está segura de que no quiere verle. Ella solloza y dice que no, que le pida que suba.

Después de transmitir el mensaje, me meto en mi habitación. Pongo a la Joplin para no escuchar lo que no me interesa y cojo el móvil. Me apetece hablar con John, pero no tengo una respuesta a lo del viaje todavía. Así que le envío un mensaje a Sara.

¿Qué haces?

Nada, en casa. ¿Y tú?

También en casa.

¿¿¿Salimos???

*No me apetece, Sara.
Estoy rayada.*

Pues vente para acá, que tengo pacharán.

De repente, oigo pasos por el pasillo y el sonido de la puerta de Leticia cerrándose. Huy, huy, huy. Aquí huele a reconciliación...

Y yo una tortilla de patata que me voy a comer sola...

¡Te mando un taxi!

Y lo decía en serio: justo quince minutos después recibo una alerta en mi móvil diciéndome que un taxi me espera en la calle.

Llego a Desengaño, compro pan y Coca-Cola en el chino de la esquina y, al poco rato, ya estamos devorando los bocatas de tortilla con unos calimochos —la única manera de beberse el vino que Sara ha traído del pueblo— sentadas en la barra de la cocina.

—Es que, cari, no lo entiendo —dice por enésima vez Sara—. No entiendo cómo puedes pensar en todo el mundo menos en ti. Que si Drago quiere esto, que si John quiere lo otro... ¿Y qué coño quieres tú, Vega?

Resoplo y le pego un trago al calimocho.

—Yo quiero ver a John, ir a Nueva York, estar con él..., pero no quiero fallar a Francesco.

—Y no le vas a fallar, cari. Ni siquiera me parece buena idea que vayáis a Italia. Él debería centrarse en conservar su trabajo, no en andar planeando viajes a islas del Mediterráneo.

—Ya, pero me ha dicho que lo necesita... Y, además, la semana que viene es tu cumple. —Me giro para mirarla.

Siempre hemos celebrado los cumpleaños juntas, desde que tengo uso de razón. Hemos pasado por las medias noches con paté, los ganchitos con Coca-Cola, las hamburguesas del *burger* de la capital, los botellones en el parque del río, las macrodiscotecas, las escapadas a la playa... No puedo dejarla sola.

—¡Y qué más da! —grita Sara—. ¡Lo celebramos mañana mismo si hace falta!

—Tía, este es especial: cumple treinta.

—Encima eso. No me lo recuerdes, por favor. —Da un manotazo al aire—. A ti lo que te pasa es que cualquier cosa te vale de excusa para no aceptar que estás acojonada por no encajar en la ciudad de los rascacielos.

—No es eso —digo con la boca pequeña.

—Bebe más calimocho, a ver si se te suelta la lengua.

No obedezco y Sara saca la artillería pesada: el pacharán. Después de dos rondas dobles de chupitos, nos sentamos en el mullido sofá de mi amiga y cojo el mando de la televisión.

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a admitirlo ya? —amenaza Sara, armada con la botella y un vaso de chupito.

—Vaaale, lo admito, estoy acojonada.

—¡Pero Vega! ¿Qué crees que vas a encontrar allí para que una mujer tan estupendísima como tú no vaya a encajar?

—Pues... no lo sé. Ese es el problema. —Estiro los brazos—. Que voy a ciegas, que no tengo ni idea de lo que me espera allí...

—¡Pues ve y descúbrelo!

—¿Sí? —pregunto.

—Ay, por dios, pero qué tontita eres a veces... ¡Pues claro que sí! ¡¡Échale ovarios, Vega!!

Tiene razón, quiero ir, John quiere que vaya... ¿Dónde está el problema?

Cojo la botella de pacharán y me atizo un lingotazo.

—¿Pues sabes qué te digo? ¡Que me voy a Nueva York!

—¡¡Bien!!

Empezamos a brincar encima del sofá. De pronto, Sara me suelta, pega un salto hasta el suelo — que si lo hubiera dado yo me habría estampado de morros contra la alfombra— y se va derecha al portátil que hay sobre el escritorio.

—¡Hay que comprar los billetes! —ordena.

—Pero todavía no he hablado con mi jefe...

—Da igual, seguro que no te dice que no. Solo vas a adelantar un poco tus vacaciones.

Sara enciende el ordenador y se pone las gafas —que jamás reconocerá que usa—. En un periquete me ofrece varias opciones de vuelos. Miro por encima de su hombro.

—Setecientos euros, ya está bien...

—Si te fueras mañana con John, te saldría más barato.

—No puedo, tía.

—Pues a gastarte los ahorros, maja, que para eso los guardas.
Pues tiene razón, otra vez. Cojo mi bolso muy decidida, saco la tarjeta de crédito del monedero y se la entrego a Sara con solemnidad.

—Una semana, de viernes a viernes. Por lo menos, comeré contigo en tu cumple.
Sara me sonrío con cariño y vuelve al ordenador.

—Será un desayuno. Tu vuelo sale a las cinco menos diez de la tarde.
Unos billetes a mi nombre aparecen en la pantalla.
Hala, ya está hecho.
¡Que me voy a Nueva York! ¡Una semana! ¡¡Con John!!

—*We are the champions, my friend...* —canturreo por el piso de mi amiga hasta que el estridente sonido de su portero me corta el rollo—. Pero si son más de las once...

Sara cierra el portátil de golpe y se levanta.

—Se habrán equivocado.
—Voy a ver.
—¡No! —chilla; luego se recompone y baja el tono—. No te molestes, cari, ya voy yo.
—Es Marcos, ¿verdad?
—¿Y cómo quieres que lo sepa sin contestar al puto telefonillo?

Que sigue sonando insistentemente. Lo miro, Sara también, las dos corremos. Gana ella. Es mucho más ágil y aguanta mejor el alcohol.

—¿Sí? —pregunta, mirándome por el rabillo del ojo—. No, aquí no es. Te has confundido.
Cuelga y se da media vuelta. El timbre estridente vuelve a sonar. Sara me dedica una sonrisa más falsa que Judas y descuelga.

—Ya te he dicho —vocaliza despacio, como si su interlocutor fuera tonto. Ya no me cabe duda de que es Marcos— que te has confundido. No llames más. —Y añade muy bajito—: Luego te llamo yo.

—¡Sara! —grito. Ella cuelga y evita mi mirada—. ¿Esto lo hace habitualmente? Presentarse en tu casa cuando le pica el pito, me refiero.

Sara me fulmina con la mirada.

—¡Sí! ¿Vale? —chilla—. Viene aquí cuando le apetece y me folla. Y yo a veces quiero y otras... no tanto. —Me mira con verdadera pena en sus ojos verdes.
—Nena. —Me acerco a ella—. ¿Cuándo vas a dejar de machacarte por lo que pasó?
—No lo sé, Vega. No lo sé.

DESPEGANDO

El comienzo del sábado ha sido un horror. Y no porque tuviera resaca, fueran más de las doce y me arrepintiera de haber comprado los billetes sin encomendarme a mi jefe, a John o al diablo: ha sido un horror porque soy tonta del culo y ayer me dejé el móvil en casa. Me he dado cuenta nada más levantarme. Como viene siendo habitual desde que le conozco, la imagen de John se ha colado en mi cabeza al despertar, y, cuando la neblina del sueño ha empezado a dispersarse, me he percatado de que no le había llamado anoche.

Casi me da un parraque.

He empezado a correr por el piso de Sara como una loca, buscando mi móvil, y, cuando me he acordado de que anoche solo traje la tortilla y un billete de diez euros, me he echado a la calle a medio vestir y me he ido para casa —y no exagero, que las Converse me las he puesto en el taxi—. La imagen de John gritando al cielo en algún aeropuerto londinense me acompaña en el trayecto.

Llego a casa echando el higadillo, abro la puerta y ¿qué me encuentro en el sofá? A Leticia y a John hablando animadamente con una taza de té.

¿Hola?

¿Sigo borracha o ya se me ha ido la cabeza del todo?

Los dos se giran al oírme cerrar la puerta. John se levanta y se abrocha la americana del traje. Mi compañera también se pone en pie y le dice en tono cómplice:

—Ya la tienes aquí. Cuídamela, vale mucho.

—Lo haré. Gracias por todo.

Se dan un breve abrazo. Leti me sonrío con cariño y se va a su habitación.

Y yo sigo plantada en medio del recibidor, con la boca abierta, sin entender absolutamente nada.

John clava su hechizante mirada azul en mí y murmura:

—Hola.

Y yo le miro... y le miro... y le miro... y no me lo termino de creer. Pero... ¿qué hace John aquí? ¿No tenía que estar volando a Nueva York? ¿Y por qué está todavía más guapo que la última vez que le vi?

—Pero... —balbuceo.

—Me debías una respuesta. —Se encoge de hombros—. Y he venido a por ella.

Empiezo a sonreír. John está aquí. En mi salón. Mi sonrisa se hace más grande. Me da igual el cómo, el cuándo y el porqué: ¡está aquí! ¡John está aquí!

Cojo carrerilla y, de un salto, me subo a su torso, aprieto las piernas alrededor de su cintura y ataco su boca. John se mueve conmigo a cuestras hasta sentarse en el sofá, sube su mano derecha a mi nuca y me devuelve cada beso, cada mordisco y cada suspiro con la misma intensidad con la que los recibe. Se aparta para mirarme a los ojos. El azul de los suyos es más bonito que nunca.

—Me preocupé mucho anoche.

—Ya lo imagino. —Apoyo las manos sobre su pecho—. Lo siento un montón. Me fui a casa de Sara y me dejé el móvil...

—Me lo ha dicho Leticia. Pero anoche pensé que podías haberte sentido presionada y...

—¿Que había salido corriendo otra vez? —Asiente. Le acaricio su mentón afeitado—. Pues no lo pienses más, ¿vale? Ya tengo los billetes.

—¿Qué billetes? —Frunce el ceño.

—Para Nueva York. —Sonrío.

—¿Hablas en serio? —Alza las cejas.

Asiento enérgicamente, y parece convencerse, porque se acerca sonriente a mi boca. Justo cuando va a besarme frunce el ceño de nuevo y se separa.

—¿Ya has pagado los billetes?

—Claro.

—Dime cuánto ha...

Le coloco los dedos sobre los labios y le reprendo con la mirada.

—No. Tú pones el alojamiento y yo, el transporte. Es un trato justo. —Replica bajo mis dedos—. No discutamos por esto, por favor. —Le acaricio el labio inferior. Su boca es la tentación hecha carne. Tan apetecible...—. ¿Cuándo te marchas?

—Mañana por la mañana —murmura, mordiendo las yemas de mis dedos—. Tenemos tiempo de sobra para eso que estás pensando.

Sus ojos azules se entornan. El calor se va adueñando de mi cuerpo. Le desato el nudo de la corbata y le desabrocho el primer botón de la camisa.

John vuelve a cargar conmigo; me lleva hasta mi habitación y me tumba sobre la cama. Recorro con la mirada cada milímetro de su atractiva cara. Tiro de él porque tenerle tan lejos me resulta insoportable. Se deja caer a mi lado. Me acaricia los labios, el cuello, un pecho.

—Nunca había sentido esto con nadie.

Me estremezco y le abrazo. Me aprieto fuerte contra él, queriendo fundirme con su cuerpo, buscando materializar lo que yo siento por él.

—Te necesito dentro de mí —susurro.

Y sin ceremonias lascivas ni juegos de seducción, nos desnudamos y nos entregamos al placer de estar unidos. Piel con piel. Solo nosotros. Y después, borrachos de sexo, cegados por lo grandes que nos sentimos siendo solo nosotros, ya no importa que nuestros mundos sean tan diferentes, las distancias pasan a ser simples números dibujados en los mapas y las sombras y fantasmas no se ven, son eclipsados por la luz de nuestras emociones. Hasta llegamos a creer que, solo armados con lo que fluye entre nosotros, podremos librar batalla contra el resto.

Un «beep-beep» me devuelve a la realidad. Es mi móvil; lo abandoné encima de la mesita del rinconcito zen y ahí sigue. Procuero ignorarlo... y no funciona. No sé quién será el remitente del mensaje, pero le odio, que lo sepa.

Me levanto para descubrir, otra vez, un mensaje de un número extraño. No quiero ni leerlo. Voy a borrarlo cuando la voz de John me hace pegar un brinco.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. Es solo un mensaje. —Dejo el móvil en la mesita y me acerco a la cama.

—Has puesto mala cara. ¿Qué pasa?

—No es nada, de verdad. —Me siento en la cama y John se incorpora. Recorro su torso desnudo con la mirada. Su abdomen, su pecho, su cuello, su barbilla... Oh, oh, sus ojos están muy serios. Mierda.

—¿Me lo vas a contar? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—Son las tonterías de siempre... Mensajes de fans de Drago que se aburren mucho.

Y he sonado tan despreocupada que los ojos de John ya no están serios: ahora echan chispas.

—Creía que el tema ya estaba solucionado.

—Y lo está, no te preocupes. Ya se cansarán...

—¿Te importaría que viera esos mensajes?

—No los guardo. El último debe de ser el único que queda.

—¿Puedo? —Señala el móvil.

—Como quieras...

John se levanta y alcanza el teléfono.

—Por el número, parece que te lo han enviado desde alguna web —comenta. Pulsa sobre la pantalla y al segundo se queda blanco. Y no metafóricamente, no. El color abandona su cara. Del todo—. Vega, ¿estás segura de que esto tiene que ver con Drago?

—Claro, ¿con qué si no?

Me mira fijamente unos segundos y vuelve a centrarse en el móvil.

—¿Qué pone? —susurro.

John vuelve a pulsar la pantalla, ahora con bastante más energía.

—Nada que te merezcas oír.

Suelta el móvil sobre la mesa, cruza la habitación de dos zancadas y coge su reloj de pulsera de la mesilla. Se lo pone en un gesto que me llama la atención, no sabría muy bien explicaros por qué, pero me ha resultado algo instintivo. De hecho, ahora está más relajado. Parece que ese simple objeto le transmite confianza. Es el que lleva siempre, un Omega de acero con la esfera negra. Un relojazo de esos que te dice el tiempo, la cotización de la bolsa y hasta te hace café.

—¿Siempre llevas el mismo reloj? —le pregunto, en un intento de echar de la habitación la tensión que ha traído el mensaje.

—Sí, apenas me lo quito.

—Me encanta la correa de metal. Es muy bonito.

—Gracias, sí que lo es. —Sonríe ligeramente—. Es un Omega Speedmaster profesional. «*The Moonwatch*» lo llamaron.

—¿«El reloj de la luna»? Qué poético.

—El significado es literal. Fue el primer reloj en llegar a la luna.

—¡Vaya! Espero que no sea exactamente este.

—No. —Sonríe de nuevo—. Philippe no consiguió hacerse con él. Este es posterior, pero poco.

—Qué guay, un Omega *vintage*... —No quiero ni pensar lo que debe de valer—. ¿Puedo preguntar quién es Philippe?

—Philippe era mi hermano, casi mi padre, una de las pocas personas que han sabido entenderme. —De repente, se calla y me mira con una intensidad, con una determinación... Casi puedo ver cómo nace en él un nuevo propósito, y, pese a no estar entendiendo nada, algo dentro de mí se llena de esperanza—. A él le perdí, pero contigo no va a pasar. No voy a permitirlo.

AIRE

«No tuve miedo cuando intentaron secuestrarme en Venezuela. Ni cuando explotó aquel coche bomba a dos manzanas de la embajada de El Cairo. Ni cuando me contagié de malaria en Costa de Marfil. Un hombre solo siente miedo cuando tiene algo de lo que arrepentirse. Miradme con atención y preguntaos qué os hace pensar que soy ese hombre».

John Taylor.

CEO Taylor Group.

Mesa de debate del gobierno ruso en las negociaciones de paz del Donbás.

Kiev.

START SPREADING THE NEWS

Odio volar en avión. Debe de ser mi vena desconfiada, que no puede evitar pensar que gente poco profesional hay en todas partes, incluida la industria de la aviación. ¿Y si el mecánico que ha comprobado los sistemas estaba desconcentrado porque ha discutido con su mujer? ¿Y si la controladora aérea no ha dormido porque el perro de su vecino se ha pasado la noche ladrando? ¿Y si el piloto va más pedo que Alfredo porque es alcohólico, la aerolínea lo sabe, pero con tal de no pagarle la indemnización por el despido hacen la vista gorda?

Tengo que relajarme, serenar la mente y respirar, aunque solo sea el oxígeno viciado del habitáculo del avión. Me quedan todavía cinco horas en el aire y no puedo descontrolarme. No quiero terminar como Melendi.

Al recordar al cantante sonrío. No veáis cómo se movía John, el sábado pasado, a ritmo de rumbas. No entiendo cómo un guiri puede mover las caderas de esa manera. Bueno, sí que lo entiendo, porque en horizontal las mueve igual de bien, pero, no sé, supongo que no imaginé que sus pies le siguieran con tanto garbo.

Nos lo pasamos genial. Nos pegamos la juerga padre en el Dark Light Club, que abrieron solo para nosotros. Fue el regalo de cumpleaños de John a Sara. ¿A que es para comérselo? Vino todo el mundo: Leticia e Iván, que ya se han reconciliado oficialmente y están planteándose vivir juntos — huele a «Vega buscándose piso», pero ya lo pensaré más adelante—; Susana, Carol y Esther, compañeras de trabajo de Sara, con las que no quedamos casi nunca porque se escandalizan enseguida; David y Bryan —o Ryan, o algo así, no me quedó muy claro, lo siento—, que son amigos de John y empleados de Scotland Yard. El único que faltó fue Francesco. Se pilló tal mosqueo al decirle que me iba a Nueva York con John, en vez de a Isquia con él, que no quiso venir —«rabieta» me parece que lo llaman...—. Y no contento con la *espantá*, el domingo me envió una foto de una espectacular puesta de sol sobre el mar con un «Ojalá nunca tengas que disfrutar de algo tan bello en soledad» que me sentó como un tiro. Espero que se centre en su isla y se dé cuenta de que haciéndome chantaje emocional no va a conseguir nada de mí.

Ahora, como ya os habréis imaginado, estoy volando a Nueva York. Es viernes, 1 de agosto, cumpleaños de Sara —que hemos celebrado desayunando juntas—, y no tengo ni idea de qué hora es por la maldita diferencia horaria. Lo que sí sé es que, cuando llegue al JFK, serán las siete y diez de la tarde y que me quedan cinco horas de vuelo —echad vosotras las cuentas, por favor, que yo soy de letras puras—.

John había volado el domingo anterior por la mañana. Creo que todavía iba borrachillo, el pobre. ¡Y no veáis lo sexy que es John medio pedo! Y digo «medio» porque no fuimos capaces de emborracharle del todo. Y eso que lo intentamos. Mucho. A costa de terminar, la mayoría, peor que Fernando Arrabal debatiendo sobre el milenarismo. Pero no lo conseguimos. John Taylor es un tipo duro que aguanta como un cosaco.

Yo he tenido cuatro días más para organizar el viaje. En el trabajo no me han puesto impedimento en adelantar mis vacaciones de verano, pero, como contraprestación, me han enchufado un portátil con el que puedo conectarme en red con la oficina; así que estoy como las farmacias: de guardia. Y

digo yo: si en las vacaciones trabajas, ¿por qué se llaman «vacaciones»?

—¿Le apetece algo de beber? —me pregunta una azafata.

—Un café solo, por favor.

—¿Natural, torrefacto, arábiga...?

—Natural está bien, gracias.

Esto de viajar en *business* es superguay. Me costó aceptar el cambio de billetes que me ofreció John, pero ahora se lo agradezco. Y no porque en clase turista hubiera ido mal: es que viajar como los pijos es un gustazo.

La sala de espera vip del aeropuerto es la hostia... ¡Huy, perdón! Que estoy en *business*... La sala vip es lo más, o sea. Los asientos del avión y el trato a bordo, un primor, os lo juro por Snoopy. Y la forma de facturar el equipaje ya es... ya es... —mi argot pijo es limitado, lo siento— ya es ¡lo más ultracool del chupiuniverso! —Esto empieza a sonar raro. Desisto—.

Pues eso, que nada de esperar colas interminables como la chusma de turista, qué va. Llegas, sueltas las maletas y, hala, a vivir la vida loca...

Y hablando de equipaje: supongo que a las más fashionistas os gustará saber que traigo una maletita muy bien surtida —vale, sí, es un maletón—. Cortesía de mis hadas madrinas y de un buen pellizco de mis ahorros. Sara me ha dejado cantidad de vestidos y zapatos. Leticia, un par de bolsos y joyería suficiente para hacerle la competencia a M. A. Barracus. Y, de cosecha propia, llevo mogollón de lencería muy pequeña. Para el viaje he elegido un vestido de algodón gris, unos botines negros y un maxibolso con tachuelas. Lo que Sara ha definido como «un *travel outfit* resultón».

—Aquí tiene su café, señora.

—Gracias.

Puaj, qué asquito. Ni en *business class* sirven café decente. A lo mejor tenía que haber pedido torrefacto... En fin, lo bueno es que seguro que no tardo en ir al baño.

Cuatro horas y media después —no, tranquilas, que no invierto tanto tiempo en hacer mis necesidades, es que ¿para qué aburrirnos con los resúmenes de las dos pelis que he visto?— el comandante nos informa de que tomamos tierra. Tardo todavía una hora más en pasar los controles de inmigración —con eso de que ahora todos somos presuntos terroristas hasta que demostremos lo contrario, la cosa se alarga—, recojo mi maleta y me encamino hacia la salida. Me tiembla hasta el pelo, estoy tan nerviosa..., tengo tantas ganas de verle... Respira, Vega, respira.

Atravieso unas puertas automáticas de cristal y, tirando de mi *trolley*, accedo a un enorme *hall* lleno de gente hasta los topes. Le localizo en nanosegundos. Y vale que su metro noventa ayude en mi tarea, pero es que es tan magnético que mis ojos no han podido dejar de mirarle en cuanto le han intuido.

Trato de escabullirme entre la gente para llegar hasta él y, entre empujones, lo consigo. Aún no me ha visto. Está mirando de un lado a otro, estirando el cuello por encima de la multitud. Lleva unos vaqueros desgastados y una sencilla camiseta blanca. El charco de baba que formo bajo mis pies es de tal envergadura que un señor que pasa por mi lado se resbala y se cae. Y esto no es un producto de mi imaginación, ¡qué va!, el señor se estampa de verdad. Seguramente no por mis babas y sí por la cera asesina que han usado para pulir el suelo, pero se pega la hostia padre, os lo prometo. Se arma un pequeño revuelo a su alrededor, lo que provoca que John desvíe su mirada hacia el lesionado y me vea. Su ceño, levemente fruncido, se relaja y se eleva. Su boca comienza a dibujar una sonrisa que me afloja las rodillas. Sus ojos —ay, sus ojos— parece que se vuelven todavía más azules e iluminan todo el aeropuerto.

Camina a grandes zancadas los pocos metros que nos separan, me coge la cara entre ambas manos y,

junto al pasajero caído por mi baba imaginaria, me besa como si no tuviera más remedio, como si el mundo se acabase, como siempre me besa John. Mis brazos se aferran a su espalda, y le devuelvo el beso con todas mis ganas. Un suave gemido se escapa de mi garganta. John sonrío pegado a mis labios y echa un paso atrás; me mira de arriba abajo, me coge las manos y aprieta. Yo trato de meter algo de aire en mis pulmones, que respiran con demasiada dificultad.

—No puedo creerme que estés aquí. —Se inclina y me besa de nuevo—. Vamos.

Sin soltar su mano le sigo hasta el parking, donde nos espera un Mercedes negro con las lunas tintadas y un conductor vestido de uniforme. Al estilo John Taylor.

—Coche europeo... —comento al entrar.

—Tengo debilidad por lo europeo. —Baja un par de octavas el tono.

Trago saliva, abrochándome el cinturón de seguridad. John aprieta el botoncito para desbloquearlo, desliza su brazo entre el asiento y mi espalda y me pega a su cuerpo. Que me huela el pelo me cierra los ojos.

—¿Has felicitado a Sara de mi parte? —me pregunta.

Sonrío y tarareo un asentimiento.

—Me ha dicho que gracias y que le debes la revancha a la ruleta americana. —Un juego que se inventaron, consistente en sustituir la pistola por una barra de bar y la bala por una ristra de chupitos—. Se lo pasó genial la otra noche.

—Ya somos dos.

—Tres. Aunque yo no pudiera con la ruleta. Pero se os veía tan... compenetrados.

Y no exagero. La otra noche en el Dark parecían dos compadres, pegándole al *bourbon* a palo seco y riéndose de David cada vez que contenía una arcada. Daba gusto verlos.

—Sara y yo tenemos algo importante en común. —Me besa el pelo—. Es lógico que congeniaríamos.

Beso su mejilla, siempre tan suave, y también su labio inferior. Y el superior. Y la cosa se me va de las manos y casi le mancillo en el asiento trasero del coche. Con el conductor delante. Y la ventanilla bajada. En fin, la vida... El tema es que, cuando John me pide que me siente a horcajadas sobre él, la pieza que anda suelta en mi cabeza encaja y me separo, jadeante.

—Mejor esperamos a llegar a tu casa —le digo.

John resopla, incluso ríe entre dientes mientras se sube la cremallera del pantalón. Yo miro por la ventanilla, para no lanzarme de cabeza a por su paquete, y abro la boca. Por las vistas. De la calle. Estamos en medio del puente de Williamsburg. Lo he visto tantas veces en una pantalla que lo reconozco al segundo. Entonces, caigo en la cuenta de que no sé a qué punto exacto de Manhattan vamos, aunque tengo mis sospechas...

—¿Dónde vives, John? ¿En el Upper East o en el Upper West Side?

—¿Por qué supones que vivo en la zona alta de Manhattan?

—Hombre, pues ya sabes...

—Porque soy el que fundó la cofradía de los pijos, ¿no? —Entrecierra los ojos, pero su inicio de sonrisa le delata—. Pues te equivocas: vivo en TriBeCa.

—¡Hala! ¡Qué flipe! —John se ríe. Su hoyuelo aparece. Ay, qué guapo se pone, por favor—. ¡No me digas que vives en Green Street! Adoro los edificios de esa calle desde que vi *Ghost*.

—A mí también me gusta esa calle, pero no: vivo en Broadway.

—¿¡Qué!?! ¿Con todos los teatros y sus carteles luminosos y gente del artistero paseando por ahí?

John se sigue riendo. De mí, obviamente, porque niega con la cabeza y me aclara:

—No, *baby*. Eso es más arriba. En el bajo Manhattan la calle Broadway se vuelve más aburrida.

Pero, como compensación, el ático tiene unas vistas privilegiadas del ayuntamiento y del World Trade Center. A mis hermanas les encanta.

—¿Tienes hermanas viviendo aquí?

Vuelve a asentir.

—Las pequeñas: Rose y Joana. Son mellizas, aunque no se parecen en nada. —Sonríe—. Rose trabaja en mi empresa: es abogada, y de las mejores; en cambio, Joana no toca un libro desde el instituto. Se ha dedicado a viajar y a divertirse. El año pasado se casó con el jugador de la NBA Kevin Whitaker y ahora dedica todo su esfuerzo al interiorismo y a quedarse embarazada.

Coge mi mano izquierda y trenza sus dedos con los míos.

—¿Cuántos años tienen?

—Mmm..., creo que veinticinco.

—¿Lo crees?

—No estoy seguro del todo. —Se encoge de hombros—. No es fácil, somos once... Mejor dicho, éramos once. —Frunce el ceño—. Perdona, me sigue costando hablar de Philippe en pasado. Murió hace dos años.

—A veces es duro asumir una pérdida...

—Lo fue. Quizá por eso lo tengo tan presente. Cynthia, su mujer, también ayuda a conservar vivo su recuerdo. —Sonríe—. Cada vez que voy a visitarla me obliga a ver con ella los álbumes de fotos, los vídeos... Lo guarda todo. Hasta puso en el salón una foto de mi graduación en Canadá. —Calla un segundo y traga saliva—. Solo vinieron ellos: mi hermano y su mujer. El resto de mi familia estaba demasiado ocupada con sus propias vidas.

—Sé lo que es eso —murmuro.

John me mira con atención: creo que espera una explicación a lo que acabo de decir. Mierda. No me apetece nada hablar del tema.

Me asomo por la ventanilla y miro hacia arriba, hacia el cielo de Nueva York. Entre un par de gigantescos edificios de ladrillo rojo logro divisarlo, y la sonrisa vuelve a mi cara. El pasado no puede con la ilusión. Este cielo me promete demasiadas cosas.

PENTHOUSE

El coche nos deja en la puerta de su edificio. En cuanto pongo un pie en la calle, un aroma muy peculiar se desliza por mi nariz. Es una mezcla de calor húmedo y salino, de la vegetación exuberante de los jardines del ayuntamiento y de olor urbano: tubo de escape y comida callejera. Podría resultar desagradable, pero, al contrario: me transporta a un lugar que me resulta chispeante, vibrante, ecléctico... Nueva York, acabamos de conocernos, pero creo que ya te quiero.

La calle está hasta arriba de gente. Hay muchísimos turistas. Es curioso cómo, por mucho que tratemos de disimularlo, cuando estamos de turismo se nos nota a la legua. Y no solo por los complementos básicos del manual del excursionista: plano/móvil en una mano, mochila/riñonera/bolso bandolera, guía en la otra mano, calzado cómodo, cámara de fotos colgada al cuello, la chaqueta por si acaso... Es por la expresión de nuestras caras: la perfecta unión entre la felicidad de estar de vacaciones en un sitio guay y el agobio de que no te dé tiempo a verlo todo.

Como buena turista, echo la cabeza hacia atrás y miro de nuevo a las alturas; dicen que los neoyorquinos nos identifican por esta costumbre. Mis retinas se topan con un edificio intimidante. Altísimo, blanquísimo, con millones de ventanitas limpiísimas...

—¿Vamos dentro? —me pregunta John, y agarra mi mano sonriente, no sé si porque se alegra de tenerme aquí o porque le hace gracia ver aterrizar en Manhattan a la cateta a babor en la que me he convertido y que mira a todas partes como si no hubiera visto una calle en su vida. Pero es que, nenas, ¡estoy en Nueva York!

Aprieto su mano cuando entramos en el edificio. La recepción también es asépticamente blanca y sin apenas decoración. Vamos, que, más que una recepción, parece un sanatorio. John saluda al conserje, yo le imito y nos metemos en el ascensor. Teclea un código en el panel de los botoncitos y en el *display* aparecen las letras «PH».

—¿Ático? Qué típico, ¿no? —me burlo.

—Típico o no, es el mejor. No tienes vecinos arriba que te molesten.

Palabra de John Taylor; te alabamos, señor.

El ascensor nos deja en un pasillo ancho, con el suelo de hormigón pulido, donde nos reciben unas grandes puertas metálicas. En esta planta el edificio recupera su carácter industrial. Me encanta.

—Bienvenida a casa, señora Rodríguez —dice con solemnidad, abriéndome la puerta.

Me llevo las manos a la boca en cuanto entro. Esto no es una casa, ¡es un jodido aeropuerto! El recibidor, bajo un pequeño corredor, no intimida demasiado... si consigues ignorar el mueble negro con incrustaciones doradas de estilo asiático, que, si me cupiese en la maleta, me lo mangaba, no os digo más. Pero a la izquierda hay un pequeño pasillo y, más a la izquierda, una deslumbrante escalera abierta, con los peldaños de madera oscura y coronada en la planta de arriba con un gigantesco ventanal, que hace que la luz se vuelque en ella y la convierta en una especie de escalera hacia el cielo. Por ahí debe de andar la habitación de John.

—Esa zona es la del servicio —me explica indicando el pasillo que hay junto a la escalera—. Por esa puerta se accede al cuarto de la ropa, a la cocina, aunque hay otra puerta más directa desde el comedor —aclara— y a las habitaciones de mis empleados, Geoffrey y Consuelo. Si necesitas algo,

ellos se encargarán.

Le miro con los ojos abiertos de par en par. ¿Si quiero algo de la cocina se lo tengo que pedir a sus empleados? Entonces creo que no voy a querer nada en una semana. Ni agua. Ya beberé del lavabo, si eso...

—Pero, si te sientes más cómoda, puedes usar tú misma la cocina —añade.

Le sonrío y me agarro de su mano. Me siento intimidada con tanta opulencia.

Avanzamos unos metros por el corredor y aparecemos en un salón inmenso, tan luminoso como la escalera, que, paradójicamente, dado su tamaño, resulta muy acogedor.

—Este es el salón principal —dice señalando una zona con sofás y chimenea de acero que hay a la derecha—. Ese, el comedor. —Señala ahora a su izquierda, a una zona delimitada por una única pared, que debe de dar al ala del servicio, en la que hay una enorme mesa con incontables sillas a su alrededor y una consola a juego con el mueble del recibidor.

Me mira y sonrío divertido. Y, justo en ese momento, yo recuerdo cerrar la boca y dejar de parecer impresionada. «Es solo el piso de tu novio», me digo.

Un momento...

¡Esta mansión es el piso de mi novio!

—Es impresionante —murmuro, mirando hacia el techo, que está como a seis metros de altura.

—Gracias. Arriba están las habitaciones, hay tres en total. —Apunta a un corredor que rodea el salón desde la planta de arriba—. Y otro salón, con un pequeño bar. —Avanzamos unos metros hasta colocarnos en medio de la sala. John se gira hacia la puerta y mira hacia el piso de arriba—. ¿Lo ves?

A través de la balaustrada de cristal, puedo ver nítidamente que, encima del recibidor, hay un salón de paso con una gran librería, sofás y un bar. Llego a contar cuatro taburetes desde aquí.

—¿«Un pequeño bar», John?

—Tampoco es tan grande. Tendrías que ver los que colocan algunos de mis clientes en sus casas...

—Señala la planta baja, a una de las tres puertas que hay en la pared derecha de la sala, la que está más cerca de la chimenea—. Esa es la habitación de juegos. Billar, dardos, maquinitas... Me encantan esos chismes. Eso es un baño. —Se refiere a la puerta de en medio—. Ese es mi despacho. —El de la última puerta, junto al piano—. Y esa, la terraza.

Me quedo alucinada con la terraza. Toda la pared frontal es de cristal, con unas pequeñas listas que dividen las dos alturas en nueve rectángulos. Detrás hay una piscina a ras del suelo, macetas con plantas tropicales, un sofá circular tapizado en blanco plagado de cojines...

—¡Hay piscina!

—Climatizada. —Sonríe—. ¿Impresionada?

—Para nada. De hecho, Leticia y yo estábamos pensando instalar una en casa... En el rellano, si los vecinos no nos ponen inconvenientes.

John se ríe con ganas, me abraza y me besa en la cabeza.

—Vamos arriba.

—¿No me enseñas la piscina?

—Quería enseñarte el dormitorio primero. —Mueve arriba y abajo las cejas.

—Vale, convencida.

Subimos por la deslumbrante escalera abierta y desde el piso superior el ático es más asombroso si cabe. Lo malo es que no me da tiempo a recrearme porque, por lo visto, John tiene una misión y se ha propuesto cumplirla con la máxima celeridad. ¿Y quién soy yo para negarle nada a este pedazo de hombre?

Recorremos el pasillo de la izquierda, en lo que debe de ser la parte de arriba del ala del servicio, y nos metemos en la habitación que está en la esquina.

—Madre mía, John —digo al entrar.

—Sí, es demasiado grande, pero no quería más habitaciones, ni tampoco un gimnasio...

Camino exactamente diez pasos hasta plantarme en medio de su dormitorio. Me dan ganas de ponerme a vocear a ver si hay eco, pero, por suerte, de mi boca solo sale:

—¿Tienes una brújula por ahí? Por si me pierdo por la noche camino del baño.

John se carcajea y se aproxima a la mesilla de madera oscura que hay a la derecha de la descomunal cama, desabrochándose su reloj Omega. ¡Esa es mi señal! John casi nunca se lo quita, y no creo que ahora le dé por ducharse...

Aspiro la estela que va dejando su aroma cítrico. Por el camino, tiro el bolso sobre un sillón de cuero, de esos sacados de un club de fumadores, y le observo colocar el reloj en la mesilla. John gira su atractiva cara hacia mí. Está hambriento. Me lo confirma regalándome una sonrisa tú-y-yo-sabemos-lo-que-va-a-pasar-ahora que hace que me tiemblen las rodillas.

—¿No tienes mucha ropa? —pregunta, y su acento americano empieza a asomar.

—Pues, ahora que lo dices, estaba pensando que aquí hace mucho calor de repente.

Sonríe.

—Muchísimo.

Agarra el bajo de su camiseta y se la quita. Su torso desnudo, trabajado, tan jodidamente masculino, me lleva a tragar saliva. Me acerco sin pensarlo. Levanto la mano derecha y la dejo sobre su pectoral izquierdo. Noto cómo su corazón bombea debajo y cómo se acelera. Me muerdo el labio inferior con fuerza. Me vuelve loca sentir que le impacto de esa manera.

Levanto la mano izquierda y la poso en el otro pectoral. Deslizo mis dedos sobre su piel, jugando con el vello que nace entre sus definidos músculos, y centro toda mi atención en el sentido del tacto. Recorro su pecho, sus seis magníficos músculos abdominales, su cintura estrecha. Su piel se eriza y un leve jadeo escapa de sus labios. Sonríe. Y subo por sus costados hacia los hombros. Mmm, sus hombros, tan fuertes... Cómo me gusta morderlos, ahogar en ellos mis gemidos... Acaricio sus abultados bíceps, sus antebrazos de acero, y, cuando llego a sus manos, John entrelaza sus dedos con fuerza en los míos y me besa.

Me abandono a su jugosa boca. Disfruto de sus labios, del sabor fresco de su saliva, de la necesidad con que su lengua busca la mía. Me suelto de sus manos y me abrazo a su cuello, enredando mis dedos en los mechones castaños de su nuca.

John interrumpe nuestro beso, jadeante, se agacha y coge el bajo de mi vestido de punto. Lo sube hasta media pierna y se detiene. Parece que le ha gustado la sorpresa...

—¿Y esto? —pregunta tirando de una de las ligas. Se pone de pie, arrastrando mi vestido con él. Me lo saca por la cabeza en un abrir y cerrar de ojos. Da un paso atrás y me mira fijamente.

Confieso que me dan ganas de taparme con las manos, pero me reprimo. Sé que a John le gusta mirarme, y a mí me encanta lo que encuentro en sus ojos cuando me mira.

—¿Te gusta? —le pregunto.

Él no me contesta con palabras. Se acaricia la cara con la palma de la mano y, con los ojos fijos en mis muslos, sonríe de medio lado. Uf, pero qué guapo se pone... Se arrodilla lo justo para deshacerse de los zapatos y los calcetines. Se desabrocha el cinturón y el pantalón vaquero, botón a botón, y se lo baja por las caderas junto con su ropa interior. Contengo la respiración. La visión de su cuerpo totalmente desnudo me deja fuera de juego. Su erección, señalándome, casi me enmudece.

—¿Eso es que sí?

John sonrío de oreja a oreja y se acerca a mí. A escasos centímetros, me acaricia la mejilla. Examina mi cara con cuidado antes de besar mi labio inferior.

—¿Convencida?

Murmuro algo similar a un asentimiento antes de notar su lengua dentro de mi boca. Sus manos vuelan por todo mi cuerpo. Las mías le están tatuando huellas por toda la espalda. Cuando le siento entre mis piernas, creo que voy a batir algún récord de orgasmo libre.

—¿Les tienes mucho cariño a tus braguitas, *baby*?

Frunzo el ceño un segundo, sin entender su pregunta, pero enseguida me queda claro. Noto y oigo un crujido de tela. Decir que me pongo como una moto es quedarme muy corta. John coloca toda la palma de la mano sobre mi sexo desnudo y aprieta, en un gesto posesivo que me hace palpitar. Agarro su miembro y lo acerco a mi sexo. John me levanta por las nalgas y, con un solo golpe de cadera, se hunde dentro de mí hasta llegar al fondo, muy al fondo. Gemimos en una sola voz.

—No hay nada mejor que esto. —Me vuelve a penetrar con fuerza—. *Nothing but you, baby*.

Esa última frase me detona, me sacude, me rompe en mil pedazos que no vuelven a unirse hasta que no oigo a John gemir mi nombre antes de alcanzarme. Después, hacemos de su cuarto una nube donde refugiarnos y no salimos de ella hasta que la naturaleza nos reclama.

Tras la ducha es cuando vuelvo a tocar el suelo. Y es un suelo francamente bonito. Y calefactado...

—¿Tienes hambre? —me pregunta John.

—Siempre —respondo.

Él me sonrío y señala el vestidor, al que hay acceso desde el baño.

—Vístete y cenamos algo.

Me dirijo a por mi ropa, envuelta en una toalla.

—¿Qué hora será? —pienso en voz alta.

—¿Dónde?

Me detengo.

—Qué pregunta más rara. ¿Cómo que dónde? Pues aquí.

John se frota el pelo con una toalla.

—No es tan rara, *baby*. A veces no sé ni dónde estoy.

Divago un instante sobre su vida, sobre lo extraño que debe de ser el despertarte en un sitio y estar tan desorientado.

—Entiendo que puede ser una sensación un poco desconcertante —digo dándole vueltas—. Aunque, si lo piensas bien, ¿qué más da? La hora y la ubicación geográfica son convencionalismos que hemos creado los humanos para situarnos en el tiempo y en el espacio. Meros artificios que utilizamos para medir, solo eso.

Me mira fijamente y asiente.

—Tienes razón. Cuando estoy contigo, siempre es de día.

LET IT FLOW

Cuando consigo recuperarme del desmayo provocado por su «Contigo siempre es de día», John llama por la línea interna de su ático a alguno de sus empleados y le pide que nos prepare la cena. Así, a lo guay.

—¿No te pones más ropa? —le pregunto escandalizada; va a salir del cuarto de baño vestido solo con los pantalones del pijama.

—No, ¿por qué?

—Hombre, pues no sé... , porque hay más gente por aquí.

John sonrío.

—Estoy en mi casa. Y tú también, por cierto. Mis empleados están acostumbrados a verme así o con menos ropa incluso.

—¿Ah, sí? —pregunto levantando una ceja.

—Claro, *baby*. ¿Cómo crees que me baño en la piscina?

Vale, soy tonta del culo, lo admito, no había pensado en eso. Aun así, yo me niego a bajar medio en pelotas, así que me pongo un *short* y una camiseta, me hago una coleta y salgo del vestidor.

¿Dónde está John?

Camino por el cuarto de baño, kilómetros y kilómetros, y salgo por la puerta que da al corredor. John está de espaldas, apoyado en la barandilla de cristal mientras habla por teléfono. Cuando oye que se cierra la puerta, se da media vuelta y me sonrío.

—No asistiré —dice en inglés, pero yo traduzco, porque, si no, es un lío—. El fin de semana lo tengo comprometido. —Me guiña un ojo—. No, a esa tampoco. —Se pone serio—. Ya sé que es importante, pero no ineludible. No voy a ir. Tengo otros asuntos que atender. —Me mira al decirlo—. Me da igual lo que les cuentes, invéntate lo que quieras. ¿Algo más? —Calla unos segundos—. Perfecto. Adiós.

Pulsa sobre la pantalla de su móvil. Me acerco y poso mis manos sobre su pecho. Mmm, su pecho...

—Estás muy guapa. —John me agarra de la cintura con una mano.

Le beso.

—John... —Dudo, pero, al final, me animo a decirle lo que me ronda por la cabeza desde que he oído su conversación—. Yo no quiero que mi estancia aquí te suponga una molestia. —John frunce el ceño y abre la boca—. Vale, «una molestia» suena muy mal —le interrumpo—. Me refiero a que no quiero que trastoques tu agenda por mi culpa. Yo ya sabía que tenías que trabajar.

—No me trastocas nada. —Sonríe—. Solo aplazo las cosas que no son realmente importantes para estar contigo.

—Ya, pero tú has dicho por teléfono que era importante.

Vuelve a ponerse serio.

—Lo es. Pero no me apetece perder una noche contigo para ir a la cena de aniversario de los Blunt.

—¿Esos son los padres de... April? —Intento sonar despreocupada, sin conseguirlo.

John me mira con cautela antes de asentir.

—Te dije que seguía colaborando con ellos.

—Sí, sí. Me acuerdo. Y... oye, si debes ir, pues vas y no pasa nada. —¿Qué iba a decir? Pero a lo tonto me he puesto celosa nerviosa—. ¿Cuándo es?

—El martes.

—Pues mira tú qué bien: tengo cuatro días para elegir el espectáculo de Broadway al que voy a ir, mientras tú estás en esa cena...

—Sin ti no —dice muy serio, y levanta mi barbilla para fijar su mirada en mis ojos—. Vamos los dos, a la cena o al teatro, pero juntos. No pienso desaprovechar el poco tiempo que tenemos.

¿Que vaya yo? ¿Estamos de coña? No, no y no. No quiero ni imaginarme los tres millones de cosas que podrían salir mal.

—Pero, John, entiéndeme. Yo no voy a conocer a nadie, y tú vas... a lo que vayas a esos sitios, y yo ¿qué pinto allí? —digo, intentando dar pena.

—Voy, sobre todo, a dejarme ver. Y tú puedes hacerlo perfectamente conmigo, ¿no crees?

Resoplo. ¿Para qué le habré dicho nada? No quiero ir, ni de coña, pero, si me niego, me sentiré mal porque sé que es importante que él vaya... Esto de tener conciencia es una mierda.

—Bueno, vale, vamos los dos —murmuro.

—¿Segura? —Me encojo de hombros. Pues no, pero es lo correcto—. Bien, informaré más tarde. Ahora ¿cenamos?

—Sí, por favor, me muero de hambre.

Hala, pues nada, sin comerlo ni beberlo estoy invitada a una cena de postín, ¡qué ilusión, con lo que me gustan estas cosas! Y lo peor de todo es que John parece tan entusiasmado como yo, o séase, nada de nada. ¿Será porque no quiere que conozca a sus casi exsuegros? ¿O a April? ¿Le dará vergüenza presentarme en sociedad? A mí me daría...

Un momento.

¿¿¿Y qué me pongo!!??

Un extraño silencio se va instalando entre nosotros mientras nos comemos unos sándwiches de pastrami, mostaza y pan de centeno que saben a gloria y que han aparecido encima de la mesa del comedor. John está preocupado por algo, se le nota. Las arruguitas esas de la frente no son habituales en él. Mastica por inercia y tiene la mirada perdida.

Nota mental: Estrangular a mi conciencia mientras duerme o, en su defecto, ahogarla en pacharán.

Me echo hacia atrás en la silla invadiendo su campo de visión, y él parpadea un par de veces.

—¿Quieres algo de postre?

—Sí, pero me muero de sueño.

Hace un gesto con la cabeza señalando su dormitorio.

—Vamos a la cama.

—Me encanta esa frase. —Me levanto, recojo mi plato, limpio las miguitas de pan que han caído sobre la mesa y le pregunto—: ¿Dónde dices que está la cocina?

John me sonrío y niega con la cabeza. Me quita el plato y me agarra de la cintura para colocarme entre sus piernas.

—A mí me encantas tú —me dice dejando pequeños besos en mis labios.

Después me sube a la cama en brazos —*oh, yeah!*— y me regala un orgasmo celestial.

He dormido como una bendita. Despertar junto a él me eleva otro poquito. Sigo flotando en mi burbuja, en la que ahora caben dos.

—¿Adónde te apetece ir primero? —me pregunta John antes de besar mi cuello.

Después de responderle con mi cuerpo, le digo que al Empire Estate Building, porque quiero verlo

todo desde el aire, y me levanto de un brinco. Lo que preocupaba a John ha desaparecido y me voy de turismo. ¡Alegría!

Me cuesta un montón convencerle, pero al final consigo meterle en el metro de Nueva York. Al llegar al rascacielos, pillamos hueco en un ascensor enseguida —John es de la mafia, estoy cada vez más segura—, y, una vez arriba, en la planta 102, le atosigo con diez millones de: «¡Mira, el edificio Chrysler!». «¡Mira, el Flatiron!». «¡Mira, Central Park!» que él aguanta estoicamente, e incluso añade cantidad de información a mis «¡Mira!», haciendo de perfecto guía.

Terminamos acurrucados en un rincón del mirador. Corre un viento huracanado muy molesto, pero John —que es un genio— ha encontrado un rinconcito donde guarecerse, se ha recostado y yo me he hecho un ovillo entre sus brazos. Y así llevamos un buen rato, solo abrazándonos. Solo nosotros. Yo, mirando Nueva York por encima de su hombro, y él, escondiendo su cabeza en mi cuello, que besa de vez en cuando. La sensación de plenitud que tengo dentro del pecho no es describible, lo siento. No puedo llegar a procesar cómo una sola persona puede llenarme tanto. Debe de ser que, en el fondo, nunca creí en el Amor en mayúsculas. Bueno, vale, sí que creía en él, pero nunca pensé que me fuera a suceder a mí.

Con mucha vergüenza os confesaré que he llorado hasta hartarme leyendo novelas románticas, viendo películas como *El diario de Noah* y escuchando canciones de amor. Yo también quería un poco de eso que te completa, que te hace más y mejor persona, que te revuelve de pies a cabeza y cambia tu vida. Eso por lo que eres capaz de ponerte el mundo por montera. Y aquí lo tengo, me cobija entre sus brazos y es tan... perfecto que podréis comprender que no me lo crea. Estas cosas no les pasan a personas como yo, ¿verdad?

Por primera vez, empiezo a sentirme molesta por mis propios pensamientos. Son más mierda de la de siempre. Victimismo, pesimismo, baja autoestima, autolimitaciones... ¿A dónde quiero llegar con esas ideas en mi cabeza?

De pronto, como si Sara me hubiera arreado una de sus collejas, siento un golpe seco en la cabeza y algo hace clic dentro de ella.

Pero ¿por qué no?

¿Por qué no iba yo a tener derecho a encontrar el amor?

¿Qué tengo yo tan horrible que no merezca encontrar a un hombre que me quiera?

Apoyo las manos en los hombros de John y me separo unos centímetros.

—¿Te molesta el aire? —me pregunta.

Niego con la cabeza. John frunce el ceño y examina mis ojos; debe de estar viendo algo en ellos que antes no estaba. «Determinación», me parece que le llaman...

—Acabo de darme cuenta de que eres el único hombre con el que me he sentido completa.

John sonrío abiertamente y me pide:

—Dímelo otra vez.

—¡No! —chillo, muerta de vergüenza, y me escondo en su cuello.

John se ríe a carcajadas y me aprieta entre sus brazos.

—No te preocupes. No se me va a olvidar nunca, *baby*.

Agarra mi cara con las dos manos y me mira con esa luz detrás de sus preciosos ojos azules. Separa los labios, va a decir algo..., pero no lo hace. Se obliga a callar y traga saliva. Me da un beso rápido y me propone:

—¿Nos vamos?

Y nos hemos ido. A Times Square, que mola, pero tanta lucecita agobia un poco: llega un momento que no sabes ni para dónde mirar. Luego hemos subido la Sexta Avenida hasta el Rockefeller Center,

que sin pista de hielo no es lo mismo: ahora hay un boquete enorme por donde se accede a las tiendas, pero, vamos, que yo dejaría la pista todo el año, porque queda mucho mejor y porque ¿no son americanos? Pues que tiren de poderío, y de dólares, y la pongan perpetua, ¿no? Por su tacañería me he quedado sin patinar... Pero no sin comer, por suerte. A media tarde hemos ido al MoMa. A ver su puerta, porque cierran a las cinco y media. ¡A las cinco y media! Así que volveré el lunes por la mañana mientras John curra y así le ahorro al pobre todos los: «¡Mira, un Picasso!», «¡Mira, un Monet!», «¡Mira, un Klimt!»... Después, hemos seguido caminando hacia el norte, hasta las primeras calles del Bronx. He petado la memoria del teléfono con fotos de grafitis. Y luego ya nos hemos venido para el ático, porque eran las ocho de la tarde y estábamos reventados.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunta John.

—Pues no sé, lo que haya.

Me sonrío.

—Ven.

Caminamos, kilómetros y kilómetros, a lo largo del salón, bordeamos la mesa del comedor y nos metemos en el ala del servicio por una puerta que hay casi pegada al ventanal de la terraza. Damos a un estrecho pasillo lleno de más puertas y entramos por la que tenemos a nuestra izquierda en una gigantesca cocina ultramegarequipada. Tiene muebles y electrodomésticos empotrados en las dos paredes más largas y una gran isla central con una campana de acero encima. Al fondo a la derecha hay una alacena y enfrente, una mesa redonda para cuatro comensales donde una señora morena, vestida de uniforme, pela judías verdes mientras ve la televisión.

—Buenas noches, Consuelo —dice John.

Consuelo se pega el susto padre y las judías verdes salen volando por todas partes. Me reíría muy a gusto, pero, pobre... Me acerco hasta la asustada mujer, me agacho y la ayudo a recoger.

—*Thank you, miss. Don't worry. I'll do it.*

—Ella es española —le dice John, y se agacha también a recolectar la cena.

Consuelo me sonrío y me retira, apurada, las vainas de mis manos:

—Gracias, señorita. No se moleste, por favor.

—No es molestia. Además, ha sido culpa nuestra, que le hemos dado un susto de muerte.

La señora se sonroja y se levanta. Nosotros la imitamos y dejamos encima de la mesa los restos de las judías saltarinas.

—Como ya habrás imaginado —dice John—, esta es Vega Rodríguez, mi novia.

Consuelo se limpia la mano apresuradamente en el mandil y me la tiende.

—Tanto gusto, señorita Rodríguez.

—Llámeme, Vega, por favor.

Consuelo asiente, aunque no la veo muy convencida, y le pregunta a John:

—¿Les preparo algo para cenar?

—Sí. Salmón y espárragos a la plancha, con patatas asadas. Gracias, Consuelo.

Le da un apretón en el hombro y me pregunta:

—¿Quieres ver el resto del ala?

¿Cómo? ¿Las habitaciones privadas, íntimas y personales, de esta gente? ¡No, por dios!

—Mejor en otro momento —murmuro.

John me mira un poco extrañado, pero transige. Salimos por donde entramos, hasta el salón.

—¿Te enseño la piscina mientras esperamos la cena? —me pregunta.

—¡Sí!

Sonríe y abre la puerta de cristal corredera que da a la terraza. El aire aquí arriba es distinto. No es

tan salvaje como lo era en lo alto del Empire Estate, ni tan penetrante como lo es en la acera. Aquí es liviano, fresco y dulzón. De las plantas tropicales que hay repartidas por la terraza emana un potente perfume floral. La bruma que surge de la piscina climatizada añade un punto de humedad y la brisa que llega desde el río Hudson termina de redondear el conjunto, hasta convertir la terraza de John en un universo paralelo, en un pedacito de cielo bajado hasta el ático. Me asomo por la barandilla de acero, y abajo la calle bulle. Decenas de coches invaden la calzada e incontables cabecitas se mueven de un lado a otro.

—Cómo mola tu barrio, John —digo embelesada.

—Casi nunca disfruto de él, y eso que me encanta.

Se coloca a mi lado.

—¿Falta de tiempo?

—Falta de ganas... —me mira—, pero ahora estoy deseando descubrirlo de nuevo contigo.

MONEY, MONEY

El domingo John me despierta con un beso en el cuello y me dice:

—Estamos solos. Hoy libran Geoffrey y Consuelo.

Lo que provoca que interrumpamos el plan turístico para darnos amor del bueno por todo el ático.

El lunes, algo escocida y somnolienta, me despierto al oír mi nombre.

—Vega.

—Seh... —mascullo.

—Me marchó.

Abro los ojos y encuentro a John agachado a un lado de la cama.

—¿Dónde vas? —Levanto un poco la cabeza de la almohada—. Te queda muy bien el traje, por cierto.

Me sonrío.

—Tengo una reunión a las ocho.

—¿Qué hora es?

—¿Dónde? —Me aparta el pelo de la cara.

Su caricia me despierta del todo. Me incorporo y me desperezo. John se sienta en la cama y fija su mirada en mis tetas. Estira los dedos para rozarme un pezón.

—¿Me recuerdas por qué tengo que irme?

—Reunión a las ocho.

Hace una mueca.

—Jodidos diplomáticos.

—Una panda de cabrones... —Le sonrío. Él me besa, con fuerza, antes de ponerse en pie.

—Te he dejado encima de la cómoda mi tarjeta. —Señala el mueble—. Están la dirección de mi empresa y los teléfonos. Yo llevaré el móvil encima, pero por si acaso...

—Nada, vete tranquilo. Si me detienen, usaré tu contacto.

—Si te detienen, más vale que sea por algo gordo o rodarán cabezas. A la familia —dice con voz rasgada— no se la toca.

Me carcajeo. Su hoyuelo me despide. Salto de la cama, más feliz que una perdiz, y me meto en el cuarto de baño, esta vez por la puerta de la habitación y no por la del vestidor, porque, como hay donde elegir, pues yo, hala, a la aventura...

Después de ducharme, me decido por un vestido camisero bastante corto —sí, es de Sara— estampado con unos cisnes pequeñitos, muy salaos, y las zapatillas que me regaló Francesco. Reviso el contenido del maxibolso —de Leticia— y me marchó del ático pensando seriamente en invertir en mi vestuario. No puedo andar dependiendo de mis amigos toda la vida.

Llego al MoMa a las nueve y veinte, y, mientras espero fumándome un cigarrillo, recibo un mensaje de esos de número eterno. Bufo. Hasta en Nueva York me van a tocar las narices. Lo abro, por pura curiosidad morbosa, pero enseguida lo borro, sin acabar de ojearlo siquiera. Llamadme rarita, pero si el texto empieza con las palabras «Zorra estúpida», se me pasan las ganas de seguir leyendo.

Mientras me termino el cigarrillo, abren el museo. Me meto en el gigantesco *hall*, compro mi entrada

y, tres horas y media después, salgo del MoMa inmensamente feliz por haber disfrutado de tanta belleza junta. En lo alto del cielo de Nueva York brilla un sol de justicia. No hay una sola nube sobre nuestras cabezas. Es uno de esos días perfectos para tirarse en el césped y comerse un bocata. Y aquí no hay Retiro, ¡pero está Central Park!

Saco el móvil y escribo a John.

¿A qué hora sales de trabajar?

Espero que muy pronto.

He conseguido despejarme la tarde.

¡Guay!

Muy decidida, saco la tarjeta de su empresa y me meto en el metro. Sé que las sorpresas están sobrevaloradas y que, muchas veces, dichas sorpresas suelen serlo más para el «sorprendedor» que para el sorprendido, pero a mí, plin. La Vega determinada no teme a lo desconocido. Me voy a recoger a mi chico a la oficina y a proponerle un picnic. Así, a lo intrépido.

Me bajo en la parada de Rector Street y saco el móvil del bolso. Camino unos metros por la acera mirando a mi alrededor, intentando ubicarme, y cruzo la calle. Dirijo mi atención al teléfono para llamarle cuando oigo:

—¿Vega?

Levanto la cabeza y es John.

—¡Sorpresa! —digo muy alegre, y voy a tirarme a su cuello cuando me da por mirar a su lado y veo a una tía guapísima agarrada de su brazo.

¿Hola? ¿Y tú quién eres?

Me quedo quieta de golpe. La lindeza de ojos azules y pelo negro le suelta. Él se acerca a mí y me besa en los labios.

—¿Has venido a recogerme al trabajo? —Sonríe.

—Sí —murmuro, mirando de reojo a la tía buena desconocida.

—Me gusta que lo hayas hecho. —Su sonrisa se ensancha—. Ella es mi hermana, Rose.

No, si ya decía yo que era una tía de bandera, acorde con su hermano. Qué envidia de genética...

—Encantada de conocerte, Vega —dice Rose en español, pero con un profundo acento americano.

—Lo mismo digo. —Sonrío.

Qué guapa es, la jodía. Se parece un poco a John, aunque sus rasgos son más raciales: tiene la nariz más chata que su hermano, su cara es más redonda y su pelo es casi negro. Va vestida con traje a juego con su pelo, una camisa blanca y unos zapatos bajos muy masculinos, como una agente del FBI buenorra.

—He oído hablar mucho de ti —me dice.

—Rose... —masculla John.

—No te creas nada, por si acaso —bromeo.

Rose se carcajea, pone la mano en el hombro de su hermano y le dice:

—Mañana nos vemos, Jack.

—¿Esta tarde no vienes? —le pregunta... ¿Jack?

—*No way* —niega, tajante—. Ya he terminado con lo de Bermudas. Me voy ahora mismo a casa a cambiarme de ropa y después a Central Park. Hace un día estupendo.

—Anda... —murmuro—. Pues iba a proponerle a tu hermano comer allí. Tirados en el césped y así...

—¿Mi hermano en Central Park? —Alza las cejas—. ¿Sentado en la hierba como un *hippie*? Eso me encantaría verlo.

—Pues vente —digo muy alegre, y de repente me doy cuenta de que no he contado con él—. Si a John no le importa, claro.

Miro a John un poco avergonzada y descubro en él una sonrisa tierna.

—Pero vamos en coche.

—El metro es mucho más sostenible —protesto.

—Con una vez he tenido suficiente. —Sonríe.

—¿Tú en el metro?! —grita Rose, y empieza a partirse.

—Ignórala —dice John. Me pasa un brazo sobre los hombros y murmura—: Se cayó de la cuna de pequeña.

Al cabo de una hora estamos terminando de disfrutar de unos bocadillos que hemos comprado y tomando el sol en una praderita junto a Turtle Pond. Se está de vicio debajo del roble. El sol calienta mis piernas desnudas, pero mi cabeza está a resguardo en la sombra, junto al hombro de John, que habla animadamente con su hermana.

Rose, además de guapísima, es un encanto de mujer. Muy alegre y cercana. Habla por los codos en un español fluido y me lanza miraditas cómplices cada dos por tres, que es cada vez que John tiene un detalle conmigo: que si siéntate en mi americana no te vayas a manchar, que si te coloco el pelo detrás de la oreja para que no se te meta en el bocadillo, que si te dejo un besito en la comisura de la boca mientras te quito una miguita de pan...

—¿Has confirmado lo de los Blunt? —le oigo preguntar a Rose.

—Sí. Iremos juntos —responde John.

Los miro de reojo al sentirme aludida y veo a Rose con los ojos abiertos como platos.

—¿Estás seguro? —pregunta en voz baja Rose; John no responde.

Mierda, si es que no tenía que haber dicho nada: ahora se siente obligado a llevarme a la cena esa, y ninguno de los dos queremos. Mierda, mierda, mierda.

—Perdonad que os interrumpa —les digo, y me dirijo a John—. Yo preferiría no ir. —Él baja la mirada—. No voy a encajar allí, entre tanta gente importante. Es mejor que vayas solo.

—Ya hemos hablado del tema —dice, rotundo—. O vamos los dos o no vamos ninguno. Tenemos poco tiempo para...

—No se lo has dicho, ¿verdad? —le dice su hermana.

—Rose... —le advierte él.

Pero ella se pasa la advertencia por el arco del triunfo y me suelta sin titubear:

—John teme que le juzgues por sus clientes.

¿Cómo?

Miro hacia John totalmente sorprendida y él, después de fulminar a su hermana con la mirada, se gira hacia mí y asiente.

—Es cierto.

¿En serio?

—Pero vamos a ver... —digo, intentando procesar la información—. Tus clientes son tus clientes y tú eres tú. Yo no voy a juzgarte por tu trabajo.

Que, en el fondo, no sé bien cuál es, ni me interesa. Ojos que no ven, imputación de la que te libras.

—Te dije que no tenías de qué preocuparte. —Rose me sonríe.

John me observa en silencio unos segundos. El brillo de inquietud que hay en sus ojos no me gusta.

—Si es importante para ti, te acompañaré a esa cena encantada.

Intento disipar sus dudas, pero siguen ahí cuando Rose me pregunta:

—¿Qué vas a ponerte?

Conversación de chicas, ¡me encanta! De repente echo de menos a mis niñas; ¿qué estarán haciendo?

—Pues ni idea. —Me encojo de hombros.

—¡Genial! Mañana por la mañana nos vamos de compras —dice Rose.

—Mañana tú tienes que trabajar —le dice John—. Yo iré con Vega de compras.

—Me debes días libres como para pasarme un año entero en Hawái.

—¿Y por qué no los utilizas? A partir de mañana, si quieres. Pero en vez de a Hawái, vete un poco más lejos...

—Eh, perdonad otra vez, pero es que no quiero molestar a nadie. —Y no miento: prefiero ir sola que andar fastidiando—. ¿Qué tipo de cena es?

—Es un cóctel al aire libre—responde John—, algo bastante informal.

—Define «informal», por favor.

Me temo que no tengamos el mismo concepto. Yo estoy pensando en un chándal.

—Con lo que sea estarás estupenda. —John me sonríe por fin.

Y, sí, me derrito con la frase, pero no me convenzo. Así que, cuando llegamos al ático, saco el móvil para llamar a Sara.

Subimos a la planta de arriba. John se queda en el salón de paso, haciendo también una llamada. Entro en el dormitorio y cierro la puerta.

—¿Qué tal por la ciudad de los rascacielos?

—Muy bien, Sarita.

—Ya, vamos, que estás que no te lo crees.

—¡Qué va! El sábado recibí una colleja tuya a través de la estratosfera y todo encajó por fin dentro de mi cabeza.

—Si es que mis hostias son como las de Hulk, cari: vuelan kilómetros de distancia.

Nos reímos.

—¿Tú qué tal? —le pregunto.

—Pues bien —musita—. Ahora que no estás tú, matando el aburrimiento con lo que puedo...

—Mientras no sea con Marcos...

—¡Ni me mientes a ese calzonazos!

¡Coño! Esto es nuevo.

—¿Qué ha pasado?

—Pues lo que tenía que pasar, cari: al final la novia se ha enterado.

—¿¡Qué dices!?

—Lo que oyes.

—Pero ¿cómo?

—Por los mensajes. El muy gilipollas guardaba los wasaps, para pajearse seguramente —gruñe—. Pero lo peor es que él no ha tenido cojones ni para darme explicaciones. Me lo contó su novia por teléfono. Y se quedó a gusto. Me llamó de todo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Nada. Que lo sentía mucho —dice en un susurro.

—Nena... Él no te merece. Nunca lo ha hecho. Cierra de una vez esa relación y pasa página, por

favor.

Un suspiro se oye al otro lado de la línea.

—Es lo que estoy intentando. Y lo voy a conseguir. Te lo prometo. ¿Dejamos al puto Marcos en paz?

—Esa es mi Sara. —Sonrío. Pienso un segundo en cómo cambiar de tercio y recuerdo el motivo de mi llamada—. Venga, que voy a darte curro. ¿Tienes el ordenador encendido? Necesito que me busques alguna tienda donde pueda pillar un vestido para ir a un cóctel.

—¿A un cóctel? Déjame pensar...

Aprovecho la pausa para meterme en el vestidor y sacar mi camisón nuevo. Es granate, superporno y espero que me dure puesto muy poco. No lo encuentro a la primera. Dejo el móvil encima de la cómoda con el altavoz activado.

—Ya casi lo tengo —dice Sara—. Te estoy buscando un *outlet*, pero el más cercano que te puede convenir está a una hora de Manhattan, y tienes que hacer varias combinaciones en metro y bus...

—Tía, ¿y si me pierdo, termino en un barrio chungo y soy secuestrada por una red de traficantes de órganos?

Encuentro, por fin, el camisón en un cajón que yo juraría que ya había mirado y, quitándole el altavoz, cojo el móvil.

—Cari, lo tuyo con los traficantes de órganos es obsesión.

—¡Todo el mundo tiene manías! —me defiendo.

—No te enfades, anda.

—No, si no es contigo, es que no sé qué hacer...

—Sí lo sabes, pero no quieres hacerlo. —Da en el clavo—. Y te recomiendo que te quites ya esa manía tuya con el dinero. Ya sé que lo de tu padre...

—Vale, Sara, ya pensaré en algo —le corto.

—¿Cuándo es el cóctel?

—Mañana.

—Pues ya puedes pensarlo deprisa.

Me cuelga sin solución para mi problema. Me veo en plan Julie Andrews en *Sonrisas y lágrimas*, currándome un vestido con las cortinas de la habitación. Y no tengo ni idea de costura...

Salgo al pasillo, donde me encuentro a John, bastante serio.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Me mira unos segundos antes de decir:

—Tengo que encerrarme un rato en el despacho; pensé que un tema estaba cerrado, pero...

—No me digas más, no quiero saber detalles escabrosos de tus negocios que puedan ser utilizados en mi contra en un tribunal —bromeo.

John baja, todavía más serio, al despacho. Yo, móvil en mano, me cobijo en uno de los sillones del salón de paso con la esperanza de encontrar en internet un vestido para el cóctel, que, cada vez, me apetece menos.

A las ocho en punto, Consuelo aparece en la sala con dos platos que huelen a gloria. Justo al instante sale John de su despacho y yo me desperezco, suelto el móvil y bajo al comedor. Cenamos atún a la plancha con champiñones al vapor, patatas salteadas con salsa romesco y silencio. Al terminar, empiezo a sentirme tan inquieta que pregunto:

—¿Te importa si me doy un baño?

John niega con la cabeza.

—Estás en tu casa.

Me levanto, voy a recoger el plato, pero él es más rápido y lo aparta de mi alcance.

—Pero si no me cuesta nada... —protesto.

—Es el trabajo de Consuelo. —Desfrunce el ceño—. Si lo haces tú, se quedará sin empleo, y no quieres eso, ¿verdad?

—Eso es chantaje emocional —refunfuño—, pero ha funcionado. ¿Te bañas conmigo?

—Lo daba por supuesto.

Sonrío y me dirijo hacia la escalera. John me agarra de la cintura.

—La piscina está en la otra dirección.

—Ya, pero mi bañador está arriba. —John tararea una negación y el brillito lascivo que tan bien me conozco aparece en sus ojos—. ¿En pelotas? —susurro—. ¡Qué poca vergüenza! ¿Y si nos ven?

—No nos verá nadie.

Y solo con el tono prometedor de esa frase me ha convencido. Salgo pitando hacia la piscina. John se quita la ropa con una rapidez pasmosa y se mete en el agua. Nada hasta el otro lado, se apoya con los codos en el borde de la piscina y levanta las cejas varias veces. Qué cabrón, solo le faltan las pipas.

Me siento sobre el sofá redondo, lleno de cojines, que hay a la derecha de la piscina y me quito las zapatillas y los calcetines. Me siento de todo menos sexy, pero John me sonrío satisfecho y me pregunta:

—¿Solo eso?

Lo que veo en sus ojos, el deseo con el que me mira, me pone en pie. Me acerco, despacio, al borde de la piscina. Me desabrocho al mismo ritmo los botones de mi vestido. John se toca el pelo, la mandíbula, se muerde el labio y cruza la piscina. Al llegar a mi lado se apoya con los brazos sobre el borde y alza su mirada casi negra hacia mí. Deslizo hacia atrás el vestido, sonriéndole. Creo que mi conjunto de tanga y sujetador rosa empolvado le encanta.

—Ven. —Me tiende la mano.

Entro en la piscina sin terminar de desnudarme. Cuando el agua me cubre hasta el cuello, John me abraza. Me besa en el pelo y me estrecha contra su pecho: un hogar entre el agua y el aire.

—Tengo que hablar contigo de una cosa —me dice al oído.

—Tú dirás...

Me sujeto con las manos en sus hombros, casi no llego a tocar el suelo de la piscina, y le miro de frente.

—He escuchado parte de tu conversación con Sara.

Si es que pegamos muchas voces, lo entiendo.

—¿Y? —pregunto.

—No me siento cómodo con lo que está pasando. Estás preocupada por algo que para mí es muy fácil de solucionar. Me siento un poco... impotente.

¿Impotente? Extraña palabra viniendo de John.

—¿Vamos a tener esa clase de discusión? —le pregunto, dando a entender que la respuesta es no.

—Me temo que sí, *baby*.

Resoplo. No quiero. Odio todo lo relacionado con el dinero. Me solivianta. Me incomoda. No me gusta el dinero. De verdad. Sé que suena hipócrita, pero es cierto. Yo he visto lo que la gente es capaz de hacer por conseguirlo. Y lo aborrezco.

—John, yo... no quiero que me compres un vestido para esa cena.

—¿Y si te lo presto?

Alzo una ceja.

—¿Te parece que usamos la misma talla?

—No estoy intentando engañarte —dice, serio—. Es algo habitual en mi negocio. Pago a gente que se ocupa de esas cosas. No es el departamento con el que estoy más familiarizado, pero no me supone ningún esfuerzo decirles que manden a alguien mañana con algunas cosas.

Busco en sus ojos sinceridad y la encuentro.

—Bueno, si es así... —musito.

—Será así —afirma, rotundo—. Pero... ¿y si quisiera regalarte algo? Y no me refiero a unos discos, me refiero a algo caro de verdad, no sé, una joya o un coche...

—¿Y para qué quiero yo joyas y coches, John? Si no uso ni reloj y apenas sé conducir.

—Eran solo ejemplos, Vega. Creo que me has entendido perfectamente.

El azul de sus ojos se vuelve glacial.

—Vale, no te enfades, por favor. —Enrosco los brazos en su cuello y le digo muy bajito—: Es que me incomoda mucho hablar de dinero.

—Ya lo veo, pero es que yo tengo dinero. Mucho, Vega. Y creo que eso puede ser un problema si vamos lo en serio que espero que vayamos.

—Pero ¿por qué? Si yo solo te quiero a ti, no a lo que tengas...

John abre los ojos de par en par y yo me planteo hundirme hasta el fondo de la piscina y no volver a salir nunca más.

—¿Qué has dicho? —me pregunta.

—Nada.

Intento soltarme, pero él me abraza con más fuerza.

—¿Cómo que nada? —dice riéndose. Me escondo en su cuello—. ¿Qué voy a hacer contigo? —susurra en mi oído.

—Se me ocurren un par de ideas... —Beso su piel mojada.

—Espero que una sea que follemos aquí hasta que se haga de día.

Y de día no se hizo, pero hasta la madrugada no abandonamos la piscina.

THE GENTLEMAN

No, si tú tranquila, que es un cóctel al aire libre, algo informal... ¡Ja!

Un cóctel informal es una reunión con comida ligera en un ambiente relajado para la cual no necesitas cuatro horas de preparaciones. ¡Cuatro putas horas! De maquillaje, peluquería, asesoramiento de estética, manicuras varias y el infierno de las fajas. ¡El invento del maligno! Me he negado en redondo, evidentemente. Yo no me meto en un instrumento de tortura ni harta de pacharán, pero las pesadillas que tendré por solo haberlo pensado me perseguirán durante años, estoy segura.

El caso es que, cuando John ha llegado, se me han pasado todos los males. Y no porque estuviera para cantarle una saeta vestido con ese traje azul marino, que lo estaba, sino porque su bonita cara se ha iluminado de tal manera al verme que se me han olvidado las cuatro horas anteriores en un pestañeo. Estoy encoñada. Tengo que asumirlo.

A las dos y media, por fin, se han ido los estilistas y, aunque me han recomendado que no comiera —los muy cabrones—, yo me he pasado su recomendación por el kiwi y me he metido entre pecho y espalda una hamburguesa doble con patatas fritas que me ha sentado de lujo. Si revienta el vestido, que reviente, pero a mí nadie me va decir que no coma. ¡Faltaría más! John se ha unido a la fiesta del colesterol y después ha subido a prepararse. Yo no le he acompañado por la salud de mi recogido del pelo. La verdad es que les ha quedado tan bien que es una pena estropearlo.

De repente, pienso en Sara; le encantaría verme... Subo a la habitación, cojo el móvil y frente al espejo de cuerpo entero que hay en una de las esquinas me hago una foto y se la mando. Casi al momento recibo su llamada.

—¡Cari! —chilla como una loca—. ¡Pero qué guapa, por dios!

—¿Sí? ¿Te gusta de verdad? ¿No es muy soso todo negro?

—De soso nada, cari, es muy tú, pero en versión elegante. ¿De quién es?

—De... Dior, creo.

—¡Lo sabía! Colección otoño-invierno —dice totalmente convencida—. Ha sido cosa de John, ¿no? Porque tú ni con todo el oro del mundo eres capaz de conseguir un anticipo de la colección.

—Sí, me lo ha prestado él.

—¿Prestado?

—Sí. Tiene un departamento en su empresa que se encarga de esas cosas.

—Claro, ahora lo entiendo. Vas de promoción.

—¿Eh?

—Sí, mujer, a enseñar el vestido en un sitio guay y que la gente con pasta luego lo reconozca y lo compre.

John entra en la habitación desde el vestidor y me deja sin habla.

—Te cuelgo, Sara —balbuceo.

—Tienes a John delante, ¿verdad?

—Sí. —Trago saliva.

—¡No te despeines, coneja!

Cuelgo, pero todavía no he podido cerrar la boca. Esto es demasiado. John lleva un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata estrecha. Nada del otro mundo en cualquier otro hombre, pero no en este. Este rellena con tal estilo el atuendo que parece un peligroso contrabandista de los años 50. Esa mezcla de *gentleman* y tipo duro que tanto me gusta.

—¿Qué es lo que no vas a hacer? —me pregunta, sonriendo de medio lado.

Yo carbonizo mi ropa interior y le respondo:

—Despeinarme.

—Me encantaría que faltaras a tu palabra, pero tenemos que salir en diez minutos.

—Bueno, oye, uno rapidito...

—Vega... —me advierte.

—Vaaale.

Paro de comérmelo con los ojos. John se ríe y avanza por la habitación hasta colocarse junto a mí. Me da un besito en la nariz, me coge de la mano y nos vamos. Y nos toca darnos la vuelta, porque se me ha olvidado la cartera.

Los Blunt tienen su mansión donde Cristo perdió el boli, o séase, en el condado de Nassau, a dos horas en coche al este de Manhattan. Ahora entiendo lo de salir tan pronto... En el trayecto John me va poniendo al día sobre la gente que nos vamos a encontrar allí, y me he acojonado un poquito. Habrá senadores, por supuesto, congresistas, diplomáticos, presidentes de consorcios empresariales y, lo que es peor, April, que, por lo visto, vuelve a estar prometida: ahora con el representante del pueblo en no sé qué cámara, confieso que ahí me he perdido.

El Mercedes de John abandona la carretera principal, se adentra en un camino de grava y cruza unas inmensas puertas de forja. Después de un buen tramo, una mansión de cine aparece frente a nosotros. El coche traza una curva sobre la fuente que hace de glorieta a la entrada y, en cuanto nos paramos, un empleado de uniforme nos abre la puerta. Esto es para fliparlo, en colorines, pero, tranquilas, que esta noche la cateta se ha quedado en casa y ha venido Vega la decidida. Voy a asistir con John a un evento de trabajo y pienso quedar como dios manda.

—¿Lista? —me pregunta, y entrelaza sus dedos con los míos.

—Por supuesto, voy de tu mano —le respondo sonriendo.

John me devuelve la sonrisa y entramos en la mansión. Ya sé que ahora me tocaría describiros con detalle la casona, la decoración y todas esas cosas, pero, si no os importa, prefiero no perderme en los detalles y centrarme en el ambiente.

Madre..., ¡qué escalera! Creo que es la culpable de la deforestación del Amazonas. Al pie de la escalera se encuentra la familia Blunt. Nos acercamos a ellos y aguardamos el turno en la cola del besamanos. John aprieta mis dedos, y me pregunto lo incómodo que debe de sentirse con la situación, así que le devuelvo el apretón y le digo muy bajito:

—Recuérdame luego que te quite el traje a mordiscos.

—Hecho. —Me guiña un ojo.

Avanzamos unos pasos y volvemos a pararnos. Miro alrededor y la cola del besamanos es cada vez más larga. Sonrío; no sé por qué, acabo de acordarme de cuando Sara y yo íbamos a ver a los Reyes Magos. Otros pasitos más y mi atención se centra en John, que se ha soltado de mi mano y estrecha profusamente la de un hombre de pelo plateado e intensa mirada gris.

—Buenas noches, Richard. Feliz aniversario —le dice John. Richard le da un par de palmaditas en el hombro. John se gira hacia mí—. Permíteme que te presente a mi acompañante, Vega Rodríguez.

¿«Acompañante»? ¿Estamos en misión secreta y no puedo ser llamada «novia»? Estas cosas se

avisan...

—Es un placer conocerla, señorita Rodríguez —dice el senador Blunt en un tono completamente neutral, pero con una gran sonrisa en los labios, como si un ventrílocuo hablara por él.

—El placer es mío, señor Blunt.

Me besa en la mano, le sonrío con educación y damos un paso más. Otra vez se repite la interacción, pero ahora con una señora que es clavadita a Laura Bush —deben de tener el mismo cirujano—. John le besa la mano, me presenta, yo recuerdo no hacer una reverencia y todo sale bien. Otra replicante superada.

Un paso más y ¡chan, chan, chan! April, la ex. Pues digo yo que tampoco pasaría nada si fuera un poquito menos guapa, ¿no? Y menos alta, y menos estilosa, y con una sonrisa menos perfecta y, ya puestos, calva y no con esa melenaza rubia oscura...

—Buenas noches, April —le dice John, y también le besa la mano.

Qué frío todo, ¿verdad? Hace poco más de dos años retozando, cinco años de compromiso y ahora le besa la mano. Que no es que me queje, pero...

Ay, no sé, todo es tan extraño...

—Buenas noches, John. Me alegro de verte —le dice, y otra vez esa dualidad aparece: su tono de voz es frío, tirando a gélido, pero por su gesto es como si estuviera realmente alegre por verle. Qué mal rollito da esta gente, de verdad.

—Lo mismo digo —responde John—. Te presento a mi acompañante, Vega Rodríguez.

De nuevo la palabrita: «acompañante».

—Es un placer conocerte, Vega. —Me tiende la mano, sonriente. Bueno, por lo menos esta me tutea.

—Encantada, April.

Le estrecho la mano, miro sus ojos también grises y lo veo. Mierda. Me odia. No me da tiempo a pensar en lo que acabo de ver cuando avanzamos otro par de pasos. April tienen cinco hermanos menores que ella, y John me los presenta, a los cinco.

Un rato largo después, terminamos las presentaciones y pasamos a través de un gigantesco salón de inspiración colonial a la parte trasera de la mansión, donde se celebra el evento.

John intercepta por el camino un par de copas de champán, brindamos por los cócteles cortos y nos entra la risa tonta. Me alivia saber que John está tan ansioso por irse como yo.

Mogollón de gente nos aborda cada dos por tres. En el salón, en el porche trasero, en la escalera que baja hasta la zona ajardinada —sí, sí, ajardinada y con el suelo de césped, lo mejor para mis sandalias de tacón ultrafino, vamos—. Gente muy importante, con conversaciones muy aburridas, pero yo, muy en mi papel de acompañante florero, sonrío, contesto cuando se me pregunta e incluso hago algún comentario cuando procede. Da gusto verme.

Debemos de llevar una hora en el sarao, comiendo canapés muy pequeñitos y bebiendo con mesura un champán que está de muerte, cuando la naturaleza me reclama. Tiro discretamente de la manga de la chaqueta de John y le pregunto si sabe dónde está el baño. Me indica que solo a unos pasos de la entrada del salón, a la derecha, y yo le dejo hablando con el embajador de no sé dónde. Entro en el baño y hay una mujer afroamericana vestida con uniforme de servicio, con cofia y todo, que se encarga exclusivamente de dar y recibir toallitas para las manos de las señoronas que utilizan y devuelven sin dar un mísero gracias. Le sonrío con afecto —hay trabajos que no están pagados, ni con el mejor de los sueldos— y me meto en una cabina.

No me he llegado a subir el minitanga negro que llevo cuando dejo de oír voces en el exterior. Me quedo calladita y nada, ni el zumbido de una mosca. Me recoloco el vestido y salgo extrañada.

Y ahí está, en todo su glorioso esplendor, John Taylor. Apoyado en el lavabo y mirándome con ese brillito ardiente en su mirada.

—John... —le advierto, oliéndome la tostada.

—Estás muy guapa —murmura con voz grave.

—Eso ya me lo has dicho, y te lo agradezco, pero ¿qué has hecho con las mujeres que había aquí hace un segundo?

—Las he hecho desaparecer. A todas. —Sonríe con malicia y empieza a acercarse a mí—. Necesitaba un momento a solas con mi novia.

—Con tu novia, ¿eh?

Doy un paso al frente y me abrazo a su cuello. John me agarra de la cintura.

—No sabía que iba a molestarte que te llamara «acompañante».

—No me ha molestado. No mucho al menos...

—Ha sido solo por guardarles respeto. No me parecía apropiado llamarte «novia». Si hubiera podido presentarte como algo más formal...

—Deja de beber, John. Yo no soy de esas.

Se ríe antes de preguntarme:

—¿Cómo lo estás pasando?

—Bien.

—¿Seguro?

—Hombre, vamos a ver, esto es un poco aburrido, no me lo puedes negar. —John asiente—. Y la gente que me has presentado, pues..., vamos, que no quedaría con ellos para irme de cañas. Pero, bueno, para ser trabajo, que es lo que es, no está tan mal. Es peor aguantar a veces a mi jefe. O al delegado de Barcelona...

—¿Por qué? —Frunce el ceño.

—Porque es un cromañón, como Manolito. Pero tú tranquilo, que le tengo la medida cogida.

—Como a mí. —Sonríe de medio lado.

—¿Sí?

—¿Todavía lo dudas? —Desliza las manos hasta mi trasero.

—Bueno, no sé, como acompañante tuya quizás no tanto...

—¿Quieres que te lo demuestre?

—¿Aquí? ¿Y si nos oyen? —pregunto fingiendo estar escandalizada, pero ya le estoy tocando el paquete por encima del pantalón.

John empuja su cadera contra mi mano con un gruñido. Abre la puerta de la cabina que hay a mi espalda y ataca mi boca con todas sus ganas.

Entramos en el reducido habitáculo a trompicones, comiéndonos a besos, y John empieza a subir mi vestido hasta enrollarlo alrededor de la cintura. Yo le desabrocho el pantalón y cuelo la mano dentro de sus *boxers*.

Joder, qué dura la tiene...

John corta nuestro beso, se baja un poco los pantalones y se sienta. Clava su mirada en la parte inferior de mi cuerpo y descubre que hoy también llevo ligas. Resopla y, con la voz tomada y grave, murmura:

—Agárrate a mi cuello, *baby*. Esto va a ser rápido.

John baja su mano hasta mi sexo y aparta mi tanga a un lado. Sus dedos se deslizan con facilidad en mi interior y me arrancan un gemido que atrapa con su boca.

—Shhh... No querrás que nos oigan —susurra con una sonrisa.

Y en un solo movimiento se clava en mí, hasta el fondo, y ataca mi boca. Su lengua busca la mía desenfrenadamente. Su miembro palpita en mi interior. Le muerdo los labios y reprimo así el gemido de satisfacción que quiere escaparse de mi garganta.

—Eso es, *baby*. Muy bien. Ahora, fóllame tú. Como solo tú sabes, Vega.

El subidón de ego que me provocan sus palabras hace que me esmere con toda mi alma. Apoyo con fuerza los tacones contra el suelo, subo despacio y desciendo de golpe. Vuelvo a subir y bajo de nuevo. Una y otra vez. Me apoyo en sus grandes hombros y sigo cabalgándole como si hubiera nacido exclusivamente para ello. John se agarra a mis caderas y me ayuda con el movimiento, cada vez más deprisa, más fuerte. Empiezo a temblar, a tensarme...

—John...

—*Baby* —gime.

Y un demoledor orgasmo nos bendice. Siento cómo John se derrama en mi interior mientras nuestros nombres resuenan en nuestras bocas. Muy bajito. Entre jadeos. Nos abrazamos fuerte y nos sonreímos.

—Somos peor que conejos —le digo.

—¿Cómo? —Se ríe.

—Sí, ya sabes, los conejos que están todo el día dándole...

—Ya me gustaría a mí estar todo el día dándole contigo.

Sube ligeramente la cadera y su semierección me recuerda que sigue en mi interior.

—Vamos, anda, que al final van a pillarnos —le digo.

Me levanto, cojo un poco de papel para limpiarme, pero John me lo quita de las manos y asea mi entrepierna con delicadeza. Es un gesto tan íntimo que me dan ganas de pedirle un bis, pero me arengo a centrarme.

Nos recolocamos la ropa con rapidez y salimos del baño. Junto a la puerta está la señora de la cofia, que nos sonríe con complicidad y se dispone a quitar un cartel que dice que el aseo está siendo limpiado.

—Nos dejamos ver un rato más y nos vamos, *¿ok?* —John me coge la mano.

—Vale.

Cruzamos el salón, camino del jardín, y otra vez vuelven a abordarnos. Esta ocasión es un hombre joven, moreno, bien parecido, pero que tiene algo que no me gusta ni un poquito.

—Por fin puedo saludarte —le dice a John, como si le conociera de toda la vida, y este se frena en seco.

—Andrew.

Se dan la mano. Andrew no para de mirarme.

—¿No nos presentas?

—Por supuesto. Ella es Vega Rodríguez. Vega, este es Andrew Treymont, el prometido de April.

Acabáramos...

—Un placer, señor Treymont. —Adelanto mi mano y él la besa. Cromañones hay a ambos lados del Atlántico, por lo visto.

—El placer es mío, señorita Rodríguez. No todos los días tiene uno la suerte de conocer a una mujer con una belleza tan... exótica como la suya. El señor Taylor es un hombre afortunado.

Si «exótica» no es una palabra peyorativa, ¿por qué me ha sonado tan mal? Y a todo esto, ¿qué tengo yo de exótica, si puede saberse?

John rodea mi cintura con el brazo y afirma en un tono gélido:

—No te quepa ninguna duda, Andrew.

—Siempre has sido afortunado, John. Aunque dudo que pueda decir lo mismo de la señorita Rodríguez. —Se dirige a mí, y me habla como si fuera una niña pequeña—. No se deje deslumbrar, señorita. A veces, detrás de una agradable apariencia se oculta una personalidad siniestra.

¿Perdona?

Siento cómo mis bajos instintos se quitan los aros de oro y se remangan, pero, por suerte, otro señor nos interrumpe y saluda a John y al pedazo de gilipollas que tengo al lado.

¿De qué va todo esto?

Aprovecho la interrupción para tomar aire y mis ojos vuelan por el salón, creo que buscando la salida más cercana. Y la encuentran, la salida, y junto a ella, a la pluscuamperfecta exprometida de John, que mira en nuestra dirección con una sonrisa taimada en los labios. ¿Ha mandado ella a Treymont? ¿A qué? ¿A tocarnos las narices? ¿A darme un aviso?

Me quedo blanca.

Le mantengo la mirada, intentando no dar forma a los pensamientos que bombardean mi cabeza. Me resulta demasiado retorcido que ella haya tenido algo que ver con las amenazas que he recibido. April se coloca el pelo de forma nerviosa y se da media vuelta.

El señor se marcha y Andrew cambia su gesto amable de representante del pueblo por el de gilipollas de nuevo. John da un paso al frente. Mierda, se va a liar. Y me da que es justo lo que querían. Sujeto a John por el antebrazo y le digo en español:

—No le hagas caso, no es él el que está hablando.

Señalo con la cabeza hacia la puerta y John descubre a su ex mirándonos de reojo. Su cara se desencaja. April le sonrío y coge otra copa de champán. Yo aprieto su brazo, carraspeo y pongo mi mejor sonrisa de replicante —sí, aprendo rápido cuando quiero—.

—Si nos disculpa... —le digo a Treymont.

—Claro, ya tendremos ocasión de hablar más adelante. —Sonríe, pero suena como una amenaza—. Cuídese mucho, señorita Rodríguez. Hablo en serio.

—¿Puedo serle franca, Andrew? —le pregunto sin perder la sonrisa—. Su recomendación me importa tan poco como todo lo que ha dicho anteriormente. No sea patético y atienda a su prometida. Buenas noches.

NORTH FORK

—¿Qué te pasa, John? —le pregunto con prudencia cuando el coche empieza a moverse, camino de Manhattan. Desde que hemos salido de la mansión de los Blunt, ni hemos cruzado una sola palabra. Ni un gesto, absolutamente ninguna expresión en su cara. Solo su mano apoyada con fuerza en la parte baja de mi espalda y toneladas de tensión amenazando con partir su mandíbula.

—¿John? —pregunto de nuevo, y me deslizo por el asiento para pegarme a su lado.

—Perdona. Estaba distraído —murmura, volviendo a la Tierra.

—No te pongas así, anda. Si es un gilipollas... Yo no he creído nada de lo que ha dicho.

John me mira a los ojos y su gesto se desenchaja.

—Eso es lo que me preocupa, Vega. Que no le hayas creído. Que confíes en mí tan a ciegas.

—¿Y por qué no debería hacerlo?

John agacha la cabeza y susurra:

—Porque en parte tiene razón..., pero no me conoces lo suficiente como para darte cuenta.

Me asusto un poco, no voy a mentir.

Bueno, vale, me acojono mogollón, lo admito, pero mis sentimientos hacia él me llevan a quitarle importancia.

—Pero, vamos a ver, se trata de trabajo, ¿no? —le digo buscando su mirada—. Pues dejémoslo al margen de nuestra relación...

—No lo entiendes, Vega: mi trabajo es mi vida —me dice como si le doliese—. Y no me refiero a ello de forma metafórica. Es una realidad, o, al menos, lo era. —Inspira hondo—. Estuve cinco años con April porque esa relación me ayudaba laboralmente. Le pedí la mano a su padre porque eso me aseguraba un mejor estatus dentro del negocio. Sabía que nunca me casaría con ella, y aun así... —Su voz se apaga y yo me siento fatal. Por un lado, porque está mal lo que ha hecho, aunque parece que nadie era ajeno al juego. Y por otro, porque veo en John el peso de su error y me duele. No va a servirle de nada atormentarse ahora por sus errores; solo puede aprender y mejorar.

—John, hablas de algo que ya terminó. Sé consciente, por favor —susurro, y esta vez soy yo quien agarra su barbilla y la levanta, obligándole a que me mire.

—Lo soy. Y todos los putos días doy gracias al cielo por haber cambiado de vida. Pero eso no borra el pasado.

Le sonrío con ternura y acaricio sus manos.

—Que empieces a verlo de otra manera ya indica la clase de hombre en que te estás convirtiendo.

El resto del trayecto hasta el ático lo hemos recorrido en silencio. Casi podía oír a las neuronas de John pegándose carreras dentro de su hermosa cabecita, y he decidido que no quería interrumpirle. Conozco, y seguro que vosotras también, la necesidad de pensar en soledad, de encerrarte en tu propia cabeza y dar vueltas y vueltas hasta que el nudo de incertidumbre se deslía. Es sano poner las ideas en orden.

Al llegar al ático, John se mete en el vestidor para cambiarse y entonces se me ocurre. Voy al bar de la planta de arriba, busco en una de las neveritas que tiene integradas y *voilà!* Una perfecta botella de pacharán alza los brazos y me saluda. Sirvo un par de vasos y me los llevo al baño. Lleno la bañera,

me desnudo y me meto en el agua. John aparece poco después y me mira sorprendido.

—¿Me acompañas? —le pregunto, rodeada de espuma, y le ofrezco un pacharán.

John se quita la ropa y se acomoda frente a mí. El agua sube de nivel hasta cubrir mis pechos, sus piernas rozan las mías. Le paso el vaso y John se lo bebe de un trago. Sus ojos azules están apagados: sigue atormentándose. Le quito el vaso vacío, me siento en su regazo y le rodeo la cintura con las piernas.

—Vega, yo... —murmura.

—¿Puedo pedirte un favor? —le interrumpo.

—Claro.

—No me digas nada más. Al menos, por esta noche. Déjame... Solo déjame que haga que te sientas mejor, ¿vale?

John asiente y yo le acaricio y le beso y le hago el amor hasta que se relaja entre mis brazos. Y lo repetiría mil veces. Porque no se trata de sexo por caridad o por desahogo, se trata de intentar darle refugio, de traerle de vuelta a nuestra nube, de recordarle con mi cuerpo sus propias palabras: solo nosotros. Aquí, el mundo de fuera carece de importancia.

Apenas unas horas después de salir de la bañera, John se va a trabajar. Es tan temprano que ni ha amanecido. Entre sueños creo que le escucho decir que regresará a eso de las cinco y que prepare la maleta porque pasaremos la noche fuera. Me da un beso, me acurruco en su lado de la cama y hasta las diez no abro el ojo. Y habría dormido más, pero me acuerdo de que estoy en Nueva York, salto de la cama, me pongo los vaqueros y las Converse y me marcho. ¡A turistear!

Salgo del edificio de John, giro a la izquierda y recorro una manzana por la calle Chambers. Paso por el escaparate de una librería y veo un libro de fotografía BDSM alucinante. Me acuerdo de Leticia y, sin dudarle, entro en la tienda; le va a encantar.

Abandono la librería con la tarjeta de crédito calentita y me doy al consumismo. A Sara le compro una pulsera que parece *vintage* —y que debería serlo por lo que me ha costado— en una tienda de artesanía. A Drago también le compro una cosita, porque en el fondo le echo de menos. Yo me pillo una sudadera con el archiconocido «I Love N. Y.» y me meto en un Subway a zamparme un bocadillo. Cuando termino de comer, me llaman de la oficina. Me voy al ático y me paso las tres horas siguientes traduciendo informes para mi jefe. A las cuatro empiezo a agobiarme porque no me va a dar tiempo a preparar la maleta y decido dejar de ser imbécil y ser consciente de que estoy de vacaciones.

Me voy al vestidor, me arreglo con un vestido vaquero y unas sandalias, rebusco, un poco más de lo que me hubiera gustado, hasta que encuentro una bolsa de mano, meto cuatro cosas y el neceser y, justo cuando estoy saliendo del cuarto de baño, oigo la puerta principal. Correteo por la escalera hasta el recibidor y me planto delante de John con la bolsa en la mano. Le doy un besito y le pregunto:

—¿Qué tal el día, cariño?

—Ahora genial.

Me da un besazo de los suyos, me quita la bolsa y sonrío:

—Esto me suena...

—Eeh..., sí, te la he cogido prestada, espero que no te importe.

—Ya te dije que estabas en tu casa. —Me agarra la mano—. ¿Nos vamos?

En la calle nos espera un coche negro de alta gama, pero sin conductor. Me quedo en la acera, esperándole, y John mete mi bolsa en el maletero, rodea el coche y se coloca en el asiento del piloto. Baja la ventanilla del acompañante y me llama con la mano.

—¿Vas a conducir? —pregunto abrochándome el cinturón de seguridad.

—Eso parece.

—¿Estás seguro?

—Si prefieres hacerlo tú... —dice con media sonrisa.

—No, no.

John coloca los retrovisores, muy concentrado, arranca el motor y se incorpora al tráfico. Disfruto del paisaje urbano que hay tras la ventanilla hasta que salimos de la ciudad en dirección norte. John pone música. Sonrío al escuchar *Trust Me*, de Janis Joplin.

Cierro los ojos para prestar atención a la letra. «Confía en mí, *baby*». «Mi amor es como una semilla, cariño, necesita tiempo para crecer». «Porque pienso mucho sobre quererte, cariño». «No quiero hacer de tu vida un desastre». «Confía en mí, *baby*». Y yo confío. Y me dejo llevar por la bruja cósmica y su música hasta un lugar donde siempre es de día.

Cuando abandonamos la carretera principal, John me dice que hemos entrado en la península de North Fork.

—Es como los Hamptons, pero sin tantos nuevos millonarios.

—¿En tu familia siempre ha habido mucho dinero?

Asiente antes de mirarme con el ceño fruncido.

—¿Por?

—Porque lo de «nuevos millonarios» te ha quedado un poco... elitista.

Devuelve la vista a la carretera.

—Soy elitista: solo me gusta lo mejor.

Sonrío como una boba mientras cantidad de viñedos empiezan a rodearnos. El final del crepúsculo llena el cielo de tonos morados. El termómetro del coche marca veintiséis grados exteriores. Bajo la ventanilla. Un intenso aroma a vid y a mar invade el coche. John conduce una hora más, entre pueblecitos y bodegas, hasta llegar a la playa. Y allí, entre jaras y arena, ligeramente elevada en una duna, hay una casita de madera, con las ventanas blancas y el porche iluminado.

—¿Es tuya? —le pregunto saliendo del coche.

No hay más casas cerca o, por lo menos, no se ven en la penumbra. La humedad salina que flota en el ambiente se adhiere a mi ropa y a mi pelo. Lleno mis pulmones con ese aire tan especial.

—No, la he alquilado. Espero que te guste.

—Ya me gusta y todavía no he entrado. Este sitio es precioso, John.

—Espera a verlo de día.

Subimos la escalerita de madera hasta el porche. John abre la puerta, me coge en brazos y cruza el umbral.

—Qué romántico —me río, abrazándome a su cuello.

Camina unos pocos pasos y me deja de pie en medio de un saloncito. Doy una vuelta sobre mí misma, observando el interior de la casa. La madera viva de las paredes, el sofá blanco con cojines azules, la cocina americana y un pasillito que debe de dar a las habitaciones y a la parte de atrás de la casa, donde debe de estar el mar.

—Ven. —Me coge la mano. Caminamos por el pasillo y John abre una puerta—. Bueno, esto es un armario, como puedes ver. No conozco la casa en persona. Vamos a ver si somos capaces de encontrar el dormitorio... —Abre otra puerta, que es un aseo—. Pues esta tampoco, tendrá que ser la siguiente... —Abre la última y ¡bingo!—. Aquí está —dice sonriente—. Adelante.

Me cede el paso con un gesto de la mano y me adentro en la habitación más bonita que he visto nunca. Suelo de tarima clara, paredes encaladas, cama con dosel y unas ventanas enormes de

guillotina, con sus cortinas ondeantes y todo. Sobre una de las mesillas hay un jarrón con margaritas de colores: magenta, rosa, turquesa. Tengo el palpito de que, a partir de ahora, voy a asociar la felicidad con esas flores.

—Me apetecía escaparme contigo. Aunque solo fuera una noche.

—Muchas gracias por organizarlo. Es... perfecto.

John me mira sonriente, se acerca a mí y me coge de la cintura.

—Como tú.

Voy a replicarle, pero frunce el ceño. Cierro el pico y le doy uno, por guapo y porque él sí que es perfecto.

—Voy a por las bolsas al coche —me dice.

—Voy contigo.

—Creo que podré yo solo con ellas... —Sonríe.

—Estoy segura, pero es que no quiero separarme de ti —le confieso—. ¿Te importa si muto en lapa hasta mañana?

John se carcajea, pero él sabrá... Yo no estaba bromeando.

A la vuelta, con el equipaje en el dormitorio, sacamos a la terraza trasera unos platos de quesos y embutidos italianos y una botella de Lambrusco —pero del de verdad, no del que venden en el Mercadona— y acabamos con todo, escuchando cómo las olas rompen en la playa a pocos metros.

Me levanto a por el tabaco y, cuando regreso, John se ha sentado en un balancín de madera que hay a la derecha de la puerta. Me acomodo a su lado y me enciendo un cigarrillo. Él me envuelve con su brazo izquierdo. Nos mecemos, por el movimiento del balancín y por el aire que nos rodea. Cálido, penetrante, húmedo. Como los sentimientos que John provoca en mí. Le paso el cigarrillo y acaricio la mano que le queda libre. Mis dedos repasan las líneas de sus cicatrices, esas pequeñitas que se dibujan en sus nudillos.

—Hace un montón de días que no entreno —murmura.

—¿Síndrome de abstinencia?

—Mucho. Pero el gimnasio está en la otra punta de Manhattan y tiene un horario bastante restrictivo.

—¿Y por qué no entrenas en casa?

—Porque... —Da una calada, pensativo—. Supongo que porque siempre he hecho deporte en grupo. Fútbol americano, remo, baloncesto... —enumera—. Además, el gimnasio al que voy tiene un ambiente estupendo y boxeadores muy buenos. Me lo recomendó Cynthia, mi cuñada, hará cosa de un año, y me enganché desde el primer día. —Se ríe—. Y eso que cuando me dijo que estaba al sur del Bronx, pensé que había perdido la cabeza.

—¿Vas a un gimnasio en el Bronx? ¡Venga ya!

Me devuelve el cigarrillo y me sonrío de medio lado.

—El viernes me acompañas y te convences tú sola.

—¡Vale! —Qué guay, kilos de testosterona en un ambiente clandestino... Mmm, John sudado dándole mamporros a un saco...—. ¿Vas a entrenar?

—¿Quieres verme entrenar?

—Mucho. —Mi voz empieza a ponerse ronca.

—¿Te excitaría verme pelear? —pregunta con una sonrisa lobuna en sus labios.

—Tú me excitas ya de por sí. Si encima le sumas el hecho de estar sudado y luchando como un animal con otro hombre, pues sí, me puedo poner cardíaca, o peor...

Se levanta a por un cenicero y por el camino me dice:

—Con otro hombre, ¿eh?

Cuando regresa, le contesto:

—¿Te has puesto celoso?

Deja el cenicero en el suelo, se sienta a mi lado y coloca mis piernas encima de las suyas.

—Un poco. —Hace una mueca.

—Debes de estar de broma —le sonrío—. ¡Eres el hombre más guapo del mundo! No puedes tener celos de nadie.

—Te agradezco el cumplido —dice descalzándose—, pero te equivocas: sí que puedo.

Siento algo de malestar por su parte y me animo a confesarme.

—A mí también me pasa —murmuro, avergonzada—. Y me jode, que conste, porque creo de verdad en la individualidad y en la independencia, al margen de las relaciones personales, laborales o del tipo que sean. Pero sí que tengo esa sensación de... pertenencia contigo.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos, azules, brillantes, infinitos. Y en ellos esa luz, que no sé qué demonios es, pero que me da tanta esperanza.

—¿Por eso reaccionaste así anoche con Treymont?

—Pues no sabría decirte exactamente por qué, pero te juro que le habría calzado una hostia.

John sonrío y desliza las manos por mis piernas:

—Lo que hiciste anoche por mí... Tu lealtad, sin rastro de duda. —Suelta el aire despacio—. Nunca, en la vida, nadie había creído en mí de esa manera. Nadie. No tengo forma de describirte lo que sentí... —Mira por encima de mi hombro, concentrándose—. Quizás «orgullo» podría definirlo. Orgullo hacia ti por ser tan increíblemente valiente, sincera y señora; y hacia mí, por haber conseguido conservarte a mi lado. —Fija la vista en mis ojos—. Me gustaría que valoraras en serio mi proposición de vivir juntos.

Tomo aire.

—Aunque me cuesta reconocerlo, ya le he estado dando vueltas. Muchas, de hecho.

John tira de mi cuerpo y me coloca sobre él. Parezco una niña chica sentada en sus rodillas, pero le tengo más cerca, no voy a quejarme.

—¿Por qué no lo has hablado conmigo? —me pregunta en voz baja.

—Porque primero quería formarme una opinión propia y, cuando tuviera algo claro, pues ya se vería...

—¿Qué dudas te planteas? ¿Piensas que no funcionaría?

—No, no es eso. Son más... dudas laborales.

John resopla. Sé lo que va a decirme antes de que abra la boca: va a ofrecerme trabajo en su empresa. No quiero rechazarle, esta noche no, así que le interrumpo y cambio de tema.

—¿Puedo preguntarte algo sobre April?

—Claro.

—¿Viviste con ella?

Se recuesta en el respaldo del balancín.

—No del todo. Me acompañó en algunos viajes y pasé muchas noches en su apartamento, pero nunca sentí que viviéramos juntos. —Su mirada regresa a mi cara. Me acaricia la mejilla—. No es lo que quiero para nosotros.

—¿Y qué es?

—Para nosotros lo quiero todo, *baby*. Todo.

FAR AWAY

Tardamos un buen rato en abandonar el balancín de la terraza. Caricias y besos son nuestro único lenguaje. Cuando nuestras lenguas se niegan a separarse y las manos se impacientan, John me vuelve a cargar en brazos y me lleva al dormitorio. Empezamos haciendo el amor y terminamos follando como brutos antes de dormirnos en una cama donde solo cabemos nosotros. Solo nosotros.

La luz de la mañana me cosquillea la nariz, y abro los ojos. Me embeleso un poco más de lo debido en la cara de John. Me encantaría verle siempre igual de relajado.

Con esa idea me levanto, utilizo el aseo y me dispongo a preparar el desayuno. Y con «preparar» me refiero a llevar las cosas a la mesa de la terraza. Que yo de hacer tortitas y magdalenas no tengo ni idea.

Con el zumo de naranja recién servido en la mesa, me decido a despertarle. Entro en la habitación, me quito la camiseta de John, que estaba utilizando de vestidito playero, y me subo a la cama. Él sigue de espaldas, con los brazos metidos debajo de la almohada y la cara ladeada entre ellos. Me pongo de rodillas a su lado y le acaricio la oreja con la nariz.

—Cariño, despierta. Me siento sola sin ti... —susurro, y él se remueve.

—Mmm, dímelo otra vez.

Le consiento y él sonrío, aún con los ojos cerrados. Alza la cabeza buscando mi boca. Me besa, despacito, muy dulce. Se incorpora para alcanzar el vaso de agua a medio beber que dejamos anoche en la mesilla, junto a las flores. Lo apura, recorriendo mi cuerpo desnudo con la mirada. Su miembro empieza a despertar también.

Después de retozar un buen rato entre las sábanas, nos damos una ducha, nos vestimos —John con unos *shorts* y un polo celeste, que mejor no os cuento cómo le queda— y nos entra hambre. Y entonces me acuerdo del desayuno que había preparado. El café está frío y el zumo caliente, pero, aun así, nos sabe a gloria. Debe de ser esto que hay flotando en el aire, que lo endulza todo.

Después del cigarrito de la victoria y de recoger el desayuno, nos damos un paseo por la playa. El sol luce espléndido, la suave brisa húmeda nos acaricia, el mar está en calma, los pajaritos cantan, las nubes se levantan... Todo es tan guay...

—Me encanta este sitio —pienso en voz alta.

—A mí también. —Aprieta mi mano.

—¿Ya habías estado antes?

—No, me lo recomendó Rose. Estuvo en la misma casa con una de sus parejas... No recuerdo bien con quién. Desde que me enseñó las fotos de la playa y la vista trasera de la casa, me propuse venir. Pensaba hacerlo solo. Pero luego te encontré. —Me sonrío—. ¿Nos sentamos?

Asiento y John se acomoda y me cobija entre sus brazos. Adoro sentir su pecho contra mi espalda.

—Le has caído muy bien a mi hermana.

—Ella a mí también. Es supersimpática. Y me encantáis juntos. Se os ve tan cómplices... —Me besa el pelo—. ¿Cómo es tu relación con el resto de la familia?

—Pues, en general, casi nula. —Me agarra de la cintura y me gira un poco para mirarme de frente—. Con Joana, la gemela de Rose, tengo más contacto, porque vive en Manhattan y porque es

bastante pesada con eso del arraigo familiar. —Pone los ojos en blanco y yo sonrío; me encanta verle tan relajado—. Siempre que coincidimos en la ciudad, organiza unas cenas muy protocolarias, que suelen terminar con vídeos de las mejores jugadas de su marido en la NBA. —Se mete dos dedos en la boca, como si fueran una pistola, y dispara. Me río—. Es muy pesada, ya lo verás. Cuando se entere de que has estado en Manhattan y no ha podido conocerte, no va a parar hasta que lo consiga. —Ay, Señor, y yo sin tener ni idea de baloncesto...—. Con el resto de hermanos... estamos en contacto, pero en la distancia. Menos con mi cuñada, Cynthia, con la que me veo obligado a mantener, al menos, tres conversaciones de Skype al mes, y también estoy obligado a visitarla, al menos, tres veces al año. Se empeñó en vivir en Florida cuando falleció Philippe y no se mueve de allí ni bajo coacciones. Nunca viene a Nueva York porque dice que ya es mayor para viajes largos, pero la verdad es que odia volar.

—La entiendo...

Acaricia mi mentón.

—Le conté que venías a verme y me dijo literalmente que eso sí era de interés.

—Tiene razón. —Sonrío.

—También me dijo que debíamos ir a visitarla cuanto antes. Y sonó a orden militar. —Abre mucho los ojos—. Yo no estoy dispuesto a contradecirle.

—No, no, ni yo.

John se carcajea por mi cara de circunstancia.

—No me gustaría asustarte, pero seguro que te ha preparado un test de aptitud o algo así, no sea que tengas malas intenciones con su pequeño.

—Su pequeño ya está crecidityo...

—Para ella no. Me trata igual desde que murió mi madre. —Parece que se entristece un poco. Busco su mano y la aprieto con fuerza. Él clava su mirada en ellas y luego en mis ojos—. Está como loca desde que sabe que existes. Hasta me pidió una foto. —Se ríe—. No se la mandé, por supuesto, pero me temo que no nos queda más remedio que ir y que te la haga ella misma.

—Bueno, si no hay más remedio... —digo sin perder la sonrisa.

Y una sensación extraña se instala en mí. Pero extraña en plan bien. En plan: siento un cosquilleo de ilusión en mis tripitas. Pero extraña, al fin y al cabo, porque yo no sé lo que es que alguien de tu familia tenga ganas de verte, ganas de verdad. De pronto, me siento integrada, importante, arropada... Y me apetece llorar. Me pongo tierna y escondo la cabeza en el cuello de John, buscando su aroma, el tacto de su piel para que me tranquilice. Siempre funciona.

—No quiero que te sientas presionada —murmura.

—No, no es eso. —Le doy un beso en el cuello—. Me he puesto tontorrón, pero estoy bien, muy bien, de verdad. Es solo que... —Me va a costar un mundo, pero voy a explicarme. Siento la necesidad de sincerarme con él. Me separo y le miro a la cara—. A ver, yo no tengo hermanos, eso ya lo sabes. —John asiente—. Solo me queda una abuela, la materna, que es una bruja de cuidado. Mis tíos y primos, a los que apenas veo, y mis padres. —Cojo aire—. Con mi padre no me relaciono. No hablo con él desde... —trago saliva, porque raspa el acordarse— hace unos tres años. Y la última vez que me llamó fue para pedirme dinero. Tiene problemas con el juego. Sé que es ludópata desde que aprendí lo que significaba esa palabra. Antes, por desgracia, aprendí las consecuencias familiares. Con mi madre la relación es bastante distante. Como comprenderás, la vida en casa no era nada fácil con un señor gastándose lo que había... y lo que no. Supongo que la culpo por permitirlo tanto tiempo, por mirar hacia otro lado. —Me caliento—. Porque, claro, no era solo que él se gastara el dinero de la luz en las putas maquinitas o vendiera lo poco que había en casa para jugárselo a las cartas, es que nos

convirtió en... mendigas. Durante años, pedimos dinero en casa de todos los vecinos del pueblo con mil excusas. Recuerdo como si fuera ayer la cara de lástima que nos ponían antes de darnos lo que podían, sabiendo que no se lo devolveríamos. Lo recuerdo tan bien como el papel gris donde la tendera nos apuntaba siempre la cuenta. Tan bien como los insultos que recibía en el patio del colegio porque siempre iba vestida con la misma ropa. —Duele, duele, duele, pero sigo—. Recuerdo a mi madre llorar cada noche, esperando su vuelta del casino de turno. Recuerdo el tacto húmedo de mi almohada antes de dormirme, casi siempre con hambre. Recuerdo cada bronca, el sonido de cada plato roto. Recuerdo sentirme sola. Sola de verdad. Abandonada. Así aprendí a construir mi burbuja, una segura donde esconderme. De aquel tiempo solo conservo una amiga.

—Sara —murmura, y me limpia las mejillas con los pulgares. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Me reconforta descubrir que no me importa que me vea llorar. Inspiro hondo.

—Ella fue la que me animó a estudiar a tope. Y conseguí una beca para matricularme en Traducción e Interpretación: el grado que me llevaría lejos. O eso pensaba... El caso es que, durante el último año de licenciatura, él se fue. De la noche a la mañana y sin explicación. Las deudas que llegaron después nos aclararon el motivo de su huida. De pronto, debíamos un dinerito, pero se había ido... Respiramos, la verdad. —Sonríó y me frotó la nariz—. Mi madre intentó compensar lo ocurrido aquel año, pero hay cosas que no tienen marcha atrás. Yo solo pensaba en marcharme. Y también me fui. He seguido ayudándola y yendo a verla cuando toca, pero poco más. Ella se ha centrado en su vida en el pueblo, en su costura, e intenta olvidar, igual que yo, que él nos destrozó la vida. Espero que algún día lo consigamos. —Me encojo de hombros, y, al bajarlos, siento cómo un peso enorme cae de ellos. Como si hubiera llevado puesta una mochila llena de piedras y se hubiese deslizado por mis brazos hasta caer sobre la arena. Siento alivio. Descanso. Lo he sacado. Y en mi cabeza solo queda un pensamiento que Bebe tradujo en canción:

*«No pienso enterrar mis dolores
para que duelan menos.
Voy a sacarlos de dentro
cerca del mar.
Para que se los lleve el viento.
Para que se los lleve el viento.
Para que se los lleve el viento».*

UPSTAIRS

Después de mi confesión, John no me dice nada. Pero nada de nada. Ni mu. Me abraza, o, más bien, me aprieta entre sus brazos hasta casi no dejarme respirar y, luego, solo me insta a levantarme. Caminamos hasta el final de la playa y vuelta. En silencio. Cada uno abstraído en sus propios pensamientos. Yo le doy vueltas a lo caprichosa que es la vida, a que, si me hubieran contado, cuando vivía en el pueblo, que un día exorcizaría mis demonios con el hombre perfecto en una playa de North Fork, no me lo habría creído. Y John, pues a saber qué está pensando... Pero debe de ser muy importante, porque no estira su fruncido ceño ni un segundo.

Al llegar a la casita recogemos nuestros chismes, cargamos el coche y ponemos rumbo a Manhattan. Antes de salir del condado de Suffolk, paramos a comer. Todo muy rico. Incluido el postre en el parking solitario. Cuando llegamos al ático, no hay señal de presencia humana. John suelta las bolsas en un rincón del salón y hace una mueca.

—Tengo que trabajar un rato. Aunque sea desde aquí.

—¿Puedo mirarte mientras? —bromeo.

John se ríe.

—Como mucho, me veo capaz de enseñarte mi despacho. Muy deprisa. —Sus ojos relucen—. Te he imaginado demasiadas veces sobre el escritorio.

Sonrío.

—Suenan fenomenal...

—*Baby*... —amenaza.

—Venga, enséñame.

Me refería a su sexo, pero él me enseña el despacho. Y sí, es superbonito. Con madera oscura en el suelo, una mesa de reuniones muy brillante, unas fotografías urbanas chulísimas en la pared derecha; la frontal está llena de ventanas y la izquierda es un mirador a la terraza. Trago saliva al observar el escritorio. Hay muchos papeles encima. Imagino cómo caerían si John me tumbase encima. Me acerco al mueble. Un portafotos que hay en la esquina izquierda llama mi atención. Sonrío de oreja a oreja.

—Vas a tener que hacerme otra con más luz —le digo.

—No lo dudes, pero esa no se mueve de ahí. La coloqué cuando volví esa semana y no pienso moverla.

—¿La semana después de conocernos? —pregunto sorprendida. John asiente, se sienta en su silla de megaempresario y me coloca entre sus piernas—. Pues sí que te impacté...

—*Knock out, baby*. —Sonríe de medio lado y desliza sus manos por mis caderas—. Estuve tentado de ampliarla a tamaño natural y colgarla en la puerta del dormitorio.

—Masturbeitor —susurro. Me gana una risa, un azote y una mirada morbosa.

—Durante dos semanas debí de batir algún récord.

—¿Y luego ya no? —Le acaricio la nuca.

—No tanto.

—Claro, se te fue pasando la euforia inicial...

—Para nada. —Me acaricia las piernas—. Lo que ocurrió es que, siete semanas después de esa foto,

cierta señora aceptó una cita conmigo. Me costó lo mío. Tuve que ir hasta Ginebra para poder cenar con ella...

—Madre mía, menuda bruja.

—Tú lo has dicho. —Sonríe—. Después de una cena agradable, un desayuno delicioso —me acuerdo del *cunnilingus* y trago saliva—, una ducha compartida jodidamente placentera —la primera vez que probé su sabor. La primera vez que lo hicimos sin preservativo. Mi interior palpita— y una *fondue* francamente buena..., huyó en su escoba.

Aunque el tono es muy ji, ji, ja, ja, tirarla, me la ha tirado. O por lo menos yo lo he sentido así. O es mi jodida conciencia la que no me deja olvidar que salí por piernas aquella tarde.

—Siento mucho lo que pasó. —Le miro a los ojos.

Él me acaricia las mejillas

—¿Recuerdas que una noche, por teléfono, me pediste que te prometiera que hablara contigo si algo iba mal? —Asiento—. Pues necesito pedirte lo mismo. Necesito que me prometas que no volverás a irte sin dar explicaciones.

Trago saliva y me obligo a decirle lo que quiere oír.

—No lo haré, John. Te lo prometo.

Y más que nada quiero no haberle mentado. Creo que él lo entiende cuando se lo digo en un beso, el más sincero que le he dado hasta el momento.

—Solo tardaré unas horas —se disculpa cuando suena su iPhone—. Después, ¿salimos a cenar?

—Vale.

—Vale —me imita antes de descolgar.

Subo al vestidor. John tiene que trabajar y yo, que hacer una maleta. Mañana regreso a Madrid. Pego la barbilla al pecho. Estos días se han pasado demasiado deprisa. Me da pena. No quiero irme. Si apenas he visto nada, ni siquiera la Estatua de la Libertad, ni un triste musical, ni le he tocado las bolas al toro de Wall Street... Nada de nada. No me ha cundido el tiempo. Bueno, en lo que al turismo se refiere, porque con John sí que me ha cundido, mogollón. Me voy con la sensación de que le conozco más y mejor. He conseguido ponerle en contexto, conocer su vida aquí, y el balance general es bueno, muy bueno. Vale que su entorno laboral no es de mi agrado y que su ex me da un mal rollito tremendo, pero lo que he visto de él como persona, cómo es con su hermana, conmigo..., me gusta. Me gusta mucho. Tanto que hacer la maleta se convierte en un martirio interminable. Doblo cada prenda seis o siete veces, por si alargando el momento logro retrasarlo.

—En el armario de la izquierda te dejas algo.

Me giro hacia la puerta del dormitorio y John está apoyado en una de las jambas.

—¿Ya has terminado?

Niega con la cabeza.

—Pero no he aguantado más de dos horas, sabiendo que estabas aquí arriba.

—¿Ya han pasado dos horas?

Me levanto del suelo y siento en las rodillas el tiempo que he estado en cuclillas. John se dirige al armario de la izquierda y saca una funda de traje.

—¿Qué es eso?

—Adivina. —Sonríe.

Yo me río, poniendo los ojos en blanco.

—Ya imagino que será un traje, pero...

—Es un vestido.

Sujeta la funda delante de mis narices, y me las froto.

—No será... —Bajo la cremallera—. ¡El del otro día!

Me quedé prendada de él el martes, pero no me atreví a ponérmelo para el cóctel porque es un poco llamativo. Todos los Elie Saab Couture son así, por lo visto, o eso me dijo el estilista. Este tiene un discreto escote en uve, manga larga y una trabajada falda corta ondulada pese a las toneladas de pedrería que adornan el fondo de seda azul noche. Es un sueño de vestido. ¿Y sabéis qué es lo mejor? Que cuando me lo probé, me sentí guapa con él.

—¿Has dicho que me lo puedo llevar? —Sonríó. John me devuelve la sonrisa.

—Me gustaría que lo hicieras. —Le beso.

—¿Y que me lo ponga esta noche y luego me lo quites con los dientes?

—Te contesto en la ducha.

Casi perdemos la reserva de la cena. Y era a las siete, según le confirma su asistente.

Llegamos justitos al Upstairs, la terraza del hotel Kimberly. El ambiente es lo que yo definiría como «Estoy megaforrado, pero intento disimularlo». Vamos, que huelen a caro hasta las pajitas de los cócteles, pero tiene cierto aire informal, que diría John. Yo sigo pensando que informal es hacer botellón en una plaza y no vestirse de gala para ir a cenar, pero, en fin... El sitio mola.

Los marrones, casi negros, y los dorados envejecidos ocupan todo el espacio. Los primeros dibujan líneas rectas, en el suelo, en la barra y en la enorme barandilla. Y los segundos serpentean entre las líneas, coloreando los espacios en blanco. El conjunto tiene un carácter moderno y funcional, sabiamente compensado con un mobiliario de estilo neogótico. Las sillas parecen sacadas de algún dormitorio de Versalles, pero al estar todas tapizadas con cuero negro, se funden con naturalidad con el entorno, que está mágicamente iluminado. De lado a lado de la terraza, como si de un techo artificial se tratase, hay decenas de hileras de bombillitas blancas. Y al fondo, flanqueado por oscuros edificios rectangulares, el inconfundible Chrysler, dominando, majestuoso, el horizonte plateado.

Inspiro hondo, llenando mis pulmones con el aire vibrante de Manhattan, y agarro la mano de John. Era eso o salir volando.

Nos acomodan en una mesa, cerca de la barandilla, pero no tanto como para no comer por el vértigo, y me pregunta:

—¿Te importa que pida?

Niego con la cabeza y sonrío. Me encanta que tenga tan en cuenta todos los detalles.

—Tomaremos *carpaccio* de atún y pato con granada. Silex para el *carpaccio* y L'Agary Languedoc-Rose para el pato. Gracias.

El *maitre* nos deja y John me coge la mano por encima de la mesa.

—¿Qué te parece? —pregunta refiriéndose al restaurante.

—Es muy bonito. Tiene carácter. Un estilo personal, pero no pretencioso —digo mirando alrededor.

Mis ojos se quedan clavados en una melena rubia que me resulta familiar. No puede ser. Miro a su acompañante y, bingo, el gilipollas.

—Joder... —murmuro.

—¿Qué ocurre? —pregunta John, y va a girarse para mirar a su espalda.

—No te des la vuelta. —Le aprieto la mano—. Son Trey mont y April. Pero no pasa nada...

—¿Es que no hay más restaurantes en Manhattan? —gruñe.

—Ha sido una coincidencia, tú tranquilo. Además, creo que no nos han visto.

—¿Quieres que nos vayamos?

—¡No! El sitio es perfecto y lo que has pedido sonaba genial.

Un camarero nos interrumpe con el vino y el *carpaccio*. Brindamos y probamos al atún, que está para levantarse y darle un abrazo al cocinero. Tiene un aliño de piña riquísimo y una cremita de aguacate que me ha puesto los pelos de punta. El pato resulta sencillamente... ~~cojonudo~~ delicioso.

Con los platos terminados y el postre recién pedido, me disculpo y voy al baño. Recorro un pasillo con el suelo de mármol blanco y negro y un altísimo techo del que cuelga un complejo artesonado de acero de formas geométricas, que esconde pequeños puntos de luz. El interior del restaurante es completamente distinto. Mucho más moderno e incluso intimidante, pero, sorprendentemente, combina a la perfección con la terraza.

Entro en el baño y, con todo el cuidado del mundo y un poco de maña —mear con tantos metros de tela ondeando a mi alrededor no es fácil—, consigo aliviar mi vejiga. Salgo de la cabina y ¿a quién me encuentro delante de uno de los lavabos, taladrándome con su mirada gris?

Efectivamente...

—Buenas noches, April —murmuro en inglés, acercándome al lavabo que tiene al lado.

—Buenas noches..., ¿Vega? —titubea—. Me vas a disculpar, pero no recuerdo bien tu nombre.

—Acepto tus disculpas —digo con seriedad mientras me lavo las manos—. Es Vega.

Veo por el rabillo del ojo cómo me pega un repaso de arriba a abajo. Inspiro hondo y no dejo de repetirme mentalmente que el autocontrol es una de las mayores virtudes.

—¿Y qué tal, Vega? ¿Te trata bien John? —pregunta sonriente.

—Muy bien, gracias por preocuparte. —Me seco las manos.

—No hace mucho que salís, ¿verdad? —vuelve a preguntar con un tonillo nasal al que estoy cogiendo manía—. Me sorprendió que te llevara a la recepción de mi familia. ¿Te lo propuso él?

Sonríó. «Te vas a quedar con la intriga, maja».

—Buenas noches, April.

Me dispongo a salir del baño, pero ella me sujeta del brazo. Hasta sus manos son frías.

—No he terminado de hablar contigo.

Tiro de mi brazo.

—Pues yo sí.

—Pues yo creo que te convendría escucharme: ten cuidado con John.

Me río y niego con la cabeza. Me giro hacia la salida, pero April vuelve a agarrarme del brazo, esta vez con menos delicadeza.

—Él no es el hombre que tú crees. ¡Él me utilizó! —chilla—. Me hizo creer que me quería, íbamos a casarnos...

—¡Ya está bien! ¡Déjame en paz! —Vuelvo a tirar de mi brazo y me encaro con ella. Me saca una cabeza, pero me la pela. Sujetadme los aros...—. Me importa una mierda tu relación con John. Él ahora es otra persona. Lo nuestro es diferente.

Ella sonríe con suficiencia, la muy cabrona, y me dice:

—La gente no cambia, Vega. Él te utilizará y te abandonará cuando se canse, como lo hizo conmigo. —Un escalofrío me recorre el cuerpo—. Aléjate de él. No sabes dónde te estás metiendo. Deberías tener miedo y no esa cara de tonta enamorada.

Parpadeo. Las palabras que utiliza ya las he oído antes. Ha sido ella. Quizá no toda la mierda que he recibido ha sido suya, pero estoy segura de que es quien ha seguido amenazándome después de que lo de Drago se enfriara. Incluso me atrevo a pensar que lo de esta noche no es una casualidad... Pero ¿cómo lo hace? ¿Cómo se ha enterado de mi existencia, de mi nombre, de mi número de teléfono? ¿Cómo sabe que cenaríamos aquí?

La miro, perpleja, y veo algo de goce en sus ojos.

—Sé que cuesta asumir que hay alguien tan oscuro detrás de un cuerpo tan bello. A mí me costó cinco años darme cuenta —suspira—. Solo espero que no repitas mi error. Por eso he querido advertirte de que...

—Advertirme, no, amenazarme.

—No entiendo... —Se coloca el pelo detrás de la oreja.

—Que lo que tú haces es amenazarme, no advertirme. Y me estoy cansando, April. Te lo voy aclarar: no tengo miedo de John, ni pienso tenerlo. Tus amenazas no me afectan, así que deja de mandarme mensajes.

April finge reír.

—¡Oh, Señor! Has debido de volverte loca. ¿De qué mensajes hablas?

Me debato entre arrastrarla de los pelos por todo Manhattan o largarme cuando la puerta del baño se abre. Bueno, no se abre, se estampa contra la pared. El sonido del golpe debe de haberse oído en Brooklyn. John entra en el baño, con la cara de cabreo más chungueta que he visto en mi vida, y se dirige a April.

—Déjala en paz —dice en voz baja. La que da un miedo de cojones..., esa.

April se mira las uñas.

—Solo tenía curiosidad por tu nueva... acompañante.

—Te debes de aburrir demasiado para jugar a esto, April.

—¿Aburrirme? —Se carcajea—. Mi vida es lo suficientemente entretenida como para no...

—Oh, joder —resopla—. Cállate de una puta vez. Tu voz es insoportable—. Miro a John y cambio al español—. Lo único que pretende es fastidiarnos la noche. Que no se salga con la suya, por favor... Vámonos. —John duda—. Por favor...

Llegamos a casa sin haber dicho ni mu. Pero calentitos, eso sí. Y no en plan sexual, no. En plan «Muerte, caos y destrucción es lo que me pide el cuerpo». Subimos a la habitación y John sale como una exhalación hacia el baño.

—Voy a darme una ducha.

—Vale, te acompaño.

—Preferiría estar solo.

—¡Y una mierda!

Se da la vuelta, sorprendido.

—¿Cómo?

—¡Que no! Que no vas a meterte solo en la ducha a comerte el tarro. ¡De eso nada! Si quieres hablamos, o nos gritamos o lo que quieras, pero no te vas a ir por esa puerta tú solo.

Me mira con gesto imperturbable un rato largo y, justo cuando empiezo a arrepentirme de ponerme chulita, da cuatro zancadas y se planta frente a mí. Me agarra la cara con las dos manos y ataca mi boca con una desesperación, con una rabia, que no conocía en él. Me sube a su cuerpo, enredo las piernas alrededor de su cintura y siento chocar mi espalda contra la pared.

—Eso es —digo entendiéndole—. Desátate conmigo, con mi cuerpo. —Le muerdo los labios y él gime y me empotra con sus caderas—. No te dejes nada —le pido—. Sácalo conmigo, cariño.

Porque yo estoy dispuesta a hacer lo mismo. Estoy dispuesta a transformar el cabreo monumental que tengo en todo lo alto, toda esa rabia, en deseo y placer puro. Y John va ayudarme, como yo lo haré con él. Porque de eso se trata, ¿no? De no alejarse de lo negativo, de no aislarse con la esperanza de que no duela, sino de ser capaz de canalizar y transformar lo negro en blanco. El dolor en placer. Lo malo en bueno. Huyendo se sobrevive, pero vivir es otra cosa, ¿verdad?

GOOD BYE, NEW YORK. HOLA, MADRID

Después de darnos amor un rato largo de pie, contra la pared, y luego otra vez en la ducha —como los conejos, lo que yo os diga—, nos hemos metido en la cama para pasar las últimas horas juntos en Manhattan. No quiero dormirme, y John tampoco. No necesitamos el sueño: se ve que preferimos la realidad. Nuestra realidad que, aun frágil y en pañales, nos acoge y nos regala momentos tan grandes, tan absolutos, que resulta mucho mejor que lo que ninguna fantasía pudiera recrear.

John acaricia mi espalda y mis dedos serpentean por los contornos que dibujan sus tonificados abdominales. Nuestras respiraciones acompasadas hacen las veces de banda sonora. Cierro los ojos y le huelo, y, de repente, John se incorpora, exclama un juramento en inglés y me ordena:

—No te muevas.

—Vale —logro decir.

¿Pero qué le ocurre a este hombre ahora?

Se levanta con agilidad, pasea su cuerpo desnudo por la habitación, llega hasta la cómoda que hay junto a la puerta y abre el primer cajón. Al volver a la cama, me tiende un estuche de piel negro, con las letras «BVLGARD» estampadas en plateado.

—Casi se me olvida dártelo. —Me mira a los ojos—. Gracias por este viaje, *baby*.

Le sonrío y cojo el estuche. ¡Ay, madre! ¡Otro regalo! ¡Y de joyería de alto *standing*! Me pongo supernerviosa. Me tiemblan las manos. Hasta me cuesta atinar con el cierre del estuche; cuando consigo vencerlo, aparece ante mí una estrella plateada de cinco puntas colgada de una fina cadena. A simple vista parece grabada con filigranas que se enredan formando figuras florales. Pero al cogerla y acercarme, esas líneas curvas se transforman en palabras muy pequeñas. Son trazos barrocos, pero las palabras son sencillas, y se repiten y se leen a la perfección si te tomas la molestia de fijarte. «LIGHT. LIFE. FATE».

—Es preciosa, John.

—Como tú. —Acaricia mi mejilla—. Dale la vuelta.

Giro la estrella y, en la parte posterior, justo en el centro de la pulida superficie, hay grabado: «YOU». Me llevo la mano a la boca y levanto la mirada. John recorre toda mi cara con los ojos y sonrío.

—Tú eres la estrella que me guía y la luz que la acompaña. La que da sentido a un destino que siempre me ha sido esquivo. Lo siento aquí. —Se señala el pecho—. Te siento aquí. Cada vez que respiro, siento que te estoy acariciando.

Me muerdo con fuerza el labio inferior para detener un sollozo. Le miro emocionada.

—A mí me sucede justo al contrario. —Rozo los dedos que descansan sobre su pierna—. Cada vez que te acaricio, siento que por fin respiro.

Los ojos azules de John brillan tanto como dos faros en la noche cerrada. Y yo, por primera vez en mi vida adulta, dejo de sentirme una mujer perdida en medio de la tormenta.

Me abrazo a su cuello y busco su boca. Nos besamos, diciéndonos a besos sentimientos que no caben en palabras, sumando a nuestra historia otro instante perfecto, de esos por los que merece la pena el resto.

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos, ni creo que ningún reloj fuera capaz de medir este momento, pero, como todo lo bueno, el final llega y con él un abrazo que también es eterno. Piel con piel, solo nosotros somos capaces de disfrutar lo que tenemos: que esta noche se ha convertido en algo más grande, más longevo.

A las cinco de la madrugada no nos queda más remedio que salir de nuestra burbuja, y del ático, y poner rumbo al aeropuerto. El trayecto en coche lo hacemos como el resto de la noche: casi en silencio y abrazados, regalándonos las caricias y los besos más sentidos.

Facturando mi maleta, no me aguanto más y empiezo a llorar. Es ver a la de la aerolínea poniendo la etiqueta a mis cosas y no puedo sujetar las lágrimas. Que me voy. Que ya se ha terminado la semana. Que otra vez me tengo que acostumbrar a estar sin John...

Él se ocupa de recoger mi tarjeta de embarque y me acompaña a un rinconcito entre la máquina de *vending* y los baños.

—¿Estás mejor? —me pregunta, tendiéndome mis chismes. Y, aunque intenta disimularlo, sé que él también está un poco afectado.

—Sí —digo con la boquita pequeña. Y otra vez vuelvo a llorar. ¡Pero bueno! ¿Es que no puedo esperarme y desahogarme a gusto dentro del avión? Tapada con la manta hasta la cabeza, a poder ser...

John me abraza, con una mano en la parte baja de mi espalda y con la otra en mi cabeza, que está literalmente incrustada en su pecho. Y yo meto las manos dentro de su chaqueta y me aferro a su cintura, arrugando su camisa entre los puños.

—No te vayas —susurra. Me apretujo contra él y lloro más fuerte. Que me lo pida, aunque los dos sepamos que es imposible, me conmueve—. Lo digo en serio, Vega. —Me acaricia el pelo—. Quédate.

Inspiro hondo un par de veces y me obligo a recomponerme.

—Lo haría si pudiera. —Suelto su cintura. Él me agarra las manos—. Gracias por esta semana.

Me sonrío.

—Gracias por cruzarle la cara a David.

Entre líneas consigo leer «Gracias por aparecer». Cojo aire para no llorar otra vez.

—Lo volvería a repetir sin dudar —le aseguro. John aprieta mis manos—. ¿Nos vemos pronto?

—Eso espero. —Mira mi cara con atención y sonrío tanto que asoma su hoyuelo—. Estás preciosa hasta con el rímel corrido. —Pasa los pulgares por debajo de mis ojos y clavando su mirada azul en ellos me dice—: Yo también repetiría. Cada minuto, *baby*.

Y yo me tiro a su boca y le doy el beso más desesperado de la historia. Me abrazo a su cuello y enredo mis dedos en los mechones castaños de su nuca. Me aprieto contra su cuerpo y me fundo en sus labios y en su lengua. Me lleno de su calor, de su energía, cargando las reservas para los próximos días, que serán duros, seguro, pero no son más que eso: días, unidades de medida sencillas que no tienen nada que ver con nosotros, con lo nuestro.

No cruzamos más palabras. Solo un último abrazo y una sonrisa de medio lado de John, dándome la despedida.

Conforme mis pasos me alejan de él, mi cuerpo se siente frío y mi cabeza, desorientada. Dejo de ser para solo hacer y, como un autómata, paso los controles y la hora de espera en la sala vip del aeropuerto. Me he metido en mi burbuja y no quiero salir. Aquí estoy segura y ya no estoy sola: tengo los recuerdos de John.

Más allá de medianoche llego a casa. El piso está a oscuras y en silencio. No sé si está Leticia o no,

pero, por si acaso, voy sin hacer ruido a mi habitación, arrastrando con cuidado la maleta. Me quito las zapatillas y escribo a John.

Ya estoy en casa.

Es mucho más fea de lo que recordaba.

Creo que es porque faltas tú.

También creo que estoy empezando a incubar un virus cuyo paciente cero eres tú.

Por eso no te llamo: para no empeorar el picor que siento en todo el cuerpo cuando oigo tu voz.

Me quedo unos segundos en línea, por si aparece, pero nada.

Sin mi dosis de John, me desnudo, me pongo el pijama y, sin ducharme ni nada, me meto en la cama. Sé que es de cochino radical, pero me da lo mismo, todavía huelo a él.

El sábado me levanto con un aroma diferente, a café y a tostadas. El día es una mierda, tormentoso y gris, como mi estado de ánimo, pero reconozco que el olor a desayuno y saber que Leticia está en casa me anima. No haber dormido casi, no tanto.

Salgo al pasillo frotándome los ojos y mi compañera me espera sonriente en la cocina. Está radiante con su vestidito *babydoll* amarillo. Ha preparado el desayuno, aunque su taza ya está fregada.

—¡Hola, Vega! —chilla, loca de contenta en cuanto me ve. Pero qué mona es esta niña, por favor.

—Hola, Leti.

Me acerco y le doy un superabrazo.

—¡Qué guapa estás! —exclama mirándome de arriba abajo.

—Anda, mujer. Pero si parezco un gremlin con estos pelos. ¿Tú qué tal?

—¡Bien, bien! —dice, demasiado eufórica—. Pero no te puedo contar mucho, porque voy superpillada. Me está esperando Iván para... hacer una cosa.

Arqueo las cejas. No es que me deba explicaciones, pero... está muy rara.

—Nada, tranquila. Ya me lo contarás —Carraspeo—. Gracias por el desayuno.

Leti me achucha de nuevo y se marcha.

Otra vez sola.

Miro las tostadas y ya no me apetecen. Me tomo el café con leche de pie y me meto en la ducha.

Aseada y vestida con unas mallas y una camiseta que le he mangado a John, me siento en la butaca de mi habitación: mi rincón zen. Miro el móvil. John no me ha contestado al mensaje de anoche. Ni siquiera lo ha visto. Pienso en llamarle, pero temo interrumpirle en alguna reunión o así... Bueno, vale, lo que temo es quedar como una pesada que no puede parar de acosar telefónicamente a su novio. Así que desisto y llamo a Sara.

—Hola, cari —dice escuetamente.

—Hola. ¿Dónde estás?

—En casa.

—¿Vienes o voy?

—Pues, verás, es que ahora mismo me viene regular...

Se oye una risa masculina de fondo.

—Sara, dime, por favor, que al que acabo de oír no es Marcos.

—No, no, tranquila...

—Y ¿quién es? —no puedo evitar preguntarle.

—No te enfades, ¿vale? —Ante mi silencio susurra—: Es David.

—¿¡El madero!?! Pero... ¿Cómo...?

—Pues, como comprenderás, eso tendremos que hablarlo otro día. —Carraspea—. El lunes te llamo.

Me cuelga y yo lo flipo.

¿¡Pero qué hace Sara con David!?! Bueno, eso me lo imagino..., aunque prefiero apartar de mi mente según qué clase de imágenes. Pero es que ¡apenas se conocen! Solo del cumpleaños de Sara. Que vale que se tiraran toda la noche tonteando y tal, pero, bueno, es que Sara tontea con todo el mundo; ella es una seductora nata, le sale solo. Y vale que David no se corte un pelo y le vaya la marcha, pero... Pero nada. Está claro: dios los cría y ellos se juntan.

De repente, pienso en Francesco. No he vuelto a saber nada de él desde su mensajito con la puesta de sol. Le echo de menos. No sé si es la ñoñería que llevo encima o que de verdad somos almas gemelas, pero siento que me falta. Decido mandarle un mensaje para dejar la pelota en su tejado.

De vuelta en Madrid, ¿y tú?

Abandono el móvil sobre la mesa, abro la ventana y, mientras veo llover, me fumo un cigarrillo. El toldo gris que han formado las nubes no ha abandonado el cielo, ni mi cabeza. Estoy desganada, sin energía. El día me está resultando demasiado largo. Las horas sin John no son horas, son meses, décadas, milenios... Doy una calada honda y suelto el humo despacito. Me concentro en las gotas de lluvia, acaricio la estrella que llevo colgada al cuello y casi parece que Alejandro Sanz me canta al oído:

*«En Madrid está lloviendo
y todo sigue como siempre,
solamente que no estás
y el tiempo pasa lentamente».*

Y que conste que a mí no me gusta Alejandro Sanz desde los quince años, pero es que es la verdad. En Madrid llueve y todo está igual: vacío y gris sin John.

De pronto, siento miedo. Pero miedo de la hostia. Como cuando vas a pagar en el supermercado y no encuentras la tarjeta en el monedero; pues así, pero a lo bestia. Noto cómo se me agarrotan todos los músculos y el vello de la nuca empieza a erizarse. Mi estómago se revuelve y mi corazón empieza a martillar con fuerza dentro del pecho.

¿Me estoy convirtiendo en una mujer dependiente?

¿Dónde está la Vega que podía vivir sola?

¿Qué pasaría si John ya no estuviese?

Me doy cuenta de que son demasiadas preguntas para contestar de golpe, pero, en el fondo, solo hay una respuesta para todas: tengo que encontrarme. Del todo. Sin subterfugios. He podido abrirme a una persona maravillosa, dejarle entrar en mi mundo y, lo que es incluso más destacable, permitirme entrar en el suyo. Estoy más que satisfecha con todos los progresos que hemos hecho y con lo bien que llevamos nuestra relación pese a la distancia tanto física como profesional. Pero todo eso no es suficiente. No puede ser suficiente que yo solamente me dedique a girar en la órbita de John.

Tengo que encontrar mi propio espacio.

LA CABRONA

El lunes vuelve a llover a mares, mi oficina continúa siendo gris y fea y mi jefe, un meapilas, y una voz dentro de mi cabeza empieza a preguntarme «¿Qué haces aquí?» Si no fuera porque hablo cinco idiomas y redacto unos informes bastante decentes, jamás me habrían dado este puesto de trabajo. Yo no sé absolutamente nada de mecánica de aviones, y, lo que es más grave, ni siquiera me interesa. Si proyecto mentalmente mi carrera en los próximos años, lo veo todo igual. Esto no va conmigo.

Sé que todos estos pensamientos han estado siempre ahí, pero he tenido que ignorarlos porque no había más opciones. Pero ahora la situación es distinta. Ahora tengo una puerta abierta que, aunque no sé si quiero entrar por ella, es tan tentadora que no la puedo cerrar. Las palabras de John son veneno en mi cabeza. Veneno que corroe las cadenas que atan los sueños por cumplir. La pregunta del millón es: ¿qué quiero hacer realmente?

A la salida del trabajo, sigo intentando encontrar mi vocación perdida y cojo el metro hasta Chueca. He quedado para tomar algo con Sara en el mercado de San Antón. Mientras espero a mi amiga, que no tiene la puntualidad como virtud, me decido a llamar a John. El fin de semana hemos hablamos muy poco y tengo un mono tamaño gorila.

—Hola. ¿Te pillo mal?

—No, iba a llamarte ahora. Estoy comiendo en la oficina.

—Buen provecho.

—Gracias. ¿Qué tal tu día?

—Bueno... —digo con apatía—. ¿Y el tuyo?

—¿Qué ocurre?

—Nada... Que te echo de menos.

—Y yo a ti, *baby*, pero no podemos dejar que ese sentimiento predomine sobre el resto, ¿no crees?

—Supongo que sí... —No sueño convincente.

—Cuéntame, ¿dónde estás?

—En la terraza del mercado de San Antón, esperando a Sara. —Como siendo invocada, mi amiga aparece doblando la esquina. Acompañada. De David—. Joder...

—¿Qué?

—Nada. —No sé si hago bien en contárselo, pero...—. Bueno, supongo que te enterarás antes o después. Sara y David vienen juntos; creo que lo están, o algo así —susurro.

—No me sorprende. Dale recuerdos a Sara y dile a David que me llame si aprecia sus pelotas.

—Vale. ¿Hablamos luego?

—Lo estoy deseando.

—Que desmanteles muchas amenazas internacionales, cariño. Un besito. *Bye*.

Cuelgo con las carcajadas de John todavía en mis oídos y saludo a la extraña pareja. David a la luz del día llama más la atención. Su pelo rubio destaca y su cara de niño bonito resplandece. O lo mismo no es la luz y es el efecto de pasar por la cama de Sara, que, según dice de sí misma, es una diosa del sexo. Él parece un poco cortado, y no sé muy bien qué pinta aquí, pero, en fin, habrá que confraternizar. Es el mejor amigo de John y ahora el rollo de Sara. Me toca olvidarme de brindis

malvados y de manoseos indebidos. O no, ya veremos...

Pedimos una ronda de bebidas, le doy a David el recado de John, charlamos sobre el tiempo, que hay que ver lo bueno que hace esta tarde con lo que ha llovido esta mañana, y tonterías varias, hasta que Sara monopoliza la conversación y nos cuenta con pelos y señales su experiencia en Dubái. Ya es la segunda vez que escucho la historia, así que desconecto un poco y me centro en mi Coca-Cola. En cambio, David ni pestañea. Y le entiendo: la pasión con la que Sara lo cuenta encandila a cualquiera.

Cuando llega la segunda ronda, mi amiga centra su atención en mí.

—Bueno, cari, y ¿qué tal por la ciudad de los rascacielos?

Tengo muchísimas ganas de contarle mi semana, pero mi amiga podía haberlo previsto y haber dejado en su casa —que no sé dónde está, ni me interesa— a David. Con él delante no puedo ser lo concreta que me gustaría...

—Pues, en general, muy bien. La ciudad me ha encantado, aunque se me han quedado un montón de cosas por ver.

—Coneja —susurra Sara.

Le pego una patada por debajo de la mesa y nos reímos.

—¿Qué tal fue el supercóctel? —me pregunta—. Ibas taaan ideal con el Dior...

—Bien, aunque un poco aburrido. Mucho senador, mucho diplomático y mucho pez gordo.

—¿Había famosos?

—Pues alguno había —digo recordando—. Vi a un par de actores, e iba a actuar la mujer esta..., la que es un poco horterera..., que canta en plan moñas y va siempre embutida como una morcilla...

—¡Mariah Carey!

—¡Esa! Pero no llegué a escucharla; nos fuimos antes.

David carraspea.

—¿Habláis del aniversario del senador Blunt? —Asiento, y David abre los ojos como platos—. ¿John te llevó?

—Pues claro, hombre. No se iba a presentar ella allí sola —bromea Sara—. ¿Y cómo no la iba a llevar? Con lo guapa que iba y lo lista que es mi niña... Seguro que causaste sensación, cari.

—Bueno... Oye, David, y ¿por qué te sorprende que John me llevara?

—No pienses mal, es que... ¿Estaba April? —pregunta con cautela.

Mmm. David está preocupado. Debe de conocerla bien.

—¿Quién es April? —pregunta Sara.

—La ex de John —le digo.

—¿Y estaba en el cóctel?

—Sí, es la hija de los Blunt. —Sara empieza a atar cabos, y desvío mi atención a David de nuevo—. También estaba su prometido —dejo caer.

—¿Os dijeron algo? —pregunta, tenso.

—Ella no, pero Trey mont sí que se acercó, aunque no soltó más que tonterías, la verdad. Por lo visto, son tal para cual. —David asiente convencido, y ya me suelto—. También nos los encontramos otro día en un restaurante y ella me montó un numerito en el baño.

—¿¡Cómo!? —grita Sara—. ¿Se puso en plan ex despechada?

—No, fue más bien en plan «Ojito con John, que no es trigo limpio». —David niega con la cabeza, estupefacto, y añado—: Yo no me creí nada, pero fue muy desagradable.

Y me muerdo la lengua porque no quiero que se me escape que también estoy casi segura de que me ha enviado amenazas. Paso de liarla. No quiero darle el gusto.

—¡No me jodas, cari! Menuda cabrona.

—No lo sabes bien —murmura David.

Las dos nos giramos hacia él y Sara le pregunta:

—¿Muy cabrona?

David duda, se le ve en la cara, pero algún raro influjo debe de ejercer Sara sobre él, porque, al cabo de unos segundos, desembucha:

—Tanto como para estar dispuesta a acostarse conmigo siendo todavía la prometida de John.

Alucina, vecina.

—Pero, a ver, David —digo pensando en lo que acabo de oír—. Eso también implica que tú...

—Yo solo tiré el anzuelo para que picara. —Levanto una ceja con escepticismo, y Sara se ríe—. No me miréis así, no os estoy mintiendo —dice ofendido—. Gracias a aquello se decidió a dejarla.

Si es verdad lo que dice, la que debería dar las gracias soy yo, pero, no sé, ¿y si no es verdad? ¿Y si solo lo dice para defenderse?

—Sé que no tengo por qué dudar de tu palabra, David, pero...

—Si quieres te lo explico y juzgas tú misma —dice sin titubear—. A John no le va a importar que te lo cuente, y tú mereces saber con qué clase de mujer te enfrentas, porque, créeme, Vega: April va a ir a por ti.

—¡Que se atreva! —chilla Sara.

Le aprieto la rodilla y le pido a David:

—Cuéntamelo, por favor.

David pega un trago a su bebida y me dice:

—Fue hace un par de años en Londres. John llevaba unas semanas muy mal por el fallecimiento de su hermano; quería romper con todo, pero no terminaba de decidirse. Supongo que se veía obligado a seguir para adelante con esa relación, aunque ya no era lo que quería, porque, joder, después de llevar cinco años prometido se supone que era lo que debía hacer, ¿no? —Ambas asentimos, y prosigue—: El tema es que April estuvo interesada en mis pantalones prácticamente desde que la conocí. Todos esos años se las ingenió de mil maneras para que yo me fuera a la cama con ella, pero no lo consiguió.

—¿John sabía eso? —Frunzo el ceño.

David sonrío con burla.

—Creo que se dio cuenta antes que yo.

—¿Y no hizo nada al respecto? —pregunta Sara.

—¿Para qué? Ellos no estaban juntos por amor. Se gustaban y se llevaban bien, pero su relación era más... una cuestión de estatus para él y de dinero para ella.

Sara tarda unos segundos en procesar la información y, después, me mira con orgullo. Yo también me siento orgullosa de haber llegado a conectar de verdad con John.

—¿Y qué es lo que pasó en Londres? —le pregunta.

David da otro trago.

—John llegó a la ciudad muy mal, como os he dicho. Necesitaba evadirse, aclararse..., pero April, que de tonta no tiene nada, fue a buscarle unos días más tarde.

—Quería atarle en corto —dice Sara.

David asiente.

—Se presentó en mi casa, preguntando por él, y a mí se me ocurrió... una idea.

Sara sonrío.

—Y tú y yo sabemos el peligro que tienes cuando te pones creativo...

—Y yo —apostillo. David me mira—. Recuerda cómo nos conocimos, majó.

Levanto mi refresco y replico su brindis del Invictus. David carraspea.

—Volviendo a la historia... April se presentó en mi casa y a mí se me ocurrió ponerle una copa para que se relajara mientras me aseguraba de que John estaba en un... club que frecuentábamos.

—¿Un puticlub?! —chillo.

El camarero que está sirviendo la mesa de al lado casi bautiza con vermut a su cliente. Sara se ríe.

—Un club privado —dice David—. Y muy exclusivo. Donde solo se paga por entrar, no por el sexo que vas a tener después con los otros socios.

—Entiendo —digo más tranquila. Puedo aceptar que John sea un perverso, y bien que me lo gozo, pero no que sea un putero.

—Bueno, sigue —ordena Sara a David—. ¿Lleaste a la tiparraca esa al club o qué?

David vuelve a asentir.

—Llevé a April al club, la invité a otra copa y esperé a que apareciera John por el bar. Siempre se tomaba un whisky después de... —Me mira y se interrumpe—. Ella entendió que estábamos en una cita que iba a terminar en alguna de las habitaciones del club. Empezó a acariciarme casualmente, yo le seguí el juego y, cuando su prometido llegó, la encontró agarrándome la polla por encima del pantalón.

—Joder... —musito. Me imagino a John presenciando la escena y se me pone el pelo de punta. Por mucho que en el fondo no la quisiera, no deja de ser tu prometida agarrada al pene de tu mejor amigo—. Un poco *heavy*, ¿no?

—Con John es lo único que funciona —dice, tajante—. Ha visto de todo en la vida, y está acostumbrado a lidiar con situaciones muy, muy complicadas. Solo podía hacerle reaccionar así. Dándole algo que le impactase.

—Además, le diste la excusa perfecta para romper con April —apunta Sara.

—Eso pensé... Y el tema es que fue lo que utilizó para ello, pero él me retiró la palabra. Varios meses. —Tuerce la boca y después sonrío—. Nos reconciamos cuando April asimiló que la ruptura era definitiva y tuvo... un par de rabietas. —Las dos le miramos con el ceño fruncido—. Quiso vengarse de mí y causar daño a John a través de alguien querido, pero solo hizo el ridículo. Primero se creó un perfil falso que iba soltando basura en todas mis redes sociales. Tardé en descubrirla una hora. —Se ríe.

—Menuda gilipollas —dice Sara—. ¡Eres policía! ¿Qué pensaba que iba a ocurrir?

—April nunca piensa en las consecuencias. Nunca. Es una niña mimada. No sabe encajar que las cosas no son siempre como ella quiere. Si algo le sale mal, su familia se encarga de arreglarlo.

—Pues con John no ha sido así —digo, levantando la barbilla.

—Claro. Por eso, después del ridículo de las redes sociales, me denunció por agresión sexual.

—No me jodas... —Sara le mira con los ojos muy abiertos—. Hija de puta... Con eso no se juega.

—La denuncia finalmente fue desestimada, pero fui investigado dentro y fuera del Cuerpo. El primero que testificó a mi favor fue John. —Apura su bebida y me mira—. Ahora que April sabe que eres su pareja... —Chasca la lengua contra el paladar—. Voy a darte mi número personal, por si lo necesitas.

—Luego se lo doy yo —le sonrío Sara.

David le devuelve la sonrisa y yo estoy por irme, para dejar solos a los tortolitos y para poder procesar todo lo que acabo de escuchar, pero el de Scotland Yard se me adelanta al recibir un mensaje.

—Tengo que marcharme —le dice a Sara antes de ponerse en pie—. Si termino pronto, te llamo; si no, ¿nos vemos mañana?

Sara asiente y le da un beso. David se dirige a mí.

—Me habría gustado seguir con la conversación. Creo que hay cosas que debes saber y que John no te va a contar porque subestima a April.

—No te preocupes. No me interesa saber nada más de ella. Nada de lo que haga va a conseguir que cambie mi opinión sobre John.

—Me alegra oír eso. — Se inclina para darme dos besos.

Mientras le veo marcharse y Sara babea, mirándole el culo, me surge una duda:

—¿Por qué le has traído? —le pregunto a Sara.

—¿Por qué no?

—Porque no pintaba nada aquí. ¿O es que te has megaenamorado en cuatro días y ahora no te puedes despegar de él?

—¿¡Pero qué dices!?! De enamorada, nada, cari. Solo nos estamos... divirtiendo.

—Pues debe de ser la monda para que le llesves enganchado a la falda día y noche...

—No es eso... —dice con voz cansina.

—Entonces, ¿qué es?

—A ver, cari. —Resopla—. Desde mi cumple he quedado varias veces con él, y me ha preguntado mucho sobre ti. No sé si es deformación profesional o porque eres la novia de su colega, o seguramente por las dos cosas, pero el caso es que me decidí a que te conociera y saliera de dudas por sí mismo.

Mmm, está claro que el recelo era mutuo. ¿Instinto de protección con su amigo? ¿Vena policial? ¿Que me pilló enrollándome con Fabio? Cualquiera que sea el motivo me parece válido.

—Ya, vale, ¿pero no será también que te estás enganchando a David para quitarte el mono de Marcos?

—Para nada. Tengo a ese calzonazos superadísimo. —Ya, claro—. David me trata bien, está como un queso y me folla hasta dejarme en coma, ¿qué hay de malo?

—Mujer, pues malo..., nada. Es solo que, no sé..., igual es buena idea que estés sola una temporada... Tienes que reconocer que han sido muchos años de idas y venidas con Marcos, y no pasa nada si necesitas un tiempo para pasar página.

Sara me mira fijamente, estudiando mi proposición.

—No me convences. La mancha de mora con otra verde se quita. Además, con David no sufro peligro de encoñamiento, así que no hay de qué preocuparse.

—Yo no lo diría tan alto... —le advierto.

—¡Anda ya! Pero si vive en Londres y está siempre viajando... —Hago un mohín, y se interrumpe—. Pero no tiene nada que ver con lo vuestro, ¿eh?

—Ya, bueno...

—Te lo digo de corazón. —De repente, se pone muy seria—. El caso es que, cari, creo que estoy a punto de tomar una decisión trascendental sobre mi vida. —Miedo, pánico y terror—. Estoy planteándome seriamente trasladarme a Dubái.

—¿De verdad?

No sé si alegrarme o romper a llorar.

—De verdad. —Asiente—. La semana pasada, en un rato de aburrimiento extremo, me dio por enviarle a la jequesa un *mail* preguntando informalmente por su oferta, y me ha ofrecido unas condiciones que son casi irrechazables.

—¿Y qué te detiene?

—Pues que está a tomar por culo. Y que son árabes, cari; no sé si me voy a adaptar a vivir allí. Pero

el caso es que aquí tampoco tengo nada que me retenga, solo a ti, y sé que tú, antes o después, te irás con John.

—Si es por eso, Sara, yo no sé cómo vamos a poder hacerlo...

—No te engañes. Encontraréis la manera, ya lo verás.

La miro, queriendo creerla, y ella me sonrío convencida.

—Y tú, vayas donde vayas, vas a triunfar, estoy segura.

HASTA EL CORVEJÓN

El último miércoles de agosto, a la salida del trabajo, me acerco un rato a la piscina municipal, en un intento de encontrarme a través de mis rutinas. Nado, floto y me sumerjo, pero sigo sin sacar nada en claro. Bueno, algo sí: que tengo que comprarme un bañador nuevo y que echo muchísimo de menos a Francesco. A John, también, pero no hay nada que pueda hacer para reducir nuestra distancia física. En cambio, con el italiano, solo sería cuestión de hablar tranquilamente de lo que nos ocurre...

Abandono el agua con esa idea y, cuando termino de arreglarme en los vestuarios, recibo un mensaje de él. Por un momento me ilusiono; parece que nuestro vínculo continúa activo. Luego, leo el texto y paso a modo mosqueo. Me pide un número de cuenta para ingresarme el dinero de la indemnización de Ania Yokorskaia. Y nada más. Ni un hola ni un adiós, nada de nada. Me cabreo, claro. Si quiere de verdad que nuestra relación se reduzca a esto, podría tener la valentía de decírmelo a la cara. «Mira, Vega, me he percatado de que ya no me caes bien y no me interesa tu amistad. Adiós».

Pulso el icono del teléfono y espero. Al cuarto tono responde con un escueto:

—Hola.

—Hola.

Silencio.

—¿De verdad que no vas a decir nada? —le pregunto.

—Vega, has llamado tú...

—Porque tú no has tenido cojones para hacerlo.

—No se trata de una cuestión de cojones. Se trata de que estoy jodido, muy jodido, y tú me has dejado solo.

—¿Y qué era mejor, Fran? ¿Que te acompañara a Isquia a ver las puestas de sol y renunciara a una semana con mi novio a cambio? ¿No te das cuenta de lo egoísta que estás siendo?

—No es egoísmo, es que estoy seguro de que habría encontrado la solución de mis problemas contigo en mi isla y tú te has negado a darme esa oportunidad.

—¿La solución de tus problemas? —Me dan ganas de reírme, os lo juro, pero me reprimo porque respeto nuestra amistad—. La solución está delante de tus narices y te niegas a verla.

—No sé de qué me hablas.

—Sí que lo sabes, Fran, pero yo te la recuerdo: para de consumir y de buscar evasión y coge las putas riendas de tu vida de una vez.

Más silencio, y luego, escucho una especie de sollozo.

—¿Y crees que no quiero? —dice con rabia—. Claro que quiero dejar esa mierda. Claro que quiero arreglar lo de Erik. Claro que quiero terminar los últimos años de mi carrera como un puto héroe y no en el banquillo... Pero es que es todo tan difícil... ¿Dónde me agarro?

—¿Cómo que dónde? —le pregunto incrédula—. Agárrate a ti, Fran. A tu fuerza. A tu espíritu sacrificado. Eres el Gran Drago, por amor de dios. ¿A quién coño necesitas más que a ti mismo?

Ahora le oigo llorar. Mierda.

—Venga, Fran. Tranquilízate. Y reflexiona, por favor. Confía en ti mismo; has logrado cosas más difíciles...

—*Bella* —murmura, enternecido—. ¿Qué hago yo sin ti?

—Eso es lo que no estás entendiendo: no puedes depender de nadie para salir adelante. Tienes que buscarte, aunque lo pases mal, aunque no te guste lo que encuentres, pero búscate, Fran, y aprende a vivir con lo que eres. —Y no sé si le lo digo a él, a mí o a los dos.

—Pensaré en ello.

—Puedes conseguir mucho más que eso.

Cuando cuelgo me siento agotada; me ha costado mucho trabajo ser tan clara y tajante con él, pero confío en que haya valido la pena. Creo que Francesco no merece lo que Drago está haciendo con su vida. Gracias a esa fe llego a casa un poco menos cansada.

—Hola, Vega —saluda Leticia desde el fondo del pasillo—. ¿Has ido a la piscina?

—Sí, un ratillo. Y tú ¿qué has estado haciendo?

Aparece en el salón. En su rostro hay un atisbo de remordimiento. No me aguanta la mirada.

—He ido de compras con Iván. Las niñas necesitan un armario nuevo, pero en su piso no cabe, así que le he ofrecido que traiga parte de su ropa aquí, aunque lo ideal es que no tuviéramos que andar llevando cosas de un piso a otro... Los dos estamos de acuerdo y... —Coge aire antes de continuar — hemos decidido que vamos a vivir juntos.

—¡Pero eso es genial! —le digo muy contenta. Y no estoy fingiendo, que conste. Me alegro muchísimo por ella.

—Sí que lo es —confirma Leti, pero no parece querer alegrarse.

—A ver, Leti, ¿qué pasa? —le pregunto con cariño—. ¿Que tienes que pedirme que me vaya y no sabes cómo? Pues no te preocupes, mujer, que yo esta noche empiezo a buscar algo...

—No, no, Vega. No hay tanta prisa.

—¿Cómo que no? Es tu vida la que te está esperando. No voy a ser yo quien te frene, nena.

—Jo, muchas gracias —dice quitándose un peso de encima—. Le hemos dado muchas vueltas al tema, pero es que es la única manera. Iván está de alquiler, su mujer se quedó con la casa y...

—No me expliques más —le digo sonriente—. Eso sí, pienso seguir viniendo a tomarme un vinito subida al columpio, que las buenas costumbres no hay que perderlas.

—Cuando quieras, Vega.

Aunque ella diga que es muy pronto, después de una cena temprana me encierro en mi templo y me pongo a buscar casa. Y en ello estoy cuando me llama John.

—Hola —respondo al primer tono—. ¿Qué tal el día?

—Bastante bien —dice animado—. He cerrado un contrato para representar a ciento veinte diplomáticos nuevos y le he pateado el culo a Ulises.

—¿Quién es Ulises?

—Un animal, que suele hacerme tragar la lona del gimnasio, pero hoy no ha podido conmigo. ¿Qué hay de tu día?

—Pues ha sido bastante completito. He currado, he nadado, he removido la conciencia de Francesco por teléfono, o eso espero, y Leticia me ha informado de que se va a vivir con Iván. Bueno, mejor dicho, Iván se viene a vivir con ella.

—¿Y tú? —pregunta preocupado.

—Yo... me estoy buscando algo bueno, bonito y barato para largarme cuanto antes. No creo que sea tan difícil, y si no encuentro nada, pues... podría intentarlo de nuevo con Sara. Que, por cierto, ya casi ha decidido que se va a Dubái...

Me callo. De golpe, siento el peso de la transformación que está sufriendo mi entorno y mi voz se apaga. Demasiados cambios... Demasiado rápido...

—Puedes instalarte en la *suite* del Wellington. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, sí. Y te lo agradezco..., pero voy a valorar otras opciones —digo, sin querer ofenderle, pero ni loca me voy a vivir a un hotel, por muy de lujo que sea. ¿Acaso soy Lindsay Lohan?

—¿Y si buscamos un piso juntos? —pregunta John.

Parpadeo.

—¿Cómo?

—Un piso, en Madrid, para los dos.

A ver, a ver, a ver... ¿Un piso para nosotros? La idea mola, pero no quiero sacar del Wellington a John; a él le gusta. Y, aunque me gustaría vivir en un piso nuestro, en realidad sería suyo, porque yo económicamente no iba a poder contribuir mucho... Mejor buscamos otra solución.

—No, tranquilo, ya veremos... —digo, sin decir nada.

—No quiero presionarte, pero... piensa que tu situación me preocupa. Y que la solución es más fácil de lo que estás planteándote.

—Dame un poco de tiempo. Solo eso, por favor.

—Está bien —dice, escueto.

—Bueno, y ¿qué vas a hacer el fin de semana? —pregunto para cambiar de tema.

Una hora después cuelgo y me meto en la cama. Estoy cansada, pero mi cabeza está saturada de ideas, que no son concretas, y quizás por eso me atormentan. Hay demasiadas cosas a mi alrededor fuera de control y no sé si dejarme llevar por el remolino y que salga el sol por Antequera o echar el freno y dedicarme a cavilar hasta que saque algo en claro.

Me decanto por la segunda opción durante quince días, con vergonzosos resultados. El segundo sábado de septiembre estoy casi, casi convencida de que la solución a mis dilemas existenciales no existe y que lo mejor que puedo hacer es atiborrarme de Oreo sin salir de la cama para sobrellevarlo con dignidad, pero recibo un mensaje de Francesco. Me propone comer en el asiático de la plaza del Rey y yo le pregunto que a qué hora reservo.

A las dos —y diez— atravieso la puerta del restaurante.

—Hola, Fran —murmuro cuando llego a la mesa.

—*Bella*. —Se pone de pie y me envuelve entera con sus brazos—. Te he echado de menos, enana —susurra junto a mi oído.

—Y yo a ti —confieso separándome.

Nos sentamos, uno frente al otro, y pedimos la comida y agua.

—Toma. —Le doy mi regalo en cuanto se va el camarero—. Te lo compré en Nueva York, porque, aunque no te lo creas, me acordé mucho de ti.

Francesco abre el paquete y descubre un cuento ilustrado escrito por Madonna: *Yakov and the seven thieves*.

Y supongo que este momento pensaréis: ¿¡Que Madonna escribe!?! Pues sí, eso parece. Lo elegí porque a Fran le encanta la Reina del Pop —aunque nunca lo reconocerá en público— y porque recoge una cita perfecta para él: «*You must never forget, that hidden behind a large amount of darkness, is a large amount of light*».

—*Grazie mille, bella* —dice acariciando la portada—. Me lo llevaré al centro.

—¿Al centro?

Francesco asiente y me sostiene la mirada, viendo pasar mi cara de la estupefacción a la sorpresa y después al orgullo.

—Pregúntalo antes —bromeo un poco emocionada—. A Madonna la tienen vetada en muchos sitios.

Francesco sonríe, pero su gesto no es sincero.

— Est s seguro de tu decisión? —le pregunto con cautela.

Se encoge de hombros, dándome a entender que no le quedaba otra, y traga saliva.

—Estoy un poco acojonado.

— Por qu e?

Desvía la mirada.

—No s e... Supongo que tengo miedo de volver a cagarla.

— No confías en que la terapia funcione?

—La terapia es la de siempre: rutinas, psicólogos, paseos, comida sana y todas esas historias. Se trata de que, si entro all  y me agobio, no tardar  mucho en caer de nuevo.

—Pues ve poco a poco, día a día, y déjate guiar por ellos, que son los que saben,  no?

—S  —dice, no muy convencido.

— Cu ndo ingresas?

—A final de mes.

— Qu  te han dicho en el trabajo?

—El club ha decidido... alargar mi baja. —Hace comillas con los dedos—. Por eso estoy tan acojonado. Es la primera vez que siento que me la juego de verdad. Ya no soy un chaval todopoderoso al que se le puede perdonar tener una vida excéntrica. Ahora estoy en la cuerda floja. Si esto no funciona, rescindir n el contrato.

— Te lo han dicho así?

—Tal cual.

Joder, qué crueles... Pero, claro, tampoco se va a exponer a que en un control le descubran... Ay, qué complicado es todo...

— Cu nto tiempo te han dado?

—Eso es lo bueno, que no me han propuesto un plazo. Voy a participar en un programa que se basa más en resultados que en el aislamiento. Depende de cómo lo vaya llevando, saldr  antes o después. Pero tampoco me puedo tirar ahí metido meses y meses. La prensa empezar  a sospechar...

—Pues tendrás que aplicarte, o que se apliquen ellos contigo o como funcione el programa ese. — Francesco sonríe ligeramente—.  Y cómo es el centro?

—Pues como todos... En medio del campo, todo muy tranquilo y muy rural. Lo  nico bueno es que est  cerca del pantano de San Juan, y, si te portas bien, te dejan hacer actividades acuáticas los fines de semana.

—Oye, pues qué bien. Cerca del agua,  qu  más quieres?

—Que funcione, Vega. Eso es lo que quiero.

Un camarero nos interrumpe con la comida. Me tiro a por el *pad thai* como si no hubiera comido jamás. Francesco picotea, desganado, y aprovecho su debilidad para acabar con los *dim sum*. No suelo demostrar piedad si hay empanadillas de por medio.

El móvil de Fran suena y él trastea un momento con el teléfono. Sus ojos se iluminan y una sonrisa tímida aparece en su cara.

—Disculpa —dice guardando el móvil.

—Tranqui —le digo con la boca llena; trago y no puedo evitar preguntarle—:  Erik?

Fran asiente y yo le miro fijamente. Venga, hombre, no me obligues a tirarte de la lengua.

—He quedado luego con él. Ayer le di la noticia y hoy ha cogido un vuelo a Madrid —murmura.

—Joder. Espero que no dudes que le importas un montón.

Sonríe; se mete un trozo de ternera a la naranja en la boca y empieza a confesarse.

—Se está portando genial, mejor de lo que merezco. —Le reprendo con la mirada y él se reafirma—. De verdad, Vega. Ni yo ni nadie se merece tantas oportunidades, pero, bueno, supongo que soy un cabrón egoísta y no puedo alejarme. No quiero volver a fallarle, pero no sé si voy a ser capaz...

—Pues yo sí lo sé —digo totalmente convencida—. Estoy supersegura de que lo vas a lograr, Fran. Me sonrío y me dice con los ojos que quiere creerme. Yo le aprieto la mano por encima de la mesa.

—¿Te importaría si le doy tu número a Erik? —Me pregunta—. Va a estar una temporada en Madrid, y me gustaría que pudiese llamarte si necesita algo...

—Claro, sin problema. —Le suelto la mano y cojo los palillos de nuevo—. Y ¿cómo es que se viene? ¿No curraba en el Bayern de Múnich?

—No, se retiró la temporada pasada. Yo le digo que se quiere venir a España para vivir su jubilación, pero el único motivo de su traslado soy yo. Erik podría quedarse en Alemania y, en poco tiempo, se convertiría en un gran entrenador, es una máquina... Solo espero que no se arrepienta de su elección.

—Haz todo lo que puedas para que lo vuestro funcione y no se arrepentirá.

Seguimos comiendo un rato en silencio, hasta que Fran recuerda algo.

—Hostia, *bella*, que se me olvidaba. Necesito tu número de cuenta antes de que entre en el centro. Me gustaría dejarlo todo cerrado, y tengo cien mil euros que no son míos.

—Ni míos. En cuanto venga John me voy a la ONG a donarlos. Luego te mando un mensaje.

—*Bene*. —Asiente y me pregunta—: ¿Qué tipo de ONG es?

—Es una asociación prosaharauí. Organizan campañas de vacaciones para los niños, coordinan ayuda humanitaria, recogen fondos para los campamentos de refugiados que hay en el sur de Argelia... Hacen mucho con muy poco, la verdad. —Bebo un trago de agua—. Colaboré con ellos una temporada. Empecé con una campaña de recogida de alimentos y material escolar una Navidad y luego me piqué. Había tanto trabajo...

—Y ¿por qué no seguiste?

—Pues porque soy gilipollas, sobre todo.

—¿Tiene algo que ver el aquel tipo..., Darío?

—Tiene todo que ver —le aseguro—: Me encoñé como una idiota, le creí cuando me decía que yo era la única en su mundo y luego me quedé hecha polvo cuando me enteré de que frecuentaba más mundos además del mío.

—Pero, bueno, el que ese anormal te la jugara no significa que debas renunciar a algo que te gusta y que además es la hostia. Quiero decir, que eso de ayudar a los desfavorecidos es lo más grande que uno puede hacer con su vida, ¿no?

Le miro fijamente, y veo tanta verdad es sus ojos negros que su última frase empieza a dar vueltas en mi cabeza. Más veneno.

Después de comer, Francesco me lleva a casa de Sara y se marcha a recoger a Erik al aeropuerto. Me encuentro a mi amiga en el cuarto de baño, depilándose.

—Me termino las axilas y salgo.

—¿Hay café? —le pregunto acercándome a la cocina.

—¡No, hazlo tú! —me chilla.

—Sí, *bwana*.

Después de un cafecito, estamos tiradas en el sofá viendo en la tele un programa de esos de me enamoré de ella por internet pensando que era un pibón y resultó ser un señor obeso de Utah. Mi amiga se descojona del pobre chaval y yo, por fin, me animo a preguntarle:

—Oye, Sara, ¿a ti te importaría que me viniera a vivir contigo..., no sé, una temporada?

Sara se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—¿No has encontrado nada?

—Nada que no me cueste el noventa por ciento de mi sueldo.

—Lo de los alquileres es una locura —dice pensativa.

—No quiero que te sientas obligada. Ya sé que tú prefieres vivir sola...

—No, si no es eso. Es que... voy a aceptar la oferta de la jequesa. —Hago un puchero—. No me pongas esa cara. Sabes lo que hay. Si sigo aquí, terminaré cayendo con el calzonazos otra vez —reconoce.

—Lo mismo no.

—Cari, ayer estuve a punto. Se presentó en casa de madrugada y casi le abro...

—Nena...

—Ya, ya lo sé. Por eso intento encontrar la manera de cerrar esa historia de una vez, y no se me ocurre nada mejor que poner tierra de por medio. Además, es el curro de mi vida, Vega. Sabes que la moda es lo mío. Y me pagan un pastizal. Sería idiota si no lo intentase.

Asiento y me pongo triste, y contenta. ¡Ay, mierda! Qué jodido es esto...

—Te voy a echar un montón de menos, pedorra.

—Y yo a ti.

Sara me mira fijamente y, de repente, sonrío de oreja a oreja.

—Vega, ¿te das cuenta? ¡Es perfecto! ¡¡¡Te quedas con el piso!!!

—Pero, a ver Sara...

—¡Calla! No hay más que hablar. Lo voy a alquilar de todas formas, y ¿a quién mejor que a ti?

—Pero, Sara, ¿por cuánto pensabas alquilarlo?

—¿Cuánto vas a pagarme?

Bufo.

—No hagas eso conmigo, por favor, que sabes que regateo como el culo. Tú solo dime cuánto, y yo ya me busco cómo pagarte.

Me mira, y casi puedo ver saliendo de su cabeza sumas y restas y raíces cuadradas.

—Quinientos; los gastos, de tu cuenta, y la comunidad, de la mía —dice tendiéndome la mano.

—Sara, quinientos es poquísimo; podrías sacarle el triple.

—Ya, pero no es lo mismo alquilárselo a cualquiera que a ti. Podría dejar aquí todo lo que no necesito, como la ropa de invierno, con lo que me ahorraría el guardamuebles, y, además, sé que tú no tendrías inconveniente en alojarme cuando viniera de vacaciones...

—Claro que no.

—Y con el extra de que me voy tan tranquila porque sé que no me vas a destrozar la casa o convertirla en un casino ilegal.

—Bueno, yo no lo tendría tan seguro —bromeo.

—Es perfecto. No le des más vueltas y empieza a traerte tus chismes, cari.

Pues nada, todo arreglado, ¿no? Iván se muda a mi piso, yo me mudo al de Sara y Sara a Dubái... Solo espero que entre mudanza y mudanza no perdamos demasiadas cosas por el camino.

El domingo, después de un desayuno tardío en casa de Sara, me voy para la de Leti y activo el modo maruja. Estoy tentada de empezar con la maleta, pero resulta que estamos en esa época del año en la que solo podría guardar el plumas y los biquinis. Después de comer, me bajo al chino a ver si consigo alguna caja —vale, y a por Oreó— y luego me paso el resto de la tarde recogiendo mis libros, discos y fotos. Y en ello estoy cuando el señor Taylor me rescata:

—Hola, cariño.

—Hola, *baby*. ¿Qué haces?

—Pues guardando mis cosas en cajas. ¡Ya tengo piso! —anuncio muy alegre.

—Vaya, qué eficiencia...

—En realidad me ha venido rodado. ¿Te acuerdas de que te comenté que Sara lo mismo se iba a Dubái?

—Sí.

—Pues ha terminado de decidirse y yo me quedo con su piso. ¿A que es genial?

—Bueno, si a ti te convence..., pero espero que lo consideres como algo provisional.

Su repentina seriedad me dice que acabo de meter la pata. Hasta el corvejón. Pero... ¿por qué?

EGOCENTRISMO

Hola, buenas tardes, me llamo Vega y tengo ataques de ira contenida. Tan contenida que se me han debido de saltar dos empastes y no me he dejado ni una uña viva.

Resulta que por fin ya es 10 de octubre, el día en que John regresa a Madrid. Y yo estoy en el aeropuerto de El Prat, Barcelona, embarcando para un vuelo que debíamos haber cogido hace seis putas horas. Y todo por culpa del meapilas de mi jefe, que mira que se lo he dicho: que no, Manuel; que con una hora no llegamos bien para el *check-in*; que es viernes por la tarde, empieza el puente del Pilar y va a estar el aeropuerto hasta arriba... Pero, claro, ¿para qué me va a hacer caso? ¡A mí! Que soy mujer y, por lo tanto, tonta. Pues nada, resultado: *overbooking* que te crio y a esperar el siguiente vuelo.

Hola, buenas tardes, me llamo Vega y tengo ataques de ira, sin contención:

—Manuel, apaga el teléfono de las narices, que ya te han avisado dos veces y al final nos van a echar del avión —le gruño a mi jefe.

Él me mira de reojo y refunfuña, pero obedece. Y sé que no debería tratarle así, que es mi superior, pero es que me da igual. Ha llegado a tal punto mi desmotivación laboral que me la pela todo.

Se supone que habíamos venido a Barcelona a trabajar, ¿verdad? Que para eso nos pagaba la empresa las dietas, ¿no? Pues no. Lo único que hemos hecho ha sido comer, beber y no dejar nada en claro. Bueno, algo sí, que todo va genial, que somos unos machotes y que ya redactará Vega un informe que justifique el gasto con la central. Esto es de vergüenza, en serio. Luego vendrán los lamentos y los recortes de plantilla, pero, eso sí, mientras tanto, ¡a vivir, que son dos días!

A las doce y media de la noche —¡a las doce y media! — llego al Wellington, disfrazada de asistente eficiente, nerviosita perdida, y cansada, muy cansada. Llamo a la puerta de la *suite* con mano temblorosa y al cabo de unos segundos John me abre. Mi corazón da un vuelco, mi estómago se encoge y mis braguitas palpitan de emoción. Lleva puestos los pantalones de pijama negros y... nada más.

—Mierda de *overbooking* —digo como saludo.

Pero entendedme: yo podía haber echado ya un par de polvos con mi escandalosamente atractivo novio, en vez de estar secuestrada en un puto aeropuerto. Iberia, te odio.

—Ven aquí —dice sonriendo; tira de mi brazo y me mete en la *suite*. Me quita la maleta de la mano, desliza la correa del bolso por mi hombro y me coge en brazos—. Te he preparado un baño, he pedido *sushi* y luego pienso follarte hasta que se te olvide el *overbooking* —dice caminando hasta el cuarto de baño del dormitorio.

—Tú no eres real, ¿verdad? —le pregunto acariciándole la cara. Siempre tan suave—. Eres un producto de mi imaginación calenturienta —le aseguro.

John se ríe y me suelta en medio del cuarto de baño. Me coge la cara con las dos manos y me besa con ganas. Necesitado. Le abrazo, todo lo fuerte que puedo y me fundo en sus labios, sus mejillas, su cuello. No tengo suficiente. Él atrapa mi boca, y en su beso hay tanta urgencia... Como si en vez de acabar de llegar fuera a marcharse. Como si fuera el último que pudiera darme. Es un beso entregado, pero deja un regusto amargo. Y también un mensaje en mi cerebro: no podemos ser solo nosotros a

ratos. Nos merecemos mucho más que eso.

John vuelve a tomar el control de sí mismo y, más sereno, se separa de mis labios y me pregunta:

—¿Nos bañamos?

Se mete él primero en la bañera y yo me ayudo de sus manos para acomodarme en su pecho. Sus latidos martillean en mi espalda. Nos quedamos abrazados, en silencio, solo disfrutando de la tibieza del agua y del tacto suave de nuestros cuerpos.

Al cabo de un rato, John coge un bote de champú de una cestita y me lava el pelo. ¡Me lava el pelo! He de confesar que, de primeras, me quedo tiesa como un palo porque, a ver, no tengo cinco años, es todo como demasiado cursi y temo terminar con los ojos inundados de espuma... Pero, al final, y gracias a las maravillosas manos de John, me relajo y termino sintiéndome como debió de hacerlo Meryl Streep en *Memorias de África*, con la diferencia de que John está muchísimo más bueno que Robert Redford, dónde va a parar.

Como yo no soy tan mañosa como él, le dejo su aseo personal y me dispongo a interrogarle.

—¿Trabajas el puente? —le pregunto dándole la vuelta.

—No. —Sonríe enjabonándose los brazos—. Soy todo tuyo los próximos tres días, ¿tienes algún plan?

—Pues sí, y me temo que es aburridísimo. —John frunce el ceño, y le pregunto con cara de niña buena—: ¿Me ayudas con la mudanza?

Se pone tenso. Para sus movimientos y, alejando su mirada, me pregunta:

—¿Has contratado ya la empresa?

—¿Qué empresa?

—La de mudanzas.

—No es necesaria, no tengo tantas cosas. Unas pocas cajas y un par de maletas como mucho. Con un par de viajes en coche lo arreglamos.

—¿Estás segura?

Me taladra con su mirada azul y asiento convencida. Aunque me quedo con la sensación de que no estamos hablando solo de transporte de mercancías...

—Está bien —dice al cabo de un instante—. ¿Cuándo habías pensado hacerla?

—Pues no sé. Cualquiera de estos días. Me da un poco igual.

Después de cómo se está poniendo el ambiente, no voy a salirme con exigencias.

—¿Mañana te va bien?

—Vale.

—Vale —repite él con media sonrisilla—. Nos quedan libres dos días...

—Yo propongo encerrarnos en la *suite*. —Muevo las cejas arriba y abajo.

John sonrío, pero niega con la cabeza.

—¿Qué tal si salimos un poco de Madrid? Podemos ir a Soria, por ejemplo...

—¿¡A mi pueblo!? —chillo, escandalizada—. Ni de coña.

En la cara de John aparece ese rictus glacial que acojona tanto.

—Es que allí no hay nada que hacer —me excuso.

Y no miento: mi pueblo es más aburrido que la carta de ajuste. Además, no entiendo a qué viene ahora lo de querer ir a Soria, la verdad.

John me mira fijamente, con gesto imperturbable, y al final dice:

—Como prefieras.

Se aparta un poco y sigue con su higiene, enjabonándose ahora el pecho.

—A ver, John... —Le acaricio las rodillas—. Yo estaría encantada de llevarte a mi pueblo, incluso

creo que me ganaría el título de hija predilecta por hacerlo, pero... ¿Qué te parecería si yo te propusiese ir a Baton Rouge?

John ni pestañea durante unos segundos; solo me mira con mucha atención.

—Me parecería innecesario, porque aquel lugar ya no dice nada sobre mí.

—Pues eso me pasa a mí —digo con una sonrisa, que él no me devuelve—. ¿Qué ocurre?

Resopla y se aclara los restos de jabón de sus pectorales.

—Ocurre que, a veces, tengo la sensación de que no quieres implicarme en tu vida. —Fija sus ojos azules en los míos y baja un par de octavas el tono de voz—. Te propuse que buscáramos un piso para los dos y me dijiste que lo pensarías, pero, semanas más tarde, decidiste por tu cuenta que ibas a mudarte a casa de Sara. Por tu cuenta, Vega... —Se interrumpe, creo que por no calentarse—. Y ahora, aunque comprenda tus motivaciones, me siento decepcionado, porque no quieres que conozca a tu familia.

—Es que yo no necesito que conozcas a mi madre para que te dé el beneplácito, no sé si me explico. A mí lo que ella opine me da igual.

—¿Y si a mí no? ¿Y si yo quiero conocerla? —dice levantando la voz. Me quedo inmóvil y sin respuesta—. Ni lo has pensado, ¿verdad?

—Pues no... —murmuro mientras me doy de tortas mentalmente.

—Pues quizá deberías tener en cuenta las necesidades de tu pareja y no solo las tuyas.

Se incorpora bruscamente y sale de la bañera. Alcanza una toalla, se seca autónomamente su cuerpo de pecado y desaparece de mi vista. No sé quién es el hombre que acaba de marcharse, pero, desde luego, no es el mismo que estaba en la bañera hace solo un momento.

La he cagado. La he cagado pero bien. Tan bien, tan bien que ahora no tengo ni idea de cómo arreglarlo. Y todo por mi maldito egocentrismo, por pensar solo en mis necesidades. Pero... ¡Joder! Si no le hace gracia que me vaya a vivir al piso de Sara, me lo podía haber dicho en su momento. Y yo también podía haber tenido en cuenta su ofrecimiento antes de cerrar el trato con mi amiga...

Salgo del cuarto de baño acongojada y saco del cajón de la cómoda una de las camisetas de John. Él no está en la habitación. Seguramente estará en el salón, pero le siento mucho más lejos. Su reacción, su forma de cerrarse en sí mismo, ha sido el equivalente a una tormenta de nieve para mí: me ha dejado helada y bastante desorientada.

Entro en el salón y me encuentro con John sentado en uno de los sofás. Lleva puesta una camiseta idéntica a la mía y sus archiconocidos pantalones de pijama, endiabladamente sexys. Está mirando a algún punto indeterminado de la mesita de café y sostiene un vaso con un par de dedos de un líquido ambarino.

—¿Ya no te gusta el pacharán? —pregunto para romper el hielo.

—Me apetecía algo menos dulce. —Apura el trago. Se levanta, pasea con elegancia su cuerpo hasta el mueble bar y se sirve otro—. ¿Quieres uno? —pregunta sin mirarme.

—No, gracias —digo en un susurro, y me siento justo al lado de donde lo estaba él antes.

Se gira, me mira y se acomoda en el sillón contiguo. Marcando las distancias. Joder. Me observo con atención las manos, mientras busco en mi cabeza las palabras adecuadas.

—Yo no sé cómo solucionar esto... Sé que estás enfadado porque he decidido mudarme a casa de Sara sin tomar mucho en cuenta tu proposición, pero... Es que imagino la clase de vivienda que quieres y yo... no puedo permitírmela.

—Eso no es un problema.

—Para mí sí.

—Mírame —me pide—. Ya hablamos de esto en Nueva York. Yo tengo dinero, mucho dinero, y eso

no debería suponerte un inconveniente. Ni para compartir una casa conmigo ni para compartir tu vida.

—Pero, John yo no puedo..., no quiero ser tu mantenida.

—¿Mantenida? —sisea entre dientes—. ¿Pero por qué te empeñas en verlo así? ¿Es que no puedes ponerte en mi lugar un puto segundo? —Sus ojos centellean—. Imagina durante un instante cómo te sentirías si fueras yo. Si quisieras compartir lo que tienes con tu pareja y ella se negase porque... ¿no quiere ser una mantenida? —Sonríe amargamente—. ¿Sabes cuánto me duele oírte hablar así de ti misma?

No puedo aguantar más la tensión del momento y me levanto.

—Creo que mejor me voy.

—Vega...

—Solo necesito distanciarme un poco y pensar —le explico antes de dirigirme a la habitación.

Me visto con lo primero que localizo en la maleta y de vuelta al salón me encuentro a John junto al sofá. Se incorpora al verme, y su cara de preocupación me conmueve, pero he tomado una decisión y voy a ser consecuente: tengo que encontrar una respuesta, pensarlo bien, hacerlo bien.

Tiro de mi maleta hasta la entrada.

John no me sigue.

Me despido.

Solo el silencio me responde.

Me marcho a casa totalmente desorientada. Tanto, que apenas logro indicarle al taxista mi dirección. Continúo atrapada en una bruma gélida que entumece mi cuerpo y aturde mis ideas.

A oscuras, sentada en la alfombra del salón, con la única compañía de mi soledad, busco y rebusco en mi cabeza la solución al conflicto. No sé subirme al tren de su vida sin ser una intrusa, sin tener una parcela propia que utilizar de apeadero. Sigo convencida de que trabajar para él no es una opción: una cosa es obviar sus negocios por el bien de nuestra relación y otra, que esté dispuesta a formar parte de un mundo que me parece bastante reprobable; pero es que la otra opción, la de que John corra con los gastos de todo y yo me dedique a la vida contemplativa, tampoco me vale. Me sentiría perdida, vacía en ese aspecto de mi vida, y supongo que intentaría llenarlo con John... Y de ahí a la dependencia absoluta solo hay un paso... Mierda, ¿cómo me convierto en su compañera nómada sin perderme?

Me levanto a por un vaso de agua y me lo bebo a sorbos pequeños en la cocina. Fijo la mirada en el cachito de cielo que se ve por la ventana, me concentro en la luz de las pocas estrellas que se divisan y agarro, instintivamente, la que llevo colgada al cuello con fuerza. Se reproducen en mi mente las imágenes que guardo del cielo de Manhattan, del de North Fork... Y en el pecho empiezo a notar cierta presión. Debe de ser ansiedad, porque, aunque a veces no lo demuestre, no soy del todo una inconsciente. Me doy cuenta de que mi reacción de esta noche, mi huida, puede haber empeorado las cosas. Quizá debería haberme quedado y haber afrontado mis dudas con John... Mierda, John. ¿Qué estará haciendo? Supongo que estará como yo, dándole vueltas al asunto. Devanándose su cerebro de genio intentando comprender a la desequilibrada de su novia. O lo mismo no. A saber...

Creo que la estoy jodiendo, y encima le echo muchísimo de menos. Soportar su ausencia cuando estamos lejos es inevitable, pero ahora, teniéndole a pocos kilómetros de distancia, me resulta insufrible. ¿Por qué me he ido? Ah, sí, para pensar. Y lo único que consigo es pensar en él, en que estoy desperdiciando nuestro escaso tiempo en reflexionar sobre algo que ya no siento tan importante. Debe de ser esto de lo que hablan los poetas cuando dicen que el amor nubla la razón.

Mis ganas de no perderme en el camino, de construir nuestra relación sobre unos pilares sólidos, no superan las de estar con John.

Pongo cara de idiota y suspiro.

Todo mi cuerpo me pide que vuelva a su lado y le abrace. Nada más. Sé que solo eso me bastaría para aliviarme, pero no puedo, porque él quiere algo que todavía no sé si puedo darle.

Cojo una gran bocanada de aire y con ella algo de valor. Debo ser fuerte. Enfocar la distancia que he impuesto esta noche entre nosotros como un pequeño sacrificio en aras de un bien mayor. Estoy decidida a no salir de este piso hasta que tenga una respuesta para John; y esa respuesta no puede ser «ya veremos».

Voy al cuarto de baño y en el armarito de la derecha, entre los inclasificables, encuentro la caja de pastillas para dormir de Leticia y ni me lo pienso. A falta de pacharán, buena es la Dormidina.

Debe ser más de mediodía cuando despierto con la boca pastosa y dolor de cabeza —la droga no deja de serlo porque lo avale una farmacéutica—. Me arrastro por el pasillo hasta la cocina y me sirvo un vaso de zumo de naranja. La intensa luz que se cuela por la ventana contrae mis pupilas y me hace guiñar los ojos. Me encuentro mal. Físicamente, me refiero. Como cuando estás incubando un virus: entumecida. Tengo el impulso de volverme a la cama, pero logro vencerlo al pensar en John. Ha volado tropecientos mil kilómetros para verme y yo le he dejado plantado —ole mis cojones—. Así que, ya que no dispongo de un DeLorean para regresar en el tiempo, no me queda más remedio que aprovechar el día para aclararme de una vez.

43

AIRE

Antes de tomar una decisión trascendental sobre mi vida, empiezo por lo básico: lavado bucal, *leggings* y sudadera de la facultad. Sonrío al ponérmela e intento oler el «colomocho». Abro una maleta sobre la cama y empiezo a vaciar el armario. Encuentro cantidad de ropa que ni recordaba y que, me congratula decirlo, me queda grande. La voy dejando en un apartado para llevarla a la tienda solidaria de la esquina, y cuando me debato entre tirar, o no, una chaqueta con un estampado que no sé si es ultraguay o ultrahorterera, me suena el móvil.

—Hola, cari. Espero no haberte interrumpido —dice Sara con sorna.

—Tranqui. Estoy en casa. Sola —añado con ganas de desahogarme con mi amiga.

—¿Y eso?

—Porque Leti no está; se ha ido de puente con Iván y las niñas.

Me siento en la butaca de la esquina y me enciendo un cigarrillo.

—¿Y a mí qué me importa Leti? Me refiero a por qué estás en tu casa sin John.

—Pues, ya ves, gilipollas que es una.

—¿Qué has hecho ahora?

—Por lo visto, ignorar las necesidades de mi pareja anteponiendo solo las mías —confieso, y le pego una calada al pitillo que me llega hasta el tuétano.

—¡Coño! Suena muy mal...

—Y lo peor es que es totalmente cierto. —Suelto el humo y carraspeo—. John se ha cabreado porque decidí mudarme a tu piso sin contar con su ofrecimiento.

—¿Qué ofrecimiento?

Fumo otra vez. Joder. Ni siquiera se lo había contado a Sara...

—Me dijo que podía mudarme a su hotel o buscar un piso para los dos.

—¡¿Y pasaste de su culo?!

—Básicamente —reconozco—. No me paré a pensarlo en condiciones y lo descarté. No debería haberlo hecho, pero... —Me doy cuenta de algo—. Tía, creo que no sé ser una novia.

Sara se parte.

—Ahí te doy la razón. Pero por eso eres especial, cari, porque no eres perfecta. —Sonrío y apago el cigarrillo.

—Soy un putito desastre. —Agarro la estrella que cuelga de mi cuello y parece que recupero algo de fuerza—. Pero esto voy a solucionarlo. No puedo seguir mareándole.

—Ya, bueno, pero tampoco hace tanto que te lo propuso —dice poniéndose de mi parte. Cómo la quiero—. Aunque, bien pensado, si no te aprieta, te puedes tirar la vida entera para decidirte. Presionarte un poco a veces es la única manera de que reacciones.

—Ya.

—Ese tío es un genio.

—No lo sabes tú bien.

—No, no lo sé, porque te niegas a darme detalles. Pero, vamos, que si cambias de opinión...

—¡Ni loca!

—Egoísta.

—Guarrona.

—Lámame si necesitas algo, ¿vale?

—Vale. —Sonríe; me acuerdo de John y de nuestras tonterías—. Oye, a todo esto, ¿para qué llamabas?

—Para nada —dice del tirón.

—Sara...

—Que no era nada, cari. Ya hablamos...

—Dímelo.

—Joder, qué pesada... Pues para proponerte una cita doble, cari. David está Madrid el puente y he pensado que podíamos cenar los cuatro. Pero tú no te preocupes, ya quedaremos otro día.

—Eso espero.

—Anda, no seas tonta. Ya verás cómo en menos que canta un gallo estáis follando como conejos.

—Eso espero —repito.

Sara se ríe y cuelga.

Picoteo un poco de fruta en la cocina, dándole vueltas al asunto, ¿a qué si no? Y al cabo de un buen rato parece que consigo dejar claras en mi cabeza las dos vertientes de mis reticencias a vivir con John. Por un lado, está mi falta de vocación, cosa que no voy a solucionar en una tarde, y, por otro, está el tema de siempre: el (maldito) dinero. Mis ahorros son muy escasos. Bueno, ahora no, porque tengo la pasta de la ~~cerda~~ rusa, que bien podría utilizar en mi propio beneficio. Pero no, esa no es una opción: ese dinero es de la ONG. Total, que como soy paupérrima, no podría ni permitirme una semana al ritmo de vida de John..., y encima está lo de la deuda de mi familia. Que no es que me sienta responsable ni mucho menos. Siempre he pensado que, si algún día me fuera al paro o algo así y no pudiera seguir ayudando, pues, oye, no se acabaría el mundo, bastante he hecho ya... Pero, claro, para mi conciencia no es lo mismo el paro que irse a vivir la vida loca con un adonis nómada.

Me quedo un instante en Babia pensando en John y vienen a mí sus palabras: «Ponte en mi lugar». Y me pongo. A conciencia. Me transmuto mentalmente y me convierto en una mujer muchimillonaria, sofisticada y elegante, de esas que jamás se tiran un triste eructo. Una mujer en la cumbre de su carrera, inteligentísima y con mucho estilo —porque como imaginar es gratis, no escatimo— que, por caprichos del destino, se fija en un joven algo peculiar y pobre como las ratas, pero que la hace feliz.

Si yo fuera ella, ¿cómo me sentiría?

Después de una ducha revitalizadora y purificante, me afano en arreglarme lo mejor que puedo para mi cita con John. Él todavía no lo sabe, pero tengo una cosita que contarle.

Elijo el conjunto de ropa interior negro de Agent Provocateur. Me enfundo los vaqueros más estrechos que encuentro. Me pongo una camiseta lencera de Zara, también negra. Me seco el pelo bocabajo para darle volumen. Y me pinto tan bien la raya del ojo que hasta me marco un bailecito con los *stiletto*s. Brillo de labios, kimono estampado con flores en turquesa y blanco —de Leticia— y estoy lista. A la calle.

¡Mierda! Que me dejo el bolso...

Unos nubarrones gordísimos afean el cielo de Madrid, pero no mi ánimo. Ya pueden caer chuzos de punta que a mí, plin. Me siento satisfecha, dueña de mis pasos y algo eufórica, lo confieso. Esta tarde voy a dibujar un camino, y eso no se hace todos los días.

Mientras paseo hacia el metro llamo a John. Apenas tarda un par de toques en cogerlo.

—Hola —murmura.

—¿Estás ocupado?

—Estaba trabajando, pero dime.

Le planteo mi propuesta y él accede sin tener que insistir mucho. Solo media docena de veces nada más. Cuando salgo de la boca de metro de Callao, se ha levantado un viento otoñal que me acaricia la cara. Alzo la cabeza hacia el cielo y cierro los ojos. Supongo que la gente que pasa a mi alrededor me verá como una colgada, pero me da igual, necesito el aire justo en este momento.

Entro en el Corte Inglés y subo hasta la novena planta. Gran Vía Gourmet Experience. Es un espacio muy molón. Tiene un montón de establecimientos: panadería artesana, pizzería, un bar de tacos mexicanos y demás restaurantes y coctelerías que comparten un espacio común: la impresionante terraza acristalada.

John me está esperando en una de las barras que hay al fondo de la planta, jugueteando con la correa de su reloj Omega. Vaqueros claros, jersey azul marino de pico y el porte más exquisito, ese halo de masculinidad que nunca le abandona.

Me acerco a él tratando de temblar lo menos posible y me coloco a su lado.

—¿Me invita a una copa, caballero?

Sí, suena casoso; ahora que lo he dicho me doy cuenta, pero estoy muy nerviosa. Comprendedme, por favor.

John gira su taburete hacia mí y me hace un gesto con la mano para que me siente a su lado. Mira con atención cada uno de mis movimientos, pero lleva puesta su máscara corporativa. Ese rictus que no sabes si está pensando en las últimas cotizaciones de la bolsa de Tokio o en el culo de Nicki Minaj.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta, haciendo una seña al barman.

—Lo mismo que tú.

—Dos *bourbons*, por favor.

¿*Bourbon*? Mierda.

El camarero nos sirve con rapidez. John choca su vaso contra el mío y le pega un buen trago. Yo intento imitarle y casi vomito encima de la barra.

—¿Te encuentras bien? —pregunta al verme contener una arcada.

—Es que no me gusta el whisky.

—¿Y por qué no lo has dicho?

—Por no llevarte la contraria... —susurro.

John aguanta una sonrisa y coge mi vaso. Apura su contenido sin pestañear. Qué macho es.

—Y ahora, ¿qué quieres tomar de verdad?

—Un *gin-tonic*, por favor.

Con nuestras bebidas en la mano, sorteamos unas cuantas mesas. Tenemos suerte y encontramos sitio libre justo al lado de las cristaleras que dan a la plaza de Callao. La vista es increíble.

—Muy bonito el sitio —comenta John.

Me siento a su lado. Inspiro hondo y le doy un trago al combinado. Estoy por ponerme a hablar del tiempo, para relajar un poco los nervios, pero levanto la mirada hacia John y veo inquietud en sus ojos azules. No puedo demorarlo más.

—Ya tengo una respuesta —le digo a bocajarro.

—Lo suponía —dice sin cambiar el gesto—. ¿Cuál es?

—La semana que viene voy a solicitar una excedencia en mi empresa.

Le mantengo la mirada y al instante los ojos azules de John se llenan de esa luz tan especial.

—¿Estás segura? —pregunta en voz baja.

Asiento con energía.

—Del todo.

John suelta el aire de golpe, y percibo cómo su cuerpo se relaja. Sus hombros, sus manos; hasta su cara parece otra.

—Siento haber tardado tanto en decidirme —susurro. Porque, aunque utilizando medidas convencionales de tiempo ha sido poco, para nosotros ha supuesto una eternidad, ahora me doy cuenta.

—Y yo siento haberte presionado. —Me mira de frente—. ¿Lo has pensado bien? No es lo que quiero, pero estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario...

—No va a hacer falta. Solo tendremos que esperar quince días a partir de que lo comunique.

John sonrío, su hoyuelo asoma y mi corazón se ensancha. Esta vez soy yo quien le agarra la cara entre las manos y le estampa un besazo sentido, de esos que se dan con todo lo que una tiene. John me responde con la misma entrega y, a falta de lujuria, llenamos el beso con emoción. Por nuestro momento. Por lo que nos espera...

Un par de carraspeos de la mesa de atrás después —la gente es muy envidiosa, ya se sabe—, paramos de besarnos y nos sonreímos.

—Vamos a hacerlo —murmura John.

—Eso parece —confirmo sin dejar de sonreír.

John me pellizca la barbilla.

—Bueno, y dime, ¿tienes algún plan?

—Más que un plan, tengo propósitos —respondo—. El más urgente es sacar mis chismes de casa de Leticia. Me gustaría que cuando volviera del puente ya estuviera libre la habitación. —Le miro para evaluar su reacción y le digo—: Voy a dejar las cajas en el piso de Sara. —Como esperaba, frunce el ceño—. Es una medida provisional —aclaro cogiéndole la mano—. La ropa y demás historias ya las he organizado en maletas para llevarlas al hotel; pero meter en la *suite* el resto de las cosas me resulta excesivo.

John asiente, conforme, y me pregunta:

—¿Y después?

—Pues... solicitaré la excedencia.

—¿Y después?

—No sé, me he dedicado a pensar, pero no tanto... Lo cierto es que no sé qué quiero hacer con mi vida, es así de triste. Y pensaba definirme primero y luego irme a vivir contigo, pero... tienes razón: la situación se estaba volviendo cada vez más difícil y ¿para qué esperar más? Seguro que a tu lado consigo inspirarme.

John me sonrío y acaricia mi mano.

—¿Has pensado bien el tema del dinero? —pregunta en voz baja—. ¿Vas a sentirte cómoda?

—Seguramente no, pero, tras un sencillo ejercicio de empatía, he logrado ponerme en tu lugar... y, si yo fuera tú, compartiría mis riquezas de mil amores contigo, así que... supongo que será cuestión de tiempo que me acostumbre.

—Vivir de forma acomodada no es tan horrible como crees. —Me guiña un ojo, y yo me avergüenzo un poco de ser tan rarita. John le da un trago a su *bourbon* y me mira de reojo—. Sé que este tema te incomoda, pero, ya que estamos, me gustaría hablar de tus deudas.

¿Mis deudas? ¡Pero si yo no tengo deudas! Bueno, una vez me fui sin pagar de un bar, pero es que nos atendieron fatal...

—John, yo no le debo nada a nadie.

—¿Y tu familia? —pregunta con cautela.

—Ya te conté que sí —digo bajando la mirada.

—¿Te importaría decirme a cuánto asciende?

—John...

—Vega, estoy tratando de ser todo lo delicado posible, pero es algo que me tiene intranquilo desde que me lo contaste en la playa. Si no me importase tu opinión, mi forma de actuar sería averiguarlo y cancelar la deuda, pero quiero hacerlo bien. —Aunque me resulta un gesto bonito, me niego a responderle. Una cosa es que ~~me mantenga~~ comparta lo suyo conmigo y otra, que se ocupe también de los pufos de mi padre—. *Baby*... —murmura.

Está preocupado. Mierda. Que deje de mirarme así, por dios. No puedo ver esos ojitos intranquilos. Mierda, mierda, mierda.

—Unos cuarenta mil... —digo con un hilo de voz. Maldita lengua traidora—. Pero, John, yo no necesito que tú... ¿Cómo se lo explico a mi madre?

Me sonrío.

—Dile que hay un hombre que está loco por ti. Que, casualmente, es adinerado. Que su tranquilidad ganaría mucho si pudiera liquidar la deuda...

—Pero, John... —¿Ha dicho que está loco por mí? Ay, Señor...—. Es que... —No puedo ni pensar. ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí... —Es mucho dinero.

—¿Te haces una idea de lo que gano?

—No, y no quiero saberlo. —Aparto la mirada.

—De acuerdo, pero tu inteligente cabeza podrá calcular que, si me cuesta unos quinientos dólares la noche en el Wellington y la tengo todo el año...

—Joder! —Me tapo la boca.

—*Baby*... —Me coge las manos—. Estamos perdiendo el tiempo con un tema sin importancia...

—Me da mucho reparo, de verdad.

—¿Eso es un sí? —Sonrío.

—¿Vas a dejarme en paz si me niego? —Le devuelvo la sonrisa.

—No.

Me río y me doy por vencida.

—Está bien.

—La próxima semana lo arreglo —asegura, zanjando el tema con un beso en mi pelo.

Y se le ve tan relajado, tan satisfecho consigo mismo, que no pienso dedicarle más tiempo a buscarle la ética al asunto. Es su dinero, él sabrá lo que hace con el... Eso sí, mi madre va a flipar. Será mejor que se lo cuente antes de que vaya al banco.

Mmm, eso me da una idea.

—¿Te parece que se lo contemos a mi madre... juntos? —pregunto.

John sonrío de oreja a oreja al tiempo que le suena el teléfono.

—Es importante —dice mirando la pantalla—. Disculpa.

Descuelga y empieza a hablar en francés. ¡En francés, con su erótica voz grave! Francés, el que le voy a hacer yo en cuanto tenga ocasión...

—Como si pudiera estar en todas partes... —sisea entre dientes al poco, guardando el móvil.

—¿Problemas?

—Siempre. Pero tendrán que esperar. La semana que viene la pienso pasar entera aquí y la siguiente, después de Londres... —Empieza a cavilar—. Podría enlazar con Lyon, ganaría un día...

—¿Te quedarás hasta que pueda acompañarte?

—Eso espero. —Recupero su atención—. ¿Quieres otra copa?

—Tengo pacharán en casa...

John se pone en pie, me tiende la mano y con una sonrisa juguetona me dice:

—Vamos.

Y más confiada que nunca me agarro de su mano. A donde sea.

Llegamos al piso calados hasta los huesos. Y todo porque he tenido la maravillosa idea de venirnos en metro. He pensado que tardaríamos menos, y, en los apenas trescientos metros que hay de la estación al piso un tormentón de órdago ha empezado a descargar su furia sobre nuestras cabezas, pero, en vez de amedrentarnos, nos hemos echado a reír y solo hemos corrido. Bueno, ha corrido John, conmigo a cuestas: las suelas de mis zapatos no colaboraban en mi avance. Me ha subido así hasta la puerta del piso, sin deslomarse ni nada. Es todo un macho, lo que yo os diga.

—Estás empapada —dice soltándome en medio del salón.

De un par de patadas mando los zapatos deslizantes a la otra punta de la estancia. Y no sé si soy yo o mi lujuria descontrolada, pero sus palabras me han sonado sugerentes.

—Tú también.

Le miro con cuidado y me enciendo. Ya no lleva puesto un jersey: ahora lo lleva tatuado a su espectacular torso... Cada músculo se marca debajo de la lana mojada y hace lo propio con mi ropa interior.

—Será mejor que nos quitemos la ropa —me dice.

Mira, además de genio, vidente.

—Lo antes posible... —murmuro, y trago saliva.

John me dedica una sonrisa que me aprieta los muslos y sus manos agarran el kimono y lo despegan de mi cuerpo. Hasta el sonido que hace cuando cae al suelo me pone a cien. Splash.

John fija su mirada en mi pecho. La camiseta lencera es incapaz de ocultar mis endurecidos pezones. Muerde su labio inferior y me acaricia el izquierdo, poniéndome la piel de gallina.

—¿Tienes frío?

—Mucho —miento.

Me saca la camiseta con cuidado por la cabeza.

—Vamos a ver qué puedo hacer para que entres en calor —dice abriendo el cierre de mi sujetador.

—Seguro que se te ocurre algo.

—Oh, sí, puedo ser muy imaginativo.

Desabrocha con destreza mi pantalón y se agacha para quitármelo. Sube deslizando su mano por el interior de mis piernas y, al llegar a mi sexo, aparta las braguitas y juega entre mis pliegues. Cierro los ojos e inspiro hondo.

—*Fuck, baby* —gruñe, apretándolo—. Me vuelves loco..., avaricioso..., te estoy tocando y solo puedo pensar en lo próximo que quiero hacerte. —Lame mi cuello, desde la clavícula hasta el lóbulo de mi oreja—. En lo próximo que quiero besarte. —Me introduce un dedo y un jadeo se escapa de mi garganta. Me pego a su torso y me estremezco. La tela de su jersey está helada y mi piel demasiado caliente—. Quítamelo —me pide sin dejar de tocarme.

Y yo le obedezco sin dudarle, aunque me cueste quedarme unos segundos sin sus caricias. Otro splash suena contra la tarima... y me acelero. Mis manos vuelan hasta el cierre de sus vaqueros y con agilidad se cuelan por debajo de sus *baxers*. Aprieto su erección con fuerza y John pega un respingo.

—Perdona, me he emocionado —digo arrepentida.

John mete dos dedos dentro de mí y se acerca a mi boca.

—Me encanta cómo me tocas, pero tienes las manos muy frías. —Me río y voy a sacar la mano, pero me lo impide sujetándola con fuerza—. Ni se te ocurra —me advierte—. Sigue tocándome.

Hunde la lengua en mi boca, exigente, y del mismo modo sus dedos en mi sexo. Su pulgar traza círculos sobre mi clítoris y mi mano se mueve, enérgica, dentro de su ropa interior.

—Así, *baby*. Sigue, sigue... —Pega la frente a la mía.

Y nos aceleramos. Mucho. Nos tocamos, nos lamemos, nos mordemos y jadeamos. Mucho.

—John, no puedo más... —le advierto.

John emite un gruñido que termina de rematarme y me sube a horcajadas sobre su cuerpo. Espero con alegría su embestida, la marca de la casa, pero, para mi sorpresa, camina unos pasos y me sienta en el columpio. ¡En el columpio de Leticia!

—Cariño, no sé si... —Voy a correrme, sabiendo que aquí ha chingado Leticia.

—Solo Pruébalo —me incita.

Bueno, vale, convencida.

—Pero ¿cómo...?

John me instruye de inmediato.

—Agárrate. Aquí... y aquí. —Me coloca las manos sobre unas tiras de cuero que hay a los lados—. Y las piernas: aquí y... aquí. —Pone mis pies sobre dos estribos. Hay una buena distancia entre ellos. Estoy totalmente expuesta—. Preciosa —murmura Belcebú.

—Te veo muy versado en el tema...

—Todavía no has visto nada. —Sonríe.

Se quita los pantalones, se acerca a mí, agarra con una mano su erección y con la otra mi cadera y de un solo movimiento dejan de importarme su experiencia y el mundo en general. Le tengo dentro, no hay espacio para nada más. Echo la cabeza hacia atrás y me abandono.

—Mírame —gruñe, y se aferra con las dos manos a mi cintura—. Abre. Los. Ojos —pronuncia cada palabra con un envite seco.

—No puedo —gimoteo; si le miro, me corro.

John aumenta el ritmo de sus movimientos. Entra y sale. Entra y sale. Con sus dedos hundidos en mi piel, dilatándome entera... Todo mi cuerpo empieza a arder.

—Vega... —me urge.

Abro los ojos y le contemplo en todo su esplendor. Empapado, fuera de sí, poderoso. Con sus trabajados brazos moviéndose frenéticamente, acercándome y alejándome de él.

—Joder, John, eres demasiado... —gimo.

Y, después, regreso al cielo.

NO SE NOS PUEDE SACAR DE CASA

El domingo ha amanecido radiante, y no me refiero al tiempo, que sigue siendo una mierda. Ha amanecido radiante porque un sol de metro noventa me ha deleitado con un *cunnilingus* celestial nada más despertarme. Eso es empezar el día con las pilas cargadas y no lo que hace el Actimel con nuestras defensas.

Después de desayunar, nos hemos puesto manos a la obra con la mudanza. Yo he terminado de vaciar los cajones del baño y demás y John ha llamado al coche y ha empezado a bajar cajas al portal.

—Conque un par de cajas, ¿eh? —ha protestado después de media docena de viajes. Y eso que aún no había visto las maletas...

Cuando ha regresado su coche de casa de Sara —tres viajes—, el salón continuaba inundado de chismes. Yo habría jurado que no tenía tantas cosas...

—Pero ¿todavía quedan más bolsas? —ha preguntado John al borde del llanto.

Bueno, vale, exagero, los machos no lloran, pero andaba ya desesperadito perdido, el pobre.

—Solo esta, de verdad. Bueno, y el neceser... y la mochila...

Hemos acompañado a mis cosas hasta el Wellington, cuatro mozos las han subido y allí las hemos dejado solitas a las pobres. Nosotros teníamos que seguir con la mudanza —que ya sonaba a peli de miedo—.

Cuando hemos llegado a casa de Sara, o, mejor dicho, a mi casa —o no, yo qué sé, esto empieza a ser un follón—, ya era mediodía. David había subido todas las cajas —t-o-d-a-s— y las había colocado en el vestidor, así que nos hemos marchado a comer... y se nos ha ido de las manos. ¿Sabéis eso que dices «una cervecita y a casa»? Pues eso. Que de la cerveza y la tapa, al vino de la comida, a los pacharanes de la sobremesa, a los tercios de la cena y al pedo más tonto que me he pillado en la vida.

Y aquí estamos, en el Dark Light Club, quemando la noche a ritmo de *Born this Way*. Creo que en la vida había salido de juerga con semejantes pintas... Bueno, vale, esa es la peor excusa que he utilizado; cuando teníamos la peña en el pueblo, había que vernos... Pero, en fin, que para la jornada opté por unos vaqueros viejos y una camiseta de los Rolling del año de Maricastaña, y así sigo: vestida como una andrajosa.

John va mucho más guapo, dónde va a parar, pero seguro que le duele la espalda, porque entre la mudanza y agacharse para besar a la prima de David el Gnomo, acabará criando chepa. Y hablando de David, me empieza a caer bien el poli. Y no lo digo solo porque haya subido mis tropecientas cajas, que también, es que encima el tío es divertido y, al parecer, buena gente. Quién lo hubiera pensado después del magreo que me metió el primer día... ¡Y el brindis! No nos olvidemos del brindis que me hizo con toda su mala baba provocando que me quedara sin catar la... samba de Janeiro.

Y hablando de brindis...

—Voy a por otra. ¡¿Quién quiere?! —grito.

—¡Yo! —chilla Sara con el brazo en alto.

—¡Y yo! —grita David.

—¡Y yo! —grita por ahí el gracioso de turno. A pedir a la puerta del metro, majete.

—Te acompaño —me dice John.

Hay que ver lo poco que se tarda en conseguir unas bebidas cuando eres un tío como un castillo con voz de barítono. Ni las tetas de Sara lograrían una atención más inmediata. Alucinante.

Volvemos con nuestros amigos —nuestros amigos, ¿habéis oído? Qué cuqui todo— y seguimos pegándole a... a lo que sea que haya pedido John. Y... ¿conocéis ese dicho de «Hoy hace un día estupendo, seguro que llega un gilipollas y lo jode»? Pues eso, que mis ojos se cruzan con los de Marcos.

Nos observa desde la barra con cara de amargado, y también va pedo, se le nota desde aquí. Lleva el polo fuera del pantalón y la melena esa de galán trasnochado alborotada. De primeras me alegro y todo. Que se joda. Pero mi dicha dura poco, porque al muy mequetrefe le da por acercarse. Se abre paso entre la gente, tambaleante, y agarra del hombro a David, que está de espaldas a él, hablando con Sara.

Y juro que, en ese preciso momento, todo comienza a pasar a cámara lenta. Percibo con exactitud el nanosegundo en que John se da cuenta. Suelta mi cintura, me empuja hacia atrás, coge la mano que Marcos ha apoyado en el hombro de su amigo y se la retuerce en la espalda.

—¿¡Qué cojones te crees que haces! —le grita Marcos.

—Estate quieto o te romperás el brazo —le advierte John. E intimida tantísimo verle que la gente de su alrededor se ha separado casi un metro.

—Déjale, por favor, John.

Giro la cabeza hacia mi derecha y veo a Sara, desencajada, aproximándose a Marcos. John la obedece.

—¿Ahora vas con escolta por ahí? —le dice Marcos con desdén moviendo su brazo, y le lanza una miradita a John que me lleva a dar un paso hacia adelante.

Pero no. Muy a mi pesar, no puedo cruzarle la cara ahora mismo, como llevo tantísimo tiempo deseando. Si lo hago, esto terminará mal... Así que me agarro al brazo de John y le aprieto buscando su mirada, que está clavada en Marcos.

—Es mejor que te vayas —le dice Sara.

—Sí, pero luego no me llames como siempre... —Sara agacha la cabeza—. No me gustaría comerme las babas de nadie.

Claro, pero ella sí puede comerse las de su novia, ¿no? Eso ha sido un ataque directo a la moral de Sara. Y ha dado en el blanco, porque mi amiga prácticamente se ha encogido ante sus palabras.

Inspiro hondo, suelto a John y me acerco. No puedo aguantar más.

—Ya está bien, Marcos —digo, tirando de mi amiga, en un tono mucho más amable del que me apetece utilizar.

—Pero si es ella la que no me deja en paz. —Sonríe con burla—. Es tan puta que siempre vuelve a por más.

Esta vez no lo veo venir. Ni cámara lenta ni leches. Bueno, leches sí, o mejor: un ultramegapuñetazo, encajado en la mandíbula izquierda de Marcos.

Din, din, din. *Knock Out*. Eliminado.

¿Podemos sacar a David a hombros ya?

—¡Menudo gancho! —exclamo.

Marcos se ha quedado como un muñeco de trapo en el suelo. De un solo puñetazo. La leche...

—Para, David —oigo decir a Sara—. Mírame. ¡Eh! Mírame. No merece la pena.

Me giro hacia ellos y veo a Sara, que se intenta abrazar al torso de David y, hábilmente, le va

alejando. Me giro ahora hacia mi izquierda y John... ¿Y John?

—¡John! —grito, buscándole entre el corrillo de gente que nos mira como si fuésemos monos de feria—. ¡John! —No le veo. Mierda. Me reúno con mis amigos—. ¿Habéis visto a John?

Los dos niegan con la cabeza. ¡Genial! ¿Pero dónde se ha metido este hombre?

Unos angustiosos minutos de caos discurren hasta que las luces del local se vuelven blancas de golpe y paran la música. Movimiento de gente. Un murmullo que crece. Y John aparece en medio del corrillo con los del Samur, que se ponen a atender a Marcos.

—¿Todo bien? —me pregunta cuando se acerca a nosotros.

Asiento y su mirada inquisitiva pasa de mis ojos a los de David y después a los de Sara. Solo cuando ha terminado de evaluarnos parece que se relaja.

—He tenido que llamarlos —dice dirigiéndose a David.

—Lo entiendo —contesta, serio.

Cruzan su mirada unos segundos y empiezan a sonreírse.

—Sigues teniendo una derecha letal—le dice John.

David se ríe y agacha la cabeza.

—No me hagas reír, *mother fucker*. —Inspira hondo y dice, muy solemne —: Venga, voy a entregarme.

Y ahora el que se parte es John. Debe de ser una bromita suya, porque yo no la pillo. Y Sara tampoco, que me mira con cara de «Esto es surrealista».

David se acerca a los servicios sanitarios y a un par de policías nacionales que también se han sumado al circo.

—Va a declarar —nos explica John—. Si todo va bien, no tardará más de dos horas. Luego tendremos que ir al hospital y esperar hasta que Marcos despierte. Le ofreceremos una indemnización y solucionado.

—¿David puede tener problemas si Marcos no la acepta? —pregunta Sara.

—Sí. —Sara baja la cabeza: sabe que Marcos no va a poner las cosas fáciles. John le acaricia el hombro y le dice con confianza—: Tranquila, lo aceptará.

Dos horas después estamos en la barra de la cocina de casa de Sara, royendo queso como ratonas, y sin noticias del Comando Macizo. Según los planes del ingeniero de operaciones, ahora deberían estar en comisaría. Pero confirmación no tenemos. Ni ganas de seguir bebiendo. Así de mal nos hemos quedado. Nos hemos venido abajo, del todo. Sara, porque siente vergüenza. Ella no lo reconoce, pero es el sentimiento que la está dominando ahora mismo. Intento hacerle entender que atormentarse es inútil —ya no hay nada que arreglar—, pero ella no me hace caso.

Me and Bobby McGee empieza a sonar en mi móvil. Lo descuelgo con rapidez.

—David va a entrar a declarar ahora —dice John atropelladamente—. Esto va mucho más despacio de lo que esperaba. Después, todavía tendremos que ir al hospital. Lo mejor será que te vayas al hotel. En recepción te darán tu llave. Si a las ocho no he llegado, pide el desayuno y espérame. Saldremos para Soria lo antes posible.

—John, mejor dejamos lo de mañana. Tú no te preocupes. Yo llamo a mi madre y...

—¿Crees que te vas a librar tan fácilmente? —Me río—. Mándame un mensaje cuando llegues al hotel.

—Vale.

—Te veo luego. *Bye*.

Y cuelga.

Todavía tardo unas cuantas horas más en despedirme de Sara, rogándole que no se fustigue más.

Llamo a un taxi y me voy al Wellington, a mi... ¿A mi qué? ¿A mi guarida nómada...? Lo dicho, un follón.

Recojo mi llave en recepción y en cuanto salgo del ascensor escribo a John.

Entro en la *suite* y decido priorizar. Ducha y lavado de dientes, antes de que empiece a despedir un halo verde como los Sims. La ducha, aunque placentera, se convierte en mi muerte. Apenas me seco cuando salgo y prácticamente repto hasta la cama. Y así, en pelotas, me arrebujó con el edredón y me quedo frita.

A las ocho, una señora muy amable y cuya madre no tiene culpa, la pobre, de mi mal despertar, me pregunta qué quiero desayunar. Hombre, pues, ya puestos, un americano. Diez minutos tardan en subirme unos huevos revueltos, bacón crujiente, tortitas, un bol de fruta —que no sé qué pinta aquí—, siropes y mermeladas como para hacer la segunda parte de *Charlie y la fábrica de chocolate*, y, total, que termina cayendo todo. En plan gocho —o gula de resaca, como queráis llamarlo—. Cuando le estoy dando el último sorbito al café —con sacarina— aparece John con mala cara.

—Hola, cariño. —Me levanto y le miro preocupada—. ¿Estás bien?

—Estoy hasta la polla... —Bufa. Le miro con los ojos muy abiertos y me parto—. Si hubieras pasado la noche en esa puta comisaria, no te haría tanta gracia. —Ríe también—. Y que me perdonen los policías, pero es que el comisario... ¡El comisario era una broma! —Alza los brazos—. Llega cuando le sale de los cojones y lo primero que me dice es: «Espero que tengan un buen motivo para sacarme de la cama». Y me han dado ganas de decirle: «Pero ¿qué no entiendes, anormal? Te hemos sacado de la cama porque hay un comandante de Scotland Yard detenido por agresión. Si no firmas los papeles, el que deberá salir de la cama ¡será el puto embajador!».

—Joder, menudo jaleo.

—Y el tipo, con toda su parsimonia, haciendo llamadas, porque no tenía ni puta idea de lo que hacer y no se fiaba de lo que le decíamos... *A fucking nightmare, baby*.

Me acerco a él y me abrazo a su cintura. John apoya su barbilla en mi cabeza.

—¿Y Marcos? —le pregunto.

Temo que David le haya dejado (más) tonto para toda la vida con su gancho infernal.

—Ni le hemos visto. Se ha despertado cuando estábamos en comisaria y, al enterarse de quién era David, ha renunciado a presentar cargos.

—Entonces, ¿todo arreglado?

—Eso parece.

—Deberías dormir algo... —sugiero.

John besa mi pelo.

—No. Me voy a la ducha.

—John, no hace falta que vayamos...

—Vega... —me interrumpe, y me mira con seriedad.

—¿Te pido el desayuno? —pregunto para que no se enfade.

Me da un beso en los labios que me eriza la piel y se marcha hacia la habitación.

—¿Eso es que sí? —pregunto turbada.

—¡Sí! —vocea desde el dormitorio.

—¿Qué te pido?

—Lo que sea, pero mucho. Me muero de hambre.

—Entonces mi favorito: un americano.

Voy a marcar la extensión del *room service* en el inalámbrico y John aparece bajo el marco de la puerta. Desnudo.

—¿Tu favorito es el americano? —Ladea la sonrisa.

—De toda la vida.

—Vaya, yo pensaba que tenía algo que ver. —Hace una mueca.

—Porque eres un egocéntrico. —Sonríe.

—Y un pervertido. —Sonríe él también—. No he podido dejar de pensar en hundirme entre tus piernas toda la noche.

Una llamarada de calor nace en mis pies y me enciende hasta las mejillas. Un fogonazo rápido, como cuando prendes una cerilla, justo ese instante en que el fósforo se frota con el raspador y... ¡zas! Todo arde. Pues así han sido las palabras de John en mi cuerpo. Y él lo sabe. Por eso su sonrisa se ensancha.

—Voy a ducharme.

—¿Solo? —mendigo.

—Si quieres que lleguemos a una hora honrosa a casa de tu madre, sí.

—¿Y quién ha dicho que yo quiera eso?

—Llama, *please*. —Señala el teléfono con la cabeza—. No me querrás hambriento por el camino.

Desaparece en dirección al baño, le mando a mi libido que vuelva a su cueva y hago la llamada, apuntando mentalmente que John Taylor tiene que comer a menudo. Él sabrá por qué.

—¿Quieres uno? —Le ofrezco un Donette cuando entramos en la Nacional II.

—Vienes muy bien preparada...

Acerca su boca a mi mano sin apartar los ojos de la carretera.

—Me he visto obligada a pedirlos al servicio de habitaciones para el camino. Me has asustado con lo de «No me querrás hambriento, pequeña».

—¡Yo no he dicho «pequeña»! —Se ríe.

—Es una adaptación libre. —Le ofrezco otro Donette, que él no rechaza—. El tema es: ¿cada cuántas horas necesitas alimento?

Se atraganta y tose entre risas.

—¿Pero qué crees que soy, un tamagotchi?

Ahora la que se parte soy yo.

—No sé. No imagino qué se esconde tras «No me querrás hambriento» —insisto para que siga con esas carcajadas que tanto me gustan—. «No me querrás hambriento: me convierto en hombre lobo» o «No me querrás hambriento: soy hipoglucémico y me desmayo».

John se carcajea. Su hoyuelo me saluda.

—No me querrás hambriento porque me pongo de mal humor. Nada más, *baby*. ¿Y qué demonios es eso de hipogolu...?

—Hipoglucémico. Lo del azúcar. —Me mira con cara de no entender nada—. Ya te lo explico otro día. Vale: entonces te pones de mal humor cuando tienes hambre, apuntado. ¿En alguna otra ocasión?

Fija su mirada en la carretera y frunce un poco el ceño.

—Cuando no estás cerca —murmura.

Y vuelven a la boca de mi estómago las burbujitas de placer, mariposas o como queráis llamarlas. Esa señal física de que la combinación química está a punto y es perfecta. Nos quedamos callados un momento cómodo. Las risas todavía corriendo por las venas y esa sensación de estar a gusto de verdad. John pone la mano sobre mi rodilla izquierda y la aprieta. Y yo le miro. O, mejor dicho, le admiro. Porque no solo le veo con los nervios oculares. No son sus ojos azules lo que miro, sino la luz que nace en ellos. No es su boca la que me atrapa, sino los recuerdos de la carnosidad de sus

labios entre los míos. No es la tersura de la piel de su mandíbula, sino la suavidad de su roce cuando se hunde entre mis pechos. No es la belleza en sí, eso puede verlo cualquiera. Le admiro porque soy capaz de verle a través de la huella que va dejando en mi historia.

El sonido de mi móvil me distrae. Es un mensaje de Sara, o más bien un telegrama. Cuánto la voy a echar de menos...

Resaca del infierno.

Suerte en el pueblo. La necesitarás. Jajaja.

Trae vino. Y si tu madre ha hecho torrijas, también.

No le cuentes nada de lo de Dubái, todavía no he hablado con la mía.

Me vuelvo a la cama.

—Es Sara —comento guardando el móvil—. Tiene resaca. ¿Qué habrá sido de David? —pienso en voz alta.

—Se ha ido muy jodido.

—¿Sí?

Ay, pobre.

—Sí. Sabe que me debe una.

Me guiña un ojo y me río.

—Te has portado muy bien con él.

—Se lo merece. En un gran amigo —dice con afecto—. Y posiblemente el culpable de que tú y yo estemos hoy aquí.

—Es verdad, nos conocimos por su culpa.

—En todos los sentidos.

Esa frase totalmente intencionada da un par de vueltas en mi cabeza.

—¿Te dijo que me contó lo de April?

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

—No hay mucho de qué hablar. Funcionó —dice sin más—. Lo de aquel club me dio la excusa perfecta para dejarla. Yo no la quería, ahora más que nunca lo sé. —Me mira al decirlo—. Y ella a mí tampoco, y toda esa farsa, esa mentira que habíamos tejido ya no se sostenía. David fue la tijera que cortó el último hilo y después todo se hizo más fácil. Él sigue pensando que me alejé durante unos meses porque estaba enfadado, pero no es cierto. Alejé a todo el mundo, excepto a Cynthia. Me refugié en mi cuñada porque supongo que era lo más parecido a un hogar que conocía. —Vuelve a mirarme un segundo y murmura—: Era.

EL ESPÍA Y LA PILINGUI

Ese sencillo «Era» ha estado dando vueltas en mi cabeza hasta que el GPS ha indicado con voz estridente que habíamos llegado a nuestro destino. John me ha dicho que soy su hogar. Y eso me hace inmensamente feliz y a la vez me asusta un poco. Es difícil de explicar... El caso es que la señora chillona me ha sacado de mis cavilaciones y me ha devuelto a la realidad. Nada halagüeña, todo hay que decirlo.

En casa de mi madre la puerta está abierta, como de costumbre. En este pueblo solo se cierran por la noche, y antiguamente, ni eso. La casa es estrecha, pero muy larga. Un angosto pasillo la recorre de norte a sur, de entrada a cocina, dejando el salón, una alcoba y un baño a la derecha. Hay otro par de habitaciones en el piso de arriba y otro aseo y encima la troje —o desván, doblao, buhardilla... , como queráis llamarlo—. El aroma es el de siempre: una mezcla de puchero y naftalina, pero hoy hay asado; identificaría ese olor en cualquier parte. La voz de mi madre se alza desde el salón —ojo, el salón y no la cocina, que es donde se hace la vida; el salón es solo para las grandes ocasiones— y allí nos encontramos con mi progenitora y la suya, o sea, mi abuela —sí, la bruja—. Las dos con la permanente recién hecha y vestidas de domingo. Solemnes. Más tiasas que un palo.

Saludos. Presentaciones. Preguntas de cortesía sobre el trayecto. Y mi madre trayendo unos mostos en los vasos buenos y unos aperitivos. Mi abuela se sienta en uno de los dos sillones que hay junto a la tele y nosotros lo hacemos en el sofá de dos plazas. La mesa está puesta con el mantel de hilo y la vajilla del ajuar de mi madre, que solo se utiliza cuando vienen visitas ilustres como el cura. Para la familia de verdad, con el Duralex vamos servidos.

—¿Qué tal sigues, abuela? —le pregunto con la esperanza de que nos entretenga un buen rato con sus achaques.

—Pues mal, hija. ¿Cómo voy a estar? Si esos matasanos no dan una conmigo. ¡Dos veces! —Y saca los dedos y todo—. Dos. Me han cambiado las pastillas de la tensión el mes pasado. Yo creo que practican con nosotros. Con los viejos —aclara—. Y si nos morimos, pues, hale, uno menos al que pagarle la pensión.

—Ya estás con tus cosas de que os quieren envenenar —la regaña mi madre—. Los médicos lo hacen por tu bien, y les tienes que hacer caso y ya está.

—Sí, les voy a hacer caso yo... ¡Que se las tomen ellos! A mí no me envenenan.

Miro de reojo a John, y está haciendo verdaderos esfuerzos por no reírse. Le entiendo.

—Pues no parece que haya venido mucha gente al pueblo este puente —digo para zanjar el tema de la conspiración galénica.

—Cada vez menos —dice mi madre, y se dirige a John—. Ahora la gente tiene poco tiempo libre y prefiere irse a la playa o a Eurodisney en vez de venir al pueblo. Es una pena. Hace años daba gusto ver la calle un día de fiesta, no había ni sitio para aparcar.

—Mejor así —dice enfurruñada mi abuela. Que no es que lo esté, es que es su tono habitual—. Antes había tanto muchacho jugando fuera que no podía una ni echarse una cabezada después de comer.

—Anda, anda, que tú te la echabas de cualquier manera —le dice mi madre.

Se levanta, nos anuncia orgullosa que el cordero ya está listo y pide que nos vayamos sentando en la mesa. Me ofrezco a ayudarla y aprovechar la discreción de la cocina para contarle lo del dinero. Si John no está delante, será más fácil. Para las dos.

—Oye, mamá, quería comentarte una cosita... —le digo entrando en la cocina.

—¿Estás embarazada?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué es lo primero que has pensado?

—Ay, hija, pues no sé, pensé que a lo mejor era por eso... —Se interrumpe y se pone a sacar el cordero del horno.

—Por eso ¿qué?

—Nada, nada. —Suelta el asado encima de un salvamantel y recupero su atención—. ¿Qué me querías contar?

Decido ignorar su comentario e inspiro hondo.

—Verás, resulta que John sabe que tenemos... una deuda. —Mi madre se queda quieta y yo, con el sentido del tacto anulado, le suelto—: Y quiere pagarla. —Palidece y se sienta. Me acomodo a su lado y le explico—: Vamos en serio. Muy en serio, mamá. De hecho, me ha pedido que me vaya a vivir con él.

—Y te está dando dinero para que aceptes —musita.

—¡No! Yo no quería que pagara nada...

—Hija, ten cuidado.

—Mamá, por favor, confía en mí.

Cojo la fuente de ensalada y me voy al salón. No tengo ganas de que mi madre empiece a sembrar la duda en mi cabeza. Yo ya se lo he dicho; si quiere buscarle tres pies al gato, ella sabrá. Cuando llego, John está aguantando estoicamente una chapa sobre los mejores protectores de estómago y me recibe con un sonoro beso en la mejilla al sentarme a su lado.

—Chiss, chiss. —Nos regaña mi abuela—. Arrumacos en la mesa, no.

Más maja ella...

Mi madre trae el cordero y vuelve a por las patatas panaderas y el vino. Ribera, claro. Comemos un rato en silencio, con el único sonido de los cubiertos chocando contra los platos de porcelana, y los sabores que paladeo consiguen transportarme a un tiempo en el que este fue mi hogar. Un tiempo que siento tan lejano que una punzada de vértigo me pellizca entre las costillas. Miro a John y todo es raro. Mi presente y mi pasado en el mismo lugar, como si alguien hubiera doblado la página donde está impresa la línea de mi vida y hubiera juntado los extremos. Y reconozco que no me gusta la sensación de andar en círculos.

—¿Y de dónde dices que eras? —le oigo preguntar a mi abuela.

—De Estados Unidos —le dice John.

Mi abuela se queda igual.

—Americano, abuela.

Ella le mira fijamente y sentencia:

—Pues no tienes pinta.

—¿Y de qué tengo pinta? —le pregunta John con curiosidad.

—Mmm. —Mi abuela le escanea—. Te pareces a ese que sale en las películas de espías. El que lleva un coche muy bien preparado y se liga a las pilinguis.

John se carcajea y a mí se me atraviesa una patata asesina, y hago verdaderos esfuerzos por no asfixiarme.

—¿Cómo se llamaba? —sigue a lo suyo mi abuela—. Tiene un número... ¡El siete! —Suelta de

repente como si estuviera en un bingo—. ¿Sabéis quién os digo?

Me tapo con la servilleta, sufriendo el ataque de risa más jodido de mi vida, y John intenta controlar su respiración poniéndose muy serio, pero, en cuanto mi abuela abre la boca, se carcajea sin control y tiene que agachar la cabeza.

—Es algo de James o Jones —dice mi madre.

«Paco, mamá, Paco-Jones», me entran ganas de decirle. Y esa es mi ruina. El ataque de risa se me descontrola del todo y tengo que levantarme de la mesa.

—Voy al baño un segundito —digo entre dientes.

—¡Indiana Jones! —exclama mi abuela, muy orgullosa de haberlo adivinado.

Cuando regreso, mucho más recompuesta y sin rímel corrido debajo de mis pestañas, mi madre me informa de que era James Bond de quien hablaban. Pues si no me sacas de la duda, me paso la vida reconcomiéndome, oye.

Con el café servido y mi abuela en los brazos de Morfeo frente a la televisión, mi madre saca el tema.

—Entonces, ¿os vais a vivir juntos? ¿Cuándo? ¿Y dónde? ¿En Madrid?

Miro a John. Él se hace cargo de las preguntas.

—Por mi trabajo tengo que viajar con frecuencia. Pero, básicamente, viviremos a caballo entre Nueva York y Madrid.

—¿Y tu trabajo? —me pregunta mi madre.

—Voy a pedir una excedencia.

—¿Y para cuándo la boda? —pregunta mi abuela.

¿Pero no estaba dormida?

—Abuela...

John sonríe.

—Le aseguro que, si por mí fuera, mañana mismo. Pero su nieta no se deja convencer.

Le miro con desdén. Eso, John, tú échame la culpa a mí.

—Ah, no, pues eso sí que no. Ahora llamo yo al cura...

—Abuela, por favor, que aquí no necesitamos un cura para nada.

Se sienta, relatando, y a mí me parece un momento estupendo para irnos. Misión cumplida.

—Bueno, mamá, nosotros nos vamos a ir yendo. Para que no se nos haga de noche...

—Sí, sí, claro. —Se levanta—. Ven, que te preparo unas torrijas para el camino.

—¡Vale! Me van a venir de perlas. —Me gano un pellizco en el trasero y huyo antes de que vengan más detrás. Sigo a mi madre por el pasillo que va a la cocina—. Mamá, Sara me ha dicho que le des unas pocas. Y ¿tienes vino?

Mi madre me prepara una bolsa como para sobrevivir un mes y regresamos por el pasillo en paz y armonía, hasta que me para y me dice en voz baja:

—Aquí hay algo que no me da buena espina. Dime la verdad, por favor. Ese hombre ¿tiene... gustos raros?

—¿Cómo que gustos raros?

—Sí, hija... Eso que se puso tan de moda con el Grey...

—¡No!

—¿Segura? —pregunta realmente interesada.

—Pero ¿se puede saber por qué me preguntas eso?

Ella me mira fijamente, chasca la lengua y murmura:

—Pues porque no me creo que sea todo tan bonito. Que conozcas a un hombre con esa planta, tan

educado, tan viajado y que esté dispuesto a pagarnos las deudas, así porque sí...

—No es porque sí, mamá, es porque le importo.

—Pues me vas a perdonar, hija, pero eso es lo que menos me creo.

Me tambaleo. La bofetada ha sido verbal, pero ha funcionado igual: la he sentido golpeándome en toda la cara.

—¿Por qué? —le pregunto muy seria.

—No te pongas así. —Aparta la mirada—. Lo que quiero decir es que él es tan... y tú...

—Dilo, mamá, dilo. «Él es tan estupendo y tú no estás a la altura». No me lo merezco, es eso, ¿no?

—Sí te lo mereces... —dice, dándome la razón como a los tontos.

—Pero soy poco para él. Eso es lo que crees —afirmo, no pregunto. La cara de apuro de mi madre me lo confirma—. Pues déjame que te diga una cosa, mamá: nos merecemos mutuamente. Y he podido convencerme de ello después de librarme de pensamientos como los que tú me intentas transmitir ahora. —Me tiembla la barbilla—. Yo no seré nadie, no te lo niego, pero le hago feliz.

Miro por el espejo retrovisor que hay pegado a mi ventanilla cómo mi pueblo se hace cada vez más pequeño y se pierde en la distancia, y no quiero llevarme conmigo los sentimientos que han vivido allí tantos años y que se anclan a mi espalda cada vez que bajo la guardia. Quiero estirar el folio, pasar la página. Quiero volar. Lejos. Alto. Tan alto que no pueda encontrar el camino de vuelta.

Llegamos a la *suite* a eso de las ocho. Sé que John está preocupado por mí; ha intentado darme conversación durante el viaje, pero no ha conseguido sacarme más que monosílabos. Soy así de odiosa cuando me pongo introspectiva.

—¿Tienes hambre? —me pregunta entrando en el dormitorio.

—No. Me lleva repitiendo el cordero desde que hemos salido. —Miro alrededor—. Oye, ¿y mi maleta? Esta mañana la he dejado ahí. —Señalo junto al pie de cama.

—Doncella —murmura en mi oído, agarrándose por la espalda. Me pego a su pecho y su calor me relaja—. Desnúdate y a la cama.

—Qué directo... —Sonrío.

—A dormir —aclara—. Soy físicamente incapaz de hacerte nada ahora mismo. Apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Pobre, anoche no pegó ojo, y la noche anterior, tampoco mucho (ejem). Y a mí tampoco me vendría mal dormir, que también he pasado unas noches toledanas bastante serias.

—Venga. Pues a dormir —le digo.

Y sin entretenernos en minucias como ponernos los pijamas, nos metemos entre las blancas sábanas y caemos rendidos.

Cuando me suena el despertador, no encuentro ningún motivo para salir de la cama, así que escribo a mi jefe para informarle de que me cojo uno de los días de vacaciones que todavía tengo pendientes. Total, ¿qué es lo peor que me puede pasar, que me despida? Cosa que no sucede. Solo me envía a eso de las nueve un *mail* muy largo donde me reprende en bucle. Clico sobre la papelera virtual y me dedico a lo importante: gastar con John las pilas que hemos recargado durante la noche. Toda la mañana y toda la tarde nos damos amor del bueno. Con los labios, con las manos, con el alma y con el convencimiento de que estar juntos es nuestro estado natural. Hasta ese punto de locura hemos llegado.

Y hablamos mucho. Y hacemos planes, con la boca llena de promesas y sueños por cumplir, juntos. Y el miedo, ese que deslucen los días más radiantes, simplemente se evapora al calor de nuestro amor. Y todo fluye, y todo es aire... Aire que llena mi pecho de esperanza, de ganas de abrir la ventana y

gritar fuerte mi alegría. Me siento tan en las nubes que ya ni siquiera me importa el suelo que vayan a pisar mis pies. En este día de exaltación emocional me declaro nómada y libre. Y doy gracias al destino por jugar a enredar los caminos. Y me siento orgullosa de mí misma por haber vencido el vértigo.

Y volviendo al planeta Tierra —Europa, España, Madrid, la *suite*— desciendo de mi viaje para centrar mi atención en John, que me pregunta si quiero el último trocito de *sashimi* de la cena. Niego con la cabeza y miro alrededor. Somos unos artistas: ni hemos manchado las sábanas de salsa de soja siquiera.

—No hemos pedido postre —comenta John.

—Mejor, no me cabe.

Me tumbo boca arriba en la cama y me froto la barriga. No debería haberme comido los dos últimos *niguiris*. John me mira divertido.

—¿Un digestivo? —pregunta con una sonrisa en sus jugosos labios.

—Mmm... —Me lo pienso—. ¡Un pacharán!

—Vale. —Me imita y se levanta, esquivando un almohadazo, y recoge las bandejas de la cama.

—Espera, que te ayudo.

—Ni se te ocurra levantarte —dice señalándome.

—Pero, John...

—Déjame que te mime un poco.

Le sonrío como una boba.

—Bueno, vale, pero que sepas que me acostumbraré... Y puedo ser muy tirana.

John se carcajea y sale de la habitación negando con la cabeza. Le oigo trastear en el salón y me levanto para ir al baño.

En medio de mi tarea intestinal, John llama a la puerta.

—Te está sonando el móvil.

—¿Puedes mirar quién es, por favor? —le pido para ganar tiempo.

—*Ok*.

Escucho con atención y oigo sus pasos amortiguados por la moqueta. Me limpio, me levanto con rapidez, vacío medio bote de desodorante en *spray* dentro del cuarto de baño, me lavo las manos y salgo con dignidad del aseo. Como si no hubiera hecho caca nunca.

John entra en la habitación, mirando mi teléfono.

—Han colgado —comenta—. No tienes almacenado el número.

—Qué raro... —Le cojo el móvil y estudio el número. Como si fuera a servirme para algo—. ¿Quién será?

—Llama y lo averiguas. —Sonríe.

Al primer toque me responde una voz tímida, con un fuerte acento alemán.

—Hola, Vega. Perdona a mí por llamar. ¿Es tarde? No he pensado...

—Eh, no pasa nada. —Creo, porque en realidad no tengo ni idea de qué hora es—. ¿Eres Erik?

—¡Sí! Lo siento no presentar a mí. —Risita nerviosa y carraspeo—. Yo soy Erik, el... amigo de Francesco. Él da tu número para mí.

—Sí, sí. Estaba esperando tu llamada —digo en tono buenrollista, porque parece que está pasando un mal rato, además de no aclararse con el idioma...—. Si te es más cómodo, podemos hablar en alemán...

—¿Sí? ¿No importa a ti?

—*Kein problem!*

(Paso al modo de traducción simultánea)

—Gracias. No hablo nada bien español. —Y que lo diga—. Eres muy amable. —Otro carraspeo—. Te llamaba para ver si te apetecía tomar un café mañana conmigo... A la hora que tú quieras —añade nervioso.

—Claro que sí. Salgo de trabajar a las seis; ¿a las ocho te va bien?

—Genial. A las ocho donde tú quieras.

—No, hombre. Elige tú. —Quiero que se sienta cómodo.

—Es que... yo no conozco apenas Madrid...

—Pues ¿te mando un mensaje con el sitio?

—De acuerdo. Muchas gracias.

—A ti por llamarme. Mañana nos vemos, Erik.

—Sí, hasta mañana, Vega.

Cuelgo sonriente; me ha resultado entrañable hasta por teléfono. Me giro y se lo cuento a John.

—Le diré que vamos al Starbucks que hay cerca de mi gimnasio y así aprovecho y nado un rato —pienso en voz alta.

—Nadar es importante para ti, ¿verdad?

—Sí. Me ayuda mucho. Física y psicológicamente.

—Me alegro de haber elegido un ático con piscina.

Le sonrío y me cuelgo de su cuello.

—Estoy deseando que los días pasen para empezar a vivir contigo de verdad.

—Va a ser estupendo.

La confianza con la que dice esa frase me reconforta tanto como el agua.

—Me gusta oírte tan convencido —musito.

—Lo estoy —afirma—. Me di cuenta ayer, mientras me duchaba. Estaba cansado, pero no agobiado, como siempre que termino de trabajar. Me cuesta un poco desconectar a veces... Pero tú lo solucionaste con una breve charla.

—¿Te refieres a cuando me contaste del comisario? Estuviste muy... vehemente. —Sonrío al acordarme de los espavientos.

—Eso es: llegué después de una noche de mierda, agotado física y mentalmente, y lo único que necesité para desahogarme fue hablar contigo unos minutos. Nunca he podido comunicarme con nadie como contigo. Desde el principio lo siento como algo natural. Tú me miras y las palabras se escapan de mi boca. —Me sonrío con ternura y me pregunta—: ¿Cómo lo haces?

—Suero de la verdad. Te lo cuelo en la bebida siempre que puedo. —John se carcajea. Buf, qué guapo se pone—. Me encanta verte reír así, con tu hoyuelo asomando, y también, que me contaras tu noche del infierno en la comisaría con tanta confianza. A lo mejor me equivoco, pero tengo la sensación de que, en general, eres un hombre bastante hermético.

—Lo soy.

—Algo vi la otra noche...

—¿Cuándo? —pregunta, extrañado.

—En el Dark, cuando te pusiste en plan profesional. Ya sé que es una niñería, pero te fuiste sin darme un triste besito...

John me sonrío.

—No quería que nos relacionaran con vosotras y tuvierais que venir a declarar.

Y yo pensando que cuando se pone en modo comando tiene que dejar a un lado sus sentimientos... Qué cosas.

—¿Cómo lo arreglasteis? —pregunto intrigada—. Con la policía, me refiero.

—Con una nota informativa interna. Algo habitual.

—Pero no del todo legal...

John sonríe con burla.

—Sí que lo es. Está firmada por el comisario.

—Me has entendido, John.

—De acuerdo, digamos que es un arreglo formal.

Vamos, lo que en mi pueblo se llama un apaño.

—¿Y si Marcos hubiera sufrido lesiones?

—David habría corrido con todos los gastos, indemnización incluida. —Frunce el ceño—. ¿Dónde está el problema, Vega?

—¿La verdad? —Asiente—. No lo sé, John. Pero no puedo evitar la sensación de disgusto.

—Pues olvidémoslo: ya está todo arreglado.

Me da un besazo y me abraza. Aprieto su torso contra mi cuerpo, buscando su calor, porque me he quedado fría. Lo que John me está pidiendo, que me limite a mirar hacia otra parte y a olvidar, me da miedo; porque la confianza que tengo en él me lleva a cumplir sus peticiones sin cuestionarme nada más. Con él todo resulta tan sencillo... Un fuego arde, él lo apaga y todos respiramos aire limpio de nuevo, sin pararnos a pensar en el cómo... Porque apagar un fuego está muy bien, pero si tienes que robarle el agua al vecino para hacerlo, ya no está tan bien... No sé si me seguís... No os preocupéis, es normal, a veces no me sigo ni yo.

El caso es que no he podido evitar recordar el suceso del vídeo que me grabaron en el Invictus. Entonces no dudé en olvidarlo y no me pregunte cómo lo había solucionado, aun sabiendo que la cosa se tuvo que poner fea porque John traía un ojo a la funerala... ¿Estoy deslumbrada? ¿Estoy siendo egoísta? ¿Poco consecuente? Sí, sí y sí.

Y siento más frío, porque ese nunca ha sido mi estilo.

EL CIRCO

Mi nueva casa mola. Mucho. Si es que se puede considerar una casa a la *suite* de un hotel... Vega Lohan podéis llamarme a partir de ahora: vivo en un hotel de lujo, me tiro a un chulazo cada noche —en mi caso es siempre el mismo— y estoy a punto de perder la cabeza. ¿Quién soy yo y qué le ha pasado a mi vida?

Dejo la taza de café sobre la mesa del comedor y miro a John, sentado frente a mí. Parece un ángel. Y no porque no tenga sexo, que lo tiene, bien lo sé yo, es porque es irrealmente guapo y encima está iluminado por los rayos de sol de la mañana que entran por la terraza, abierta a su espalda.

—¿Quieres más café?

—No, gracias —contesto bajando de mi nube—. Voy a vestirme ya.

—No creo que tardes más de quince minutos en llegar. Ven.

John me hace un gesto hacia sus piernas. Me acerco y me siento a horcajadas sobre él. La fina tela de su pantalón de pijama acaricia mis muslos y sus manos, mis nalgas.

—¿Y tus braguitas, *baby*?

—Ni idea; tú sabrás qué haces con ellas después de arrancármelas...

John se ríe y me recoloca sobre su paquete. Cruzo las manos en su nuca y le beso levantando ligeramente la pelvis. Funciona. Algo empieza a despertar entre mis piernas... y las suyas. Hunde su lengua en mi boca con decisión, demandante, con sabor a café y a ganas.

—Tenemos poco tiempo —murmura al soltar mi labio inferior de entre sus dientes.

—¿Uno rapidito?

Y rapidito, rapidito, no ha sido, pero no he llegado tarde y ya no me quita la sonrisa de la cara ni mi jefe, que hoy está en modo soplapollos.

Nada más llegar a la oficina le he dado la noticia. He intentado ser lo más honesta posible al exponerle el motivo de mi excedencia. Él, de primeras, se ha mostrado comprensivo, e incluso me ha pedido bromeando que le invitara a la boda —vamos, ni mueeerta—, pero a la vuelta de la comida le he oído decir por teléfono que el motivo de mi marcha es (cita literal): «No ha podido con el puesto. Todo es demasiado técnico y no está preparada». Así, con dos cojones lo ha dicho. Y yo le he oído. Y media planta, porque lo ha soltado a voces. ¿Qué os parece? A mí, una cerdada, la verdad. Pero, bueno, no pienso amargarme para cuatro días que me quedan dentro del convento. Su actitud solo me confirma que mi decisión va por buen camino. Aquí no pinto nada. Afortunadamente.

A las seis —y ni un minuto más— salgo por la puerta de la oficina. Estoy por escaquearme y pasarme un ratito por la *suite*, pero no lo hago porque mi jodida conciencia no me deja tranquila y no cesa de repetirme que, si no nado, me crecerá el culo.

Cuando entro en el Starbucks a las ocho, me arrepiento de haberme tomado tan a pecho lo de mantener la línea. Estoy que me caigo de cansancio. Miro entre las mesas ocupadas. Erik me reconoce y se pone de pie, saludándome con la mano. Y sé que es Erik porque no puede negarlo. ¿O vosotras no os lo habíais imaginado rubio, con los ojos verdes y cara de niño bueno? ¿No? Bueno, pues yo sí, y, por una vez, he acertado.

Tiene el pelo bastante corto, peinado con la raya al lado. Su cara es muy dulce: nariz pequeña,

boquita risueña y unos ojos vivarachos, escondidos detrás de espesas pestañas doradas. Va vestido con unos vaqueros claros, una camisa del mismo tejido y una camiseta roja bajo ella. Casi del mismo color que están sus mejillas. Es para achucharle, de verdad.

—¡Hola! —Le doy dos efusivos besos.

—¡Hola! —Ríe sorprendido—. Mucho gusto conocer a ti, Vega.

—Lo mismo digo, Erik. —Paso al modo traducción simultánea—. ¿Nos sentamos?

—Sí —dice, pero no lo hace—. ¿No quieres tomar nada?

—Ah, pues sí... Un capuchino, por favor. —Erik asiente y se encamina a la barra—. Y una *muffin* de chocolate. ¡Gracias!

Aprovecho la pausa para llamar a Leticia. Hace varios días que no sé nada de ella. Cuando descuelga, escucho niños gritar de fondo y la voz de Iván retumbando.

—¡Carlota, no se pega! —chilla Leticia. Un «Cállate, no eres mi mamá» se oye fuerte y claro—. Por suerte... —murmura Leti.

—Nena, esto..., mejor no te entretengo, que se ve que estás liada...

—Estoy en Ikea con Iván y las niñas —susurra, y se nota que está protegiendo el auricular, porque el ruido de fondo ya no se oye—. Esto es un calvario.

—Me lo imagino.

—No, no estoy hablando con mi exmarido. Yo no tengo exmarido, Gabriela —dice como si estuviera harta de repetirlo—. Porque no ¡y punto!

Erik regresa con la merienda.

—Leti, esta semana me paso por casa y te dejo las llaves. Ya me cuentas tranquilamente, ¿vale?

—Vale, pero las llaves te las quedas. Son tuyas, Vega. Utilízalas siempre que quieras.

Me emociono un poco y me despido antes de soltar alguna cursilada. Abandono el móvil encima de la mesa y sonrío a Erik.

—Muchas gracias.

Cojo el café y le doy un pellizquito a la magdalena.

—Soy yo el que debería darte las gracias, Vega. —Le miro extrañada—. Por quedar conmigo —aclara. Pega un trago a lo que sea que esté bebiendo, no tengo rayos X, y yo sigo devorando mi merienda—. Francesco me ha hablado mucho de ti. —Sonríe—. Me ha dicho que eres una persona muy especial para él. Y le creo, porque es la única manera de explicar que te hiciera caso con lo del centro.

—En realidad, la idea no fue mía —farfullo tragando.

—También me lo dijo. Fue cosa de tu...

—Puedes llamarle «novio».

Es más corto que «mi adonis nómada irresistible».

—John Taylor, ¿verdad? —Asiento bebiendo de mi taza. Qué rico todo, por favor—. Francesco me contó que es... muy atractivo —murmura un poco incómodo.

—¿Celoso? —le pregunto con una sonrisa. —Erik asiente y se sonroja. Pero qué mono es...—. Pues no lo estés. A este no le suelto ni loca. —Le guiño un ojo y él se ríe. Parece que va relajándose—. ¿Has hablado con Fran desde que entró en el centro?

Yo no he sabido nada de él desde que se despidió con un mensaje: «Lo voy a conseguir».

—Sí. Telefoneó ayer. Fue la recompensa de su segunda semana limpio. Él fue quien prácticamente me obligó a llamarte. Yo soy un poco tímido... —Se sonroja otra vez—. Pero me dijo que conectó contigo desde el principio... y...

—Y tú quieres hacer lo mismo.

Me mira atónito y enrojece del todo.

—No..., es que...

—Perdona. —Le pongo la mano en el antebrazo. Joder, qué duro... Carraspeo y le suelto—. Es que soy un poco burra. Lo que quería decir es... —A ver cómo me explico—. Que, a lo mejor, tú pensaste... que, si Fran había conectado conmigo a la primera, ¿por qué tú no?

Erik se encoge de hombros, un poco menos colorado.

—Sí, algo así.

—Pues estoy totalmente de acuerdo. ¿Por qué no? —Nos sonreímos—. ¿Estás preocupado por él?

—Siempre estoy preocupado por él —dice, cansado—. Drago es así. Tiene algunas temporadas buenas y muchas malas. Lo increíble es que las buenas son tan buenas que merece la pena pasar el resto. —Asiento con la cabeza, pensando en sus palabras—. ¿Y tú, estás preocupada?

Me sorprende su pregunta. Porque ni siquiera yo me la había planteado. Miro por el ventanal unos segundos, buscando la respuesta, y el ir y venir de la gente, la vida, me la da.

—A mí me preocupa que no pueda encontrarse, que esté tan acostumbrado a centrarse en los demás, a mirarse a través de otros ojos, que él mismo se eclipse. Creo que vive esclavo de su *alter ego*, sacrificando su identidad por una imagen, escondiendo a Francesco detrás de Drago. Y vivir así tiene que ser muy duro...

—Lo es —afirma con Erik voz trémula.

Le miro y tiene los hombros hundidos, la cabeza agachada y el bajo de la camiseta hecho un ovillo entre los dedos. No sabría explicaros lo que me entra por el cuerpo, pero, cuando quiero darme cuenta, mi mano se ha agarrado a las tuyas y mi boca le está diciendo:

—Os lo merecéis todo, ¿me oyes? No permitas que nadie te diga lo contrario. Nunca.

Un par de horas después regreso a mi guarida nómada a refugiarme entre los brazos de John. Conocer a Erik ha sido una bonita experiencia, sin duda, pero me ha dejado un estado de inquietud bastante considerable.

¿A que no sabéis por qué rompieron Erik y Fran cuando estaban en Alemania? No, claro que no lo sabéis, porque yo tampoco lo sabía y soy la que lo está contando... En fin, preguntas absurdas aparte, os contaré que el motivo de la ruptura fue la mente enferma de cuatro retrógrados —o cuarenta millones— que piensan que un señor que elige meter el pito en un orificio de otro señor pues ya es un despojo humano. O un desviado. O un delincuente. Y se merece la consideración de subhumano y tiene que vivir en una puta cueva, escondido para no dar vergüenza a sus congéneres. En resumen: que Erik quería salir del armario y Drago no tuvo valor y se dio a la vida loca. ¿A que esto no hubiera pasado si a nadie le importara una mierda lo que hace cada cual con su pito? Pues eso...

—Hola, cariño. Por fin estoy en casa —canturreo al abrir la puerta de la *suite*.

Y me quedo a cuadros porque un ejército de hombres y mujeres vestidos de traje han okupado el salón.

—Eh... —Me giro hacia la puerta, no sé si para salir corriendo o para asegurarme de que esta es mi habitación... Pero si no lo fuera, no habría abierto la tarjetita, ¿no? —Perdonen. —Carraspeo—. ¿No conocerán, por casualidad, a John Taylor?

Unas carcajadas se oyen de fondo en la habitación. John se asoma entre varias personas.

—Hola, *baby*.

Viene hacia mí, sonriente, y yo sigo plantada en medio del recibidor, agarrando mi bolso con fuerza.

—Hola —susurro.

Me da un besito, que no me sabe a nada, y me coge de la mano. Camina unos pasos, casi arrastrándome por la moqueta, y pide atención a los secundarios de *Men in Black*.

—Chicos, esta es Vega, mi novia —me presenta tan pancho, y hasta parece orgulloso y todo. Yo saludo con la mano, muerta de vergüenza. Un murmullo de saludos llena el salón—. Ellos son mis asesores en Europa —dice mirándome—. Te hartarás de verlos por aquí. —Todos se ríen, y yo los imito. Ja, ja, ja, ¿cuándo pensabas contármelo, pedazo de pendejo?—. Seguid con lo de Hungría, ahora mismo vuelvo —les dice.

Y tira de mi mano de nuevo, en dirección al dormitorio. Me despido torpemente y de igual forma le sigo. Entramos en la habitación, y antes siquiera de encender las luces, John atrapa mi cara entre sus grandes manos y me besa como él sabe, haciendo que no importe otra cosa en el mundo.

—Fuck, *baby* —gruñe bajando por mi barbilla, por mi cuello—. Cómo te he echado de menos...

Vuelve a mi boca y hunde en ella su lengua con decisión. Colonizándome entera. Demandante. Meto las manos por su americana y aprieto mis dedos en el forro de su chaleco. Gimo y John se separa sonriente.

—Creo que deberíamos parar...

—De eso nada. —Le clavo las uñas en la espalda—. No haber empezado...

—Tú sabes que la habitación de al lado está llena de gente, ¿verdad? —Asiento y mis manos vuelan hasta su cinturón. Él las sujeta y me reprende con la mirada—. Luego.

Hago un puchero y le suelto. Invaden mi guarida nómada y me fastidian el polvo de bienvenida. ¿Por qué los ha traído?

—A todo esto, John: ¿qué hace aquí esa gente?

—Trabajar —dice como si fuera evidente—. Pero no tardaremos mucho. —Me da un beso—. Si tienes hambre, pide la cena, ¿vale? Yo comeré algo cuando termine.

Pues nada, genial. Pasen y vean el circo absurdo en el que se ha convertido mi vida.

TODO CAMBIA

El viernes, John despeja la *suite* de asesores —no he querido preguntar cómo— y por fin disfrutamos de un fin de semana solo para nosotros. Solo nosotros. Pero el lunes llega enseguida y, con él, una semana que empieza siendo desconcertante.

En el trabajo, Manuel decide imponer la ley del silencio y solo se limita a saludarme cuando me tiene delante: al llegar y en la máquina de café. Nada más. Me cancela por *mail* todas las reuniones y me deja prácticamente mano sobre mano. Y no es que me queje; es que me aburro más que un piojo en una peluca.

En casa de Leticia... se me cae el alma a los pies. ¡Ya no está el columpio! Y vale que sea comprensible, porque las niñas van a vivir aquí por temporadas y etcétera, etcétera, pero por esa regla de tres también deberían haber quitado la televisión, que es mucho más dañina... En fin, debates morales aparte, os confesaré que lo que de verdad me da pena es ver mi antigua habitación. Ahora hay una cama nido empotrada en la pared y mi rincón zen lo ocupa un cesto lleno de muñecas. Me dan ganas de pedirle a Leti el sillón orejero, pero, claro, ¿dónde voy yo por el mundo con semejante chisme? Así que nada, tendré que aceptar con resignación que ahora pase a formar parte del catálogo de la tienda solidaria del barrio. Un bajón. Porque, aunque gris y triste, era mi vida.

Crece mola, pero dejar cosas atrás en el viaje no tanto. Y hablando de viajes... Voy camino de la calle Desengaño, para ayudar a Sara a hacer las maletas. Cada vez que pienso lo lejos que vamos a estar, me entran ganas de llorar. Hago trasbordo a la línea 1 y una mujer que también entra en el vagón me sonríe cuando le cedo el asiento.

—Gracias.

—No es nada. —Le devuelvo la sonrisa.

El tren se pone en marcha con un pequeño tirón y me agarro al poste que hay junto a la puerta. La señora saca una revista del bolso y se pone a leer. Me horroriza ver en la portada la foto de Ania Yokorskaia —*a. k. a. la cerda rusa*— y un titular que anuncia su inminente alumbramiento; presume de que será una orgullosa madre soltera. Pues no opinaba igual cuando pretendía encasquetarle la criatura a Drago... Bufo. La mujer levanta los ojos de la revista y me mira con atención.

—¡Eres Vega Rodríguez!

Mierda.

—No, qué va. Siempre me confunden con ella. —Me río, más falsa que Judas—. Ya me gustaría a mí haber sido la novia de Drago.

Y no miento: hubo un tiempo en el que no me hubiera importado.

—¿No? Pues te pareces un montón. —Me hace un chequeo de arriba a abajo.

Por suerte, el tren se detiene, y resulta ser mi parada. Cuando salgo del metro en Gran Vía, escribo por wasap a John.

*Estoy en casa de Sara.
Buen viaje de vuelta, cariño.*

Porque no sé si os lo había dicho, pero John está fuera. Por poco tiempo, afortunadamente: regresa

dentro de unas horas.

*Gracias, baby.
Espérame despierta.*

Mmmm, qué sugerente, ¿no? Creo que me voy a dar bastante prisa con Sara.

En casa de mi amiga la revolución ha comenzado. Dos millones de cajas plagan su piso y dos horas de mi vida me dejó ayudándola a empaquetar ropa. Eso sí, me he traído como botín un *body* de red superporno. Es de tirantes y cubre hasta los pies, pero, curiosamente, el culo y el cogollo te los deja al aire. Muy práctico todo. Y que conste que lo he reciclado por su bien: si se lo pillan en Dubái, no pasa de la aduana.

Cuando llego a la *suite*, todavía sigue vacía. Me pego una ducha rápida, me lavo los dientes y me embadurno con dos kilos de crema perfumada. Me seco el pelo boca abajo, me enfundo el *body* de red —con mucha dificultad. Si lo llego a saber, no me echo la crema— y nada más. Con el primer chakra totalmente libre. Me tumbo encima de la cama y me da vergüencita, para qué engañarnos, pero imagino la expresión de John al entrar y se me pasa.

No sé cuánto tiempo estoy tumbada, esperando..., pero mucho, eso seguro. Mis tripas rugen como animales de la selva. Me levanto y cojo el móvil del bolso, que he dejado tirado sobre el pie de cama. Las diez y media. Y sin noticias de John. Y yo con un hambre canina...

Atraco el minibar y me zampo un par de chocolatinas y una bolsita de cacahuetes a toda prisa, pensando en todo momento que John va a entrar por la puerta y me va a pillar de semejante guisa, en plan ardilla, atiborrándome a frutos secos. Adiós, erotismo. Regreso a la cama, pero esta vez me meto dentro. Mi sangre está concentrada en el estómago y tengo frío. Mmm, cómo me gustan las sábanas del hotel. De algodón, tan suaves... Y huelen todavía al perfume de John. Mmmmm.

—¿No me ibas a esperar despierta? —ronronean en mi oído, y siento el peso de algo hundiendo el colchón.

—Mmm.

Unas cálidas manos retiran el pelo de mi nuca y unos labios acarician la parte alta de mi cuello. Un escalofrío me recorre entera.

—¿Sigues con ganas?

—De ti, siempre.

Me giro atrapada entre las sábanas para encontrarle sentado sobre el edredón, vestido con un traje de tres piezas azul marino. Apenas hay luz, solo la tenue y amarillenta que entra por las ventanas, pero distingo que es el de Tom Ford; ya me los voy conociendo. Me incorporo y me abrazo a su cuello. John cruza sus manos en mi espalda y me pega a su pecho. Nos besamos, sin recato. Nos lamemos. Nos mordemos. Nos comemos como si no lo hubiéramos hecho nunca. Las manos de John descienden... y se separa.

—¿Qué llevas puesto? —me pregunta intrigado, y con su mano sigue palpando mi espalda hasta que llega al trasero desnudo. Sus ojos se iluminan y sonrío—. Déjame verlo, ¡ya!

En un solo movimiento se levanta y tira del edredón. Su sonrisa se expande por la estratosfera y tiene que detenerla mordiéndose el labio inferior con fuerza.

—No quiero saber de dónde lo has sacado —dice ensimismado, y su voz se hace más grave—, pero me encanta. Separa las piernas.

Le sonrío, me apoyo sobre los codos y doblo las rodillas, con las plantas de los pies en el colchón.

Sin separar la mirada de sus ojos, casi negros, abro despacito las piernas. John se relame.

—Tócate.

—Tócame tú.

—Si te toco, no podré desnudarme. —Tira del nudo de su corbata y clava su mirada entre mis piernas—. Hazlo, *baby*.

Apoyo la espalda en el cabecero de la cama y con las piernas entreabiertas disfruto de cómo John se quita la americana y la tira con un ágil gesto junto a mi bolso. Se desabrocha despacio los tres botones de su chaleco.

—Vega, cuando termine de desnudarme te voy a follar. Sin preámbulos. Fuerte. Yo que tú, me iría preparando.

Mi sexo palpita.

—Ya estoy preparada.

John me sonrío de medio lado y el chaleco vuela hasta el pie de cama. Se quita los gemelos, tomándose su tiempo, y el reloj. Más palpitaciones. Siento mis pechos pesados y sensibles. Mis pezones, endurecidos por la expectación. Y dejo de reprimirme. John detiene sus movimientos y me mira con atención. Mis manos se deslizan por la red de nailon y las poso sobre mis tetas. Trago saliva.

—Están duras, ¿verdad? —Asiento—. Apriétatelas.

Le obedezco y arqueo la espalda. Las amaso con ganas y gimo al ver a John desabrocharse, absorto, la camisa. La saca de los pantalones y, con un gesto de hombros que casi me detona, la deja caer al suelo. Mi mano derecha, por decisión propia, desciende por mi vientre hasta que el tejido de red se acaba.

—Eso es —me anima John—. ¿Te excita mirarme?

—Mucho.

—¿Quieres ver más?

Asiento con la cabeza y mis dedos se deslizan entre mis pliegues. Gimo. John gruñe. Y agarra con decisión el cierre plateado de su cinturón. El sonido metálico contra el suelo me arranca otro gemido. La visión de su erección atrapada en unos *baxers* grises, un espasmo. John me sonrío y dirige la mirada a su paquete. Lo marca por encima de la tela y vuelve a morderse el labio.

—¿La quieres?

Jadeo y levanto las caderas como respuesta. Mi sexo está empapado y mis dedos se deslizan con facilidad. No puedo parar de tocarme.

—Quítamelos.

Ni me lo pienso. Me arrodillo sobre la cama y beso sus pectorales, su abdomen y su miembro. Lo aprieto por encima de la tela. Está tan duro... Meto la mano dentro.

—*Fuck* —sisea.

Un hormigueo me recorre todo el cuerpo. Libero su erección y la introduzco en mi boca, concentrándome en la expresión de su cara. Su ceño fruncido, sus labios entreabiertos... Su mano se coloca en mi nuca cuando succiono con fuerza.

—*Baby*... —Adelanta las caderas y se retira—. Sigue... —Repite el movimiento, cogiendo ritmo—. No pares... No pares nunca.

Me entrego a ello como si fuera lo último que fuera a hacer. Le introduzco y le saco de mi boca sin descanso, apretando los labios contra su piel suave y lamiendo cada milímetro. El sabor de su placer me excita tanto...

—Dios, Vega... —Levanto la mirada y le veo desencajado. Totalmente abandonado a lo que mi boca le ofrece. Gimo y mi sexo palpita—. Quiero correrme en tu boca. ¿Y tú? ¿Lo quieres?

Asiento y le chupo con más ganas. Él me sujeta del pelo y me detiene, clavándose en el fondo de mi garganta. Emite un ronco jadeo y la agarra con una mano sacándola. La desliza por mis labios y vuelve a introducirla despacio. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás.

—*Fuck*. —Adelanta sus caderas. Noto un pequeño espasmo sobre mi lengua y succiono—. Para, para... —Tira de la mata de pelo que tiene enrollada en su mano—. Me correré en tu boca, te lo prometo. —Sonríe de medio lado—. Después...

Me tumba sobre el colchón y se quita los *baxers*. Me abre las piernas y me lame desde el sexo hasta la barbilla, de una sola vez. Cuando llega a mi boca, se hunde en mí. Hasta el fondo.

No me da ni un segundo para acostumbrarme a sus embestidas. Contundentes. Brutales. Cuando quiero darme cuenta, estoy gritando su nombre con mis dientes clavados en su hombro izquierdo. Todo mi cuerpo en combustión, enviando oleadas eléctricas a cada poro de mi piel. No lo he visto venir, pero este orgasmo no se me va a olvidar con facilidad.

—*Baby*, estoy a punto... —jadea.

Y no hace falta que me diga más.

Me bajo rápidamente de su cuerpo y me pongo de rodillas entre sus piernas. John agarra su miembro y, sin más, lo introduce en mi boca. Un grave jadeo reverbera en toda la habitación. Su sabor me invade. Levanto la mirada y le llevo más adentro, tragándome todo su placer.

—Eres un sueño. —Me acaricia el pelo.

Sus ojos encuentran los míos, y la luz que veo en ellos me devuelve la ilusión.

EUREKA

El último sábado de octubre mi intención era encamarme con John hasta que llegara el domingo, y casi he estado a punto de conseguirlo. Casi. Porque al final nos han cortado el rollo a eso de las siete de la tarde y he tenido que abandonar la cama en aras de la vida social. Pero ¿cómo iba a negarme a ir a cenar a casa de Sara, si se va la semana que viene, es una chantajista nata y además ha invitado al mejor amigo de mi novio? Pues eso, que me la ha liado.

—¿Estás lista? —pregunta John, asomándose por la puerta del vestidor.

—Casi. Solo me faltan los zapatos.

—Voy pidiendo el coche.

Me anudo los cordones de mis Oxford nuevos y me pego un repaso en el espejo. Jersey beis, falda *skater* negra estampada con flores pequeñas de colores, pantis también negros, coleta con la raya al lado, kohl, mucho rímel, colorete rosa y labios al natural. Pues no está nada mal. A ver qué opina John...

Le encuentro en la entrada de la *suite*, hablando por teléfono. Me pide un segundo alejando el móvil de su boca y sigue atendiendo a lo que sea que le estén diciendo. Pero poco. Porque no para de mirarme de arriba abajo. Levanta un dedo y lo gira en el aire, pidiéndome que me dé una vuelta. Lo hago con energía, dejando que el vuelo de mi falda coja altura, y John se muerde el labio y traga saliva. Opinión: positiva. Paquete: en su punto. Nivel de odio a Sara: máximo.

—Sí, te prometo que iremos a verte en cuanto podamos —dice John en inglés, y pone los ojos en blanco—. No puedo darte una fecha, Cynthia. Pero pronto, de veras. —Asiente con la cabeza, como si le estuvieran haciendo los cargos—. Que sí, en serio, no te preocupes más. Tengo que colgar, te llamaré el lunes. —Sonríe con ternura—. Tú también. Adiós.

Me acerco a él y le doy un beso en la suave piel que cubre su mandíbula.

—Estás muy guapa.

—Gracias. —Sonríe—. Lo mismo digo.

Y me quedo corta. Porque no os podéis ni imaginar cómo se le ciñe a su tonificado torso la camiseta gris de manga larga que lleva puesta. Por no mencionar que solo lleva abrochados dos de los cuatro botoncitos que la cierran y que los vaqueros desgastados le dan un aire de macarra que marea.

—Ya aceptas cumplidos sin sonrojarte. Vamos progresando... —Me pellizca una nalga. Le doy un cachete en el hombro—. Tienes que mejorar tu izquierda, *baby* —se burla—. No te vendría mal entrenar conmigo cuando estemos en Manhattan.

Abre la puerta de la *suite* y me cede el paso.

—¿Lo harías? —le pregunto ilusionada, caminando de espaldas por el pasillo.

John cierra la puerta, guarda la tarjetita en una cartera de piel negra y la mete en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Llevarte al gimnasio? Claro, no se me olvida que nos quedó pendiente.

—Eso también, pero me refería a enseñarme a boxear.

Levanta las cejas sorprendido.

—¿Te gustaría aprender?

—¿Por qué no? Tiene que ser superdesestresante —pienso en voz alta, y pongo los puños en guardia—. Liarte, ahí, a mamporros contra un saco. —Pego un par de puñetazos al aire—. Meterle golpes sin conocimiento hasta quedarte a gusto.

John pulsa el botón del ascensor y me mira de reojo, divertido.

—Quita el estrés, desde luego, pero es algo más. Se trata de concentración. De control absoluto de tu cuerpo y de bloquear las emociones. —Le miro con el ceño fruncido y entramos en el ascensor. Se coloca frente a mí y piensa un segundo—. Ponte en esta situación: soy un atacante y tengo intención de acercarme a ti...

—Yo me dejo —digo levantando las palmas de las manos.

John se ríe y niega con la cabeza.

—Está bien. Pues, solo por esta vez y sin que sirva de precedente, imagina que soy otro. Un tipo despreciable que quiere hacerte daño. —Asiento y me obligo a ponerme seria—. *Well*, yo intento atacarte por tu izquierda. —Estira su musculado brazo y golpea con cuidado mi flanco izquierdo—. ¿Ves? Tú te desplazas por instinto a tu derecha para evitar el golpe. —Asiento. Aprecio mis costillas—. Pero lo que deberías hacer es empujar contra mi brazo y ayudarte del movimiento para atacar mi izquierda.

Las puertas del ascensor se abren en el *ball*. Camino detrás del maestro Po mientras él sigue con su exposición.

—Lo que quiero decir es que este tipo de disciplinas ayudan a bloquear los instintos. Te entrenas para saber cómo actuar. Te proporcionan control.

—¿Y todo eso te interesa? —pregunto, saliendo del hotel.

—Claro que me interesa. Es vital para mi profesión.

—Ya entiendo —musito.

Doy las gracias al botones que me abre la puerta y entro en el coche, cavilando.

—¿Qué piensas? —me pregunta John al sentarse a mi lado.

—Esa pregunta es de chicas —me burlo. John me da un pellizquito en el pezón y me quejo. Pero poco—. Pues pensaba en lo difícil que debe de ser jugar dos roles tan distintos. —Me giro un poco hacia él—. Me refiero a que todo eso del control y de bloquear los instintos no tiene nada que ver con el hombre que yo conozco.

—No es difícil, al contrario. Es más sencillo adoptar un rol, como tú dices, y dejar el resto para la vida privada. Mi mundo es complicado, Vega. Y la competencia es brutal. Todo el mundo quiere un pedazo del jodido pastel. Si demuestras una mínima debilidad, atacan contra ella hasta que...

De repente, frunce el ceño y su mano se aprieta sobre mi rodilla. Pasamos un buen rato en silencio hasta que el coche se detiene, pero no hace amago de bajarse.

—John... —murmuro.

—Sí, perdona, ¿hemos llegado? —pregunta mirando por la ventanilla.

—¿Estás bien?

Me da un beso apretado en los labios como respuesta y agarra mi mano. Salimos a la calle, y el ambientillo del sábado noche se palpa. El chino ya está en la esquina vendiendo latas de cerveza, un adolescente vomita en el portal de al lado, el camello del barrio está trapicheando en la otra esquina... Busco en el bolso las llaves.

—Mira qué pedazo de chulo, maricón —se oye a nuestra espalda.

—Calla, que te va a oír... —dice una segunda voz.

—¡Que me oiga! ¡Joder, qué culo! ¡¡¡Hombretón!!! ¡¡Dime quién es tu urólogo para que le chupe los dedos!!

John me mira desconcertado y nos echamos a reír.

—¡¡¡¡No te rías así, que me vuelvo loco!!!!

—Mira, ¿ves? En eso le doy la razón.

—¿Y en lo del culo no? —Entramos en el portal.

—En lo del culo también, aunque yo paso de conocer a tu urólogo.

Entramos en casa de Sara partiéndonos de risa. Todo está a oscuras. Solo se vislumbra la luz de la campana extractora de la cocina y algo de claridad que proviene de la terraza. Deben de andar por allí... Cuando salimos me quedo impresionada. Y no porque la terraza sea otra, es la de siempre: una mesa y cuatro sillas de teca, dos tumbonas de loneta con rayas amarillas y azules y un farolillo estilo árabe que traje de no sé dónde. Nada más. Ni un triste tiesto. Pero me asombro porque yo esperaba una *burger party* y lo que tengo frente a mí es todo un banquete.

—Ha sido él —me aclara Sara señalando a David, que está ultimando los detalles de la mesa.

Se acerca a mí y me da un abrazo.

—Ya me extrañaba...

—Oye, guapa, que tú tampoco cocinas una mierda.

—¡Huy que no! Hago una tortilla de patatas que te mueres.

—Pero nada más. —Saluda a John con un choque de puños.

David me da dos besos y a John un abrazo de esos de macho alfa con palmadas sonoras en la espalda. Sonríe a Sara: al final va a resultar que no tenemos tan mal gusto para los hombres. Ella me guiña un ojo. Los chicos nos miran.

—Esa pulsera es divina, nena —disimulo.

—Sí, ¿verdad? Es que quien me la regaló me quiere mucho.

—Que no se te olvide cuando la fama y el éxito te encuentren en Dubái.

—Tranqui, siempre tendrás pase vip en mis fiestas —dice, petulante.

Cuánto voy a echar de menos a esta perra del demonio...

La cena resulta deliciosa —que alguien le ponga un monumento a quien inventó las tostadas galesas, por favor—. Es una velada cómoda y divertida, una noche de amigos, pero también es un poco amarga, porque no sé si alguna vez podremos volver a repetirla, porque cada vez que miro a Sara debo reprimir un suspiro. Ella es mi pilar, la niña de mis ojos, mis raíces. Y se va... Y yo me voy... Y mares de kilómetros nos separarán... Y me da un miedo terrible que nos distanciemos. No quiero perderla nunca. No quiero dejar más cosas por el camino.

El domingo, John y yo retomamos el plan de encamamiento y otra vez fracasamos. Pero ¿cómo iba a negarme a tomar algo con Erik, si es más majo que todo, estoy deseando presentarle a John y me ha propuesto ir al Thyssen? Pues eso, que otra vez estamos en marcha. John pidiendo el coche y yo calzándome los *stiletto*s de tacón porque no quiero parecer la niña adoptada de una pareja gay ultramegaguapa.

Nos encontramos con Erik delante de *Mujer en el baño* de Liechtenstein, y tengo una absurda sensación de *déjà vu*. Paseamos por las salas en un silencio cómodo, como tres amigos que llevan quedando toda la vida para disfrutar del arte. John es fan de Pollock y Klee, en cambio Erik es más de Gauguin, y yo les aseguro que el mejor sin duda es Lautrec. Eso sí, no logro convencerlos. Es *La pelirroja* la que los gana para la causa.

Después de la visita nos vamos a tomar algo al Glass Bar del hotel Urban por sugerencia de Erik, que se muere por sentarse en una de las sillas transparentes diseñadas por Philippe Starck. John y yo nos sentamos en uno de los sofás que ocupan la pared opuesta a la barra y Erik se acomoda frente a

nosotros en una de las Ghost Chairs como un niño con zapatos nuevos.

—¿Tienes noticias de Fran? —le pregunto cuando el camarero termina de servirnos nuestro pedido.

Erik sonríe y le da un trago a su mojito sin alcohol.

—Me resulta curioso que le llames «Fran». Creo que eres la única que lo hace.

—Es más corto que «Francesco», y llamarle «Drago» no me gusta...

—A mí tampoco.

—¿Qué tal le va? ¿Te ha llamado hoy?

—Sí, esta mañana. Como recompensa, ya sabes... —Le da otro trago a su bebida—. Está bien..., con sus bajones, como otras veces. Pero esta vez, al contrario que el resto, está convencido de que lo necesita y de que va a conseguirlo.

—No es imposible —apunta John—. Hay mucha gente que logra salir y encauzar su vida.

Asiento con la cabeza y le sonrío.

—Me ha dejado un recado para ti, ¿quieres oírlo? —me pregunta Erik.

—¡Claro!

Pone su móvil encima de la mesa y reproduce un archivo.

—«¿Ya estás grabando?» —pregunta Fran.

Oír su voz me emociona un poco, y agarro mi refresco.

—«Sí, ya está» —se oye decir a Erik.

—«Bene». —Carraspea—. «*Ciao, bella*. Te echo de menos, enana». —Se me encoge el ombligo, y me pego a John buscando su calor—. «Pienso mucho en ti y en las millones de cosas que quiero hacer contigo cuando salga de este antro. Gracias por cuidar de mi novio —dice, recalcando la palabra, y un pequeño sollozo se escucha en la grabación, creo que es Erik—, le has caído muy bien, por cierto». —Miro de reojo al alemán, y está como un tomate—. «Y cuídate mucho tú también, Vega. La luz cada vez es más grande» —dice refiriéndose al libro que le regalé—. «Voy a vencer».

La reproducción se corta y el silencio se instala en la mesa. Apuro mi refresco con la esperanza de que el nudo que ahoga mi garganta se diluya, pero no funciona. Mi barbilla no para de temblar, y unas lágrimas muy gordas ruedan por mis mejillas. Oigo la respiración entrecortada de Erik y sé que también está llorando. Puto Drago. Qué manía le tengo. Que nos devuelva a Francesco de una vez. Necesito a mi amigo más que nunca ahora que el remolino de los cambios se está convirtiendo en huracán.

Al día siguiente, John se va a Londres a primera hora. Hasta el miércoles no regresa. Lo único bueno de su ausencia es que aprovecho para dormir esos días con Sara y acompañarla al aeropuerto. No quiero ahondar en los recuerdos de nuestras últimas horas juntas, porque, sinceramente, estoy hecha una mierda. No sé cuándo la volveré a ver, y eso con Sara es la primera vez que me pasa. Siento como si me hubieran arrancado una parte de mí. Pero no metafóricamente, no. Lo siento de verdad. Me han amputado mis raíces y ahora me tambaleo intentando agarrarme a un sustrato demasiado inestable.

Estos días, más que nunca, me doy cuenta de que la felicidad, la paz interior y todas esas cosas tan guays deben empezar por uno mismo. Necesito dejar de depender de los demás. Necesito encontrar mi parcela. Algo solo mío a lo que dedicar mi tiempo. Un trabajo que me motive y que sea compatible con mi nuevo estilo de vida nómada. Es difícil, ¿verdad? Por más que lo pienso, solo se me ocurre que podría intentarlo como traductora *freelance*... Quizá si me matriculo en un curso de traducción narrativa... Aunque seguro que el sector está colapsado... Pero, bueno, por intentarlo no pierdo nada, y por lo menos mantendría mi cabeza ocupada...

Dándole vueltas al asunto en la oficina casi me sale humo de la cabeza. Pero tampoco es que tenga mucho más que hacer. Sigo aburriéndome como una ostra, tanto, tanto, que me pongo a releer mensajes del móvil y doy con aquel en el que Drago me pedía el número de cuenta del banco. Me acuerdo del dinero de la indemnización. No puedo dilatar más la donación a la ONG. Se lo comento a John cuando llega al Wellington y se ofrece a recogerme a las seis.

El local está a un par de calles de mi antiguo piso, y está igual que un año atrás, cuando interrumpí mi colaboración por un ataque de cuernos. La pared de ladrillo tiene las mismas pintadas, la puerta a ras de calle continúa sin picaporte y el cartel, que es el único identificativo, sigue siendo minúsculo. John empuja la puerta de cristal, que chirría al abrirse. Apiladas a la izquierda hay un montón de cajas de lo que parece ser leche en polvo y material escolar. Frente a nosotros vemos un escritorio y un pasillo que lleva a la salita de reuniones, a un minúsculo aseo y a la trastienda del local, donde se almacenan las cosas que la gente dona y están pendientes de envío.

—¿Hola? —pregunto, acercándome al pasillo.

John está asegurando el perímetro, analizando con detalle todo lo que encuentra a su paso. Una puerta y unos pasos atropellados se oyen de fondo.

—¡Hola! —saluda Isabel, la presidenta de la ONG. Se quita el pañuelo de la cabeza, lo sacude con fuerza y una nube de polvo se expande a su alrededor. Atusa en un par de gestos su pelo corto cobrizo. Se limpia un poco el pantalón vaquero y la sudadera de colores, que lleva perdida de porquería, y me tiende la mano—. Te daría un abrazo, pero doy bastante asco.

Unas profundas carcajadas salen de su boca, y sonrío. Ya no recordaba lo contagiosa que es su risa. Apenas tuve oportunidad de conocerla durante mi breve colaboración, porque siempre andaba de acá para allá. Isabel, además de presidenta de la ONG, es fiscal y madre de dos hijos. Recibo un apretón de mano contundente.

—Igual te hemos pillado mal —le digo—. Perdona por haberte avisado con tan poco tiempo.

—Tranquila, mujer. Por cien mil euros, como si me llamas a las cuatro de la mañana. —Otra vez su risa franca aparece—. Soy Isabel. —Le tiende la mano a John.

—John Taylor, un placer.

—El placer es todo mío, te lo aseguro —bromea entornando los ojos, y vuelve a reírse—. Sentaos, por favor. —Nos señala un par de sillas que hay junto al escritorio—. Esa carpeta marrón que hay encima del teclado es la documentación que tenéis que revisar. Termina ahí detrás y me reúno con vosotros.

—Vale —le digo.

John asiente y me sonrío.

—Vale —me imita por lo bajo antes de llevarse un codazo.

Después de un rato en silencio, leyéndonos los siete folios que hay dentro de la carpeta, yo me he quedado igual. Bueno, igual, no; sé que tres de ellos son acerca de a lo que se compromete la ONG a utilizar el dinero, pero el resto... como si hubiera venido en chino.

—¿Está todo correcto? —le pregunto a John con cara de circunstancia.

—No he visto nada fuera de lo normal, al contrario. Ojalá siempre se especificara tanto el destino de la donación.

—Vale, pues lo firmo.

John sonrío y niega con la cabeza.

—Ellos lo firman, son los que lo aceptan; tú solo les das el dinero.

—Ah.

Vale, pues me fio.

Isabel regresa un poco más aseada y sin la sudadera. Mi mirada se clava en su abultado vientre.

—Vaya, ¡enhorabuena!

—Son gases —dice muy seria. Me quiero morir. Tartamudeo y empieza a reírse—. Que no, mujer. Estoy embarazada, pero me encanta la cara que pone todo el mundo cuando lo digo. En el juzgado ya no cuela, así que estoy ampliando el radio de acción. —Se sienta frente a nosotros y coge la carpeta—. ¿Os parece bien lo que hemos preparado? Yo creo que está bastante claro. He utilizado la documentación estándar por la urgencia, pero si necesitáis información adicional o te replanteas lo de la nota de prensa...

—No, no. Está todo clarísimo, y prefiero que la donación figure como anónima —le digo.

—Pues perfecto. —Agarra un boli de un bote de cerámica y lo destapa con la boca—. Le echo un garabato y arreglado. Me debes cien mil euros. —Sus carcajadas contagiosas llenan todo el local.

—La transferencia está ordenada —le confirma John—. Debería hacerse efectiva mañana a primera hora. Si no es así, contacta con Vega, por favor.

Isabel asiente y le mira con atención.

—Yo te conozco de algo... —musita—. Lo llevo pensando desde que has entrado.

John se encoge de hombros, y yo estoy por darle la opción más popular: James Bond —para mi abuela, Indiana Jones—. Pero solo pregunto:

—Y, bueno, ¿qué tal todo por aquí? Estáis a tope. —Señalo las cajas de la izquierda—. ¿Seguís con el programa de alimentos?

—Lo intentamos al menos, pero no damos abasto. Para mandar cualquier tontería se necesitan cientos de trámites. Todo va muy despacio.

—¿Hay algo que yo pudiera hacer para ayudaros? —le pregunto por impulso. Isabel me mira como si fuera el rey Midas, y me explico—: Me refiero a ayuda humana. Me gustaría volver a colaborar con vosotros de forma activa, dentro de mis posibilidades.

Lo mismo esta gente no me necesita para nada. Eso también hay que tenerlo en cuenta.

—¡Claro! Aquí siempre hay cosas pendientes, y todas las manos son pocas. —Empieza a enumerar con los dedos—. Necesitamos gente para organizar los envíos. Necesitamos gente que se ocupe de la contabilidad. Necesitamos gente que coordine a los colaboradores. Estamos muy deslocalizados, hay cooperantes repartidos por toda la Península, e incluso en Marruecos y Argelia, pero no estamos bien coordinados. No hay una plataforma *online* sólida... En definitiva: cualquier ayuda es bienvenida. Incluso no tendrías por qué venir a trabajar aquí si no quieres. Si te animas con lo de la web, por ejemplo, puedes hacerlo prácticamente desde cualquier parte del mundo.

Veo por el rabillo del ojo a John girarse hacia mí y cómo una deslumbrante sonrisa ilumina su cara. Sí, señor. Esta mujer acaba de dar con la cuadratura del círculo, la fórmula de la Coca-Cola y la receta del *brownie* bajo en calorías.

—¿Quién se encarga ahora de la web? —pregunto.

—Nadie en concreto: todos sabemos las claves y vamos subiendo contenido según nos pilla. Evidentemente, la página se ha convertido en un guirigay impracticable. Darío solía apañarla de vez en cuando, pero lleva dos meses por los campamentos de Tinduf y desde allí es casi imposible.

—Pues sí te parece bien, yo podría intentar...

Isabel vacía el bote de cerámica sobre la mesa y coge un *pen drive*.

—Toma; ahí hay fotos y documentación que solo ordenarla en carpetas te llevará un par de semanas. Mientras tanto, puedes irte familiarizando con el diseño de la web. Tienes mi móvil: me llamas con lo que necesites. —Se levanta y me tiende la mano—. Felicidades, Vega: vuelves a ser cooperante.

I WANT TO BE A PART OF IT

Al día siguiente, el último que voy a trabajar en la oficina, todavía estoy que no me lo creo. No hago más que pensar que lo de la ONG es la solución perfecta a mis problemas vocacionales. Quiero dedicar mi vida a esto. Quiero aprovechar la estabilidad económica que me proporciona John para poder dedicar mi tiempo a algo que, aunque no está remunerado, me va a compensar. Quiero ser útil. Quiero hacer algo bueno. Y no se me ocurre mejor causa.

Cuando llego a la oficina, confirmo que la suerte está de mi lado: Manuel se va a primera hora a la delegación de Castellón y se despide de mí con un escueto «Que te vaya bien, Vega». Pues lo mismo digo.

A mediodía, Marisa, la prima de Leticia, se acerca hasta mi mesa.

—Hola, Vega. ¿Estás ocupada?

Me dan ganas de reírme, pero ella no se lo merece.

—No, qué va. Dime, ¿necesitas algo?

—Quería preguntarte si tienes planes para la comida.

—Eh..., pues no.

Marisa sonrío.

—Genial. Pues ven conmigo —dice crípticamente.

—Vale.

Camino tras mi compañera por la planta y, cuando llegamos a la sala de descanso, alucino.

—Sorpresa —murmura.

—Pero... —Respira, Vega, respira—. Jo, no teníais que haberos molestado, chicos. Muchas gracias.

La sala está llena de compañeros. Hay un par de bandejas de sándwiches y empanadas y una tarta. Todo el mundo está animado, aunque se trate de una despedida. Me alegro de que mi marcha sirva al menos para que la rutina se rompa un poco en la oficina.

Les agradezco, uno a uno, el detallazo y picoteo de la comida bastante emocionada. La gente comenta la ausencia de Manuel y me desean buena suerte. Un final dulce que, la verdad, no esperaba de este trabajo.

Tampoco esperaba que el primer fin de semana en libertad se nos estropeará por la marcha de John a Costa de Marfil. ¿Que qué hace allí? Pues ni idea. John me ha intentado informar, pero he preferido seguir al margen. Por lo de las imputaciones, ya sabéis... ¿Que por qué no me he ido con él? Pues porque no me ha dejado. Ha alegado que no estoy vacunada y que podría pillar la malaria, ¡la malaria! A mí me parece que dramatiza, pero al final he claudicado. Resultado: me he quedado compuesta y sin novio. Pero en vez de abandonarme a la vagancia y a refrotarme con las sábanas buscando su olor, me he agenciado como propio un portátil de John y, os anuncio con orgullo, he comenzado a trabajar para la ONG Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui.

Me hace ilusión. Mucha ilusión. De momento no me entero de gran cosa, solo leo todo lo que pillo e intento ordenarlo, pero, aun así, ya me gusta más que mi anterior trabajo. El sábado solo puedo dedicarle la mañana, porque por la tarde tengo visita. Leticia, agobiada de tanta pequeña tirana ocupando su casa, se pasa por la *suite* para tomar un café, que termina con unas copas por los bares

de la zona. Con Iván está genial, se han hecho estupendamente a vivir juntos y... ¡notición! ¡¡Se nos casa!! El próximo verano. Todavía no tenemos fecha exacta, pero ya os digo que vayáis buscando modelito. Va a ser un bodorrio en toda regla.

El domingo, entre la resaca y el *pen drive* de Isabel, ni me entero de que estoy sola. Encuentro un archivo sobre propuestas para el desarrollo de técnicas agrícolas en zonas desérticas y no pestañeo en cuatro horas. De hecho, cuando me llama Sara por Skype estoy hasta tentada de no cogérselo, pero no soy tan perra del desierto —qué mote más apropiado para mi amiga— y estoy conectada con ella casi una hora. Le va bien, acomodándose. Está un poco acojonada, pero no lo reconoce. Lo normal. La jequesa le ha proporcionado un pisazo enorme en una de las torres de la zona de Dubái Mall, que es la leche y muy cuqui. Le he prometido ir a verla, y espero cumplir mi promesa pronto —John mediante—. ¡Ah! Y no ha sufrido percances todavía con la policía. Todo un logro.

El lunes quedo con Erik para comer en el asiático de la plaza del Rey. Es un poco raro estar allí con él, en vez de con Fran, pero en cierto modo el italiano también está. Es nuestro nexo. La soledad que nos ha causado su ingreso nos la repartimos y, así, es más fácil soportarla. Esta vez no me ha dejado un mensajito, pero oír de la boca de Erik que está contento, incluso alegre, me basta. Erik también está más animado. Ha decidido creer que esta vez va a ser la definitiva, y esa fe le mantiene. Me parece increíblemente generoso. Él solo en Madrid, sin nada más que hacer que esperar la llamada de Francesco los domingos... Si eso no es amor, yo no sé qué nombre darle.

Después de comer debería volver a la *suite* y seguir trabajando, pero estoy tan de buen rollo que decido apagar durante unas horas mi moral y estrenar mi nueva tarjeta de crédito. No me miréis así, por favor. No tuve más remedio que aceptarla. John es un negociador consumado. Por no hablar de lo bien que se le da el cunnilingus. Así que nada, que me decido a estrenar la tarjeta dorada y me gasto mil doscientos setenta euros. ¡Con un par! Reconozco que es un gustazo comprar sin mirar los precios. También reconozco que ahora tengo miedo de pillarle el gustillo y arruinar a John... Si veis que se me va de las manos, avisadme, por favor.

Al terminar las compras, me voy a la piscina del Wellington y, atendiendo a las leyes de Murphy, John me llama mientras nado. Tres veces. Y me envía un mensaje.

Llámame. Es importante.

Me asusto, claro está. Aún sin vestir, arropada solo por una toalla, pulso el icono de su contacto. Tarda un poco en contestar.

—*Hold on*— dice con voz neutra, y luego se le oye de fondo hablar en francés con alguien. No pilla gran cosa, pero creo que está pidiendo un receso, o algo así. Sonido de puertas, pasos...—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. ¿Qué pasa, John?

Resopla.

—Me temo que hay otro fuego que apagar. Aquí casi hemos terminado, pero debo viajar a Manhattan cuanto antes.

Joder. Pobre hombre. No sale de una cuando hay otra en la puerta.

—Bueno, pues vas desde allí y yo me reúno contigo. Tú no te preocupes.

—Lo cierto es que quería pedirte que me acompañaras mañana desde Madrid. Un vuelo privado, a última hora.

—Pero, John...

—Sí, lo sé, es demasiado precipitado, pero...

—No, no. Es que te vas a meter una paliza tremenda, cariño. Volar a Madrid y luego a Manhattan...

—No me importa, al contrario. Créeme.

Me necesita. Lo siento hasta por teléfono.

—Vale, pues prepararé mis cosas.

—Gracias, *baby* —murmura.

Pues, nada. Nueva York, allá voy otra vez... Ya sé en lo que voy a entretenerme el resto de la noche: en hacer una maleta para un tiempo indeterminado, considerando que en cualquier momento el destino puede variar. Creo que no sé muy bien dónde me he metido...

Esa idea vuelve a aparecer en mi cabeza cuando ya estoy en la cama y recibo un mensaje de John.

El coche te recogerá a las siete.

Te veré en el aeropuerto.

Que yo sé que está superliado y todo eso, pero no me negaréis que un poco rancio sí ha sido. Y el reencuentro en el aeropuerto, más de lo mismo. Le localizo junto a un mostrador de facturación, me da un besito en la sien sin soltar el teléfono y me ayuda a subir el maletón a la cinta. Su mano apoyada en la parte baja de mi espalda hasta que llegamos al avión es el resto del contacto. Una vez a bordo, se pone a trabajar. Se ha disculpado primero cien veces, también os lo digo, pero no me hace ni caso.

Miro a mi alrededor y veo a más señores ocupados, todos uniformados con sus trajes —soy la única en vaqueros, y, sí, me siento fuera de lugar—, armados con sus aparatejos tecnológicos y esas máscaras distantes, corporativas, ese «Soy tan jodidamente importante que nada puede perturbarme». Y John es uno de ellos, no siempre, pero lo es... Y, claro, con semejante panorama, me estoy rayando. No paro de repetirme que todo es producto de un contratiempo, de un pico de trabajo, pero... ¿y si es siempre así? ¿Y solo de vez en cuando es de la otra manera? Me da tan mal rollo que prefiero no pensarlo. Abriré de nuevo el portátil y seguiré ordenando las fotos del campamento de Zug. Mente ocupada, paranoia bloqueada.

—Despierta, *baby*. Ya hemos llegado.

Me limpio la babilla de la comisura de la boca y abro los ojos, pero despertarme, despertarme, no me despierto. Estoy en modo zombi. En el coche doy cabezadas como un muñequito de esos que ponen los horteras en el salpicadero. John me coloca la cabeza sobre su hombro y vuelvo a cerrar los ojos. También me obliga a no ducharme cuando llegamos al ático.

—No quiero que te desveles.

Una luz blanquecina, esa que precede al alba, es la que por fin me espabila horas más tarde. Echo en falta unas persianas que bajar y empiezo a entender por qué en las películas usan antifaz para dormir. Me giro entre las sábanas y sonrío. Ahí está. Este es mi John. Relajado. Abandonado. Entre sábanas blancas. Desnudo. Sin nada que le perturbe. Cuánto daría por que fuera siempre así...

Me levanto con cuidado y me aseo. En el vestidor encuentro unas batas —sí, de mi talla—. Me pongo una corta de raso negro y bajo a la cocina. No encuentro a nadie por los alrededores y me alegro: me sigue dando un poco de corte todo el tema del servicio —soy así de gilipollas, qué le voy a hacer—. Preparo en una bandejita unos cafés y unos *bagels* con bacón y huevo —los preferidos de John—, limpio todo lo que he manchado y subo con el desayuno.

Él sigue dormido, tumbado boca abajo, con los brazos debajo de la almohada y la cara ladeada hacia mi lado. Joder, qué espalda... Pongo la bandeja encima de la cómoda y me deshago de la bata de camino a la cama. Al subir al colchón, John abre los ojos, frunce el ceño un instante y después me sonrío adormilado.

—Por fin en casa —murmura.

—¿Tenías ganas de volver a Manhattan? —le acaricio el pelo.

—No me refería a Manhattan.

Mi sonrisa imita la suya. Le beso.

—Te he echado de menos —digo acariciándole la cara, que, si mi memoria no me falla, es la primera vez que raspa un poco.

—Yo también, *baby*. —Me besa en los labios y se separa. Arruga la nariz—. ¿Huele a bacón o este es el mejor sueño que he tenido nunca?

Me río.

—Huele a bacón. Te he hecho el desayuno.

Recorre toda mi cara con su mirada azul.

—Entonces son las dos cosas.

Me estampa un besazo y se levanta. Pasea su escultural cuerpo por la habitación y trae a la cama el desayuno. Lo devoramos en pocos minutos. Con la excusa de ir al baño, me meto en el vestidor y cojo en lo que invertí el otro día mil doscientos cuarenta euros. Los otros treinta los gasté en unas sandalias que me obligaron a comprármelas.

Vuelvo a la habitación con la cajita a mi espalda, intentando reprimir una sonrisa nerviosa. John achica los ojos, escrutándome. Me acerco al borde de la cama y le tiendo el regalo. No tarda ni un segundo en abrir la caja. Sus ojos se iluminan tanto que, de pronto, ya es mediodía. Coge uno de los gemelos entre el dedo índice y el pulgar y lo mira con atención.

—Puede sonar un poco raro —susurro—, pero me recordaron a mi estrella. Cuando me la regalaste, me dijiste que yo era la luz de tu vida... —Bajo la mirada.

John se agacha unos centímetros para volver a captarla y asiente.

—Lo eres.

Vuelve a observar el gemelo y sonrío.

—¿Esta eres tú? —Señala el puntito de madreperla que hay en el centro de la laca negra. Asiento, sonrojada. Lo acaricia—. Sí que lo eres. Muchas gracias, *baby*.

Devuelve el gemelo a la caja. Me mira con toda esa luz especial en sus ojos azules y me besa. Con los labios, con la lengua y con toda la entrega que John imprime en sus besos. Ataca mi boca como si el mañana fuera solo nuestro, y cuando quiero darme cuenta tengo la espalda contra el colchón y el cuerpo de John pegado a mi pecho, atrapándome entera. El orgasmo que nos bendice un ratito después resuena en todo Manhattan.

John me sonrío, jadeante y sudoroso, besa con dulzura mis labios y mira por encima de mi hombro.

—*Holy shit!* —exclama—. Llego tarde.

Se pone en pie de un salto, me carga sobre el hombro y se encamina al cuarto de baño.

—¿No tardarías menos si te ducharas solo? —pregunto.

—Sí, pero sería mucho más aburrido.

Después de la ducha John se va a trabajar. Volverá sobre las ocho —hora de la Costa Este—, así que tengo todo el día para mí. Me instalaré. Me daré una vueltecita por el barrio y trabajaré. Tengo ganas de irme encontrando en mi nueva vida.

50

HOME

Tres semanas después sigo intentando encajar en mi nueva vida, pero se me da regular. Tal vez la cosa sería más fácil si John no trabajara dieciséis horas diarias... Aunque no puedo culparle de todo a él. Sé que hace todo lo que puede por pasar tiempo de calidad conmigo. Como esta madrugada, sin ir más lejos, cuando me ha despertado para felicitarme y me ha regalado un orgasmo que todavía campa por todo mi cuerpo.

Antes de marcharse al curro, me ha prometido que regresará pronto. A las cuatro de la tarde me ha llamado. Cuando al descolgar he oído «*I'm sorry, baby*», he sabido que la reserva de la cena de celebración que me había organizado iba a ser cancelada. Y me ha dado igual. De verdad. Yo solo quiero que vuelva cuanto antes y me ayude a olvidar que hoy cumplo veintiocho años y me siento más sola que nunca.

Para no tirarme la tarde lloriqueando por lo pobrecita que soy en el ático de lujo de mi deslumbrante novio, me he puesto a trabajar a saco, pero resulta que el servidor de la web de la ONG me odia. Hoy se ha propuesto sabotearme la subida de las fotos nuevas que me ha mandado Isabel por *mail*. Las he descargado varias veces. Les he cambiado el nombre. Les he pasado el antivirus, por si se habían corrompido por el camino... Y nada. Se me ha hecho de noche y no he conseguido nada. La historia de mi vida... Me subo las mangas del vestido de lana y me hago un moño con un lápiz para evitar la tentación de arrancarme los pelos, gritándole a la pantalla del Mac de John.

Unos golpes se oyen en la puerta del despacho y una cabeza atractiva y castaña asoma.

—¿Interrumpo?

—¡Qué va! Estoy intentando no emprenderla a golpes con tu ordenador.

—¿Te está dando problemas? —pregunta extrañado, y entra en la habitación.

—No. Él no tiene la culpa: es el puñetero servidor, que tarda una eternidad en cargar los archivos, y, cuando están, me da error y tengo que volver a empezar.

—¿Puedo?

—Claro.

Me levanto de la silla y John ocupa mi lugar.

—Vamos a ver... —murmura cogiendo el ratón. Trastea un rato por la página—. Creo que no es problema del servidor; es por la compatibilidad con el tipo de archivo que intentas subir. Deberías convertirlo.

—Lo que debería hacer es matricularme en un curso de diseño de webs para reciclarme y, ya puestos, en uno de árabe avanzado. Hay muchísima documentación sin traducir.

—Hazlo. ¿Qué te detiene?

Le sonrío.

—Gracias —le digo de corazón—. No sabes lo importante que es para mí tu apoyo.

—No hay nada que agradecer. —Me sonrío de vuelta—. Me cambio y cenamos, ¿ok?

—Vale. Yo también voy a cambiarme.

—¿Para qué? Estás preciosa.

John tarda en cambiar su traje de tres piezas por unos vaqueros y una camisa celeste lo mismo que

yo en guardar todo el trabajo de la tarde: cinco minutos. Avisa a Consuelo desde el teléfono del despacho para que sirva la cena y me lleva de la mano al comedor. Retira una de las sillas para que me siente cuando su móvil empieza a sonar; lo saca del bolsillo de su pantalón con fastidio y se disculpa con una mueca.

—Tengo que cogerlo.

Me encojo de hombros. ¿Qué le vamos a hacer...? John se retira al despacho y Consuelo aparece con un par de platos que huelen de fábula.

—Buenas noches, señora Rodríguez.

—Llámemme Vega, por favor —le pido por enésima vez.

Consuelo deja en cada mantelito un plato con mejillones y patatas asadas.

—Son mejillones al ajo. Espero que le gusten. Si no, puedo hacerle cualquier otra cosa...

—Tiene una pinta estupenda, seguro que estarán riquísimos. Gracias, Consuelo.

—No tiene por qué dárslas; es agradable cocinar para alguien más. —Me sonrío con afecto y, antes de marcharse, comenta en voz baja—: No deje que el señor Taylor se demore mucho: los mejillones con trabajo no se disfrutan.

Dudo, pero al final hago caso al consejo de Consuelo y rescato a John. O por lo menos le alejo del teléfono, porque permanece bastante ausente el resto de la cena. Casi al terminar, Consuelo vuelve a aparecer, nos pregunta si tomaremos postre y John le indica que nos lo lleve a la terraza.

Salimos y nos acomodamos entre los cojines del sofá. Tenemos poca luz, solo la de la piscina y la procedente del exterior. El ruido de la calle, de la vida, llega bastante amortiguado. El aroma avainillado del postre que nos trae Consuelo me hace cerrar los ojos. Cuando los abro, John me ofrece un barquillo relleno.

—¿Quieres?

Asiento y abro la boca. John sonrío de medio lado y mete el postre en ella. Creo que los dos estamos pensando en esta madrugada... Mastico y gimo. El relleno es de dulce de leche.

—Qué rico, por favor.

John se come uno y asiente.

—Los mejores.

Mira hacia arriba, se recuesta apoyándose en los codos y suspira.

—¿Todo bien? —le pregunto.

Mueve la cabeza de un hombro a otro.

—Regular —dice lacónicamente.

—¿Quieres contármelo?

—No hay mucho que contar... Tomé la decisión de expandir la empresa por África y está trayendo más problemas que trabajo. Estoy intentando minimizar los daños y salvar la operación, pero está siendo complicado.

—¿Por qué?

—Porque no doy abasto. Porque hay ciertas personalidades que solo acceden a tratar sus temas conmigo. Porque negarme no es una opción y porque no me gusta estar contra las cuerdas.

Le acaricio el antebrazo.

—¿Qué es lo peor que podría ocurrir si te negaras a tratar con alguno de tus clientes?

—Pues es muy probable que mi reputación cayera en picado, y en poco tiempo mi empresa empezaría a perder cuentas. De ahí a la ruina, solo es cuestión de tiempo.

—Y dicho así suena fatal, pero, si lo piensas, tampoco se acabaría el mundo, ¿no? —Me giro hacia él—. Quiero decir, que tú tienes dinero de sobra para vivir holgadamente el resto de tus días y tus

empleados encontrarían otro trabajo, casi con seguridad. El peor de los escenarios no es tan malo como parece, ¿no crees? Al final todo es cuestión de perspectiva.

John me mira en silencio un rato largo. No sabría decirnos si lo que piensa es bueno o no, porque se ha puesto su máscara corporativa. Yo no me amilano y sigo con el postre. Igual lo que he dicho es una tontería, pero uno no puede pensar que lleva el peso del mundo sobre los hombros, aunque lo lleve. Nadie es capaz de soportar tanta presión.

—Seguramente... —murmura— mi perspectiva sobre el trabajo sea el problema. —Tuerce la boca—. No me conformo con que los temas se solucionen relativamente bien: busco la excelencia. Y eso me exige, me agota, incluso me exaspera. Pero no sé hacer las cosas de otra manera.

—Te educaron para ser así. —Le acaricio la pierna—. Te apartaron de la familia porque tenías tu propio estilo. Tuviste que convertirte en adulto antes de tiempo, y solo. Es normal que trabajes hasta deslomarte para demostrar que eres el mejor. —Sonrío a esos ojos azules que me miran con tanta atención—. Porque eres el mejor. Te lo puedo asegurar... —Carraspeo y John se muerde el labio. Como no lo suelte, se me va a ir el santo al cielo...—. A lo que voy es que... en algún momento tendrás que aceptar que has alcanzado tus metas y centrar tu energía en buscar la recompensa.

La luz de sus ojos me flashea un segundito.

—La encontré hace casi diez meses. —El tono grave de su voz me acaricia con cada letra—. Aquel 7 de febrero. —Cierro los ojos para absorber la emoción de sus palabras, para retener la que late con fuerza dentro de mi pecho. Jamás me había sentido tan especial para nadie. Ni siquiera para mí misma—. Tengo algo para ti.

—¿Ah, sí? —Abro los ojos, sonriente.

Sabía yo que algo me iba a regalar por mi cumpleaños... Por favor, por favor, que sean unas entradas para el teatro; me tortura la idea de vivir en la calle Broadway y no haber asistido todavía a ningún espectáculo. Aunque unos billetes para el *ferry* de Ellis Island tampoco estarían mal... Con visita a la Estatua de Libertad, puestos a pedir... O un bono de veinticuatro horas intensivas con él. Un día. Un puñetero día solo para nosotros...

Frunzo el ceño cuando John saca unas llaves del bolsillo. Las del ático ya me las había dado...

—Son de la casita de North Fork. —Me mira con precaución—. Después de aquella escapada no quería que nadie más volviera a disfrutar de ella.

—¿La has comprado? —pregunto atónita.

—Te la he comprado —puntualiza.

—¿¡Me la has comprado!? —chillo.

—Con una condición —sonríe—: me tienes que invitar muchas, muchas veces a tu casa de la playa.

—Pero, John...

Me coge la mano derecha y coloca las llaves sobre mi palma. Siento el metal tan frío como el resto de mi cuerpo. ¡Me ha comprado una puta casa en la costa de Nueva York! Estoy a punto de desmayarme cuando él cierra los dedos alrededor de los míos.

—No lo juzgues solo por su valor económico —dice en voz baja—. Piensa que allí, en esa playa, tú me diste algo mucho más valioso. Confiaste en mí. Eso sí es un regalo. Esto... solo es una vivienda vacacional. —Estrecha nuestros dedos—. Si la aceptas, podemos convertirla en un hogar, llenándola de recuerdos.

Mi barbilla tiembla. Voy a llorar. Aprieto los labios y respiro hondo. Asiento con la cabeza, aceptando unas llaves que ya no siento tan frías.

John se acerca a mi boca y, a un suspiro de mis labios, susurra:

—Feliz cumpleaños, *baby*.

Antes de que sus labios me rocen ya tengo la piel de gallina. Cuando su lengua busca la mía, ya no siento el suelo bajo mis pies. Me agarro a su cuello, enredo los dedos de una mano en los mechones de su nuca y me dejo llevar por su calor, por la emoción de su beso, por la devoción con la que acaricia mi cintura, mis costados, por cómo me atrae hacia su cuerpo.

Suelto las llaves, que tintinean al caer creo que sobre el plato del postre.

—Espera —jadea.

Aparta el plato y me sube a horcajadas sobre él. Me acaricia la espalda, arriba y abajo, con los ojos fijos en los míos. Unas pequeñas arrugas aparecen en su frente.

—¿Qué pasa? —pregunto.

John sonrío mientras me acomoda en su regazo.

—Es la primera vez que voy a decir algo en tu idioma y estoy pensando cuál es la frase precisa.

Parpadeo.

No será...

No, no. Seguro que no. Me muero, vamos.

—Si puedo ayudarte a traducirlo... —le digo.

Su sonrisa se ladea.

—En realidad, ya lo has hecho.

Bizqueo.

—Me pierdo, John. Ya me conoces. La explicación para tontos es la que mejor funciona conmigo.

Se ríe y tira un poquito de mis caderas. Con dificultad. Me estoy poniendo bastante rígida.

—Respira, *baby*.

—Lo intento, no te creas...

Alza una mano para acariciarme una mejilla, la barbilla, los labios.

—No deberías ponerte nerviosa por algo que ya sabes —dice en voz baja—. Porque estoy seguro de que ya sabes que tu cuerpo es el único con el que he podido traducir lo que siento. Lo que no tengo tan claro son las palabras adecuadas, pero... *whatever... Here I go...* —Contengo la respiración. Él coge aire para los dos—. Te quiero.

51

JUSTICE

Al día siguiente me despierto tarde y sola. Tengo un recuerdo difuso de John dándome un beso, pero lo mismo lo he soñado..., como la declaración de anoche.

No, eso fue cierto. John se encargó de demostrarme cuánto me quiere hasta bien entrada la madrugada.

Las agujetas me matan cuando bajo de la cama con una sonrisa estúpida en la cara. Después de una ducha y un desayuno tardío, casi *brunch*, en el Macaron Café de la esquina de Chambers con Greenwich —sí, me ha dado vergüenza bajar a desayunar a la cocina del ático a las diez—, he dado la mañana por perdida y me he ido a turistar a Little Italy. Y casi no la encuentro. Hay un par de calles bastante pintorescas, pero está siendo absorbida por el gigante asiático: los chinos son implacables.

Y chinos había en Chinatown, cantidad, y una tonelada de chismes raros y de comida... singular que me han tenido fascinada hasta bien entrada la tarde. A las cinco ha caído sobre mí el peso de mi conciencia y me he venido para casa con cuarenta dólares menos y con dos pantalones *baggy* y tres camisetitas más.

La tarde ha sido productiva. He hecho las paces con el servidor y, después de convertir los archivos, he subido las fotos. También me he matriculado en un curso de diseño web *online* y he aprobado las dos primeras unidades didácticas. Y luego me he metido en la página de Acnur y, cuando me he querido dar cuenta, eran las nueve de la noche. Y sin noticias de John. Tenía intención de esperarle para cenar, pero estoy desmayada, para qué engañaros.

Voy a la cocina mientras le escribo un wasap.

*Mientras tú salvas el mundo,
yo me rindo y ceno sin ti.
Intentaré esperarte despierta.
Si no lo consigo..., despiértame tú.*

Le doy a la flechita de enviar al tiempo que empujo la puerta y me encuentro con Consuelo sentada a la mesa del fondo. Está viendo la televisión mientras cose un vestidito.

—Buenas noches, Consuelo.

—Buenas noches, señora Rodríguez. —Deja la labor encima de la mesa y se levanta planchando con las manos el mandil blanco que siempre la acompaña—. ¿Le preparo algo para cenar?

—No se moleste, no tengo mucha hambre —miento.

Consuelo frunce el ceño y va a replicarme, pero se contiene y vuelve a sentarse.

—Como guste.

Abro la nevera y empiezo a salivar. Me apetece de todo...

—En la fiambarrera de la tapa verde hay cebiche de camarón. Si le apetece algo ligero...

Joder. No sé qué es el cebiche, pero qué buena pinta... Cojo el *tupper* y un platito y me sirvo con prudencia.

—¿Le importa que me siente con usted? —le pregunto.

Un poco de compañía no me vendrá mal.

—No, qué va a importarme. —Sonríe y se pone a recoger la costura.

—No se interrumpa por mí. ¿Para quién es? —Señalo el vestidito.

—Para mi nieta.

—Vaya, es muy joven para ser abuela.

Consuelo se sonroja.

—Gracias, pero ya tengo cincuenta y dos años, y cinco nietos.

La miro con los ojos muy abiertos, y no solo por su prolífica progenie: es que acabo de probar el cebiche este y estoy flipando.

—Consuelo, es usted una artista. Esto está riquísimo. ¿Qué lleva?

—Ah, no, no. Un artista no revela sus secretos —bromea.

Me río con la boca llena. Consuelo retoma su labor y devuelve la atención a la televisión. *American Idol* hipnotiza; la entiendo.

Mi plato se acaba sin darme cuenta y, cuando me dispongo a repetir, la puerta de la cocina se abre y aparece John. Armani gris. Camisa blanca. Corbata azul. Bragas en combustión en tres..., dos..., uno...

—Buenas noches, señoras —dice con una sonrisa encantadora.

Se le ve cansado, pero más contento.

—Buenas noches, señor Taylor —dice de inmediato Consuelo.

Me levanto y dejo el plato en la isla de la cocina.

—Buenas noches, señor Taylor —bromeo.

Se acerca a mí y me da un beso en los labios.

—Hola, *baby*.

Consuelo se levanta y se pone a recoger.

—No lo haga, de verdad —le digo separándome de John—. Ya solo quedan cuatro cantantes por salir.

—Y el último es mi favorito —me dice ella en tono conspiratorio.

—¿Qué cenabas? —pregunta John mirando mi plato.

—El espectacular cebiche de camarón de Consuelo.

John abre los ojos de par en par.

—Dime que todavía queda.

—En el *tupper* de la tapa verde. —Sonrío.

Lo saca con un par de cervezas y se pone a zampárselo del recipiente directamente.

—Consuelo, pensaba que era imposible, pero te has superado.

Consuelo asiente, pero pasa de su culo; está absorbida por la tele.

—¿Quieres un poco más? —me pregunta John con media sonrisa, y me acerca el tenedor.

Me inclino desde el otro lado de la isla y cierro los ojos con placer cuando mi boca se inunda del sabor a mar y a cítricos. John rodea la isla y apoya su culito prieto en ella. Me coloco a su lado y bebo un buen trago de cerveza.

—¿Qué tal el día? —le pregunto.

—Bien. —Me coge la cerveza de la mano—. Hoy hemos avanzado bastante. La semana que viene volvemos a Madrid. —Vacía la botella de un par de tragos y abre la otra que ha sacado—. Lo único malo es que Joana se ha empeñado en organizar una cena de Acción de Gracias en su casa. Siempre cena con sus suegros, y Rose y yo nos ponemos ciegos de pollo frito, pero como este año estás aquí, quiere hacer algo especial en tu honor.

—Es mañana, ¿verdad? —pregunto. Él asiente—. Mierda, no me da tiempo a ponerme al día con la

NBA.

Mi cara de pánico le arranca una carcajada. Me da un sonoro besazo.

—Gracias por adaptarte tan bien a esta vida de locos.

—¿Acaso tengo otra opción?

—No, no la tienes —bromea.

La televisión se silencia y Consuelo carraspea.

—Si no necesitan nada más, con su permiso, me retiro.

John le sonrío con afecto y le da las buenas noches.

—¿Cómo ha quedado su favorito? —le pregunto.

—Le han eliminado.

—Vaya, lo siento.

Consuelo le quita importancia con un gesto de mano y me dice:

—Al final creo que le han hecho un favor: se le veía demasiado presionado.

Nos desea que descansemos antes de marcharse.

—¿Y qué hay de tu día? —me pregunta John, metiendo el *tupper* en el lavavajillas.

—Muy productivo. ¿Subimos a la cama y te lo cuento?

—Subimos a la cama y me lo cuentas... después.

Esa era la teoría; la realidad es que al final no le digo nada. Relacionado con el trabajo, al menos. Obscenidades suelto unas pocas durante la noche y gran parte del día siguiente, aprovechando que estamos solos en el ático. Entrada la tarde, abandonamos el modo conejo por culpa de una llamada.

John se encierra en el despacho y yo aprovecho para arreglarme para la cena en casa de su hermana, que es a las seis —¡a las seis!—. Menos mal que me he traído el vestido que me regaló. Con él me siento un pelín menos insegura. Lo cuelgo en el vestidor y entro en el cuarto de baño vestida solo con las medias, un ligüero y un conjunto de ropa interior color vino. Me estoy rizando las pestañas cuando John abre la puerta del baño. Por el espejo veo cómo devora visualmente mi silueta.

—¿Y si pasamos de la cena? —bromeo, por si cuela.

Se acerca, sonriente, sin apartar la mirada. Me da un beso en el cuello y desliza su mano derecha desde mi cintura hasta mi sexo.

—No podemos, pero esta noche, cuando regresemos, será la última vez que veas enteras estas braguitas —murmura en mi oído.

Jadeo en respuesta y la sonrisa de John se vuelve lobuna. Me gira para tomar mi boca sin ningún recato. Cuando mis dedos empiezan a tirar de los mechones de su nuca, se separa.

—Llegaremos tarde... Luego seguimos.

Protesto, claro está, pero me sirve de poco, así que desisto y me meto en el vestidor. Una cosa es que le haga caso y otra, que sea capaz de contener mi furor uterino teniéndolo en la misma habitación... Milagros no soy capaz de hacer.

A las seis menos cinco estamos subiendo en el ascensor del edificio de Joana, uno muy exclusivo del Upper East Side, casi frente al museo Metropolitan. Las puertas se abren en la quinta planta y un pasillo enmoquetado nos conduce hasta la puerta donde un mayordomo uniformado nos recibe. Apenas le da tiempo a cogernos los abrigos cuando de fondo se oye una voz aguda dando gritos.

—¡Por fin! ¡Por fin!

Una jovencita castaña y sonriente embutida en un ajustadísimo vestido blanco se acerca a mí con los brazos abiertos y me estruja como si me conociera de algo.

—¡Qué alegría, Vega! Tenía tantas ganas de conocerte...

Me da un beso, otro a su hermano, me coge del brazo y comienza un *tour* por el apartamento.

—Hace solo un año que vivimos aquí —me dice al cruzar el recibidor—. Nos la decoró Marcelo Lucini. —Como si supiera quién es...—. Tenía una lista de espera eterna, pero gracias al apellido de mi marido nos atendió. Es mágico: dices «Whitaker» en cualquier parte y consigues lo que quieras. —Habrás que probarlo—. Mira, esta es la habitación tropical, el papel está pintado a mano...

Y a partir de aquí solo he oído «blablablá» de fondo, porque mi cabeza era incapaz de seguir la verborrea de Joana.

—Y por último, el comedor —dice abriéndome una puerta blanca doble—. Vaya, ya estás aquí. Por una vez en la vida te has decidido a ser casi puntual.

—Y tú a traer comida en condiciones y no esa mierda de diseño que nos pones siempre —dice Rose acercándose a nosotras.

Más besos y abrazos, y un chaval —porque es que tiene hasta pecas— de pelo cobrizo y altura abismal es presentado como Kevin Whitaker.

—El plato principal es una deconstrucción del asado tradicional, pero los aperitivos los he encargado en honor a Vega. *Spanish food*. —Joana señala, sonriente, la mesa. Hay un buen surtido de quesos, jamón, tortilla de patatas y... Vale, creo que no voy a comentar nada sobre el chili con carne.

La cena resulta francamente cómoda. Joana sigue hablando por los codos y monopolizando todas las conversaciones. Que John le pregunta a Kevin sobre el estado de su rodilla derecha, pues ella nos cuenta la vez que se hizo un esguince y no pudo competir con su equipo de *cheerleaders*. Que Rose me comenta que más tarde va a un concierto que dan unos amigos suyos en el East Village, pues Joana nos relata sus aventuras y desventuras en el último Coachella. Incluso llega a amenazar con ponernos las fotos cuando terminemos.

Y cumple su amenaza.

Doscientas treinta y nueve fotos, y eso que, por lo que nos dice, solo son las favoritas. Tortura medieval, sí. Y después..., ¿adivinais? ¡Bingo! Las mejores jugadas de Kevin Whitaker en lo que va de temporada.

—No te duermas —susurra John en mi oído.

Y lo intento, que conste, pero he comido tanto y el sofá es tan mullido, y hasta han bajado las luces... Así es imposible...

—¡Vega! —Pego un respingo en el asiento y miro a Joana—. ¡Se me olvidaba! —Sale de la habitación corriendo y regresa poco después con un sobrecito. Dentro hay una tarjeta azul del Great Jones Spa—. Es tu regalo de bienvenida. Me habría gustado dártelo antes —lanza una mirada que John esquiva—, pero no tiene caducidad. Puedes disfrutarlo cuando quieras. Además, sirve para cualquier clase de tratamiento.

—Muchas gracias, no tenías que haberte molestado.

—Vaya, cuánta generosidad —se burla Rose—. ¿Por qué a mí nunca me regalas esas cosas?

—Porque tú puedes pagártelas —le responde de sopetón.

Rose la mira atónita y Joana enrojece. Se le ha escapado, se le ve en su cara de apuro.

—Vega también puede pagárselo —dice John muy serio.

—Sí, claro que sí... —balbuce Joana—. Lo siento mucho... No quería insinuar que tú...

—No pasa nada. Tranquila. ¿Y qué tipo de tratamientos dices que ofrece el spa?

Joana relaja los hombros, sonrío y se pone a relatar de carrerilla todos los servicios que ofrece el centro. Cuando quiere terminar, las jugadas de su marido también lo hacen, y aprovechamos para irnos. Rose nos acompaña.

—Perdónala, es muy pesada —me dice en el ascensor—. Si necesitas algo, llámame a mí. Si la

llamas a ella, se convertirá en tu sombra.

Y me parece que le voy a hacer caso. Y no porque Joana me haya llamado pobre a la cara —lo soy, y a mucha honra—, es que todavía me duelen los oídos su culpa: solo se callaba cuando comía, y usa una talla treinta y cuatro... —sí, eso también nos lo ha contado—.

En el breve trayecto de vuelta a casa John se ocupa de recordarme —al oído y con su erótica voz grave— ciertas promesas que quedaron en el aire y que tienen que ver con la destrucción de mi ropa interior.

El coche nos deja en la acera. Es el propio John quien me abre la puerta antes de tenderme la mano. Le agradezco el gesto con un beso y avanzamos hasta el portal.

—¿John Taylor?

Nos giramos los dos hacia la derecha. Una mujer de raza negra, muy joven, vestida con ropa deportiva, se aproxima hacia nosotros. John pone su cuerpo delante del mío y la mujer se detiene.

—Sí, eres tú. —Se baja la capucha que cubre su pelo trenzado y levanta la cabeza—. He venido a decirte en persona que la respuesta es no —dice en inglés, con la voz serena y decidida—. Por muchos mediadores que me mandéis, no pienso retirar la demanda. Él me violó y su castigo es la cárcel. No quiero vuestro dinero. Quiero justicia. Y he venido a decírtelo para que sientas lo que es que te acosen en tu propia casa, como vosotros estáis haciendo conmigo.

—¿Tienes algo más que decirme? —le pregunta John.

Ella niega con la cabeza. John se gira y tira de mí hasta el *hall* de su edificio. No me atrevo a decir nada. Primero, porque John parece a punto de estallar, y segundo, porque no tengo muy claro lo que acaba de suceder. Eso sí, creo que voy a vomitar en cuanto llegue al cuarto de baño.

Al entrar en el ático, John se mete en el despacho. Yo me voy, en *shock* total, al piso de arriba. Consigo no vomitar, me quito el maquillaje, el vestido y los zapatos y me pongo la bata de raso negra. En ello invierto media hora, y John sigue sin subir. Me mordisqueo las uñas apoyada en el borde de la bañera un rato largo, dándole vueltas a lo ocurrido, y me desespero. No puedo más. Me bajo a buscarle.

Toco la puerta de su despacho y un «Pasa» se escucha al otro lado. John está sentado en la silla del escritorio; la corbata descansa sobre el teclado, los dos primeros botones de su camisa están desabrochados, su pelo es un desastre y, pese a que está guapo a rabiar, su rictus es tan serio que da miedo.

—¿Te molesto? —Niega con la cabeza—. ¿Estás bien? —Vuelve a negar.

—No sé cómo ha podido dar con esta dirección —murmura—. Es un puto fallo de seguridad tremendo.

Resopla, se levanta y se va hacia el ventanal que da a la calle Chambers. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón y mira hacia arriba.

—¿Y eso es todo lo que te preocupa? —Gira la cabeza con el ceño fruncido—. A ver, yo no quiero juzgar tu trabajo, sabes que nunca he querido hacerlo, pero esa chica... Joder, John, hablaba de una violación. Eso es muy serio.

Alza las cejas y da un par de pasos hacia mí.

—¿Crees que no lo sé? Estoy intentando que reciba la mejor compensación económica...

—Pero ella ha dicho que no quiere dinero. Que quiere que el culpable vaya a la cárcel, que cumpla la pena que le corresponde legalmente.

John sonrío con ironía.

—Eso no va a ocurrir. Ningún tribunal va a procesarle, te lo aseguro. Lo que le estamos ofreciendo es más de lo que ella podría conseguir por otros medios.

—Joder, qué asco... —mascullo entre dientes.

—Con asco o sin él, así es como funciona este jodido negocio.

—Hombre, siempre hay otras opciones...

—Sí, claro que las hay, pero comprenderás que no puedo negarme a defender a un cliente.

—¿Por qué no?

—Porque no, Vega. Porque me arruinarían a demandas en dos días. Por el amor de dios, ¿en qué mundo vives?

John se deja caer sobre la silla resoplando. Me cierro la bata con fuerza y le contesto:

—En el de las piruletas, por lo visto, pero feliz y tranquila con mi conciencia.

Me clava la mirada, gélido.

—Pues le recuerdo a tu conciencia que aceptó alegremente la compensación de Ania Yokorskaia en vez de luchar por la noble causa de encarcelarla por injurias y calumnias.

Me tambaleo. En toda la boca lo he sentido. Y lo peor de todo es que tiene razón. Soy una hipócrita. Agacho la cabeza antes de darme la vuelta.

—Vega...

—Déjalo, John. Te espero en la cama.

Salgo corriendo hasta el piso de arriba, y esta vez sí que vomito.

Cuando John regresa a la cama me hago la dormida. Yo creo que se da cuenta, pero no dice nada al respecto.

Y así, ignorándonos, nos pasamos el resto del fin de semana. Cada uno centrado en su trabajo, sin volver a mencionar el tema. No sé cuáles serán sus razones, pero las mías las tengo claras: no estoy de humor para afrontar lo ocurrido. Sé que no conozco lo suficiente el mundo de John como para juzgarlo, pero no puedo evitar que me repulse el hedor que desprende. ¿Cómo el John que yo conozco puede sentirse cómodo? No consigo entenderlo.

LA POSIBILIDAD DE ELEGIR

El lunes volvemos a Madrid. Tengo la absurda esperanza de que la ciudad que nos unió nos devuelva un poco de tranquilidad, nos reconecte, pero otra vez su trabajo se vuelve a interponer. Costa de Marfil reclama a John, y él, siempre profesional, acude al requerimiento.

Aprovecho la mañana para pasarme por el local de la ONG y reunirme con Isabel, que me enchufa toda la agenda anual de envíos, cooperantes, programas de acogida y reuniones institucionales. Quiere descargar en mí gran parte de su trabajo antes de entrar en el tercer trimestre de embarazo. Le doy las gracias por la confianza y porque es justo lo que necesitaba para bloquear al fantasma negro, con trenzas, que me acosa desde el jueves.

Por la tarde quedo con Leticia, que viene acompañada de Iván y las niñas. Siento decirlo, pero sí, son repelentes. Huyo en cuanto puedo en dirección al metro más cercano. Antes de alcanzar la parada, recibo una llamada.

—¿A que no sabes quién acaba de cobrar su primer cheque de comisiones?

—¿Sí? ¡Qué guay, Sarita! ¡Eres una *crack*!

—Soy la puta ama del desierto, chata. En cuatro días las tengo a todas comiendo de mi mano. Ya verás. Oye, ¿has pensado ir a Madrid en breve?

—Estoy en Madrid.

—¡De puta madre! Tira para mi casa y dime que la puerta de la terraza no lleva un mes abierta.

—Estoy casi segura de que la cerraste, pero luego me paso.

—Y me recoges el correo.

—Sí, mujer, y te limpio el polvo. Tú tranquila.

—No es necesario, pero estoy pensando en contratar a alguien. Para cuatro días que me van a dar en Navidad, no voy a gastar dos limpiando.

—¿No alquilas el piso al final?

—No me va a hacer falta. —Baja la voz—. Tía, el cheque era de cinco mil pavazos, y todos los gastos van a cuenta de la empresa. Si me compro más zapatos, tendré que alquilarme otro trastero.

—Joder, nena... ¿Y dónde está el truco? —bromeo.

—El truco está en que aquí no hay nada con qué entretenerme —dice, seria—. Esto es una jodida cárcel en el desierto.

—Entiendo...

—Pero tú tranquila, he ideado un plan. —Uf, qué miedo—. Me estoy camelando a la jequesa para acompañarla a los desfiles. Milán, Londres, Nueva York... ¡Cari! ¡Nueva York! ¡¡¡Las dos juntas!!! ¿Te imaginas?

—¿¡Que sí me lo imagino!? Acabo de pegar tal brinco que me he torcido el tobillo. ¿Cuándo es la próxima?

—Espera, que lo miro.

Esta noche, cuando he ido a casa de Sara con un escueto «*Not so bad. Fucking busy*» por parte de John, no me he querido marchar. He bajado al chino a por comida, me he puesto al día con la telebasura

patria y he dormido entre las sábanas que todavía huelen un poquito a mi amiga.

Al día siguiente no encuentro motivos para abandonar el piso. Es más, aunque a John le digo lo contrario, no salgo de casa de Sara en varios días. El único que consigue moverme de allí es Erik. No puedo negarme a quedar con él. Y tampoco quiero. Su cara de alegría al verme, la ilusión con la que me cuenta que Francesco está a punto de recuperar su vida brillan más que las luces navideñas que nos acompañan en el paseo por el barrio de las Letras. La fe que tiene en su amor es contagiosa, me hace aferrarme al mío y, después de despedirnos con un abrazo, regreso al Wellington, pero antes de subir a la *suite* me dirijo a la piscina. Una sonrisa nostálgica se dibuja en mi cara cuando observo el reflejo de mi cuerpo en bañador ondulando en el agua. Aquí Drago se quitó la máscara y me enseñó a Francesco. Le echo tanto, tanto, tanto de menos... Tantísimo, que nado como en mi vida. Nado por él y por mí. Convierto cada brazada en una señal tangible de que el esfuerzo se recompensa. De que tu cuerpo puede pedirte que te rindas, pero tu cabeza puede gobernarlo, hacerte libre. Y con esa idea regreso a la *suite* y me pongo a trabajar, pero no solo buscando refugio, sino creyendo en lo que hago y dándole el lugar que se merece en mi vida.

Erik vuelve a contactar conmigo una semana más tarde. Le invito a que se pase por la *suite*, porque estoy empantanada con un informe. A eso de las cuatro, con el cafetito recién puesto, *Ray of light* sonando en el portátil y el archivo sobre envíos bloqueados por el estado de Marruecos abierto, unos golpes suenan en la puerta de la habitación. Me levanto, me recoloco la goma de los pantalones *baggy*, me estiro la camiseta de John y me aprieto la coleta. ¿Quién será?

—*Ciao, bella.*

—Pero...

Le miro unos segundos y me lanzo a su cuello haciéndole retroceder un par de pasos. Veo por el rabillo del ojo a Erik.

—Perdona que asfixie a tu novio, pero le he echado tanto de menos...

Erik se ríe y Fran me abraza más fuerte, me eleva y me gira, sosteniéndome en alto.

—Lo he logrado, *bella*. ¡Estoy limpio!

Le obligo a que me baje a base de mover las piernas.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Te han dado ya el alta o el carnet de exyonqui o lo que sea que te hayan dado?

Francesco se carcajea y me empuja hacia el interior de la *suite*.

—El carnet de exyonqui —repite entre risas—. Se lo voy a decir a mi padrino en la próxima reunión: le va a encantar la idea.

Erik cierra la puerta y me voy hacia la cafetera.

—¿Un *espresso* y uno con leche?

Pasamos la tarde en la terraza, hablando. Francesco nos cuenta con todo lujo de detalles sus meses en el centro. Salió ayer y ya parece otro. Ese que no pierde la sonrisa y tiene mil planes entre manos. Erik está eufórico, se le nota, y verlos tan felices me llena el pecho de esperanza. Cenamos en la *suite*, y entrada la madrugada me dejan sola. Fran se va preocupado por mí, también se le nota; de hecho, hemos quedado mañana para pasar el día juntos. Creo que es mi turno de confesarme y responder a las preguntas sobre John con algo más que monosílabos.

Fran se presenta en el hotel a las siete de la mañana: dice que quiere aprovechar el día. Yo me acuerdo de sus muertos, pero le doy la razón. Con el ritmo de vida que llevo últimamente, no sé cuándo podremos disponer de un día entero para nosotros. Mientras desayuno, trazamos la hoja de ruta: nadar, compras, comida... y lo que surja.

En Hugo Boss, con Fran mosqueado porque ha engordado y ya no le quedan igual los trajes —tonterías tuyas, yo le veo igual de potente que siempre—, *Me and Bobby McGee* empieza a sonar en mi

bolso. La primera llamada de John en varios días. Puede ser por algo muy bueno o muy malo. Cojo aire.

—Hola. ¿Todo bien?

—No del todo, pero lo suficiente como para poder marcharme. Vuelo a Madrid en una hora.

—¿Sí? ¡Genial! ¿Te recojo en el aeropuerto? Estoy con Francesco, pero no creo que le importe.

—¿Francesco está fuera ya?

—Sí, sigue con el programa y todo eso, pero ya le han soltado.

—Me alegro por él, y por ti. Sé cuánto le has echado de menos.

Me enternezco.

—No tanto como te estoy echando a ti.

—*Baby*... —susurra, e inspira hondo—. Ahora no puedo ser todo lo elocuente que me gustaría, pero te prometo que hablaremos, ¿vale?

—Vale. —Sonrío.

—Te quiero.

—John... —Me tiembla ligeramente la barbilla, y me obligo a sosegar—. Entonces, ¿a qué hora te recojo?

—A ninguna. Estoy seguro de que tenías planes con Francesco. Cuando llegue al Wellington te llamo y me reúno con vosotros.

Cuelgo con un cosquilleo de ilusión en mis tripitas. Estamos bien. Volveremos a conectar.

Después de que Fran arrase con media *boutique*, nos vamos a comer. El café nos lo llevamos puesto y, en un paseo muy similar al primero que dimos juntos, nos perdemos por las calles de Madrid y divagamos sin rumbo y sin intención ninguna. Solo compartiendo el placer de caminar juntos. De hacer juntos el camino.

—¿Eres feliz? —me pregunta tras un rato en silencio.

—Joder, Fran. Menuda preguntita...

—Es la única importante que todavía no te había hecho. —Sonríe—. Cuéntame, ¿lo eres?

Hago un mohín.

—Últimamente un poco menos.

—¿Por qué? —Me coge la mano y la aprieta.

—No sé muy bien por qué. Supongo que no termino de adaptarme a tantos cambios. Creo que voy en buena dirección, pero me siento bastante hipócrita, en general.

—¿Hipócrita?

Agacho la cabeza.

—Trabajo en una ONG que se ocupa de las necesidades más básicas de miles de personas desde una *suite* de lujo o un ático en Manhattan. Siento que estoy viviendo una vida que no me pertenece. Y lo peor de todo es que sentirlo quiere decir que soy una desagradecida, que me estoy quejando por algo que cualquiera querría vivir... —Resoplo—. Entiendo totalmente las intenciones de John y las comparto, de ninguna manera habría accedido a esta vida de locos si no fuera así, pero es que la vida de John no es la mía. Yo no me siento cómoda. Solo represento un papel cuando estoy en su mundo, y me da un miedo terrible terminar creyéndome mi comedia y convertirme en alguien que no soy.

—¿Y sabes quién eres?

—Seguramente no, pero sí sé quién no quiero ser.

Fran asiente y cavila un rato en silencio.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que John se replantee su trabajo?

Le miro sorprendida y mi amigo me sostiene la mirada. Habla en serio.

—No lo sé... —titubeo—. De todas formas, yo no puedo pedirle que lo haga.

—¿Por qué no? ¿Acaso tú no has renunciado al tuyo?

—Ya, pero no es lo mismo. A mí el trabajo no me suponía algo central en mi vida.

—Para John tampoco. Tú eres su centro, Vega.

—No puedo pedírselo, Fran.

—No puedes porque te niegas a exigir lo que mereces. Prefieres crearte expectativas que, cuando no se cumplen, te provocan frustración y así puedes culpar a otros por lo que tú no has hecho. —Me suelto de su mano. Él me detiene—. Si necesitas que John relaje su ritmo de trabajo, o incluso lo deje, para que vuestra relación funcione, tienes que decírselo. Al menos tienes que darle la posibilidad de elegir.

—¿Pero tú te escuchas, Fran? ¿Qué le digo, «Tu trabajo o yo»?

—¿Qué tal «Trabajar o vivir»?

—Esa pregunta te la podrías hacer tú también.

—A mí el trabajo no me impide para nada disfrutar de la vida.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no sales del armario?

—Porque soy un cobarde. El que sea futbolista es la excusa.

—Yo no creo que seas un cobarde. —Le miro con ternura—. Solo tienes miedo. Y es absurdo, porque la gente que te admira y la que te conoce te va a respetar, y el resto... Al resto, que les peten. No tienen derecho a opinar sobre tu vida.

Fran me pasa un brazo por los hombros y reanudamos la marcha.

—Quiero hacerlo, *bella*. ¿Crees que seré capaz? —susurra.

—Claro.

—Pues yo también creo en ti, Vega Rodríguez. Y algún día tendré el inmenso honor de llevarte hasta el altar donde te espere John Taylor.

—Anda, no te flipes. De momento llévame hasta un baño, que el *frapuccino* pide salir.

—Vamos, meona. Mientras, llamo a Erik. —Sonríe ilusionado—. Creo que es la primera vez que vamos a tener una cita doble.

—Pero no la última —le guiño un ojo.

A eso de las seis y media estamos muertos de frío detrás de la Casa de Fieras. Bueno, muerta de frío estoy yo; la parejita parece ser ajena al invierno. Fran intenta posar al lado de una ardilla y Erik lo trata de inmortalizar todo, pero no hay manera: las ardillas de El Retiro saben más que los ratones colorados; como no les dé comida, o un par de euros, no hay foto.

Apago el cigarrillo y tiro la colilla en una papelera antes de mirar el móvil por enésima vez. John me ha dicho hace un rato que venía hacia acá... Cuando levanto la mirada de la pantalla, le veo. Camina por el sendero, con los vaqueros desgastados y la cazadora de cuero. Va dejando mujeres desmayadas a su paso y haciendo florecer las plantas. Menudo espectáculo... Echo a correr, como en las películas, dispuesta a lanzarme a sus brazos, pero la arena húmeda del camino decide boicotearme y termino panza arriba. John sale corriendo a rescatarme, se cerciora de que estoy bien y le entra un ataque de risa de campeonato. Fran empieza a aplaudir y a pedir que lo repita. Erik me enseña la cámara y me dice que lo tienen grabado.

Hijos de Satanás...

—Oh, qué valientes... Tres tíos como tres castillos riéndose de una pobre mujer... un poco torpe. Ya podréis, ¡cabrones!

Ellos se ríen más fuerte y yo me limpio con dignidad el trasero y les presento a mi dedo corazón derecho.

—Ya os pillaré por separado, ya...

—Yo no te he dicho nada —se defiende John.

—¡Pero te has reído!

Todavía hay chufas con mi accidente cuando nos vamos a cenar al Don Giovanni. Todo de fábula, como siempre. Solo reproducen el vídeo de mi caída dos veces. La tercera consigo impedirla armada con una botella vacía de agua mineral. Creo que nunca me he reído tanto en una cena. Los hidratos, las carcajadas y el amor, del grande, que se respira en la mesa consiguen alejar las preocupaciones. Nos despedimos entrada la madrugada con la promesa sincera de repetir la velada. Todos juntos. Pronto.

THE SAUNA

Apenas unos días después de reencontrarme con Fran, el trabajo de John nos obliga a volver a Nueva York. Estoy tentada de no acompañarle esta vez, pero no podrá regresar hasta mediados de enero y mi conciencia no me permite dejarle solo en Navidad y Año Nuevo.

Resultan ser las fiestas más tristes de mi vida. Y eso que mi padre, antes de que nos abandonara, ya nos dio más de una Nochebuena. Pero estas se llevan la palma, porque tanto ir y venir, tanto perder el rumbo sobre la dirección que está tomando mi vida, me eleva la ansiedad, me baja las defensas y me hace cogerme una gripe de las gordas. Empiezo el año abrazada a la taza del váter, vomitando jarabe en vez de alcohol, como la gente normal. John esa semana no va a la oficina, pero prácticamente se pasa el día encerrado en el despacho.

Y, llegados a este punto, os preguntaréis: «¿No empiezas a odiar con todas tus fuerzas la obsesión de John por el trabajo?». Pues sí, con todas ellas. Tanto, tanto que hasta empiezo a dudar de que haya acertado aceptando esta vida nómada. Si no fuera porque le quiero más de lo que he querido nunca... Porque le quiero, sobre eso no tengo dudas. Así que no paro de repetirme que el amor puede con todo y que, antes o después, esto no será más que una época confusa que conseguimos superar. Ahora solo me falta creérmelo...

Lo bueno de vivir con un *workaholic* es que tengo mucho tiempo para mí. Y para la ONG. Prácticamente, he asimilado las funciones de coordinadora, ya me llevo estupendamente con la web y mi árabe ha mejorado una barbaridad, al menos, en cuanto a comprensión y vocabulario, porque la caligrafía se me sigue dando regular. Y eso que me esmero. Hoy, sin ir más lejos, llevo ya cinco horas metida en el despacho del ático, practicando. Mi cabeza se resiente, pero no desisto. Como con John. Lo único que me hace tomarme un descanso es una llamada de Francesco.

—*Ciao, bella*. ¿Qué haces?

—Intento escribir algo legible en árabe, ¿y tú?

—Llamarte.

Me río.

—¿Y me llamas para algo en concreto o solo para vacilarme?

—Te llamo para saber cómo llevas la adicción al trabajo de tu novio y para darte una noticia.

—¿Qué noticia?

—Tú primero. ¿Qué tal con John?

Resoplo.

—Pues seguimos un poco igual...

—¿Has hablado con él?

—No.

—Y no vas a hacerlo —afirma.

—No creo.

—Pero, Vega...

—¿Y tu noticia?

—Ha sido un cambio de tema demasiado evidente, pero... Está bien, te lo diré. —Carraspea—. La

próxima semana estate atenta a la televisión. Voy a dar una rueda de prensa... con Erik.

—¿¡Qué!? —chillo, loca de contenta.

—Sí, *bella*, vamos a hacerlo.

—Me alegro tanto, Fran...

—Yo espero poder alegrarme también.

—Seguro, tú tranquilo, ya verás cómo todo sale bien.

Dos golpes se oyen en la puerta del despacho.

—Un segundo, Fran —Me separo del móvil—. Adelante.

John aparece con gesto serio. Entra y cierra la puerta tras de sí.

—Fran, tengo que colgar. Mañana te llamo.

—*Ciao, bella*. Y hazme caso: habla con él.

Abandono el móvil encima de la mesa, entre los folios con los intentos de caligrafía.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

John hace un puchero.

—Odio pedirte esto, pero necesito el despacho unas horas.

Me levanto sorprendida y me pongo a recoger mis chismes.

—Sí, sí, claro que sí... Es tu despacho, faltaría más. —Me lleno los brazos de apuntes, el móvil, un par de bolis—. A lo tonto te he invadido... —murmuro avergonzada.

—Tenemos que organizarnos. Luego lo hablamos tranquilamente, pero he pensado en reformar una de las habitaciones de arriba para que puedas trabajar en ella.

Sonrío y asiento.

—Luego lo hablamos.

Le doy un beso al llegar a su altura. John deja otro en mi pelo y abre la puerta. La sección americana de los *Men in Black* esperan. Me voy con mis trastos al salón de arriba y allí me quedo hasta que John sube a por mí.

—*Baby*, es muy tarde. ¿Has cenado?

—No —farfulto, más dormida que despierta—, tengo sueño.

—Venga, pues vamos a la cama —dice cargándome en sus brazos.

La mañana siguiente ni le veo. Me resigno, me pongo un café y un trozo de bizcocho y desayuno revisando las resoluciones sobre el censo del Sáhara Occidental. El bizcocho no llego a terminármelo, no os digo más. Como no quiero seguir cabreándome con un tema tan sumamente injusto, cambio de tercio y prosigo con el enrevesado alfabeto árabe.

A mediodía me acerco a la cocina, con la cabeza como un bombo y bastante baja de moral. Me cruzo por el pasillo con Geoffrey, que me informa de que va a limpiar la piscina. A Consuelo la encuentro en la isla de la cocina con las manos en la masa literalmente.

—Hola, Consuelo.

—Hola, señora Rodríguez. ¿En qué puedo servirla?

—Llámeme Vega, por favor. Y no se preocupe, está usted ocupada. Solo quería un sándwich.

Abro la nevera.

—De verdad que no es molestia. Al contrario.

—Se lo agradezco, pero necesito hacer algo más que estudiar letras raras —digo cogiendo un poco de queso en lonchas, fiambre y un tomate. Me pongo a hacerme el sándwich y Consuelo me mira con un poco de pena.

—El señor Taylor regresa esta tarde, ¿no es cierto? —pregunta, creo que por animarme.

—Sí —digo sin mucho ánimo—. Me ha escrito un mensaje y me ha dicho que intentará llegar sobre las seis. Pero está en Washington: allí nunca se sabe...

—Tanto trabajo, tanto trabajo... —murmura—. Hay hombres que no entienden que el dinero no puede comprar el tiempo.

Tiene tanta razón...

—Cambiar de hábitos no es fácil —digo haciendo de abogada del diablo.

—No, no lo es. —Asiente—. Qué bien que usted le acompañe, señora Rodríguez. El señor Taylor parece otro desde que usted apareció.

—Yo también lo soy, se lo aseguro.

Inspiro hondo y le pego un mordisco al sándwich.

—¿Echa de menos su tierra? —La miro extrañada, y se corrige enseguida—. Perdona, no debería ser tan preguntona...

—No, tranquila. Solo me ha sorprendido su pregunta. —Pienso un instante—. Lo cierto es que no sé qué echo de menos, pero algo me falta... Tierra, quizá eso sea lo que necesito. Llevo tanto tiempo en el aire que a veces me cuesta tomar constancia de dónde está mi sitio.

—Yo he vivido en muchos países. Y sé que este no será mi último lugar. Pero allí donde esté el corazón de la gente que quiero estará mi casa.

Me entristezco. Yo tengo el corazón tan repartido por el mundo que no sé ni por dónde anda.

—¿Le puedo aconsejar algo? —me pregunta.

—Claro.

—Tómese el resto del día para usted. Vaya de compras o a la peluquería o a dar una vuelta por el parque. Lo que se le antoje. A veces nos damos tanto a los demás que nos olvidamos de nosotros mismos.

—Jo, Consuelo, qué nombre más apropiado le pusieron.

Ella se ríe, como si fuera una chiquilla, y sigue con su masa.

Me termino el tentempié, subo al vestidor y busco en el bolso el bono que me regaló Joana. Es tan megaexclusivo que no aparece escrita ni la dirección del *spa*. Solo el nombre, muy brillante y reluciente, en un cartoncito negro con el canto plateado. Podría buscarlo en internet, pero temo equivocarme y terminar en un barrio chungo —mis fobias, ya sabéis—, así que me animo a llamar a Rose. Ella me dijo que lo hiciera si necesitaba algo, ¿no? Pues necesito llegar al *spa* con todos mis órganos vitales en su sitio.

Cuando cojo el móvil me doy cuenta de que no memoricé su número, y no quiero molestar a John para pedirle el teléfono de su hermana. Cojo la tarjeta de Taylor Group y consigo localizarla en la oficina. Media hora más tarde, una asistente me llama para confirmarme la cita en el Great Jones Spa.

Como no está demasiado lejos, decido ir andando. Me calzo las deportivas, unos pantalones de yoga, una camiseta de tirantes y una sudadera y guardo en una bolsita mi bañador y un neceser. Mi ánimo mejora al salir a la calle: hace buen día y Broadway está a tope de gente. Casi me da pena llegar tan pronto a mi destino.

El interior del *spa* es un pequeño oasis. Piedra viva, ladrillo rojo cocido y plantas en cada esquina. Charlo un ratito con una empleada muy amable en español —ole por ella— y termino decidiéndome por una cura de agua con *river rock sauna*. Suena genial, ¿verdad? El *water lounge* es una pasada. Tiene dos mil tipos distintos de masajes, piscinas de agua salada, de distintas temperaturas... Y la sauna, que, aunque un poco espartana, le viene a mi cuerpo de cine.

Estoy medio derretida encima de un poyete de piedra gris, más relajada de lo que he estado en mi vida, cuando la puerta de madera se abre. Me cierro la toalla sobre el pecho y me incorporo,

adoptando una postura más recatada. Cuando miro la cara de mi nueva compañera de sauna, me quedo a cuadros. Me cago en mi suerte.

—Hola, Vega, qué casualidad —dice con su característico tonillo nasal y una sonrisa burlona.

—Hola, April.

Me recoloco el pelo mojado como buenamente puedo y clavo la mirada en la pared de enfrente.

—¿Vienes mucho por aquí? —me pregunta.

Estoy por ignorarla y pirarme, pero no me da la gana. Yo he llegado primero, que se vaya ella, así que solo la ignoro.

—No te he visto nunca antes, y este no parece un sitio de tu... clase.

Cierro los puños y me clavo las uñas en las palmas de las manos. Autocontrol, Vega, autocontrol.

—Vaya. No te muestras muy comunicativa. —Me mira con cara de pocos amigos—. Bien, pues como me consta que John está en Washington y no va a poder llegar a lomos de su corcel blanco para salvarte, ahora me voy a permitir terminar con la conversación que empezamos en el hotel Kimberly.

—No te molestes. No me interesa.

Me levanto, dispuesta a irme. Ya me da igual que yo haya llegado primero: no quiero a esta tiparraca delante y punto. April también se levanta, y un poco desconcertada mira de un lado al otro.

—¡Tienes que escucharme, Vega! —me chillaba.

Yo paso de su cara de moco y me voy hacia la puerta. Cuando estoy a punto de alcanzarla, April agarra mi toalla y la tira al fondo de la sauna.

—¿Pero qué haces, pedazo de loca? —le grito tapándome las vergüenzas.

Me voy al rincón donde ha terminado mi toalla y, cuando me doy la vuelta, April ya se ha marchado. Pues, mira, mejor, así me ahorro tener que cruzarle la cara de un guantazo. Me coloco la toalla, me voy hacia la puerta y... no abre. Tiro otra vez, y nada. Tiro, una y otra vez, y nada de nada. Está cerrada por fuera.

—Esto es de coña —murmuro entre dientes.

Agarro el saliente de madera con más fuerza y empujo y tiro tratando de que la puerta ceda, inútilmente. Empiezo a aporrearla con ganas.

—*Help! Help, please!!* —grito, supongo que alguien me oirá.

Repito mi llamada de auxilio varias veces, pero no recibo respuesta. Empiezo a agobiarme. Hace un calor tremendo. Debo de llevar más de media hora aquí dentro, y no puede ser bueno...

—*April!!! Open the fucking door!!! Right now!!!*

Como la coja de los pelos, la arrastro por todo Manhattan.

Empiezo a hiperventilarme, me queman los pulmones, la adrenalina me está mareando. Me aparto de la puerta y me acerco a los cubitos de agua; está ardiendo, pero, aun así, me humedezco la boca y los orificios de la nariz. Noto que me abrasan. Vuelvo a la puerta y la aporreo y le meto patadas sin control.

—*Help!!!* ¡¡¡Que alguien me ayude, por favor!!!

Me desplomo contra el suelo. Tengo que respirar. No puedo desmayarme... Empiezo a sollozar. Voy a palmar aquí, lo presiento. Para una jodida vez que voy a un *spa* en Manhattan y logro encontrar mi muerte... Ya estoy viendo mi epitafio: «Nació, creció (pero poco) y no llegó a reproducirse porque una sauna se cruzó en su camino». Espero que mi espíritu se quede entre las paredes del *spa* y aterrice a las pedorras de la calaña de April. Jodida lunática homicida!

Bostezo.

Jo, qué sueño tengo de repente, ¿no?

Apoyo la cabeza en la puerta y cierro los ojos.

No me duermo, palabrita, solo descanso un poco la vista...

—Ya vuelve en sí —oigo decir a alguien que habla como en balleno: «Yaaaa vuuuueelveeee eeeen síiiii».

—Vega, ¿puedes oírme? —pregunta otra voz masculina.

Intento abrir los ojos, pero no puedo.

—¡Me he quedado ciega! —grazno con la boca seca—. ¡Mis ojos! ¡¡No veo!!

—Tranquila, Vega, tranquila. Solo tienes una compresa tapándote la cara, ¿ves?

Algo fresquito se separa de mi rostro y vuelvo a ver, todo borroso. La piel me escuece.

—Vale, vale, pero pónmelo otra vez. —El hombre sonrío y me hace caso.

Ay, qué descanso.

—¿Sabes dónde estás? —me pregunta.

—Eh... ¿en un *spa*?

—No, señora Rodríguez —dice el balleno, que ya no habla tan despacio—. Está en el Lenox Hill Hospital. Ha tenido usted un accidente en la sauna del *spa*. Debió de desmayarse. Cuando el personal se dio cuenta, estaba ya deshidratada. Está recibiendo una solución por vía intravenosa. La quemazón de la piel le bajará en un par de horas con las compresas que le hemos aplicado. Ahora debe descansar.

—Vale —le digo con vocecita. Oigo los pasos de al menos dos personas alejándose y la puerta cerrarse. Un suspiro—. ¿Hay alguien ahí?

Trato de levantarme la cataplasma de la cara.

—No te lo quites. Soy yo, Rose. Llamaron al número que efectuó la reserva cuando te encontraron. ¿Cómo estás?

—Pues... no sé. Viva..., creo.

—Los análisis han salido bien. No saben por qué te has desmayado. ¿Te acuerdas de algo?

—¡Claro que me acuerdo! ¡¡Ha sido April!!

—¿Qué April? ¿April Blunt?

—Esa.

—Vega —murmura acercándose, y noto que se sienta en mi cama—. Has pasado un buen rato sin conocimiento, puede que estés desorientada...

—No, Rose. April me dejó encerrada en la sauna. Quiso hablarme mal de tu hermano y, como pasé de ella, se le debió de ir la cabeza y me encerró. Grité un montón e intenté abrir la puerta de mil maneras, y luego me entró sueño... y me he despertado aquí.

—¿Estás segura de todo eso? No es que desconfíe de ti, ni que no la crea capaz, pero, qué casualidad, ¿no? Encontraros en el mismo *spa*, con la de ellos que hay en Manhattan...

—Eso pensé el día del hotel Kimberly, cuando también nos encontramos por casualidad.

—Me lo contó John. Es todo muy raro... —Calla unos segundos y luego me agarra la mano—. Pero tú tranquila, ya daremos con la solución. Ahora lo que me preocupa es cómo va a reaccionar mi hermano cuando se entere.

—¿No le has avisado?

—No, lo he intentado cien veces, pero no he podido localizarle. Está en Washington...

—Lo sé. —Y April también lo sabía. Pienso un instante—. Rose, ¿puedo pedirte un favor?

—No lo dudes.

—No se lo digas a tu hermano, por favor. Al final no ha pasado nada, y no quiero que esa pécora consiga lo que quiere, que está claro que es la atención de John. Dejémoslo pasar, va a ser lo mejor. Él

está demasiado ocupado como para tener que preocuparse de algo así.

Estoy segura de que ignorarla es lo que más le va a joder. Además de que funciona: no he vuelto a recibir más mensajes amenazantes.

—Pero, Vega... John tiene derecho a saberlo...

—Sí, sí, y se lo diré en su momento. Cuando todo esté más tranquilo. —Me levanto la compresa y trato de enfocarla—. Por favor...

Rose levanta las manos en señal de rendición y asiente.

—No sé si es lo correcto, pero es tu decisión. No se lo diré.

—Gracias, Rose.

—No me las des todavía, déjame encargarme de April primero.

—Tranquila, de esa ya me encargaré yo.

BEHIND BLUE EYES

Lo bueno de vivir con un adicto al trabajo es que, si su exprometida intenta acabar contigo dentro de una sauna, él no se va a dar cuenta de las secuelas porque estará demasiado ocupado. También es cierto que dichas secuelas tampoco son relevantes. Un poco de enrojecimiento en la piel que, al cabo de unos días y mucha crema hidratante, desaparece. Justo al contrario que mi sed de venganza. ¡Maldita chiflada! No sé cómo me las voy a apañar, pero se va a enterar. Os lo aseguro.

Pero, bueno, hoy no es día para planear venganzas. Hoy es un día para celebrar que mi mejor amigo va a dar un paso decisivo en su vida. Estoy supernerviosa. Y él también. Me ha mandado ya media docena de audios en los que rozaba la histeria. Ahora, la que está a punto del parraque soy yo. Ya debería haber empezado la rueda de prensa. He actualizado Instagram un millón de veces, pero nada. El directo que me dijo Fran que iba a emitir su cuenta todavía no aparece.

Un momento...

Se pone en rojo el circulito de su foto.

Ay. ¡Ay!

Pulso sobre el triángulo de *play* y en pantalla aparecen Fran y Erik. Están sentados tras una mesa con incontables micrófonos encima. Un panel blanco a su espalda le da aspecto de rueda de prensa, pero no hay nada de publicidad. Fran le dedica una mirada cómplice a Erik, carraspea y comienza a hablar:

—«Nos alegramos de veros a todos aquí, pero preferiríamos no haber tenido que convocaros. Hoy es un día emocionante y triste a la vez para nosotros. Emocionante porque hemos decidido compartir con vosotros nuestro amor, y eso nos hace felices. Y triste porque, en otras circunstancias, esta rueda de prensa estaría de más. No queremos escondernos ni seguir mintiendo. Creemos que nos merecemos vivir nuestro amor con igualdad, por eso os rogamus respeto y tolerancia. Nosotros somos los mismos, solo que ahora estamos completos».

Un silencio sepulcral da paso a un aluvión de preguntas. Salgo de la aplicación y suelto el móvil sobre la mesa del despacho de John. Estoy llorando como una Magdalena. La cara enternecida de Erik mientras miraba a Francesco. La fuerza de las palabras de mi amigo, su entereza. La luz que brillaba en los ojos de ambos cada vez que sonaba un «nosotros». Han dado un paso enorme y, aunque me jode que esta sociedad los haya obligado, me alegro por ellos. Su valentía bien vale la libertad que acaban de alcanzar.

Recupero el móvil para enviarle un mensaje.

Estoy tan orgullosa de ti...

Envío la frase incompleta porque apenas veo las letras con tantas lágrimas. Uso el cuarto de baño de la planta para refrescarme un poco y, de vuelta al despacho, tengo una llamada perdida. Me apresuro en marcar.

—Espero que tengas una buena excusa para no haberme cogido el teléfono.

—Estaba llorando a mares por tu puta culpa.

—La culpa es del destino, *bella*. Nosotros siempre estaremos unidos por el agua.

—No te pongas intensito, por favor, que bastante sensible estoy ya —sollozo—. Enhorabuena, amigo. Lo que acabas de hacer... —El hipo sacude mi pecho—. Has sido tan valiente... En todo. Eres un ejemplo. Para mí y seguro que para millones de personas...

—Para, para —murmura—. Yo no soy ejemplo de nada, *bella*. Solo soy un hombre enamorado. Su amor, y también el tuyo, lo han hecho posible. Nada más.

Empiezo a llorar a moco tendido.

—Como me gustaría estar allí para vivir esto contigo... —logro decir.

—Estás aquí conmigo. Te llevo bajo la piel desde que te conocí. Siempre va a ser así. —Solloza y luego se ríe—. Hemos conseguido hacer llorar a Erik.

—Dale un beso gigante de mi parte, por favor. Tienes un hombre maravilloso a tu lado, lo sabes, ¿verdad?

—Soy consciente. Ahora, por fin, lo soy. —Suspira.

—Te quiero mucho, Fran.

—Y yo a ti, *bella*. Gracias por ayudarme a vivir de verdad.

Cuando John regresa al ático, bien entrada la tarde, se sorprende de que no esté estudiando árabe. Bueno, por eso y porque estoy bailando un *foxtrot* ligero en medio de su despacho. Igual no ha sido tan buena idea beberme el segundo pacherán...

—¿Sinatra? —me pregunta con una sonrisa.

—Me la ha enviado Fran —digo en mi defensa—. No está tan mal...

Dejo el vaso encima del escritorio y me acerco a él canturreando. Me abrazo a su cuello y sonriéndonos, bailamos al son de *I've got you under my skin*.

—Ojalá pudiera verte siempre tan feliz —susurra en mi oído.

Hundo la cabeza en su cuello y me lleno de su delicioso aroma. John me aprieta contra su cuerpo y me besa. Conquistando mi boca con decisión. Con necesidad. Me envuelve entera, me lame los labios y me suelta para darme un giro digno de exhibición. Ríe por la pirueta y regreso a sus brazos, justo cuando la canción termina.

—Jo, ahora que le iba pillando el tranquilo —me quejo.

—Voy a ponerte otra, a ver qué te parece.

Se aproxima al escritorio, y no puedo evitar seguirle. Modo lapa *on*. John se inclina sobre la mesa, concentrado en la pantalla, y yo me muerdo el labio admirando su perfil. Es tan jodidamente guapo...

—Aquí está —dice.

Una guitarra solitaria comienza a dibujar una melodía suave. John me agarra de la cintura y me sienta sobre el escritorio. Clava sus ojos en los míos y acaricia con sus pulgares mis caderas mientras una voz masculina canta que nadie sabe lo que es ser el hombre malo, detrás de los ojos azules. Me aferro a sus antebrazos con un ligero temblor.

—*But my dreams they aren't as empty, as my conscious seems to be* —tararea John con su voz grave, acompañando a la perfección al cantante, y me sonrío con timidez.

Acerca su boca, despacio, y me besa; apenas un roce. Pega su frente contra la mía e inspira hondo.

—Lamento que las cosas no estén siendo como esperábamos —murmura.

Y hay tanta tristeza de pronto en su voz que mi instinto me pide aliviarle.

—Hagamos este momento nuestro, y lo que venga después... ya lo afrontaremos.

John me mira con mucha atención unos segundos; la luz vuelve a sus ojos azules y las yemas de sus dedos se hunden en mi piel.

—Nunca dejaré de quererte, Vega. *Never* —murmura.

Y la entrega con la que me besa después me hace creer que sus palabras son ciertas. Me obliga a olvidar las dudas, la falta de contacto, la oscuridad de su mundo.

El ritmo de la canción crece, al igual que nuestros besos. La ropa ya no cumple su cometido, y en vez de proteger, asfixia, estorba y, simplemente, termina desapareciendo.

John me tumba sobre su escritorio, se coloca entre mis piernas y recorre con su mirada todo mi cuerpo. Acaricia mi cara, el valle de mis pechos, mi vientre, mi húmedo sexo.

—*Keep me warm* —recita, y esa misma frase se repite en la canción.

—Ven —le pido.

Se tumba sobre mí, me abrazo a su cuello y beso la curva de su mandíbula, tan suave, su mentón, su jugosa boca. John agarra su miembro y lo desliza de una vez dentro de mí, hasta lo más hondo de mi sexo.

La canción termina, pero no nuestras ganas. Ya no se escuchan las guitarras, así que llenamos el despacho de gemidos, de susurros, de respiraciones jadeantes, de silencios que dicen más que las palabras. Cada vez que John se hunde en mi interior y aprieta mis caderas, algo dentro de mí se va llenando de felicidad.

—*Fuck, baby* —gruñe en mi oído.

Se incorpora llevándome con él y me abraza, desesperado. Muerde mis labios, su lengua no deja un rincón de mi boca sin explorar y sus manos manejan mi cuerpo a su antojo. Siento su miembro deslizarse sin tregua una y otra vez en mi interior y grito, buscando liberarme, queriendo sacar de mi organismo todo lo tóxico que he ido acumulando y que solo quede en mí la dicha de sentirme completa.

—John! —aúllo.

Tiemblo de pies a cabeza. Me pego a él y le abrazo todo lo que puedo. John se aferra a mí de igual manera sin parar de penetrarme, haciéndome sentir cada movimiento, cada terminación nerviosa. Se separa para mirarme a los ojos. Entreabre la boca y un gemido ronco se escapa de ella. Le siento palpitar en mi interior. Cada descarga. Y luego la tibieza de su semen dentro de mi sexo.

—Vega... *Baby*... —musita, y vuelve a abrazarme. Como si nos hubiéramos vuelto a ver después de mucho tiempo. Con esa alegría agri dulce.

Y así pasamos buena parte de la noche. Solo abrazados. Piel con piel. Reencontrándonos. Solo nosotros. Luego caemos rendidos y apenas cuatro horas después estrenamos el jueves.

John, después de la ducha y el café, está como una rosa, y yo parezco cualquier cosa menos una hembra humana. Cuando se marcha me siento tan tentada de volver a la cama que me obligo a vestirme y salir a la calle. Eso sí, me llevo el portátil, que la ONG no tiene la culpa de que yo tenga sueño. En principio pienso en buscar un Starbucks, pero, cuando planto un pie en la acera y el aire se cuele por debajo de mi abrigo, me niego a encerrarme entre cuatro paredes. Cojo el metro en Bryant Park. Me doy el capricho de visitar la Biblioteca Pública de Nueva York y luego me agencio una sillita y una mesa, de esas metálicas de hierro que pesan un quintal que hay detrás de la biblioteca. Hace un frío del carajo, pero, con un café calentito y con la energía del astro rey sacudiéndome la piel, trabajo tan a gusto.

Cuando los rugidos de mis tripas empiezan a eclipsar a mis ideas, me compro un perrito y todos los periódicos deportivos que encuentro y me voy caminando a Central Park. Mientras como sentada en un banco, ojeo encantada cómo en todos los diarios hablan de Fran y Erik. Y da gusto ver lo que dicen los periodistas y sus compañeros. No sé si lo pensarán de verdad o es todo postureo, pero me siento orgullosa de su respuesta. Esa clase de reacciones me devuelven la fe en el género humano.

Al regresar al ático le llamo. Está eufórico, y no es para menos. Y también bastante nervioso: mañana Erik y él viajan a Dresde, a conocer a la familia de Erik. Yo le cuento que es muy posible que regresemos a Madrid la próxima semana, y planeamos la celebración. Por todo lo alto, pero en plan sano. A ver si con la emoción del momento va a terminar recayendo... También le cuento que el fin de semana nos vamos a North Fork. Me consta que John ha hecho lo imposible para sacar un par de días, y comparto con mi amigo la ilusión que me hace. Lo está intentando de verdad: solo espero que ningún fuego nos lo estropee...

Cuando John vuelve a casa, ya de noche, me encuentra rodeada de papeles en el sofá del salón de arriba. Estoy tan concentrada en que me salga bien la dichosa caligrafía árabe que creo que estoy hasta con la lengua fuera.

—Hola, cariño —digo muy alegre, y suelto el lapicero y el papel. Me levanto y me abrazo a su traje de Tom Ford. Y digo a su traje, porque John no parece que reciba el abrazo.

—¿Ocurre algo? —le pregunto separándome.

—Eso me lo tendrías que aclarar tú —dice, serio.

¿De qué habla?

—¿He liado alguna y no me acuerdo? —bromeo.

John mete la mano en el bolsillo de su chaqueta. Saca un sobre doblado y, de él, un par de folios.

—Esto estaba en el correo. ¿Puedes explicármelo?

Me acerco y agarro los papeles. Mierda. Es la factura del hospital. ¡Joder! Y es una pasta.

—No tenemos por qué pagarla, tramité lo de la Seguridad Social en España. Mañana me entero de cómo lo podemos reclamar...

—Vega, como comprenderás, eso es lo que menos me interesa del tema.

Agacho la cabeza.

—Ya.

Me doy media vuelta y me pongo a recoger los apuntes.

—¿Ya? ¿No vas a decirme nada más?

—Estoy bien, John. No te preocupes. Fui a un *spa* y me desmayé en la sauna. Me llevaron al hospital para comprobar que todo estuviera bien y lo estaba. No ha sido nada.

—¿Y por qué demonios no me lo contaste?

—Porque no quería preocuparte.

—Me preocupa más que hayas tratado de ocultármelo.

—Bueno, pues ya te has enterado, ¿no? Todo arreglado. ¿Nos vamos a la cama, por favor? Estoy cansada.

—Acuéstate; yo me ducharé primero.

Asiento y me dirijo al dormitorio empezando a dudar de mi decisión. Quizá debería contarle la verdad. Al fin y al cabo, yo no soy culpable de nada, y callándome solo consigo proteger a April...

Me meto en la cama dándole vueltas y al ratito la ducha se deja de oír. John aparece minutos después como dios le trajo al mundo. Y el Señor hizo un trabajo de puta madre aquel día... ¿Estará demasiado mosqueado como para echar un polvo sideral? Se mete en la cama y apaga la luz. Me deslizo entre las sábanas, le paso una pierna por encima y me abrazo a su torso. John me besa en el pelo y se da media vuelta. Pues, sí, lo está. A ver si mañana tengo más suerte...

A la mañana siguiente no me da tiempo ni a intentarlo de nuevo. John me da un beso fugaz, esta vez en la frente (¡en la frente!), y se despide hasta la noche. Pues nada, genial, otro día sola.

Desayuno, trabajo, me fumo un cigarrito, trabajo otro rato más, me como un sándwich, estudio árabe, me aburro tanto que quiero cortarme las venas y mi móvil suena.

—¡Sara! Jo, tía, qué alegría oírte. Llevo todo el día sola y me aburro como un mono. Cuéntame cosas.

—Pues como no te cuente el cuento de María Sarmiento, no sé qué coño te voy a contar, cari. Yo también me aburro que te cagas. Hoy hemos tenido pocas citas y ya no sé qué hacer para entretenerme. Estoy de ver series hasta las tetas... Tía, ¿por qué no te escapabas y te vienes a verme?

—Ya me gustaría, pero John ahora tiene mucho trabajo. No creo que podamos en una temporada.

—Pero yo hablo de ti, no de él. ¡Vente tú!

—¿Sin él? No, tía. No es plan.

—Cari, no te olvides de vivir tu vida, aunque la compartas con él, ¿vale? Y no te lo digo por lo de venir a verme. Te lo digo porque creo que no eres consciente de a todo lo que has renunciado por seguirle. No te pierdas por el camino, Vega.

—Lo intentaré. —Oigo la puerta principal cerrarse—. Te cuelgo, nena. Creo que John acaba de llegar.

CRASH DOWN

Podéis llamarlo intuición, premonición, sexto sentido... o como queráis, pero hoy me he despertado con la certeza de que algo no va bien. Reconozco que puede ser producto de la tensión que llevo acumulada, que el que las cosas no vayan tan bien como pensábamos me hacen estar paranoica. O lo mismo es por el susto del *spa*. O porque estoy viviendo tan alto que empiezo a tener mal de altura... No lo sé. Pero no puedo negar que lo siento. Algo me ahoga.

Me giro intranquila en la cama, buscando en el calor de John algo de refugio, y no lo encuentro. Y sé que no debería parecerme raro —casi siempre se levanta antes que yo—, pero hasta su ausencia me inquieta. ¿Por qué estoy tan nerviosa?

Me levanto, me pongo la primera bata que aparece en el vestidor, paso por el cuarto de baño sin mirarme al espejo siquiera y salgo al corredor. Está reunido. La puerta del despacho está cerrada, pero, incluso así, se oyen las voces amortiguadas tras ella. Qué raro, ¿no? ¿Por qué no están en la oficina?

Consuelo aparece, cruzando el salón como una exhalación, con una bandeja con café y tostadas. Las tazas tintinean cuando llama con urgencia a la puerta. Alguien abre y desaparece tras ella. Empiezo a mordisquearme las uñas. Esto es todavía más extraño. La gente que esté dentro debería haber venido desayunada de casa..., a no ser que lleven aquí mucho tiempo.

Al salir del despacho Consuelo levanta la mirada y me ve. Una sombra cruza su rostro y sus ojos oscuros se llenan de algo... ¿Pena? Se me pone el pelo de punta. Algo pasa. No son paranoias mías.

—¿Dónde está John? —le pregunto, cerrándome con fuerza la bata sobre el pecho.

—Está en el despacho, Vega. —¡Vega! Ella nunca me llama por mi nombre—. Vaya a cambiarse y yo mientras le preparo el desayuno, ¿sí?

—Consuelo, por favor, ¿puede decirle a John que salga?

Ella me mantiene la mirada un instante y finalmente asiente y vuelve a entrar en el despacho. Pocos segundos después aparece John. En vaqueros y una simple camiseta negra. Creo que es la del pijama... Si está trabajando, ¿dónde está su traje?

Ni siquiera me mira. Avanza a grandes pasos por el salón y le pierdo de vista tras el corredor inferior. Cuando quiero darme la vuelta, él ya ha subido la escalera. Algo va mal. Muy mal. Está pálido y tiene una expresión difícil de ver en él: miedo.

—¿Qué pasa, John?

—Ven, vamos a sentarnos —me dice con la voz extremadamente suave.

Me lleva hasta el sofá que hay junto al bar y me coge las manos con fuerza. Sigue sin mirarme. Le cuesta respirar... ¡¿Pero qué cojones pasa, por dios?!

—John, me va a dar algo como no me expliques de una vez qué es lo que ocurre.

—Es... —Traga saliva y cierra los ojos. Su frente se llena de arrugas. Su respiración se entrecorta. La mía ha desaparecido. Levanta la mirada, y veo tanto dolor en ella que empiezo a temblar—. Vega, a Francesco...

—¿¡A Francesco qué!? —chillo al oír el nombre de mi amigo. Los latidos se me disparan, y me tengo que concentrar en coger aire despacito—. ¿Le ha pasado algo? ¿Está bien?

John me mira sin decir nada. Está buscando las palabras.

—Dímelo, ya, sin más... por favor —le ruego.

—Le han atacado —musita—. A él y a Erik. Hace unas horas, en Dresde.

Me suelto de sus manos. Las pongo sobre mis muslos y dirijo mi mirada a ellas. Izquierda y derecha. Izquierda y derecha. Durante unos segundos no hago otra cosa. Luego empiezo a tomar conciencia, a dar forma a las palabras de John. Cuando lo consigo, mis uñas se clavan en mis piernas. Un extraño calor me invade. Empieza a dolerme el pecho.

—¿Quién? —pregunto con la rabia cerrándome la glotis—. ¿Quién ha sido, John?

—Estoy intentando controlar ese tema, créeme, pero eso no es lo más importante...

—Tienes razón. —Asiento y me levanto. Si John está ocupándose de los culpables, yo puedo centrarme en mi amigo. Tengo que viajar a Alemania. Respiro hondo y no dejo que el pánico me domine. Tengo que centrarme. Primero, hacer una bolsa pequeña con unas cuantas cosas. Luego, conseguir un vuelo. Después contactar con mi amigo... ¿Y por qué no contacto con mi amigo primero?—. Voy a llamarle —pienso en voz alta.

John me agarra de la muñeca. Le miro con el ceño fruncido.

—No puedes... —Se interrumpe.

Claro. Qué tonta soy. Fran tendrá el móvil petado de gente intentando contactar con él. Bueno, pues nada, me presento en Alemania y ya le localizaré.

—Tengo que ir a Dresde. ¿Puedes ayudarme con el vuelo?

—Vega...

—Tengo que ir, John. Algo podré hacer por él... Y seguro que solo serán unos días, hasta que el follón del ataque pase...

Niega con la cabeza.

—Allí no vas a solucionar nada.

Me suelto de su mano y le miro indignada.

—¿Pero cómo eres tan egoísta? Te estoy diciendo que van a ser solo unos días, ¡joder! Es mi amigo, John. Deberías entenderme y no ponerme tantas pegas.

Se tapa la cara con las manos un momento que se me hace interminable. Después las desliza por su pelo hasta la nuca, las deja caer y levanta la cabeza.

—No te estoy poniendo pegas, cariño. Es solo que no sé cómo decirte que ya no hay nada que podamos hacer por él.

Se levanta y me abraza tan fuerte que me quita el poco aire que me queda en los pulmones. Le aparto y le miro. ¿Se ha vuelto loco? ¿Cómo no voy a poder hacer nada por mi amigo?

—Algo podré hacer, John. Él... él se encuentra mejor cuando estoy cerca.

—Vega, no.

Se está desmoronando. Le veo caerse, trocito a trocito, delante de mí.

—Voy a ir —me reafirmo—. Él me necesita.

—Ya no, Vega. Francesco... —vuelve a tragar saliva, y baja la voz—, no ha podido superar la agresión.

¿Cómo que no la ha superado? Entonces está...

Un sudor frío se desliza por mi sien y recorre mi cuello y mi espalda.

No.

Ni de coña.

Eso no puede ocurrir.

—No te creo.

Doy unos pasos hacia atrás y niego tantas veces con la cabeza que llega a dolerme el cuello.

—Me estás mintiendo —le gruño.

—Nunca lo haría.

John intenta acercarse a mí, pero pongo la mano delante. No entiendo nada. Tengo que pensar. Voy a hacer la maleta y a buscar un vuelo a Dresde, y luego allí, ya veré...

—Vega. —Me coge la cara entre las manos. Y con los ojos más dolientes que he visto nunca murmura—: Tienes que creerme, *baby*.

Besa con ternura mis labios, apenas un roce, y echa un paso atrás. Dándome espacio para asimilar que mi mejor amigo, mi otra alma gemela, mi hermano... ya no está. Ni estará nunca. Ha desaparecido... sin más. ¿Cómo se asimila eso?

Eso

no se asimila.

Eso te sacude, te abate,
te aniquila. Transforma tu vida
en caos y te condena al silencio
del vacío. De la asfixia.

Del dolor.

He llorado mucho. Muchísimo. He llorado tanto que me he vaciado entera. Me he abierto en canal para buscar a Francesco dentro de mí y por primera vez no le he sentido. No he sentido nada. Es la única idea que ha dado vueltas en mi cabeza. Nada. Tanto esfuerzo, tanto trabajo, tanto echarle huevos, ¿para qué? Para... nada. Para arrancarte el futuro cuando empiezas a vivir. Para dejar una leyenda detrás de ti y un porvenir convertido en cenizas. En... nada. Nada. ¿Por qué, joder? ¿Por qué? Me ha reventado la cabeza a base de malos pensamientos, el pecho de la presión de contener tanta tristeza y el corazón por su ausencia, que se ha instalado en cada rincón de mi cuerpo a modo de despedida. Nunca volveré a sentir nuestro vínculo, nuestra conexión. Nada podrá devolvérmelo. Nada.

Durante días ni siquiera he podido hablar, porque mi garganta ha estado saturada de rabia, inflamada de odio, irritada por los gritos que he dado en las pocas horas que he dormido y por los sollozos apenas contenidos. Me he desintegrado en un millón de pedazos y no he encontrado la manera de volver a unirlos. Nada ha conseguido darme una tregua, un momento de alivio de ese inagotable sufrimiento que ha ocupado cada segundo, cada idea, cada latido. Nada. Ni siquiera el agua.

No creo que nunca pueda volver a ella.

Los recuerdos son puñales. Sus palabras, proyectiles que desgarran. Su mirada oscura sigue atravesando mi alma. Su forma de agarrarme la mano para encontrar juntos la fuerza necesaria para seguir caminando me falta tanto como los abrazos compartidos, los sueños por cumplir... Teníamos tantos planes, nos quedaba tanto por hacer, que he deseado irme con él. Con mi hermano elegido por el destino. Con el hombre que me empujó a vivir.

Él era mi puta esperanza. Si él podía, yo también podría hacerlo. Nuestros caminos ya eran uno, y andarlo sin su apoyo es imposible. No quiero hacerlo sin él. No quiero hacer nada sin poderlo compartir con Francesco. Vivir sin él me supone traicionarle. ¿Cómo volver a reír con el recuerdo de su muerte en mis entrañas? ¿Cómo creer en mí cuando mis propios consejos le han puesto en riesgo?

Sé que no he debido hacerlo, pero no he podido evitarlo. Me he culpado. Yo le animé a hacer

pública su homosexualidad. Si no le hubiera dicho nada, quizá él no habría dado nunca el paso... Y seguiría vivo. Me siento responsable por pensar que sabía tanto de la vida como para aconsejarle. Él tenía miedo, y yo me reí de su miedo y le animé a actuar sin temor a las consecuencias. Y, aunque injustas, siempre hay consecuencias. Las que ha traído a mí su fallecimiento tal vez algún día pueda evaluarlas. De momento, solo he sido capaz de responder algunas preguntas. Las jodidas preguntas...

La primera me la hizo John. Una tarde. En el dormitorio. Fue sencilla, pero consiguió sacar de mi rabia el valor suficiente para despertar. «¿Quieres que vayamos a Italia a despedirle?». Me dieron ganas de darle una bofetada. Os lo juro. ¿A despedirle? Le miré con odio, sincero, y él agachó la cabeza. En voz baja me explicó que había contactado con la familia de Francesco y que pensaban enterrarle. Con misa solemne. En la catedral de Nápoles. En un casi funeral de Estado. Un puto circo. Asco. Me negué a ir al *show*. Yo no tenía nada que hacer allí. No pensaba ir a honrar al gran Drago cuando Francesco hubiera preferido terminar sus días en el mar de Isquia. ¿Es que nadie tenía en cuenta la esencia de mi amigo? ¿Erik estaba de acuerdo con toda esta mierda?

John me dijo que Erik no sabía nada del asunto. Estaba en coma en un hospital de Berlín. Estable dentro de la gravedad. Traumatismos múltiples, asistencia respiratoria... No quise oír más. Eché a John de la habitación y volví a enterrar la cabeza en la almohada. Solo podía pensar en que no envidiaba la suerte de quien le diera la noticia de la muerte de Fran al despertar. Me prometí ir a verle, pero me di cuenta de que no podía hacerlo sin respuestas.

Al día siguiente, me armé de coraje y puse cara a los asesinos de Francesco. Fue tan jodidamente decepcionante... Esperaba encontrar en esas imágenes algo oscuro, sanguinario, intimidante... Pero ellos eran vulgares, insulsos, unos insignificantes pedacitos de mierda. John tuvo que quitarme el dossier de las manos cuando empecé a arrugar sus ridículos rostros entre mis dedos. Me obligó a sentarme en uno de los sofás de su despacho y me dio un vaso de agua. Mientras me lo bebía a tragos cortos, asqueada por su sabor ácido, John me leyó el informe.

Fueron cinco los implicados en el ataque, pero solo dos los declarados como autores materiales. Fran tenía tantos golpes en el cuerpo que no pudieron determinar en primera instancia quién era el responsable de su muerte. Los otros tres atacantes, según las pruebas, habían participado de igual modo en la agresión; dos de ellos vigilaban el lugar, y el tercero... ha supuesto mi ruina. John no quería decírmelo. Creo que porque sabía lo que iba a ocurrir cuando me enterase. No le culpo por habérmelo intentado ocultar; aunque no me ha gustado, tengo que reconocer que quizá yo hubiera hecho lo mismo. Pero no soy tonta. Sé atar cabos. Y soy bastante obsesiva. He dedicado muchas horas, días, a analizar cada detalle del caso. Me reconfortaba intentar encontrar algo que los demás no hubieran descubierto ya, pero siempre me topaba con el mismo punto ciego: no encontraba información alguna sobre ese tercer implicado.

Esta mañana, aprovechando que John se ha ido al gimnasio, he podido acceder a unos documentos que guardaba en el Mac bajo clave. Como esperaba, era 0702. Ahora mismo no sabría decir si me alegro de haber sido tan hábil como para burlar la seguridad de Taylor Group o me voy a estar arrepintiéndome toda la vida.

He encontrado una carpeta con varios archivos. El primero que he abierto era de un investigador independiente. Sostiene que la huella que había junto a la cabeza de Francesco —un trazo de goma pegada en el asfalto producto de un talonazo brutal— pertenece al tercer implicado. Al clasificado. El único de los cinco que todavía no ha sido detenido. He abierto el siguiente archivo y era su ficha. La palabra «diplomático» me ha provocado un pálpito. Con la misma contraseña he entrado en la base de clientes de Taylor Group y le he encontrado. El hombre que ha matado a Francesco está en la calle gracias a la empresa de John.

No me ha hecho falta saber más.

He dejado el archivo abierto en el Mac, la tarjeta de crédito, las llaves de la casa de North Fork y la estrella sobre el escritorio... y me he marchado.

SINOPSIS



Una noche de invierno.

Dos desconocidos.

Una fiesta exclusiva.

Un incidente propiciado por el alcohol.

O, tal vez, por el destino...

Madrid, Ginebra, Nueva York.

El comienzo de una historia que no solo los cambiará a ellos.

Cuando elegí vivir como un nómada, en todas partes y en ningún sitio, no supuse que ella aparecería. ¿Cómo iba a saberlo? No soy adivino, aunque, de haberlo sido, no habría tenido tiempo para mirar bolas de cristal, cuando apenas me paraba a mirarme las mías... Dedicaba las veinticuatro horas del día a solucionar los problemas de clientes muy importantes con cargos de extrema responsabilidad e interiores tan vacíos como el mío. Ni los viajes, ni mi estatus social ni mi ático de Manhattan me llenaban. Solo ella lo consiguió. Ella, la persona más alejada de mi mundo, la más distinta de cuantos me rodeaban, la estrella inalcanzable: Vega.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Fui una niña de *La bola de cristal* en el Madrid de los 80, una adolescente enganchada a Isabel Allende y una universitaria enamorada de la Historia.

Una noche de 2014 tuve la suerte de descubrir la magia de la escritura, y, desde entonces, no he dejado de inventar historias. En 2017 Pàmies me publicó la primera: *El verano que aprendimos a volar*. En 2018 llegó *La locura de saltar contigo*. En 2019 cerramos la serie *Siempre Madrid* con *La aventura de soñar despiertos*, y participé en la antología benéfica *Todas contamos*.

Cuando no estoy metida en un libro, hablo de ellos en *Gintinizadas*, un *podcast* mensual en clave de humor.

silviasancho.com
IG: [silvia_sancho](https://www.instagram.com/silvia_sancho)
TW: [@Silvia_Sancho_](https://twitter.com/Silvia_Sancho_)
FB: [@SilviaSanchoAutora](https://www.facebook.com/SilviaSanchoAutora)

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

EL VERANO QUE APRENDIMOS A VOLAR



Asier es un enigma. Atractivo, irreverente y descarado, es profesor de tenis durante el verano en un camping de la sierra de Madrid. El sitio perfecto donde esconderse de una realidad que le ha dado la espalda en el pasado.

Lara llega al camping para trabajar de recepcionista, y ni se imagina la tormenta de aire caliente que se producirá en su interior cuando la brisa fresca, liviana y juguetona que rodea a Asier choque con ella... y desate un desco adictivo entre ambos.

Asier y Lara empezarán a volar juntos, sin alas y sin detenerse a pensar que pasará cuando finalice la temporada estival del camping. Pero no podrán contener el deseo de que perdure lo que parece destinado a acabar con el fin del verano. ¿Serán capaces de ganar el pulso a todos los obstáculos que se interponen en su camino y que parecen indicar que lo suyo no será más que un amor de verano?

DISPONIBLE EN PAPEL Y EN DIGITAL EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y EN TODAS LAS PLATAFORMAS DIGITALES

¡LEE AQUÍ LOS PRIMEROS
CAPÍTULOS DE EVQAAV!



¡ESCUCHA LA PLAYLIST DE
EVQAAV EN SPOTIFY!



OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

LA LOCURA DE SALTAR CONTIGO



Una boda.
Un montón de chupitos.
Un Porsche aparcado en una calle oscura.
El mejor amigo del novio.
El hombre con el que no debía acostarme.
El que iba impecablemente vestido con un traje gris y una camisa blanca almidonada.
El dueño de unos ojos verdes que hablaban más que su irresistible boca.
El socio más joven de su despacho de abogados.

El mejor hombre con el que he estado en la cama.

Una locura.

Las huellas de mis uñas en el salpicadero de su coche como prueba.

Un problema de los grandes.

Él era inalcanzable.

Yo estaba rota.

DISPONIBLE EN PAPEL Y EN DIGITAL
EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y EN
TODAS LAS PLATAFORMAS DIGITALES

¡LEE LOS PRIMEROS
CAPÍTULOS DE LLDSC!



¡ESCUCHA LA PLAYLIST DE
LLDSC EN SPOTIFY!



OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

LA AVENTURA DE SOÑAR DESPIERTOS



Todos me advirtieron de que no debía enamorarme de Sergio: nuestros amigos comunes, mi propia experiencia, hasta él mismo.

Sergio llevaba la palabra «peligro» escrita en los característicos frunces de su ceño. Era un espíritu libre, indomable, salvaje. Su magnetismo era tan grande como su falta de compromiso.

Con Sergio parecía imposible alcanzar la estabilidad que tanto había buscado, mi soñado final feliz.

Él solo estaba dispuesto a ofre-

cerme dudas, calor entre las piernas y un empleo en su agencia, uno que nunca debí aceptar.

No era una buena idea entregar mi corazón a un hombre así, pero el resto del cuerpo...

¿Es de ilusos creer que una aventura puede cambiarte la vida por completo?

DISPONIBLE EN PAPEL Y EN DIGITAL EN TODAS LAS LIBRERÍAS
Y EN TODAS LAS PLATAFORMAS DIGITALES

¡LEE LOS PRIMEROS
CAPÍTULOS DE LADSD!



¡ESCUCHA LA PLAYLIST DE
LADSD EN SPOTIFY!



PLAYLIST DE SPOTIFY DE SOLO NOSOTROS



The image shows a screenshot of a Spotify playlist interface. At the top, the playlist is titled "Solo nosotros" with a subtitle "Canciones de la experiencia de amor, amistad y familia". Below the title, there are three columns of song recommendations. Each song entry includes a small album cover icon, the song title, and the artist's name. The songs listed include "Star Me Down (feat. Gabe Gray) - Pablo Cole", "Linda Lira", "Canción de Mar", "Ave Terribles", "Ella", "Me and Daddy M.D.W.", "Bread & Butter (feat. Gabe Gray)", "Got Mine", "Punto Vacío - Desvelada", "Leonor Me", "Hasta Siempre", "Lad a Powers", "Mine Over", "New York, New York", "Thank Me", "Viviré", "Cada Guerra", "Sea de Amor", "Tu Que Pasas", "Uban", "Sabe", "Amor Apático", "The Dash", "NORIEGA, la Corrala - El Guindío", "Sea de Amor", "El Off Beat", "Amor Amor", "Valemos", "Amor Apático", "Jura Mierda", "Amor Apático", "Amor", "Star Me Down (feat. Gabe Gray)", "Alpaca", "Air Malheur - Encuentro de Bases Portagale", "Ana María Dama Salvaje", "Pulsos Troncos", "Punto Vacío (feat. Gabe Gray)", "Comet Rock (feat. Gabe Gray)", "Son Acaba", "Punto Vacío - feat. Gabe Gray", "The Essential Dr. Williams", "El Poder de Muehlen", "Voluntad (feat. Gabe Gray)", "Punto Vacío (feat. Gabe Gray)", "Punto Vacío", and "Punto Vacío (feat. Gabe Gray)".

